

Gerard Walter

# LENIN



**grijalbo**

**Gerald Walter**

---

**LENIN**

---

Título original: *Lenin*  
Autor: Gérard Walter  
Traducción: Ramón Lamonedá Izquierdo  
Fecha 1ª Edición: 1973  
Editorial: Grijalbo  
ISBN: 978-84-253-0030-1



**Parte I**  
**EL INGRESO**  
**EN LA REVOLUCIÓN**



# I

## LA INFANCIA FELIZ DE VOLODIA ULIANOV

Astracán, en los confines sudorientales de la región del Volga, es una vieja ciudad tártara que se hizo rusa en 1557 por la voluntad de Iván el Terrible. En la primera mitad el siglo XIX vivía allí un oscuro empleado de oficina de quien nada se sabe, salvo que se llamaba Nicolás Ulianov y que murió en 1838, dejando tres hijos —dos muchachos y una muchacha— en un estado muy parecido a la miseria.

El mayor de los dos hijos, Vassili, debía tener entonces alrededor de veinte años; el menor, Ilya, nacido en 1831, acababa de cumplir ocho. Convertido en el único sostén de su familia, Vassili Ulianov logró encontrar un modesto empleo en un comercio de la ciudad, lo que le permitió ingresar a su hermano menor en el Liceo. Ilya fue un alumno ejemplar, y a tal punto se distinguió por su aplicación que en 1850, cuando al haber terminado sus estudios secundarios manifestó el deseo de ampliarlos en la Universidad (le atraían particularmente la física y las matemáticas), el propio director de enseñanza secundaria de la provincia fue quien intervino ante el rector de la Academia de Kazán, de la que dependía su circunscripción, para obtenerle una beca. «Sin ella —decía en su informe—,

este muchacho tan bien dotado no podría terminar su educación, ya que es huérfano y carece totalmente de recursos.»

De 1850 a 1864, Ilya Ulianov siguió los cursos de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Kazán. Fue alumno del célebre Lobatchevsky, uno de los creadores de la geometría «no euclidiana». El diploma con que fue premiado (con la mención de muy bien) lo reconocía apto para enseñar en los liceos y «demás establecimientos escolares de segundo grado». El 7 de mayo de 1855 fue nombrado profesor de matemáticas en la Institución de muchachas de la nobleza de Penza. Una recomendación de su maestro Lobatchevsky le permitió obtener, además, la dirección de la estación meteorológica de esa ciudad. Ocho años estuvo allí, muy bien considerado por sus profesores y estimado por sus colegas. Con de uno ellos, Veretennikov, parece haberse relacionado más especialmente. Se sabe, por lo menos, que frecuentó asiduamente su casa. La señora Veretennikov tenía una hermana menor que ella. María Blank (así se llamaba la muchacha) tenía veintiséis años; el profesor Ulianov, treinta. Se amaron y se casaron.

Hija de un médico militar de origen ucraniano, destinado a la administración civil, María había gozado de una infancia exenta de cualquier preocupación en la grande y bella propiedad que poseía su padre en la provincia de Kazán, donde ejercía sus funciones. Ella tenía doce años cuando la situación material de aquél empezó a ser menos brillante. El tren de vida se restringió. Las institutrices y las gobernantes encargadas de dos niños (cinco muchachas y un muchacho) desaparecieron sucesivamente. Blank se vio obligado a vender el molino y un terreno adyacente. Pero de ahí no pasó la cosa. Habiendo logrado casar a todas sus hijas, se escuda en su jubilación y terminará su existencia apaciblemente a la edad de setenta y un años.



El matrimonio del profesor Ulianov coincidió con su nombramiento en el Liceo de Nijni-Novgorod, rica y activa ciudad comercial famosa por su feria. El joven matrimonio fue alojado en el edificio anexo al Liceo y reservado especialmente a los profesores casados. De esta manera, la señora Ulianov pudo hacer algunas amistades entre las esposas de los colegas de su marido y crearse una existencia agradable y tranquila. Se reunían por la noche en casa de unos o de otros. Se practicaba la música, se jugaba a las cartas y se leía en voz alta. En cuanto al propio profesor Ulianov, se entregaba fervorosamente a su tarea de pedagogo, aunque sin desdeñar esas diversiones. Hasta los domingos reunía en el Liceo a los alumnos atrasados y les hacía trabajar. A todo esto nació una niña en 1864; al año siguiente, la señora Ulianov trajo al mundo un niño.

En 1868, al crearse la red de escuelas populares (una de las consecuencias de la reforma de la instrucción pública emprendida por Alejandro II) se propuso a Ulianov el cargo de inspector de las escuelas primarias de la provincia de Simbirsk. El profesor aceptó y salió de Nijni la víspera del comienzo del año escolar de 1869.

En aquella época, la provincia de Simbirsk, que contaba alrededor de un millón de habitantes, tenía la reputación de ser la más inculta de todas las que formaban el inmenso territorio dominado por el Volga, el rey de los ríos rusos.

En la orilla derecha, llamada europea, surge a 150 metros de altura un monte denominado Venietz (la Corona), donde se extiende, ahogada en el verdor de sus jardines en verano y doblada bajo un lienzo de nieve en invierno, la ciudad de Simbirsk. Distante 1.500 kilómetros de la capital, San Petersburgo; 900 kilómetros de Moscú, con una población cuya cifra no era superior a las trescientas mil almas, sin ferrocarril, Simbirsk era el prototipo de las

ciudades de provincia de la Rusia de los zares, de la Rusia del siglo pasado.

Se dividía en tres barrios, como tantas otras, pero esta división era particularmente significativa en Simbirsk por su situación topográfica. En la parte más alta, en la cumbre del monte Venietz, se hallaba el barrio aristocrático con la catedral, los edificios públicos y los establecimientos escolares. Las calles eran anchas y estaban pavimentadas; a todo lo largo de ellas se erigían los palacios de la nobleza local. Desde la explanada que bordeaba el barrio y que servía de lugar de paseo para el público distinguido, se abría una vista magnífica sobre el Volga. Por la noche, la banda militar interpretaba música de Glinka y de Rossini mientras los jóvenes oficiales exhibían sus botas relucientes y trataban de captar la sombra de alguna sonrisa en los labios de muchachas sujetas por madres vigilantes.

Más abajo, al otro lado de un pequeño río que atravesaba la ciudad, el Simbirka, se abrían los mercados. Allí era donde se encontraba la actividad comercial de la ciudad. Allí era donde vivían, en casas sombrías de pesados candados, de puertas bajas y estrechas, de ventanas semejantes a ojos de ciegos, los grandes comerciantes, hombres feroces y duros, avaros de ganancias y sin piedad para sus allegados. Estas residencias, envueltas por un lúgubre silencio entre semana, se despertaban súbitamente el domingo y los días de fiesta legal. Las sombrías y silenciosas calles se poblaban entonces de un bullicio ensordecedor. Procedentes del interior de las casas se escuchaban vociferaciones salvajes, los cristales saltaban hechos pedazos y las botellas vacías, lanzadas con mano alocada, iban a estrellarse contra la pared de enfrente. Luego, al llegar el alba, se abrían brutalmente de par en par las puertas bajas y estrechas y las troicas se llevaban hacia la fresca de los campos un

amasijo de cuerpos desgreñados aullando a voz en cuello canciones obscenas.

El barrio de los pobres formaba, en la parte más baja, el grado inferior, el tercer y último grado de esta singular escala social transpuesta al plano topográfico. A lo largo de arrabales miserables se extendían, hasta perderse de vista, las casitas y las cabañas de los humildes, diseminadas por cualquier lado, de cualquier manera, ora aisladas, ya en grupos, formando estrechas, sinuosas y sucias calles donde niños andrajosos chapoteaban en el lodo entre perros sarnosos y cerdos esqueléticos.

Al llegar a Simbirsk, los Ulianov encontraron un pequeño apartamento en una casa situada en la extremidad del barrio aristocrático de la ciudad. Allí fue donde les nació, el 22 de abril de 1870, su tercer hijo, un niño que recibió el nombre de Vladimir, que en viejo eslavo significa «el que domina el mundo».

Sobre los primeros años de la infancia del futuro destructor del Imperio de los zares disponemos de algunas escasas informaciones proporcionadas principalmente por su hermana mayor, Ana, quien poco después de la muerte de Lenin publicó una serie de recuerdos sobre él del mayor interés, pero que conviene utilizar con algún discernimiento.

Parece que el pequeño Volodia (diminutivo de Vladimir) aprendió a andar bastante tarde, a los tres años. Se observó que se caía frecuente y pesadamente, golpeándose siempre en la cabeza. «Probablemente porque su cabeza pesaba más que el resto de su cuerpo», observa su hermana a este respecto. Después de cada caída lanzaba aullidos desesperados y sus gritos resonaban en toda la casa. Tan pronto como supo usar las piernas ya no pudo quedarse quieto un momento. No lograban inmovilizarlo, ni siquiera unos instantes. Luego se sentía invadido por una especie de rabia exterminadora. Destruía sistemáticamente todo lo que

caía en sus manos. Hasta los juguetes que le regalaban. Cuando su nodriza le compró un trineo enganchado a tres caballos de cartón, le faltó tiempo a Volodia para correr a esconderse detrás de una puerta y empezar a torcerles las piernas hasta hacerlas migajas. A su hermano mayor, Alejandro, adolescente soñador y taciturno, le gustaba coleccionar los programas de teatro. Un día, cuando contemplaba amorosamente las piezas de su colección extendidas en el suelo en un orden perfecto, su hermano menor irrumpió de pronto, como un huracán, y se puso a interpretar una especie de danza triunfal pisoteando los tesoros de Alejandro hasta convertirlos en jirones informes y trancos. En otra ocasión, estando de visita en casa de una de sus tías, sostuvo un reñido combate contra una jarra, la cual sucumbió finalmente, rota en mil pedazos. Al pedírsele cuentas, el vencedor salió del apuro con la afirmación categórica y solemne de que la jarra se había roto «sola». Pero tres meses después, asediado por tardíos remordimientos, una noche, a la hora de acostarse, confesó a su madre, bañado en lágrimas, que había mentido y le pidió perdón humildemente. Otro aspecto de su carácter que apunta ya: nunca carece de argumentos y tiene respuestas para todo. Un ejemplo muy característico es señalado por la hermana mayor. Los domingos, durante el buen tiempo, la señora Ulianov solía llevar a los niños a pasear en barco por el Volga. Durante todo el trayecto sólo se veía y se oía a Volodia. Creyéndose barco él mismo, corría de un extremo al otro de la embarcación, empujando a los pasajeros y lanzando gritos estridentes destinados a imitar las señales de partida. «No se debe gritar así en un vapor», le hizo ver su madre en una ocasión. «Pues el vapor bien que grita», replicó en el acto el futuro Lenin.

Cuando la señora Ulianov consideraba que el límite de las hazañas de su hijo había sido rebasado, lo llevaba al

gabinete de trabajo de su marido, lo instalaba en un gran sillón de cuero negro y lo dejaba solo, encerrado en aquella habitación sombría y austera. El «prisionero» se adaptaba resignadamente a la situación y se dormía apaciblemente. Una vez «liberado», volvía a sus ejercicios habituales: juego del escondite, de la gallina ciega, de la resbaladera, etc. «Era entonces —cuenta uno de sus camaradas de infancia— un muchachito vigoroso y regordete, con un temperamento extraordinariamente vivo. Era siempre el animador principal de nuestros juegos de niños, que se llevaban a cabo generalmente en el jardín o en el patio de nuestra casa. Jugábamos a los bandidos y a los pieles rojas.»

En 1874, el inspector de escuelas primarias Ulianov fue nombrado director de enseñanza primaria de la provincia de Simbirsk y desde entonces fue él quien tuvo bajo sus órdenes a varios inspectores. A partir de aquel momento ya era un personaje importante. Ascendido luego a consejero de Estado en servicio activo (grado que en la jerarquía administrativa civil equivale al de general de brigada), más tarde lucirá en su uniforme azul marino de funcionario del Ministerio de Instrucción Pública hombreras de grandes entorchados, sus subordinados le llamarán excelencia y los guardias le saludarán militarmente a su paso. Se abre ante él el camino de los honores: ¡a los cuarenta y cinco años entra en la nobleza, a título hereditario, al conferírsele el título de comendador de la orden de San Vladimiro! Su tren de vida cambia. Adquiere una casa confortable en pleno barrio aristocrático, donde vendrá a instalarse su familia en 1878.

Esa residencia, que ha sido restaurada con meticuloso cuidado y que se ha convertido en museo desde 1929, es actualmente un lugar de piadosa peregrinación para millares y millares de ciudadanos soviéticos. Todo, hasta el menor objeto, resucita allí el ambiente en que vivió el joven

Lenin. Considero útil esbozar aquí su aspecto, aunque sólo sea en forma somera.

De la galería antecámara, espaciosa y clara, se penetra a un salón donde un mobiliario vagamente «Luis Felipe» pondría una nota sombría y austera si la estricta colocación de los sillones no quedara atenuada por la diversidad y la abundancia de las plantas que adornan la habitación. Dos grandes ventanas abren paso a chorros de luz que hacen brillar en todo su esplendor un piso admirablemente encerado y la tapa de un piano de cola instalado en un lugar bien visible.

Del salón se pasa al gabinete de trabajo de su excelencia. Una sólida y maciza mesa ministerial ocupa la mitad del gabinete. El canapé adosado contra la pared de la derecha sirve también de cama al señor director, que duerme aparte. Una biblioteca, sillones de cuero y un velador cubierto de libros y de revistas completan el mobiliario.

La señora Ulianov, separada de su marido por un estrecho pasillo y por una habitación de paso sin destino bien definido, se ha arreglado un dormitorio en el que todo revela la presencia de una mujer hogareña experta en el arte de dirigir su casa. La cama, el armario, la moqueta, todo forma un conjunto perfectamente ordenado, sencillo y coqueto a la vez. No tiene más que abrir la puerta para pasar al comedor que sirve de living-room a toda la familia. Allí es donde se reúnen los niños para preparar sus tareas escolares; allí es donde descansan por la noche, leyendo, los mayores, y los pequeños entregados a toda clase de juegos, mientras la madre pone en marcha la máquina de coser y el padre hojea su periódico.

En el primer piso han sido preparadas las habitaciones para los niños. Los «tres grandes» —Ana, Alejandro y Vladimiro— tienen cada uno su habitación. Los «tres

pequeños» duermen juntos en una misma pieza. Entremos en los dominios de Volodia Ulianov. Es una habitación muy pequeña: un pupitre de madera blanca, una estrecha cama de hierro, dos sillas y, colgado de la pared, un mapa y un pequeño estante cargado de libros. Ahí vivirá sus años felices, en un ambiente familiar apacible y tranquilo, libre de cualquier preocupación y de cualquier inquietud y colmado de cuidados afectuosos y vigilantes.

El 1 de septiembre de 1879, Volodia se despierta más temprano que de costumbre. Junto a su cama, cuidadosamente extendido sobre una silla, han colocado el bello y flamante uniforme del Liceo que vestirá hoy por primera vez. Es el primer día de clases y con ese motivo se celebrará una misa solemne en la capilla del Liceo, en presencia de los maestros y de todos los alumnos.

Acompañado por su hermano mayor, que está ya en quinto año, Volodia cruza el umbral del lúgubre edificio en que durante ocho años tendrá que pasar la mitad de sus días. El aspecto exterior no tiene nada de alentador. Una fachada lisa y monótona entrecortada por ventanas sin alegría: veintidós en la planta baja y veinticinco en el primer piso. Pero en el interior hay un gran patio en el que será cómodo jugar a los guerrilleros y a los bandidos del Volga. Y, además, el piso del inmenso corredor al cual dan las clases está encerado a la perfección: una verdadera pista de patinaje. ¡Qué bellas patinadas en perspectiva!

Mientras el pope implora la bendición divina para la juventud estudiosa y para sus maestros bienamados, Volodia, perdido entre la multitud de alumnos, se pone de puntillas y observa curioso a los asistentes con sus ojillos traviosos y maliciosos. En primera fila, encabezando al personal pedagógico, está el director del Liceo, su excelencia el consejero de Estado Fédor Kerenski, un amigo de su padre. A continuación, el inspector, los profesores, los

vigilantes, siluetas de funcionarios barbudos y obsequiosos, algunos de los cuales lucen condecoraciones en sus levitas adornadas con botones dorados y el águila imperial.

Las clases comenzaron al día siguiente. Volodia se familiarizó muy rápidamente con el ambiente escolar. La distancia de su casa al Liceo no era grande. Al principio, la señora Ulianov mandaba a los dos muchachos juntos. Alejandro, serio y pausado, caminaba tranquilamente, sin apresurarse, pero seguro de llegar puntual. Volodia, que trotaba con pasos cortos a su lado, se impacientaba y calculaba para sí que ese mismo trayecto hubiera podido hacerse en la mitad del tiempo empleado. Desde entonces, se las arreglaba, con diferentes pretextos, para dejar que Alejandro partiera solo por delante, y luego, a última hora, sujetándose en la espalda su cartapacio con gesto breve y decidido, se pone en camino. Como un verdadero deportista se señala a sí mismo los récords a lograr y que tratará de superar al día siguiente. Otra competencia. En una esquina de la calle surge un camarada, un «corredor» como él. Inmediatamente empieza una carrera loca: ¿quién llegará primero? En invierno es todavía más apasionante. La nieve proporciona a los competidores temibles armas de combate de las que hacen uso y abuso, hasta el grado de que en más de una ocasión se ven obligados a deslizarse subrepticamente en clase detrás de la espalda del maestro.

Esas travesuras no perjudican, sin embargo, a su reputación de colegial. El pequeño Ulianov se destaca rápidamente como un alumno excelente. Uno de sus mayores que tuvo ocasión de observarlo de cerca en su clase ha conservado de él la siguiente impresión: «Muy atildado, con aspecto saludable, el cabello correctamente peinado, una frente amplia y ojos atentos. Se mantiene reservado, no se exhibe cuando la pregunta no va dirigida a



él, pero contesta inteligente y detalladamente cuando le interrogan.»

Naturalmente, los maestros no podían dejar de tener ciertos miramientos para el hijo del director de Enseñanza Primaria, que podía convertirse un día en auxiliar del rector de la Academia de que dependían; pero dejando a un lado esas consideraciones de carácter privado, era imposible negar la evidencia: se trataba de una naturaleza excepcionalmente dotada. Gracias a su memoria extraordinaria, gracias a su facultad singular para captar la explicación del profesor y asimilar enseguida lo esencial, Volodia aprendía por adelantado, al escucharla, la lección del día siguiente. Al regresar a casa terminaba sus tareas en unos cuantos instantes, cuenta su hermana Ana, y mientras ella y Alejandro, armados de sus manuales y de sus cuadernos de notas, se instalaban para trabajar en la gran mesa del comedor, Volodia emprendía ya la serie de sus ejercicios deportivos acostumbrados: caminaba con las manos, tan pronto se transformaba en tigre como en cazador del África, boxeaba con los pequeños, les asustaba imitando rugidos de animales salvajes, etc. La madre trataba en vano de calmarlo. El padre movía la cabeza con aire de desaprobación. De vez en cuando lo llamaba a su gabinete para interrogarle sobre alguna materia. Volodia contestaba con aplomo, muy seguro de sí mismo. Imposible pillarlo en falta. El padre lo dejaba ir, y se quedaba perplejo y algo inquieto. «Volodia es demasiado inteligente», le decía a su mujer.

Las vacaciones eran un encanto perpetuo para Volodia. Las pasaba con su familia en la propiedad de su abuelo materno, una quinta parte de cuya herencia había correspondido a la señora Ulianov. Allí se reunían durante los meses del verano cinco familias separadas por el invierno. Primos y primas reanudaban los amoríos

interrumpidos por los rigores de la temperatura. Se iniciaban nuevos romances. Los días transcurrían en excursiones y baños. Volodia se pasaba horas enteras en el agua. Bañarse se había convertido para él en una pasión que habría de conservar toda la vida. Y además salía de caza con los chiquillos de la aldea vecina. Armados de tiragomas fabricados por ellos mismos, mataban gorriones a falta de algo mejor. Mientras tanto, jugaban a las tabas, juego preferido por Volodia en espera de ser iniciado en el ajedrez.

Pero su máximo placer consistía en acompañar a los «grandes» en sus paseos nocturnos. Esas reuniones de recreo, muy de moda entonces entre la juventud de provincia, tenían como principal atractivo la perspectiva de pasar la noche en pleno bosque. Se encendía una hoguera, se hacía té, se cantaba y se bailaba, tras lo cual las parejas se diseminaban en todas direcciones, débilmente iluminadas por llamas vacilantes. Al alba volvían a reunirse para regresar felices y cansados.

Desde muy niño, Volodia trataba por todos los medios posibles de ser admitido entre los excursionistas. Por más que le repetían que todavía era demasiado pequeño, que el bosque estaba lleno de lobos malos que devoran a los niños, el futuro jefe de los bolcheviques no se dejaba convencer y gastaba tesoros de elocuencia para demostrar a los mayores que podía ser muy útil e incluso indispensable. Él llevaría el samovar, él recogería la leña para la hoguera, él encendería el fuego, él prepararía el té... Cuando veía que sus argumentos no daban resultado, se callaba, se retiraba entristecido, dejaba partir al grupo, lo seguía a distancia, y cuando todo el mundo se hallaba cómodamente instalado alrededor de algún árbol secular hacía su aparición allí, tranquila y candorosamente.

Esta tendencia a «portarse como los mayores» es característica y muy significativa en el pequeño Vladimir Ulianov. Quería parecer más que los niños de su edad. Mientras tanto, había escogido por modelo a su hermano Alejandro, cinco años mayor que él. Lo imitaba en todo. Ser como Sacha y hacer «como Sacha» se había convertido para él en una especie de obsesión. A tal punto que no echaba azúcar en su plato de kacha sin haber comprobado previamente si su hermano se había puesto menos o más. Sin embargo, y esto es digno de señalarse, aunque admiraba a su hermano, sentía instintiva y vagamente que el carácter serio y frío de su hermano mayor era totalmente opuesto al suyo. Y tan pronto como trasponga el límite que separa al niño del adolescente, ese sentimiento se manifestará con una fuerza llamada a trastornar su conciencia en plena formación.



## II

# EL DESTINO HA LLAMADO A LA PUERTA

En el año 1885 fueron festejados los veinticinco años de actividad pedagógica del director de Enseñanza Primaria de la provincia de Simbirsk. Sus subordinados le regalaron con ese motivo un soberbio juego de escritorio y le desearon largos años de felicidad al servicio del zar y de la patria. Apenas había tenido tiempo Ulianov de saborear el placer que le había procurado esta manifestación de afecto cuando el ministro le informó que quedaba autorizado para hacer valer, en el plazo de un año, sus derechos de jubilación. Fue una penosa sorpresa para él. Generalmente se concedían a los funcionarios con veinticinco años de servicio cinco años suplementarios, al cabo de los cuales eran jubilados. Al privarle de ese favor, que se había convertido en una especie de regla general, el ministro daba la impresión de querer mostrar su descontento a Ulianov. Ana pretendió más tarde, en sus *Recuerdos*, que ello era una consecuencia de las tendencias «liberales» demasiado acusadas que mostraba su padre en el ejercicio de sus funciones. Es poco probable. El ministro que aplicó a Ulianov esa medida rigorista era también un «liberal». Fue destituido poco después, precisamente a causa de su liberalismo, y

reemplazado por un notorio reaccionario que anuló la decisión tomada por su predecesor contra el director Ulianov, lo que parece demostrar con bastante claridad que no fue en absoluto una cuestión de «política», sino más bien el resultado de una simple intriga urdida por algún funcionario demasiado impaciente por alcanzar un cargo ansiado. En consecuencia, todo se arregló. Pero Ulianov resintió dolorosamente esa herida de su amor propio. Quedó muy deprimido. A principios de enero cayó enfermo. Una enfermedad benigna, sin gravedad alguna, diagnosticaron los médicos. El día 12 sucumbía víctima de una hemorragia cerebral, a la edad de cincuenta y seis años.

La muerte de su padre fue el primer golpe que el destino asestó a Volodia Ulianov. Para soportarlo no tuvo a su lado más que una madre afligida que necesitaba a su vez apoyo y ánimo. Su hermano mayor se hallaba entonces en San Petersburgo siguiendo los cursos de la Facultad de Ciencias, después de haber terminado sus estudios secundarios. Ana, que había venido a pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo con su familia (también había ido a hacer vida de estudiante a San Petersburgo), se quedó con su madre unos cuantos días y luego partió. Era Volodia, el turbulento Volodia de antaño, quien asumía ahora la tarea de cuidar de que los «chicos» no hicieran ruido por la noche, en torno a la mesa familiar, y no turbaran las tristes meditaciones de su madre. Esta veía, en efecto, surgir bruscamente preocupaciones nuevas e imprevistas. Hasta ahora, su porvenir y el de los suyos no le había inspirado la menor inquietud. El sueldo de su marido era ampliamente suficiente para asegurar una existencia cómoda a toda la familia. Ahora había que pensar en reducir considerablemente los gastos de la casa. Los 1.200 rublos de pensión anual a que tenía derecho la viuda del consejero de Estado Ulianov, unidos a las rentas que cobraba por su

participación en la herencia paterna, le permitían vivir decorosamente. Pero había que pensar también en las mensualidades que se tenían que enviar a Ana y a Alejandro durante su estancia en la capital y que representaban, por sí solas, cerca de la mitad del total de la pensión.

Sin embargo, la señora Ulianov, excelente ama de casa y calculadora avispada, supo hacer frente a las dificultades que la asediaban. La familia redujo su tren de vida, tomó huéspedes y pellizcó los ahorros hechos por el padre. En resumen, todo se reducía, según ella, a resistir uno o dos años. De aquí a entonces Alejandro habría terminado sus estudios y, convertido en profesor a su vez, no sólo ya no costaría nada a su madre, sino que podría ayudarle a soportar los gastos de la casa. Ana no tardaría en casarse; precisamente un amigo de su hermano, el dulce, tímido y gigantesco Marc Elisarov, perteneciente a una familia de las más acomodadas, se mostraba particularmente asiduo junto a ella... Todo esto tendría que aligerar forzosamente el presupuesto familiar.

Llegó el verano. Alejandro vino a pasar las vacaciones a la casa. Los dos hermanos volvieron a reunirse. El mayor contemplaba al menor no sin cierto asombro. En lugar del adolescente jovial y despreocupado cuyas turbulencias estaba acostumbrado a observar con divertida condescendencia, vio aparecer un muchacho amargado, irascible, discutidor. En cuanto a Vladimir, el sabio imberbe que se pasaba los días manipulando su microscopio y que se turbaba como una jovencita cuando le dirigían la palabra, ya no le inspiraba más que una especie de conmiseración, si no de desprecio. Con gran sorpresa, un día descubrió en la habitación de Alejandro volantes de propaganda clandestina. Se encogió de hombros: «¿Sacha revolucionario? ¡Vamos, hombre, un revolucionario no se entretiene estudiando horas y horas los gusanos!»

Ya no se entendían. Ahora, con cualquier pretexto, a menudo estallaban discusiones entre ellos. Ana lo confirma en sus *Recuerdos* y lamenta la ausencia del padre, el único que, según ella, hubiera podido ponerlos de acuerdo. Vladimir empezaba incluso a perder el respeto a su madre. La señora Ulianov recordaba más tarde cómo Alejandro tuvo que acudir a veces en su ayuda. Un día, por ejemplo, en que jugaba al ajedrez con su hermano, Vladimir contestó bastante rudamente a su madre al recordarle ésta un encargo que tenía que hacerle, y cuando insistió en la urgencia del asunto, contestó con una broma más bien irreverente. Entonces Alejandro no aguantó más. Él, que por lo general era dulce y reservado, dijo al hermano menor en tono que no admitía réplica: «Vas a hacer inmediatamente lo que te ordena mamá, o nunca volveré a jugar contigo.» Vladimir se levantó sin decir media palabra y fue a cumplir el encargo. Ana estaba indignada por esta «jactancia». Más tarde, al regresar a San Petersburgo con Alejandro, le preguntó un día lo que pensaba de Vladimir y recibió esta respuesta: «Vale mucho, desde luego, pero no nos entendemos.» La muchacha arriesgó una pregunta más: «¿Por qué?» Esta vez Alejandro no contestó nada.

El mes de marzo del año 1887 apenas acababa de comenzar. En diez semanas Vladimir terminaría sus estudios en el Liceo. Una mañana, mientras, sentado en su pupitre, escuchaba la lección del profesor, lo llamaron al salón. Al llegar vio precipitarse hacia él a la vieja maestra Kachkadamova, una amiga de la familia, que le tendió una carta. Leyó: «Alejandro acaba de ser detenido por haber participado en un complot terrorista.»

Mudo de asombro, Vladimir permaneció unos instantes sin proferir palabra. Era para él una revelación que trastrocaba de arriba abajo la imagen que se había formado en su espíritu. ¿Así, pues, ese dulce y pacífico sabio a quien



siempre se imaginaba inclinado inmutablemente sobre su microscopio, fabricaba bombas y se disponía a matar al zar? enseguida se dio cuenta del grave peligro que corría su hermano. Con el rostro sombrío y con una voz grave que trataba de dominar, dijo a la anciana: «Es un asunto serio que le puede costar caro a Alejandro», y se encargó de avisar a su madre. Lo hizo bastante mal. En cuanto oyó las primeras palabras, la señora Ulianov comprendió de qué se trataba y reclamó la carta. Luego, sin perder un instante, conteniendo sus lágrimas, con un valor y una energía admirables, empezó los preparativos del viaje. Iría a San Petersburgo, salvaría a su hijo, sabría ablandar a aquellos de quienes dependía su suerte; de eso estaba segura, o por lo menos quería estarlo.

No pasaban trenes por Simbirsk; la estación más cercana era la de Sysrane, a unos doscientos kilómetros. Había que ir en coche. Para que el viaje no resultara tan caro, la señora Ulianov quiso unirse a dos o tres compañeros de viaje. Vladimir recibió el encargo de buscar eventuales viajeros. Tropezó en todas partes con una negativa forzada. La noticia había corrido ya por toda la ciudad. Nadie quería viajar en compañía de la madre de un terrorista. Vladimir no lo olvidaría nunca.

La breve y trágica carrera de Alejandro Ulianov no ha sido aclarada todavía en forma definitiva. En la época en que, después de haber salido de la casa paterna, se inició en el movimiento revolucionario, adhiriéndose a las ideas y a los métodos de acción del partido de la Voluntad del Pueblo, es decir, hacia el año de 1882, el marxismo no era conocido todavía en Rusia. La doctrina de Carlos Marx empezó a ser difundida entre los intelectuales rusos a partir de 1883, por mediación del grupo Emancipación del Trabajo, formado en el extranjero por tres emigrados célebres de los que se hablará detenidamente más adelante. Alejandro tuvo

noticias de ello como tantos otros de sus camaradas de la Universidad. Consiguió el primer tomo de *El Capital* y lo llevó consigo en las vacaciones del verano de 1886. Al regresar a San Petersburgo entró en contacto con otro marxista de reciente cuño, D. Koltzov, para lanzar la publicación de una Biblioteca socialdemócrata, cuyo primer fascículo debía incluir la traducción de un estudio de Marx sobre la filosofía de Hegel.

Pero aunque se dejó atraer por el marxismo, Alejandro no rompió con los populistas<sup>1</sup> ni repudió sus concepciones tácticas, que consistían en sacar al pueblo ruso de su sopor y en hacerle romper sus cadenas por medio de unos cuantos atentados políticos resonantes. Así fue como, asociado a unos cuantos camaradas, concibió el proyecto de repetir, seis años después del asesinato de Alejandro II, el mismo día y en el mismo sitio, el mismo atentado contra la persona de su sucesor, Alejandro III. Poco familiarizados todavía con la técnica de las conspiraciones, él y sus compañeros fueron detenidos después de una pesquisa que había durado una semana y que permitió a la policía descubrir toda la organización. Ana, que no pertenecía al grupo, pero que había ido a ver a su hermano en los momentos en que registraban su casa, también fue detenida.

Por consiguiente, la señora Ulianov tuvo que defender a sus dos hijos al llegar a San Petersburgo. enseguida puso manos a la obra. Desde por la mañana hasta la noche recorría las antecámaras de los personajes influyentes, llamaba a todas las puertas, imploraba a todo el mundo, pero sólo obtenía vagas condolencias y promesas más vagas todavía. El asunto no se prolongó: un mes más tarde Ulianov y sus camaradas eran juzgados. Alejandro se mostró inquebrantable en la audiencia. Cuando le autorizaron a hacer una última declaración, clamó su fe ardiente en la

justicia de su causa. El tribunal lo condenó a la pena de muerte. Como noble e hijo de un alto funcionario del Estado, tenía el privilegio de poder someter su caso a la consideración personal del zar. Se dio a entender a la señora Ulianov que su hijo podría salvar la vida si manifestaba arrepentimiento. Alejandro se negó rotundamente. Fue ahorcado el 8 de marzo. Ana, absuelta durante la instrucción, fue desterrada de la capital durante cinco años. Autorizada a escoger su lugar de «residencia vigilada», optó por la propiedad de su abuelo.

Mientras su hermano mayor vivía en San Petersburgo sus últimos días, Vladimir estaba preparando sus exámenes finales. Los hizo muy brillantemente y fue recompensado con la medalla de oro acompañada de una declaración particularmente halagadora. Al ser interrogado sobre la carrera que pensaba seguir, anunció su intención de inscribirse en una Facultad de Derecho.

Una de las personalidades a quien acudió la señora Ulianov durante el proceso de Alejandro le había recomendado amistosamente que mantuviera a su segundo hijo lo más alejado que pudiera del «contagio» de la capital. Atendió ese consejo y Vladimir, en vez de ir a estudiar a San Petersburgo como su hermano, entró en la Universidad de Kazán.

Las ejecuciones de marzo de 1887 y las siguientes represalias suscitaron profunda agitación en los medios de la juventud universitaria. En aquella época, en que la clase obrera rusa, todavía poco numerosa, era, salvo raras excepciones, totalmente inculta en materia política, los estudiantes formaban una especie de vanguardia del movimiento revolucionario. Eran los mejores artesanos de la propaganda clandestina, pero también les gustaba manifestar sus opiniones políticas en reuniones organizadas, a pesar de la prohibición expresa de las autoridades, en los

locales universitarios. Pronunciaban candentes discursos, entonaban cantos revolucionarios, gritaban "¡abajo la autocracia!" y arrastraban en las gemonías al ministro y al rector. Todo ello terminaba con detenciones más o menos numerosas. Los más comprometidos eran expulsados de la Universidad. El 4 de diciembre de 1887 se celebró una de esas reuniones en la Facultad de Derecho de Kazán. Dos días antes, los vigilantes habían observado una intensa agitación entre los estudiantes. Les llamó la atención un recién llegado que se mostraba particularmente excitado. Se le veía salir, entrar, volver a salir, llevar paquetes de apariencia sospechosa, hablar con unos y con otros, pasar en el fumadero más tiempo del permitido, etc. Dos días después, el 4 de diciembre, encabezando una columna de estudiantes, los arrastró, gritando y gesticulando, a través del corredor que conduce al salón de fiestas. Este se llenó, y empezó la reunión. La administración no quiso llamar a la policía. Los estudiantes fueron conminados, con palabras moderadas, pero suficientemente enérgicas, a dispersarse. Obedecieron. A la salida se les exigieron sus credenciales. En la que mostró el joven animador leyó el inspector: Ulianov, Vladimir. Anotó el nombre. Al día siguiente, Ulianov fue detenido. Quedó en libertad dos días más tarde, pero fue expulsado de la Universidad e invitado a vivir en residencia vigilada fuera de Kazán.

Tales fueron los comienzos de Vladimir Ulianov en la lucha revolucionaria. Tenía entonces diecisiete años y ocho meses. Tratemos de discernir las etapas que lo condujeron a ella.

Las fases de su evolución intelectual y moral fueron primero las mismas por que atravesaron la gran mayoría de los adolescentes que pertenecían a su medio social. ¿Pero por qué pierde la fe a los dieciséis años y se abstiene desde entonces de asistir a las ceremonias religiosas? Lenin no

quiso nunca examinar de cerca esa crisis interior y se ignora cuál fue el verdadero motivo que lo condujo a un giro decisivo de su vida espiritual. Lo más que se puede decir es que, cronológicamente, ese giro coincide con la muerte del padre.

Al mismo tiempo, se siente cada vez más atraído por el ideal revolucionario, cuyo verdadero contenido empieza a distinguir confusamente. Por el momento, se limita a admirar las hazañas de un Jeliabov, de una Perovskaia, de un Khalturin. A través del revolucionario busca al héroe, al hombre de acción en pleno combate que constituye absolutamente lo contrario de un teórico, de un hombre de gabinete. Así se explica el profundo asombro que experimenta al enterarse de que su hermano, ese «disecador de gusanos», era un revolucionario «de verdad». Es evidente que el trágico fin de éste tenía forzosamente que empujarlo con mayor ímpetu por la senda de la acción revolucionaria. Pero conviene no olvidar que, paralelamente, se desarrolla en él cierto desdén, por no decir desprecio, hacia una sociedad burguesa en medio de la cual se halla situado por su origen de clase. Los abandonos, las cobardes deserciones de tantos amigos que se proclamaban fieles y que pudo comprobar entristecido después de la ejecución de Alejandro debieron llenar su espíritu, cáustico y zumbón por naturaleza, de un asco y de una amargura que más tarde aprenderá a disimular bajo la apariencia de una ironía burlona. Mientras tanto, incapaz todavía de reprimir sus nervios, parece buscar algún derivativo en la acción y da la impresión de estar ansioso de lucha febril. Es muy significativo que Vladimir sea el más joven de los cuarenta estudiantes detenidos después del «mitin» del 4 de diciembre. El informe redactado en aquella ocasión por la policía lo presenta confabulándose con dos mayores considerados como los agitadores de más arraigo. Llegó a

Kazán en junio, pero no se inscribió en la Universidad hasta el 13 de septiembre. Por tanto, ha sabido imponerse en tres meses a sus camaradas como dirigente, y así, como un verdadero jefe, arrastrando consigo a sus tropas, marcha al combate, el primer combate revolucionario de su vida.



# III

## EN BUSCA DE CARLOS MARX

La señora Ulianov pudo obtener un permiso para que su hijo fuera a vivir a Kokuchkino, esa propiedad que había heredado junto con sus hermanas, situada a 40 verstas<sup>2</sup> de Kazán y en la cual vivía ya Ana, en una situación idéntica. Poco después se instaló ella también allí, con los demás niños. Había abandonado la casa de Simbirsk para estar más cerca de Vladimir en Kazán, con la esperanza de que su presencia le impidiera seguir el camino funesto que le había costado la vida a Alejandro. No había servido de nada. Pues ahora irá a Kokuchkino para cuidar de cerca a ese hijo al que cree amenazado por nuevos y terribles peligros.

En cuanto a Vladimir, supo aceptar su destino con sabia resignación. Comenzó por estudiar la situación. El castigo le hacía perder un año. Era enojoso, desde luego; pero después de todo, a los diecisiete años eso no representa un peso excesivo para el porvenir. Creía firmemente que al terminar el año escolar, es decir, dentro de unos seis meses, se levantaría la sanción y sería reintegrado. Mientras tanto, había que aprovechar en toda la medida de lo posible las vacaciones improvisadas.



Era el primer invierno que Vladimir se veía libre de sus deberes de estudiante. Por primera vez en ocho años empezaba las jornadas sin verse obligado a tener que encerrarse todas las mañanas, durante seis largas horas, en el sombrío edificio del Liceo de Simbirsk. Libre ya de cualquier trabajo obligatorio, el tiempo le parece ahora prodigiosamente largo. Quiere utilizarlo lo mejor posible. En primer lugar, el contacto con la naturaleza. Hasta ahora no ha conocido el campo más que en verano; ahora, cubierto por la nieve y el hielo, el campo se le aparece bajo un aspecto nuevo, rico en atractivos hasta entonces ignorados. Su eterno apetito de acción, de movimiento, lo lleva constantemente afuera. Se inicia en las peripecias de la caza —sin gran éxito por lo demás—, patina y esquía. Así transcurren las mañanas. Las tardes y las veladas son dedicadas a la lectura. Lee todo lo que cae en sus manos. Devora los periódicos que llegan de Moscú y las colecciones de las principales revistas de la época dejadas por un tío difunto. Pero eso no le basta. Se las arregla para sacar libros de la biblioteca de Kazán. Fue seguramente en esos meses de invierno solitarios, pasados en un estricto recogimiento, cuando Vladimir Ulianov empezó a acumular esa suma inmensa de conocimientos precisos: hechos, cifras, fechas, que constituirán más tarde su fuerza y que harán tan temibles sus ataques.

Llegó la primavera. Vladimir estimó que era hora de iniciar las gestiones necesarias para obtener su reincorporación. El 9 de mayo, la señora Ulianov dirigió una súplica al ministro de Instrucción Pública, el cual, antes de pronunciarse, pidió la opinión del rector de la Academia de Kazán. Este, que había tenido al padre de Vladimir entre sus colaboradores más allegados, contestó que ese estudiante era un individuo altamente sospechoso desde el punto de vista político «a pesar de sus notables cualidades de

inteligencia y de las excelentes informaciones dadas sobre su conducta». El ministro tuvo en cuenta esa apreciación, y se contestó a la señora Ulianov que su petición «era prematura».

Esta fórmula de cortesía burocrática debió despertar en la madre de Vladimir la esperanza de que la misma solicitud, repetida al cabo de algún tiempo, tendría probabilidades de ser satisfecha, y el 15 de julio siguiente vuelve a la carga para recibir, unas tres semanas después, una respuesta análoga. Las vacaciones terminan. Las puertas de la Universidad, donde van a reanudarse en breve los cursos, permanecen obstinadamente cerradas para Vladimir. No queriendo perder un segundo año, concibe entonces el proyecto de ir a continuar sus estudios en el extranjero y pide un pasaporte al Departamento de Policía, el cual, repitiendo la fórmula tradicional, le contesta que su demanda es «prematura».

La perspectiva de pasar otro invierno en el campo debió desagradar por igual a la madre y al hijo. La señora Ulianov recurrió a unas cuantas amistades que le quedaban todavía en los círculos administrativos y obtuvo la anulación del destierro de Vladimir. A principios del otoño de 1888 se traslada con todos sus hijos a Kazán, con excepción de Ana, que se reunirá con ellos unos meses más tarde. Mientras tanto, la señora Ulianov, después de vender la casa de Simbirsk, consigue alquilar en los suburbios de Kazán un pequeño pabellón que poseía, por razones desconocidas, dos cocinas. Vladimir transformó una de ellas en su gabinete de trabajo.

En Kazán, a donde llegó a principios de octubre, Vladimir seguía bajo la vigilancia de la policía, lo cual no le impidió reanudar las relaciones con sus antiguos camaradas de la Universidad ni entrar en contacto con algunos cenáculos clandestinos. Durante el año de su ausencia, la propaganda

revolucionaria había cobrado un impulso considerable en la capital de la región volgiana gracias a los esfuerzos de un joven militante, Fedoseev, que a pesar de sus escasos diecinueve años se había convertido en el principal organizador y animador de los círculos ilegales de Kazán.

Es asombroso que Ulianov que tenía un año menos, se abstuviera de entablar relaciones con él y ni siquiera quisiera conocerlo, aunque sin dejar por ello de participar en la actividad de esos grupos ni de frecuentar sus reuniones. Se han forjado diferentes hipótesis a este respecto. No es desdeñable la que supone que Vladimir Ulianov no quería ser el segundo de Fedoseev. Pero hay otra también plausible. El joven jefe representaba una tendencia a la que Vladimir, que aún no estaba totalmente libre de la influencia del populismo, permanecía por el momento ajeno. Fedoseev era el pionero del marxismo en Kazán; en cuanto a Ulianov, su iniciación marxista iba a empezar apenas.

Dejemos ahí las hipótesis. Lo que importa señalar es que fue precisamente ese invierno cuando Vladimir empezó a estudiar los textos de Marx, particularmente el primer tomo de *El Capital*, cuya traducción al ruso se había publicado en 1872 y había sido reeditada en 1885. Ya había tenido ocasión de formarse una idea general al hojear el ejemplar traído por Alejandro durante las vacaciones de 1886. Pero ése fue sólo un primer contacto rápido y superficial. Ahora iba a ser muy distinto.

Los historiadores soviéticos han hecho grandes esfuerzos para determinar dónde y cómo pudo Vladimir procurarse entonces ese libro. Y, forjando una hipótesis más, se han preguntado si no fue esta búsqueda de *El Capital* la que lo puso en contacto con los primeros círculos marxistas de Kazán. Creo que las cosas debieron suceder más sencillamente. La biblioteca de la Universidad de Kazán poseía un ejemplar de la traducción rusa de esa obra. Su

catálogo general, publicado en 1895, lo menciona entre los libros puestos a la disposición de los estudiantes. Es indudable que si esa obra se hubiera considerado peligrosa y «subversiva» no la habrían dejado figurar en esa lista.

Lo cierto es que Vladimir se sumergió en ella con una especie de voluptuosidad. Constituyó para él una revelación que transformaba de arriba abajo su concepción —que por lo demás era todavía tan primitiva y rudimentaria— de la lucha revolucionaria. Comprendió entonces que no era el heroísmo individual ni la iniciativa aislada quienes la regían, sino que debía adaptarse a las leyes fundamentales de la evolución económica de la sociedad. Enfebrecido con la pasión de un neófito, tenía prisa por comunicar a los otros los descubrimientos milagrosos que estaba haciendo en ese libro que había de ser su evangelio.

El caso es que la señora Ulianov tuvo que ver con angustia la reaparición del fatídico volumen que dos años antes había visto en manos de su hijo mayor. Una idea la obsesionó desde ese momento. ¿Cómo librar a Volodia de ese sortilegio? ¿Cómo salvarlo a pesar suyo, cómo evitarle una catástrofe que su corazón de madre considera inminente? He aquí lo que se le ocurrió finalmente. Con el dinero obtenido de la venta de la casa de Simbirsk y con unos cuantos ahorros que le quedaban reunió una suma de 7.500 rublos. Adquirió una propiedad de cierta importancia en la vecina provincia de Samara. Allí se retiraría para dedicarse a la explotación de sus nuevas posesiones. Vladimir la ayudaría, vigilaría los trabajos, se entendería con los futuros clientes. En todo caso, en el campo estaría protegido contra las influencias nefastas y las amistades peligrosas. Y más adelante, ¿quién sabe? Acabaría quizá por acostumbrarse a esa vida tranquila y laboriosa, se convertiría a la larga en un verdadero *pomiechtchik* (gran

terrateniente) y viviría días felices, casado y padre de familia.

Su hijo veía las cosas de otra manera. Naturalmente, la situación en que se hallaba no le resultaba cómoda. Pero lo que más le afligía era la imposibilidad de proseguir sus estudios universitarios. Quería absolutamente volver a ser estudiante, en Kazán o en cualquier otra parte, incluso en el extranjero. Consiguió un certificado médico donde se declaraba que su estado de salud requería una cura en el extranjero, y solicitó de nuevo un pasaporte. El gobierno de la provincia transmitió su petición con una carta en la que calificaba al «susodicho Ulianov» de «personaje políticamente perjudicial». Después de examinar el caso, el ministro mandó contestar a Ulianov que si estaba enfermo no tenía más que ir a curarse al Cáucaso, donde abundaban los balnearios. Y se desvaneció una vez más la esperanza de Vladimir de reanudar sus estudios universitarios.

Quieras que no, tenía que emprender el camino que había trazado su madre. Se resignó, sin gran entusiasmo tal vez. Más tarde le dirá un día a Nadia Krupskaia, su mujer: «Mamá quería que me ocupara de los trabajos del campo. Lo hice, pero vi que aquello no marchaba.» ¿Por qué? Según él, «las relaciones con los campesinos no eran normales».

La verdad era que las dos partes no podían entenderse. La señora Ulianov se había convertido en propietaria de un dominio, pero no disponía de obreros ni de material para explotarlo. Hubo que entrar en relaciones con los habitantes de la aldea vecina. Era un pobre villorrio cuya población no pasaba de las 200 almas. Unos cuantos kulaks ricos eran los verdaderos amos. Con ellos se vio obligada a tratar, probablemente por mediación de Vladimir. Seguramente no les costó gran trabajo a esos hombres rapaces y astutos aprovechar la inexperiencia de éste para engañar a la madre y al hijo. El caso es que el primer balance de esta

empresa rústica se saldó con tal déficit que la señora Ulianov renunció a seguirse ocupando de la explotación de su propiedad. La tierra fue dada en arrendamiento y la familia no conservó más que la casa y el jardín contiguo.

Los sombríos presentimientos que habían agitado a la madre de Vladimir durante los últimos tiempos de su estancia en Kazán no estaban totalmente injustificados. Dos meses después de partir la familia Ulianov, la policía echó el guante a toda la organización clandestina creada por Fedoseev. Un gran número de militantes fueron detenidos. Entre ellos el propio Fedoseev y los miembros del círculo a que pertenecía Vladimir. Así, pues, gracias a los temores maternos, había logrado no compartir la suerte de sus camaradas. «Creo que me habrían detenido fácilmente si me hubiera quedado en Kazán», contaba Lenin más tarde.

Pasó el verano muy agradablemente. Baños, paseos por el bosque vecino, lecturas en un rincón aislado del jardín, a la sombra de los tilos. Todo esto le hacía olvidar fácilmente las fastidiosas discusiones de negocios con algún campesino obtuso y desconfiado que le encargaba su madre de vez en cuando. Por la noche, la familia se reunía en la terraza alrededor del samovar. Allí estaban Ana, que era ahora una guapa muchacha de veinticinco años; su novio Elisarov (su boda debía celebrarse a principios del otoño); Olga, la hermana menor, que se preparaba a partir para San Petersburgo; el propio Vladimir y a veces unos cuantos invitados. Se cantaba. El futuro marido de Ana exhibía su talento de cantante. A veces Vladimir entonaba también una romanza. La tentativa terminaba por lo general muy rápidamente, en medio de una risa general: sus dotes vocales eran nulas y no tenía oído para la música.

Los buenos días pasaron pronto. Había que pensar en el invierno. Puesto que el experimento del «retorno a la tierra» había fracasado, la señora Ulianov se resignó a

reemprender el camino de la ciudad. Pero no quería regresar a Kazán por ningún motivo. Optó esta vez por Samara, ciudad tranquila y somnolienta donde no había Universidad ni grandes escuelas y donde su hijo, pensaba ella, no correría el riesgo de un nuevo «contagio».

Alquiló un gran apartamento de siete habitaciones en el que también se instaló el joven matrimonio de los Elisarov. Vladimir siguió dócilmente a su madre. Pero no había renunciado a su idea. Sólo cuando se ha fijado una meta —y ésta es una característica que retrata de cuerpo entero al futuro Lenin —está dispuesto a variar hasta lo infinito los medios que utilizará para alcanzarla. Habiéndosele negado la reincorporación primero y más tarde el pasaporte, ahora tratará de dar un rodeo. Puesto que no quieren volver a abrirle las puertas de la Universidad, no insistirá más. ¡Pero que le permitan, por lo menos, pasar los exámenes de Estado en calidad de externo! En la súplica que dirige al ministro de Instrucción Pública en octubre de 1889, es decir, tan pronto como llega a Samara, Vladimir declara que en los dos años que han seguido al fin de sus estudios secundarios ha podido darse cuenta de que un hombre desprovisto de conocimientos especiales no puede ganarse la vida. Y él necesita absolutamente encontrar un empleo que le permita mantener a una familia integrada por una madre anciana, un hermano y una hermana de corta edad. El ministro permaneció inexorable. «Es un individuo abyecto», anotó al margen de la súplica presentada.

No demostró gran perspicacia la señora Ulianov al escoger Samara como «lugar seguro». Es cierto que no había prácticamente estudiantes. Obreros contagiados por la propaganda revolucionaria, tampoco. Eso era lo que había incitado al Gobierno a tolerar la estancia allí de los «políticos» que habían terminado su deportación en Siberia

y a enviar en residencia vigilada a los militantes detenidos en San Petersburgo y en Moscú.

Todos esos «sospechosos» no tardaban en trabar relaciones con los círculos intelectuales de la ciudad; había en Samara abogados, magistrados tildados de liberalismo, médicos, profesores, funcionarios de la administración regional de reciente creación. Gracias a esos contactos se formaron varios centros en los que se propagaban ideas revolucionarias.

Vladimir no quería hacer vida de recluso. Su cuñado Elisarov, que conocía mucha gente en Samara, se encargó de introducirlo en algunos salones «liberales», particularmente en el del juez de paz Samoïlov, reputado como un hombre de ideas muy avanzadas. Su hijo había de contar más tarde, en sus *Recuerdos*, la impresión que produjo en él Uliánov cuando lo vio por primera vez. «Cuando fui a saludar a los invitados me llamó de pronto la atención una figura nueva. Sentado a la mesa en actitud desenvuelta había un joven muy delgado, con un rostro un poco calmuco, pómulos salientes, bigote y perilla clarísimos de un rojo cobrizo, de tono bermejo y ojos hundidos, vivos e irónicos. Hablaba poco, pero ello no se debía seguramente a que se hallara incómodo en un medio desconocido. Al contrario. Era a todas luces evidente que esa circunstancia no le molestaba en modo alguno... En la conversación salieron a colación los incidentes de Kazán que motivaron su expulsión de la Universidad. No parecía hacer de ello una tragedia. Después de decir algunas palabras cáusticas, estalló de pronto, visiblemente satisfecho, en una risita entrecortada y breve, muy rusa... Esa risita, franca y burlona a la vez, realzada por las pequeñas arrugas maliciosas en las comisuras de los párpados, se quedó grabada en mi memoria. Todos se echaron a reír, pero él, silencioso e inmóvil de nuevo, no hacía más que escuchar la



conversación general y observar a todo el mundo con una mirada atenta y un tanto burlona.»

Entró en relaciones también con militantes enviados a Samara en residencia vigilada, entre los cuales había varios populistas con un pasado revolucionario suficientemente acreditado. De creer a su hermana Ana, las conversaciones con esos hombres fueron para él una verdadera escuela práctica de la revolución. Escuchaba ávidamente sus relatos y obtenía toda clase de informaciones: sobre los procedimientos de conspiración, sobre la técnica de la acción clandestina, sobre la ciencia de las evasiones, sobre el arte de fabricar pasaportes falsos y de engañar a la administración penitenciaria, etc. Aunque ya estaba iniciado en el marxismo y aunque había reconocido la importancia y la superioridad de sus concepciones económicas y sociales, se sentía arrastrado todavía por su temperamento combativo y fogoso hacia el populismo, subyugado por el fascinante ejemplo de sus heroicos representantes. En el curso de este primer año de su estancia en Samara, trabó estrecha amistad con un joven propagandista del populismo, Skliarenko, de su misma edad, quien después de pasar un año en la cárcel había reanudado su actividad clandestina. Mantuvo relaciones muy amistosas con él y con los miembros de su círculo. No lo habría hecho, desde luego, si no hubiera compartido sus concepciones de lucha revolucionaria. Sin embargo, cediendo quizá a las instancias de su madre, no tomaba la palabra en sus asambleas ni en las que organizaban los marxistas, a quienes también frecuentaba. Señalaremos a este respecto el testimonio del futuro socialdemócrata alemán Buchholtz, que vivía entonces en Samara. «Que yo recuerde, Vladimir Ilich Ulianov no manifestaba ninguna actividad particular en las reuniones en que coincidíamos, y en todo caso no exponía opiniones marxistas.» Cosa que, por lo demás, no impedía a

la gendarmería local, que no lo perdía de vista, considerarlo «sospechoso desde el punto de vista político y digno de ser vigilado».

El proyecto de hacer los exámenes oficiales como externo no ha sido abandonado. Al llegar la primavera, Vladimir vuelve a la carga. Pero esta vez pone en movimiento a su madre. La señora Ulianov, cada vez más preocupada por el porvenir de su hijo, acepta gustosa ir personalmente a San Petersburgo para obtener una audiencia del ministro y arrancarle ese favor. Este no pudo soportar sus lágrimas y se dejó convencer. Pidió informes a la gendarmería de Samara, la cual contestó que Vladimir Ulianov mantenía relaciones con personas de reputación dudosa, pero no se destacaba en ninguna actividad subversiva. Finalmente, en julio, la policía informó a la señora Ulianov que su hijo quedaba autorizado a examinarse en una de las universidades del Imperio. Vladimir escogió la de San Petersburgo, y su elección fue aceptada.

Se trasladó a San Petersburgo en los primeros días de agosto a fin de entrar en contacto con el ambiente universitario y darse cuenta de las condiciones en que debería examinarse. Se proponía llevar a cabo una verdadera hazaña anunciando que estaba decidido a presentarse en la próxima sesión, lo cual no le dejaba más que unos cuantos meses para asimilar los materiales de cuatro años de estudios universitarios. Permaneció dos meses en la capital. Se poseen pocas informaciones sobre esta primera estancia de Vladimir Ulianov en San Petersburgo. Únicamente se sabe que a través de Olga, su hermana menor, que vivía allí desde hacía un año, había conocido al estudiante de Derecho Vodovosov, que fue amigo de su hermano Alejandro y que, después de ser deportado en 1887, acababa de regresar, luego de haber

sido autorizado a examinarse. Vodovosov le fue de una gran utilidad. Gracias a él pudo Vladimir penetrar en la sala donde se interrogaba a los candidatos y observar de cerca a los examinadores y su manera de hacer las preguntas.

Después de haber tanteado el terreno, volvió a Samara a finales de octubre y se puso a trabajar con febril premura. No había que perder ni un solo día, ni una sola hora. Tenía que prepararse para las pruebas orales de catorce materias: derecho romano, derecho civil, procedimiento civil, derecho comercial, derecho criminal, historia del derecho romano, historia del derecho ruso, derecho eclesiástico, derecho público, derecho internacional, derecho administrativo, economía política, legislación financiera y filosofía del derecho. Amén de una prueba escrita sobre un tema no señalado por adelantado y una memoria en que debería abordar a fondo un problema de derecho criminal por él escogido. Los exámenes se llevaban a cabo en dos veces: sesión de primavera en abril y mayo, y sesión de otoño de septiembre a noviembre. Vladimir no tenía más que cinco meses para preparar las materias sobre las cuales le iban a interrogar durante la primera sesión. Eso representaba todo el derecho civil, la historia del derecho ruso, la filosofía del derecho, la economía política y la legislación financiera. Y una memoria que tenía que redactar...

Vladimir salió airoso del reto: en abril del año siguiente se presentó perfectamente preparado ante la Comisión examinadora, hizo con éxito la prueba escrita, presentó una memoria que fue calificada de «muy satisfactoria»<sup>3</sup> y afrontó las pruebas orales. Precisamente en esos momentos cayó enferma su hermana, declarándosele la fiebre tifoidea. Necesita ser llevada urgentemente al hospital y es Vladimir quien se ve obligado a encargarse de ello, entre dos exámenes. La madre, a quien se ha avisado por telegrama, llega para recoger el último suspiro de su hija. Mientras

tanto, Vladimir, conservando toda su sangre fría, contesta sin desfallecer las preguntas de los examinadores.

Regresa a Samara con su madre. En tres meses tenía que asimilar la enorme masa de conocimientos diversos de las materias reservadas para la segunda sesión. El período de vacaciones estaba en pleno apogeo. La familia Ulianov, nuevamente enlutada, se trasladó al campo. Verano triste para la madre, época de tensión intelectual sobrehumana para el hijo. Vladimir tenía no sólo que aprobar —de eso ya estaba seguro—, sino aprobar brillantemente, «batiendo un récord». Y helo aquí poniendo manos a la obra. Se reunía en su persona una singular amalgama de fuerzas morales directamente opuestas cuya interdependencia lo capacitaba para sostener victoriosamente las pruebas más difíciles. Apasionado y devoto por ardiente deseo de la acción, poseía al mismo tiempo un asombroso dominio de sí mismo, un sentido muy agudo del equilibrio moral y físico que le permitía dosificar juiciosamente su esfuerzo. Sabía llegar hasta el último límite de lo posible. Pero también sabía no excederse. Ana, que había podido observarlo de cerca durante esos meses de dura labor, anotó escrupulosamente el empleo de su tiempo. Por la mañana temprano, y muy puntualmente, se traslada, doblado bajo su carga de libros, a su «gabinete de trabajo», un rincón retirado del jardín, al fondo del sendero de tilos. Ningún miembro de la familia se atrevía a ir a molestarlo allí. A las tres de la tarde enviaban a la criada para que lo llamara a comer Vladimir recogía entonces sus manuales, sus cuadernos y sus notas y venía a sentarse a la mesa. Después de la comida, a guisa de descanso tomaba un libro de Marx o de Engels, iba a pasearse por los alrededores, se bañaba y regresaba a casa para tomar el té de la tarde. «Entonces —dice Ana—, volvía a mostrarse parlanchín, exuberante y alegre, con una alegría que comunicaba a los demás.»

En la sesión de otoño, Vladimir obtuvo el mismo éxito. Resultado final: fue aprobado el primero sobre 134 candidatos, estudiantes y externos.

Al entrar en posesión, por fin, del diploma conquistado a costa de tan largos y perseverantes esfuerzos, ahora veía el porvenir más claro. Ya podía abrazar la profesión de abogado que había escogido. No se trataba de satisfacer un amor propio que había estado demasiado tiempo despierto. La situación material de su madre era cada vez más difícil. Los ingresos de la propiedad disminuían. Había dificultades con los campesinos morosos. A los veintidós años, Vladimir vivía totalmente a expensas de su madre. Aquello no podía seguir. Era absolutamente necesario que empezara a ganarse la vida, y lo más rápidamente posible. La abogacía era considerada entonces como una profesión bastante lucrativa. Pero había que saberse crear una clientela... Vladimir no lo logró. Fue autorizado oficialmente a ejercer en julio de 1892 (se habían necesitado seis meses para cumplir las diferentes formalidades administrativas derivadas de su antigua condición de «sospechoso vigilado»), pero no defendió, en el curso del semestre siguiente, más que tres causas, todas ellas de mínima importancia, y las perdió todas. Pero mientras tanto tuvo que actuar siete veces ante el tribunal, en calidad de abogado de oficio, o sea a título puramente gratuito, sin mayor éxito por lo demás.

Poco ocupado por los deberes de su profesión, Ulianov disponía de tiempo más que suficiente para dedicarse a las actividades políticas. Así lo hizo, en efecto. Pero desde el principio se vio que esa actividad iba a revestir formas muy particulares.

El verano de 1891, excepcionalmente cálido, provocó la sequía. El hambre azotó cruelmente a varias provincias, dejando una secuela de epidemias. Esta calamidad sacudió

a todo el país. Mientras la muerte despoblaba los campos, los habitantes de las ciudades temblaban por su suerte. Las masas campesinas, hambrientas y desesperadas, eran capaces de invadir las ciudades y saquear las casas de sus habitantes. Numerosas propiedades rurales habían sido ya incendiadas y devastadas. El Gobierno, tomado por sorpresa, era incapaz de hacer frente a la situación y decretaba medidas inoperantes. A la iniciativa privada se debió la organización de los socorros. En todas partes se formaron comités, se hicieron colectas, se organizaron envíos de víveres y se crearon equipos sanitarios. Los intelectuales dieron un apoyo ferviente a esta obra de salvamento. Incluso los elementos más avanzados, los más hostiles al régimen, aceptaron, ante una calamidad sin precedentes, practicar una especie de tregua política y trabajar en los comités locales de los populistas con los reaccionarios más empedernidos. Un Comité de ese género se había formado en Samara. Lo mismo que en las demás partes, se llegó a una especie de unión sagrada entre los representantes de las tendencias políticas radicalmente opuestas. ¿Qué haría Ulianov? Su hermana Ana había aceptado trabajar en un dispensario y cuidar enfermos. El se negó categóricamente a adherirse al Comité local y empezó contra éste una campaña sistemática entre los miembros de los cenáculos clandestinos con los cuales estaba en contacto. No consiguió adeptos. Únicamente le siguió sin vacilar una «sospechosa» recientemente llegada y que profesaba una admiración ilimitada al joven maestro.

¿Cómo podía justificarse en Ulianov esta actitud de irreductible hostilidad a una empresa que parecía inspirada en la más elemental humanidad? Se mostraba sencillamente consecuente y lógico, fiel a la idea fundamental de la doctrina marxista. Estimaba que toda esa actividad, que no era sino filantropía pura y simple,

representaba sólo un paliativo destinado más a agravar el mal que a aliviarlo. Ayudar al régimen a vencer el terrible azote era contribuir a su consolidación, cuando precisamente esta catástrofe revelaba rotundamente la imprevisión del Gobierno zarista, su incapacidad, y favorecía la difusión de las ideas revolucionarias entre los campesinos. Por otra parte, un revolucionario que renuncia a su tarea de militante y que se pone a trabajar codo con codo con los opresores del pueblo, no hace más que debilitar las filas del ejército de la Revolución y aumentar el número de los servidores de la reacción. Esa tesis era tenazmente combatida por los populistas, quienes afirmaban que había que aprovechar precisamente las circunstancias para sentar plaza en los pueblos y demostrar a los habitantes del campo, que seguían mirándoles con cierta desconfianza, que en ellos tenían amigos fieles y devotos.

En los recuerdos de su futuro adversario, el laborista Vodovosov, se encuentra más de un eco de las discusiones que estallaban a este respecto entre Ulianov y los miembros de los círculos clandestinos de Samara. Pero se nota también que actuaba más bien aislado y que se mantenía al margen de las manifestaciones colectivas de su actividad. Entre esos dirigentes tenía algunos amigos, con los cuales mantenía estrechas relaciones. Los veía frecuentemente, conferenciaba extensamente con ellos sobre cuestiones de programa y de táctica que habían de formar el tema de los debates en las reuniones previstas, pero a las cuales no asistía generalmente.

Sería erróneo ver en ello una simple medida de prudencia dictada por el deseo de no comprometerse. Sentía sencillamente que él había superado ya con mucho ese ambiente provincial y que necesitaba un campo más amplio. Se ahogaba en Samara. Ana apuntó que su

hermano «se aburría bastante y aspiraba a vivir en un centro más animado». En efecto, la capital le atrae ya irresistiblemente, y allí es donde espera que podrá dar rienda suelta a todas esas fuerzas, aún oscuras, pero insospechadamente impetuosa, que hierven en él. En las postrimerías del invierno toma una decisión: a partir del otoño próximo se irá a San Petersburgo a vivir una vida nueva y se llevará de Samara un recuerdo sombrío.





## IV

# EL APRENDIZAJE DE UN JEFE

El día 17 de agosto de 1893, Vladimir Ulianov salía de Samara. Llevaba en la maleta el frac de su padre, que pensaba usar para presentarse ante el tribunal en sus futuros alegatos, y también, sin que se sepa por qué, el sombrero de copa de su difunta excelencia.

De camino, se detuvo en Nijni, donde conocía a varios militantes. Dio una conferencia y obtuvo una carta de presentación para un marxista de San Petersburgo que había de abrirle las puertas de los círculos clandestinos de la capital. Esto es digno de señalarse y de ello puede llegarse a la conclusión de que en aquella época el renombre del marxista Ulianov no había rebasado los límites de la región volgiana y que todavía no había hallado la manera de entrar en relaciones con los círculos revolucionarios de San Petersburgo. De otro modo no habría pensado seguramente en recurrir a la ayuda de sus amigos de Nijni.

El destinatario de la carta era un militante muy joven de la Universidad de San Petersburgo, Miguel Silvin, natural de Nijni-Novgorod, que habitaba en los alrededores de la capital y que vivía más mal que bien dando clases. Recibió muy cordialmente al recién llegado y enseguida lo puso en contacto con los miembros de su círculo. Eran una docena

de estudiantes del Instituto Politécnico que se reunían una vez por semana, en rotación, en casa de uno de ellos. Charlaban y cambiaban impresiones sobre los acontecimientos del día. Estaban animados por las mejores intenciones, pero carecían de plan de acción y de programa. Para tener derecho a ejercer su profesión, Ulianov estaba obligado a inscribirse como pasante con un abogado colegiado. Escogió a un viejo jurista liberal, Wolkenstein. Se ignora dónde y cómo lo había conocido. Desde el 3 de septiembre ya era cosa hecha y no había más que esperar clientes. Pero éstos no se apresuraban a ir a llamar a su puerta, lo que permitió a Ulianov dedicar todo su tiempo a sus deberes de revolucionario. Empezó en el interior del círculo donde había sido admitido. La primera impresión que produjo en sus camaradas no le fue precisamente favorable. Les parecía un dependiente, y su correcto pero trivial atuendo contrastaba con el desaliño pintoresco de ellos. Mas cuando oyeron sus intervenciones en las discusiones se dieron cuenta de que estaban frente a una poderosa personalidad claramente superior a todos ellos, y muy rápidamente reconocieron su autoridad.

Ulianov empezó por poner regularidad y orden en las reuniones semanales. Propuso e hizo adoptar que cada uno de los miembros del círculo haría un informe sobre el trabajo de propaganda efectuado por él. También se daría cuenta de la actividad de los otros grupos y se estudiarían los diferentes problemas de la vida económica a la luz de la doctrina marxista. Quedó convencido que cada miembro escogería un tema a su gusto para dictar una conferencia. Esto no dejó de parecer algo embarazoso para algunos de ellos. Su conocimiento del marxismo era todavía, en general, bastante rudimentario. Muchos de ellos no habían leído más que el primer tomo de El Capital e ignoraban el Manifiesto comunista. Un miembro del círculo, el futuro

ingeniero Krassin, escogió como tema de su conferencia la cuestión de los mercados en sus relaciones con el capitalismo, que era entonces uno de los problemas más discutidos por los economistas rusos. Hizo una disertación académica y abstracta que fue refutada por Ulianov con vehemencia. Pero éste no se detuvo ahí. El debate fue llevado a otro terreno más amplio: Ulianov arremetió contra el sistema general de los marxistas rusos para abordar las cuestiones, hacerlas estériles y usar sus fuerzas en un trabajo improductivo. De eso es de lo que hay que ocuparse. «En cuanto a los mercados, ya se ocupará de ellos la burguesía. Nuestra tarea es organizar el movimiento obrero ruso. Y no hacemos nada para ello.» Los intelectuales siguen siendo extranjeros para los obreros. Hablan un lenguaje que éstos no comprenden o que les deja indiferentes. Hay que decirles cosas positivas que les interesen, hay que ocuparse de sus problemas, apoyar sus reivindicaciones y al mismo tiempo iniciarlos en la ciencia marxista.

Su conferencia, pronunciada con una fogosidad apasionada, impresionó profundamente a su auditorio. Una muchacha que se hallaba presente dirá más tarde con emoción, convertida ya en una vieja militante comunista: «Vivo y concentrado, con la mirada penetrante y algo burlona, derrochaba energía y vitalidad; era como una chispa.» Otra joven que no asistió, pero que había oído hablar de la conferencia, consiguió el cuaderno que contenía el texto de la misma. Quedó maravillada. «Me gustaría conocer mejor al autor de estas notas y sus ideas», escribió más tarde. Andando el tiempo sería su mujer.

Mucho se habló en los cenáculos clandestinos de la capital del debut del «marxista volgiano». Incluso en Moscú. Cuando a finales de diciembre, en que se trasladó a esa ciudad para pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo con

su madre, que se había radicado allí desde su salida de Samara, apareció en la fiesta organizada por un cierto simpatizante moscovita, lo señalaban como una especie de curiosidad. El futuro jefe de los socialistas revolucionarios, Chernov, que se hallaba entre los invitados, apuntó en sus recuerdos: «Alguien me dijo con aire misterioso: Mire aquel joven un poco calvo que está allí. Es un hombre muy interesante. Es un personaje entre los marxistas de San Petersburgo.»

Un incidente característico se produjo durante aquella velada. Había comenzado con una conferencia dictada por el eminente teórico del populismo, el doctor Vorontzov. Hubo entre los concurrentes un estudiante marxista que quiso entablar una discusión con él. El conferenciante no tuvo dificultades para acallar a su contradictor. Pero entonces se escuchó una voz burlona y ceceante que reanudaba el debate. Era Ulianov. Los esfuerzos de Vorontzov para acallar al adversario no dieron resultado ahora. A cada una de sus réplicas, éste oponía objeciones pertinentes. La discusión se envenenaba y amenazaba ser interminable. Acabaron por ponerle fin de todos modos, pero quedó la impresión de que Ulianov se había impuesto. Parece que ignoraba quién era su contradictor. «¿Con quién he discutido?», le preguntó a la «Jacobina» Yasneva, su vieja amistad de Samara que lo había llevado a aquella velada. «Pues con Vorontzov», contestó ésta. Entonces se puso furioso. «¿Por qué no me lo dijo antes? Si hubiera sabido que era él no hubiera tomado la palabra.» ¿Era, como lo da a entender Yasneva, a quien debemos el conocer esta escena, porque consideraba inútil y vano discutir con un populista, o, como lo ha supuesto Martov, quien señala el mismo incidente en sus *Notas de un socialdemócrata*, porque hubiera preferido por deferencia a un escritor

eminente, no atacarlo públicamente? El lector puede escoger entre las dos hipótesis.

Al regresar a San Petersburgo, Ulianov pone de nuevo manos a la obra. Primero se muda. Abandona la cómoda habitación que había alquilado en un barrio burgués al precio de quince rublos por mes, precio bastante elevado para la época (tal vez estimaba que un abogado que tendría que recibir a eventuales clientes estaba obligado a observar un cierto decoro), y se instala más modestamente. Sigue, sin embargo, sin tener clientes, pero eso es todo, o casi todo. Había vuelto a dar consulta en un gabinete jurídico de barrio, pero eso no le dejó más que sumas irrisorias. Un día, cuando Silvin le preguntó cómo andaba su trabajo de abogado, Ulianov contestó que ni siquiera había ganado lo que le había costado su inscripción en el foro.

Pero ésa era la menor de sus preocupaciones. Sólo se ocupaba de una cosa: realizar la tarea revolucionaria que se había impuesto. En primer lugar, reorganización radical del círculo marxista de que formaba parte. De ahora en adelante había que desterrar rigurosamente el «amateurismo». A instancias suyas fueron introducidos en el grupo elementos obreros. Así se formó un grupo central compuesto por cuatro intelectuales (entre ellos Ulianov) y dos obreros. Ese grupo estaba encargado de dirigir la acción del círculo, de organizar reuniones y conferencias, de formar cenáculos obreros, de delegar en cada uno de esos cenáculos propagandistas reclutados entre sus miembros. Los obreros, debidamente educados, debían reclutar simpatizadores en la fábrica, entre sus camaradas, y constituir a su vez círculos a los que el grupo enviaría instructores. Uno de esos obreros reclutadores, V. Kniazev, cuenta:

«Después de haber organizado algunos círculos, le dije a nuestro centro que había que enviar intelectuales para dar

conferencias. Me contestaron: “Está bien. Irá Nicolás Petrovitch. Es uno de los mejores. Pero es necesario que la gente sea segura y seria.” La primera reunión se celebró en mi casa, en mi habitación, que tenía una entrada independiente que daba directamente a la escalera. A la hora convenida oí tocar a mi puerta. Abrí y vi a un hombre de unos treinta años, de rostro redondo, con una barbita rojiza, mirada escrutadora, la gorra hundida sobre los ojos y el cuello del abrigo levantado (aunque era verano). “¿Es aquí donde vive Kniazev?”, preguntó al entrar. Al escuchar mi respuesta afirmativa dijo: “Soy Nicolás Petrovitch.” “Le esperábamos.” “He tenido que venir dando rodeos; por llego un poco tarde. ¿Ha llegado ya todo el mundo?”, preguntó mientras se quitaba el abrigo. Su cara era muy seria y parecía dar órdenes. Lo tranquilicé, diciéndole que no faltaba nadie y que podíamos empezar. Se instaló en el lugar que se le había reservado y empezó a hablar. Su discurso se distinguía por la seriedad, la precisión y la claridad de su exposición. Parecía no caer en contradicción. El auditorio le escuchaba atentamente y contestaba a sus preguntas: lugar de trabajo, desde cuándo, nivel intelectual de los camaradas, si eran capaces de asimilar las ideas socialistas, sus lecturas, etc. Su discurso había durado más de dos horas. Se le escuchó sin esfuerzo alguno, ya que nos explicaba enseguida lo que no nos parecía claro. Comparando su lección con las de otros intelectuales a quienes habíamos escuchado, se veía enseguida que no era lo mismo, y cuando se fue Nicolás Petrovitch después de haber convenido la fecha de la próxima reunión, me preguntaron: “¿Quién es? Habla estupendamente bien y sin tartajear...” Pero no podía decirles nada porque yo mismo no sabía quién era Nicolás Petrovitch».

Poco tiempo después, Kniazev, que tenía que recoger la herencia de su abuela, pidió a sus camaradas que le

indicaran un abogado consciente y que no fuera caro. Le aconsejaron que se dirigiera al abogado Ulianov y le dieron su dirección. Al presentarse en su casa fue recibido por su patrona, quien le informó que Ulianov había salido, pero que no tardaría en volver, y lo invitó a pasar a la habitación de su huésped.

«La habitación tenía dos ventanas —cuenta Kniazev en sus *Recuerdos*—. Estaba amueblada muy modestamente: una cama de hierro, una mesa, tres o cuatro sillas, una cómoda... Sonó la campanilla y entró en la habitación un hombre con sombrero de copa. “¡Ah, me esperaba usted ya!”, me dijo mientras se quitaba rápidamente el abrigo y arreglaba su frac bastante arrugado. “Un momento; voy a cambiarme y nos ponemos enseguida a trabajar.” Yo lo miraba atónito. Era mi Nicolás Petrovitch».

Ulianov no se conformaba con instruir a los grupos obreros que le correspondían. Se interesaba también por aquellos donde enseñaban los otros miembros del círculo. ¿Lo hacía en calidad de dirigente de la propaganda deseoso de darse cuenta de la actividad de los instructores y de los progresos realizados por sus alumnos, o sencillamente porque quería ampliar lo más posible los límites de su campo de observación en los medios obreros? Es imposible determinarlo. ¿Lo guiarían tal vez ambos motivos? Una obrera que formaba parte del grupo confiado a su amigo Redchenko nos cuenta:

«Un domingo, en lugar de un solo intelectual que se ocupaba de nosotros, vino uno más que nos era desconocido. Era un hombre de corta estatura, regordete, de frente amplia, vestido como un obrero y que, a primera vista, no parecía un intelectual... Fuimos nosotros los que hablamos y Radchenko. El desconocido escuchaba atentamente nuestra conversación y parecía estudiarnos escrutando a cada uno de nosotros con su mirada



penetrante. En nuestras conferencias hablamos principalmente de los problemas económicos de la vida cotidiana. Se nos hablaba a veces de la necesidad de emprender un día la lucha política, pero sólo de pasada, sin tomarlo muy en serio. De vez en cuando, el desconocido intervenía en la discusión para hacer comentarios. Luego, bruscamente, empezó a hablar con fogosidad: “Con una lucha económica nunca obtendréis una mejoría seria de vuestra situación. Lo esencial es la lucha política. ¡Tenéis que sostener la lucha política!” Esas palabras habían sido pronunciadas con tal autoridad, con tal fuerza de convicción, que no he podido olvidarlas desde entonces. Luego hizo todavía algunas observaciones. Más tarde los dos intelectuales se fueron. Los obreros cambiaban impresiones. Todos hablaron del nuevo propagandista. Un tejedor declaró: “Ese muchacho va a dar mucho que hablar si la policía no lo quiebra allí de donde nunca se vuelve.”»

Se interesaba sobre todo por los obreros inteligentes, conscientes de sus intereses de clase que, habiendo llegado poco a poco al marxismo, trataban de propagar las nuevas ideas entre sus camaradas menos instruidos y que, una vez debidamente educados, se convertían a su vez en agitadores propagandistas encargados de reclutar militantes en su fábrica. Pero se mostraba particularmente exigente con ellos, se ocupaba de su vida privada, que, según él, debía ceder el lugar al apostolado de que estaban encargados, y velaba por su asiduidad a la tarea que habían asumido. El obrero Kniazev, ya conocido, ha anotado las palabras, en las que transpiraba una cierta censura, que le dirigió Ulianov un día:

«Ha formado usted un círculo. En consecuencia, debe usted hacerse superior en conocimientos con relación a sus camaradas para poder dirigirlos. Debe usted leer más, instruirse e instruir a los demás. He oído decir que le gusta

el baile. Hay que dejar eso. Hay que trabajar de lleno. Debe usted desarrollarse políticamente. Entonces su trabajo en el círculo será una alegría para usted».

Kniazev le escuchó, fue a verlo regularmente, llevándole cada vez informaciones sobre lo que ocurría en la fábrica. Ulianov le hacía preguntas sin cesar. Quería saberlo todo: en qué condiciones trabajaban los obreros, cuánto les pagaban, todos los incidentes menudos de su existencia cotidiana. Y cifras. Sobre todo, cifras: piezas fabricadas, número de horas, multas percibidas, etc. Todo era anotado en fichas, clasificado, registrado, como en un despacho de estadística de un inspector del trabajo. Otro obrero, más perseverante, más profundamente entregado a la causa, Babuchkin, quien más tarde habría de ser un militante bolchevique muy activo, habla con una admiración infinita de aquel que en aquella época era a la vez su profesor y su director de conciencia:

«Nos hablaba sin ningún libro, tratando de provocar discusiones entre nosotros e incitarnos a cada uno a defender su punto de vista... Estábamos encantados con nuestro profesor, admirábamos su inteligencia y bromeábamos entre nosotros diciendo que era esa inteligencia la que le había costado perder el pelo. Nos obligaba también a trabajar fuera de las conferencias; nos distribuía cuestionarios, y para contestar a esas preguntas había que conocer a fondo la vida de la fábrica».

Babuchkin fue el encargado de difundir el primer volante de propaganda revolucionaria redactado por Ulianov. Corría el mes de diciembre de 1894. Empezaba a notarse cierta agitación entre los obreros de la fábrica donde trabajaba. Ulianov hizo personalmente cuatro copias del volante. Babuchkin tuvo que colocarlas en los talleres. Este primer experimento sólo dio resultado a medias. Únicamente dos

copias llegaron a manos de los obreros. Las otras dos fueron requisadas por los vigilantes.

Pero la actividad de Ulianov no quedaba encerrada en ese terreno. Se esforzaba, al mismo tiempo, por extender su influencia en los medios intelectuales, de establecer contacto con otros grupos clandestinos, con vistas a una futura fusión. Así fue como en febrero de 1894 se le ocurrió entrar en relaciones con el círculo del ingeniero Klasson, a quien se consideraba entonces como «uno de los mejores marxistas de San Petersburgo». Se concertó un encuentro en casa de éste. Ulianov llegó en compañía de Radchenko. Entre los representantes del grupo de Klasson invitados a asistir a la entrevista se hallaba una muchacha, Nadia Krupskaia, la misma que, unas semanas antes, había leído con tanta atención el cuaderno manuscrito del «marxista volgiano».

«Se inició la conversación sobre los métodos de acción» —escribe ella en sus *Recuerdos*—. «Tantas opiniones como personas. Uno de nosotros dijo que lo más importante era crear comités de instrucción popular. Vladimir Ilich se rió, con una risa fea —nunca jamás le oí reír así— y anunció: «Pues bien, ¡que aquel que crea que la patria puede ser salvada por comités de instrucción popular, que los haga!...» No llegamos a ningún resultado, naturalmente. Vladimir Ilich habló poco y se limitó a observar a la gente que lo rodeaba. Esta parecía sentirse un poco incómoda en su presencia».

Nadejda Konstantinovna Krupskaia, hija de un modesto funcionario, tenía entonces veintiséis años. Un rostro franco y simpático, típicamente eslavo, ojos claros, límpidos, una boca firme, voluntariosa, cabellos rubios, abundantes, peinados para atrás sin ninguna preocupación de coquetería. Vivía con su madre que cobraba una módica pensión de viuda, y se ganaba la vida trabajando de

empleada supernumeraria en la Dirección General de los Ferrocarriles del Estado. Los domingos daba clases en los cursos nocturnos en los barrios obreros. Volvió a ver a Ulianov al azar de algunas reuniones clandestinas.

«En el invierno de 1894-1895» —cuenta Krupskaja en los *Recuerdos* antes citados— «mis relaciones con Vladimir Ilich se estrecharon más. Se ocupaba de los círculos obreros en los barrios de la Nevskaja Zastava, mientras yo enseñaba desde hacía cuatro meses en la escuela nocturna del barrio de Smolensk... Muchos de los obreros que frecuentaban los círculos que dirigía Vladimir Ilich eran alumnos míos... El domingo, después de las reuniones solía venir a verme y entablábamos conversaciones sin fin».

Paralelamente a la difusión de las ideas marxistas emprendidas por círculos clandestinos, el conocimiento de la doctrina de Carlos Marx empezaba a extenderse en los círculos cultos de la sociedad rusa a través de un grupo de escritores sociólogos que recibieron el nombre de «marxistas legales». Interpretaban la enseñanza del maestro despojándola de su contenido revolucionario. *El Capital* era para ellos la base de un sistema económico que preconizaba el desarrollo del capitalismo, potencia mundial a quien pertenecía el porvenir. Esta tesis coincidía con la expansión cada vez más intensa que iba cobrando entonces la industria capitalista en Rusia. Ese marxismo, por endulzado que estuviera, chocaba radicalmente, sin embargo, por su esencia misma, con las tesis populistas. De ahí las acerbos polémicas que sostenían los adversarios en revistas y libros.

Ulianov observaba con mirada vigilante la actividad de esos nuevos «compañeros de viaje». Se daba cuenta del abismo que separaba su concepción del marxismo de la de ellos, pero no podía dejar de reconocer que los golpes que asestaban al populismo eran mucho más eficaces que

aquellos con que él y sus amigos, reducidos al empleo de medios de lucha muy rudimentarios, trataban de sacudirle. El caso es que, para empezar, Ulianov adoptó frente a ellos una actitud francamente hostil. En septiembre de 1894, cuando se publicó el libro de Pedro Struvé, considerado entonces como el jefe de los marxistas legales, *Notas críticas sobre la cuestión del desarrollo económico de Rusia*, Ulianov lo tomó como tema para una conferencia que tituló *El reflejo del marxismo en la literatura burguesa*.

Esa conferencia fue dictada en casa de un representante del marxismo legal, Alejandro Potresov, con quien mantenía, en lo privado, cordiales relaciones. Ulianov sometió el libro a una crítica despiadada. El autor, que estaba presente, no se mostró vejado en modo alguno, o por lo menos no lo pareció. Hizo saber a Ulianov que deseaba verlo para proponerle un trabajo conjunto y una eventual colaboración de Ulianov en la revista que dirigía. En efecto, el joven jefe del marxismo legal (nacido en el mismo año que Lenin, Struvé no había cumplido todavía los veinticinco años en aquella época) acababa de asumir la dirección de una revista que se publicaba legalmente y que se proponía difundir la doctrina marxista; además, abrigaba el ambicioso proyecto de editar, también legalmente, una antología de trabajos marxistas para repartirla profusamente entre el público letrado. Ulianov contestó que esperaba la visita de Struvé, y éste fue a verle.

«Una noche» —cuenta Silvin—, «al presentarme en casa de V. I. encontré allí a Struvé. Cuando se fue, le pregunté a V. I.: “¿Qué quería Struvé?” V. I. me miró con su habitual gesto irónico y dijo: “Usted cree que no es interesante para nosotros, y yo pienso que sí lo es”». Potresov, en cuya casa se había celebrado la conferencia de Ulianov, era un hombre dúctil y afable que tenía amigos en casi todos los círculos militantes de la capital y útiles relaciones con los

revolucionarios emigrados. Al lado del «jefe», Struvé quedaba un poco a la sombra, pero se apreciaba su viva inteligencia, su buena voluntad y el celo que ponía al servicio de la causa común. No se sabe si fue a él o a Struvé a quien se le ocurrió primero la idea de crear una especie de frente común que agrupara a los marxistas legales e ilegales, así como a los miembros del grupo *Emancipación del Trabajo* residentes en el extranjero. En todo caso, Potresov fue quien se convirtió en la pieza clave de esta empresa. Se decidió publicar «legalmente» una antología de estudios en la que colaborarían los representantes de las tres tendencias. Plejanov, el ilustre desterrado, prometió su cooperación. A Ulianov, considerado como el jefe de los marxistas ilegales, también se le pidió la suya. En un principio se mostró vacilante. «Las cosas acabaron por arreglarse —escribe Martov en sus *Notas*— cuando Ulianov obtuvo plena libertad para resaltar en su trabajo, en la medida en que ello podía hacerse en un libro legal, el carácter revolucionario de la ideología marxista.» A fin de demostrar hasta dónde podía llegar su objetividad, Struvé aceptó que Ulianov incluyera en la antología proyectada el texto de la conferencia en que aquél había emprendido la destrucción radical de su libro. «Lo suavicé un poco — escribía más tarde Lenin— en parte a causa de la censura y en parte a causa de la “alianza” con los marxistas legales para la lucha común contra los populistas.» Lo que le seducía sobre todo era la posibilidad de dirigirse a un vasto público de lectores legales al que no podía llegar con los medios de difusión clandestina que tenía que utilizar su organización. Su estudio apareció bajo el seudónimo de K. Tulin. Plejanov firmó los suyos D. Kusnetzov y Utis. La censura no se dio cuenta de nada y dejó pasar el libro. Pero la policía descubrió muy rápidamente el subterfugio. Toda la edición fue confiscada y todos los ejemplares que pudo

recoger fueron quemados. Potresov logró salvar un centenar y los hizo circular clandestinamente.

A principio de 1895 los representantes de algunos grupos provinciales vinieron a San Petersburgo para entenderse con los marxistas de la capital sobre el establecimiento de un enlace con los emigrados. Por su parte, Plejanov, el maestro indiscutido de los marxistas rusos de todos los colores, tanto del interior como del exterior, estimaba que, teniendo en cuenta el desarrollo cada vez más intenso de la clase obrera en los centros industriales del Imperio, había llegado el momento de reunir a todos los grupos marxistas aislados en un solo y único partido obrero socialdemócrata. Se celebró la conferencia. Se discutió mucho. Los provincianos no estaban de acuerdo con los de la capital. No se pudo llegar a un acuerdo para enviar al extranjero un delegado único que representara a todas las organizaciones. Los marxistas de San Petersburgo designaron a Ulianov. Un militante de Vilna fue en calidad de representante de los grupos de su provincia. Los otros parecen haberse abstenido pura y simplemente de dar su investidura a nadie.

Ulianov pensaba ponerse en camino en la segunda quincena de marzo. Por lo menos, desde el 15 de ese mes poseía el pasaporte que el gobernador de San Petersburgo no había juzgado necesario negarle, por muy «sospechoso vigilado» que fuera. Pero cayó enfermo y tuvo que retrasar su viaje un mes y hasta el 25 de abril siguiente no salió de Rusia. El gobernador tardó una semana en informar de su salida al departamento de policía. Este necesitó veinticinco días para advertir a la gendarmería de las estaciones fronterizas de la necesidad de proceder, a su regreso, a un examen más minucioso de su equipaje.

El tren lleva a Ulianov hacia Suiza. Es la primera vez en su vida que viaja al extranjero y es la primera vez que oye hablar a su alrededor un lenguaje que le resulta

indescifrable. Y ésa es su primera decepción: después de haber leído cantidad de obras alemanas, creía conocer suficientemente ese idioma para hablar, pero he aquí que se da cuenta de que no entiende nada. En la carta que envía a su madre desde Salzburgo escribe: «Me cuesta un gran esfuerzo entender a los alemanes, o, para decirlo mejor, ¡no los entiendo en absoluto! Hago una pregunta al revisor, me contesta y yo no le entiendo. Repite más alto; yo sigo sin comprenderlo; se enfada y se va.» Pero el paisaje le encanta. De creer lo que dice, durante todo el trayecto de Salzburgo a Ginebra no pudo separarse de la ventanilla de su compartimiento. «La naturaleza es magnífica aquí», anuncia a su madre.

El 8 de mayo llega a Suiza y se encuentra con Plejanov, el «Papa de la socialdemocracia rusa». Era entonces un hombre que había pasado ligeramente de los treinta años. Lunatcharski, que tuvo ocasión de verlo en el mismo año, ha dejado de él este retrato: «Delgado, esbelto, con el talle ajustado en una levita impecable, llamaba la atención por su mirada de una extraordinaria brillantez, bajo unas cejas espesas que conferían a su fisonomía un carácter particular... Porte, pronunciación, voz, maneras, todo en él respiraba una distinción suprema; era un gran señor de la cabeza a los pies.»

Su amigo y asociado para la fundación del grupo Emancipación del Trabajo, P. Axelrod, unos quince años mayor que él, formaba con él, desde el punto de vista exterior, un contraste sorprendente. Más bien abandonado en su indumentaria, bigotón, barbudo y armado de un imponente monóculo, era un espécimen clásico de intelectual de los años de 1880. Tenía un largo pasado de propagandista y de técnico revolucionario. Sus trabajos, de un alcance científico más reducido que los de Plejanov, gozaban, sin embargo, de una gran acogida entre los



marxistas rusos de la época 1890-1900. Ulianov los apreciaba mucho. Profesaba entonces la más profunda admiración por Plejanov. Pero su aire distante y solemne parece haberlo indispuerto algo contra él. En cambio, se sintió atraído inmediatamente hacia Axelrod. Este, por su parte, se declaró encantado. Más perspicaz que Plejanov, parece haber visto más rápidamente en el joven delegado de los marxistas petersburgueses al gran jefe futuro. Por lo pronto, se limitó a anunciar que nadie le parecía más capaz que Ulianov para realizar la tarea proyectada.

Los dos asociados estuvieron perfectamente de acuerdo sobre ese punto. No les costó trabajo convencer a su huésped de que los círculos marxistas, en lugar de permanecer aislados y diseminados, debían unirse y actuar como partido, colocándose a la cabeza del movimiento político que empezaba a perfilarse en Rusia. Se convino también que el grupo *Emancipación del Trabajo* emprendería una publicación periódica en Ginebra, bajo la dirección de Axelrod. Ulianov recibió la misión de reclutar colaboradores en Rusia, de repartirles los temas de los artículos y de hacer llegar sus escritos a Ginebra. Se le pidió también que organizara, una vez que hubiera regresado, la ayuda financiera para la empresa proyectada. Los emigrados carecían de dinero y se veían obligados a recurrir a la generosidad de los militantes y de los simpatizantes del «interior». Ulianov prometió hacer todo lo posible. Permaneció en Suiza alrededor de un mes. Después se trasladó a París, donde vivían entonces muchos emigrados rusos. En su mayoría no reconocían la autoridad del grupo *Emancipación del Trabajo* y formaban una organización aparte: la *Unión de los Socialdemócratas rusos en el extranjero*, cuyo animador, Steklov, aunque no tenía la autoridad ni el renombre de un Plejanov o de un Axelrod, había conquistado cierta consideración en los medios de sus

correligionarios políticos. Ulianov lo vio. Steklov le fue muy útil en París. Gracias a él, sin duda, pudo conocer a Pablo Lafargue. El yerno de Carlos Marx le preguntó cómo marchaba la propaganda revolucionaria en Rusia. Ulianov le explicó que se estaba empezando la vulgarización del marxismo en los círculos estudiantiles y que después se estudiaban las obras de Marx con los obreros más avanzados. Lafargue quedó boquiabierto. Martov cuenta en sus *Notas* el diálogo habido entre Ulianov y él a este respecto:

«—¡Cómo! ¿Los obreros leen a Marx? —exclamó Lafargue. —Lo leen. —¿Y lo comprenden? —Lo comprenden. —Pues se equivoca usted. ¡No comprenden nada! En nuestro país, en Francia, después de veinte años de propaganda socialista nadie comprende a Marx».

Ulianov vivió un mes en París. «Es una ciudad colosal», escribe a su madre el 8 de junio. Le gusta: «La impresión es muy agradable: calles anchas, bien iluminadas, mucho césped.» Es sobre todo el aspecto libre y desenvuelto del hombre de la calle el que parece haberle llamado la atención. «Asombra incluso un poco al principio —le confía a su madre—, sobre todo cuando se está acostumbrado a la decencia ceremoniosa y a la austeridad de San Petersburgo.»

El aire de París no debió incitarlo a un trabajo intenso. Él mismo confiesa que se pasaba el tiempo visitando las curiosidades de la capital y vagando por las calles. Se le vio también penetrar en los almacenes e incluso comprar un soberbio sombrero de paja del que luego estaba orgulloso.

Precisamente la víspera de su partida, el director de la agencia extranjera del departamento de policía, Ratchkovsky, instalado en París, recibió de San Petersburgo una nota confidencial donde le recomendaban que sometiera a Ulianov a una vigilancia constante. «La

finalidad de su viaje es buscar los medios de introducir publicaciones revolucionarias en el interior del Imperio y establecer el enlace entre los círculos obreros revolucionarios y los emigrados que residen en el extranjero.» La nota llegaba demasiado tarde. El tren se llevaba ya de nuevo hacia Suiza al «tal Ulianov».

Ahora iba de turista. Recorrió el país durante diez días y finalmente se instaló en una pequeña ciudad termal, donde una muy confortable pensión familiar le ofrece la más acogedora hospitalidad. Pero eso cuesta caro y no le queda mucho dinero. Ulianov se verá obligado, por tanto, a recurrir a la bolsa de su madre. «He sobrepasado mi presupuesto — le escribe— y no creo poder salir adelante con mis propios recursos. Si es posible, envíame unos cien rublos más.» Más... Eso hace suponer que la madre había enviado ya fondos a su hijo, para permitirle que completara la suma, probablemente muy módica, que el grupo marxista debió entregar a Ulianov al encargarle esta misión.

En los primeros días de agosto lo vemos en Berlín. Se aloja en los suburbios y también se declara encantado de su estancia en la capital alemana. Un solo punto negro: el idioma. Una vez más confía su desilusión a su madre: «Entiendo muchísimo menos el alemán hablado que el francés. Los alemanes pronuncian de tal manera que no logro ni siquiera distinguir las palabras en un mitin, mientras que en Francia lo entendía todo y desde un principio.» Fue a ver *Los tejedores*, de Hauptmann. Aunque tuvo buen cuidado de leer previamente la obra para seguir mejor la interpretación de los actores, confiesa que no entendió gran cosa. Pero, en general, los teatros, lo mismo que los museos, le llaman poco la atención. «Prefiero pasearme por las fiestas populares», le escribe a su madre. En Berlín ha vuelto a trabajar y frecuenta asiduamente la Biblioteca Real. Así pasa el día. «Por la noche suelo pasearme estudiando las

costumbres de la población berlinesa y acostumbrando el oído al idioma.» Pero de nuevo ve que va a faltarle dinero. Y de nuevo recurre a su madre: «Con gran espanto me veo otra vez en dificultades con mis finanzas: el placer de comprar libros es tan grande que no sé adónde se va el dinero. Me veo obligado una vez más a pedir socorro: si es posible, envíame cincuenta o cien rublos.» Naturalmente, recibió el dinero pedido.

Había llegado el mes de septiembre. Ulianov llevaba ya cuatro meses en el extranjero. Había que pensar en el regreso. Se preparó para emprenderlo, no sin pesar. El día 7 se presentaba en la frontera rusa. Llevaba consigo, escondida en una maleta de doble fondo, una gran cantidad de folletos y de volantes clandestinos que le habían dado Plejanov y Axelrod. Su equipaje fue examinado, según el informe dirigido al departamento de la policía por el jefe de la gendarmería fronteriza, «con el mayor cuidado», pero no hallaron nada sospechoso.

Ulianov no regresó directamente a San Petersburgo. Se detuvo primero en Vilna, donde conferenció con los dirigentes de los círculos marxistas locales, que adoptaban una actitud disidente. Al conocer el acuerdo concertado con el grupo *Emancipación del Trabajo* y la proyectada publicación de una antología periódica en el extranjero, esos dirigentes manifestaron cierto escepticismo: habría que ver primero, estimaban, si eso podía encajar con su táctica general en materia de propaganda y si no se resentía la lucha por los intereses económicos inmediatos de los obreros. Ninguno de los argumentos invocados por Ulianov pudo convencerlos.

De allí se trasladó a Moscú, donde le esperaba impaciente su madre. Pasó unos cuantos días en su casa y no encontró ningún marxista. Todavía estaban de vacaciones. Por fin, el 29 de septiembre, San Petersburgo

volvía a recogerlo en su seno. Le esperaba su trabajo cotidiano. Y también diarias preocupaciones.

Se acercaba el invierno. ¿De qué iba a vivir? No podía seguir subsistiendo a expensas de su madre. Pero su profesión de abogado no le daba más utilidad que en el pasado. La clientela acomodada brillaba por su ausencia. A los obreros que habían recurrido a sus luces les cobraba las consultas con unas tarifas más que modestas y a veces no les cobraba nada. Un primo lejano le había propuesto que se ocupara del asunto de una herencia, pero no acababa de tomar una decisión definitiva. Le habían prometido un puesto de abogado consejero en una casa comercial, pero el nombramiento no llegaba. Un cliente de Samara seguía debiéndole dinero. Le había escrito para reclamar la suma adecuada. El otro contestó que pagaría dentro de algunas semanas. Así, pues, Ulianov podía abrigar la esperanza de cobrar unos 70 rublos en noviembre. Pero apenas corrían los primeros días de octubre y los rublos que aún le quedaban desaparecían rápidamente uno tras otro.

Lo que más le fastidia es que en su casa no puede trabajar tranquilamente. Sus patronos le hacen la vida imposible. Hay ruidos a todas horas. Sufre físicamente. Es necesario que encuentre otra casa. Y eso es difícil cuando se dispone de un presupuesto tan restringido. Por fin, el 17 de octubre le anuncia a su madre: «Creo que por fin he encontrado una buena habitación. No hay más inquilinos que yo, la familia de la patrona no es numerosa y la puerta de mi habitación que comunica con el salón está condenada con papel pegado; así apenas se oye nada. La habitación es limpia y clara. La entrada es decente. Y como no estoy lejos del centro (hay cuando mucho unos quince minutos de camino hasta la biblioteca) me hallo muy contento.» Pero se da cuenta de que sus recursos están casi completamente agotados. Y, una vez más, recurre a su madre. Le escribe:

«Tengo que pedirte un poco de dinero; el mío se está acabando.» La señora Ulianov se trasladó personalmente a San Petersburgo, arregló las cosas, y su hijo quedó liberado de las preocupaciones pecuniarias inmediatas. Desde ese momento decide imponerse el más estricto ahorro. Renuncia incluso a comprar su diario preferido, el *Moskovskie Vedomosti* («Informaciones de Moscú»). Lo lee en la biblioteca «con dos semanas de retraso», lo cual lo desespera. «Tal vez me abone cuando encuentre trabajo aquí», dice, no sin cierta melancolía, en una carta a su hermana menor, María.

Pero vuelven los inconvenientes con su habitación. La esperanza de poder trabajar en paz se ha esfumado rápidamente. Una carta dirigida a su madre el 5 de diciembre cuenta sus penas. «No estoy muy contento con mi patrona —le dice—. Primero, por su carácter liante. Después, porque resulta que mi habitación está separada de la de al lado por una pared muy delgada, debido a lo cual se oye todo, y a veces tengo que irme para huir de la balalaika con que el vecino me revienta los oídos.» Y agrega: «¿Resistiré un mes más aquí? No lo sé todavía. Ya veré.» No tuvo tiempo para pensarlo. Tres días después era detenido.



## V EN PRISIÓN

Al regresar del extranjero, había reanudado su trabajo de militante sin perder un solo día. Su regreso data del 29 de septiembre. El 30, el policía encargado de seguir sus pasos señala ya en su informe que Ulianov pasó una parte de la tarde de ese día en un edificio habitado totalmente por obreros. El día siguiente, primero de octubre, siempre según la misma fuente, estuvo tres horas seguidas en un edificio análogo de los suburbios petersburgueses. El día 2, el gobernador de la capital informa al departamento de policía que un nuevo folleto de propaganda, titulado *La legislación industrial en Rusia*, acaba de ser puesto en circulación «con el más directo apoyo del abogado Ulianov».

Poco después, en el curso de ese mismo mes de octubre, el círculo marxista a que pertenecía se agranda y su organización interior sufre una radical transformación. Se fusionó con el grupo de militantes originarios, casi todos ellos de Vilna, que había formado recientemente un marxista muy joven que, con veintidós años apenas, tenía ya en su activo dos temporadas en la cárcel y una prohibición de residir en las principales provincias del Imperio. Usaba el seudónimo de Martov. Su verdadero nombre era Julio Zederbaum. Era un muchacho muy inteligente, muy instruido y dotado de una memoria



prodigiosa. Había nacido en el seno de una familia de la mediana burguesía y había tenido una infancia difícil. De su paso por el Liceo no había guardado un solo recuerdo grato.

Cuando apenas acababa de ser admitido en la Universidad, fue expulsado por haber participado en «disturbios anti-gubernamentales». Entonces se dedica por completo a la propaganda revolucionaria, despliega febril actividad, recluta afiliados y funda círculos. Para adquirir mayor seriedad y disimular su incipiente juventud en la medida de lo posible, se las arregla para dejarse crecer una barba abundante y trata de parecerse a un Engels o a un Axelrod. Después de purgar su última condena, reapareció enseguida en San Petersburgo, reanudó los contactos interrumpidos, creó otros nuevos y entró en relaciones con el grupo de Ulianov. A éste le agradaron su empuje e incluso su carácter voluble. Creyó ver en él un excelente animador que podría secundarle útilmente. Martov se presentaba con proposiciones precisas: su grupo poseía considerables medios técnicos: máquinas de escribir, multígrafos, tintas, etc. Si el grupo de Ulianov se fusionaba con el suyo, se podría organizar la edición de folletos de propaganda y su difusión en una gran escala. Según él, nada impedía el acuerdo, puesto que ambas partes perseguían la misma finalidad; sería fácil, por lo tanto, ponerse de acuerdo sobre el programa de acción. Ulianov captó enseguida las ventajas que ofrecía esa proposición a su círculo, cuyos miembros estaban obligados a copiar a mano, con letras de molde, los volantes y los carteles. Y fue aceptada.

Se celebró una asamblea general a la cual asistieron los miembros de los dos grupos, 17 en total. Había cinco ingenieros, cinco estudiantes, dos estudiantas, un abogado (Ulianov), un ex estudiante (Martov), una funcionaria del Estado (Krupskaia), un médico y una comadrona. Se creó una nueva organización que iba a comprender de ahora en

adelante tres grupos de acción, cada uno de los cuales estaría encargado de trabajar un sector determinado de la capital. Un Comité central de cinco miembros, entre ellos Ulianov y Martov, dirigiría y coordinaría su acción. Una sección editorial colocada bajo la dirección de Ulianov se dedicaría a publicar volantes y folletos de propaganda destinados en parte a empresas determinadas y en parte a la población obrera de la capital en general.

Estaba empezando precisamente un período bastante agitado. Los tejedores de la gran empresa de paños Thornton preparaban una huelga para reivindicar mejores salarios. El grupo publicó una hoja que formulaba sus reivindicaciones y los animaba a luchar. La huelga estalló el 5 de noviembre. Ulianov se movió mucho para organizar la ayuda material a las familias de los huelguistas. Insistió en redactar él mismo un volante destinado a ser distribuido entre los obreros de los talleres que todavía seguían trabajando, para incitarlos a hacer una huelga de solidaridad. Lo hizo con el mayor esmero. Se documentó minuciosamente sobre las condiciones de la producción, sobre los salarios en vigor. Su exposición tenía que dar la impresión de estar redactada por un obrero que hablaba a sus camaradas; necesitaba, por tanto, estar perfectamente al corriente de los más pequeños detalles de su situación. Lo logró a la perfección. Desgraciadamente, su trabajo no pudo ser terminado con suficiente rapidez y se publicó cuando la huelga ya había terminado.

El proyecto que quizá más ambicionaba Ulianov era el de publicar un periódico clandestino donde pudiera polemizar a gusto con los adversarios del marxismo integral: los «legales», los populistas, los «economistas», que acababan de hacer una tímida aparición. Pero no se podía ni pensar en ello dadas las condiciones en que se hallaban los elementos técnicos del grupo, incluso después de haber entrado en

posesión del material proporcionado por Martov, cuya importancia y calidad no correspondieron del todo a las esperanzas que su anuncio había suscitado entre Ulianov y sus amigos. Ahora bien, el grupo de jóvenes populistas fundado en 1891 y que se proponía continuar y mantener, aunque atenuando ligeramente su terca intransigencia, las tradiciones de sus mayores, hizo saber indirectamente al grupo marxista que pensaba publicar un periódico destinado a los obreros y que estaba dispuesto a entenderse con él a este respecto. Se comprometía a conferir al periódico el aspecto de una hoja de propaganda revolucionaria de carácter general, a no pregonar el terrorismo político que era una de las bases esenciales de su programa de acción, a no plantear polémicas sobre la cuestión de la prioridad del campesinado sobre la clase obrera, y viceversa. A cambio, pedía a los marxistas que no tocaran esos dos problemas y que se abstuvieran de atacar al populismo.

Ulianov fue encargado por sus camaradas de entrar en conversaciones con los populistas. La oferta era tentadora: la acogió con un sentido realista. Es cierto que procedía de un partido al que había combatido y del cual seguía siendo un adversario convencido. Pero no era eso lo que había que tener en cuenta ahora. Se trataba, antes que nada, de difundir lo más ampliamente posible las ideas revolucionarias en los círculos de los trabajadores y de terminar de conquistar a los elementos de la clase obrera que políticamente estaban todavía poco maduros. Y si para alcanzar esa meta había que tender la mano a un adversario que decía estar dispuesto a aceptarla, pues bien, se le tendería, sin dejar de permanecer alertas. Lo importante era que los populistas poseían una verdadera imprenta perfectamente bien equipada y que ya en múltiples ocasiones había demostrado su valor, mientras que él y sus amigos no tenían ninguna ni podían esperar el

adquirirla. Y se concertó el acuerdo. No sólo en lo referente al periódico, ya que los populistas se encargaron además de la impresión de otros textos de propaganda redactados por los miembros del grupo marxista, empezando por un manuscrito de Ulianov que les fue entregado.

Este comunicó enseguida la noticia a Axelrod. «Envíe, si lo tiene —le escribió—, material para hacer pequeños folletos de propaganda. Ellos (los populistas) lo imprimirán gustosos.» Se convino que el periódico sería redactado por una especie de Comité mixto compuesto por representantes de ambos grupos, confiriéndose a cada uno derecho de veto sobre los artículos propuestos por el otro. La preparación del primer número fue confiada a los marxistas. Estos nombraron una comisión de la que formaron parte Ulianov, Martov y el ingeniero Krjijanovski, un polaco jovial y totalmente entregado al servicio de la causa. Ulianov fue quien hizo prácticamente todo el trabajo. «Cada línea pasó bajo sus ojos», escribe Krupskaia. Fue él quien redactó el editorial que hacía la profesión de fe del periódico y trazaba su programa. Por lo menos tres artículos más fueron escritos por él para el primer número. El 5 de diciembre estaba listo todo el material y preparada la formación. El grupo se reunió el 6 en pleno para escuchar la lectura. A continuación, uno de los camaradas presentes, Vaneev, se llevó el material para someterlo a una revisión puramente material. En la noche del 8, Ulianov fue a casa de Krupskaia a releer una vez más la copia del texto que ella había conservado y que debía ser llevada a la imprenta al día siguiente. Luego se fue a dormir. A altas horas de la noche llamaron a su puerta. Era la policía.

Ya hemos dicho antes que, inmediatamente después de su regreso, Ulianov fue sometido a una vigilancia particularmente cuidadosa. Krupskaia cuenta en sus *Recuerdos* que una prima suya, empleada en el servicio de

fichas del departamento de policía, fue a avisarla que había oído exclamar a un agente, mientras registraba un fichero: «Estamos sobre la pista de un gran criminal de Estado, Ulianov. Acaba de regresar del extranjero y no se nos escapará». Avisó inmediatamente a Ulianov, quien tomó buena nota y redobló las precauciones. No le pillaba de sorpresa. Hacía tiempo que había contraído la costumbre de sentirse seguido, de tener detrás a alguien siguiéndole los pasos, y a veces se divertía haciendo jugarretas de todas clases a sus sabuesos recurriendo a diversas argucias, más ingeniosas unas que otras, para despistarlos. Pero siempre estaba preparado para ser detenido de un momento a otro. Previendo esa eventualidad, había designado ya un suplente, o más bien una suplente: Nadia Krupskaia, quien, poco sospechosa en aquella época, servía de agente de enlace a su grupo. Cuando ésta se presentó la mañana del 9 en casa de Vaneev para recoger el manuscrito corregido, una criada le dijo que «el señor Vaneev se había mudado...»

Krupskaia y Ulianov habían convenido que en caso de «accidente», ella, en lugar de preguntar a su patrona y correr así el riesgo de ser detenida también, se dirigiría a uno de sus colegas de la dirección de los ferrocarriles, Chebotarev, en cuya casa comía Ulianov. Este le informó que no había ido a comer ese día... En consecuencia... Por la noche se supo que varios otros miembros del grupo habían sido detenidos igualmente en el curso de la misma noche. Pero el grupo en sí no fue aniquilado. Martov, que no había sido incluido en la redada policíaca del 8 de diciembre, asumió la dirección. A propuesta suya se adoptó el nombre de *Unión de Lucha por la Liberación Obrera*. Un mes después también fue detenido. En cuanto al periódico, el proyecto fue abandonado. Los populistas, por prudencia, renunciaron a publicar el número. El material recogido en casa de Vaneev durante el registro fue sometido a un

examen grafológico. Se reconoció en la mayoría de los artículos la escritura de un miembro poco notorio del grupo, el estudiante Zaporozetz (que, en efecto, había copiado a mano gran parte del material), lo que hizo creer a la policía que él era el autor y lo convirtió en el principal acusado del asunto, mientras que Ulianov, en cuyo domicilio no habían encontrado gran cosa, pasó como un simple comparsa.

Al llegar a la cárcel preventiva al alba del 9 de diciembre de 1896, Ulianov no tardó mucho tiempo en acostumbrarse a la situación en que el destino acababa de colocarlo. Desde hacía años conocía hasta en sus menores detalles las condiciones de vida de un prisionero político, cómo había que proceder para mantener correspondencia con los otros detenidos y con los camaradas del exterior; se había ejercitado larga y minuciosamente en el manejo del lenguaje convencional, había aprendido a escribir cartas con tinta invisible y a burlar la vigilancia de los carceleros usando una clave o cualquier otra estratagema sutil. También había previsto cómo debía repartir el empleo de su tiempo, a fin de que su estancia en la cárcel pudiera ser utilizada con el máximo provecho tanto desde el punto de vista intelectual como físico.

Para empezar mandó traer de su casa ropa y algunos objetos de primera necesidad, se las arregló para avisar a Chebotarev de su detención, rogándole que la comunicara a su madre, y se puso a esperar el interrogatorio. Sin gran temor, ya que en su domicilio no habían recogido más que dos volantes que se habían mezclado con sus papeles. Una nota con los títulos y precios de algunos libros también pareció sospechosa para los policías, quienes se la llevaron como «prueba de convicción». Y eso era todo

Esperó doce días. Por fin, el 21 lo condujeron ante el oficial de gendarmería encargado de interrogarle en presencia de un sustituto del procurador del Imperio. El

texto de su declaración fue encontrado más tarde en los archivos del departamento de la policía y publicado. He lo aquí:

«Me llamo Vladimir Ilich Ulianov. No me considero culpable de pertenecer al partido socialdemócrata ni a ningún otro. Ignoro la existencia de un partido antigubernamental cualquiera. No he hecho propaganda antigubernamental entre los obreros. En cuanto a las pruebas de convicción que me son presentadas, debo explicar que el llamamiento a los obreros y el informe de una huelga fueron hallados en mi casa por casualidad. Los tomé para leerlos en casa de una persona cuyo nombre no recuerdo. La factura que se me presenta fue redactada por una persona cuyo nombre no deseo decir y que me encargó la venta de los libros mencionados... A la pregunta que se me ha hecho sobre mis relaciones con el estudiante Zaporozetz, contesto que, de una manera general, no deseo hablar de mis relaciones, a fin de no comprometer a nadie».

Le preguntaron también cuáles eran los libros que había comprado en el extranjero y dónde se encontraba la maleta que trajo al regresar de su viaje. Eso era, evidentemente, lo más comprometedor para Ulianov. Previsor y precavido hasta el extremo, se había deshecho de ella al llegar a San Petersburgo y la policía no pudo descubrirla. Contestó que la había dejado en casa de su madre.

Era necesario, por tanto, avisar urgentemente a su madre y a Ana, quienes muy próximamente recibirían la visita de la policía para reclamarles la maleta citada. «Que compren una parecida —decía en una carta en clave que logró mandar a Krupskaja—, y que la presenten como la mía. Y pronto, porque si no, las detendrán». Era Navidad. Nadia no vacila un instante. Toma el tren y se traslada a Moscú para explicar de viva voz a la señora Ulianov lo que pedía su hijo.

Mientras tanto, éste, que sabe ya de qué se le acusa y que su detención va a ser larga, toma sus disposiciones para organizarse en su nueva residencia una vida conforme a sus gustos. Empieza por preguntar al sustituto, que al parecer ha quedado muy impresionado por la sangre fría y la habilidad mostrada por Ulianov durante el interrogatorio, si se permite a los presos políticos entregarse a trabajos literarios. Le contestan que sí. Pregunta también qué cantidad de libros pueden mandarle desde fuera. Le contestan que no hay restricción y que incluso puede pedirlos y devolverlos, una vez leídos, a sus propietarios. Puede recurrir, por tanto, a las bibliotecas. Todo esto es sopesado y tomado en consideración enseguida. Va a emprender un gran trabajo científico, con el que sueña desde hace tiempo, y cuya realización le ha impedido la vida agitada y febril que ha llevado en estos últimos tiempos. En la tranquilidad y el recogimiento de la cárcel, Ulianov empezará su libró *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que habrá de formar, con *¿Qué hacer?*, *Materialismo y empiriocriticismo*, *El imperialismo, etapa suprema del capitalismo*, y *El Estado y la Revolución*, la base de la obra leninista.

Ana había acompañado a su madre durante su último viaje a San Petersburgo. Quedó convenido entre ella y su hermano que en caso de detención de éste, Ana impediría que su anciana madre volviera a empezar, al cabo de diez años, las penosas gestiones que intentó antaño para salvar a Alejandro. La señora Ulianov se dejó convencer y su hija se trasladó sola a San Petersburgo. Creyendo que Vladimir se moría de hambre y que estaba privado de lo más estrictamente necesario, le mandó abundantes provisiones de todas clases, trajes, ropa, mantas, chalecos de lana, etc. El prisionero quedó literalmente inundado de cosas. Ya en los primeros días de su detención sus amigos de fuera le



habían enviado numerosos paquetes. «Tengo una reserva enorme de víveres —escribe a su hermana—. Podría abrir, por ejemplo, un comercio de té... Como muy poco pan, trato de observar un régimen y tú me has traído una cantidad tan grande que necesitaría una semana para terminarlo.» Lo mismo con la ropa: «No me mandes más. No sé dónde ponerla.»

Trato de observar un régimen, dice Uliánov. En efecto, quería aprovechar su estancia en la cárcel para restablecer su mermada salud. Una alimentación insuficiente, comidas injeridas apresuradamente en medio del trabajo, a veces a horas inadecuadas, unidas al agotamiento que se imponía sin cesar, habían terminado por estropearle completamente el estómago. Un mes de cura y de reposo en una aldea suiza le hizo mucho bien, pero al regresar se habían recrudecido sus males. Frecuentes dolores de muelas le impedían dormir. Insomnios, mala alimentación, sobre su sistema nervioso. Tal era antaño el caso de Marat. Pero, a diferencia del *Amigo del Pueblo*, la formidable fuerza de voluntad que poseía Uliánov le permitía no aparentar nada y conservar ese aspecto tranquilo y ligeramente burlón que le era habitual. Sin embargo, Nadia Krupskaja no se dejaba engañar y observaba con inquietud cómo su Vladimir adelgazaba a ojos vistas.

Había conservado la receta del médico suizo que lo curó, y resolvió ajustarse rigurosamente a sus prescripciones. Se entendió con el farmacéutico del barrio para que le llevaran todos los días una botella de agua mineral y consiguió un aparato para lavados intestinales. Le autorizaron a ver a un dentista privado para que le curara sus males dentales. Cuando estaba en libertad, se pasaba todo el día yendo de un lado para otro. Ahora, para suplir la falta de movimiento, va a practicar la cultura física con la mayor asiduidad. «Hacía gimnasia todos los días, y sentía con ello un

verdadero placer —escribiré más tarde—. Me ponía tan bien en movimiento —agrega—, que tenía calor incluso durante los mayores fríos. El ejercicio consistía en inclinar la parte superior del cuerpo hasta el suelo, tocando el piso con la punta de los dedos sin doblar las piernas. Repetía ese «saludo» (así lo calificó él mismo) cincuenta veces seguidas. «No me molestaba en absoluto que el vigilante, al mirar por la rejilla de la puerta, quedara totalmente asombrado, al comprobar que un individuo que nunca había manifestado el deseo de asistir a un servicio religioso en la prisión, se hubiera hecho tan devoto.» Reservaba una gran parte de su tiempo a la correspondencia. No se trataba, naturalmente, de las cartas anodinas autorizadas por la administración penitenciaria y que cualquier prisionero podía dirigir a su familia. Era necesario mantener correspondencia con los amigos que habían quedado libres sobre las cuestiones relativas a su organización revolucionaria. Eso no era posible hacerlo en las cartas ordinarias. Había que emplear un lenguaje convenido, recurrir a una clave. Ulianov se comunicaba con los otros presos utilizando los libros de la biblioteca de la prisión, en los que punteaba las letras siguiendo un procedimiento que le había sido revelado antaño por viejos «políticos» de Samara y que él había tenido el cuidado de enseñar a sus camaradas marxistas de la capital. Para la correspondencia con los del exterior recurría a un procedimiento que le sugirió el recuerdo de un juego de la infancia, que le enseñó su madre, y que consistía en mojar la pluma en leche para trazar letras invisibles que luego podían leerse colocando el papel ante una vela o una lámpara.

Y luego, y sobre todo, se ocupaba de la preparación de su gran obra. Había que leer gran cantidad de libros. Ana le mandaba pilas enteras. En las pocas semanas que había durado su estancia en San Petersburgo, Ana le rindió

valiosos servicios. Ni siquiera parecía darse cuenta de ello, y en una ocasión, hablando con ella en el locutorio de la cárcel, le preguntó con una especie de cándido asombro: «Pero, en fin, ¿qué es lo que haces aquí, en Peter?», como si ignorara que su hermana se quedaba únicamente para poderle ser útil. Al verse obligada a regresar a Moscú, Ana quiso encontrar alguien que pudiera reemplazarla junto a su hermano. El reglamento de la prisión no autorizaba más visitas que las de los miembros de la familia o las de la novia. Ulianov no tenía familiar alguno en San Petersburgo; había, pues, que buscarle una «novia». Krupskaia, que en el secreto de su corazón ya lo era, se ofreció. Pero Ulianov se opuso. No porque fuera contrario en principio a ese proyecto. Una «novia» neutra, de acuerdo. Pero, decía, no conviene que Nadejda Konstantinovna se comprometa demasiado. Una estudiante, amiga de Krupskaia, aceptó el papel y lo desempeñó con mucho celo.

Aunque absorto por su gran trabajo, Ulianov no abandonaba su tarea de propagandista revolucionario. Redactaba volantes, proclamas para comentar los acontecimientos diarios, y entre los escritos salidos de su pluma en la cárcel figura incluso el proyecto de un programa de partido socialdemócrata, acompañado de un comentario explicativo muy detallado.

Así, todos los días, durante horas y horas, Ulianov escribe en su celda, toma notas, redacta fichas, forma expedientes, hace hileras de cifras y traza cuadros estadísticos. Acumula montañas de papel ennegrecido con su letra fina y clara. La administración no le molesta. Su conducta de preso no merece más que elogios. Serio, ordenado, siempre sumergido en sus escritos, no la importuna con quejas fastidiosas ni reclama lo que se le debe en virtud del reglamento de la prisión, que conoce mejor que los propios vigilantes. De vez en cuando un gendarme echa un vistazo

en su celda, hojea su manuscrito sin entender gran cosa y se retira para dejarlo trabajar. Ulianov ni siquiera oculta ya los borradores de sus llamamientos revolucionarios. Se limitaba a meterlos bajo las carpetas de sus documentos técnicos. Más tarde contó a su hermana que un día de verano un oficial de gendarmería, que había venido a comprobar sus ocupaciones, cogió un paquete de notas entre las cuales se hallaba precisamente el texto del proyecto de programa apenas terminado. Después de abrirlo miró al prisionero con una especie de conmiseración, declaró que «hacía demasiado calor hoy para ocuparse de estadística» y se fue. «Mi hermano me dijo entonces — escribe Ana, a quien debemos esta anécdota— que no se sintió inquieto en modo alguno en aquel momento. Es imposible encontrar nada en ese revoltijo —dijo riendo (era durante una visita de su hermana al locutorio de la cárcel)— y además estoy en mejor situación que cualquier otro ciudadano del Imperio ruso: ya no pueden detenerme.»

Para administrar sus fuerzas y no sucumbir al aburrimiento que acecha al prisionero, Ulianov variaba sus ocupaciones. Después de los trabajos sociológicos, que requerían una gran tensión mental, se ponía a traducir al ruso cualquier texto extranjero y luego volvía a traducirlo al idioma original. Luego hacía gimnasia o emprendía alguna lectura recreativa. «Ayuda mucho —le explicaba más tarde a su segunda hermana, María— alternar la lectura y la traducción, la escritura y la gimnasia, la lectura seria y la lectura ligera. El decaimiento nace a veces de la fatiga causada por impresiones uniformes o por un trabajo uniforme. Basta variar las ocupaciones para controlar los nervios. Recuerdo que por la noche, después de cenar, me sumergía invariablemente en las novelas y nunca las saboreé tanto como en la cárcel.» Y, sin embargo, no siempre lograba «resistir». Krupskaja escribe en sus

*Recuerdos:* «A pesar de su energía y de su voluntad, le invadió cierta nostalgia. En una de sus cartas trazó el siguiente proyecto: Cuando los detenidos hacían su paseo reglamentario, podían ver un pedazo de la calle durante un instante. Nos pidió a Yakubova (la «novia» ) y a mí que nos situáramos en ese lugar. Yakubova no pudo venir. Yo acudí a la cita y estuve varios días seguidos. Pero el proyecto fracasó, no recuerdo por qué.» Poco después ella también fue detenida.

En el curso del verano debían celebrarse en Moscú las fiestas de la coronación del nuevo emperador Nicolás II, que acababa de suceder a su padre, y la policía limpiaba activamente la ciudad de todos los elementos presuntamente peligrosos o simplemente sospechosos. Ana figuraba con ese último título en sus expedientes. Fue invitada, por tanto, a salir de Moscú durante el período de fiestas. Se fue a San Petersburgo. En esta ocasión, la señora Ulianov la acompañó con su otra hija. Las tres se instalaron en una villa de los alrededores. La señora Ulianov se puso a cocinar para su hijo platos especiales que exigía el régimen que observaba. La salud de Vladimir le inspiraba serias inquietudes. Su detención se prolongaba. Ya hacía seis meses que estaba en la cárcel y se seguía sin saber dónde andaba su asunto. Mientras tanto quiso obtener, por lo menos, su libertad provisional, y empezó su campaña valerosamente, como la hacía antaño para Alejandro. Como sus gestiones personales no dieron resultado alguno, se dirigió al «patrón» de Vladimir, el abogado Wolkenstein, quien intervino a su favor ante el decano del Colegio de Abogados, declarándose dispuesto a garantizar su conducta. Este escribió al vicedirector del departamento de la policía y recibió una negativa cortés, pero firme. Además, decía ese funcionario en su carta, la instrucción del asunto

estaba terminada y el expediente iba a ser sometido a la consideración del ministro de Justicia.

Las cosas se prolongaron todavía durante más de cuatro meses. El 21 de octubre, el marido de Ana, que se había quedado en Moscú, escribió a un amigo de provincia: «Se espera que en noviembre habrá terminado... El hermano está maravillosamente. Trabaja en un estudio capital sobre los mercados interiores... Hasta estos últimos tiempos no hacía más que reunir su documentación, pero ahora se ha puesto a escribir. Lo único que teme es no poder terminar antes de que acabe el asunto.»

El ministro no consideró el caso de Ulianov y demás acusados lo suficientemente grave para cursarlo al tribunal. Lo liquidó, de acuerdo con el departamento de la policía, por la vía administrativa. Todos fueron deportados por tres años a las regiones de la Siberia oriental. Y únicamente Zaporozhetz, que era para la policía el principal culpable, a cinco años. Al saber que iba a salir de la cárcel en virtud de la decisión ministerial, Ulianov exclamó: «Es una verdadera lástima. No he tenido tiempo de terminar mi trabajo.»



## VI EN SIBERIA

El anuncio del veredicto fue recibido por los Ulianov con un gran suspiro de alivio. Esperaban una condena más severa. Ana lo ha dicho en sus *Recuerdos*. Evidentemente, la madre estaba desolada. Una estancia en Siberia sería una prueba demasiado dura para su Volodia; no la soportaría, sobre todo si lo dejaban solo. Por eso decidió acompañar a su hijo e ir a compartir con él el exilio. Eso fue, para empezar, un pretexto para pedir que se autorizara a éste a trasladarse a su destino por su cuenta, fuera del convoy reglamentario de prisioneros que era enviado de etapa en etapa escoltado por un destacamento de gendarmes. Se le concedió ese favor. También pudo obtener, invocando siempre la precaria salud de su hijo, que el lugar de su destierro fuera fijado en una región donde el clima era relativamente suave y templado.

El 14 de febrero de 1897 Ulianov fue puesto en libertad. Pasó todo el día con su madre y sus dos hermanas. La «novia» Yakubova acudió radiante y bañada en lágrimas. Krupskaia, presa todavía, no estaba allí.

La madre de Martov, condenado a la misma pena, había logrado conseguirle, gracias a sus relaciones personales, la autorización para permanecer tres días en San Petersburgo antes de ponerse en camino. La señora Ulianov dirigió



enseguida una súplica análoga al director del departamento de policía. Este, considerando que lo que había sido concedido a una madre no podía ser negado a otra, no se opuso y acabó ampliando ese favor a todos los libertados al mismo tiempo. Ulianov aprovechó ese permiso para volver a ver a sus camaradas. Se organizó una reunión a la cual asistieron los «viejos» que acababan de salir de la cárcel y los «jóvenes» que los habían reemplazado durante su detención. No se pusieron de acuerdo. Los «viejos» reprochaban a los «jóvenes» concentrar su atención en primer lugar en la defensa de los intereses económicos de la clase obrera y desdeñar la lucha política. De revolucionarios habían pasado a ser «economistas», es decir, oportunistas, dispuestos a traicionar los dogmas de la doctrina marxista y, en lugar de guiar a los trabajadores por la senda del combate contra el zarismo y el capitalismo, se ocupaban de organizar cajas de socorro mutuo y guarderías infantiles. En un momento dado, la discusión cobró un giro particularmente violento. Se había abordado esta cuestión: ¿qué carácter debía revestir su futuro periódico? Pues a pesar del fracaso de la primera tentativa no se había abandonado la idea y se insistía en ella, sobre todo Ulianov, más que nunca. Este se mostró, según su costumbre, categórico y tajante: el periódico, tal como lo había establecido el programa elaborado por él y por sus colegas del Comité de redacción, debía servir a la causa de la revolución social y llamar a los obreros a la lucha. Su ex «novia» Yakubova, que sin embargo le había profesado un verdadero culto, protestó con vehemencia. Muy nerviosa y excitada hasta más no poder, clamaba que el periódico debía ocuparse ante todo de los intereses inmediatos de los trabajadores, expresar sus pensamientos y sus aspiraciones. «Me dolía verla así —escribe Ana, que asistía a la reunión—; sabía lo entregada que estaba a la causa revolucionaria y la

conmovedora asiduidad con que se había ocupado de mi hermano durante su detención. Además, me parece que éste exageraba el peligro de la desviación que se notaba entre los jóvenes.» El caso es que se separaron de muy mala manera.

Ulianov logró convencer a su madre de que sería una verdadera locura que a su edad fuera tras él a Siberia y que su salud no debía inspirarle inquietud alguna. Además, tan pronto como Nadia saliera de la cárcel (y todo permitía esperar que sería tratada exactamente como él), se casaría con ella y de esa manera la tendría a su lado mientras durara su exilio.

La policía le permitió pasar unos cuantos días en Moscú, junto a los suyos, y el 22 de febrero se puso en camino. Tomó el tren como viajero libre. Su madre y sus dos hermanas lo acompañaron hasta Tula. El viaje se efectuó en buenas condiciones. El 2 de marzo, después de atravesar en un coche de caballos el Obi cubierto de hielo, escribe a su madre: «A pesar de la lentitud infernal de los transportes, el camino me fatiga mucho menos de lo que yo esperaba... Esto me extraña, porque antes, después de los tres días de viaje entre Samara y San Petersburgo, no podía más. Probablemente se deba a que ahora duermo perfectamente bien todas las noches sin excepción.» Y agrega: «Me siento muy tranquilo: he dejado todo mi nerviosismo en Moscú. La causa era la incertidumbre de mi situación. Ahora se ha terminado y me encuentro bien.» El 4 de marzo Ulianov llegó a Krasnoiarsk, cabeza de partido de la provincia a la que debía dirigirse. Al presentarse ante las autoridades policíacas de la ciudad se enteró de que éstas ignoraban por completo lo que debían hacer con él y a dónde dirigirle, y que iban a pedir, a este respecto, órdenes al gobernador general de la región de Irkutsk. Mientras tanto, no tenía más que esperar en Krasnoiarsk. Ulianov no pedía otra cosa.

Acababa de enterarse de que un riquísimo comerciante de la ciudad poseía una soberbia biblioteca que contenía colecciones completas de las principales revistas rusas publicadas desde finales del siglo XVIII. Fue a ver al Creso local. Este le recibió cordialmente, le mostró sus tesoros bibliófilos y le invitó a venir a trabajar cuando le placiera. Y, naturalmente, se apresuró a entrar en contacto con la Biblioteca municipal, que recibía regularmente los periódicos y las revistas publicados en San Petersburgo y en Moscú. «Llegan aquí once días después de su publicación — escribía a su madre un poco desilusionado—, y no puedo acostumbrarme a recibir noticias con tanto retraso.»

Mientras tanto, llegó el convoy de que formaban parte sus amigos. Habían convenido que Ulianov se encontraría, en el momento de la llegada del tren, en el andén de la estación, en el punto donde debía detenerse el vagón de los deportados. Estos se asomarían a las ventanillas: de esa manera podrían cruzarse algunas palabras y comunicarse las noticias. Martov, que se hallaba entre ellos, dice en sus Notas que el oficial que mandaba la escolta había dado a sus soldados órdenes severas de no dejar que los deportados se acercaran a las ventanillas cuando el tren entrara en la estación. No obstante, lograron bajar los cristales y dar un apretón de manos a Ulianov, que se mantenía cerca de su compartimento. «El oficial empezó a gritar furiosamente —escribe Martov— y los gendarmes se apoderaron de Ulianov y lo arrastraron afuera.» Sin embargo, lo soltaron enseguida. Los deportados permanecieron varios días en el empalme de Krasnoiarsk. Al saber que Fedoseev, a quien no lograban ver (éste salía de la cárcel para ser deportado y sólo volvía para ser detenido nuevamente), se encontraba entre ellos, Ulianov manifestó el más vivo deseo de verlo. Le consiguieron una magnífica pelliza y un gorro de piel y se le hizo pasar por el patrón del

carruaje que había ido a recoger el equipaje de los deportados. El aspecto «burgués» y ricachón de Ulianov impresionó de tal modo a los centinelas, que lo dejaron penetrar en el interior de la prisión sin preguntarle nada. Fedoseev, que para esta circunstancia había sido nombrado «delegado de vestimentas» de los deportados, se hallaba a la entrada del depósito y Ulianov pudo conversar con él extensamente mientras cargaban el coche. Después de la partida del convoy, la vida volvió a ser monótona. La decisión del gobernador general seguía sin llegar. Ulianov empieza a aburrirse. Es cierto que va todos los días a la casa del comerciante, pero, una vez examinado, el contenido de la biblioteca de aquél le resultó mucho menos interesante. Y además, para no ocultar nada, no parece tener muchas ganas de trabajar. Como hace buen tiempo — una verdadera primavera—, se pasea mucho y «duerme por dos».

Por fin, el 22 de abril le avisan de que la aldea de Chuchenskoe, en el distrito de Minussinsk, ha sido designada como el lugar de su residencia. Ese nombre no le decía nada a Ulianov. Se informó. Clima excelente, le dicen. Esa región es llamada la Italia siberiana a causa de su buen clima. Hay un río cerca, para bañarse, un bosque para cazar y montañas en los alrededores que permiten practicar a gusto el alpinismo. Ulianov está encantado, y al hacer sus maletas recita el primer verso de un poema suyo:

*En Chucha, al pie de los montes Sayansk...* No pasó de ahí. La realidad no correspondía del todo a la visión que le habían dado. He aquí cómo describía él mismo ese lugar, después de haber permanecido en él durante dos meses: «Es una gran aldea que se compone de varias calles bastante sucias y polvorientas... Está en plena estepa, no hay jardines ni verdor en general. La aldea está rodeada de estiércol, pues aquí no lo utilizan como abono, sino que lo

tiran pura y simplemente en las afueras de la aldea, y para salir está uno obligado a atravesar una cierta zona de estiércol... Del otro lado de la aldea, a una versta y media, se encuentra el «bosque»: un pequeño bosque malísimo donde han hecho grandes talas y que ni siquiera da buena sombra (aunque hay muchas fresas). La taiga, a la que todavía no he ido, está por lo menos a 30 o 40 verstas. Las montañas están a cincuenta verstas. Sólo se las puede contemplar de lejos, y eso cuando no las ocultan las nubes.»

Ulianov llegó a Chuchenskoe el 8 de mayo. Iba acompañado de dos gendarmes que lo dejaron en manos de un viejo ayudante retirado, que representaba con su sola persona a toda la policía de la aldea. El hombre tomó nota de su llegada y lo dejó en libertad para organizar su vida a su gusto.

Ulianov halló alojamiento en casa de uno de los campesinos más ricos de la aldea. La vivienda (un pabellón de madera con cinco ventanas a la calle) se componía de varias habitaciones y probablemente tenía fama de ser bastante confortable, puesto que el propio pope del lugar quería alquilarla a toda costa. Por ocho rublos al mes, Ulianov recibía alojamiento, comida y lavado de ropa. Era bastante caro, según parece, y se podía encontrar alojamiento más barato, pero Ulianov no vaciló: ocho rublos era exactamente el monto del subsidio que iba a cobrar del Estado en su calidad de deportado político. En definitiva, debió pensar, era al Estado a quien correspondía mantenerle. En cuanto a lo demás, su situación financiera no debía inspirarle inquietudes. Antes de salir de San Petersburgo se había puesto de acuerdo con Struvé para colaborar en la nueva revista marxista cuya dirección acababa de asumir este último. También le habían prometido traducciones de obras extranjeras, bien retribuidas. Y finalmente, estaba su madre, que no vivía

más que para él y que se hubiera privado de todo con tal de que los años de exilio le fueran lo menos penosos posible.

La habitación —dos ventanas a la calle— era grande y limpia; tenía las paredes encaladas y el suelo cubierto con tapices trenzados a la moda siberiana. La comida era sencilla, pero abundante. «Una vez por semana —cuenta Krupskaja en sus *Recuerdos*—mataban un cordero para Vladimir Ilich, y comía cordero día tras día, mientras duraba. Cuando ya no había más, mataban otro. O si no, la criada picaba carne en cantidad suficiente para una semana, y así sucesivamente. Había leche y pan a discreción.»

Ulianov se había hecho mandar de Moscú y San Petersburgo los libros que pensaba utilizar para los trabajos que se preparaba a emprender en Siberia. Muchos libros. Pero no bastaba con eso. Necesitaba más y más. Y además, revistas. ¡Y los periódicos! No puede vivir sin periódicos, son sus propias palabras. Entonces idea un arreglo con Struvé. «Pídele por favor al escritor (así lo llamaba en sus cartas, por precaución) —escribe a Ana— que retire de mis honorarios algunas decenas de rublos y que me envíe libros en lugar de dinero.»

Pero primero quiere conocer la región y sus habitantes. La élite de la aldea, representada por el pope y dos o tres kulaks que se pasan la vida emborrachándose y jugando a las cartas, queda inmediata y definitivamente apartada del círculo de sus relaciones. Asimismo, el maestro admitido en esa digna compañía a título de comensal le resulta profundamente antipático desde el primer día. En cambio, se creó rápidamente numerosas amistades entre los campesinos medios y pobres, algunas de las cuales resultaron duraderas y fieles. Aparte de él, no había en Chuchenskoe más que dos deportados: un intelectual polaco, a quien acompañaban en el exilio su esposa y sus hijos, y un obrero de San Petersburgo, de origen báltico. El

primero se convirtió después en su compañero de caza; el segundo le pedía libros prestados y le rendía toda clase de pequeños servicios. Entre sus «proveedores», Ulianov distinguió a un modesto tendero que le proveía de tinta y papel. Era un buen hombre que carecía notoriamente de instrucción, pero servicial y honrado. Empezó por observar a su nuevo cliente como a un bicho curioso. Un día se aventuró a hacerle la pregunta: «¿Qué es, en realidad, un deportado?» Ulianov trató, lo mejor que pudo, de hacerle comprender la tarea que realizaba y, viéndolo pleno de buena voluntad, empezó a frecuentarlo. Lo llamaba «parásito», en broma, y le daba lecciones de contabilidad. En la alcaldía, donde iba a leer los periódicos, conoció al secretario, quien también le hizo preguntas sobre temas políticos. Receloso al principio, Ulianov acabó por trabar con él cordiales relaciones y pudo ganarlo para las ideas revolucionarias.

Pero su mayor amigo fue el campesino Stroganov, el mejor cazador de la aldea. Al entrar en contacto con la naturaleza, Ulianov sintió despertarse en él la pasión por la caza que le había obsesionado antaño durante su estancia forzada en Kokuchkino. Stroganov le sirvió de guía a través de la taiga siberiana y lo inició en las prácticas particulares de los cazadores de la región. También era Stroganov quien preferentemente solía acompañarlo a pescar. Ulianov era mal cazador y, de creer a Stroganov, también resultaba un pescador distraído. Una vez fueron a pescar de noche. «Estábamos solos en la orilla del río —contaba Stroganov más tarde—. En espera de que el pez mordiera el anzuelo, Ilich se había sumido en sus pensamientos y no contestaba a ninguna de las preguntas que le hacía». No pudiendo traer a su compañero a la realidad, el campesino recurrió a un medio radical: agarró una anguila y la introdujo subrepticamente bajo la camisa de Ulianov. Este, asustado,

empezó a gritar enseguida: «¡Una serpiente, una serpiente!», y salió completamente de sus meditaciones.

Había llegado a Chuchenskoe en la buena temporada. La primavera estaba en todo su apogeo. Después de los largos meses pasados en la cárcel, se sentía bruscamente embriagado de aire, del brillo del sol, del olor a tierra fresca. «Me paso casi todo el tiempo paseando», escribe a su madre después de llevar dos semanas en Chuchenskoe. Y no se apresura por reanudar su trabajo. Su hermana menor le manda urgentemente los extractos que, a demanda suya, había copiado para él en la Biblioteca de Moscú. Ulianov se lo agradece, pero le responde: «Es poco probable que pueda utilizarlos antes del otoño. Por el momento me dedico más a pasearme y no hago nada.» Después de pasar un día al aire libre, regresa a casa, cena y se acuesta. Ni siquiera siente muchas ganas de escribir a su familia. Su madre se lo reprocha. «Escribo todas las semanas. Verdaderamente, no tendría tema para escribir más frecuentemente.»

Junio y julio fueron un encanto. En agosto se estropeó el tiempo. Una lluvia otoñal, interminable y fina, lo mantiene encerrado en casa. Ha vuelto a abrir sus libros y ha empezado a escribir el artículo que le pidió Struvé para su revista.

En septiembre obtuvo autorización para ir a pasar unos cuantos días a la aldea de Tessinskoe, a 70 verstas de la suya, donde residían la mayoría de sus camaradas. Martov no estaba entre ellos. Lo habían enviado mucho más lejos, a Turuchansk, un rincón perdido y difícilmente asequible. De camino se detuvo en Minussinsk, donde conoció a los muchos deportados que allí vivían. No se llevó un recuerdo muy bueno de esos encuentros. «Los he visto a casi todos — escribía a su madre—. Prefiero pasar unos cuantos días en Minussinsk a tener que vivir allí.» No fue del agrado de los populistas exiliados. «¿Qué clase de revolucionario es éste



que va deportado por su propia cuenta?», decían moviendo la cabeza.

Mientras tanto, los indígenas empiezan a prepararse para el invierno. Se guarnecen las contraventanas, se saca la ropa gruesa y se encienden las estufas. Ulianov espera, no sin cierto temor, la aparición de los grandes fríos y aprovecha apresuradamente los últimos días de sol. «En cuanto nos cae un buen día de otoño —escribe a su madre—, y no son raros este año, me voy a vagar por el bosque y por los campos.» No se atreve a confesarle que empieza a invadirle el aburrimiento y que el sentimiento de estar aislado del mundo, arrancado de su diaria actividad, se le hace cada vez más penoso y que su trabajo no logra extirpar de su corazón la desoladora sensación de soledad que le corroe.

A principios de octubre supo que Nadia Krupskaia había sido condenada a tres años de deportación y que había solicitado ser enviada a la región de Minussinsk. En efecto, la muchacha, una vez pronunciado su veredicto, mandó al ministro de Justicia la súplica siguiente: «Debiendo contraer matrimonio con Vladimir Ilich Ulianov, que se encuentra actualmente en la aldea de Chuchenskoe, distrito de Minussinsk, provincia de Ieniséi, ruego muy respetuosamente a su excelencia que me designe como lugar de deportación la localidad donde reside mi novio.»

Obtuvo satisfacción. En la segunda quincena de enero empezó los preparativos del viaje. Su madre, que no podía resignarse a que su hija partiera sola, resolvió acompañarla. Desde San Petersburgo, Nadia se trasladó primero a Moscú, a casa de su futura suegra. La señora Ulianov la recibió afectuosamente, la colmó de vituallas y de pasteles y la cargó con una cantidad de paquetes para Vladimir. Ana fue amable y más bien reservada. Sentía por su hermano un cariño apasionado, aunque algo tiránico y exclusivo, Se

resignaba difícilmente a admitir que otra iba a suplantarla junto a él, a compartir sus preocupaciones y a aliviar sus penas. También miró a Nadia con ojos de mujer: la consideró «delgada como una sardina» y no pudo resistir el maligno placer de comunicar esa impresión a su hermano.

Además de los paquetes de la señora Ulianov, Nadia llevaba consigo toda una biblioteca destinada a su novio. «Creo que conviene cargarla lo más posible —recomendaba éste a la señora Ulianov—. Y envíame la mayor cantidad posible de dinero», agregaba. Su presupuesto debía ampliarse considerablemente, ahora que se iba a casar. Pero había otra razón. Ulianov tenía muchas esperanzas en la retribución de los artículos que se había comprometido a escribir para la revista de Struvé. Pero ésta acababa de ser prohibida por el Gobierno, y en consecuencia esa fuente de ingresos quedó anulada. Es cierto que el mismo Struvé le había conseguido un gran trabajo de traducción (le interesaba estar en contacto con Ulianov, cuya colaboración le era valiosa bajo muchos aspectos), pero su realización era cosa de varios meses y él necesitaba dinero enseguida.

Inútil decir que la madre mandó al hijo el dinero que necesitaba, y probablemente más.

Nadia llegó con su madre a Chuchenskoe una noche de mayo. Dejemos que ella misma cuente este encuentro, el primero después de treinta meses de separación, con su novio: «Vladimir Ilich estaba de caza. Cogimos nuestro equipaje y entramos en la casa... Todos los miembros de la familia y los vecinos acudieron a examinarnos e interrogarnos. Por fin llegó Vladimir Ilich. Desde lejos había visto luz en su habitación. El propietario salió a su encuentro y le anunció que un deportado había entrado, borracho, en sus habitaciones, y había registrado sus libros. Vladimir avanzó rápidamente hacia la casa. En ese momento aparecí en el umbral. Charlamos extensamente aquella noche.» Se

miraban el uno al otro. Nadia estaba, en efecto, muy delgada y muy pálida. «Ana tenía razón —se dijo Ulianov—; tendrá que cuidarse». En lo que a él se refiere, la muchacha le encontró «un semblante absolutamente soberbio», y la vieja mamá Krupskaia, al verlo aparecer ante ella, no pudo reprimir una exclamación: «¡Pues bien, vaya si ha engordado usted!»

Ulianov se puso de acuerdo con el propietario para que Nadia y su madre fueran alojadas en la habitación contigua a la suya y se ocupó activamente de los preparativos de la boda. La administración había puesto a su novia un verdadero ultimátum: si no se casaba inmediatamente, sería despachada en el acto a la localidad que le había sido designada en un principio como lugar de residencia.

Las cosas se prolongaron independientemente de su voluntad: después de llevar alrededor de un año en Chuchenskoe, las autoridades locales no poseían todavía el expediente de Ulianov y simulaban ignorar su existencia. Hubo que informar a la dirección de prisiones en Krasnoiarsk. Mientras tanto, dejaron a los novios tranquilos.

Después de unos cuantos días de lluvia y de viento ha reaparecido la primavera en toda su belleza para ceder a continuación el lugar a un verano todavía más hermoso: lo aprovechan y parecen ser perfectamente felices. En todo caso, Nadia está encantada. Leamos la carta que envía a la señora Ulianov el 14 de junio, es decir, unas tres semanas después de su llegada a Chuchenskoe:

«Querida María Alexandrovna:

Volodia está sentado a mi lado y sostiene una animada conversación con el molinero sobre no sé qué casas y vacas; y yo me he instalado para escribirle un poco. Ni siquiera sé por dónde empezar. Los días son todos iguales y no hay ningún acontecimiento exterior. Se me figura que vivo en Chucha desde hace una eternidad; estoy

completamente aclimatada. En verano se está incluso muy bien. Todas las noches salimos a pasear. Mamá no llega muy lejos, pero nosotros sí llegamos a veces muy lejos. De noche no hay humedad alguna aquí y es delicioso pasear. Sin embargo, hay muchos mosquitos. Hemos tenido que hacer redes para protegernos; no sé por qué, pero se ceban sobre todo en Volodia... Volodia no sale de caza en estos momentos; en lugar de cazar trata de pescar. Una vez se fue por toda una noche, al otro lado del lenisí, a pescar lotas, pero como no logró traer el menor pescado, ya no se oye hablar más de las lotas. ¡Qué bien se está a la otra orilla del lenisí! Fuimos juntos una vez y nos sucedieron toda clase de aventuras. ¡Era estupendo! Ahora hace calor. Hemos decidido bañarnos desde ahora por la mañana, y para eso tenemos que levantarnos a las seis. No sé si sostendremos este régimen, pero esta mañana nos hemos bañado. De una manera general, nuestra vida actual es de unas verdaderas vacaciones...»

Lo que no decía es que no todo su tiempo había sido dedicado únicamente a pasear. Antes de salir de San Petersburgo, Nadia le envió a su novio el libro de Sidney y Beatriz Web *Teoría y práctica del tradeunionismo*, cuya traducción al ruso le había sido ofrecida por Struvé. En aquella época, Ulianov no estaba muy fuerte en inglés. Krupskaia lo sabía probablemente y debió decírselo a Struvé, puesto que éste, que quería serle agradable a su colega, le dijo que le tranquilizara: incluso si no conocía suficientemente el inglés «eso no era una desgracia», ya que podría recurrir libremente a la traducción alemana ya existente, corrigiéndola después, si era necesario, de acuerdo con el original. Ulianov recibió el volumen, le echó un vistazo y creyó preferible dejar la tarea pendiente hasta la llegada de su novia, que decía estar perfectamente familiarizada con el inglés. Como el trabajo tenía que estar

terminado para el 15 de agosto y corría ya el mes de mayo, decidieron abordarlo seriamente y sin tardar. En cuanto oyó a Nadia leer en inglés en voz alta, Ulianov la miró bastante inquieto. «Es curioso —dijo—; mi hermana tenía una maestra inglesa que no pronunciaba así en absoluto...» La muchacha no insistió. Pero continuó el trabajo.

Ulianov lograba una vez más una especie de récord. El 15 de julio anunciaba a Ana: «Nadia y yo estamos ya poniendo en limpio el texto de Web. Estoy harto: alrededor de mil páginas entre los dos. Pero el trabajo era interesante porque el libro es muy serio.» Mientras tanto se celebró su matrimonio: el 10 de julio. Pasaron la luna de miel dando los últimos retoques a la traducción, y exactamente el 15 de agosto era entregado al correo el paquete conteniendo el manuscrito.

Mientras terminaba su traducción le acometió de pronto un violento dolor de muelas. Como en Chuchenskoe no había dentista, Ulianov pidió al gobernador de la provincia un permiso para trasladarse por unos cuantos días a Krasnoiarsk. La autorización llegó al cabo de un mes, cuando ya no la necesitaba, pero de todos modos decidió aprovecharla. «Primero pensaba no ir —escribía entonces Nadia a la señora Ulianov—, pero después le sedujo el viaje. Yo, por mi parte, estoy muy contenta de que lo haya hecho, porque eso le refrescará las ideas y verá gente; se había embotado por completo en Chucha. Estaba tan contento de irse que no abrió un libro la víspera de la partida.» Mientras su joven esposa prepara su maleta, Ulianov, muy animado, le hace toda clase de recomendaciones: sobre todo que por las noches no olvide cerrar con cuidado la puerta y las contraventanas. «Estaba muy preocupado por nuestra seguridad —dice Nadia en la misma carta—. Ha pedido a Oscar, un deportado que vive en la misma aldea, que venga a dormir a casa y me ha enseñado a disparar con revólver.

La noche de su partida apenas durmió y por la mañana, cuando vino el coche, me costó trabajo despertarlo. Pero entonces se sentía tan alegre que entonó un verdadero canto de triunfo.»

No sucedió lo mismo con la joven esposa, que quedó sola. «Volodia se ha ido a Krasnoiarsk —escribe a su segunda cuñada, María—. Hay un vacío sin él; la vida es diferente; de pronto la velada parece hueca.» En espera de que regrese su marido Nadia se ha trazado todo un programa; primero, acabar de remendar su ropa; segundo, aprender a leer inglés correctamente (la reflexión de Vladimir no ha sido olvidada); tercero, terminar la lectura del libro empezado. Y no deja de agregar, al anunciárselo a María Ulianov: «En este momento estoy cocinando.» En resumen, se revela, sin dejar de ser marxista militante, como una mujer hogareña y una excelente ama de casa. Bajo la autorizada dirección de su madre —que no entiende ni quiere saber nada de política— hace licor de frambuesa y escabecha pepinos.

En lugar de la semana que le había sido concedida, Ulianov estuvo ausente quince días. Se entrevistó en Krasnoiarsk con algunos deportados, tomó notas en la Biblioteca pública y regresó a Chuchenskoe cargado de paquetes: ropa, utensilios caseros, etc., cuya lista, redactada por su suegra, le había sido entregada al partir. Entre otras cosas traía un par de patines.

Había en Ulianov una faceta deportiva que era inherente a su naturaleza y que se manifestaba en toda ocasión. En Chuchenskoe se apasionó por el patinaje. A iniciativa suya habían arreglado una pista en un lugar del río cubierto de hielo, y empezaron las sesiones. «Volodia patina admirablemente —escribe Nadia a Ana—. Se mete incluso las manos en los bolsillos de su chaqueta, como un verdadero deportista. Yo no sé patinar en absoluto; me han

instalado un sillón junto al cual exhibo mi aplicación.» Los aldeanos se aglomeran, contemplan el espectáculo, admiran las proezas de Uliánov y bromean con su joven esposa. En cuanto a mamá Krupskaja, no aparece por allí. El lugar le desagrada soberanamente desde el día en que, por haberse aventurado, resbaló al dar el primer paso en el hielo y quedó tendida cuan larga era.

Las fiestas de Navidad se acercaban. Uliánov decidió pasarlas con Nadia en Minussinsk, en casa de unos amigos deportados. Las autoridades no se opusieron. De una manera general, la administración local parece haber tenido muchas consideraciones para con él durante su exilio. «Sabía —dice en sus *Recuerdos* un antiguo policía de Minussinsk— imponer el respeto por su manera de comportarse, que era a la vez sencilla y digna, exenta de cualquier servilismo.»

Entre los deportados de Minussinsk había un destacado jugador de ajedrez, el ex redactor del Ministerio de Hacienda Lepechinski, con quien Uliánov había jugado ya por correspondencia. Había perdido la partida. Ahora quería cobrar el desquite. Previendo los combates que iba a sostener con su adversario, Uliánov se puso a fabricar un juego de ajedrez. «Recorta las figuras en la corteza de los árboles, sobre todo por la noche, cuando se siente aturdido de tanto escribir —escribía entonces Nadia a su cuñada—. A veces me llama para consultarme: ¿qué cabeza hay que hacerle al rey, qué busto a la reina? Yo tengo las más vagas ideas sobre las piezas de ajedrez, confundo un caballo con una torre, pero doy consejos con mucha seguridad y las figuras resultan soberbias.»

Mucho tiempo después, Lepechinski contó en sus *Recuerdos*, con detalles a más no poder, cómo había perdido la partida en aquella ocasión y cómo Uliánov había salido vencedor de una partida en la que tuvo que

enfrentarse a tres jugadores a la vez. Desde el principio hasta el final de su relato estalla la admiración ingenua, pero conmovedora, que le inspiran las proezas deportivas de Uliánov. Cuenta con el mismo entusiasmo sus sesiones de patinaje, en las que arrastraba tras sí a sus camaradas, pero sin dejarse pasar jamás por ellos. De creer al propio Uliánov, fue su amigo el ingeniero Krjijanovski quien se reveló entonces como un verdadero virtuoso en ese terreno y quien le enseñó a hacer diferentes figuras que él ignoraba. «Las aprendí con tal fervor —escribía más tarde a su madre— que acabé por darme un golpe en el brazo y no pude escribir durante dos días.»

Por la noche, el grupo se reunía alrededor de la mesa y entablábanse discusiones interminables. Pero también se cantaba. Volvamos a los *Recuerdos* de Lepechinski:

«Vladimir Ilich comunicaba una pasión y una animación extraordinaria a nuestras diversiones vocales. En cuanto abordábamos nuestro repertorio le entraba una especie de rabia y ordenaba autoritariamente: ¡Vamos con el Valor, camaradas, en marcha!, e inmediatamente, para aplastar en embrión cualquier ligera protesta contra una canción que llevaba mucho tiempo atormentándonos los oídos, se apresuraba a entonar, con su vocecilla ronca y algo falsa —una cosa intermedia entre el bajo, el barítono y el tenor—, la primera estrofa. Cuando consideraba que el coro no ponía suficiente énfasis para resaltar las partes expresivas del cántico, empezaba a marcar el compás, con los ojos inyectados, golpeando con el pie nerviosamente y forzando más allá del límite extremo, y en detrimento de cualquier armonía musical, su voz «tipo barítono», que ahogaba las de los demás».

El último día del año cenaron alegremente. Hicieron numerosos brindis. «Bebimos a la salud de las madres ausentes —escribía después Volodia a su madre—. Ese



brindis fue acogido con particular fervor.» Quizá lo propuso él mismo.

Al regresar a Chuchenskoe, Ulianov reanudó su vida normal. Una vida que, según los *Recuerdos* de su mujer, era perfectamente ordenada y dispuesta en sus menores detalles. La mañana y una parte de la tarde las dedicaba a trabajar en su libro. Después salía a pasear con Nadia. Mientras tanto, en la casa, la señora Krupskaia se ocupaba de los quehaceres domésticos. Se habían mudado. «Como en casa de nuestros huéspedes —cuenta Nadia— los mujiks<sup>4</sup> estaban borrachos casi siempre y como reinaba una agitación continua, nos mudamos y alquilamos la mitad de un pabellón y un jardín por cuatro rublos. A partir de entonces empezó la vida familiar. En verano no había que pensar en buscar una criada. Mamá y yo tuvimos que batallar de firme con la estufa de la cocina. Yo derramaba frecuentemente la sopa en el fuego; al cabo de cierto tiempo me acostumbré. En el jardín plantábamos toda clase de legumbres. Convertimos el patio en un jardín de esparcimiento.»

Las veladas transcurrían dedicadas a la lectura. «Vladimir Ilich leía por lo general obras de filosofía: Hegel, Kant, los materialistas franceses, y cuando estaba muy fatigado, Puchkin, Lermontov y Nekrasov.» Los domingos Ulianov daba consultas jurídicas. No tenía derecho, como deportado político, a ejercer su profesión de abogado, pero se había forjado una gran notoriedad entre los campesinos después de ayudar a uno de ellos, empleado en las minas de oro, a ganar un proceso que le habían abierto sus patronos. Pero había que actuar con prudencia. Un demandante cuyo escrito, demasiado bien redactado, había despertado las sospechas de los jueces, al ser obligado a decir quién era el autor acabó confesando que «nuestro Vladimir Ilich Ulianov»

había tenido la bondad de hacerlo. Cosa que el tribunal estimó suficiente para fallar en su contra.

Así transcurrió el invierno. El 7 de marzo, Nadia le escribía a María Ulianov: «La primavera se siente ya en el aire. El río helado se cubre de agua continuamente; los gorriones arman una zarabanda infernal en los sauces blancos; los bueyes mugen en las calles, y bajo la estufa de la propietaria la gallina hace tanto ruido todas las mañanas que despierta a todo el mundo. Los caminos están lodosos. Volodia habla cada vez con más frecuencia de su fusil y de sus botas de cazador, y mamá y yo hablamos ya de plantar flores.»

El próximo verano sería el último que debía pasar Ulianov en Chuchenskoe. En enero de 1900 terminaba su exilio. Ya desde ahora prepara su partida, hace proyectos y traza los caminos de su porvenir. No quiere emprender nuevos trabajos. «En general, trabajo poco en estos momentos — escribe a Ana el 29 de mayo— y no siento el menor deseo de escribir.»

Un acontecimiento imprevisto le obligó a volver a coger la pluma. En un libro que le envió su hermana encontró, escrito entre líneas con tinta simpática, un texto titulado *Credo*. En él se hablaba de la profunda transformación interior que acababa de sufrir el marxismo en lo que se refiere a la intensificación de la lucha económica. El marxismo exclusivo, intolerante —se decía en ese texto—, iba a ceder ahora el lugar al marxismo democrático. En lugar de perseverar en sus tentativas de lucha por la conquista del poder, se dedicará a transformar la sociedad existente con un espíritu democrático.

«En Rusia —declaraba ese documento—, la fuerza obrera se halla ante el muro de la opresión política. No sólo no posee los medios materiales para luchar contra ésta, sino que es ahogada sistemáticamente... La lucha económica es

infinitamente difícil, pero, por lo menos, posible.» Y concluía: «Las disertaciones sobre un partido obrero independiente no son más que tentativas para trasplantar a nuestro país una experiencia extranjera... El marxismo ruso no tiene más que una salida: participar en la lucha económica del proletariado y en la actividad de oposición de los círculos liberales.»

Ulianov se estremeció de indignación al leer este texto. Veía en él una especie de manifiesto lanzado por los economistas, cuyas actividades no había cesado de estigmatizar desde que salió de la cárcel. Decidió contestar con una protesta colectiva de todos los socialdemócratas deportados. En el proyecto que redactó sometió la tesis del *Credo* a una crítica despiadada. La lucha política y económica del proletariado —decía Ulianov— forma un todo indisoluble. La tarea fundamental del partido debe seguir siendo la conquista del poder para transformar la sociedad burguesa en sociedad socialista; el partido no puede, bajo ningún pretexto, ceder a la burguesía la dirección de la lucha política.

Quince deportados de la región respondieron a su llamamiento y firmaron esa protesta. Con la suya y con la de su mujer había diecisiete firmas. Después de copiarse varias veces, fue enviada a otros deportados que, por residir en otras regiones, no podían asistir a la reunión. Martov figuraba entre esos últimos. Se declaró totalmente de acuerdo con Ulianov y mandó, a su vez, una copia de la protesta a Potresov, quien, después de haber sido detenido a finales de 1896, se había unido a ellos en el exilio. Este también anunció su adhesión. Así, de región en región, a través de la infinita inmensidad de la tierra siberiana, circulaba el «mensaje de los diecisiete» salido de la pluma de Ulianov.

Parece que había exagerado un poco la importancia de ese documento. En una carta dirigida en 1924 a Kamenev, que dirigía entonces la publicación de las obras de Lenin, Ana Elisarov reconoció que fue ella quien, por su propia iniciativa, tituló ese documento, comunicado por una librería en cuyo establecimiento compraba libros su hermano, *Credo de los jóvenes*. «No encontré ningún eco —escribía Ana— no sólo a mi alrededor en Moscú, sino ni siquiera en San Petersburgo, en los círculos de la *Rabotchaia Mysl* (periódico de los «economistas»)... Cuando me di cuenta, por la respuesta de V. I., de la profunda indignación que le había causado (el *Credo*) y cuando supe que V. I. se disponía a lanzar una protesta, le escribí para explicarle que yo era la inventora de ese título y que los «jóvenes» socialdemócratas no lo usaban.» Desgraciadamente, la tinta con que fueron escritas esas líneas era mala y Ulianov no pudo descifrarlas. «Cuando regresó mi hermano de Siberia —dice también esa carta— y abordamos ese tema en una conversación, se mostró muy sorprendido, pero agregó sonriendo: —Después de todo, da lo mismo. Había que protestar de todas maneras.»

Ulianov vivió las últimas semanas de su exilio en un estado de febril agitación. Al decir de su mujer, había perdido el sueño y «empezó a adelgazar espantosamente». Llegó por fin el día de la liberación: 29 de enero de 1900. Todo estaba listo para la partida. Ese mismo día salió de Chuchenskoe con su mujer y su suegra.



**Parte II**  
**LA LUCHA**  
**POR EL PARTIDO**



## VII

# LA GRAN PARTIDA

Después de tres años de inacción forzosa, pero que había sabido aprovechar para transformar su cerebro en un verdadero arsenal repleto de armas de la más rigurosa crítica marxista, Vladimir Ulianov recuperó su puesto en la primera fila del combate revolucionario. Tiene ahora treinta años y está lleno de ardor; la sed de acción lo devora, está listo para la lucha. Lo ha previsto y lo ha calculado todo en Siberia, durante su último año de exilio, y sin duda quizá antes. El plan de trabajo está ahí, trazado minuciosamente hasta en sus menores detalles. No tiene más que llevarlo a la práctica.

Mientras él contaba en Chuchenskoe los días que lo separaban de su liberación, en los círculos revolucionarios rusos se había producido un gran acontecimiento. A principios del mes de marzo de 1898 se había celebrado en Minsk el primer Congreso de las organizaciones socialistas de Rusia. Un congreso bien modesto: no reunió más que a nueve delegados. Pero se había tomado una decisión capital: la de lanzar un manifiesto que anunciara el nacimiento del partido socialdemócrata ruso. Se eligió un Comité central. Sus miembros fueron detenidos casi inmediatamente después y no pudieron ser reemplazados, puesto que no había nadie para ello. Pero el hecho subsistía:



ya existía un partido en Rusia. Faltaban dirigentes. Pues bien, a Uliánov incumbiría, por lo tanto, la tarea; tal es al menos su profunda convicción: velar por los destinos del partido. Pero para poder cumplir esa misión se necesitaba primero que la masa confusa y heteróclita de militantes admitiera la necesidad de una organización centralizada con una dirección firme y homogénea. Ahí residía, por el momento, la principal dificultad. La agitación obrera que se había manifestado en los grandes centros industriales del Imperio ruso durante la última década del siglo XIX había creado la impresión de que la clase trabajadora empezaba a despertar de su prolongado letargo y se preparaba a dar la gran batalla revolucionaria que debía aplastar definitivamente al zarismo. El resultado de esto fue que la juventud de las escuelas y de los círculos liberales se sintió atraída, en una proporción mucho mayor que antes, hacia la socialdemocracia. El marxismo estaba cada vez más de moda y las organizaciones socialdemócratas gozaron de una gran afluencia de militantes. Masas de jóvenes intelectuales, más ricos en buena voluntad que en espíritu de disciplina y en experiencia revolucionaria, invadieron los círculos marxistas. Cada uno de esos grupos desarrollaba su propia actividad y más que un compañero de lucha veía un competidor en la organización vecina. Cada grupo defendía tenazmente su independencia y no aceptaba orientaciones de nadie. Por tanto, había que empezar por vencer el particularismo de los grupos provinciales.

Otra cosa, más grave ésta: la mayoría de los marxistas recién convertidos tenían del marxismo una idea bastante vaga y más bien falsa, sacada esencialmente de los escritos de los marxistas «legales», que eran los únicos asequibles al grueso público no iniciado. A consecuencia de ello había aumentado considerablemente el número de los que preconizaban la conquista metódica y perseverante de las

ventajas económicas inmediatas en lugar del combate político con finalidades revolucionarias. Los «economistas» estimaban que la clase obrera no necesitaba un partido político para defender sus intereses vitales y mejorar su situación material y que bastaban para ello las organizaciones profesionales, como, por ejemplo, las cajas de socorros mutuos, las cooperativas, las instituciones de asistencia social, etc.

En cuanto a los grupos marxistas, no tendrían más que continuar con toda independencia su tarea cultural, dedicándose a elevar el nivel intelectual de los trabajadores sin tener que rendir cuenta a nadie de la forma en que pensaban realizar su tarea. En la época correspondiente a los años de exilio de Uliánov, los «economistas» se habían convertido en toda una potencia. Desde octubre de 1897 disponían de un periódico que les permitía extender considerablemente la esfera de su influencia.

Uliánov, que en víspera de su salida para Siberia había tenido ya ocasión de romper lanzas con algunos representantes de esa tendencia, veía en ellos a los principales enemigos del socialismo, y esos enemigos, en su opinión, debían ser combatidos con un arma idéntica: un periódico. Necesitaba tener uno a toda costa. La abortada tentativa de 1895 se le había grabado profundamente en la memoria y ardía de impaciencia por repetirla. Su decisión era firme: tan pronto como regresara a Rusia organizaría un periódico para dirigir la palabra a todos los socialdemócratas rusos, exhortándolos a unirse en un partido unido y fuerte y a deshacerse de la influencia suavizante de los «economistas».

Al mismo tiempo que creó el partido socialdemócrata, el Congreso de 1898 había decidido que ese partido tendría un órgano central. El proyecto no había podido llevarse a cabo por razones evidentes. Ahora se encargaría de ello Uliánov.

Pero se daba cuenta de que eso era imposible en Rusia, donde a cada instante se corría el riesgo de ser sorprendido por la policía. La única manera, según él, de garantizar cierta estabilidad a la empresa, era llevarla al extranjero y mandar luego clandestinamente al país los números impresos. Eso suponía necesariamente una estancia permanente en el extranjero, es decir, una vida de emigrado con todas sus miserias. Esa perspectiva, inútil decirlo, no lo hizo vacilar un solo instante. Lo que él quería era poner manos a la obra lo antes posible. No esperó que su mujer terminara de purgar su pena (todavía le faltaba alrededor de un año). Tan pronto como regresó de Siberia empezó los preparativos para partir. Pero antes le esperaba un gran trabajo: establecer puntos de enlace en las principales ciudades del Imperio, encontrar corresponsales, reclutar agentes que se encargaran de la difusión del periódico, hallar los fondos necesarios para poner en marcha la empresa. Pero lo más importante era ponerse de acuerdo con el extranjero, conseguir la cooperación de Plejanov y de su grupo, que era el único que podía dar al futuro periódico toda la autoridad necesaria. Para realizar esta tarea múltiple, Ulianov se unió a sus dos camaradas de deportación, Martov y Potresov, que acababan de ser liberados<sup>5</sup>.

Después de pasar varios días en Ufa, ciudad asignada a su mujer como lugar de residencia, y en la que no dejó de establecer algunas relaciones con militantes locales, Ulianov se trasladó a Moscú. Allí lo esperaba su madre. Llegó hacia el 15 de febrero y tuvo que vivir escondido en casa de su cuñado Elisarov, ya que la entrada a esa ciudad le estaba prohibida. El 19 recibió la visita de Lalaiantz, su viejo camarada de Samara que se había convertido en uno de los dirigentes de la organización socialdemócrata de Ekaterinoslav. Este venía a hacerle una proposición

concreta. Su grupo pensaba convocar para principios de mayo un segundo Congreso del partido de común acuerdo con la Unión de los socialdemócratas judíos, llamada el *Bund*, y con la de los socialdemócratas rusos en el extranjero. Pensaban nombrar un Comité central y publicar un periódico. Lalaizantz ofrecía a su amigo la dirección de esa hoja.

La proposición no fue del agrado de Ulianov. Era totalmente incompatible con el plan trazado por él. Estimaba que no era oportuno aún convocar un segundo Congreso y que éste correría actualmente la misma suerte que el anterior. Los organizadores del Congreso no se dejaron convencer y persistieron en su idea. Ulianov recibió una invitación para ir a Smolensk el 6 de mayo. No fue y se limitó a enviar un informe en el que decía que, por el momento, lo único importante era crear un periódico y conseguir para él el apoyo de las organizaciones locales. Ese periódico se convertiría de esa manera en un puente de enlace entre esas organizaciones, y sus dirigentes constituirían automáticamente el núcleo que fácilmente podría transformarse en Comité central que tomara en sus manos la dirección del partido cuando estuviera preparado el terreno para la unificación. Su informe no pudo ser leído: sólo tres delegados llegaron a Smolensk el 6 de mayo. Después de esperar en vano a los demás, se separaron y cada quien volvió a su casa...

De Moscú, Ulianov se trasladó a San Petersburgo para conferenciar con la enviada del grupo *Emancipación del Trabajo*, Vera Zaslitch, que le traía la respuesta de Plejanov. Vera Zaslitch era en aquella época una mujer de unos cincuenta años que, después de haber gozado de una gloria casi mundial, vivía pobremente en Ginebra, trabajando al lado de Plejanov, por quien sentía una admiración infinita. Comunicó a Ulianov los desiderata del

Maestro: adhesión de un gran número de organizaciones locales y... dinero. En Ginebra carecían de dinero, y la impresión de un periódico debía costar cara. Quedaba trazado así, con toda la precisión requerida, el plan de acción que le incumbía desarrollar en primer lugar.

Como no tenía derecho a residir en ninguna de las grandes ciudades del Imperio, Ulianov se radicó en Pskov, vieja y pequeña ciudad dormida, de glorioso pasado, situada cerca de San Petersburgo. De esa manera podía serle fácil mantener el contacto con la capital. Potresov, que vivía en ésta, se ocupó de ello. Martov, radicado desde su retorno de Siberia en Poltava, se encargó de «trabajar» la región del centro.

Ulianov llegó a Pskov el 26 de febrero. Quedó colocado en el acto bajo la vigilancia de la policía local y declaró a las autoridades que pensaba reanudar su profesión de abogado, para lo cual empezó a buscar relaciones en los círculos intelectuales de la ciudad. Fue sin duda Potresov, que había llegado por la noche a Pskov, quien lo puso en contacto con el príncipe Obolenski, descendiente de una de las más antiguas y más ilustres familias de la nobleza rusa. Ese aristócrata liberal, que será años más tarde uno de los dirigentes del partido constitucional-demócrata destinado a soportar los ataques más violentos del partido bolchevique, le fue muy útil y se esforzó mucho por facilitar su tarea. Para empezar, el príncipe organizó en su casa una velada a la que fue invitada toda la élite intelectual de Pskov: profesores, abogados, médicos, etc., para que Ulianov los pudiera ver a todos al mismo tiempo y eligiera después de pasar revista. Al principio todo marchó bien. La conversación discurría sobre temas neutros; inofensivos: problemas de estadística, de administración provincial, etc... Pero alguien tuvo la malhadada idea de sacar a colación el conflicto que dividía a los «economistas» y a los marxistas

revolucionarios. Entonces Ulianov estalló bruscamente y empezó a abrumar a sus adversarios. Le escucharon en silencio. Esta intervención intempestiva echó un jarro de agua fría sobre los concurrentes. Es poco probable que su causa ganara muchos simpatizantes en aquella velada.

También fue el príncipe Obolenski quien lo presentó al jefe de la oficina de estadística regional, Lopatin, quien poseía una fortuna bastante considerable que no le impedía divertirse jugando al socialdemócrata. De vez en cuando daba dinero a los marxistas locales «para la causa de la Revolución». Ulianov no vacilará en recurrir a su bolsillo cuando llegue el momento de reunir los fondos necesarios para poner en marcha su proyecto.

Pero antes tenía que recibir el espaldarazo de la mayoría, o por lo menos de las organizaciones del «interior», para poder presentarse ante Plejanov y anunciarle que tenía un mandato del conjunto de los grupos socialdemócratas de Rusia. Con esa finalidad convocó, en los últimos días de marzo o en los primeros de abril, la «conferencia de Pskov», en la que participaron también los representantes del marxismo legal. Ulianov presentó un informe con una explicación de motivos que exponía su plan para crear en el extranjero un periódico político y una revista marxista de carácter científico. A continuación leyó un proyecto de declaración, una especie de profesión de fe de la futura redacción. Uno y otro fueron aprobados y adoptados. Ulianov, Martov y Potresov recibieron la misión de salir lo antes posible al extranjero, de entrar en contacto con Plejanov y con su grupo, y de ponerse de acuerdo con él para iniciar sin demora la publicación del periódico y de la revista.

Potresov fue el primero en partir, casi inmediatamente después de terminar la conferencia, para «preparar el terreno». Ulianov permaneció todavía algún tiempo en

Pskov. Había que buscar dinero, conferenciar con unos cuantos militantes de la región volgiana, especialmente con su camarada de deportación, el ingeniero Krjijanovski, que se había instalado en Samara y del cual esperaba mucho para el porvenir. Y además quería volver a ver a su madre y a su mujer antes del «gran viaje».

Ulianov, que estaba resuelto a viajar «legalmente», empezó por pedir al gobernador de la provincia de Pskov el pasaporte que necesitaba para poder salir de Rusia. Para ese fin había que presentar un certificado extendido por la policía local declarando que era «políticamente seguro», y el cual era concedido después de una investigación de las más minuciosas. Y, cosa extraña, las autoridades locales entregaron sin dificultad alguna el documento solicitado por ese «sospechoso» que era objeto de una vigilancia tan cuidadosa por parte del departamento de la policía que éste había considerado necesario instalar en Pskov a uno de sus «pesquisas» más finos. Es posible que estuviera de por medio la intervención del príncipe Obolenski, que gozaba de un gran prestigio en aquella pequeña ciudad. El caso es que Ulianov recibió su pasaporte el 5 de mayo siguiente.

A partir de ese momento se pone a preparar activamente su partida. No tenía ninguna instalación propia en Pskov; su guardarropa se reducía al mínimo más estricto. Pero sus libros... Nunca había creído que tuviera tantos. Y surgieron conflictos más desgarradores unos que otros. No podía llevarlos todos. Había que resignarse, por tanto, a hacer una selección. ¿Pero cómo escoger? ¿Qué escoger? Ulianov halló una solución sencilla y radical. Sacrificó todo lo que no era literatura marxista, obras de economía política y diccionarios: novelistas, poetas, dramaturgos, ensayistas. Únicamente el Fausto de Góethe y las poesías de Nekrasov conservaron su favor. Una vez hecha la selección, tres cajas, con un peso total de casi una tonelada, fueron encaminadas

a la estación, donde su aparición no dejó de provocar viva sensación entre los encargados de la expedición de equipajes.

La última visita de Ulianov en Pskov fue la que hizo el 19 de mayo a Lopatin. Lo dejó llevándose en el bolsillo interior de su chaleco un millar de rublos en billetes de Banco. Tras lo cual se trasladó a la estación, acompañado por Martov. Lo esperaban en San Petersburgo: cita con Struvé, quien debía entregarle algún dinero; últimas conversaciones con los futuros agentes de enlace de su periódico, visitas a unos cuantos editores y directores de revistas que podrían ser utilizados en caso necesario. En cuanto a Martov, antes de regresar a Poltava, donde debía trasladarse a continuación al extranjero, pensaba pasar unos cuantos días con su familia, que vivía en los alrededores de la capital. Para despistar a los sabuesos que los seguían, los dos compañeros tomaron el tren de noche y como dos buenos conspiradores se bajaron la mañana siguiente en Tsarkoe-Selo, donde, después de vagar por el parque durante dos horas, tomaron el tranvía que los condujo a San Petersburgo a eso del mediodía. Una vez allí, los viajeros se separaron y cada quien se fue por su lado. Ulianov estaba convencido de que había logrado burlar así la vigilancia de la policía. ¡Cuál sería su asombro cuando, después de haber pasado la noche en casa de la madre de su viejo camarada, el ingeniero Malchenko, se sintió agarrado por un brazo, con bastante brutalidad, apenas salido de la casa, y arrastrado hacia un fiacre parado en la esquina!

Fue llevado al departamento de la policía y registrado. Le sacaron del bolsillo del chaleco los billetes de Banco que tenía y lo llevaron ante el jefe de Seguridad, el coronel Pyramidov. Este, que ya había sido avisado de su captura, lo esperaba con una sonrisa burlona en los labios. Era un policía de un tipo bastante especial. Procedía con cierta



urbanidad indiferente, lo cual no le impedía perseguir despiadadamente a los revolucionarios. Recibió a su «cliente» adoptando un aire compasivo e irónico al mismo tiempo. «¡Dios mío, qué imprudente es usted! —exclamó—. ¿Cómo se le ha ocurrido bajar en Tsarkoe-Selo? ¡No sabía usted que nuestra vigilancia es más rígida allí que en cualquier otra parte!» Ulianov no contestó nada.

A las preguntas que le hizo el coronel, contestó: «—En camino hacia Podolsk, me detuve en San Petersburgo para arreglar mis asuntos literarios y financieros antes de salir para el extranjero, donde pienso continuar mis investigaciones científicas y trabajar en las bibliotecas, ya que en Rusia se me sigue prohibiendo el acceso a los centros universitarios. Parto también por razones de salud. En cuanto a las personas a quienes ví ayer, me niego a nombrarlas, puesto que no tienen relación alguna con el delito que se me imputa: mi llegada clandestina a San Petersburgo... Al ser detenido no quise decir dónde había pasado la noche porque me ofendió la forma en que me detuvieron y porque no quería causar molestias a las personas cuya complacencia aproveché... Los 1.300 rublos que han hallado sobre mí constituyen mi fortuna personal y he tenido que llevarlos conmigo porque necesitaba unos centenares de rublos para mi viaje al extranjero y también porque tenía que pagar mi deuda a mi suegra y dejar algún dinero a mi mujer, que está actualmente sin trabajo y necesita atención médica. Los llevaba cosidos en el interior del chaleco porque no tuve tiempo de mandarlos por correo. Siempre llevo así gruesas sumas de dinero. Eso se puede comprobar fácilmente examinando mis otros chalecos, que tienen todos en el interior un bolsillo similar. En cuanto a la procedencia de esas sumas, la explico así: Primero, una suma de unos 850 rublos me fue pagada a finales del año pasado por mi traducción del libro de Webb; segundo, he

recibido alrededor de 150 rublos de la revista *La Vida* en Pskov, por correo; tercero, el resto, que forma mis ahorros personales, me fue entregado en pequeñas fracciones por revistas en las cuales colaboraba...»

Se consideraron verosímiles las explicaciones de Ulianov y lo soltaron al cabo de diez días. Escoltado por dos policías pudo tomar el tren para Podolsk. Al llegar, sus ángeles guardianes lo pusieron en manos del jefe de la policía local. Este lo dejó en libertad de hacer lo que quisiera, pero le recogió el pasaporte. En un gesto de audacia, Ulianov empezó a citar artículos del Código del Imperio que prohibían el secuestro de los documentos del estado civil, pero que en realidad no tenían relación alguna con su caso personal, y amenazó con elevar una queja a las altas esferas «por abuso de poder». Su actitud seca y autoritaria impresionó a tal punto al policía de Podolsk, que éste ordenó la devolución del pasaporte casi con excusas.

Su madre se había radicado, con su hija mayor, en esta pequeña ciudad cercana a Moscú. Se sintió muy feliz al saber que su Volodia se reintegraba por fin a la vida normal. Lo único que pedía era verlo instalado en algún rincón apacible de provincia, resguardado de las privaciones y de las preocupaciones de orden material. Pero lo que su hijo le anuncia es que se va al extranjero, por largos años, quizá para siempre... La madre no protesta. Además, ¿de qué serviría? Lo decidido por Volodia debe llevarse a cabo porque tal es su voluntad y esa voluntad, ella lo sabe bien, es inquebrantable. En cuanto a Ana, que se aburre junto a un esposo plácido, comprende y aprueba a su hermano. Es más, está dispuesta a seguirle. Los tres fueron a Ufa, donde languidecía la joven mujer de Ulianov. Estaba convenido que tan pronto como fuera liberada, Nadia se reuniría con su esposo en el extranjero. Durante la semana que pasó en Ufa, éste logró reclutar todavía unos cuantos nuevos

agentes de enlace para su empresa y partió muy satisfecho de los resultados obtenidos.

Ulianov desbordaba alegría durante el viaje de regreso. La esperanza de ver realizado por fin su proyecto lo llenaba de alegría y de entusiasmo. «Respiraba con deleite el aire del río y de los bosques circundantes —escribe Ana—. Recuerdo nuestra conversación sobre el puente, totalmente desierto, de nuestra pequeña embarcación, y que terminó a altas horas de la noche.»

El 16 de julio lo llevaba el tren hacia su nuevo destino. Unas semanas más tarde, la señora Elisarov tomaba el mismo tren. Su marido, dócil y obediente como siempre, la acompañó hasta la estación y le deseó buen viaje...



## VIII

# «DE LA CHISPA BROTARÁ LA LLAMA»

Ulianov llegó a Zurich a principios del mes de agosto. Axelrod, el simpático viejo, lo recibió con demostraciones de alegría. «He pasado dos días con él en conversaciones muy amistosas», escribía más tarde. Hablaron de todo un poco. Pero Axelrod evitaba ostensiblemente tocar la cuestión que a él le interesaba: la del periódico. Tan pronto como se abordaba, Ulianov era cubierto de flores, inundado de cumplidos, de elogios y de halagos. Su empresa era para su grupo, según el colaborador de Plejanov, una ocasión providencial. Sería para ellos como un renacimiento. Y, agregaba un poco evasivo, no habría que temer «abusos de poder por parte de Jorge». Pues era él quien tenía que decir la última palabra. Era él quien debía decidir la suerte del periódico.

El Maestro vivía en los alrededores de Ginebra, en una coqueta villa, con su mujer y sus dos hijas. Estaba entonces en sus días malos. Las cosas no iban, en el mundo de la emigración, como él quería. El Congreso de la *Unión de los socialdemócratas rusos en el extranjero*, celebrado en el mes de abril, había terminado en una inevitable escisión. Los «economistas» tuvieron mayoría de votos, y Plejanov,

cuya autoridad quedaba así desconocida, declaró que se retiraba con su grupo de la Unión. Evidentemente, la llegada de los «marxistas del interior» con su proyecto de publicar un periódico bajo su dirección le venía como anillo al dedo. Ahora podría disponer de una plaza fuerte para «disparar obuses rojos» contra sus enemigos: los economistas, los marxistas legales, los bernsteinianos, los kautskistas, etc. Pero era necesario que Plejanov fuera el amo absoluto del periódico y que pudiera dirigirlo a su gusto. Eso era lo que le preocupaba. Potresov, que fue el primero en llegar a Ginebra, se había presentado, sin esperar a Ulianov, en casa de Plejanov, como una «avanzadilla». No logró seducirlo. Tartamudeando y poniendo mala cara, balbuceó como pudo algunas frases deshilvanadas y le entregó el proyecto de declaración redactado en nombre de la futura redacción del periódico por Ulianov y adoptado en la conferencia de Pskov. Plejanov lo leyó y se abstuvo de hacer observaciones, señalando únicamente que habría que corregir el estilo en algunas partes. Pero en su fuero interno se sintió bastante ofendido. ¡Conque esos novatos quieren hablar y actuar con su propia autoridad! Antes de tomar la palabra en nombre colectivo de una publicación que no existía todavía, hubiera podido, por lo menos, ponerse de acuerdo con él, cuya cooperación venían a solicitar con tanta deferencia, en lugar de colocarlo ante un hecho consumado. Potresov era lo suficientemente listo para darse cuenta del estado de ánimo de su huésped, y tan pronto como llegó Ulianov a Ginebra lo puso sobre aviso: habrá que proceder con mucha prudencia para no molestar al maestro con palabras demasiado claras e intransigentes.

Al escuchar esas advertencias, Ulianov se sintió profundamente decepcionado. Sentía por Plejanov algo más que admiración. Estaba, para emplear su propio lenguaje, «enamorado de Plejanov como podía estarlo de una mujer».

Y he aquí que en lugar de arrodillarse ante el ser adorado y de rendirle un homenaje ferviente y apasionado, tenía que prepararse a fingir, a andarse con rodeos, a regatear y a discutir. Pues su decisión era firme. Había resuelto asumir él mismo la dirección del proyectado periódico, dando de lado cualquier consideración de carácter sentimental. En cuanto a los «viejos», sus nombres figurarán en un lugar de honor entre los de los miembros del Comité de dirección, se aceptarán con agradecimiento los artículos que se tomen la molestia de escribir, pero, prácticamente, Ulianov será el dueño de la publicación. Y para sustraerla todavía más de la influencia de Plejanov, pensó publicarla, no en Ginebra, bajo la mirada escrutadora de éste, sino en alguna parte de Alemania, donde se instalaría con sus lugartenientes: Martov y Petresov, y desde donde mantendría correspondencia con Suiza. Por eso cuando iba hacia Ginebra se había detenido en Stuttgart y en Munich, donde celebró conversaciones con algunos socialdemócratas alemanes que le prometieron ayuda técnica. Se había llegado incluso a un acuerdo con la editorial Dietz, de Stuttgart, que poseía una imprenta muy importante. ¿Cómo lograr que Plejanov tragara todo eso?

Ulianov conservó una penosa impresión de su primera entrevista con éste. El «enamorado» vio en su «ídolo» defectos cuyo descubrimiento lo hirió dolorosamente. Falso, irascible, intolerante: así vio a Plejanov. Claro está que en su calidad de «enamorado» despechado tendía a exagerar los defectos expuestos de pronto a luz del día por el objeto de su amor. Pero no tenía más remedio que reconocer en todas las palabras de Plejanov una tendencia muy clara a ejercer un poder casi dictatorial en la futura redacción. No quería «tender la mano» a los marxistas legales, a pesar de que éstos habían sido invitados a la conferencia de Pskov; rechazaba cualquier acomodo con los «economistas»; no

quería polémicas entre colaboradores en las columnas del periódico, contrariamente a la opinión de Ulianov, quien estimaba que ese cambio de impresiones de cara a los lectores podría facilitar la solución de ciertas controversias.

Se separaron casi como adversarios. Pero por la noche, durante un paseo por el bosque, ingeniado sin duda por Vera Zaslitch, que veía con pena que «su Jorge» tropezaba con nuevas dificultades, Plejanov se mostró más conciliador. Después de mucho hablar y de mucho discutir, terminó poniendo la mano amistosamente sobre el hombro de Ulianov: «En fin señores (sic), no, presento un ultimátum. Se va a examinar todo esto en el Congreso y se tomará una decisión de común acuerdo.»

«Esas palabras me llegaron al fondo del corazón», escribía más tarde Ulianov. ¿Pero cuál era ese «Congreso» de que hablaba Plejanov? Sencillamente, se esperaba a Axelrod, que se había retrasado en Zurich. Tan pronto como llegó se declaró abierto el Congreso. Constaba de cinco miembros en total: Plejanov, Vera Zaslitch, Axelrod, Ulianov y Potresov. Martov no había salido todavía de Rusia. La primera reunión se celebró en Vezenas, en el albergue donde se alojaban Ulianov y Potresov.

Empezaron a leer la declaración de la redacción salida de la pluma de Ulianov. Plejanov la escuchó en silencio y se limitó a decir fríamente, en tono sarcástico, que «evidentemente, si hubiera sido él quien hubiera tenido que escribir una declaración de ese género, no lo hubiera hecho así». Ulianov quedó vivamente picado. Se habló luego de la invitación de Struvé. Plejanov lanzó un seco «por nada del mundo» y no volvió a abrir la boca. Ulianov creyó conveniente ceder.

Una vez terminada la sesión, acompañaron todos a Plejanov hasta el muelle donde debía tomar el barco para regresar a su casa. Durante el trayecto, nuevo conflicto.



Mientras conversaba con quien consideraba ya como su estado mayor, expresó el deseo de que se pidiera un artículo a «alguien muy destacado». «Yo le recomendaría — dijo— que sacudiera al principio del artículo a ese Kautsky (éste acababa de rechazar un artículo de Plejanov) que acoge en su revista críticas del marxismo y no concede la menor palabra a los marxistas auténticos». Entonces estalla bruscamente Potresov. ¡Cómo! Precisamente acaban de pedir a Kautsky su colaboración. Ha aceptado. ¡Y van a empezar por atacarlo en el mismo periódico donde piensa escribir! Ulianov apoyó a su camarada. Plejanov se enfadó y se calló. Permaneció «más sombrío que una nube» hasta la salida del barco al decir de Ulianov.

Al día siguiente se reunieron en casa de Plejanov. Seco y solemne, anuncia que, dada la incompatibilidad de opiniones que ha notado entre Ulianov y Potresov de una parte, y él de otra, no estima posible formar parte del Comité director del periódico, aunque acepta participar en su empresa como simple colaborador. «Nos quedamos completamente aterrados —se lee en el relato detallado que más tarde hizo Ulianov de esta escena— y nos pusimos a protestar con vehemencia.» Plejanov, después de haber disfrutado el efecto causado por su declaración, pareció menos rígido e inflexible. «Bueno, suponiendo que marcháramos juntos, ¿cómo votaríamos? ¿Cuántos votos habría? —Pues... seis, puesto que seremos seis—. ¿Seis? No es muy cómodo...»

Se miraron perplejos. Entonces, Vera Zaslitch dijo tímidamente: «Bueno, pues que Jorge disponga de dos votos. De lo contrario, siempre se encontraría solo.» Ulianov y su compañero aceptan, sin pensar en las consecuencias. Plejanov triunfa. Era eso exactamente lo que necesitaba. El tono cambia inmediatamente. A renglón seguido se pone a distribuir las tareas y las rúbricas y su voz cobra un acento

dictatorial que no tolera discusión alguna. Los dos «ingenuos» no tardaron en darse cuenta que los había engañado. Regresaron furiosos a Vezenas. Escuchemos a Ulianov: «Estuvimos recorriendo nuestra pequeña aldea en todas direcciones hasta hora muy avanzada de la noche. El cielo estaba sombrío y preñado de tempestad; los relámpagos lo atravesaban. Caminábamos y clamábamos nuestras indignación.» Potresov tartamudeaba desesperadamente: «¡Acabado, acabado!» Plejanov ya no existía para él. Ulianov compartía enteramente sus sentimientos. «Mi pasión por Plejanov había desaparecido. Me sentía herido en el corazón. Jamás, jamás en mi vida había yo sentido por ningún hombre tanta estimación y respeto, tanta *vénération* (en francés en el texto); ante nadie me había yo inclinado con tanta humildad y nunca he sentido una decepción tan profunda.» No, no se dejará manejar. Más vale abandonarlo todo y volver a Rusia. Que pase lo que pase, pero nunca aceptarán ser simples peones en manos de «ese hombre».

Comenzaba a despuntar el alba. Se fueron a dormir. Quedó convenido que Plejanov sería informado por la mañana de la ruptura de las negociaciones... ¡Adiós, Ginebra! Así se hizo.

El día transcurrió tristemente. Hicieron el equipaje y el balance de las ilusiones perdidas. El tren salía al día siguiente al mediodía. En las primeras horas de la mañana, Ulianov oyó llamar a su puerta. Era Potresov. Quería hablar con su camarada. La idea de abandonar la tarea emprendida no le había dejado dormir en toda la noche. ¿Tienen derecho verdaderamente a renunciar así a la misión que les ha sido confiada? ¿No es preferible hacer algunas concesiones? ¡Qué le vamos a hacer! Se cederá en las cuestiones de forma. Después, ya veremos... Nunca se sabe cómo se presentarán las cosas.

Visiblemente, Ulianov estaba dispuesto a dejarse convencer. Dio la razón a Potresov y volvieron a casa de Plejanov. Este saboreó discretamente su triunfo y no puso obstáculos para que los servicios técnicos de la redacción fueran instalados en Munich. Ulianov se trasladó inmediatamente allí, después de haber conferenciado con el emigrado Steklov, llegado de París, quien aceptó ser el principal agente de enlace de su empresa para Francia.

Ulianov se alojó en Munich en casa del dueño de una cervecería, hombre de ideas socialistas. Tenía una habitación muy pequeña que daba sobre el patio de un gran edificio de varios pisos. Se instala en plan de soltero, reduciendo su «ajuar» a lo más estrictamente indispensable. Se alimenta principalmente de pan y de té; lo toma en un recipiente de aluminio que, una vez usado, permanece cuidadosamente colgado junto al grifo. Al mediodía come en casa de una alemana que —Krupskaia lo ha contado en sus *Recuerdos*—no le sirve más que entremeses. Cae enfermo nada más llegar. Una fuerte gripe le obligó a no salir de su habitación durante toda la primera quincena de septiembre. Pero en una carta dirigida a su madre el día 22 de ese mes anuncia su restablecimiento. «Espero —le dice también— las cajas y el dinero.» Las cajas son sus libros, de los que no puede prescindir, y que le siguen por todas partes, de San Petersburgo a Siberia, de Siberia a Pskov, de Pskov al extranjero. Necesita siempre y en todas partes su muda y fiel presencia. En cuanto al dinero... los rublos traídos de Rusia se gastaron rápidamente en adelantos a la imprenta, compra de papel, gastos diversos. Pero había que subsistir. Entonces surge, una vez más, el llamamiento a la «querida madrecita». En las semanas venideras Ulianov habrá de desplegar una actividad muy intensa. No tiene a su lado, para poner en pie toda la organización del periódico, más que a Potresov y a

una muchacha, Ina Smidovitch, que le había sido impuesta por Plejanov en calidad de «secretaria de redacción» y de la cual desconfía un poco. Además del periódico, tiene que ocuparse también de la preparación de la revista. Pensaban dar de 250 a 350 páginas en octavo, lo que representa un conjunto bastante considerable de estudios, artículos, crónicas e informaciones. Hay que reunir todo ese material, proporcionado por autores que se hallan dispersos por Europa. Luego hay que comunicarlo a los miembros del Comité director residentes en Ginebra. Y todavía, una vez que hayan opinado, transmitir todo a la imprenta. Y por si fuera poco, la revista se imprime en Stuttgart, el periódico en Leipzig y Ulianov está en Munich. Eso requiere desplazamientos frecuentes que le roban la mayor parte de su tiempo. De ello habla, con palabras encubiertas, en una carta a su madre: «Me paseo sin razón a través de un país extranjero; espero acabar con este barullo y ponerme a trabajar en serio.» Lo que quiere decir probablemente que quisiera empezar el libro que lleva meditando desde que regresó del destierro y que no logra comenzar.

Por fin, el 24 de diciembre apareció el primer número de *Iskra* (La Chispa). Tal era el título escogido para el nuevo periódico, con el siguiente epígrafe: De la chispa brotará la llama. Penetró muy rápidamente en Rusia y tuvo una gran repercusión en los círculos revolucionarios. Ya el 17 de enero señalaba un informe de la policía: «Se ha puesto en circulación en San Petersburgo el prospecto del primer número de la *Iskra*, que según se dice, ha sido publicado con un artículo de Plejanov, «La crítica de nuestras críticas», sobre la posibilidad de iniciar la lucha política puesto que los obreros han aprendido ya a sostener la lucha económica.» El policía estaba mal informado (el artículo de Plejanov no figuraba en absoluto en ese número), pero emitía una reflexión muy significativa: Vladimir Ulianov ha recibido la

misión de transformar esa fórmula abstracta en carne y hueso; hubiera sido conveniente echarle la mano encima a ese señor.» Ya en el mes de diciembre anterior, el jefe de la agencia de París había informado al departamento de la policía: «He sabido que Ulianov y Cía. se proponen organizar próximamente en Rusia un gran Congreso de socialdemócratas de todas las tendencias, a fin de llevar la lucha del terreno puramente económico al de la política.» Lo que importa recoger no es la información en sí (que estaba basada en un rumor falso), sino la importancia que los medios policíacos atribuyen a la persona y a la acción de Ulianov desde que éste se ha instalado en el extranjero. El jefe de la Dirección de Seguridad de Moscú, Zubatov, refiriéndose probablemente a las informaciones proporcionadas por París, escribe al departamento de la policía: «Sería conveniente meter en chirona a toda esa asamblea, y como la misión de Ulianov y demás está plenamente comprobada, es de desear que se decida urgentemente decapitar al cuerpo revolucionario. Deteniendo a militantes de pequeña envergadura no haremos más que facilitar su propaganda. Una medida audaz contra los dirigentes daría, en mi opinión, excelente resultado. Tanto más cuanto que actualmente no existe en la revolución persona más importante que Ulianov.» Conviene fijarse en esas últimas palabras. Zubatov tenía fama de ser el policía más hábil y más inteligente de su época. Y esa fama estaba justificada: supo comprender lo que los propios revolucionarios no veían todavía: que los Plejanov y los Axelrod habían pasado a la historia y que una fuerza nueva, mucho más poderosa, ascendía en el horizonte de la revolución.



# IX

## ULIANOV

### SE CONVIERTE EN LENIN

Lenin<sup>6</sup> (es el nombre que adopta de ahora en adelante para su obra de escritor y para su actividad de propagandista revolucionario) pasó el invierno en Munich en condiciones materiales bastante difíciles. Es curioso que después de haber conocido los rigores de la temperatura siberiana le costara trabajo, según parece, adaptarse al clima invernal de la Alemania meridional. En la carta que dirige a su madre con fecha 20 de febrero leemos: «Otra vez vuelve a hacer frío aquí. He acabado por acostumbrarme; pero si el invierno que viene me veo obligado a seguir aquí, me haré mandar un abrigo de invierno.» Como por el momento no tenía ninguno y carecía de dinero para comprárselo, se las arregló para llevar dos trajes encima. «Al principio no me sentía muy cómodo —le confiesa a su madre—, pero ahora ya me he acostumbrado.» Mas no por eso piensa vivir como un anacoreta. Va al teatro y sobre todo a la Opera. Wagner, que reina en esta última, no le atrae, pero escucha «con un gran placer» *La judía*, que ya había escuchado unos trece años antes en Kazán y algunos de cuyos aires se le han quedado en la memoria. El martes de carnaval se paseó un buen rato por las calles. Era un espectáculo totalmente

nuevo para él y parece haberle impresionado. «Aquí saben divertirse», dice en una carta a su madre.

Martov, que llegó por fin (en enero, según parece), representó una gran ayuda para él. Era un periodista nato, con mucha habilidad para captar rápidamente lo esencial de la cuestión, y poseedor de una pluma alerta y fácil, Pero por su carácter sociable y extraordinariamente locuaz resultaba bastante pesado y se pasaba horas enteras disertando sobre cualquier tema, cosa que desesperaba a Lenin, cuyos minutos eran preciosos. Su hermana Ana, que se había establecido en Berlín y que se ocupaba activamente de la difusión del periódico, iba frecuentemente a Munich para recibir sus instrucciones. Con ella recuperaba alegremente el ambiente familiar que tanto echaba de menos y renacían en su memoria los claros recuerdos de su adolescencia. Con ella volvían las sombras de sus seres queridos desaparecidos: su padre, su hermanita muerta tan joven y Alejandro... ¡Cuántas veces, en Chuchenskoe, se había pasado horas y horas hojeando el grueso álbum que se había llevado al destierro y en el que estaban reunidas las fotografías de la familia! Ahora no lo había traído consigo, y lo lamentaba profundamente. Le recomienda urgentemente a su mujer, cuyo destierro iba a terminar en breve, que no lo olvide cuando se ponga en camino para reunirse con él.

Nadia recupera por fin su libertad en los últimos días de febrero y en los comienzos de la primavera acaba por encontrar a su marido en Munich, después de haberlo buscado en vano en Praga, donde aquél, para mayor seguridad, le hacía mandar sus cartas por mediación de un obrero checo.

Vio su humilde alojamiento, examinó su rostro enflaquecido y resolvió poner las cosas en orden lo más rápidamente posible. Lo primero que había que hacer —le anunció— era encontrar una habitación adecuada. Su



marido no hizo objeción alguna, volvió a meter sus libros en las cajas, ordenó sus papeles y el matrimonio fue a instalarse a otra parte. «Me di cuenta —escribe Krupskaia en sus *Recuerdos*—que Vladimir Ilich necesitaba una alimentación sana y abundante y empecé a guisar en nuestra habitación.» ¡Tarea delicada y complicada! Había que evitar el menor ruido. Lenin acababa de empezar su libro y sólo podía escribir en medio de un silencio absoluto. «Cuando trabajaba —agrega— caminaba rápidamente de un extremo al otro de la habitación, rumiando sus frases. Yo no abría la boca durante todo ese tiempo. Luego, en el paseo, me contaba lo que había escrito. Eso acabó por serle tan necesario como preparar mentalmente sus frases antes de escribirlas.»

Pronto llegó la vieja mamá Krupskaia, que seguía a su hija a todas partes. Hubo que mudarse de nuevo. Ahora alquilaron un pequeño departamento en un gran edificio moderno, en Schwebing, un suburbio de Munich, y adquirieron en el establecimiento de un trapero un mobiliario muy modesto y somero.

La situación material de Lenin había mejorado considerablemente en aquella época. Acababa de recibir 250 rublos de su editor de San Petersburgo. Su hermano menor, que estudiaba en la Universidad de Moscú, y a quien había encargado la venta del fusil de caza que trajo de Siberia, para no tener que recurrir constantemente al bolsillo de su madre, le mandó los 75 rublos que produjo esa venta. En cuanto a la señora Ulianov, que no podía soportar que su hijo careciera de lo necesario, seguía enviándole dinero de todos modos. «Desde el punto de vista financiero, la cosa no va mal —escribe Lenin el 8 de septiembre—. No hace falta mandarme más; gracias.»

No marchaban tan bien las cosas desde el punto de vista «trabajo». No lograba crear a su alrededor una atmósfera de

paz y de recogimiento. Seguía absorbido por sus ocupaciones. Se había convenido anticipadamente que tan pronto llegara Krupskaia sería ella quien asumiría las funciones de secretaria de redacción. Ina Smidovitch se las cedió sin ninguna dificultad y desplazó su actividad de militante hacia otro frente. Nadia confió totalmente a su madre los trabajos caseros y se dedicó de lleno a la tarea. Lo cual no impedía que su marido siguiera abrumado de trabajo. El «grupo» de Ginebra se ocupaba sobre todo de la revista, que ofrecía un terreno más amplio para las disertaciones teóricas, y menospreciaba el periódico, limitándose a expresar críticas más o menos justificadas. Era en Munich donde prácticamente se hacía todo el trabajo. Es cierto que estaban Potresov y Martov. Sobre todo Martov... Krupskaia nos dirá cómo trabajaba:

«Comíamos a las doce. A eso de la una llegaba Martov y luego los otros. Se abría el consejo de redacción. Martov hablaba sin cesar y de todo al mismo tiempo... Vladimir Ilich se sentía muy fatigado por esas conversaciones diarias que duraban cinco y a veces seis horas seguidas. Le impedían trabajar. Un día me pidió que le rogara a Martov que no viniera más. Se decidió que de ahora en adelante sería yo quien iría a casa de Martov para comunicarle las cartas recibidas e informarle de lo que él sabía. Dos días más tarde volvió Martov. Esas entrevistas le eran indispensables. Cuando nos dejaba se iba con otros a algún café donde se pasaban horas enteras.»

De todos modos, Krupskaia supo utilizar muy juiciosamente esa presencia estorbosa, empleando a Martov como ayudante de cocina. Según ella, hacía muy concienzudamente su tarea y sólo protestaba cuando le hacían lavar la vajilla. Se quejaba entonces de la «lentitud del progreso» y pedía de todo corazón la llegada de una época en que se usara una vajilla que no necesitara ser

lavada. Lenin, que también tenía que participar a veces en esos trabajos domésticos, lo consolaba lo mejor que podía, asegurándole que esa época seguramente llegaría. «Mientras tanto —decía a modo de conclusión—, sigamos usando la vajilla tal como es.»

Apenas publicado el primer número de la *Iskra*, Lenin recibió la visita de Struvé. El jefe de los «marxistas legales» había venido también a establecerse en el extranjero para combatir el zarismo. Aunque su método de combate difería radicalmente del de Lenin, creyó conveniente tratar de llegar a un acuerdo con él. De esa manera, tendiendo una mano a los marxistas revolucionarios y la otra a los liberales demócratas, podría en caso de triunfo —tal era por lo menos su esperanza— quedar como «amigo de todo el mundo». No tardó mucho Lenin en ver claro su juego. Se negó categóricamente. En lo personal estaba muy obligado con Struvé, quien en varias ocasiones le había ayudado en momentos difíciles. Pero en este caso no podían tenerse en cuenta las consideraciones de orden personal y sentimental. La entrevista había durado varias horas. Struvé hizo diversas proposiciones: entre otras, la de publicar en común un folleto cuyo contenido no quería revelar, pero que según él, causaría gran sensación. Lenin se mantuvo incólume. Se separaron sin pronunciar la palabra ruptura, pero ambos sabían muy bien que no volverían a verse más. En una de esas notas que Lenin tenía la costumbre de escribir febrilmente en el papel, al final de un encuentro o de una entrevista de alcance decisivo, y que en última instancia hubieran podido constituir su diario íntimo, se lee: «Esta reunión ha sido en cierto modo histórica y de una profunda significación. Por lo menos para mí. Dobla toda una página, si no un período de mi vida, y decide para mucho tiempo mi actitud y mi conducta futuras.» Fechado el 29 de diciembre de 1900, a las dos de la madrugada.

Un emisario de Struvé se presentó poco después en casa de Plejanov para proponerle la publicación de un documento sensacional: la nota dirigida confidencialmente por el ministro de Hacienda, Vitté, al ministro del Interior, Goremykin, sobre la organización de la administración local en las provincias occidentales del Imperio. Iba precedida de un largo prefacio redactado por el propio Struvé en el que éste, vislumbrando en la citada nota el indicio de que varios ministros de Nicolás I empezaban a darse cuenta de la necesidad de hacer algunas concesiones a la opinión pública, expresaba la esperanza de que el Gobierno no se detendría ahí para evitar al país los horrores de una revolución y de que entre los allegados al zar habría algunos que «tendrían valor para ceder ante la Historia y para hacer ceder a su amo». Al mismo tiempo, el enviado de Struvé ofrecía 6.000 rublos a Plejanov para cubrir los gastos de impresión del folleto. Evidentemente era demasiado dinero y, aun siendo poco conocedor en la materia, se podía calcular fácilmente que la impresión de ese folleto no costaría ni siquiera la mitad de la suma propuesta. O sea que, desde el punto de vista comercial, el negocio prometía un beneficio apreciable. Pero el punto de vista «conciliador» y «oportunista» del autor del prefacio, que estimaba posible renunciar a la batalla revolucionaria si el poder mostraba alguna comprensión declarándose dispuesto a hacer algunas concesiones, estaba en flagrante contradicción con la actitud de estricta intransigencia adoptada por el marxismo revolucionario que representaban Plejanov y las publicaciones emprendidas bajo sus auspicios. Además, ¿no se había opuesto, con la vehemencia que ya hemos visto, a cualquier entendimiento con Struvé cuando se discutió la línea política de éste? Sin embargo, aceptó; el manuscrito y también el dinero. El texto fue enviado directamente a la imprenta de Stuttgart, sin pasar por Munich.

Se publicó el folleto. No costó más que 1.800 rublos. El resto, o sea 4.200 rublos, fue entregado a la caja de la revista. Se vendió muy bien, y las sucesivas reimpressiones reportaron al grupo sumas considerables. Pero Lenin estaba muy descontento. Es cierto que se habían salvado las apariencias. En la cubierta del folleto no figuraban el nombre del periódico ni el de la revista. Pero a pesar de ello se creía moralmente obligado a reaccionar redactando una vigorosa réplica que denunciaba crudamente el delito de ese vil oportunismo. De acuerdo con el reglamento, el artículo de Lenin fue sometido previamente a la consideración de los demás miembros del Comité director. Plejanov lo consideró inadmisibile y negó su consentimiento. Vera Zaslitch hizo lo mismo. Pero Lenin se mantuvo firme. Durante un mes, las dos partes se cruzaron cartas más bien agrias. Plejanov cedió finalmente, y se publicó el artículo de Lenin, con algunos insignificantes retoques de estilo.

Ya hemos hablado antes de la escisión que se produjo entre el grupo de Plejanov y la *Unión de los socialdemócratas rusos en el extranjero*. En septiembre de 1900, el 1º Congreso de la Segunda Internacional había nombrado como miembros para Rusia de su Comité Ejecutivo a Plejanov y a uno de los jefes de la Unión, al director del periódico *Rabotchee Delo* (La Causa Obrera), publicado por ésta, Kritchevski. Las dos tendencias estaban representadas, por lo tanto, en el seno de la Internacional. *Iskra*, o sea Lenin, toma posición inmediatamente. Anuncia a sus lectores, en una declaración lapidaria, que como el *Rabotchee Delo* ha adoptado una línea de conducta errónea, absteniéndose de combatir abiertamente al economismo, se niega a reconocer como representantes del partido en el extranjero a los «elementos disidentes» que lo publican.

«Mientras no se llegue a un acuerdo o a una reconciliación entre la dos fracciones de los

socialdemócratas rusos —dice la declaración— no mantendremos relaciones más que con G. V. Plejanov para todo lo que se refiere a la representación de Rusia en el seno de la Segunda Internacional.»

A todo esto, Steklov, que al mismo tiempo que se convertía en representante de *Iskra* para Francia había seguido formando parte de la Unión, anuncia que abandona esta organización y, de común acuerdo con otros dos miembros que han imitado su ejemplo, funda un nuevo grupo, llamado «Iniciativa», cuya finalidad es restablecer la paz y la concordia en los círculos de los socialdemócratas rusos. Se ofrece por lo tanto, como intermediario entre las dos organizaciones. Lenin y Plejanov aceptan sus buenos oficios. La Unión se niega so pretexto de que el nuevo grupo no tiene autoridad suficiente para intervenir en el conflicto que los divide. Finalmente, otro grupo de «conciliadores», que la Unión estima mejor capacitado para hacer de árbitro, logra obtener que se convoque una conferencia preliminar en Ginebra, a fin de elaborar un proyecto de acuerdo para ser sometido a un próximo Congreso.

Lenin se encargó de formular las tesis que definían la concepción del partido y sus métodos de acción, tal como éstos debían resultar de la aplicación de los principios del marxismo revolucionario, insistiendo en el carácter perfectamente homogéneo del partido y en la rigurosa disciplina que debía reinar entre sus miembros. Plejanov, acompañado de Axelrod y de Vera Zaslitch, vino a Munich para discutir las bases de ese programa. Se ignoran los detalles de esos debates, pero parece que fueron bastante tormentosos. Krupskaja que asistió a ellos, cuenta en sus *Recuerdos*: «La discusión fue ruda. En un momento dado, Vera Zaslitch quiso contradecir a Plejanov. Este dio un salto, se cruzó de brazos y la midió con una mirada tal que se calló aterrorizada. Axelrod, que decía estar de acuerdo

con Lenin, anunció entonces que tenía dolor de cabeza y se retiró.» Acabaron por ponerse de acuerdo de todos modos, y Lenin se trasladó a Ginebra en calidad de portavoz de *Iskra* y del grupo de Plejanov.

Un delegado de la Unión, el segundo director del *Rabotchee Delo*, Martynov, cuenta en sus *Recuerdos* cómo se entrevistó con Lenin la víspera de la conferencia en un pequeño restaurante de Ginebra:

«Hablamos del programa, de las tareas políticas del partido, de su táctica, y no surgió divergencia alguna entre nosotros. Pero cuando la conversación llegaba a su fin Lenin me preguntó: «Bueno, ¿y qué le parece mi plan de organización?» Inmediatamente repliqué: «Sobre ese punto no estoy en absoluto de acuerdo con usted. La organización que usted propone me recuerda las bandas armadas de los guerrilleros macedonios. Quiere introducir usted en el partido una especie de disciplina militar. Eso no se ha visto nunca entre los socialdemócratas, ni en Rusia ni en Europa.» Lenin sonrió guiñando los ojos y respondió: «¿Sólo sobre ese punto no está usted de acuerdo conmigo? Pues ése es el punto esencial de mi programa. Por lo tanto, no tenemos nada más que decirnos.» Y nos separamos... para largos años».

Empero, los «unionistas» no se mostraron irreductibles. Las tesis fundamentales del proyecto de Lenin fueron adoptadas finalmente por la conferencia, condenándose así severamente al oportunismo en todas sus formas. La resolución votada, y que debía servir de base para el entendimiento definitivo, decía:

«1º Rechazamos todas las tentativas para introducir en la lucha de clases sostenida por el proletariado el oportunismo bajo la forma de un pretendido economismo, de bernsteinismo, de millerandismo, etc...

2º Entre las tareas primordiales de la socialdemocracia figura la lucha ideológica contra todos los adversarios del marxismo revolucionario.

3º Cualquiera que sea la esfera de su actividad — organización, propaganda u otra— los socialdemócratas deben tener siempre presente que la tarea que en primer lugar se impone al proletariado ruso es el derrocamiento del zarismo.

4º La socialdemocracia debe tomar la dirección de la lucha sostenida por el proletariado contra todas las formas de opresión: política, económica y social».

Tras lo cual se separaron. Se citaron para principios de octubre en Zurich, donde debía reunirse el Congreso de las organizaciones socialdemócratas rusas en el extranjero, al cual sería sometido ese proyecto de resolución».

Lenin, que llegó a Zurich unos cuantos días antes de la apertura del Congreso, leyó sorprendido, en un número de *Rabotchee Delo* que acababa de publicarse, un largo artículo que contradecía formalmente el acuerdo trazado en Ginebra. Le asombró tanto más cuanto que en su número anterior ese periódico se había mostrado perfectamente de acuerdo y había saludado cordialmente el próximo entendimiento. Y ahora, bruscamente, daba marcha atrás. Era como si quisieran preparar por adelantado el terreno de las futuras discusiones. Por ejemplo, el autor del artículo consideraba extemporánea la comparación que se había permitido hacer *Iskra* entre las luchas intestinas que asolaban a la emigración rusa y las que se habían producido en la Convención entre los girondinos y los de la Montaña. Naturalmente, los de la Montaña eran los «iskristas» y los girondinos los «unionistas». Estos se negaban a admitirlo. El artículo se pronunciaba luego contra la exclusión que se pretendía aplicar a ciertos oportunistas. Hasta los más acérrimos bernsteinistas, estimaba su autor, se situaban en



el terreno de la lucha de clases. La resolución de Ginebra declaraba una guerra sin cuartel a todos los adversarios del marxismo revolucionario. Si bien no combatía esa tesis abiertamente, el autor del artículo insinuaba discretamente que los iskristas y los unionistas no tenían tal vez la misma concepción del marxismo revolucionario y que, en consecuencia, aquellos que unos consideraban adversarios podían muy bien no ser tales para los otros. Y luego seguían unas consideraciones de carácter general: las opiniones debían seguir siendo libres, no había que encadenar el pensamiento, etc...

El 3 de octubre (al día siguiente debía empezar el Congreso) celebraron consejo Lenin y el trío plejanovista. Decidieron plantear desde el principio de la sesión la siguiente pregunta: Los miembros de la Unión, que por lo demás estaban representados en la conferencia por los dirigentes del *Rabotchee Delo*, ¿desaprobaban las recientes declaraciones de ese periódico o se solidarizaban con ellas? Lenin recibió la misión de tomar la palabra.

El discurso que pronunció en aquella ocasión le gustó mucho al policía ruso que asistió a esa reunión, a pesar de que ésta era estrictamente privada y de que sus participantes, admitidos tras riguroso control, creían conocerse entre ellos perfectamente. El informe transmitido más tarde a San Petersburgo por el jefe de la agencia de París declara que habló «extensa y elocuentemente, fulminando literalmente al *Rabotchee Delo*». El texto de ese discurso no fue hallado sino recientemente y su transcripción taquigráfica, desgraciadamente incompleta (el final no ha sido conservado), no fue publicada por primera vez sino hasta 1946.

Mostró, en efecto, una autoridad notable. El ataque está llevado con extraordinario vigor, pero el tono no está exento de un ligero persiflage, familiar y agresivo al mismo tiempo.

Empieza por advertir que sus críticas no están dirigidas en modo alguno a los miembros de la Unión, sino únicamente a su periódico. Este es su blanco constante. Sus directores, que representan a la Unión y que le están escuchando, son libres de renegar de lo que han mandado escribir o de aceptar el reto. No les hace gracia ser comparados con los girondinos. «Pues vean nuestros debates de Ginebra. ¿No han enfrentado a la Montaña con la Gironda? ¿No encarna *Iskra* verdaderamente a la Montaña?» Después de difíciles discusiones, la conferencia acabó por condenar expresamente el bernsteinismo, y ahora se da marcha atrás. ¿Se quieren burlar de nosotros?

Uno de los representantes de la Unión hizo observar entonces que el artículo incriminado no significaba en modo alguno un cambio de actitud; solamente pretendía aclarar una resolución que había parecido un poco abstracta. «¡Abstracta! —exclama Lenin en tono sarcástico—. Lejos de ser abstracta, es terrible e increíblemente concreta. Basta echarle un vistazo para darse cuenta de que se quería agarrar a alguien.» El «unionista» Kritchevski exclama muy ofendido: «Muy bien, perfectamente. Es a nosotros a quienes se ha querido atrapar, pero no nos hemos dejado.» Todo el mundo se echó a reír, pero era patente que las pasiones se agriaban. Un «conciliador» creyó conveniente excusar a Lenin opinando que la expresión «atrapar» se le había escapado al calor de la polémica y que no había que tomarla en serio. No le agradó en absoluto a Lenin ese benévolo defensor. «Creo —escribía más tarde— que esas palabras, se quería atrapar a alguien, encerraban un profundo sentido, a pesar de haber sido dichas en tono de broma. Siempre habíamos reprochado al *Rabotchee Delo* su inestabilidad, sus vacilaciones. Por eso, naturalmente, estábamos obligados a «atraparlo» para evitar esas vacilaciones en el futuro. No cabía pensar en mala intención

por nuestra parte, ya que se trataba en ese caso de una inestabilidad en los principios.»

En la sesión del día siguiente los unionistas quisieron introducir algunas correcciones en el texto de la resolución. Pidieron que se suprimieran las expresiones pretendido economismo y millerandismo en el artículo que condenaba el oportunismo, so pretexto de que esas palabras no ofrecían un sentido suficientemente determinado y preciso. Propusieron también introducir en la resolución una mención que especificara expresamente que la lucha económica era «un poderoso estimulante de los movimientos de masas» y que ofrecía «la manera más comúnmente aplicada para arrastrar a las masas a la lucha política». Exigieron, por último, que se suprimiera la palabra siempre en la parte que decía: «los socialdemócratas deben tener siempre presente que la tarea que en primer lugar se impone... es el derrocamiento del zarismo».

No atacaban ciertamente la resolución en conjunto, pero Lenin consideró inadmisibles las enmiendas propuestas. Plejanov compartió su opinión. La parte adversa defendió sus proposiciones con vehemencia. El policía señalaba en su informe: «La tendencia de cada fracción a adueñarse de los puestos de mando en la nueva organización unificada del partido dio por resultado que esta unión se transformara en una agrupación de chillones que no se comprendían los unos a los otros.» Plejanov, Lenin y sus amigos abandonaron la sala. La conferencia terminaba en un fracaso completo. El presidente no tenía más que levantar la sesión. Y eso fue lo que hizo.

A la salida, el bueno de Axelrod se quejaba amargamente: «Toda esta gente no se preocupa más que de su tiendecita. Sólo después piensan en el interés general de la Revolución.» No sospechaba que en el pequeño y simpático grupo que le rodeaba estaba el «delegado» de la

policía rusa. Es a éste, por lo demás, a quien debemos la conservación de esas palabras consignadas en su informe.



# X

## LENIN FORJA SUS ARMAS

Lenin había llegado al extranjero para organizar la acción revolucionaria en Rusia. Esa era también, se dirá, la finalidad que perseguían todos los revolucionarios rusos que emigraban. Cierto. Pero había un matiz. Mientras éstos no hacían más que proyectar los preparativos de una acción destinada a sentar los preliminares de una revolución cuyo advenimiento les parecía todavía perdido en las nubes de un porvenir indefinidamente lejano, Lenin consideraba ya desde ahora que había entrado en la fase del combate revolucionario activo. Era necesario, por tanto, como condición esencial y urgente, organizar el ejército de los combatientes y formar los mandos. Las masas obreras, que mostraban una inexorable voluntad de lucha con sus múltiples y reiteradas huelgas, iban a constituir, según él, esas tropas que se necesitaban para lanzarse al asalto del zarismo. Lo que faltaban eran mandos. Firmemente convencido de que un solo partido, estrechamente unido y poderosamente organizado, puede garantizar el triunfo del movimiento revolucionario poniéndose a la cabeza de éste, Lenin dedica todos sus esfuerzos a la creación de ese partido.

Le fue fácil comprender, dado el estado de ánimo que reinaba en los medios de la emigración rusa, que por el

momento no debía esperar que se lograra esa unificación. El fracaso de la reunión de Zurich no había hecho más que agravar la escisión y dar nuevo impulso a la disgregación y al espíritu de grupo. Además, el economismo conservaba todas sus posiciones y el *Rabotchee Delo* hacía seria competencia a *Iskra*.

Poniendo en juego sus dotes de buen estratega, Lenin se dedicó a ganar tiempo llevando la lucha a otro frente, el del interior. Su plan de campaña fue muy hábilmente trazado: atrayéndose a las organizaciones socialdemócratas de Rusia, uniéndolas estrechamente en torno al periódico, que de esa manera se convertiría en su periódico, crearía en favor de éste un vasto movimiento que presionaría a los emigrados y les haría comprender que era *Iskra* quien encarnaba en toda su plenitud las aspiraciones de la socialdemocracia del interior, y que, a partir de ese momento, no había más remedio que reconocer su actividad. Ya hemos visto con qué meticulosidad reclutó Lenin, antes de partir para el extranjero, a sus agentes de enlace en los diferentes centros del Imperio. Una vez lanzado su periódico, hará todo lo necesario para mantener con ellos el más estrecho contacto, para consolidar los lazos que supo crear y para estimular su actividad en toda la medida de lo posible. Krupskaja queda encargada de mantener la correspondencia con los iskristas rusos. Cumple la tarea con un celo extraordinario. Pero eso no basta. En los primeros días de marzo (el periódico existe desde hace apenas tres meses y no ha publicado más que dos números), Lenin, considerando que su órgano no llega a Rusia en cantidades suficientes, entra en conversaciones con sus agentes de Besarabia para organizar en Kichinev una imprenta clandestina que reimprimirá los números de *Iskra*, íntegramente o en parte, para las necesidades de la propaganda local. En mayo llega a un acuerdo también, con

la misma finalidad, con el Comité socialdemócrata de Tiflis, donde cuenta con un ferviente partidario, el joven georgiano José Djugachvili, que se dará a conocer más tarde con el nombre de Stalin. Se montará una imprenta en Bakú. Velará por sus destinos el hermano de un viejo compañero de lucha de Lenin, el ingeniero Krassin, que dirige la central eléctrica de esa ciudad. Para uso de los indígenas se publicará una edición especial en lengua georgiana. En julio elabora el proyecto de una organización general que englobe a todas las filiales de *Iskra* en Rusia, las cuales, al perder desde ese momento la poca autonomía de que disponían, se convertirían en simples fragmentos de un bloque único dirigido y animado por el centro de Munich. En la primera quincena de febrero de 1902 se reúne en Samara, donde opera el amigo de Lenin, el ingeniero Krjijanovski, un Congreso general de todos los iskristas del interior, y ahí queda creada esa organización.

La intensa actividad llevada a cabo por Lenin y los éxitos por él obtenidos en la difusión de su periódico no dejaron de provocar una reacción en el campo de los «unionistas». Para comenzar, éstos dieron instrucciones a sus aliados del interior, los economistas, para que lanzaran una campaña «antiiskrista». Esto da lugar, por ejemplo, a que el Comité de Kiev, uno de los más importantes, adopte una resolución declarando que *Iskra* es un periódico para los intelectuales y no para los obreros. Se pone en circulación una Carta abierta anónima, dirigida a la redacción de *Iskra* por «camaradas» que le reprochan extensamente su sectarismo, su intransigencia, etc. Al mismo tiempo deciden dar un gran golpe, un golpe maestro: la *Unión de los socialdemócratas rusos* va a convocar un Congreso general del partido, el primero desde la infortunada tentativa de 1898, y va a convocarlo de tal manera que saldrá de él dueña de un poder absoluto. Pero había que apresurarse,



antes de que Lenin «contaminara» con su propaganda a todos los comités locales. Por más que actuaron con celeridad y discreción frente a él, Lenin acabó por enterarse muy rápidamente del asunto. Se mostró claramente hostil. La convocatoria de un Congreso general le parecía totalmente prematura. Estaba trabajando precisamente en su libro *¿Qué hacer?*, que, en su opinión, debía desenmascarar definitivamente a los economistas, desacreditarlos definitivamente ante la socialdemocracia rusa e indicar a ésta el verdadero camino a seguir. Después de la aparición de su obra, cuando esta hubiera producido todo el efecto deseado, podría reunirse un Congreso general que fuera capaz, gracias a él, de ver claro el juego funesto que hacían la Unión y sus cómplices del interior.

Mientras tanto, era necesario impedir, en la medida de lo posible, que los unionistas dieran curso a su proyecto. Se pone sobre aviso a los agentes iskristas, encargándose de ello Krupskaja, naturalmente. «Parece —escribe a una militante de Odesa el 14 de diciembre de 1901— que a esos señores («los unionistas») se les ha ocurrido convocar próximamente un Congreso... Nosotros proponemos a los nuestros que ante esta circunstancia adopten la táctica siguiente: exigir que el Congreso sea aplazado por lo menos hasta la primavera. A principios de enero aparecerá un folleto de *Iskra* en el que serán examinadas, en relación con los problemas de organización, las causas de nuestras diferencias. Reunir el Congreso antes de la publicación de ese folleto sería querer solucionar el asunto sin haber escuchado a las dos partes. En caso de que se designen delegados, si los comités nombran únicamente partidarios de la Unión, hay que exigir que los iskristas participen en número igual. Si a pesar de todo se celebra actualmente el Congreso, y si se pronuncia contra *Iskra*, hay que exigir a los comités que presenten una protesta. Si se niegan, los

iskristas que formen parte de ellos deben retirarse y dar a conocer a sus camaradas, en forma impresa, las razones de su salida.» El 3 de marzo, la redacción de *Iskra* ha sido informada oficialmente de que el día 20 de ese mes se reunirán en Bielostok los representantes de las agrupaciones socialdemócratas de Rusia y del extranjero y que en lugar de la simple conferencia en que se había pensado en un principio se va a celebrar un Congreso general del partido. Una lista de cuestiones a introducir en el orden del día iba adjunta a la invitación. Eran nueve: 1.º Lucha económica; 2.º Lucha política; 3.º Propaganda política; 4.º El Primero de Mayo; 5.º Actitud frente a los elementos de la oposición; 6.º Actitud frente a los grupos revolucionarios que no formen parte de la organización socialdemócrata; 7.º Organización interior del partido; 8.º órgano central; 9.º Representación y organización del partido en el extranjero.

Un solo vistazo bastó a Lenin para olfatear el «economismo». ¡En vísperas del asalto decisivo que las fuerzas revolucionarias se disponen a lanzar contra el zarismo, los organizadores de la conferencia encabezan su orden del día con la cuestión de la lucha económica! A continuación, se proponen definir la actitud del partido frente a la oposición y frente a los grupos revolucionarios no socialdemócratas. ¡Pero si ésta es una cuestión muy importante y muy complicada! En los quince días que faltan para la apertura de la conferencia no puede prepararse nadie para tratarla a fondo. Eso requiere varios meses de trabajo. Y, por último, no se dice una sola palabra respecto al programa del partido. ¡He aquí, pues, una asamblea que pretende darle su forma definitiva y que ni siquiera piensa en trazarle su programa! En estas condiciones, estima Lenin, es evidente que estamos en presencia de una comedia urdida por los unionistas para apoderarse de los

puestos de mando en el partido y para imponerle un órgano oficial que sería, sin duda alguna, el *Rabotchee Delo*, colocando así a *Iskra* al nivel de una simple publicación privada. Por tanto, hay que impedir la realización de esa empresa. Puesto que la celebración de una conferencia ha sido decidida en principio, Lenin la admite, pero únicamente como conferencia; hará todo lo que esté a su alcance para impedir que se transforme en Congreso. Envía a Bielostok a uno de sus colaboradores, el joven médico Dan, que le ha sido recomendado por Axelrod y que se ha revelado como un militante enérgico y capaz. Dan es encargado de presentar un informe en el que Lenin, al mismo tiempo que expone las lagunas y las contradicciones del orden del día elaborado por los organizadores de la conferencia, adjura a ésta a limitarse a designar un Comité de organización que se ocupará de preparar la convocatoria de un verdadero Congreso que pueda resolver convenientemente todas las cuestiones relativas tanto a la teoría (programa del partido) como a la acción del partido. Ese Congreso podría llevarse a cabo, según él, dentro de unos tres o cuatro meses. Ese plazo permitiría preparar cuidadosamente los informes sobre todas las cuestiones a discutir, así como reunir los fondos necesarios. En cuanto a Lenin, declara estar dispuesto, en nombre de su periódico, a participar en los gastos con la suma de 500 rublos.

La empresa de los unionistas fracasó. La mayoría de los delegados no acudieron. Los que se presentaron no fueron suficientes para constituirse en Congreso. No tuvieron más remedio que reunirse en conferencia y se conformaron con nombrar un Comité de organización encargado de la preparación del futuro Congreso. Era exactamente lo que deseaba Lenin. El destino se encargó de cumplir sus deseos.

Casi inmediatamente después de la clausura de la conferencia, la policía, que la vigilaba de cerca, echó mano

a todos los delegados (sólo uno logró escapar), y el Comité de organización murió después de haber vivido apenas el espacio de una mañana. Ese Comité, compuesto en su mayor parte por unionistas, se habría entendido sin duda difícilmente con Lenin sobre la marcha a seguir en el cumplimiento de su tarea. Apareció mientras tanto, por fin, el libro en que trabajaba Lenin desde que se había instalado en Munich. En su prefacio a la serie de documentos relativos al *Congreso de la Unidad*, publicados por Plejanov y Lenin inmediatamente después de su fracaso, este último anunciaba la próxima aparición de un folleto dedicado a las cuestiones candentes del movimiento socialdemócrata. No fue un folleto lo que se publicó, sino todo un libro: *¿Qué hacer?* Lenin quiso explicar las razones de esa ampliación: el recrudecimiento del peligro «economista» visto por él en el nuevo «giro» dado por el órgano de los unionistas y el fracaso de la tentativa para llegar a un acuerdo con ellos.

Desde el momento de su aparición, la obra tuvo una gran repercusión en los medios socialdemócratas. Fue muy activamente difundida por los agentes de *Iskra*, a quienes Krupskaja había mantenido en expectación, y llegó en un tiempo mínimo a los confines de Siberia. La policía le concedió igualmente el más vivo interés y su jefe supremo, Zvoliansky, el mismo que antaño, a demanda de la señora Ulianov, había autorizado a su hijo a trasladarse por su cuenta al exilio, leyó atentamente el libro de Lenin, hizo de él un resumen sucinto, por lo demás muy inteligente, y lo notó al margen de su propia mano para memoria.

A todo esto, el impresor de Leipzig, cediendo probablemente a las órdenes de los policías alemanes, que alertados por sus colegas rusos empezaban a vigilar más de cerca la actividad de Lenin y de sus colaboradores, anunció que renunciaba a continuar imprimiendo el periódico. Lenin comprendió que el clima de Alemania se le hacía

inhospitalario y decidió trasladar su empresa a otra parte. ¿Pero adónde? Naturalmente, se habló enseguida de Ginebra, cosa que no le agradaba en modo alguno. Eso significaba para él un contacto diario con Plejanov y la injerencia de éste en el periódico. Era necesario, estimaba Lenin, poner la mayor distancia posible entre ambos para mantener sus buenas relaciones. Propuso llevar la redacción de *Iskra* a Londres, alegando el espíritu de amplia tolerancia que mostraban las autoridades inglesas con los emigrados de todos los países. Su proposición fue aceptada, y el 30 de marzo de 1902, después de haber liquidado todo el mobiliario, que fue vendido por la suma total de 12 marcos, Lenin y su mujer se pusieron en camino hacia Londres. La suegra y la biblioteca seguirían poco después. Una espesa niebla, como por casualidad, envolvía a la capital inglesa aquella mañana de abril en que Lenin hizo en ella su primera aparición. Se reveló difícil iniciarse en la vida londinense. El sabio traductor de Sidney Webb, que después de haber puesto en ruso cerca de un millar de páginas de un texto inglés particularmente arduo, creía haber adquirido un conocimiento serio de ese idioma, se dio cuenta desde el principio de que no entendía a nadie y de que nadie le entendía. «Se produjo más de un incidente cómico — informa Krupskaja—. Vladimir Ilich se reía, pero se sentía humillado. Se puso a estudiar con ardor el inglés.»

Lenin tenía un método propio para aprender un idioma extranjero. Iba a todos los mítines, se colocaba en primera fila y no quitaba los ojos de los labios del orador. Al mismo tiempo encontró, por medio de anuncios, dos ingleses que querían tomar lecciones de ruso a cambio de lecciones de inglés.

Pero también sabía tomar otras lecciones que se le grababan profundamente en la memoria. Estudiaba en sus menores detalles la estructura de esa «ciudadela del

capitalismo mundial» que era Londres entonces. No le interesaban los museos ni los monumentos históricos. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca del Museo Británico. Cuando salía de allí, se volvía a empapar en la atmósfera del Londres vivo. Le gustaba saltar a la imperial de los autobuses, contemplar desde lo alto de su observatorio las ricas y espaciosas avenidas que se hallaban en su trayecto, y emprender luego paseos de exploración a través de los barrios donde se alojaba la miseria. El contraste que le ofrecía ese doble aspecto de la vida londinense engendraba en su alma un sordo sentimiento de rebelión que cobraba expresión en ese breve aparte arrojado de vez en cuando con la punta de los labios y anotado por Krupskaja: Two nations! Se le veía en los restaurantes populares, en los bares y en las asambleas de las sectas religiosas que pululaban en Londres. Se pasaba tardes enteras en Hyde Park escuchando a los oradores de los mítines improvisados. Pero buscaba sobre todo las reuniones organizadas por asociaciones obreras. Le decía luego a su mujer: «Son socialistas con la misma naturalidad con que respiran. El delegado cuenta trivialidades; cuando el obrero habla, va derecho al grano y golpea directamente en el corazón del capitalismo.»

Pronto llegaron Martov y Vera Zaslitch. Esta debía ser en Londres, en cierto modo, «el ojo de Ginebra». Pero no ponía un celo excesivo en el cumplimiento de su misión de vigilancia y se pasaba el tiempo fumando cigarrillos y escribiendo artículos que en su mayoría rompía ella misma una vez terminados. Seguía siendo una ferviente admiradora de Plejanov, pero se daba cuenta que en Lenin estaba creciendo una temible fuerza rival que acabaría por aplastarlo. Solía decir: «Jorge es como un galgo: muerde la presa y la suelta. Lenin es como un bulldog: la muerde y ya no la suelta.» Lenin, que la oyó en una ocasión, quedó

encantado. «¡Ah, ah, la muerdo y no la suelto!», repetía con su risita maliciosa.

Martov no pudo adaptarse a esa nueva vida. Acostumbrado a la bohemia de Munich (hablaba perfectamente el alemán), se aburría mortalmente en medio de esos ingleses secos y rígidos. Se iba desde por la mañana a casa de Lenin, pero éste se las arreglaba siempre para salir antes de su llegada, y Martov tenía que conformarse con abrir el correo en compañía de Krupskaja, cosa que no le gustaba mucho. Al cabo de unos cuantos meses no resistió más y con un pretexto cualquiera se trasladó a París «por unos días». No lo volvieron a ver.

A finales de junio Lenin se tomó quince días de vacaciones que pasó en el continente. Su madre había venido a instalarse con Ana a una playa de la Mancha. Antes de reunirse con ellas se trasladó a París para dar una conferencia en el círculo de los emigrados rusos. Había aparecido un nuevo adversario: el partido socialista-revolucionario. Lenin quería demostrar el carácter pequeñoburgués y antiproletario de ese partido. Pero no se trataba todavía más que de entrar en materia; por el momento no hacía más que reconocer el terreno del combate. Pero las hostilidades se abrirán pronto.

Al regresar a Londres se dedicó totalmente a la preparación del Congreso, firmemente resuelto a no dejarse arrebatarse la iniciativa esta vez. Para ello procede, conforme a su costumbre, por etapas sabiamente graduadas. Antes de poner en marcha la conferencia que elegiría al futuro Comité de organización encargado de convocar el Congreso, Lenin tiene buen cuidado de asegurar a los iskristas la mayoría en los comités locales que habrán de enviar representantes. Su viejo camarada Radchenko, que dirige la organización iskrista de San Petersburgo, recibe la misión de visitar los comités que enviaron delegados a Bielostok para

ponerse de acuerdo con ellos respecto a una nueva conferencia. Lo más importante es conquistar al Comité de la capital. Lenin explica extensa y minuciosamente a su emisario cómo debe proceder. «Si Vania [con ese nombre designa al Comité de San Petersburgo] está con nosotros de verdad —le escribe— dentro de unos meses podremos celebrar el Congreso y convertir la *Iskra* en una publicación bimensual, si no semanal. Trate, por tanto, de convencer a Vania de que en modo alguno pensamos inmiscuirnos en su actividad local, que en nuestra opinión San Petersburgo es una «localidad» cuyo trabajo llega directamente a toda Rusia, que la fusión de Vania con Sonia [organización iskrista de San Petersburgo] intensificaría enormemente ese trabajo y al mismo tiempo sacaría al partido de un estado de marasmo para transformarlo en una fuerza actuante de primer orden.» Pero, sobre todo, había que obtener que los petersburgueses fueran a Londres a conferenciar con Lenin. «Es necesario a toda costa —insiste— que vayan directamente a Londres.» Y subraya directamente, desconfiando de la «sirena de Ginebra». «Si lo logra usted —agrega Lenin—, será un éxito formidable.» Radchenko lo logró. El 15 de agosto se celebró en Londres una conferencia de Lenin con los representantes de las organizaciones socialdemócratas de San Petersburgo. De ella salió el meollo del futuro Comité de organización. De ahora en adelante, «Sonia» y «Vania» firmarían una sola. Es más, los puestos de dirección más importantes pasaban a manos de los iskristas.

Lenin interviene personalmente ante el Comité de Moscú, que está integrado en parte por simpatizantes de *Iskra*, tomando como pretexto la carta de felicitación que le han enviado los miembros de éste con motivo de la publicación de su libro. «Vuestras felicitaciones —les escribe— nos han hecho comprender que habéis encontrado en *¿Qué hacer?*



la respuesta a las cuestiones que os preocupaban y que os habéis dado cuenta de la necesidad de un trabajo más enérgico, pero también más homogéneo, mejor conectado al centro representado por un periódico, como se dice en ese libro. Si es así, si verdaderamente habéis llegado a esa convicción, no nos queda más que desear que vuestro Comité lo declare en voz alta y con todas sus letras, invitando a los demás comités a seguir con él el mismo camino.» En el Mediodía entra en contacto con el grupo que trabaja en Ekaterinoslav. Le anuncia, *strictement entre nous*<sup>7</sup> la fusión del Comité de San Petersburgo con la organización iskrista. «Si conseguimos una fusión análoga entre vosotros —agrega—, quedarán resueltas las tres cuartas partes del problema de la unificación del partido.»

«En Kiev las cosas van mal. Su agente, Lengnik, un báltico ex deportado con quien había mantenido correspondencia antaño, desde Chuchenskoe, sobre cuestiones de filosofía, lo exaspera con su lentitud y su apatía. Lengnik contesta a los reproches que le hace Lenin quejándose de que no recibe suficiente material de propaganda, de que no le envían más que viejos folletos que todo el mundo conoce, etc. Esta respuesta enfurece a Lenin. «¿Cómo que no se le envía bastante? —escribe con rabia—. ¡Ahora resulta que la gente reclama centenares, kilos enteros! Es para morirse de risa. ¡Cuando ni siquiera son capaces de distribuir cincuenta... Tomo al azar una de las últimas listas de nuestros envíos. Cuatro títulos. ¡Qué pocos! ¡Ustedes necesitan cuatrocientos! Pero permítame preguntarle si han sabido difundir los cuatro títulos recibidos. No, no han sabido hacerlo. Por eso grita usted que le demos centenares de kilos. Nadie le dará nunca nada si no sabe usted tomarlo por sí mismo. Recuérdele bien.» Y el colmo: piden volantes sobre cuestiones de interés local. «Eso es lo último: ¡llegar al grado en que las organizaciones

locales no son capaces ni siquiera de redactar volantes relativos a su localidad!»

Lengnik no era una excepción. Eran muchos los agentes iskristas que trabajaban mal. Sus negligencias y el poco entusiasmo que ponían en el cumplimiento de su tarea le desgarraban el corazón. «Una vez más les ruego y les suplico —insiste Lenin— que escriban con más frecuencia, más extensamente, y que contesten aunque sean sólo dos líneas, pero el mismo día.» Cada carta recibida de Rusia le hacía pasar una noche sin cerrar un ojo. «Era regular», afirma Krupskaia. Todo lo veía negro. Si fulano de tal no da señales de vida es que se ha dejado prender. Tal carta se ha quedado sin respuesta. Se debe seguramente a que ha sido interceptada por la policía, que la ha descifrado sin duda alguna. ¡Y toda la organización va a ir a parar a la cárcel! Ya cree ver el hundimiento de todo un sector. Presa de una angustia loca, recorre la habitación a grandes pasos, impidiendo que su mujer pueda dormir. «El recuerdo de esas noches en blanco no se me olvidará nunca», dirá ésta más tarde.

Una mañana (las noticias recibidas de Rusia la víspera no habían sembrado en esta ocasión la alarma en el corazón de Lenin) alguien llamó a la puerta del apartamento mientras los dos esposos dormían todavía. Krupskaia se despertó sobresaltada y al reconocer los tres golpes cuyo secreto no había sido revelado más que a unos cuantos íntimos, fue a abrir. Un hombre alto, moreno, de aspecto cansado, apareció en el umbral. «Soy la Pluma», dijo. «Entre», contestó la mujer de Lenin.

Era un joven judío ruso que acababa de evadirse de Vercholensk, un rincón perdido de la Siberia oriental donde había sido deportado por haber «conspirado contra la seguridad del Estado». Se llamaba Bronstein, pero en los círculos revolucionarios se le conocía con el nombre de

Trotsky. Después de lograr atravesar sin dificultades toda la Siberia, fue a dar a Samara, donde fue recibido por el jefe de los iskristas locales, Krjijanovski, quien lo introdujo oficialmente en su organización y le escogió el seudónimo de Pero, que significa «la Pluma» en ruso. Trotsky fue empleado primero como inspector ambulante para visitar las agencias iskristas de las regiones vecinas, y más tarde «transferido» al extranjero. Lo dirigieron hacia Zurich. De allí Axelrod lo envió a Londres, estimando que Lenin hallaría en su persona un colaborador útil para su periódico.

Mientras Trotsky le contaba su odisea, Lenin se vestía y examinaba al recién llegado que engullía el té y las rebanadas de pan preparadas apresuradamente por Krupskaja. Le parece interesante este muchachote de tez bronceada, con sus espesos cabellos negros encrespados — una verdadera crin—, con su nariz prominente donde cabalga un binóculo indócil a través del cual asoman unos ojos ávidos y arrogantes. Lo que dice, de una manera más bien deshilvanada, saltando de un tema a otro, parece inteligente; tiene humor, aplomo y sabe ser entusiasta también. Por ejemplo, cuando cuenta la impresión que produjo en él y en sus camaradas el *¿Qué hacer?* que recibieron en Vercholensk, y también cuando le dice la admiración que sintió por él leyendo en la cárcel de Moscú su *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, ese «trabajo gigantesco».

Pronto se hizo familiar en la casa. Lenin lo puso a escribir artículos para su periódico. Trotsky ha contado en su libro cómo redactó, para debutar, una nota con motivo del segundo centenario de la construcción de la fortaleza de Schlüsselburg, tristemente célebre en los anales de la Revolución rusa; había terminado su texto con una cita, un poco arreglada a su manera, de La Ilíada, en la que se hablaba de las «manos invencibles» de la revolución que

aplastaría a la tiranía zarista. A Lenin le gustó el artículo, pero las «manos invencibles» lo dejaron perplejo y, riendo, confesó su confusión al autor. Este protestó: «¡Pero si está sacado de un verso de Homero!» El argumento no pareció convencer a Lenin. Publicó la nota, pero suprimiendo las «manos invencibles».

Trotsky solía acompañar a su jefe en sus paseos dominicales. Este lo llevó una vez a la Brotherhood Church, Iglesia de la Fraternidad, que pertenecía a la secta socializante de los Congregacionistas, donde los fieles, a guisa de sermón, escuchaban discursos auténticamente revolucionarios. «Mientras el orador, un obrero tipógrafo, hablaba —escribe Trotsky—, Vladimir Ilich traducía en voz baja su discurso. Luego se levantaron todos y se pusieron a cantar: «Dios todopoderoso, suprime a los reyes y a los ricos en la tierra.» A la salida, Lenin observó: «En el proletariado inglés hay una cantidad de elementos revolucionarios y socialistas, pero todo esto está entremezclado de conservadurismo, de religión y de prejuicios, y esto no logra despuntar ni consolidarse»... «De vuelta de la iglesia socialdemócrata —sigue contando Trotsky— almorzábamos en la pequeña cocina-comedor del apartamento, que se componía de dos piezas. Todavía me parece ver —escribía en 1924— los pequeños pedazos de carne asada a la parrilla que fueron servidos sobre la estufa. Tomamos té.»

Lenin no se dedicaba únicamente a su trabajo de organizador en Londres. También se trasladaba al continente. En el otoño de 1902 se le vio tomar la palabra en Lieja, Lausana, Ginebra, Berna y Zurich. Luchaba entonces contra la influencia que estaba conquistando en los medios de la emigración y en los de los estudiantes rusos en el extranjero el nuevo partido de los socialistas-revolucionarios, dirigido por Víctor Chernov, un jefe hábil y expeditivo. Lenin observaba, no sin inquietud, la actividad

desarrollada por éste. Los socialistas-revolucionarios habían sabido explotar, desde el principio, un error táctico de los socialdemócratas, que se habían dedicado enteramente a su labor de educación marxista de la clase obrera, descuidando ostensiblemente a los campesinos. No subestimaban en modo alguno su importancia, pero estaban convencidos de que la revolución sería hecha por los obreros y que el papel dominante en la construcción del socialismo pertenecía a éstos. Por el contrario, los socialistas-revolucionarios, haciendo suyas las tesis populistas, estimaban que en un país esencialmente agrícola como Rusia debía reservarse el primer lugar a los campesinos y que la revolución no podría hacerse sin ellos.

Era necesario, por tanto, según Lenin, demostrar que los socialdemócratas no habían subestimado en modo alguno la misión de la clase campesina, que ellos tenían un programa agrario propio y muy preciso que enfocaba, a la luz de la doctrina marxista, todos los problemas planteados por la cuestión de las relaciones que deben existir entre los campesinos y el proletariado obrero. Comenzó por enviar al continente a Trotski, después de haberlo ensayado en los mítines en White-Chapel, donde aquél se reveló un orador muy brillante. Después, él también emprendió una gira de conferencias.

Los socialistas-revolucionarios reaccionaron delegando oradores que tomaban la palabra detrás de él. En Ginebra, los debates duraron dos noches seguidas. «Los S. R. llevaron la voz contradictoria babeando de rabia —escribe un estudiante marxista que asistió—, pero fracasaron.»

Poco después, Lenin recibió la proposición de dar una serie de conferencias en la Escuela de Altos Estudios Sociales fundada en París, en 1901, por profesores de las universidades rusas revocadas por el Gobierno zarista. El Consejo de Administración de la Escuela se inclinaba más

bien en favor de los socialistas-revolucionarios. Había invitado a Chernov a exponer la doctrina de su partido a los estudiantes de la escuela. Fueron éstos, según parece, o por lo menos aquellos que profesaban opiniones marxistas, quienes consiguieron de sus maestros que se concediera también la palabra, después de que hablara el jefe de los socialistas-revolucionarios, al representante de la parte adversa<sup>8</sup>.

Lenin aceptó la invitación. Las conferencias se celebraron los días 23, 24, 25 y 26 de febrero. Trotski, que se encontraba entonces en París, asistió a ellas. «Recuerdo — cuenta en su libro— que Vladimir Ilich estaba muy emocionado antes de empezar su primera conferencia. Pero se dominó en cuanto subió a la cátedra, o por lo menos así lo aparentaba.»

Trotski parece exagerar un poco al decir eso. Pero, efectivamente, Lenin pudo parecerle bastante nervioso en ese momento. Tenía sus razones para estarlo. Un representante de la dirección de la Escuela le había instado a no entablar ninguna clase de polémica durante su conferencia. Lenin respondió secamente que hablaría como le pareciese o que no hablaría en absoluto. Tras lo cual se presentó ante su auditorio. Sus primeras palabras fueron para declarar que el marxismo, como teoría revolucionaria, provocaba necesariamente la polémica, pero que ello no estaba en modo alguno en contradicción con su carácter científico. Se abstuvo, sin embargo, de lanzar ataques a los socialistas-revolucionarios y se mantuvo dentro de los límites de una exposición puramente científica. Los dirigentes de la escuela se mostraron satisfechos. Uno de ellos, deseoso de elogiarlo, no halló nada mejor que anunciar que «era un verdadero profesor».

El grupo parisiense de *Iskra* aprovechó la estancia de Lenin en París para organizar una conferencia política que

permitiera a éste abordar con toda libertad la cuestión candente del momento: el programa agrario de los socialdemócratas y la actitud de éstos frente a los socialistas-revolucionarios. Se celebró el 25 de febrero en una sala de la avenida de Choisy. Varios contradictores tomaron la palabra. «No recuerdo sus nombres —escribe Trotski—, pero sí recuerdo que la réplica de Vladimir Ilich fue admirable. Uno de nuestros camaradas me dijo a la salida: «Lenin se ha superado hoy.» Fueron al café, como de costumbre, después de la conferencia. Lenin estaba de muy buen humor, reía y bromeaba con todo el mundo. Los organizadores del acto se mostraban encantados: los ingresos habían pasado de 70 francos.

Una semana después sostuvo durante cuatro días seguidos una controversia pública sobre esa misma cuestión, organizada por el grupo de *Iskra* junto con otras organizaciones de emigrados rusos. Una carta fechada en París el 4 de marzo de 1903 e interceptada por la policía zarista permite darse cuenta de la impresión que produjeron esos debates en el auditorio. «La lucha entre socialistas-revolucionarios y socialdemócratas está en su apogeo — escribe el autor de la carta, que no ha podido ser identificado—. De un lado ha intervenido una fuerza como la de Lenin, del otro Chernov y consortes. Naturalmente, esta lucha ha provocado entre los jóvenes una profunda escisión, un antagonismo espantoso. Pero era inevitable. Hoy le toca hablar a Chernov, y los socialdemócratas, con Lenin al frente, se preparan a contradecirle. Lenin habla admirablemente; cautiva literalmente a su auditorio.»

Para iniciar a su jefe en la vida parisiense, los iskristas resolvieron llevar a Lenin a la Opera Cómica. Una joven camarada, Natalia Sedova, la futura compañera de Trotski, fue la encargada de invitarlo. Aceptó gustoso, y sin separarse de su cartera atiborrada de expedientes y de

fichas de toda clase, se fue a escuchar *Luisa* en compañía de la muchacha, de Martov y Trotski. Este conservó de aquella salida un recuerdo más bien desagradable. Dejemos que él mismo nos diga por qué.

«Lenin —cuenta en su libro— había comprado unos zapatos en París. Le estaban muy estrechos. Los sufrió durante algunas horas y finalmente decidió deshacerse de ellos. Como de costumbre, mis zapatos exigían ser reemplazados. Lenin me dio los suyos y en un principio el regalo me causó tanto placer que creía que eran exactamente de mi número. Quise estrenarlos para ir a la Opera Cómica. A la ida todo marchó muy bien pero en el teatro empecé a sentir que el asunto se estropeaba. Esa es quizá la razón por la cual no recuerdo la impresión que pudo producir la ópera en Lenin y en mí mismo. Recuerdo solamente que se mostraba entonces muy dispuesto a bromear y que se reía a mandíbula batiente. Al regreso, yo sufría cruelmente y él se divertía burlándose a todo lo largo del camino, pero sin maldad y no sin cierta conmiseración.»

Desde Suiza, Plejanov seguía con una mirada inquieta la actividad que desplegaba su asociado. Sus relaciones se habían hecho bastante tensas. Cuando terminó *¿Qué hacer?*, Lenin había leído su manuscrito a Plejanov. Este hizo algunas observaciones de detalle que atenuaban la intransigencia de algunas de sus tesis. Lenin prometió tenerlas en cuenta y hacer algunos retoques antes de enviar su texto a la imprenta. Pero no lo hizo. Plejanov, ya de por sí muy susceptible, se sintió vivamente ofendido. Cuando vio que los militantes del interior habían entablado estrechas relaciones con Londres y parecían dar de lado a Ginebra, no aguantó más y, desconfiando de los informes optimistas de su «observadora», Vera Zaslitch, se trasladó personalmente a Inglaterra. Entre otras cosas, tenía que ponerse de acuerdo sobre el proyecto de programa del



partido que debía ser presentado al próximo Congreso. Cada uno de ellos tenía el suyo. Las diferencias radicaban en cuestiones de detalle, pero no lograban ponerse de acuerdo. Al regresar a Suiza, Plejanov puso en práctica un proyecto que sin duda había concebido mucho antes. *Iskra* sería trasladada a Ginebra. Había un pretexto muy cómodo: los precios de los impresores suizos eran mucho más bajos que los de sus colegas ingleses, e incluso la vida costaba infinitamente menos. Supo llevar el asunto muy bien. Aprovechando la ausencia de Potresov, siempre enfermo, y habiendo convencido a Martov, que detestaba Londres, planteó la cuestión de la redacción. Le dieron la razón, y Lenin tuvo que acatar una decisión tomada casi por unanimidad. Lenin se hallaba entonces en un estado de gran excitación. Cuando más se acercaba la fecha de la convocación del Congreso más nervioso y agitado se sentía. Enfrentado a la mala voluntad de algunos comitards y a la indiferencia de algunos de sus agentes acabó por caer enfermo. Se le declaró una especie de erisipela del cuero cabelludo que le hizo sufrir mucho. «Creí —escribe Krupskaja— que se trataba de una enfermedad cutánea, algo así como una peladera.» Como los médicos costaban caros, pidió consejo a un emigrado, ex estudiante de Medicina, quien confirmó su diagnóstico. Entonces, armada con un frasco de yodo, se puso a refregar valerosamente el cráneo de su esposo. Este se dejó curar estoicamente, perdió casi todo el pelo que aún le quedaba y partió para Ginebra en ese estado. En el camino agarró la gripe y al bajar del tren tuvo que encamarse. Estuvo inmovilizado durante dos semanas.



# XI

## EL VENCEDOR VENCIDO

Alquilaron un pequeño pabellón en los alrededores de Ginebra. Había una gran cocina en la planta baja y tres habitaciones en el primer piso. Pero no tenía muebles. Krupskaja había traído de Londres algunos utensilios caseros y un poco de vajilla. Evidentemente no eran suficientes, pero rápidamente encontró la manera de zanjar la dificultad. Acababan de llegar varias cajas, en las que Lenin había hecho transportar su biblioteca, que durante su estancia en Inglaterra había aumentado considerablemente. Sacaron los libros y una vez las cajas vacías las utilizaron como mesas y sillas en la cocina, que, al decir de Krupskaja, se había convertido en su salón. No faltaban, naturalmente, los visitantes. «La casa estaba siempre llena de gente — escribe ella—. Para poder conversar en privado había que ir al parque vecino o al borde del lago.» Volvieron a ver a Martov, que había llegado de París en compañía de su nuevo amigo, Trotski. Este, después de pasar unos meses lejos de su patrón, había cobrado aplomo. El gran éxito que obtenían sus conferencias, siempre brillantes, inspiradas, debió incitarlo a abandonar su condición subalterna. En París tuvo frecuentes ocasiones de verse con Martov. Comprendió inmediatamente que no era un Lenin. Pero «Julio» era más asequible, más «camarada»; se podía

discutir con él más libremente y decir la última palabra, cosa difícil, si no imposible, cuando se entablaba una discusión con Lenin. En cuanto a Martov, había tomado gusto a la autoridad al verse lejos de Londres y estaba firmemente decidido a no dejarse llevar más a remolque de los demás y a volar con sus propias alas. El próximo Congreso le daría, al menos así lo esperaba, esa oportunidad. Los delegados empezaron a llegar desde principios de junio. Venían de todas las regiones de Rusia y todos, o casi todos, se encaminaban automáticamente, en cuanto llegaban, a casa de Lenin. Uno de ellos, el delegado de Saratov, Liadov, un joven abogado muy activo, cuenta en sus *Recuerdos*: «La carretera que conducía a su casa pasaba a orillas del lago de Ginebra. Lo encontré en el camino. No sé por qué, pero tuve enseguida el presentimiento de que era él. Le pregunté: «¿Cómo podría llegar a tal casa?» «¿Va usted a mi casa? —me dijo—. Yo soy Lenin.» Liadov se vio enseguida abrumado de preguntas: ¿Cómo marcha el trabajo en los comités? ¿Cuál es el estado de ánimo de los obreros? ¿Qué piensan los campesinos? «Sin que me diera cuenta —escribe Liadov— me había sometido a un verdadero interrogatorio, pero lo hacía tan cordialmente que le di con gusto todos los detalles.»

Hubo reuniones a más no poder. El café Landolt, que se había convertido en el cuartel general de los iskristas, no se vaciaba nunca. Y era Lenin, naturalmente, quien dirigía las operaciones. Plejanov no se tomaba ninguna molestia. Recibía en su casa. Tenía «sus días». Y lo hacía como en la mejor sociedad. La señora Plejanov recibía a los invitados. Sus hijas servían el té y las pastas. Trotski fue una vez: le quedó un recuerdo execrable. Estaba clavado en su silla y no sabía qué hacer con las manos y los pies. En la primera oportunidad se marchó.

En esas reuniones preparatorias se habló mucho y muy extensamente de la cuestión de los estatutos. El proyecto elaborado por el Comité de organización preveía dos centros que se repartirían la dirección del partido: el Comité central, encargado de su dirección efectiva, y el Órgano central, es decir, la redacción de su periódico oficial, que asumiría la dirección ideológica. El problema de las relaciones entre esos dos organismos se convirtió en objeto de vivas discusiones. Los iskristas llegados de Rusia estimaban que el Órgano central, cuya sede estaba en el extranjero, debía estar subordinado al Comité central establecido en el interior del Imperio. Trotski compartía ese punto de vista.

—No dará resultado así —le decía Lenin—. Veamos, ¿cómo se las arreglarían para dirigirnos desde allá? No, no daría resultado. Nosotros formamos aquí un centro estable, y somos nosotros quienes lo dirigimos. Alguien había opinado que el periódico del partido debía publicar, sin tener derecho a rechazarlos, todos los artículos que le enviaran los miembros del Comité central. —¿Incluso cuando estén dirigidos contra el periódico? —preguntó Lenin a Trotski, que sostenía también esa opinión. —Desde luego —contestó éste. —¿Para qué? —preguntó con asombro Lenin—. Eso no tiene sentido. Se puede pensar en una polémica entre los miembros del Comité central e incluso podría ser útil en ciertos casos. Pero no se podrían admitir ataques de los «rusos» del Comité central contra el periódico del partido. —Entonces, ¿es la dictadura completa del periódico? —exclamó Trotski. —¡Eh! Bueno, ¿y qué tiene de malo? —declaró tranquilamente su interlocutor—. Así hay que proceder en la coyuntura presente.

Para celebrar el Congreso escogieron Bruselas, a fin de no poner a prueba la paciencia de las autoridades suizas, que seguramente habrían visto de mala gana que se celebrara en su país una asamblea de revolucionarios rusos.

A partir de mediados de julio, los delegados tomaron el camino de Bruselas en grupos. Un viejo militante del grupo *Emancipación del Trabajo*, que vivía en Bruselas desde hacía muchos años, Koltzov, había aceptado alojarlos en su casa. Se había comprometido un poco a la ligera. «Cuando su patrona vio llegar cuatro rusos —cuenta Krupskaia— anunció que era suficiente, que no admitiría uno más y que de lo contrario los echaría a todos.» La mujer de Koltzov se vio obligada, por tanto, a montar guardia en la esquina. Tan pronto como veía venir un delegado, lo paraba y lo desviaba hacia un hotel cercano cuyo dueño simpatizaba con los socialistas. En efecto, los congresistas fueron recibidos y se mostraron muy contentos. Cenaban todos juntos, y una vez terminada la cena, «después del coñac», especifica Krupskaia, el delegado de la región del Don, que poseía, según parece, una voz muy bonita se ponía a cantar romanzas y trozos de ópera. La gente se agolpaba bajo las ventanas, escuchaba y aplaudía...

El Congreso se abrió el 30 de julio en un hangar vacío. Habían improvisado un estrado y una tribuna. El muro del fondo fue cubierto con una tela roja. De las 57 personas invitadas estaban presentes 48. Plejanov pronunció el discurso de apertura «con voz grave y vibrante de entusiasmo», dice Krupskaia, que asistía al Congreso con voto consultivo. Fue elegida presidenta por aclamación. La asamblea nombró a continuación dos vicepresidentes: Lenin y un «ruso», el delegado de Kiev, Krasikov, un iskrista convencido que había formado parte del Comité de organización y que se había movido mucho para activar los trabajos.

El orden del día redactado por el Comité de organización señalaba que, una vez constituido el Congreso, había que ocuparse en primer lugar del ingreso del *Bund* judío en el partido. La cosa tenía su importancia. Esa organización

tenía entonces cerca de 30.000 miembros, es decir, tantos, si no más, que todo el partido socialdemócrata ruso de aquella época. Los dirigentes del *Bund* no querían ingresar pura y simplemente. Concebían sus futuras relaciones con los rusos bajo el aspecto de una federación en la que el *Bund* pudiera conservar una total libertad de acción. Justificaban esto diciendo que los intereses de los trabajadores judíos eran diferentes a los de los trabajadores rusos y que había que respetar el principio de las nacionalidades. Si se adoptaba su punto de vista, el futuro partido ruso socialdemócrata cobraría la forma de una federación de grupos nacionales autónomos: judíos, polacos, ucranianos, letones, georgianos, armenios, etc. Lenin se mostró claramente hostil. Eso no podía conducir, según él, más que al desmenuzamiento, a la impotencia de un partido que se presentaba como un bloque homogéneo cuya constitución interior se basaba en la más rigurosa centralización. Era necesario antes que nada, estimaba, zanjar esa cuestión. Los delegados del *Bund* estimaban, por el contrario, que el partido debía comenzar por organizarse definitivamente, darse un programa y unos estatutos. Después sería mucho más fácil tratar la cuestión del ingreso de su organización en su seno. El Congreso, por treinta votos contra diez, dio la razón a Lenin. Los debates duraron ocho sesiones. Los delegados judíos defendieron tenazmente su tesis de «federación», pero la asamblea se pronunció contra ella por 45 votos contra 5, que eran los de los representantes del *Bund*. Tras lo cual se pudo abordar, por fin, la cuestión de los estatutos. Pero las autoridades belgas, cediendo probablemente a las sugerencias del Gobierno zarista, hicieron saber a los congresistas que no tolerarían más sus asambleas. Había que partir, por tanto. Por consejo de Lenin probablemente, el Congreso se

trasladó a Londres. Allí la policía no se mezcló, y éste pudo reunirse en paz.

Lenin había preparado un proyecto de estatutos mucho antes de la reunión del Congreso. Martov, por su parte, había redactado otro. Unas seis semanas antes de la apertura de las sesiones, se lo sometió a Lenin para recabar su opinión. Este encontró el proyecto de Martov demasiado detallado y se lo devolvió diciéndole que sólo le parecía bueno su artículo primero, en el cual se inspiraría, haciendo algunas modificaciones, para el suyo. El texto de Martov, que lo había sacado simplemente de los estatutos del partido socialdemócrata alemán votados en el Congreso de Erfurt, decía: «Se considera miembro del partido socialdemócrata ruso a aquel que, habiéndose adherido a su programa, trabaje activamente por la realización de éste bajo el control y la dirección de los órganos centrales del partido.» He aquí cómo lo modificó Lenin: «Se considera miembro del partido a quien se adhiera a su programa y apoye al partido efectivamente, participando con su trabajo personal en una de sus organizaciones.»

Es fácil ver la diferencia. Para Martov se podía ser miembro del partido sin inscribirse en una de sus organizaciones, limitándose a trabajar libremente, bajo la vigilancia de su Comité director. Lenin quería que los miembros del partido estuvieran enrolados. Cada uno de ellos debía pertenecer a una organización determinada, ocupar el puesto que le fuera asignado, cumplir la misión que le fuera confiada y respetar los reglamentos y la disciplina establecida. La fórmula de Martov, liberal y acogedora, dejaba la puerta abierta de par en par a numerosos simpatizantes que vacilaban en entrar al partido porque no se atrevían a contraer un compromiso total. La de Lenin desechaba todo diletantismo y no veía en los miembros del partido más que soldados disciplinados que



obedecían estrictamente a sus jefes. En la reunión previa de la Comisión de Estatutos se confrontaron las dos versiones y ambas obtuvieron un número igual de votos. Por tanto, ambas fueron presentadas al Congreso.

Martov sometió el texto de Lenin a una crítica a fondo. «Cuanto más se extendiera el título de miembro del partido, más valdría —declaró—. No podríamos menos que regocijarnos si todo huelguista, todo manifestante llevado a comparecer ante la justicia se dijera miembro de nuestro partido.» Y terminó declarando que le «aterraría» la idea de que, ante un tribunal, un militante socialdemócrata no tuviera derecho a decirse miembro del partido socialdemócrata.

Axelrod le apoyó. Evocó el recuerdo de las grandes organizaciones revolucionarias de antaño. A su alrededor se agrupaban numerosos militantes que las ayudaban en la medida de sus posibilidades sin estar formalmente obligados a hacerlo, y que eran considerados, sin embargo; miembros del partido. «Si adoptamos la fórmula de Lenin —dijo—, habremos tirado por la borda a una cantidad de gente útil.»

Plejanov, que compartía en este punto la manera de ver de Lenin, se levantó para refutar a su viejo amigo: «Axelrod se equivoca al referirse a los años 1870-1880. Existía entonces un centro perfectamente disciplinado al cual se ligaban las organizaciones creadas por él. Todo lo que quedaba fuera de esas organizaciones no era más que caos y anarquía... No debemos imitar la anarquía de aquella época, sino evitarla.» En cambio, Trotski atacó, no sin vehemencia, el texto de su maestro. «El partido —declaró— no es una organización de conspiradores... Si todos los obreros detenidos declararan que no pertenecían al partido socialdemócrata, sería el nuestro un extraño partido.»

Lenin respondió a todos con una tranquila sonrisa ligeramente burlona. Reconoce que hay un desacuerdo entre las dos fórmulas, pero se niega a ver en ello una cuestión de vida o muerte para el partido. Empero, sigue firmemente convencido de que la de Martov podría, en ciertos casos, causarle un verdadero perjuicio. En cuanto a Trotski, quiere darle una buena lección: «Al hablar de los obreros, el camarada Trotski no se ha dado cuenta de lo esencial: ¿mi definición sirve para ampliar o para restringir la concepción que tenemos de la noción miembro del partido? Si se hubiera hecho esa pregunta habría visto que mi definición la restringe y la de Martov la hace más «elástica», para hablar en su propio lenguaje. Ahora bien, la «elasticidad», en una época como la nuestra, abre indudablemente las puertas a todos los elementos oportunistas, débiles y vacilantes. Para refutar ese razonamiento simple y evidente hubiera sido necesario demostrar que esos elementos no existen. El camarada Trotski no ha pensado en ello. Y, además, sería imposible, puesto que todo el mundo sabe que esos elementos existen entre los obreros... Fijaos adónde le conduce su razonamiento. Nos decía que hubiera sido extraño si millares de obreros detenidos declararan que no pertenecían al partido socialdemócrata. ¿No es más bien el razonamiento del camarada Trotski el que podría parecer extraño? Lo que él lamenta no habría sido regocijarse a cualquier revolucionario, por poca experiencia que tenga. En efecto, si millares y millares de obreros detenidos contestan no cuando se les pregunta si son miembros del partido socialdemócrata, eso demostrará una sola cosa: que nuestra organización es buena y que cumple bien su tarea, que consiste en arrastrar al movimiento a las más amplias masas al mismo tiempo que permanecer rigurosamente en la clandestinidad.»

Después de haberle dicho sus cuatro verdades a Trotski, se vuelve contra Martov:

«Los que defienden la fórmula de Martov no sólo ignoran uno de los más crueles males de que sufre nuestro partido, sino que además quieren consagrarlo. Ese mal ha nacido de la dificultad, si no de la imposibilidad, dada la obligación en que nos encontramos de encerrar nuestro trabajo en los límites de entrevistas privadas y de reuniones íntimas, de hacer entre nosotros una diferenciación entre los charlatanes y los trabajadores. Y difícilmente se podría encontrar un país donde la fusión de esas dos categorías fuera tan estrecha y causara tantos perjuicios y molestias como en Rusia. La fórmula de Martov conduciría inevitablemente a convertir a todo el mundo en miembro del partido. El propio camarada Martov se ha visto obligado a reconocerlo. «Pues bien, sí, si ustedes quieren», dice: Pues bien, sí, eso es precisamente lo que nosotros no queremos. Es precisamente por esa razón por la que combatimos tan tenazmente la fórmula del camarada Martov. Vale más que diez trabajadores no se llamen miembros del partido (los verdaderos trabajadores no van en busca de títulos) a que un charlatán tenga el derecho y la posibilidad de serlo. Ese es el argumento que me parece irrefutable y que me obliga a luchar contra Martov... El camarada Martov se asusta ante la idea de que un militante que no forme parte de una organización no tenga derecho a proclamarse miembro del partido ante el tribunal. A mí esa perspectiva no me asusta. Al contrario, sería sumamente enojoso que un individuo que no forma parte de una organización se adjudicara ese título ante el tribunal y se condujera en forma comprometedor para el partido.»

No logró, sin embargo, convencer a los asistentes. El artículo primero fue adoptado con la redacción de Martov

por 28 votos contra los 23 que se habían pronunciado en favor del texto de Lenin.

Ese fracaso le afectó vivamente, pero, lejos de desanimarse, no pensó más que en preparar su desquite. Era necesario, en primer lugar, determinar bien el alcance y la significación de esa votación. Los cinco bundistas que se habían unido a los partidarios de Martov eran evidentemente los que habían asegurado la victoria de éste. Esos partidarios eran: los dos unionistas y los delegados de Crimea, de Siberia, de Bakú, de Tiflis, de Nikolaiev y de la Unión de Trabajadores de las Forjas. En favor de Lenin se habían pronunciado los delegados de la Unión del norte, del Don, de San Petersburgo, de Tula, de Saratov, de Kiev y de Batum. En cuanto a los de las otras organizaciones (Moscú, Jarkov, Odesa, Ekaterinoslav y el grupo El Trabajador del Mediodía) cada uno de los cuales estaba representado por dos delegados, se dividieron: unos se pusieron al lado de Lenin y otros al lado de Martov. Trotski, que representaba a la Unión de Siberia, votó por Martov. Plejanov, que representaba a su grupo Emancipación del Trabajo, por Lenin.

A primera vista, la situación parecía clara. Dejando a un lado a los cinco bundistas, que por lo demás abandonaron inmediatamente después el Congreso al no llegar a un acuerdo con los rusos sobre las condiciones de ingreso en el partido, las fuerzas en presencia eran numéricamente iguales. Bastaba, por tanto, según parece, que uno o dos partidarios de Martov se pasaran al campo de Lenin para que éste se asegurara la mayoría... mientras Plejanov permaneciese a su lado. A este respecto no podía hacerse ilusiones: algunos de los «veintitrés» que votaron por él no habían hecho más que seguir al presidente del grupo Emancipación del Trabajo. En cuanto éste se separara de Lenin, se llevaría consigo esos votos. El bando contrario se

dio cuenta de esto y se hicieron esfuerzos, sobre todo por parte de dos unionistas que parecían entenderse cada vez mejor con Martov, para separarlo de Lenin. A uno de ellos, que se esforzaba en demostrarle que ese «maridaje» era contrario a la lógica, le contestó Plejanov en tono festivo: «Napoleón tenía la manía de divorciar a sus mariscales de sus esposas, aunque las amaran. El camarada Akimov se parece en este aspecto a Napoleón. Quiere divorciarme de Lenin a toda costa. Pero yo mostraré más firmeza de carácter que los mariscales del emperador. No me divorciaré de Lenin y espero que él tampoco piense divorciarse de mí.»

Lenin no dijo nada. Se echó a reír, con su risita muda y maliciosa, moviendo negativamente la cabeza. El Congreso iba a abordar la cuestión de la composición de los organismos directores, cuestión capital de la que dependía el futuro del partido. Lo que más preocupaba a Lenin era la composición del Órgano central, o sea de la redacción de *Iskra*. Él había elaborado un proyecto en Londres, en la época en que vigilaba y dirigía desde allí los trabajos preparatorios del Comité de organización en Rusia. Quería conseguir una mayoría estable que no podía garantizarle la redacción de *Iskra* tal como estaba compuesta en Londres, y para ello pensaba presentar al Congreso, en el que según sus previsiones debían dominar sus partidarios, una lista nominativa de los miembros de la futura redacción del periódico. Se ignora a quiénes incluyó en esa lista, pero cabe suponer que Lenin escogió amigos y no enemigos. En Ginebra, comunicó su proyecto a Martov, a quien consideraba entonces su más fiel aliado. «Julio» también había pensado en ello. Pero de una manera distinta.

El «Órgano central» no constaría más que de tres miembros, lo mismo que el Comité central. Ese «trío», una vez nombrado, cooptaría por los tres antiguos miembros de

la redacción, más uno nuevo, lo que daría un total de siete miembros, cifra más cómoda y que facilitaría la votación en caso de empate.

Martov sometió su idea a la consideración de Lenin. Este la estimó buena, renunció a la suya y de acuerdo con Martov elaboró un nuevo plan de organización basado en ella. Potresov fue puesto al corriente y no puso inconveniente alguno. Los otros miembros de la redacción tampoco, salvo Axelrod, quien manifestó algún descontento en una conversación privada, pero sin pasar de ahí. En las reuniones preliminares de los delegados, Martov defendió vigorosamente ese plan, cuya idea central, en realidad, era suya. Trotski, que esperaba firmemente ser el séptimo miembro en la nueva combinación, lo apoyó calurosamente.

Lenin había dado una buena acogida a la sugestión de Martov, pero no pensaba en modo alguno crear la situación que esperaba aquél. Él pensaba que esa sugerencia debía permitirle, sobre todo, afianzar su propia influencia. He aquí lo que propuso la víspera de la apertura del Congreso, cuando los delegados habían abordado la discusión del orden del día proyectado: el Congreso elegiría tres miembros del Comité central y otros tantos del Órgano central, tras lo cual los seis completarían juntos, mediante cooptación, los dos comités.

Era muy hábil. Estaba seguro de que el Comité central quedaría formado por partidarios suyos. Eso le permitiría presentar a la cooptación una lista de personas de su gusto y que, evidentemente, no hubiera sido admitida si el «trío» del Órgano central conservara la facultad de cooptar él solo. Eso obligaba, desde luego, a crear un Comité desmesuradamente amplio. Pero Lenin lo había previsto. El «Gran Comité» elegía uno pequeño, integrado por tres miembros solamente y que sería el que tendría la dirección efectiva. Sólo se recurriría al «Gran Comité» en los casos en

que se manifestaran divergencias entre los «triunviros». Lo cual, en última instancia, debía garantizar la victoria a Lenin.

Martov se dio cuenta, y de acuerdo con Trotski resolvió «torpedear» su propio proyecto, tan hábilmente arreglado por Lenin a su manera. Trotski se encargó de que el Congreso adoptara una moción que proponía la reelección pura y simple, in corpore, de la antigua redacción de *Iskra*, argumentando que puesto que durante dos años seguidos había sabido dirigir bien el periódico no había más que dejarla que continuara su trabajo, y simulando ignorar que desde ahora su misión debía desbordar con mucho los límites de la simple tarea de redacción. Su moción fue rechazada después de unos debates que alcanzaron un grado inaudito de violencia. Atronaban las injurias en la sala. Apenas se oía lo que decían los oradores. Los partidarios de Martov se mostraban particularmente encarnizados. Pero los «leninistas» resistían. Además, estaban seguros de poder triunfar: ya no estaban allí los bundistas ni los unionistas que se habían declarado solidarios de Martov.

Al pronunciarse contra la proposición de Trotski, el Congreso se declaraba en favor de la de Lenin. Cuando los miembros de la redacción de *Iskra*, que no habían participado en el escrutinio, regresaron a la sala, Martov hizo, «en nombre de la mayoría de la antigua redacción», la declaración siguiente:

«La vieja *Iskra* ya no existe y, en buena lógica, su nombre debería ser cambiado... Puesto que se ha decidido elegir un Comité de tres, declaro, en nombre de mis tres camaradas y en el mío propio, que ninguno de nosotros aceptaría formar parte de él. En lo que a mí se refiere, agrego que consideraría una injuria ser presentado como candidato a esa función, y que la simple suposición de que

aceptaría trabajar la consideraría como una mancha a mi reputación política. Lo que acaba de ocurrir no constituye más que un último episodio de la lucha que se ha entablado en el curso de este Congreso. Para nadie es un misterio que no se trata de hacer más productivo el trabajo del órgano central, sino únicamente de mangonear en el Comité central del partido. La mayoría de la redacción de *Iskra* ha dicho que no desea que el Comité central sea transformado en un instrumento dócil en manos del órgano central... Creí, lo mismo que mis colegas de la redacción, que el Congreso pondría fin a ese estado de sitio que reina en el interior del partido y que éste volvería al estado normal. No ha sido así: el estado de sitio, con leyes de excepción dirigidas contra ciertos grupos, no sólo es mantenido, sino reforzado.»

Martov había hablado en un estado de gran sobreexcitación y no hizo más que soliviantar todavía más a una asamblea ya suficientemente agitada. Se esperaba, para desatar una nueva tormenta, la réplica de Lenin. Y ésta se produjo. Pausadamente, con voz tranquila y medida, articuló: «Pido permiso al Congreso para contestar a Martov.» Naturalmente, nadie pensó en oponerse. Entonces, con la misma voz tranquila y medida, prosiguió: «El camarada Martov ha declarado que esa votación significa una mancha para su reputación política. Una votación no tiene nada que ver con una mancha a la reputación política.»

No le dejaron continuar. Hubo en el acto una explosión repentina de gritos y vociferaciones de toda clase. Sobresale del estruendo la voz sonora de Trotski y también la voz estridente de Vera Zaslitch, que ya sólo piensa en lo que va a decir «Jorge». Martov se desgañita gesticulando. Se oye por todas partes: ¡No es verdad! ¡Es mentira! Lenin, un poco desconcertado (es la primera vez que se enfrenta a una tormenta similar), trata de protestar. El presidente,



Plejanov, viene en su ayuda y hace esfuerzos desesperados para restablecer la calma. Esfuerzo inútil. Es el propio Lenin quien restablecerá el orden. Se vuelve hacia la presidencia, donde están los secretarios, y les pide que mencionen en el acta de la sesión que los camaradas Zaslitch, Martov y Trotski le han interrumpido y las veces que lo han hecho. Estos se callan en el acto, como alumnos turbulentos que quieren evitar las sanciones, y Lenin puede hablar. Se pronuncia primero contra el argumento de Martov de que su ingreso en el nuevo Comité de dirección de *Iskra*, en el que ya no figuran sus tres antiguos camaradas, constituye una mancha a su reputación política. «Admitir ese punto de vista —estima— sería negar al Congreso el derecho de renovar los cargos dirigentes del partido.» A continuación, muy dueño de sí mismo, recuerda a Martov que la idea de los dos «tríos» fue suya y que había conocido y apoyado desde un principio su proyecto. Lo mismo que Trotski y lo mismo que varios otros camaradas.

Entonces..., Pero al llegar aquí cambia el tono, se hace cada vez más autoritario, demoleedor e imperativo: «Estoy perfectamente de acuerdo con el camarada Martov en que la decisión que acaba de tomarse tiene un alcance político considerable. Pero ese alcance no es el que le atribuye el camarada Martov. Ha dicho que era un episodio de la lucha por la influencia en el Comité central. Yo llegaré más lejos diciendo que toda la acción de *Iskra* como grupo privado no fue hasta ahora más que una lucha por esa influencia. Ahora se trata de algo más importante: no se trata ya de luchar por esa influencia, sino de consolidarla organizándola. Puede verse hasta qué punto nos alejamos políticamente el uno del otro el camarada Martov y yo, si comprobamos que él me reprocha el crimen de aspirar a esa influencia mientras yo lo considero un mérito. Eso quiere decir que ya no hablamos el mismo lenguaje... Sí, el

camarada Martov tiene perfecta razón: el paso dado es, indudablemente, un paso decisivo que dejará su huella en el futuro trabajo constructor de nuestro partido. Y no me impresiona en modo alguno la comparación con un «estado de sitio», con «leyes de excepción» para ciertos grupos y ciertas personas. No sólo podemos, sino que debemos declararnos en estado de sitio para protegernos de los elementos vacilantes y frívolos. Y todos nuestros estatutos, todo nuestro «centralismo» que acaba de aprobar el Congreso, no son más que un estado de sitio permanente contra las fuentes, tan numerosas, de la inestabilidad política. Y para luchar contra éstas no vacilaremos en recurrir a las leyes particulares o de excepción.»

Tal vez en ese discurso pensaba Plejanov cuando unos días más tarde, contestando a los reproches que le hacía su amigo Axelrod por haber apoyado a Lenin, le dijo: «¡Qué quiere usted! ¡De esa misma madera estaba hecho un Robespierre!» El escrutinio dio los resultados previstos. Fueron elegidos para el Órgano central Plejanov, Lenin y Martov; para el Comité central, Krjijanovski y Lengnik, dos amigos de Lenin, y un «neutral» inofensivo, Gliebov. Lenin tenía, pues, asegurada la mayoría. Martov anunció que no aceptaba formar parte del «trío» del Órgano central y éste quedó reducido a dos miembros solamente: Plejanov y Lenin.

El Congreso había terminado. Los «rusos» se disponían a regresar a su país. Uno de ellos abordó un día a Lenin y se puso a lamentar las querellas intestinas y las ásperas polémicas que habían azotado sus sesiones. «¡Qué triste atmósfera se respiraba!», se quejaba. «¡Qué cosa más bella ha sido nuestro Congreso! —le replicó Lenin—. Una lucha franca y libre. Se han expresado las opiniones. Se han delineado los contornos. Se han determinado los grupos. Se

han tomado las decisiones. Hemos cruzado una etapa. ¡Adelante! ¡Yo lo comprendo, esto es la vida!»

Esas palabras optimistas no reflejaban exactamente el estado de ánimo de Lenin. Tras esa máscara alegre ocultaba una gran angustia y profundos tormentos. Resentía dolorosamente todas esas disputas. Bajo una apariencia seca y escéptica, Lenin ocultaba una sensibilidad aguda, casi enfermiza. Era difícil que concediera su amistad, pero una vez que la había dado a alguien no podía separarse sin que la ruptura lo hiciera sufrir cruelmente. Martov le inspiraba un sentimiento complejo de afecto burlón y de indulgente ternura. Se burlaba frecuentemente de él, lo consideraba insoportable y huía como de la peste de su charlatanería que le impedía trabajar, pero apreciaba su inteligencia y su devoción. Ahora lo veía alzarse contra él, y el fin de una amistad de diez años parecía inevitable: para Lenin, las divergencias políticas no podían dejar de tener su repercusión directa e inmediata en el terreno privado. Quien dejaba de compartir sus opiniones era borrado de la lista de sus amistades personales. Pero eso constituía para él una fuente de desgarramientos atroces. Ya en Bruselas se mostraba muy agitado. «Tenía tantas preocupaciones — escribe Krupskaja — que no pensaba en comer.» En Londres fue peor. También aquí conviene señalar el testimonio de su mujer, que lo observaba con inquietud solícita: «su nerviosismo se agravó. Pasaba las noches sin sueño, terriblemente agitado.» Pero sólo ella lo sabía. Ninguno de sus amigos y de sus enemigos, que lo veían siempre tranquilo y sonriente, sospechaban.

Volvieron a Ginebra. «Entonces —sigue hablando Krupskaja— empezaron los días malos.» En efecto, la situación se presentaba bastante sombría. En lugar de consolidar la unidad del partido, el Congreso no había hecho más que acentuar las divisiones que existían en los círculos

de la socialdemocracia rusa. En lugar de una fusión con los bundistas y de un entendimiento con los unionistas, se había llegado a una ruptura con unos y con otros. Pero lo grave, sobre todo, era que en el seno mismo de las organizaciones iskristas se perfilaba una escisión que amenazaba con dividir al partido en dos sectores. Los «vencidos» acababan de declarar una guerra sin cuartel a los «vencedores». Aunque habían sido puestos en minoría en el Congreso, tenían a su lado a la gran mayoría de los emigrados. Lenin, a pesar del prestigio del nombre de Plejanov, que se había puesto a su lado, no pudo reunir más que un puñado mínimo de partidarios. O sea que los «mayoritarios» del Congreso no formaban en realidad más que una minoría ínfima, mientras que los «minoritarios» representaban efectivamente a la mayoría y tenían en sus filas a los personajes más representativos de la emigración rusa de aquella época. Hicieron todo lo posible para «darle» a Lenin y reducir a cero el alcance de su victoria en el Congreso. Para empezar: boicot total de «su» *Iskra*. Se dio la consigna de negarse a colaborar en él bajo ningún aspecto y de no entregar nada a la caja del periódico. Después: negarse a reconocer las decisiones tomadas por el Congreso y la autoridad del Comité central elegido. Por último: intervención apremiante ante las organizaciones del interior, donde los adeptos de Lenin eran mucho más numerosos que en el extranjero. Se escribe a los comités y se actúa entre los delegados que se han retrasado en Ginebra. Lenin es acusado de haber «tiranizado» al Congreso, de querer someter al partido a un régimen de cuartel, de jugar al dictador. En su informe a sus camaradas de Siberia que lo habían comisionado, Trotski decía:

«Creyó el Congreso que entre el oportunismo auténtico y el iskrismo pura sangre se había introducido un iskrismo blando o «girondino». Inmediatamente resonó el grito: «¡La

patria está en peligro! ¡Las puertas del partido están abiertas de par en par!» Las dos terceras partes de la redacción fueron enseguida declaradas sospechosas. La Montaña ortodoxa se puso a devorarse a sí misma: «¡La patria está en peligro! ¡Caveant consules!...» El camarada Lenin ideó un Comité de Salud Pública en el que pensaba desempeñar el papel del incorruptible Robespierre. Todo lo que le cerraba el paso debía ser aniquilado y el camarada Lenin no vaciló en exterminar a la Montaña iskrista para poder instalar sin obstáculos su «república de la virtud y del terror».

Robespierre no pudo mantener su dictadura en el Comité de Salud Pública más que reclutando partidarios en el seno del propio Comité y colocando a sus criaturas en todas las funciones importantes del Estado... La primera condición se ha realizado en nuestra caricatura del robespierrismo con la supresión de la antigua redacción. La segunda, mediante la selección de los candidatos para el «trío» del Comité central y mediante el sistema de cooptación mutua que debe ser aplicado a continuación. Un régimen así no puede ser viable. El sistema de terror conduce a la reacción. El proletariado parisiense puso a Robespierre en un pedestal con la esperanza de que lo sacaría de la miseria. Pero el dictador le trajo demasiadas ejecuciones y muy poco pan. Robespierre cayó y arrastró en su caída a toda la Montaña y, con ella, a toda la causa de la democracia en general.

Y nosotros también, en estos momentos, nos hallamos frente a ese mismo peligro: el inevitable e inminente hundimiento del centralismo leninista va a comprometer, para muchos de nuestros camaradas rusos, la idea misma de la centralización. Las esperanzas nacidas del «gobierno» del partido han sido demasiado grandes, desmesuradamente grandes. Los Comités estaban convencidos de que les proporcionaría hombres y medios de

acción. Pero un régimen que para poderse sostener mejor empieza por desterrar a todo un equipo de excelentes trabajadores no puede más que prometer demasiadas ejecuciones y poco pan. Está destinado infaliblemente a provocar una decepción que podría ser fatal no sólo para los Robespierres y para los islotes del centralismo, sino también para el principio de una organización unificada del partido. Y entonces se adueñarían de la situación los «termidorianos» del socialismo oportunista y las puertas del partido se abrirían de verdad de par en par.

¡Que no suceda así, camaradas! Viendo que había tropezado con una oposición en masa cuya amplitud superaba sus previsiones, Lenin trató de tantear el terreno con vistas a una reconciliación. Se dirigió a Martov. En el curso de una entrevista celebrada a iniciativa suya, propuso a su viejo amigo olvidar todo lo que acababa de ocurrir y entrar en el «trío» iskrista, haciéndole ver que como ambos tenían la misma opinión sobre la mayoría de las cuestiones, podrían entre los dos dominar a Plejanov. Martov no quiso saber nada, obstinándose en creer que los alegatos de Lenin lo habían deshonrado ante sus colegas. Poco después de esa conversación, Lenin escribía a un iskrista que formaba parte de la minoría: «Todo esto conducirá inevitablemente a una escisión en el partido. Y yo me pregunto: en resumen, ¿por qué razones vamos a separarnos? Repaso en mi memoria todos los acontecimientos del Congreso. Reconozco que a veces actué en un estado de terrible exasperación y que me conduje con rabia. Estoy dispuesto a reconocer ante quien sea esta falta mía, si es que hay que considerar como una falta las reacciones provocadas por la atmósfera general del Congreso, en la excitación de la lucha. Pero ahora, examinando con sangre fría los resultados adquiridos a costa de una lucha furiosa, no veo decididamente nada humillante ni ofensivo para la minoría.

Es cierto que el hecho de quedar en minoría tenía que ser resentido como una humillación, pero protesto categóricamente contra la idea de que hubiéramos tenido la intención de humillar a nadie... Estuvimos en desacuerdo, Martov y yo, como lo hemos estado decenas de veces. Habiendo sido vencido en la cuestión del artículo primero de los estatutos, tenía que aspirar, con toda mi energía, al desquite... Indudablemente, la creación del «trío» permitía una línea de conducta política y de organización dirigida en cierto modo contra Martov. De acuerdo. ¿Pero es una razón para romper? ¿Romper el partido por eso...? Lo repito: lo mismo que la mayoría de los iskristas del Congreso tenía la profunda convicción de que Martov había emprendido el mal camino y que había que traerlo al bueno. Ofenderse, creerse humillado y «manchado» no es razonable. No queremos manchar ni apartar del trabajo común a nadie. Provocar una escisión porque se ha sido apartado de la dirección del periódico sería, en mi opinión, una simple locura.» La mano que tendía Lenin quedó suspendida en el aire.

El 6 de octubre envió a Trotski, a Martov y a los tres miembros separados de la redacción de *Iskra* una carta circular firmada por él y por Plejanov: «Querido camarada: la dirección del órgano central del partido estima que es su deber expresarle oficialmente su pesar al ver que se abstiene de colaborar en *Iskra* y en *Zaria*. A pesar de nuestras reiteradas invitaciones, no hemos recibido ningún escrito suyo. La dirección del órgano central del partido quiere dejar asentado que su negativa de colaboración no podrá serle imputada en ningún caso. Una rencilla personal no puede ser evidentemente un obstáculo para el trabajo en el órgano central del partido. Si su abstención es consecuencia de una divergencia entre usted y nosotros, estimamos que sería infinitamente deseable, en interés mismo del partido, que se le presentara, en las columnas de

la publicación que dirigimos, una exposición detallada que aclarara el carácter y la amplitud de esa diferencia».

Todos, con excepción de Martov, se limitaron a responder brevemente que habían suspendido sus relaciones con *Iskra* desde el advenimiento de la nueva redacción. Martov hizo saber además que pensaba explicarse ante todo el partido, pero de una manera muy distinta a la propuesta por Plejanov y Lenin.

La *Liga de los Socialdemócratas Rusos en el Extranjero*, fundada por Plejanov después de su ruptura con los unionistas, disponía de dos mandatos en el Congreso. Habían sido confiados a Lenin y a Martov. La víspera de la apertura de las sesiones, se supo que el delegado de la organización central rusa de *Iskra* se hallaba en la imposibilidad de trasladarse al extranjero. Para no privarla de un representante en el Congreso, se decidió que uno de los dos delegados de la Liga recogería su mandato. ¿Pero cuál? Se zanjó la cuestión echándolo a suertes. Así fue como Martov se convirtió en delegado de la *Iskra* y Lenin siguió siendo el de la *Liga*. Era costumbre que, después de un Congreso, el delegado hiciera un informe a sus compañeros sobre la forma en que había cumplido su mandato. Martov, que tenía numerosos amigos entre los miembros de la *Liga*, consiguió que, al mismo tiempo que se invitaba a Lenin a presentar su informe, le autorizaran a él, en su calidad de segundo delegado, aunque no había ejercido efectivamente esa función, a presentar también el suyo. Eso era lo que, en su respuesta a Lenin, había calificado de «una explicación ante el partido».

Lenin no podía esquivar esa confrontación. Y fue hacia ella sabiendo que era un golpe montado por sus adversarios, quienes, seguros de su mayoría, saboreaban su triunfo por adelantado. «Poco antes de esa reunión — escribe Krupskaja — le había ocurrido un accidente a V. I. Se



paseaba en bicicleta. Perdido en sus pensamientos, fue a chocar contra un tranvía y estuvo a punto de perder un ojo. Se presentó ante la asamblea de la *Liga* con la cara tumefacta y la cabeza vendada.» «Como un acusado ante sus jueces», ha dicho Plejanov, que asistía a la sesión.

Las cosas se anunciaban mal desde el principio. Comenzó, por tanto, por sostener que Martov había renunciado a su mandato y que él, Lenin, había sido el único delegado de la *Liga*. En consecuencia, Martov no debía ser admitido como segundo ponente. Eso estaba conforme, en efecto, con la lógica más elemental. La asamblea, sin embargo, no compartió esa opinión y autorizó a Martov a presentar su informe. Dijo a continuación que, para poder aclarar mejor la relación de los hechos, pensaba hablar de lo que había pasado no sólo en el Congreso, sino también en las conferencias privadas de la redacción de *Iskra*. Martov se opuso. Eso sería demasiado indiscreto. Además, no se habían levantado actas de esas entrevistas. Podrían surgir controversias por parte de los interesados. Más vale no tocar lo que ha pasado entre bastidores. Lenin protesta. ¿No hay actas? Eso no tiene importancia ninguna. También faltan por el momento las del Congreso, y eso no impide que se discutan sus sesiones.

«Además —agrega en tono amenazador—, si considero que las reuniones privadas de *Iskra* son susceptibles de aclarar el asunto, hablaré de ellas, e incluso ante un auditorio mayor. De todas maneras, el camarada Martov no logrará ocultarlas.»

Murmullos desaprobadores acogen esa declaración. Plejanov, deseoso de apoyar a Lenin, expresa su asombro por ver en el discurso de Martov «un extraño método para buscar la verdad que consiste en escamotear los medios de conocerla». Martov, vivamente picado, reaccionó nerviosamente: ¡Bueno, no importa! Las palabras del

camarada Plejanov me dejan las manos libres. Declino toda responsabilidad por lo que pueda suceder y propongo que se hable de todo, absolutamente de todo». Martov sabía lo que decía. Lenin pareció comprenderlo y quiso batirse en retirada: él quiere hablar de las conferencias privadas de *Iskra*, pero también quiere señalar que durante el Congreso no hubo reuniones de la redacción. En cuanto a las conversaciones particulares, el repetirlas sería caer en comadreos de portera. No lo hará. Pero Martov insiste. Puesto que de aclarar se trata, de aclararlo todo, hablemos de todos y de todo. La asamblea le da la razón. Lenin cae en la trampa que él mismo se ha tendido.

La lectura de su informe no provocó incidentes. Sus partidarios aplaudieron.

Martov tiene ahora la palabra. Primero, un panorama general de las sesiones del Congreso. Tiene que cumplir bien sus deberes de ponente. Pero tiene prisa en abordar su propio caso. Desde hace dos meses —se queja— le persigue la calumnia, se le deshonra, y ya no aguanta más. Lenin se ha atrevido a afirmar que estaba de acuerdo con él para reducir la redacción de *Iskra* a tres miembros. Es mentira. ¡Traicionar él a sus camaradas! Sólo el pensar que hubiera sido capaz de hacerlo constituye para él una injuria mortal. Y no la tolerará. He aquí cómo sucedieron las cosas: en una conversación a la que asistió Potresov, Lenin propuso nombrar una redacción de tres miembros que completaría inmediatamente su equipo nombrando cuatro miembros con el sistema de cooptación. Era según él, afirma Martov, la única manera de evitar la discusión en el seno de la redacción si se planteaba la cuestión del nombramiento de un séptimo miembro. Él, Martov, había dado su consentimiento porque estaba convencido de que se trataba de volver a introducir a los tres antiguos miembros de la redacción.

Se oye gritar a Lenin: «¡No es verdad! ¡No es verdad!» Martov persiste en sostener que Lenin lo ha engañado al proponer al Congreso una solución diferente a la que había expuesto durante su conversación. «Le pregunto directamente a Lenin: ¿He mentido? Si Lenin contesta que he mentido, lo cito ante un jurado de honor que decidirá quién de los dos ha engañado al partido. Si el jurado considera que quien ha mentido he sido yo, sacaré la conclusión de que un hombre convicto de haber mentido al partido debe ser considerado indigno de ocupar un puesto responsable.»

Mientras hablaba Martov, Lenin escribía febrilmente sobre un pedazo de papel. Cuando el otro se calla, se levanta y lee la declaración siguiente, que él mismo depositará a continuación en la Mesa de la Asamblea: «Protesto con la mayor energía contra ese miserable medio de combate que consiste en preguntar: ¿quién ha mentido al relatar la entrevista privada que se celebró entre Martov, Potresov y yo?... Declaro que Martov lo ha contado de una manera totalmente inexacta. Declaro que acepto cualquier clase de jurado de honor, y yo también lo cito ante ese jurado si se cree autorizado para acusarme de haber cometido una acción incompatible con el desempeño de un cargo responsable en el partido. Declaro que el deber moral de Martov, que en lugar de una acusación precisa hace vagas insinuaciones, es formular su acusación abiertamente y con su firma. En mi calidad de miembro de la redacción del órgano central del partido, le propongo, en nombre de toda la redacción, que publique inmediatamente esa acusación en un folleto especial. Si no lo hace, demostrará que sólo ha buscado el escándalo y no el saneamiento moral del partido.»

Al terminar la sesión, Martov sintió algún remordimiento. «Debo señalar —dijo— que fue el propio Lenin quien,

después de que le advertí el inconveniente de sacar a relucir las conversaciones privadas, las utilizó en su informe y me obligó a hacer lo mismo... No he dicho que Lenin hubiera mentado. He dicho que si sus declaraciones son exactas yo soy un mentiroso, y que no podré soportar tal responsabilidad. Lo mismo en cuanto a las intrigas. No he acusado a Lenin de haber intrigado, y él me presenta como un intrigante.» Tras lo cual se levantó la sesión.

Al comenzar la del día siguiente, Lenin anuncia que después de lo ocurrido la víspera estima inútil e imposible participar en los debates que van a comenzar. Dicho esto, se dirige hacia la salida, seguido por la mayoría de sus partidarios. La sesión continúa. Trotski hace votar una moción: «El Congreso de la *Liga* lamenta profundamente que el camarada Lenin, delegado suyo al segundo Congreso del partido socialdemócrata ruso, abandone la sala de sesiones sin haber terminado de dar cuenta de su mandato, so pretexto de que el camarada Martov le ha ofendido, y sustrayéndose así a sus deberes para con el partido.» Dan, otro antiguo compañero de lucha de Lenin, propone a la asamblea una resolución que especifica que «la posición adoptada por el camarada Lenin en las cuestiones de organización debatidas en el Congreso no corresponde en absoluto a los principios sobre los cuales se basa la actividad de la *Liga*». También es aprobada. Al hablar ante la asamblea de la *Liga*, Martov no había omitido mencionar el ofrecimiento que le hizo Lenin, después de la clausura del Congreso, de formar una alianza contra Plejanov en el seno de la nueva redacción de *Iskra*. Plejanov estaba presente. Por el momento no reaccionó. Pero es poco probable que esa revelación lo dejara indiferente. Por lo demás, no hacía sino confirmar lo que sus allegados le repetían sin cesar: «El maridaje con Lenin era antinatural.» Le aseguraban que todo el mundo decía de él: «Plejanov ya no existe; se ha

convertido en un juguete de Lenin.» Todo esto acabó por producir el efecto deseado: Plejanov se dejó convencer de que había que «terminar». La ocasión no se hizo esperar.

La escisión parecía inminente, puesto que el Congreso de la *Liga* había declarado, antes de separarse, que no reconocía la autoridad ni la competencia del nuevo Comité central. Plejanov esperaba evitarla llamando a los cuatro antiguos miembros de la redacción de *Iskra*, y le propuso a Lenin, puesto que los dos formaban toda la redacción, usar su derecho de cooptación respecto de Martov y de sus tres colegas. Lenin se negó categóricamente. Fueron inútiles todos los esfuerzos para hacerle cambiar de parecer. Entonces Plejanov pierde la paciencia y anuncia que si Lenin persiste en su negativa se irá del periódico. Lenin no se atrevió a aceptar el reto y declaró que en ese caso sería él quien se iría. Eso era lo que quería Plejanov. Al quedarse dueño de los destinos de *Iskra* le faltó el tiempo para llamar a los cuatro «ex», y la redacción del periódico quedó reconstruida tal como estaba antes. Sólo faltaba un miembro: Lenin.

Su salida había sembrado la consternación en las filas de sus partidarios. Uno de ellos, Liadov, que se había quedado en Ginebra al terminar el Congreso, escribe en sus *Recuerdos*: «Todos nosotros nos pronunciamos en contra de esa decisión. Nos parecía que Lenin no tenía derecho a tomarla. Pero era irreductible.» De creer al propio Lenin, éste había tomado esa decisión por una parte porque no podía resignarse a infringir una decisión tomada por el Congreso del partido, que había reducido la redacción a tres miembros (y, sin embargo, el mismo Congreso había admitido la eventualidad de una cooptación) y por otra porque no quería «ser un obstáculo en un camino que podría conducir hacia una paz posible en el interior del partido». Liadov da otra explicación que parece más

verosímil: «No podía Lenin decidirse a asumir la dirección de *Iskra* teniendo a Plejanov entre sus adversarios. Se daba cuenta de que entre nosotros, los bolcheviques, no había escritores ni con la mínima experiencia. Eramos sólo hombres de acción, mientras que los mencheviques habían agrupado a su alrededor a la flor y nata de los literatos. En esas condiciones, V. I. temía que los militantes de Rusia le acusaran de haber obligado a Plejanov a abandonar la dirección de *Iskra*.»

En todo caso, Lenin, personalmente, no pensaba en modo alguno renunciar a la lucha. Al contrario, parecía más combativo que nunca y animado por un ardor guerrero. Al ir a ver a Plejanov días antes de su dimisión, le declaró: «Chamberlain salió del Ministerio para consolidar mejor su posición. Lo mismo hago yo.» El proyecto de comparecer ante un jurado de honor no se llevó a cabo: los dos bandos juzgaron preferible ahogar el asunto. Un compañero amable se ofreció como mediador y Lenin y Martov se cruzaron unas cartas liquidando el incidente a satisfacción común. Uno y otro reconocieron que no dudaban de la probidad y de la sinceridad de su adversario. «Me agradecería saber que las acusaciones hechas contra mí se basaban en un equívoco», escribía Lenin. Y Martov contestaba: «Reconozco que el conflicto surgido en ese terreno es resultado de un equívoco.»

Helos aquí, pues, frente a frente. De un lado la temible cohorte en la que se hallan, ahora fraternalmente unidos, Plejanov, Axelrod, Martov, Potresov, Zaslitch, Trotski, Dan y todos sus acólitos. Del otro, Lenin solo. Los que vienen a ponerse a su lado son desconocidos cuyos nombres no significaban nada para nadie. Y no son numerosos. Una decena, en total, como mucho. Sus adversarios poseen poderosos medios de combate. Lenin no tiene más que su pluma. Esa será la única arma con que marchará al ataque.

Empieza por enviar a *Iskra*, con el ruego de que se publique, una carta abierta titulada «Por qué he salido de *Iskra*». No se publica. Se ve obligado a imprimirla en forma de folleto y a distribuirla por su cuenta. En el número de *Iskra* publicado inmediatamente después de su dimisión, lee un artículo de Plejanov titulado (alusión directa a su libro *¿Qué hacer?*) *Lo que no se debe hacer*. No hay que reñir constantemente, estima Plejanov. Hay que ser tolerante y pacífico, si se quiere evitar una escisión. «Ya había demasiadas entre nosotros y lo único que nos han hecho ha sido mucho daño. Ahora hay que mantener la unidad por todos los medios. De lo contrario, nuestro partido va a perder todo su crédito político. Si seguimos discutiendo, los obreros, a quienes nuestras querellas pasadas han desconcertado suficientemente, como todo el mundo sabe, acabarán por no comprendernos, y ofreceremos al mundo el triste y ridículo espectáculo de un estado mayor abandonado por sus tropas y completamente desmoralizado a causa de sus luchas intestinas.»

Lenin aprovecha en el acto esta ocasión para enviar una nueva Carta a la dirección de «*Iskra*». «El autor del artículo —dice— tiene mil veces razón al insistir en la necesidad de velar por la unidad del partido y en evitar nuevas escisiones... Ya es hora, en efecto, de rechazar resueltamente las tradiciones de un sectarismo estrecho y de poner por delante, en un partido que se apoye en las masas, la consigna: ¡más claridad! Que el partido lo sepa todo, que todos los elementos de información, absolutamente todos, sean puestos a su disposición para permitirle que juzgue, con pleno conocimiento de causa, todas las divergencias, todas las faltas a la disciplina, etc... A la pregunta de ¿qué es lo que no hay que hacer?, yo contestaría: antes que nada, no ocultar al partido los motivos susceptibles de provocar una escisión, no disimular

las circunstancias y los acontecimientos que dan lugar a esos motivos... ¡Claridad! ¡Más claridad! Necesitamos una orquesta inmensa. Debemos adquirir suficiente experiencia para distribuir exactamente las partes, confiar a uno al violín sentimental, el contrabajo feroz a otro, la batuta al tercero.»

Fue publicada, pero Plejanov le añadió un comentario que no era, de cabo a rabo, más que una burla tan hábil como malévola. Se declara perfectamente de acuerdo con «el camarada Lenin». El partido necesita un máximo de luz, y le complace comprobar que Lenin recomienda urgentemente la supresión de un sectarismo estrecho. «Sólo lamentamos —prosigue Plejanov— que el camarada Lenin parece haber olvidado que son sobre todo los individuos imbuidos de sectarismo estrecho los que se placen en importunar al mundo con sus querellas, imaginándose muy seriamente que la suerte de la humanidad depende de ellas y creyendo ingenuamente que esas revelaciones contribuyen a la educación política de la mesa. El camarada Lenin parece haber olvidado que la luz política tiene también sus leyes de interferencia, y que una aplicación torpe de la consigna más claridad puede conducir a veces a un eclipse. Tratar de convertir al proletariado en juez de innumerables disputas intestinas que nacen en el seno de los grupos, sería tender al peor de los seudodemocratismos... En lo que se refiere a la futura orquesta, nada tenemos que decir en contra del violín y del contrabajo. En cuanto a la batuta del director, permítasenos expresar nuestra propia opinión... Nos parece que en una «orquesta inmensa» que se compone de un violín y de un contrabajo (y según ciertos camaradas, reconozcámoslo, el partido “ideal” empieza a cobrar esas dimensiones gigantescas) no se necesita un director de orquesta especial. Y, sin embargo, cuanto más se acerca el partido a



esas dimensiones “ideales”, más importancia cobra la cuestión de la batuta. Debemos adoptar todas las precauciones posibles para que la cuestión de saber quién será encargado de empuñarla no nos haga insociables, intolerantes, obtusos, miopes, y, en consecuencia, absolutamente incapaces de formar parte de una orquesta cuyas dimensiones superarían un poco las de la orquesta colosal formada por un tierno violín y un feroz contrabajo.»

Lenin se abstuvo de dar una réplica personal. Pero sus partidarios, que adoptan ya definitivamente el nombre de bolcheviques, por oposición a sus adversarios, que han sido bautizados con el de mencheviques, sabrán actuar oportunamente. Formaron el proyecto de atacar a Plejanov en toda una serie de cartas abiertas dirigidas a la redacción de *Iskra*. Esas cartas, firmadas, entre otros, por ex delegados al Congreso (había varios entre los bolcheviques), debían ser publicadas obligatoriamente. Las minutas de esas cartas fueron comunicadas primero a Lenin y aprobadas por él. Liadov, en su calidad de ex delegado, abrió el fuego. Dio a su carta el aspecto de un cuestionario en el que se instaba a Plejanov a responder punto por punto a los reproches formulados contra él.

Liadov era muy joven, «un chiquillo» según Plejanov, quien prefirió tomar la cosa en broma. Adoptando el mismo tono de burla que había usado con Lenin, contestó como si se hallara ante un juez de instrucción, sometido a un interrogatorio: «Yo, Plejanov, Jorge, hijo de Valentín, natural de la provincia de Tambov, noble de nacimiento, contesto a las preguntas que se me hacen, etc...»

El pequeño equipo bolchevique saltó de alegría al leer ese preámbulo. Surgió inmediatamente el apodo, que se hizo popular rápidamente, de «gentilhombre de Tambov». Se reunían en un pequeño restaurante montado por el ex jefe de los iskristas de Pskov, Lepechinski, quien después de

haber sido detenido y deportado a Siberia, había logrado evadirse y llegar, tras múltiples peregrinaciones, a Ginebra, donde lo esperaba su mujer, una militante enérgica que sabía guisar muy bien. El fondista bolchevique tenía algunas nociones de dibujo. Empezó a garabatear caricaturas, como la de «los ratones que entierran al gato». El gato dormido es Lenin, naturalmente. Un ratoncito con un sombrero de paja le tira de la cola: es Vera Zaslitch. Otros dos ratones se abrazan tiernamente en un rincón: uno es negro, Trotski, y el otro, gris y muy gordo, Plejanov. Pero he aquí que el gato se despierta y los ratones huyen. Los ratones Martov y Potresov, que se habían subido al lomo del gato Lenin, no han tenido tiempo de salvarse, caen entre sus garras y van a ser devorados. En otra caricatura se ve a Plejanov vestido de comisario de policía, en uniforme, luciendo todas sus condecoraciones, o bien en calidad de San Jorge arcángel «que no es el vencedor...»

Estas bromas afectaron sobre todo a la mujer de Plejanov. Adoraba a su marido y no podía tolerar que nadie se burlara de él. Un día no pudo aguantar más y se presentó en casa de Lepechinski para quejarse a éste de «ese asqueroso caricaturista» que se atrevía a ridiculizar a su marido.

—Y sepa usted —anunció para terminar, conteniendo a duras penas las lágrimas— que mi Jorge, a quien ustedes creen ridiculizar llamándole «gentilhombre de Tambov», es un gentilhombre auténtico y contestará a sus insultos como corresponde a un gentilhombre, ¡provocando a duelo a quien lo insulta!

No hacía falta nada más para que el grupo, sentado ante el bortch tradicional, entonara una marcha triunfal en honor del «gentilhombre de Tambov» que marchaba a la guerra.

Para dirigir mejor su tiro (le gustaban los giros militares), Lenin se había atrincherado en el Comité central, donde lo

hicieron entrar sin ninguna dificultad, y siempre por medio de la cooptación, sus amigos Krjijanovski y Lengnik, que habían sido nombrados miembros del mismo en el segundo Congreso. Una vez en él, fue designado para formar parte, como representante del Comité, del Consejo del partido, instancia suprema en la jerarquía administrativa establecida por el mismo Congreso. Ese Consejo se componía de cinco miembros, uno de los cuales era elegido directamente por el Congreso; el Comité central y el órgano central, es decir, *Iskra*, designaban cada uno dos miembros.

El órgano central se encontró en una situación bastante embarazosa al tener que nombrar sus representantes. A consecuencia de la negativa de Martov, la redacción estaba reducida a dos miembros: Lenin y Plejanov, quien ya había sido elegido en el Congreso para formar parte del Consejo. Lenin se convirtió, por tanto, en el único delegado del Órgano central. Al salir de *Iskra* se vio obligado, pues, a dimitir su cargo en el Consejo. Ahora volvía en calidad de representante del Comité central.

Los estatutos votados en el segundo Congreso habían determinado la función y la competencia del Consejo. Debía coordinar y unificar la acción del Comité central y del órgano central. Estaba encargado de convocar el Congreso del partido. Se reunía a petición de dos de sus miembros. Después de la reconstitución de la redacción de *Iskra*, ésta estaba representada en el Consejo por Axelrod y por Martov. Junto con el presidente, Plejanov, formaban la mayoría antileninista que se oponía sistemáticamente a su reunión, para dejar al Comité central frente a los ataques de los mencheviques que, después de haberse adueñado del periódico, querían conseguir la mayoría en el Comité.

Por fin, el Consejo se reunió, a instancias de Lenin, él 28 de enero de 1904. ¿Por qué esa insistencia suya? No podía ignorar que, hallándose en minoría, no lograría imponer

ninguna de sus mociones. A eso se resignaba por adelantado. Pero necesitaba esa tribuna para dirigirse, por encima de sus adversarios, a todo el partido. Contaba con que las actas de las sesiones del Consejo debían ser comunicadas obligatoriamente a todas las organizaciones rusas, lo que le permitía hacer una excelente propaganda en favor de su causa, a través de sus propios adversarios.

Lengnik vino de Rusia para asistir a la sesión. De acuerdo con él, Lenin presentó un proyecto de resolución que condenaba una vez más el «espíritu de grupo», el «sectarismo estrecho», pero que al mismo tiempo preconizaba el restablecimiento de la paz en el interior del partido y hacía un llamamiento a todos sus miembros para trabajar en común, unidos bajo la égida de sus dos órganos directores. El Consejo del partido, agregaba la resolución, debía examinar la cuestión así como las formas de lucha que podían ser admitidas en el interior del partido y cuáles eran las que debían ser prohibidas.

Lenin recibió la agradable sorpresa de ver que Plejanov apoyaba su resolución, que fue adoptada por tres votos contra dos, los de Martov y Axelrod. Pero su ilusión fue de corta duración. Inmediatamente después, en lugar de abordar, como reclamaba, la cuestión de lo que debía estar permitido o prohibido en las polémicas entre los miembros del partido, Plejanov presentó su propia resolución, en la que, sin dejar de lamentar esas querellas internas, estimaba que se debían a la composición anormal del Comité central, que no representaba más que a una sola fracción del partido y que para hacerla desaparecer había que introducir en él, por cooptación, a camaradas pertenecientes a la «pretendida minoría» del Congreso. Es adoptada también por tres votos contra dos, los de Lenin y Lengnik. Lenin, furioso, retira inmediatamente la suya porque en esas condiciones, declara, es perfectamente inútil. En nombre del

Comité central se opone categóricamente a la introducción de mencheviques en el seno de éste y anuncia, siempre en nombre del Comité, que no ve más que una solución: convocar inmediatamente un nuevo Congreso del partido. Su moción es rechazada.

Habían encargado la redacción de las actas de las sesiones a los dos secretarios: un menchevique y un bolchevique. Este último, que era precisamente el caricaturista fondista Lepechinski, se mostró, tal vez por instigación de Lenin, particularmente asiduo a la tarea. He aquí lo que cuenta en sus *Recuerdos*:

«Después de pasar a limpio mi texto, tras haberlo confrontado con las notas tomadas por el secretario menchevique, sometí mi gran cuaderno a la consideración de Vladimir Ilich. Lo hojeó y lo firmó. Lengnik hizo lo mismo. Me faltaba obtener las firmas de Martov, Plejanov y Axelrod. V. I. me recomendó a este respecto la mayor circunspección y que no soltara ese valioso documento, del cual no había más que un solo ejemplar.

Me traslado a casa de Martov.

—Aquí tiene, camarada Martov, las actas de las sesiones del Consejo... Tenga la bondad de firmarlas.

—Déjemelas. Les echaré un vistazo y se las devolveré mañana.

—No. Necesito que las vea enseguida. Me urge acabar. Todavía tengo que ir a casa de Plejanov para pedirle su firma.

—Por eso no se preocupe. Yo le haré firmar, y a Axelrod también. No se preocupe por eso.

—Es que no tengo más que un solo ejemplar. Si se perdiera...

—Vamos, hombre, no soy tan descuidado como para perder documentos importantes. Bueno, le doy mi palabra

de honor de que se los devolveré mañana. ¿Qué más quiere?»

Lepechinski no se atrevió a protestar, dejó las actas a Martov y se fue a dar cuenta a Lenin de su visita a éste.

«Cuando supo que le había dejado a Martov las actas hasta el día siguiente —escribe Lepechinski— se puso tremendamente rabioso. Nunca lo he visto en un estado parecido, ni antes ni después. Se agitaba recorriendo la habitación como un león enfurecido en su jaula, y en una especie de soliloquio echaba sobre mí todas las iras del cielo. Luego, de pronto, plantándose frente a mí, me espetó en plena cara:

—Si no tiene usted más inteligencia que un bebé, ¿por qué se ocupa de asuntos serios?

—Pero si Martov me ha dado su palabra de honor —balbuceé conteniendo apenas las lágrimas.

—¡Oh, cállese! ¡Santa ingenuidad! —me dijo despectivamente, como si quisiera aplastarme bajo el peso de su desprecio».

El «trío» del Comité central elegido en el Congreso había sido completado en el siguiente mes de octubre con la cooptación de cuatro miembros, todos ellos partidarios de la «mayoría». En noviembre entró con Lenin al Comité otro más de sus adeptos, Galperin, llamado Koniaguin, lo que elevó a nueve el total de miembros del Comité. Todos estaban muy favorablemente dispuestos respecto a Lenin, pero las disputas continuas que no cesaban de sostener los miembros de las dos fracciones rivales, y que producían la más penosa impresión en los medios obreros, acabaron por cansar a la mayoría de ellos y algunos empezaron a buscar la manera de imponer de nuevo la paz y la concordia en la gran familia socialdemócrata. Para esto tenían que conseguir que Lenin se reconciliara con sus adversarios. De

ahí el nombre de conciliadores que no tardaron en ponerles los bolcheviques, muy disgustados por esta «traición».

Entre los «traidores» figuraban el amigo más viejo de Lenin, el ingeniero Krjijanovski, el «neutral inofensivo» Glebov y un recién llegado, el ingeniero Krassin, que formaba parte del cuarteto de reciente ingreso. Era hermano de aquel joven estudiante del Instituto Politécnico, miembro del cenáculo petersburgués a que se había adherido Lenin al llegar a la capital y cuya memoria sobre los mercados exteriores había sido sometida antaño por Lenin a una crítica tan severa. Krassin era preciso y ordenado y aplicaba en el ejercicio de la propaganda revolucionaria los métodos de un hombre de negocios acostumbrado a calcular las ganancias y pérdidas que podían derivarse de la empresa. Estimaba que la convocatoria de un nuevo Congreso, preconizada por Lenin, no haría más que agriar todavía más las pasiones ya suficientemente sobreexcitadas. Logró imponer su opinión a la mayoría del Comité y éste se pronunció contra la convocatoria del Congreso. Lengnik, que había apoyado la moción de Lenin, fue retirado del Congreso y reemplazado por el «conciliador» Glebov. En cuanto a Lenin, el Comité central le dio un voto de censura. Profundamente humillado, su primera reacción fue enviar su dimisión, pero luego lo pensó mejor y dio marcha atrás. En junio se celebró la segunda sesión del Consejo. Esta vez fue Glebov quien vino de Rusia y Lenin quedó en un estado de aislamiento completo en el seno del Consejo. Unas cuantas semanas después hubo profundos cambios en la composición del Comité central. Dos partidarios de Lenin cayeron en manos de la policía y el tercero fue «licenciado» por sus propios colegas. Krjijanovski, a quien Lenin había puesto sobre aviso desde febrero contra la invasión del Comité por los mencheviques (para él «conciliadores» y «mencheviques»

eran lo mismo), dimitió, así como otro miembro, Gusarov, quien también, aunque no era partidario de la táctica por él adoptada, no militaba entre sus adversarios. Krassin y sus dos acólitos, Glebov y Koniaguin, cooptaron entonces por tres «conciliadores» y el primer acto del nuevo Comité fue expresar a Lenin el deseo de verle ocupar nuevamente su puesto en *Iskra* al lado de Plejanov, Martov, etc. Lenin contestó con una negativa categórica y envió su dimisión, que esta vez resultó irrevocable.

A partir de entonces ya no es nada, ni tiene nada ni quiere nada. Sólo aspira a una cosa: olvidar. Cerrar los ojos. Borrar de su memoria imágenes que se han convertido en sombras con muecas de odio y de envidia. No pensar más. Dejar que viva su cuerpo. Sepultar su cerebro. Tal es el Lenin de ese mes de julio de 1904.

«Preparamos nuestras mochilas y nos fuimos a la montaña —escribe Krupskaja—. Estuvimos vagabundeando durante un mes; por la noche no sabíamos en dónde estaríamos el día siguiente. Al terminar la jornada estábamos tan cansados que apenas caíamos en la cama nos sumíamos en el más profundo de los sueños.» Krupskaja se había llevado en la mochila un libro francés para traducir; no lo abrió una sola vez.





## XII

# REMONTANDO LA CUESTA

Un mes de ese régimen fue suficiente para equilibrar los nervios de Lenin. Después de haber puesto fin a sus excursiones alpestres, se trasladó a una pequeña aldea de los alrededores de Lausana, donde debía llevarse a cabo su entrevista con Bogdanov, que había venido a Suiza para verle.

Lenin había conocido a través de sus libros, cuando todavía estaba en Siberia, a ese hombre que se había hecho célebre al publicar, a la edad de veintitrés años, un *Compendio de ciencia económica*. Lenin, que era muy exigente y muy difícil de complacer en esta materia, había hecho un comentario de lo más elogioso en una de las grandes revistas rusas de la época.

Luego estudió minuciosamente su segunda obra *La función de la naturaleza en la historia* y se sintió atraído por esta inteligencia tan precoz, pero infinitamente seductora. Era, en efecto, un personaje singularmente atractivo y decepcionante a la vez. Convertido en uno de los maestros de la ciencia económica rusa, a la edad en que otros continúan todavía sus estudios universitarios, este joven médico, que se ha especializado en psiquiatría, se dedica a la filosofía y escribe un libro cuyo éxito es no menos sonoro. Paralelamente, hace un trabajo clandestino muy activo en

las organizaciones socialdemócratas de Moscú, lo cual no le impide llevar una vida mundana bastante agitada: las revistas se disputan su colaboración, tiene numerosas relaciones en los círculos literarios, Gorki es amigo suyo. ¿Qué quiere, pues, de Lenin?

Bogdanov observaba muy atentamente la evolución de la crisis que había puesto una frente a otra a las dos fracciones del partido socialdemócrata ruso en el extranjero. Lamentaba esas discordias, pero, sin pronunciarse aún definitivamente, se inclinaba más bien del lado de Lenin y consideraba a Martov y a sus amigos charlatanes estériles incapaces de organizar el partido. Pero, sobre todo, estimaba que las funciones de dirección debían corresponder a los rusos, es decir, a los militantes del interior, y no a los «extranjeros». Veía que el Imperio de los zares había llegado al umbral de graves acontecimientos que no dejarían de sacudir profundamente su edificio ya suficientemente cuarteado. Una explosión revolucionaria parecía inminente. Para prender la mecha había que estar en el campo de batalla. No se podría dirigir el combate con artículos periodísticos y volantes que llegaban a Rusia un mes después de su envío. Por tanto, hacía falta, en su opinión, que el partido tuviera a la cabeza un Comité director único, con sede en Rusia. Nada de Consejo supremo, esa creación híbrida, fuente de todas las divergencias. En cuanto al órgano central del partido, seguiría publicándose en el extranjero, evidentemente, y sostendría, como en el pasado, su combate ideológico, pero en lugar de estar en un plano de igualdad con el Comité central estaría sometido a éste. Bogdanov quería ponerse de acuerdo con Lenin para reorganizar el partido sobre esas nuevas bases. De acuerdo con su plan, Lenin dirigiría el periódico del partido en el extranjero, lucharía contra todos los mencheviques, conciliadores y demás oportunistas, y

mientras tanto, en Rusia, un Comité central, en el cual, naturalmente, se reservaba el papel principal, mandarían, sin tener que dar cuentas a nadie, a las tropas revolucionarias que marchasen a la batalla. En resumen, aspiraba a convertirse en el jefe del partido socialdemócrata ruso y a tener a su lado un director de propaganda en la persona de Lenin. Pensaba realizar esa propaganda en un plano muy amplio. Se creía capacitado para atraer a la empresa importantes apoyos financieros que permitieran a la nueva publicación reducir a la nada al periódico menchevique.

Entre los futuros comanditarios previstos por Bogdanov figura Gorki en primera fila. El célebre escritor, que se hallaba entonces en el apogeo de su gloria, se apasionaba por la causa de la Revolución. Entregaba al partido socialdemócrata ruso el 70 por 100 de los derechos de autor que cobraba. *Iskra* le había gustado mucho desde su publicación, y a partir de octubre de 1902 se había comprometido a entregar todos los años 4.000 rublos a la caja del periódico. Ahora no había más que explicarle que la *Iskra* de 1904 no era ya la de 1902 y que su dinero iría a parar en el futuro a otra publicación que tendría a su frente al verdadero animador de la antigua *Iskra*, Lenin. Bogdanov venía, por tanto, a proponer a éste la organización de un nuevo periódico y a «rehacer el partido» a fin de sustraerlo a la influencia disolvente de los mencheviques.

Al llegar a Ginebra comunicó a Lenin que le complacería celebrar una entrevista con él, pero se le informó que Lenin se disponía a partir a pie a las montañas y que lo vería a su regreso, dentro de un mes. «No es la caminata, sino el reposo, lo que calma los nervios», observó sonriendo. Se instaló en una pequeña aldea de los alrededores de Lausana y esperó.

En efecto, a fin de mes llegó Lenin, reposado. La entrevista fue cordial. Bogdanov regaló a Lenin su nuevo

libro. Lenin ofreció a Bogdanov el último folleto que había publicado contra los mencheviques. Luego se pusieron a hablar.

Lenin comprendió rápidamente el propósito de su interlocutor, pero simuló no darse cuenta y aceptó su proposición. Decidieron redactar una declaración en nombre de un grupo de bolcheviques. Esa declaración sería comunicada a los comités del interior, invitándoseles a adherirse. Cuando se haya recogido un número suficiente de adhesiones, los comités nombrarán una Directiva que exigirá en su nombre la convocatoria de un Congreso y encargará a Lenin que publique un periódico destinado a convertirse en su órgano oficial.

Lenin y Bogdanov prepararon, cada uno por su lado, un proyecto de declaración. El de Lenin estaba escrito en términos bastante agresivos y maltrataba rudamente a los mencheviques. El de Bogdanov tenía un aspecto más discreto. No daba tregua al adversario, pero evitaba dar a su texto las apariencias de una polémica. La conferencia se celebró en presencia de 22 personas. No se conocen los nombres de todos los que asistieron, pero parece que, aparte de los cuatro o cinco fieles colaboradores de Lenin que le seguían a todas partes, el resto estaba formado por oscuras comparsas con fuerte representación del elemento femenino.

Los dos proyectos fueron sometidos a la consideración de la conferencia. Lenin creyó que sería más hábil dejar el paso a Bogdanov, y el texto de éste fue adoptado definitivamente, con algunas ligeras correcciones de orden material sugeridas por él. Unos cuantos días después, Bogdanov salió de Suiza anunciando la próxima llegada de su cuñado Lunatcharski, que debía ayudar a Lenin en la redacción del periódico. Antes de partir reiteró sus promesas de ocuparse activamente de la empresa cuando

hubiera regresado a Rusia, de conseguirle comanditarios y corresponsales. Cuando Lepechinski preguntó a Lenin qué pensaba de esta alianza con Bogdanov, le contestó que era puramente temporal y que no habría más remedio que separarse de él más adelante.

Lo primero que había que hacer era transmitir a los comités del interior la «declaración de los veintidós». ¿A quién confiar esa misión? Lenin no vaciló mucho tiempo: «la Paisa» se encargará. En el pequeño grupo de «duros» que había apretado filas a su alrededor, había una muchacha de apariencia endeble, delgada y lisa como una tabla. Se llamaba Rosalía Zalkind. El partido le puso el apodo de «la Paisa» y con él se quedó hasta el fin de sus días. Su devoción a la causa rayaba en el fanatismo. No vivía más que para el partido. Pero también tenía sus nervios, y su carácter difícil la hacía insoportable. Áspera y sumamente irascible, hacía una escena por cualquier cosa y disputaba con todo el mundo. Lenin era su dios. Pero no era la suya una devoción ciega, como la de Vera Zaslitch por Plejanov. A veces reprendía con bastante dureza a su divinidad y no le escatimaba las palabras fuertes. Acababa apenas de regresar de una gran gira a través de Rusia, muerta de fatiga, sin poderse tener de pie. Lenin le dijo: «¿Puede usted partir inmediatamente?» Le contestó: «Si hace falta, sí.» Al día siguiente tomaba el tren para Rusia.

Tenía que ir a Riga y entregar el valioso documento a Papá. ¿Papá?... Un hombrecillo rollizo, sonriente, de ojos vivos ocultos maliciosamente bajo unas cejas espesas: así era Máximo Litvinov, reputado ya en aquella época, a pesar de su corta edad, como uno de los mejores «técnicos» del partido. El apodo cuadraba muy bien con su aspecto paternal y bonachón que usaba para disimular una inteligencia muy fina, un espíritu astuto y práctico. Después de evadirse de la cárcel de Kiev en 1901 se había

trasladado a Londres, donde conoció a Lenin, hizo amistad con él y poco después pasó a Suiza. Era miembro de la *Liga*, se destacó muy rápidamente por sus cualidades de organizador, por su asiduidad en el trabajo, y fue elegido casi inmediatamente, por cooptación, para el Consejo de administración de la *Liga*. Prácticamente fue él quien quedó encargado de preparar el Congreso durante el cual sufrió Lenin tan duras pruebas.

Personalmente se había puesto resueltamente a su lado, pero sus intervenciones, lo mismo que las de los demás partidarios de Lenin, no habían podido modificar en absoluto un resultado previsto por adelantado. Luego lo enviaron a Rusia, poniéndolo a la disposición del nuevo Comité central, quien lo nombró representante suyo en la región Noroeste, cargo que implicaba una gran responsabilidad y en el que le esperaban las tareas más delicadas. Era él quien tenía que organizar el paso clandestino de los militantes al extranjero, y viceversa; dirigir la fabricación de pasaportes falsos, recibir y distribuir la «literatura» que llegaba de Suiza. Tenía plena autoridad sobre el Comité de Riga y sobre las organizaciones de Vilna, Dvinsk, Reval, Derpt y Libau.

De acuerdo con el plan concebido por Lenin, Litvinov, al recibir la declaración, debía hacerla adoptar por el Comité de Riga, mandarla imprimir a continuación con el texto de la resolución en que éste se declaraba solidario con ella y ponerla en circulación inmediatamente. Así lo hizo.

Papá se mostró muy expedito. Provista de sus instrumentos y siguiendo un itinerario por él trazado, la Paisa se puso en camino. Iba de ciudad en ciudad, de Comité en Comité, amenazadora, exigente, obsesionante, camorrista, recibiendo portazos de unos, arrancando adhesiones a otros. Los resultados obtenidos fueron apreciables.

En septiembre, tres comités del Mediodía que se habían reunido en conferencia se pronunciaron en favor de la creación de una Directiva de los comités de la mayoría cuya lista de miembros, elaborada de antemano por Lenin, les fue sometida por la Paisa. Formaban parte de ella Bogdanov, Litvinov, los dos acólitos de Lenin, Liadov y Gusev, que por el momento seguían en Suiza, y la propia Paisa. En noviembre se celebró la conferencia de los cuatro comités del Cáucaso, que votaron una resolución análoga. En diciembre, seis comités del Norte se reunieron para pronunciarse en el mismo sentido. Con lo cual eran ya trece los comités que se habían declarado en favor de Lenin y que habían reconocido a la Directiva de los comités de la mayoría. En el último Congreso del partido habían estado representados veinte comités. Por tanto, Lenin hubiera tenido tras sí una fuerte mayoría si los dirigentes mencheviques, quizá para conjurar el peligro que presentían, no se hubieran apresurado a reconocer como comités a otras ocho organizaciones con cuya devoción podían contar plenamente. De esa manera, el número total de comités era de 28 a fin de año, lo que impedía a Lenin lograr en ese momento la mayoría exigida por los estatutos del partido.

Mientras Papá y la Paisa proseguían su tarea en Rusia, Lenin estaba totalmente absorbido en Suiza por la preparación de su nuevo periódico. Era muy difícil. Había que empezar desde abajo. No había papel ni imprenta. Y el dinero brillaba por su ausencia. Encontraron un impresor que aceptaba imprimir la hoja a crédito, a condición de que le entregaran algo a cuenta. Pero ni siquiera se podía reunir la suma necesaria. Liadov descubrió la manera de arreglar las cosas. Una joven camarada simpatizante había recibido cien rublos de sus padres para su viaje de vacaciones. Liadov, elocuente y buen mozo por añadidura, logró



convencer a la muchacha de que le resultaría mejor renunciar al viaje y emplear ese dinero en la buena causa. Una vez en posesión de esa suma, se pudo tratar con el impresor. Pero no era suficiente. Bogdanov parecía haber olvidado completamente todas sus promesas en cuanto se fue. Ni dinero ni correspondencia. Contestaba las cartas con telegramas alentadores, pero de ahí no pasaba. El 21 de noviembre, Lenin perdió la paciencia y le escribió a Litvinov: «Querido amigo: Dígale, por favor, a Bogdanov que se está portando con nosotros como un verdadero cerdo. No se da cuenta hasta qué punto necesitamos aquí informaciones precisas y detalladas y no los telegramas que nos manda... No nos ha conseguido ningún enlace nuevo. Es monstruoso. Ni una sola corresponsalía. Es infecto... Se necesita por lo menos que una vez a la semana (no es mucho, Dios mío) se sacrifiquen dos o tres horas para escribir una carta de diez a quince páginas. De lo contrario, se van a romper todos los lazos. Bogdanov y sus ilimitados proyectos se transforman en sueños ilimitados, y mientras tanto la gente de aquí simplemente se desbanda, llegando a la conclusión, muy desolados, de que no hay ninguna «mayoría» y de que nunca la habrá.»

Lo más grave era que Bogdanov, que había asumido de hecho la dirección del Buró ratificado por los comités, estimaba que había que proceder «lealmente» frente al adversario y combatirlo abiertamente, sin rodeos. En consecuencia, había que empezar, según él, por dirigir una especie de ultimátum al Comité central, obligándose a convocar un Congreso. Si se negaba, la Directiva alegaría la mala voluntad de los dirigentes del partido y lanzaría su declaración. Lo mismo en lo que se refiere al periódico. También quería que éste siguiera «dentro de la legalidad» y que, conforme al reglamento en vigor en el partido, se solicitara previamente la autorización del Consejo o del

Comité central para constituir un «grupo literario» encargado de publicar un órgano periódico. Eso equivalía a infligir a Lenin una suprema humillación. Le parecía el colmo del absurdo que le obligaran a pedir permiso a sus propios enemigos para publicar un periódico destinado a combatirlos. A todo esto, Liadov le informa (no se sabe dónde lo supo) que Bogdanov se ha puesto de acuerdo con sus comités para emprender, de acuerdo con el Comité central, la publicación de un periódico en Rusia. Inmediatamente escribe una carta fulminante a Bogdanov, a Litvinov y a la Paisa: «Nuevamente vuelven a no entenderse los bolcheviques rusos y los bolcheviques extranjeros. Todo va a la desbandada. Una experiencia de tres años no les ha enseñado nada... Retrasar la publicación del periódico de la mayoría en el extranjero (sólo nos falta dinero) es imperdonable. En la coyuntura actual, ese periódico lo es todo para nosotros. Sin él, vamos infaliblemente a una muerte segura y sin gloria. Por último, publicar algo en Rusia, hacer transacciones, las que sean, con esa infame canalla del Comité central, significa traicionar pura y simplemente. Está claro que el Comité quiere dividir y enemistar a los bolcheviques rusos y extranjeros. Únicamente los imbéciles más ingenuos podrían dejarse engañar... Si no se pone fin a la discordia que comienza en el seno de la mayoría, nosotros también abandonaremos aquí el trabajo y lo dejaremos todo.»

Al enviar a la Paisa a Rusia, Lenin, que quizá desde un principio no se había fiado enteramente de las promesas de Bogdanov, había encargado a su «misionera» que le consiguiera la mayor cantidad posible de dinero. A este respecto, los resultados por ella obtenidos fueron muy mediocres y no pudo reunir más que pequeñas sumas. Esto coincidió con que una joven bolchevique de reciente ingreso, que estaba a punto de regresar a San Petersburgo,

donde decía tener múltiples relaciones en los medios acomodados, se había ofrecido como recolectora a Lenin, quien aceptó sus buenos oficios. Después de todo, debió decirse, si logra obtener algo siempre serán unos cuantos rublos que entrarán en la caja, en la que ya no hay casi nada. En cuanto a la Paisa, le mandó, días después de la carta citada, un «mensaje personal». «Todo está en desorden en Rusia —le escribía, entre otras cosas—. No hace usted nada. Se le ha mandado a Rusia para buscar dinero y sólo el diablo sabe de qué se ocupa usted.»

Al mismo tiempo que recibía esa carta, la Paisa se enteraba de la llegada de una joven que se decía enviada de Lenin, encargada por éste de solicitar fondos para su empresa y que ni siquiera se dignó venir a presentarse a ella. Eso llevó al colmo su desesperación, y he aquí lo que le contestó a su jefe: «Es difícil expresar la indignación que sentí al leer sus cartas del 3 y del 10 de diciembre... Comprendo que el tono empleado por usted es el resultado del estado de nerviosismo en que se encuentra ahora. Pero le pido que comprenda, de todos modos, que hemos llegado aquí al último grado del agotamiento y que las cartas de ese género nos afectan demasiado penosamente. Le ruego, por tanto, que no me vuelva a hablar en ese tono... Escribe usted: Se le ha mandado a Rusia para buscar dinero y sólo el diablo sabe de qué se ocupa usted. ¿La conquista de quince comités significa ocuparse de «cosas que sólo el diablo sabe»? Me gustaría saber qué hubiera hecho usted si no los hubiera tenido de su lado... No conozco a mucha gente entre los ricos. Todo lo que me han dado se lo he mandado enseguida. En cuanto a su frase nosotros también abandonaremos aquí todo, me imagino que cuando la escribió se hallaba en un estado en que no se daba cuenta de lo que decía. Le han irritado y no ve usted más que a los bolcheviques extranjeros. Pues bien, en Rusia todavía no

hemos llegado a ese punto... Subestima usted demasiado el punto de vista de los rusos. Hay que tomarlo en consideración, sobre todo actualmente. Siempre estaré a su lado, pero no le pido más que una cosa: tenga en cuenta mi conocimiento de los comités rusos. Sus últimas cartas demuestran lo poco que los conoce...

Considero que el enviar aquí una muchacha encargada de recoger fondos, sin advertirme previamente y sin ponerla en contacto conmigo, es totalmente improcedente. Si cree usted que yo y nuestros amigos trabajamos aquí contra sus intereses, le declaro que considero tal actitud suya sumamente nefasta para la causa y que abandono mi trabajo».

Lenin debió darse cuenta de que se le había ido la mano. Además, la noticia traída por Liadov resultó ser una fantasía. El caso es que su respuesta a la Paisa fue toda suave y conciliadora. «Hace usted mal en enfadarse —le escribía—. Si la reñí fue, Dios lo sabe, cariñosamente. Sin usted no podemos dar un solo paso. La muchacha de que habla usted prometió utilizar sus relaciones personales para conseguirnos dinero. Liadov había presentado la situación de una manera algo inexacta y le ruego que me excuse si me exalté y la ofendí. Créame que quiero tomar en consideración la opinión de los rusos, siempre y en cualquier circunstancia. Sólo le pido una cosa: por el amor de Cristo, infórmeme, se lo suplico, con la mayor frecuencia posible, de lo que piensan. Si me dejo influir por los bolcheviques extranjeros, soy culpable sin serlo, pues Rusia escribe endemoniadamente poco y muy rara vez... Trate de encontrar dinero y dígame que no está enfadada conmigo.»

Bogdanov reaccionó con una carta breve, pero precisa, que pretendía ser al mismo tiempo una aclaración. «No hay ningún desorden —anuncia a Lenin el 10 de diciembre—, sino que cada vez es más difícil encontrar dinero para el

periódico porque los socios capitalistas ven en esto una empresa ilegal. Pero hay una esperanza de arreglar esto próximamente. Nadie ha pensado empezar la publicación de un periódico con el apoyo del Comité central. Fue un grupo de escritores quien tomó esa iniciativa, pero no hemos logrado atraerlos a nuestro partido.»

La verdad era que Gorki, a quien se le había sometido el proyecto, se mostraba indeciso. Sentía mucha admiración por Lenin, pero le afligían esas luchas fratricidas cuyos ecos tumultuosos percibía desde hacía un año y no quería que el nuevo periódico contribuyera a enconar todavía más la herida que sufría el partido. Pensaba, por otra parte, lo mismo que Bogdanov, que el centro de la organización debía estar en Rusia. Pero, según él, era Lenin quien debía tomar la dirección, regresando a la patria para ponerse resueltamente a la cabeza del movimiento revolucionario.

Finalmente, Gorki se dejó convencer... a medias. Entregó «mientras tanto» 3.000 rublos para el periódico, con el compromiso de dar «más y más si la publicación permanece ajena a las polémicas mezquinas», y 5.000 rublos para los gastos de organización del Congreso. Cuando la Paisa fue a cobrar la suma, le pidió que dijera a Lenin, de su parte, que le rogaba con apremio que viniera a instalarse a Rusia y que él se encargaba personalmente de arreglar las cosas. Al transmitir a Krupskaia la demanda de Gorki, la Paisa agregaba: «Sería muy importante que el Viejo (Lenin) conteste con una carta personal. Es necesario que el Viejo entable con él una correspondencia personal. Me dijo (Gorki) que sólo a él considera como un jefe político.» Lenin no parece haber recogido esa sugestión.

No tuvo paciencia para esperar el fin de las conversaciones y se lanzó a la aventura con la cabeza agachada. El 8 de enero Krupskaia escribía a Litvinov: «Hay que confesarlo, la situación es archidifícil. No hay dinero

todavía y es terriblemente duro no tener dinero. Los mencheviques se han metido en todas partes, maniobran por todos los lados, mientras los nuestros van unos por un lado y otros por otro... Hemos empezado el periódico a crédito, pero no nos desesperamos.»

En efecto, el primer número acababa de salir el 4 de enero. El nuevo periódico se llamaba *Vpered* (Adelante). Su publicación fue muy laboriosa. Tenía que ser impreso en un papel muy fino, papel biblia, y sólo el impresor de la *Iskra* lo tenía. Pero no podía disponer de él sin autorización de la dirección del periódico menchevique, y verdaderamente no era fácil imaginar que Lenin fuera a hacer una demanda semejante a Martov o a Axelrod. Salvó la situación un tipógrafo a quien Lenin había interesado en el asunto desde el primer momento. Ese obrero conocía al dueño de la imprenta donde se imprimía la hoja enemiga. Se ignora qué argumentos esgrimió, pero el caso es que el ciudadano Zelner aceptó tirar el primer número del periódico bolchevique con papel perteneciente al periódico menchevique.

El acontecimiento se celebró con un gran regocijo. «Toda la banda se trasladó al café —escribe Liadov—. Bebimos cerveza y cantamos.» Ese mismo día, Ginebra celebraba su fiesta nacional: aniversario de la liberación del yugo saboyano. Una multitud alegre llenaba las calles, había máscaras y disfraces. Lenin propuso dar un paseo por la ciudad. Se agarran de las manos, Lenin se pone a la cabeza ¡y en marcha! Escuchemos a Liadov: «Tan pronto como veíamos una pareja de disfraces formábamos un círculo a su alrededor y no los soltábamos hasta haberlos obligado a besarse. Estuvimos fuera toda la noche. Parecíamos niños. ¡Y cómo se reía Lenin! ¡Qué alegría contagiosa sonaba en su risa!»

Después de unas cuantas horas de descanso, Lenin queda de nuevo frente a las preocupaciones que lo abruma, frente a una serie de preocupaciones que parece alargarse hasta lo infinito. Los rusos le reprochan subestimarlos, sacrificar los intereses del «interior» a las disputas entre «extranjeros». Pero no se molestan en facilitarle el contacto con el país. Todavía en diciembre le escribía a un militante de Moscú: «Sólo publicaremos nuestro periódico a condición de que sea el órgano del movimiento ruso y no el de los cenáculos del extranjero. Por eso necesitamos, antes que nada, la más activa ayuda literaria de Rusia.» Al anunciar a Bogdanov la publicación del primer número, subraya la importancia que ha atribuido a la colaboración del interior. El éxito de la empresa depende de ello. Desgraciadamente, una larga experiencia le ha enseñado, dice Lenin, que los rusos son a este respecto «increíble e imperdonablemente difíciles de mover». Por eso recomienda a su corresponsal que «no se conforme con promesas y que no suelte la presa hasta no obtener el artículo... Simplemente hay que imponer a esa gente una entrega regular de material, semanal o bimensual, y decirles: «de lo contrario, no le consideramos un hombre horado y rompemos todas las relaciones con usted».

Todo esto no le hacía olvidar que allí mismo, al alcance de la mano, tenía un temible enemigo que combatir: el «menchevismo». Gorki dice que nada de luchas fratricidas ni de «polémicas mezquinas». Es un santo, un idealista que planea por las esferas celestes, mientras que él, Lenin, vive en la realidad, en la dura e implacable realidad de la lucha diaria sin cuartel. Por lo tanto, hay que sostener en toda la línea el combate contra «la canalla neoiskrista». Sin cuartel, sin tregua. Que no haya un solo número del *Vpered* en que la maza bolchevique no caiga sobre «la bestia

menchevique». Desde el primer número, en un artículo titulado *Hay que acabar*, Lenin declara: «Ha llegado el momento de anunciar abiertamente, y de confirmarlo con actos, que el partido rompe todas las relaciones con esos señores.» Para él, el partido es él y sus partidarios. Sus adversarios no son más que un grupo de disidentes que se agitan tramando complots e impiden que el partido trabaje. Su deber consiste, por tanto, en desenmascarar todas sus intrigas y en colocarlos en una situación en la que ya no puedan seguir perjudicando.

Un círculo bolchevique de Zurich le preguntó cuál era su actitud y la de su grupo frente al Comité central y al órgano central del partido; si consideraba que esas dos instituciones existían legalmente, pero habían actuado ilegalmente, o si no las reconocía en absoluto como centros dirigentes del partido. Lenin contestó: «El Comité central, el órgano central y el Consejo han roto con el partido. Lo han engañado de la manera más cínica y han usurpado sus lugares a la manera bonapartista. ¿Cómo es posible, en esas condiciones, hablar de su existencia legal? Un estafador que cobra un dinero con un cheque falso, ¿lo posee legalmente...? Repito: los centros dirigentes se han colocado fuera del partido. No hay término medio: se está con ellos o con el partido. Ya es hora de delimitar nuestras posiciones y, a diferencia de los mencheviques, que minan al partido taimadamente, de aceptar su reto con la cabeza en alto. Ruptura, sí, puesto que vosotros habéis querido que sea total. Ruptura, sí, puesto que hemos agotado todos los medios para zanjar la diferencia en el interior del partido. Ruptura, sí, porque siempre y en todas partes el acercarse vergonzosamente a los desorganizadores sólo sirve para perjudicar a la causa.»

No se puede hablar con más claridad: la guerra contra los mencheviques se convertía en el primero de todos los



objetivos que perseguía Lenin, y debía hacerse incansable e implacablemente. Martov y sus amigos reaccionaron en forma análoga. Se entabló una polémica muy áspera que amenazaba ser interminable. «Neo-iskristas» y «vperedistas» mostraron igual encarnizamiento. Lenin había conseguido un valioso recluta en la persona del cuñado de Bogdanov. Lunatcharski, poseedor de una cultura que a falta de profundidad tenía la ventaja de ser extraordinariamente variada, era no sólo un periodista muy hábil, sino también un orador notable. Tenía el don de gustar al público. Era, decían en los círculos bolcheviques, «un encantador». Los mencheviques lo calificaban de charlatán. Lenin no dejó de explotar útilmente esa cualidad de su colaborador. La casi totalidad de los estudiantes rusos de las universidades suizas simpatizaban con los mencheviques. Lunatcharski recibió la misión de «seducir» a toda esa juventud. Se organizaron conferencias del camarada Voinov (su nombre de militante). Los mencheviques trataron de oponerse. Una noche invadieron la sala y quisieron impedir que hablara el orador. En las *Memorias* de Lepechinski puede leerse cómo logró poner en fuga a Martov y a sus trescientos «jenízaros» al simular que iba a hacer una caricatura de aquél.

El 23 de enero, por la mañana, Lenin, acompañado de su mujer, iba como de costumbre a la biblioteca de la Sociedad ginebrina de lectura, que era su preferida porque estaba generalmente desierta, no era frecuentada por los emigrados rusos y en la que, por tanto, podía trabajar sin ser molestado. Allí era donde al leer los periódicos (recibían no sólo los periódicos suizos, sino también los principales diarios extranjeros) entraba en contacto con los acontecimientos políticos del día. «Vimos venir hacia nosotros —cuenta Krupskaja en sus *Recuerdos*— a los Lunatcharski. Me parece estar viendo todavía a la mujer de

Lunatcharski. No podía ni hablar y su emoción la hacía agitar frenéticamente su pañuelo.» El titular del número de La Suisse que traía en la mano anunciaba en letras enormes: REVOLUCIÓN EN RUSIA. Lenin se arrojó febrilmente sobre el diario. Leyó: Inmensas masas obreras se dirigieron hacia el Palacio Imperial; la tropa disparó contra el pueblo y dispersó a los manifestantes. Las víctimas se cuentan por millares. Por todas partes han estallado huelgas.

Se trasladaron inmediatamente al restaurante de Lepechinski. Este, que supo la gran noticia al ir al mercado, se halla también en un estado de gran excitación. A su mujer, apenas levantada, aun a medio vestir, le sucede lo mismo. Quieren decir algo. Pero las palabras no salen. Entonces se ponen a cantar. El canto fúnebre a la gloria de las víctimas caídas en la lucha.

Lenin regresa a su casa totalmente trastornado. La cabeza le da vueltas. ¡Así, pues, ha sucedido! No se atreve a creerlo. La información dada por el periódico es demasiado vaga, demasiado escueta. Pero algo ha debido suceder. Eso es seguro. Y la mano se tiende instintivamente hacia la pluma. El número 3 del *Vpered* que debe salir al día siguiente está en prensa. Tendrá tiempo para agregar unas cuantas líneas. Y escribe apresuradamente: La clase obrera, que durante largo tiempo parecía mantenerse al margen del movimiento de la burguesía dirigido contra el Gobierno, acaba de hacer escuchar su voz. Las grandes masas trabajadoras han alcanzado con una rapidez fulminante el nivel de sus camaradas socialdemócratas conscientes. El movimiento obrero de San Petersburgo ha marchado en estos días a pasos de gigante. Las reivindicaciones económicas han cedido el lugar a las reivindicaciones políticas. La huelga es general y desemboca en una manifestación colosal cuya amplitud supera todo lo

imaginable. El prestigio del zar está destruido para siempre. Comienza la insurrección. Fuerza contra fuerza. Atruenan la batalla callejera, se alzan las barricadas, crepita el tiroteo y truena el cañón. Corren ríos de sangre, se enciende la guerra civil por la libertad. Moscú y el Mediodía, el Cáucaso y Polonia están dispuestos a unirse al proletariado de San Petersburgo. La libertad o la muerte, tal es desde ahora la divisa de los obreros. Las jornadas de hoy y de mañana van a ser decisivas. La situación evoluciona hora tras hora. El telégrafo trae noticias que cortan la respiración y todas las palabras parecen huecas en comparación con los acontecimientos que se están viviendo. Cada uno debe estar dispuesto a cumplir su deber de revolucionario y de socialdemócrata. ¡Viva la Revolución! ¡Viva el proletariado insurrecto! Durante una semana vivieron en una especie de vértigo, esperando ansiosamente noticias, acechando ávidamente el menor eco llegado de «allá». Hubo emigrados ingenuos y consecuentes que pensaban que no les quedaba más que hacer las maletas y tomar el primer tren que saliera para Rusia, a fin de subir a las barricadas al lado de sus hermanos los obreros. Los hubo también que lamentaban que en un momento tan solemne la emigración rusa siguiera desgarrándose entre ella. ¿No había llegado el momento de olvidar todas esas lamentables disputas, de tenderse fraternalmente la mano y de ponerse a trabajar en común, a mayor gloria de la Revolución?

Incluso entre los allegados a Lenin se oían palabras en ese sentido. Un día, un grupo de sus más allegados colaboradores, encabezados por Lepechinski, se presenta en su casa. Vienen a pedir consejo. Los mencheviques proponen organizar un mitin conjunto en el que tomarían parte todos los revolucionarios rusos sin distinción de grupo o de matiz. ¿Hay que aceptar?

El «Viejo», con visible embarazo, se refugia en una cita latina, eco de un viejo recuerdo del colegio: Timeo Danaos... Alguien se permite hacer una objeción: «¡Pero, hombre, Europa entera tiene los ojos puestos en nosotros, los rusos, ¿y ni siquiera ante las barricadas vamos a ser capaces de darnos la mano los unos a los otros?»

Entonces Lenin, recobrando todo su aplomo, replica pausadamente: «En primer lugar, vuestra proposición concreta consiste en reunirse con los mencheviques en una sala de reunión, en Ginebra, y no en las barricadas de San Petersburgo. En segundo lugar, se tiene la impresión de que allí no se ha llegado todavía a las barricadas. En tercer lugar, ¿de dónde os viene la certeza, mis buenos amigos, de que los mencheviques no os dominarán, como ya os han dominado decenas de veces y como lo volverán a hacer otras tantas en el futuro?»

Lepechinski, que se había comprometido ante sus camaradas a convencer a Lenin, hizo acopio de valor y declaró solemnemente: «El momento es único. De ambos lados se tienden manos fraternas en un impulso espontáneo. La inmensa masa de los militantes medios exige la paz. Si nos mostramos irreductibles se apartará de nosotros.» Lenin acabó por ceder. Pero puso sus condiciones: 1) La presidencia del mitin debía confiarse a una persona conocida por su imparcialidad; 2) Cada organización, bolcheviques, mencheviques, bundistas, polacos, letones, etc., estaría representada por un solo y único orador; 3) Los oradores se comprometían a evitar en sus discursos cualquier polémica de fracción; 4) Los ingresos se repartirían entre todas las organizaciones que hubieran participado en el mitin, sobre la base de la más estricta igualdad.

Los mencheviques aceptan. Las conversaciones empiezan. Primer punto de fricción: la presidencia. Los

mencheviques proponen a Vera Zaslitch, «la decano de la democracia rusa», cuyo nombre «es venerado por todos los revolucionarios del mundo». La delegación bolchevique emite sus dudas sobre su imparcialidad, pero, ansiosa de llegar a un acuerdo, no se opone.

Lunatcharski fue designado como orador de los bolcheviques. Media hora antes de abrirse la sesión, Lenin se encerró con él y lo catequizó largamente. Tomó la palabra detrás de Martov, que habló mediocrementemente, y obtuvo un gran éxito. Mientras los aplausos entusiásticos saludaban a Lunatcharski, se vio al menchevique Dan acercarse a la presidenta y hablarle al oído. Inmediatamente después ésta anuncia: «El camarada Dan tiene la palabra.» ¿Era para atenuar el efecto producido por el brillante discurso del orador bolchevique? Quizá. En todo caso, era contrario al acuerdo concertado. Lenin, que se había instalado con 'sus colaboradores en las últimas filas, se levantó entonces y dijo fríamente: «Camaradas, vámonos. Ya no tenemos nada que hacer aquí.» Y el pequeño grupo abandonó el salón. Los promotores del acuerdo con los mencheviques marchaban cabizbajos, completamente avergonzados. «Vamos al café de Landolt», decidió Lenin.

En el fondo, había triunfado. Una vez más era él quien tenía razón. Al llegar al café pidió un vaso de cerveza, luego otro y otro más. Probablemente tenía mucha sed. El bueno de Lepechinski lo entendió de otra manera. «Por primera vez en mi vida —anotó en sus *Recuerdos*—ví a ese hombre dotado de una voluntad de acero recurrir al alcohol para calmar sus nervios.» En cuanto a los ingresos, los mencheviques, aprovechando la ausencia de sus adversarios, cobraron la parte que correspondía a todo el partido socialdemócrata y la ingresaron en la caja del partido, cuyas llaves poseían. Lo que permitió a los

bolcheviques acusarles de haber «robado el dinero que les pertenecía».

A todo esto llegó a Ginebra el héroe del «domingo sangriento», el animador de la manifestación del 9 de enero, Jorge Gapón. Era un personaje muy extraño este sacerdote de ojos ardientes, cara pálida y demacrada de apóstol. Hijo de un campesino acomodado, hizo sus estudios primero en el seminario y luego en la Academia eclesiástica. Cuando ingresó en el sacerdocio fue enviado a un barrio obrero. Le sorprendió la miseria de sus feligreses y quiso ayudarlos en la medida de sus posibilidades. Al hablarles, condenaba la iniquidad, el egoísmo de los ricos y de los poderosos de la tierra. Pero no tocaba al zar. Estimaba que éste ignoraba los abusos que cometían sus servidores. Era fácil de palabra y sabía utilizarla admirablemente. La gente sencilla le escuchaba y le seguía cada vez más.

El departamento de la policía no tardó en darse cuenta. Dirigía entonces la «sección especial», encargada de descubrir y de luchar contra las actividades subterráneas de los revolucionarios, un hombre también muy curioso. Su nombre, Zubatov, se había hecho tristemente célebre. Fue expulsado del Liceo por «actividades antigubernamentales» y, no habiendo podido introducirse en ninguna organización revolucionaria, dio otro empleo a sus facultades haciéndose policía, profesión en la que hizo rápidamente una brillante carrera. A los veinticinco años era jefe de la Dirección de Seguridad de Moscú y cuando se creó la «sección especial» le confiaron la dirección de ésta. «Revolucionó» los métodos de acción caducos y rudimentarios de la vieja policía zarista. Fue él quien introdujo el empleo sistemático y en gran escala de agentes provocadores en las organizaciones revolucionarias, y pudo alabarse de los resultados obtenidos. Pero quería llegar más lejos y hacer algo más grande. Abrigaba la ambición de separar completamente a

los obreros de los revolucionarios utilizando, para suplantarlos, la misma táctica que éstos empleaban para atraer a los trabajadores a su causa.

El éxito obtenido por la propaganda de los «economistas» fue sin duda el que le sugirió esa idea. Debió pensar que los obreros podían ser desviados de las reivindicaciones políticas satisfaciendo sus reivindicaciones económicas, concediéndoles la jornada de ocho horas y dándoles salarios más elevados. Por iniciativa suya se crearon en las fábricas grupos de obreros que se reunían para examinar, bajo la dirección de sus agentes, la manera de mejorar su situación.

Esos grupos cobraron importancia y empezaron incluso a discutir con los patronos. Los pretextos sobraban. Y a veces sucedía que, al no haber acuerdo, decretaban la huelga. Entonces se presenciaba este curioso espectáculo: un enviado del departamento de la policía se presentaba en la dirección de la fábrica y exigía que se diera satisfacción a los huelguistas. O bien, cuando el patrono de una fábrica en huelga se dirigía a la policía para que le enviara agentes que hicieran entrar en razón a sus obreros, se le negaban. Los industriales, descontentos, se quejaban al servicio de inspección del trabajo colocado bajo las órdenes del ministro de Hacienda, quien intervenía entonces ante su colega del Interior para moderar el ardor de los «zubatovistas». Pero éstos, validos de la protección de su jefe, volvían a las andadas con más ganas.

Zubatov enfiló, pues, su mira sobre Gapón. Quería ponerlo en contacto con sus agentes, que se proponían crear en San Petersburgo una organización zubatovista similar a las que había creado en Moscú. Gapón prefirió actuar por su propia cuenta y reunió en la primavera de 1903 un pequeño grupo de obreros. Poco después Zubatov, que no se había entendido con el nuevo ministro del

Interior, Plehve, tuvo que dimitir. Sin embargo, Gapón siguió en buenas relaciones con el departamento de la policía. Su grupo se desarrolló rápidamente y recibió numerosas adhesiones de antiguos «zubatovistas». Sus estatutos fueron legalmente reconocidos por la autoridad pública. Tomó el nombre de *Asociación de los obreros rusos de las fábricas de San Petersburgo*. Gapón era considerado como su «representante». Junto a él funcionaba un comité de «responsables» que compartían con él la dirección de la asociación. En noviembre de 1904 la Asociación tenía ya once secciones que agrupaban a 9.000 obreros. El departamento de la policía proporcionaba los fondos.

Desde principios de diciembre se hizo tormentosa la atmósfera en el interior de la Asociación, como repercusión del estado de agitación general en que vivía el país. Las administraciones regionales y algunas corporaciones burguesas habían presentado peticiones al Gobierno, insistiendo en la necesidad de hacer algunas concesiones a la opinión pública. En los círculos «gaponistas» se alzaron entonces voces que decían que había que usar el mismo procedimiento para llamar la atención de los gobernantes sobre la penosa situación en que se hallaba la clase obrera. Se habían infiltrado en la Asociación militantes socialdemócratas y socialistas-revolucionarios que trataban de introducir en sus reivindicaciones artículos de alcance político. Los socialistas-revolucionarios fueron más expeditos y emprendedores para convencer a Gapón. Este se opuso en un principio al proyecto de petición, pero luego, a finales de diciembre, dio su consentimiento.

La Asociación acababa de entrar precisamente en conflicto con la dirección de la fábrica Putilov, que había despedido a cuatro militantes gaponistas. Las negociaciones, en las cuales participaron el Gobierno de la capital y el inspector general del Trabajo, no dieron



resultados, y el 3 de enero de 1905 (viejo calendario ruso) los obreros de la fábrica se declararon en huelga. El 4 otras fábricas siguieron su ejemplo. El 5 cesó el trabajo en la gran fábrica Semiannikov. El 6 era día de fiesta. El 7, la huelga de las fábricas era casi general. Al día siguiente, 8, no se publicaron los periódicos. Un corresponsal de Lenin le escribía ese mismo día desde San Petersburgo: «Estamos contemplando aquí un cuadro que nunca se había visto, y la angustia oprime el corazón ante la incógnita: ¿podrá la organización socialdemócrata tomar en sus manos la dirección del movimiento? La situación es extraordinariamente seria. Todos estos días se celebran reuniones en todos los sectores de la Asociación de los obreros rusos. Las calles están llenas de gentes desde la mañana hasta por la noche. De vez en cuando aparecen socialdemócratas que pronuncian discursos y distribuyen volantes. Se les escucha, en general, con simpatía, pero en cuanto tocan al zarismo los zubatovistas empiezan a gritar: «¡Eso no nos importa! ¡El zarismo no nos molesta!» Y, sin embargo, en sus propios discursos figuran todas las reivindicaciones de los socialdemócratas, incluida la jornada de ocho horas y la reunión de una Asamblea Constituyente mediante sufragio directo y universal».

En esas reuniones se toma la siguiente decisión: el domingo, 9 de enero, los obreros deben ir en masa a la plaza del Palacio de Invierno y entregar al zar, por mediación de Gapon, una petición que enumere sus dolencias y que termine con estas palabras: «Concedenos esto o moriremos todos.» Esta decisión es acogida en todas partes con un entusiasmo delirante. En la mañana del 8, la petición circula en las secciones gaponistas, donde los obreros la firman jurando que marcharán al día siguiente acompañados de sus mujeres y de sus hijos. A las dos de la tarde los reúne un mitin grandioso en la Casa del Pueblo. La

policía no interviene. Pero en los círculos de la corte se estima que Gapón ha desbordado los límites que le han sido asignados y se acuerda que la proyectada manifestación no será tolerada. El gran duque Vladimir, tío del zar, toma la dirección de las operaciones. Las tropas ocupan las plazas y todas las grandes vías que corren de los suburbios al Palacio de Invierno. Las columnas de obreros que se habían puesto en marcha en la mañana del 9 chocan con barreras militares y son dispersadas por los cosacos.

Gapón marchaba, con una gran cruz en la mano, a la cabeza de la columna formada por los obreros de la fábrica Putilov en el suburbio de Narva. Elevaban delante iconos y un retrato de Nicolás II. Por todas partes ondeaban las banderas. La multitud entonaba cánticos mientras marchaba. En la puerta de Narva la tropa disparó contra ella. Todo el mundo huyó. Gapón estuvo a punto de ser aplastado en el tumulto. Un socialista-revolucionario, Rutenberg, que está a su lado, logra sacarlo de allí y conducirlo, medio desvanecido, fuera de peligro.

Al reponerse, Gapón dirige un llamamiento al pueblo: «Camaradas, obreros rusos, ya no tenemos zar. Un río de sangre lo separa desde ahora del pueblo ruso. Ha llegado la hora de empezar sin él el combate por la libertad del pueblo. Hoy os doy mi bendición. Mañana estaré con vosotros.» Y parte para el extranjero. Los dirigentes del partido socialista-revolucionario le facilitaron el viaje y lo pusieron en contacto con sus camaradas de Ginebra. Pero Gapón no quiso adherirse a su partido. Manifestó el deseo de conocer a los jefes de la socialdemocracia rusa. Plejanov lo recibió muy secamente; no se fía de él y creía que se trataba de un simple agente provocador de la policía zarista. Lenin se mostró más acogedor. Y eso que acababa de recibir una carta de su colaborador Gusev, a quien había enviado recientemente a San Petersburgo, quien le ponía en

guardia contra Gapón, «un zubatovista de primera clase, sin duda alguna», según él. «Aunque no hay pruebas formales —decía—, el solo hecho de que no lo hayan detenido ni expulsado de la capital a pesar de sus discursos incendiarios, lo demuestra mejor que todas las pruebas.»

Para Lenin, el caso de Gapón no se presentaba en forma tan sencilla. Policía o no, Gapón había resultado ser un conductor de masas incomparable. Hombres así son infinitamente valiosos en tiempos de revolución. No se les puede rechazar por simples razones pudibundas que resultan fuera de lugar en las circunstancias por que se atraviesa. Al contrario, hay que tratar de obtener las mayores ventajas posibles para la causa revolucionaria y, si es posible, tratar de ponerlos en el buen camino y hacerlos abjurar de los amos a quienes han servido. Es lo que quiso intentar con Gapón. Se entrevistó, pues, con él. La entrevista se celebró en un café. De creer a Lenin, Gapón producía en él «la impresión de un hombre indudablemente devoto de la revolución, inteligente y lleno de iniciativa, pero, desgraciadamente, sin ideología revolucionaria bien definida».

Después de la entrevista le confió a su mujer: «Necesita que le guíen. Le he dicho: “Padre, desconfíe de los aduladores, déjese guiar; si no, mire dónde acabará”; le señalé debajo de la mesa.» Por tanto, Lenin se ofreció como guía a Gapón. Empezó por prestarle una cantidad de libros sobre la doctrina marxista. Interesaron mediocrementemente al sacerdote, tanto más cuanto que, en una buena parte, eran obras de Plejanov, de ese mismo Plejanov que acababa de tratarlo con tan poca consideración. Además, no había venido a Ginebra para leer libros, sino para preparar, de acuerdo con las organizaciones revolucionarias del extranjero, una insurrección armada en Rusia. En lugar de sumirse en la literatura marxista puesta a su disposición por

Lenin, se pasaba el tiempo ejercitándose en el disparo de pistola o montando a caballo.

Al mismo tiempo, Gapón había empezado a preparar una especie de amplio frente único de la Revolución que debía englobar a todas las organizaciones socialistas sin distinción de matices, incluidos los representantes de las minorías nacionales del Imperio ruso. Dirigió a todos ellos una «carta abierta» exhortándolos a «concertar inmediatamente un acuerdo» y a dedicarse a la organización de la lucha armada contra el zarismo. «Los partidos deben movilizar todas sus fuerzas —escribía—. Bombas y dinamita, terrorismo individual o colectivo, todo lo que pueda contribuir a la caída del zarismo debe ser empleado. Finalidades inmediatas: abolición de la monarquía, gobierno revolucionario provisional que proclame inmediatamente la amnistía general y convoque una Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal y directo.»

Lenin dispensó una buena acogida a esa carta. La publicó en su periódico, acompañada de un comentario bastante elogioso y que no formulaba más que algunas reservas de detalle. No le disgustaba mostrar a sus adversarios que no era en modo alguno el sectario ciego que ellos decían, que no se apartaba de todos los que no compartían sus puntos de vista y que no era hostil al menor compromiso. Decía: «Estimamos posible, útil y necesario ese acuerdo. Felicitamos a G. Gapón por haber hablado precisamente de un acuerdo, ya que sólo el mantenimiento de la independencia completa de cada partido, en materia de doctrina y de organización, puede garantizar a esta tentativa de alianza militar posibilidades de éxito... Estaremos obligados, inevitablemente, a marchar separadamente (*getrennt marschieren*, escribe Lenin en alemán), pero ahora podemos, y aun podremos todavía más de una vez, en el futuro, golpear juntos (*vereint schlagen*)».

Evidentemente, la finalidad inmediata proclamada por Gapón no tiene nada en común con la meta final que se propone alcanzar la revolución socialista. Pero tal como se presenta es justa y, por el momento, todo el mundo debe adoptarla como el objetivo más inmediato de la lucha. Lo enojoso es la posición vacilante que ocupa Gapón fuera de los partidos. Lenin trata, sin embargo, de hallarle una excusa: «Es natural —observa— que por haber cambiado tan rápidamente de fe, Gapón no haya podido formarse en el acto una clara concepción posible.» Eso es lo que le desea Lenin muy cordialmente en la parte final de su artículo.

Unos días después, Gapón le envía una invitación para la conferencia, así como, la lista de las organizaciones que deben participar en ella. Ignorando las divisiones políticas y dejándose influir por los socialistas-revolucionarios, con los cuales se entendía mejor (éstos, por lo menos, no le imponían dosis masivas de sabias lecturas), había incluido sobre todo en esa lista grupos en los que dominaba la tendencia socialista-revolucionaria y no se había preocupado por sopesar la verdadera importancia de cada uno de ellos. Plejanov se negó a asistir. Lenin fue.

Nada más empezar surgió un incidente. El partido socialdemócrata letón protestó contra la presencia del delegado de la «Unión socialdemócrata letona» afirmando categóricamente que esa organización no existía más que en el papel y que el personaje admitido en la conferencia no representaba más que a sí mismo. Las organizaciones socialistas-revolucionarias salieron en defensa del letón. No habiendo podido obtener una satisfacción, el partido socialdemócrata letón abandonó el salón de sesiones. Lenin, los bundistas y los armenios, que se habían solidarizado con él, siguieron su ejemplo. La conferencia siguió reunida, votó una resolución que exigía la aplicación del principio

federalista en las relaciones de las minorías nacionales con el Imperio, la socialización de la tierra conforme al programa del partido socialista-revolucionario y la convocación de un Asamblea Constituyente. Y se separó sin lograr ningún resultado positivo.

Desilusionado, Gapón decidió regresar a Rusia y llamar a los obreros al combate en su nombre personal. Pero necesitaba armas. Pudo conseguir fondos (su nombre gozaba entonces de un gran prestigio en el extranjero), compró en Inglaterra una cantidad bastante considerable y fletó un barco para transportarlas a Rusia. Al llegar a la desembocadura del Neva, el navío inglés encalló en la arena y la carga tuvo que ser abandonada. Completamente desalentado, Gapón anduvo algún tiempo de acá para allá, haciendo una vida clandestina, acabó por reanudar sus contactos con el departamento de la policía y se convirtió en un vulgar agente provocador a sueldo. Un año más tarde fue muerto por el mismo socialista-revolucionario, Rutenberg, que le había salvado la vida la mañana del 9 de enero de 1905.

La marcha de los acontecimientos incitaba a Lenin a apresurar en lo posible la convocatoria de su Congreso, que debía, según él, poner fin al desorden que reinaba en el partido. Desgraciadamente, la Directiva rusa encargada de preparar la convocatoria parecía olvidar la misión que le había sido confiada. Bogdanov, que era el alma y el cerebro, no daba señales de vida. El 29 de enero Lenin escribe a Litvinov: «Querido amigo: Tengo un gran favor que pedirle. Regañe, por favor, a Bogdanov, pero regáñele bien... Ya no se oye hablar de él. Ni una línea para el periódico. Ni una palabra sobre los asuntos, sobre los proyectos. Es algo increíble.»

Litvinov debió cumplir muy bien el encargo que le hizo Lenin, porque unos cuantos días después se reunió la

Directiva y empezó a discutir el proyecto de declaración destinado a ser dirigido al partido. Bogdanov, que conducía el debate, logró imponer su tesis: creación de un centro de dirección única en Rusia con plena autoridad sobre el órgano central del partido, lo cual implicaba cambios importantes en los estatutos votados en el segundo Congreso. Gusev, ese «empleado de Lenin», como le llamaban en broma sus camaradas por el celo que ponía en servir los intereses de su patrón, había tratado de protestar. Bogdanov le objetó que la organización tripartita de la dirección había provocado ya una escisión en el seno del partido. Lo mismo les sucedería a los bolcheviques si la mantenían. Gusev tuvo que inclinarse ante ese argumento. También triunfó el punto de vista de Bogdanov sobre la composición del futuro Congreso: los ocho nuevos comités creados por los mencheviques serían oficialmente invitados a participar con voz deliberativa. También se enviarían invitaciones al Consejo del partido, al Comité central, al órgano central, es decir, a la *Iskra* de Plejanov y Martov, y a la *Liga*. El pretexto era que había que seguir «en la legalidad», actuar «legalmente» con el adversario, tratar de convencer a los mencheviques «con la dulzura». Finalmente, en lugar de reunirse en Ginebra, como lo deseaba Lenin, se decidió que el Congreso se reuniría en Londres.

Como había muy buenas razones para creer que todo eso no le gustaría mucho a Lenin, se decidió preguntarle su parecer, pero en una forma en que quedaba colocado, por decirlo así, frente al hecho consumado. Litvinov asumió esa delicada misión. «Telegrafía si está de acuerdo o no», le decía en su carta. Lenin contestó: «Sí.» Al día siguiente escribía a Bogdanov: «Ayer le envié el telegrama anunciando que aceptaba sus cambios, aunque no estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero estoy tan asqueado

de ver cómo se prolongan las cosas y he comprendido tanto que se burlaban de mí, que he cedido. Con tal de que se haga algo, con tal que se publique una declaración relativa a la convocatoria del Congreso, cualquier declaración, pero que se publique por fin y que no nos limitemos a dejar las palabras en el aire. Quizá le sorprenda que yo diga que se burlan de mí. Pero fíjese solamente en esto: hace dos meses comuniqué mi proyecto a todos los miembros de la Directiva. Nadie se ha interesado ni ha juzgado necesario proceder a un cambio de impresiones. Y ahora: ¡telegrafía!... ¡Pobres de nosotros! Disertamos sobre la organización, sobre el centralismo y, en realidad, hay tal barullo entre nosotros, incluso cuando se trata de los camaradas más allegados, tal amateurismo, que dan ganas de mandarlo todo al c... Nuestra única fuerza radica en la unión, en la energía del ataque. ¡Y se predica la «lealtad»! Pues bien, señores, yo apuesto que si ustedes persisten en actuar así nunca tendrán un Congreso y estarán siempre bajo la bota de los bonapartistas del Comité central y del órgano central. Convocar un Congreso en nombre de una Directiva revolucionaria y reconocer a los nuevos bonapartistas, a la *Liga* y a las criaturas bonapartistas (los nuevos comités) el derecho de participar, es hacer el ridículo... Se podía y se debía invitar a los centros directores, pero concederles voz en las deliberaciones es, lo repito, una locura. Naturalmente, no vendrán de todos modos; pero ¿para qué darles la oportunidad de escupirnos en la cara una vez más...? En realidad, a veces creo que las nueve décimas partes de los bolcheviques no son, en realidad, más que miserables formalistas absolutamente incapaces de hacer la guerra. Hubiera sido mejor que se los pasara todos a Martov... ¿Cómo no comprende esa gente que antes de la Directiva, antes del *Vpered*, hemos hecho todo lo necesario para salvaguardar la lealtad y para tratar



de solucionar la diferencia por medios formalistas? Si no queremos ofrecer al mundo el asqueroso espectáculo de una solterona anémica y seca, orgullosa de su virginidad estéril, debemos comprender que necesitamos la guerra y una organización de guerra. Sólo después de una larga guerra, y a condición de poseer una impecable organización militar, podrá transformarse nuestra fuerza moral en fuerza material. Nos falta dinero. El proyecto de reunir el Congreso en Londres es archiidiota, porque va a costar doblemente caro. No daremos un kopek para nuestros gastos de viaje. No podemos interrumpir el periódico y una larga ausencia va a detenerlo. El Congreso debe ser simple, como en la guerra; corto, como en la guerra; reducido, como en la guerra. Es un Congreso para la organización de la guerra. De esto se desprende que usted se hace todavía ilusiones al respecto...»

Un acontecimiento imprevisto transformó la situación radicalmente. El 12 de febrero, todo el Comité central, que se había reunido en casa del escritor Andreev, fue detenido. Únicamente escapó Krassin, quien llegó con una media hora de retraso y al ver un grupo de agentes ante la casa ordenó al cochero de su vehículo que siguiera de frente. También quedaron en libertad otros dos miembros que se habían quedado en Smolensk, donde dirigían la oficina técnica del Comité central. Pero, en San Petersburgo fue Krassin quien desde ese momento representaba, él solo, a todo el Comité. Liberado de los seis «bonapartistas», se mostró dispuesto a entenderse con la Directiva. Personalmente le parecía buena la idea de celebrar un Congreso, y de su propia iniciativa, que en este caso pasaba por ser del Comité central en su conjunto, lanzó un llamamiento a los comités locales invitándoles a pronunciarse todos en favor de esa convocatoria. Dos días después, tras haberse puesto de acuerdo con sus dos colegas de Smolensk, se dirigió a la

Directiva de la «mayoría» para tratar de llegar a un acuerdo. La entrevista se celebró el 12 de marzo. Después de una discusión que dura seis horas se firma el acuerdo. Se conviene, para respetar «las formas», pedir al Consejo, es decir, a Plejanov, Axelrod y Martov, que convoquen el Congreso. Si se niega, cosa que era posible, se pasaría por encima de él y el Congreso se reuniría de todos modos. Pero se habrían guardado las apariencias sin necesidad de violar la «legalidad». Una vez más no protestó. Quería terminar a toda costa. «Cualquier Congreso, pero un Congreso, y lo más rápidamente posible», decía en una de sus cartas a Gusev. Este había sido designado por la Directiva para entenderse con Krassin. El 4 de abril le escribía: «En cuanto al acuerdo del 12 de marzo, no digo nada. De nada serviría lanzar juramentos. Probablemente no se podía hacer de otra manera... Pero en lo tocante al dinero, no se entusiasme (la Directiva había logrado reunir 11.000 rublos para los gastos del Congreso). No gaste mucho. Lo necesitaremos más después del Congreso.»

Veintinueve comités, o sea la totalidad de los comités rusos, enviaron delegados. Se formaron dos grupos. Los delegados de veinte comités se trasladaron a Inglaterra y los nueve restantes a Suiza, donde los mencheviques, después de haber intentado en vano impedir la convocatoria del Congreso, resolvieron organizar una «conferencia panrusa de socialdemócratas». Así fue como hacia el 25 de abril se encontraron reunidos en Londres 38 delegados, de los cuales 24 tenían voz deliberativa y 14 voz consultiva.

El Congreso se reunió en una cervecería. Lenin fue elegido presidente. Las cuatro primeras sesiones fueron dedicadas a la verificación de los poderes de los delegados. En la quinta, Lenin anunció que «el tercer Congreso del partido socialdemócrata obrero ruso se hallaba constituido»,

tras lo cual dio la palabra a Lunatcharski para que presentara su informe sobre la insurrección armada, informe del que Lenin había preparado el esquema y redactado la resolución.

Lenin no apareció personalmente como ponente sino hasta la undécima sesión. Tenía que tratar la cuestión de la participación de los socialdemócratas en el futuro gobierno provisional que nacería de la revolución victoriosa. Lenin admitía esa participación «a fin de poder sostener una lucha implacable contra todas las tentativas contrarrevolucionarias y defender los intereses de la clase obrera». Al mismo tiempo que formaran parte de ese gobierno, que sería necesariamente un gobierno de coalición, los socialdemócratas debían arrastrar al proletariado a ejercer una presión constante sobre él «a fin de conservar, consolidar y ampliar las conquistas de la revolución».

Su informe ocupó toda la sesión de la mañana. Por la tarde se discutió. Pero no fue más que un cambio de impresiones muy ameno y la resolución propuesta por Lenin fue aprobada por unanimidad. Al día siguiente tenía que presentar otro informe: «Del apoyo al movimiento campesino.» Pero al empezar la sesión diecisiete delegados presentaron en la presidencia una declaración que insistía en la necesidad de terminar lo más rápidamente posible los trabajos del Congreso «dado el estado de extrema fatiga en que se hallaban todos los delegados» Lenin comprendió de qué se trataba y al subir a la tribuna prometió ser muy breve. Cumplió su palabra. Desgraciadamente, uno de los firmantes de la declaración, el viejo georgiano Zakharia, no pudo resistir la tentación de echar su cuarto a espadas sobre ese tema y se enfrascó en un interminable discurso. Hasta la decimoquinta sesión no pudo la Asamblea abordar el problema capital, que había motivado la reunión del

Congreso: el de la reorganización interior del partido y de la conducta a seguir frente a los «disidentes» mencheviques. Pero primero se discutió extensa y ásperamente la cuestión de las relaciones entre obreros e intelectuales en el seno de los comités. Bogdanov, de acuerdo con Lenin, había presentado un proyecto de resolución que recomendaba a los dirigentes de las organizaciones locales introducir en los comités el mayor número posible de obreros. Lenin lo apoyó calurosamente. «La tarea de la futura dirección del partido —dijo— será precisamente la de reorganizar en ese sentido la mayoría de nuestros comités.» A los asistentes, que eran casi exclusivamente intelectuales (no figuraba entre ellos más que un obrero), no les agradaron mucho esas palabras. El delegado de Moscú, un muchacho muy joven, Rykov, se puso a silbar. Esta impertinencia parece haber molestado un poco a Lenin. Llamó al orden, en un tono bastante agrio, al precoz comitard, pero la mayoría de la asamblea dio la razón a éste y adoptó su moción, que rechazaba la propuesta por Bogdanov.

Por fin se pudo pasar a la discusión de los estatutos. Estos sufrieron una transformación radical sin provocar grandes debates. El famoso artículo primero introducido por Martov fue reemplazado por aquel de Lenin que había rechazado el Congreso anterior. Se suprimió el Consejo del partido. Un Comité central, compuesto de cinco miembros, asumiría él solo la dirección del partido. Escogería entre sus miembros al director responsable del órgano central. La *Iskra* cesaba de ser el periódico oficial del partido. La reemplazaba el *Vpered*, que de ahora en adelante se llamaría *Proletary* (El Proletario).

Las elecciones para el Comité central no satisficieron a Lenin. Quería meter, junto a Bogdanov y Krassin, a un viejo amigo suyo, el estadístico Rumiantzev, a quien había conocido en los principios de su carrera de militante. Este,

que se había convertido desde entonces en un personaje bastante representativo en los círculos intelectuales, parecía poco apto para un trabajo de revolucionario activo. Desagrada a la mayoría de los delegados por sus maneras «burguesas». y por su lenguaje distinguido. «Cuando le preguntamos a Lenin —cuenta uno de ellos— por qué quería meter a Rumiantzev en el Comité central, nos respondió bromeando: ¿Y dónde quieren ustedes que lo metamos? Esta chanza fue fatal para el infortunado candidato. Los comitards, informados de que Lenin quería encajar a Rumiantzev en el Comité central «porque no servía para nada», votaron por Rykov, que se había distinguido en el Congreso por su importancia (también había sido él el promotor de la declaración de los diecisiete cuyas consecuencias sufrió el segundo informe de Lenin) y que se había granjeado numerosas simpatías a pesar o quizá a causa de sus actitudes de golfillo, de su aspecto de niño turbulento.

Pero era difícil obligar a Lenin a renunciar a un proyecto que le interesaba. Inmediatamente después de terminado el Congreso, en la primera sesión del Comité central que se celebró el mismo día de la clausura, hizo designar tres «suplentes», uno de los cuales era Rumiantzev, quienes deberían estar listos para reemplazar a aquellos miembros que cayeran en manos de la policía. Rykov fue detenido nada más regresar a Rusia, y Rumiantzev ocupó inmediatamente su lugar en el Comité.



## XIII

# EL CHOQUE DE 1905

Eran los primeros días de julio. Hacía calor y la gente de Ginebra pensaba en su viaje de vacaciones, lo cual no impedía a Lenin, que ya era miembro del Comité central, representante de éste en el extranjero y director del periódico oficial del partido, continuar con más vigor que nunca su lucha contra los mencheviques «desorganizadores y enterradores de la unidad socialdemócrata». Y de pronto resuena como un trueno la formidable noticia del motín del acorazado Potemkin. Ahora Lenin está convencido: la revolución ha estallado efectivamente; ya no se trata de una multitud desarmada de obreros pacíficos, sino de una fuerza militar disciplinada, provista de cañones y de municiones, que se alza contra el zarismo. Hay que apresurarse, por tanto, a tomar la dirección de la revuelta, a ampliarla, a darle todo su sentido revolucionario. El acorazado rebelde ha ido a situarse ante Odesa. Allí se va a producir, pues, el primer choque. Pero no se fía de los comitards de esa ciudad. Decide enviar un emisario provisto de plenos poderes por el Comité central. En este caso el Comité central es él. Su elección recae en un militante que acaba de llegar de Rusia, Vasiliev-Yujin. En los *Recuerdos* de éste podemos leer:

«He sido informado de que Lenin me buscaba para hablarme de un asunto urgente y muy importante. Cuando me disponía a ir a su casa lo vi llegar a la mía. La entrevista fue breve:

—Camarada Yujin: el Comité central ha decidido que salga usted mañana para Odesa.

—De acuerdo. Hoy mismo, si hace falta. ¿Objetivo?

—Muy importante. Es de temer que los camaradas de Odesa no sepan explotar útilmente la revuelta del acorazado Potemkin. Debe usted conseguir que los marineros desembarquen y ocupen la ciudad. Trate de introducirse a toda costa en el acorazado y convénzalos de actuar enérgicamente. Si es necesario, no vacile en mandar bombardear los edificios públicos. Hay que apoderarse de la ciudad. Después; sin perder un instante, armar a los obreros y comenzar la más activa propaganda entre los campesinos. Propóngales apoderarse de las tierras de los grandes propietarios y de unirse a los obreros para sostener la lucha en común. Atribuyo una importancia enorme a su unión con los obreros en la batalla que acaba de empezar. Lenin parecía muy emocionado y sumamente excitado. Nunca le había visto así. Me sorprendió particularmente lo que dijo luego:

—A continuación, haga todo lo posible por arrastrar al resto de la flota a seguir el ejemplo del Potemkin. Estoy convencido de que la mayoría de las unidades lo harán. Luego envíe un torpedero a buscarme. Estaré en Rumanía.

—¿Cree usted seriamente que todo eso es posible? — exclamé sin poderme contener.

—Perfectamente posible —me contestó en tono firme y categórico».

Yujin se puso en camino. Al llegar no encontró ya en la rada de Odesa al acorazado. Ya se sabe cómo terminó esa acción. Lenin no tuvo necesidad de tomar el tren para



Bucarest. Pero no se desanimó en modo alguno. Simplemente se dijo: viaje aplazado. Y tenía razón. La monarquía de los Romanov crujía por todas partes. Arrastrada a una guerra infortunada con el Japón, iba hacia la catástrofe. La caída de Puerto Arturo, en enero de 1905, anunciaba ya que la guerra estaba perdida. El desastre de Zusima, en mayo siguiente, donde pereció casi toda la flota rusa, no hizo más que acelerar el desenlace. Una ola de descontento recorrió todo el país. El 19 de junio, Nicolás II, al recibir a los diputados de los municipios del Imperio, había confirmado solamente su promesa de convocar a los representantes de la nación. Eso no impidió que el movimiento se extendiera. En Lodz y en Varsovia los obreros se declaran en huelga y levantan barricadas. En la provincia de Jarkov los campesinos devastan los dominios de la nobleza.

En octubre, la huelga es general. Comienza el 7 con el paro de los ferroviarios en la línea Moscú-Kazán. El 8 para todo el sistema de Moscú. El 10, los del Oeste y del Mediodía. Cesa el trabajo en las fábricas. En San Petersburgo, los socialdemócratas sugieren y realizan la creación de un «Comité obrero» que toma la dirección de la huelga. Ese Comité cede casi inmediatamente el lugar a un «Consejo de los delegados obreros» que celebra su primera sesión el día 13. Ha nacido un nuevo poder: los Soviets. El 16 la huelga es general en todo el país. Al día siguiente aparece un manifiesto del zar que concede a sus súbditos un régimen constitucional y garantiza sus libertades políticas, entre otras la de prensa. Los revolucionarios podrán escribir ya libremente en periódicos que se venderán a la luz del día.

Todavía antes de los acontecimientos de octubre, Krassin, que al mismo tiempo que asumía en la clandestinidad las funciones de miembro del Comité central

del partido socialdemócrata ocupaba en «la legalidad» un puesto importante en la dirección de la gran manufacturera de textiles de Orechovo-Zuevo, había concebido el proyecto de crear en Rusia un periódico que se publicara legalmente y en el cual colaborarían escritores sin partido, políticamente inofensivos ante los ojos del Gobierno, lo que permitiría colar, tras esa fachada neutral, los artículos de los periodistas socialdemócratas, sobre todo los de Lenin. Habló de ello a Gorki, a quien le pareció buena la idea, pero como él era ya muy sospechoso convinieron que, oficialmente, el periódico simularía ser editado por su mujer, la célebre actriz Andreeva, una de las glorias del Teatro de Arte de Moscú. Un poeta decadente, un novelista de moda y una escritora muy elegante prometieron su colaboración. Por lo tanto, la «fachada» estaba lista. Faltaba encontrar el dinero. El patrón de Krassin, el industrial Morozov, «el hombre más rico de Rusia», proveyó los fondos. Las huelgas habían impedido que el periódico se publicara antes del 17 de octubre. El primer número salió el 27, cuando ya no necesitaba «fachada» alguna.

A partir de ese momento se planteó a Lenin la siguiente cuestión: ¿podría seguir en Ginebra y comentar desde lejos y siempre, inevitablemente, con retraso, los acontecimientos que se sucedían en Rusia a un ritmo vertiginoso? Numerosos mencheviques, entre ellos Martov y Dan, se habían apresurado a regresar a su país. Ya estaban publicando sus periódicos y amenazaban con quitar al suyo la influencia que apenas empezaba a reconquistar como órgano del partido. Por otra parte, el centro de la lucha política se había trasladado evidentemente a Rusia. Se marchaba a pasos rápidos, según Lenin, y a pesar de los paliativos del manifiesto del 17 de octubre, hacia una insurrección armada, destinada a derribar completamente al zarismo. El partido socialdemócrata había proclamado en

múltiples ocasiones que asumiría la dirección de esa insurrección. Tenía que asegurarse, por tanto, el dominio en el Consejo de los delegados obreros que se había convertido en una especie de Parlamento ilegal y que tenía en sus manos los hilos conductores del movimiento. El abogado Chrustalev-Nosar, que había sido elegido presidente, no ejercía más que una autoridad puramente nominal. Trotski, que había regresado a Rusia en los primeros días del «nuevo régimen», se había convertido inmediatamente en el verdadero jefe del Consejo y dirigía sus deliberaciones, fogoso y autoritario, según su costumbre.

Todo esto hacía comprender a Lenin que su presencia era necesaria allá. Apresuró, por tanto, los preparativos para partir. Pero quería dar a su llegada a Rusia una significación particular. Le propuso a Plejanov partir juntos. Su aparición simultánea hubiera tenido el valor de un símbolo: el de la unidad, nuevamente restablecida, del partido socialdemócrata. El «padre de la socialdemocracia rusa» se negó a salir de Ginebra. Seguía siendo escéptico en cuanto al resultado de los acontecimientos, no consideraba mortales los golpes recibidos por el zarismo y dudaba de la eficacia de los que se le iban a dar. Y Lenin partió solo.

Lenin tenía que pasar la frontera con un pasaporte falso. El agente del partido que debía llevárselo a Estocolmo llegó con dos semanas de retraso y Lenin apareció en San Petersburgo el 8 de noviembre (viejo calendario ruso). Desde el primer día se dio cuenta de que, en efecto, los periódicos socialistas se exhibían libremente en los quioscos y los oradores del partido peroraban todo el día en reuniones públicas que se celebraban por todas partes, pero también de que la policía zarista no había abdicado en modo alguno sus poderes y que se mostraba tan activa como en el pasado. Los militantes estaban estrechamente vigilados, sus desplazamientos eran observados y anotados

en previsión de la primera oportunidad que se presentara de echarles mano. Los sabuesos, los espías y los provocadores estaban en plena actividad. Y sus jefes, abrumados de trabajo. Todo ese mundo vivía con la firme convicción de que esta «algazara» no duraría mucho y de que pronto se pondría a buen recaudo a «toda esta canalla».

Lenin llegó a la conclusión de que había que mostrarse muy prudente. Empezó por ponerse irreconocible, afeitándose la barba y el bigote y colocándose unas gruesas gafas azules. Cambiaba muy frecuentemente de alojamiento y se pasaba casi todo el día encerrado en su habitación. Krupskaja, que lo siguió a Rusia con unos días de intervalo, se alojaba generalmente en otro sitio. Iba a verlo a sus escondites y le llevaba las noticias del día. Por la noche, Lenin se trasladaba a la imprenta de la *Novaia Jisn* (Vida Nueva). Así se llamaba el periódico fundado por Gorki y Krassin y en el cual había comenzado ya a colaborar durante su estancia en Estocolmo. Esperaba los resultados de los debates de las sesiones del Soviet, que terminaban bastante tarde, y escribía enseguida su artículo. Luego, a través de la capital dormida, muchas veces al alba, después de haber corregido meticulosamente sus pruebas, volvía «a su casa». No aparecía en ninguna reunión pública. No asistió más que una sola vez a las sesiones del Soviet. También dio una conferencia, de carácter semiprivado, en la Sociedad de Ciencias Económicas y unas cuantas charlas en el Hotel de los estudiantes del Instituto Politécnico.

Lo que más le ocupaba en aquel entonces era la reunión de un nuevo Congreso del partido. Según los estatutos adoptados en Londres, esas asambleas debían celebrarse una vez al año. Por tanto, el próximo Congreso no podía ser convocado hasta abril de 1906. Pero la situación que acababa de crearse no permitía una espera tan larga. Era

muy urgente, estimaba Lenin, llegar a la reunificación del partido. Por otra parte, se había planteado un nuevo problema: ¿participaría el partido en las próximas elecciones a la Duma del Imperio? Evidentemente no había nada que esperar, según él, de esa parodia de Parlamento y no se podía pensar en enviar diputados, pero como las elecciones estaban anunciadas en tres fases, podrían ser utilizadas, en sus dos primeras partes, para las necesidades de la propaganda, retirando después a los candidatos socialdemócratas. Quería también, para apresurar la reconciliación, que los bolcheviques y los mencheviques, después de haberse reunido separadamente, pero el mismo día y en el mismo sitio, y de haberse puesto de acuerdo sobre el orden del día, se fusionaran en el acto y formaran una sola asamblea en la que cada fracción tuviera un número igual de votos. Los mencheviques no aceptaron. Preferían la constitución previa de un Comité de organización en el que estarían representadas las dos fracciones y que se encargaría de convocar el Congreso. Tenían sus razones para ello, como se verá un poco más adelante. El caso es que, no pudiendo llegar a un acuerdo inmediato con los mencheviques, Lenin hizo lanzar por el Comité central, donde tenía asegurada la mayoría gracias a la presencia de Rumiantzev y del ex «conciliador» Postolovski, que le debía el haber sido admitido, un llamamiento a los miembros del partido invitándoles a enviar delegados a un Congreso que se iba a celebrar el 10 de diciembre. Las elecciones se harían sobre bases nuevas. Todas las organizaciones, y no sólo los comités, podrían estar representadas a razón de un delegado por cada 300 camaradas organizados. El Comité central se comprometía a que, tan pronto como se abriera el Congreso, propondría a los delegados de los comités con voz deliberativa que concedieran ese mismo derecho a los representantes de las

organizaciones que no dispongan más que de una voz consultiva.

El Gobierno se repuso bastante rápidamente de su desfallecimiento y resolvió amordazar la revolución. El 26 de noviembre es detenido el presidente del Soviet de San Petersburgo. Lo reemplaza un directorio que dirige un llamamiento al pueblo exhortándolo a combatir al Gobierno y a no pagar más impuestos. Los ocho periódicos que lo publicaron fueron recogidos y prohibidos. La *Novaia Jisn* figuraba entre ellos. El mismo día, 3 de diciembre, todo el Comité ejecutivo del Soviet de la capital es detenido in corpore, incluido Trotski. Se improvisa, como se puede, otro Comité ejecutivo que se refugia en la clandestinidad y que lanza la orden de huelga general. ¿Pero dónde está Lenin? ¿Qué hace Lenin? Está totalmente absorto en la preparación de su Congreso. Para no exponerse a una redada de la policía se decide celebrar la reunión en Finlandia, en Tammerfors. El partido distó mucho de responder en masa a su llamamiento y el número de delegados que se presentaron a la Comisión revisora de credenciales resultó demasiado reducido para poderse constituir en Congreso. Se decidió, por tanto, celebrar una simple conferencia, bajo la presidencia de Lenin, naturalmente.

Se tomó el acuerdo de convocar en el futuro inmediato un Congreso común que agrupara a bolcheviques y mencheviques, y se pasó a examinar la cuestión de las elecciones para la Duma. Cuando Lenin anunció, en su calidad de presidente, que se había depositado en la presidencia una moción recomendando la participación en la primera y segunda fase de las elecciones, se oyó una voz sonora que gritaba con fuerte acento georgiano: «¿Por qué elecciones? Nuestra táctica es el boicot. Es muy buena. ¿Por qué cambiarla?» Alguien dijo: «¿Participar en las elecciones, aunque sólo fuera en las dos primeras fases, sería un

crimen contra la Revolución!» Lenin echó un vistazo a su alrededor. El georgiano estaba muy excitado. La asamblea parecía darle la razón. La moción discutida coincidía perfectamente con su punto de vista, pero comprendió que no tenía la menor posibilidad de ser aprobada, y dirigiéndose a los asistentes con un tono lleno de dulzura declaró: «Camaradas: debo confesar que soy cómplice de ese crimen. Pero vosotros, los militantes locales, debéis conocer mejor que yo el estado de ánimo de las masas en Rusia; yo he estado demasiado tiempo en la emigración; vosotros sois mejores jueces.» La conferencia adoptó, en consecuencia, una resolución que recomendaba no participar de ningún modo en las elecciones, pero utilizar en toda la medida de lo posible las reuniones electorales para la propaganda de la insurrección armada.

Después de la sesión, Lenin fue a dar un apretón de manos al fogoso georgiano. Así fue su primer encuentro con Stalin.

Mientras en Tammerfors se discutía en una atmósfera de conciliación y de buen humor, en Moscú corría la sangre. El Comité de su organización socialdemócrata, que estaba en manos de los bolcheviques, había instado al Soviet de esa ciudad a declarar la huelga general, de acuerdo con la orden lanzada el 4 de diciembre por el Soviet de San Petersburgo, y a transformarla en el curso de la lucha en insurrección armada. La huelga comenzó el 7. Los dos primeros días transcurrieron en manifestaciones pacíficas y no dieron lugar a incidente alguno. El 9, un destacamento de dragones dispersó a sablazos una reunión de obreros. Entonces se empezaron a construir barricadas. Los Soviets de barrio se repartieron la dirección de las operaciones. Las tropas reaccionaron blandamente. Se tenía la impresión de que, en una buena parte, simpatizaban con los insurrectos, quienes, ante ello, cobraban cada vez mayor aplomo. El

almirante Dubasov, comandante militar de Moscú, pidió entonces a San Petersburgo un regimiento seguro que le permitiera aplastar la insurrección. El Gobierno resolvió enviarle el de la Guardia imperial, sobre cuya lealtad se podía contar ciegamente.

Al saber que los obreros de Moscú se habían adueñado de varios barrios de la ciudad y que seguían oponiendo una resistencia enérgica a los soldados del zar, la conferencia de Tammerfors decidió clausurar lo más rápidamente sus trabajos a fin de que los delegados regresaran urgentemente a sus puestos y estuvieran listos para cualquier eventualidad. La noticia de los primeros triunfos de la insurrección había electrizado a todo el mundo. «Todos los camaradas mostraban un entusiasmo magnífico — escribe Krupskaia—, todos estaban listos para el combate. Entre sesión y sesión aprendíamos a disparar.»

Lenin regresó a San Petersburgo en el preciso momento en que debía comenzar el traslado del regimiento de la Guardia a Moscú. Como los ferroviarios de la línea San Petersburgo-Moscú estaban en huelga, las autoridades tuvieron que recurrir al batallón especial de ingenieros. A parte de eso, la ciudad estaba tranquila. Después de haber sido eliminados en masa sus representantes, los obreros no manifestaban el menor deseo de tomar las armas para apoyar a sus camaradas de Moscú. Apenas bajado del tren, Lenin reunió, en las primeras horas de la noche, a algunos de sus colaboradores, en la redacción del *Novaia Jisn*, que estaba desierta desde su cierre. Asiste a la reunión, especialmente convocado, el «experto militar» del partido, Antonov-Ovseenko, que estuvo a punto de ser oficial después de salir del colegio.

Lenin expone la situación: «Hay que impedir el envío de las tropas. Hay que ayudar a los combatientes de Moscú.» Alguien propone: «Hay que obstruir la vía, quitar los raíles.»



Lenin aprueba: «Está bien. Pero no es suficiente.» Una voz: «Echémonos a la calle, reunamos a todos los que tienen armas. Apoderémonos de un barrio. Atrincherémonos y atraigamos sobre nosotros a las tropas.» Lenin: «No. Esa es una táctica desesperada. Eso no impediría en modo alguno el envío de las tropas. No habremos tenido tiempo de atrincherarnos cuando ya nos habrán vencido. Pero ¿qué opina nuestro militar?» Y los ojos se fijan en Antonov. Su opinión es que no se puede contar con los marinos, que han sido privados de sus armas, ni con la Guardia, que no marchará contra el Gobierno, pero sí podrían entenderse con el batallón de ingenieros, que parece bien dispuesto para con los revolucionarios. Deciden, en consecuencia, entrar en relaciones con él, apoderarse con su ayuda del arsenal y entregar a los obreros las armas conseguidas. Después ocuparán el barrio de Vyborg y establecerán el contacto con Finlandia, que no espera más que la señal para unirse a la revolución.

Ese plan no pudo ser ejecutado porque el batallón de ingenieros se negó a unirse a los obreros. El tren para Moscú pudo partir llevando al regimiento de la Guardia. En los días 16, 17 y 18 la insurrección fue aplastada y ahogada en sangre.

La hermana de Lenin, que había llegado a San Petersburgo, le contó que en la estación había oído que una obrera de Moscú decía con amargura a los de la capital: «Gracias, camaradas. ¡Qué bien nos habéis ayudado enviándonos el regimiento de la Guardia!» No contestó nada; únicamente su rostro se crispó dolorosamente.

Lenin se daba cuenta de su falta: la de no haber sabido prever el curso de los acontecimientos y no haberse hallado a la altura de la situación que se había creado. Un poco más tarde, en su artículo *Las lecciones de la insurrección de Moscú*, lo reconoció con toda franqueza: «El proletariado

había sentido antes que sus dirigentes la evolución de las condiciones de la lucha, que exigía pasar de la huelga a la insurrección... Nosotros, los jefes de la socialdemocracia obrera, nos parecíamos, en diciembre, a ese general que había dispuesto su ejército de una manera tan estúpida que la mayor parte de sus tropas no pudieron participar en el combate. Los obreros buscaban orientaciones para una acción de masas y no las encontraban.»

Plejanov, al enterarse en Ginebra del fracaso de los insurrectos de Moscú, se había limitado a declarar agriamente: «No valía la pena tomar las armas puesto que no se estaba preparado.» Lenin estimaba, por el contrario, que sí había valido la pena, pero que había hecho falta mostrar más energía, más iniciativas y también más comprensión.

Evidentemente, si durante esos días decisivos, Lenin, en lugar de preparar el trabajo de la conferencia de Tammerfors, hubiera dado la señal de alarma, con ayuda de sus colegas del Comité central, en las principales organizaciones obreras de la capital, incitándolas a obedecer la orden de huelga lanzada el día 4, tal como lo había hecho el Comité de Moscú, la insurrección habría cobrado otra amplitud. Pues no sólo se combatía en Moscú en esa primera quincena de diciembre de 1905. El día 8 se declaró en rebelión Novorossisk, en las orillas del Mar Negro, y se proclamó la república en Krasnoiarsk, en Siberia. El 12 estalló la insurrección en Jarkov, en Nikolaiev, en Nijni-Novgorod. El incendio se extendía a todas partes. Si las dos capitales hubieran resistido, se habría transformado en un inmenso brasero que habría devorado a la monarquía con todas sus instituciones, incluida la próxima *Duma*. Y entonces no hubiera sido necesario discutir qué actitud debía adoptar el partido socialdemócrata frente a ésta.

Pero no se había perdido nada, estimaba Lenin. ¡Al contrario! «Los cañones de Dubasov —decía— han inculcado el espíritu revolucionario en nuevas masas del pueblo.» Esperaba que los campesinos se levantarían en la primavera próxima y que ese levantamiento tendría profundas repercusiones en el ejército. Por otra parte, los soldados desmovilizados y los prisioneros repatriados debían llevar al campo un gran fermento revolucionario. Y nuevamente, tras el corto descanso de dos meses de invierno, se levantaría con mano firme el estandarte de la lucha, lucha final «hasta vencer o morir».

En el primer número de un nuevo periódico bolchevique que se trató de camuflar presentándolo como órgano de la asociación de estudiantes de la Universidad de San Petersburgo, Lenin escribía bajo el título de *El partido obrero y sus tareas del momento*: «Miremos el presente bien de frente. Un nuevo trabajo nos espera: un trabajo de asimilación de la experiencia de las recientes formas de combate, un trabajo de preparación y de organización de las fuerzas en los principales centros del movimiento. Esas fuerzas existen. Crecen más rápidamente que nunca. Únicamente una parte mínima fue arrastrada en el alud de los acontecimientos de diciembre. El movimiento dista mucho de haber alcanzado toda su amplitud y toda su profundidad... Que las tareas que incumben al partido obrero se alcen claramente ante él. ¡Abajo las ilusiones constitucionales! Hay que conseguir fuerzas nuevas que sean atraídas hacia el proletariado. Hay que agrupar toda la experiencia de los dos grandes meses revolucionarios: noviembre y diciembre. Hay que adaptarse a la situación creada por el régimen zarista restablecido. Hay que saber, en todas partes donde sea necesario, refugiarse de nuevo en la clandestinidad. Hay que formular las tareas gigantescas que la próxima acción va a plantear ante

nosotros, de una manera más concreta, con mayor precisión, más metódicamente y con más espíritu de continuidad en su preparación, y administrar lo más que se pueda las fuerzas del proletariado, agotado por las huelgas que ha tenido que sostener».

El conde Vitté, presidente del Consejo de ministros, tuvo conocimiento de ese artículo y transmitió el número al ministro del Interior, Durnovo, limitándose a hacerlo con «sus mejores saludos». Este comprendió muy bien lo que eso quería decir. El número fue recogido, el periódico prohibido y el departamento de la policía hizo saber al procurador general del Tribunal de Justicia de San Petersburgo que consideraba absolutamente necesario encarcelar al autor del artículo, culpable de haber hecho un llamamiento abierto a la insurrección armada. La caza no dio resultado. Lenin pudo trasladarse incluso a Moscú para entrevistarse con los dirigentes de la organización socialdemócrata de esa ciudad sobre el Congreso que había que reunir en Estocolmo en abril próximo.

En efecto, bolcheviques y mencheviques habían acabado, a pesar de todo, por llegar a un acuerdo. Pero fue muy laborioso. Después de toda una serie de conversaciones iniciadas, interrumpidas, reanudadas, nuevamente interrumpidas, se celebró una entrevista el 22 de diciembre (acababa de pasar la «semana sangrienta» de Moscú) entre bolcheviques. Lenin y Martov estaban presentes. Se pusieron de acuerdo sobre las condiciones de fusión de las dos fracciones. Tras lo cual los dos jefes presentaron, cada uno, un informe sobre la táctica a seguir durante las elecciones... e inmediatamente volvieron a quedar en pleno desacuerdo.

Había que empezar todo de nuevo. Y se empezó de nuevo. La iniciativa procedía esencialmente del lado de los bolcheviques. Martov y sus amigos no manifestaban mucha

prisa en responder a su oferta. Temían ser «comidos» por sus adversarios. Querían ganar tiempo, ver cómo iban a marchar las cosas para los bolcheviques. El fracaso de la insurrección de Moscú no había contribuido a realzar su prestigio. La táctica staliniana del boicot absoluto de las elecciones, que había triunfado en Tammerfors, no hizo aumentar, tampoco, el número de sus partidarios. Los mencheviques se aprovecharon. Su influencia sobre las masas aumentó sensiblemente en provincias. Cuando aceptaron definitivamente reunirse con los bolcheviques en un Congreso de unidad, estaban seguros de tener la mayoría. El nuevo sistema de designar los delegados a razón de uno por cada 300 militantes, ideado por Lenin, se volvió en contra suya, tanto que de 111 delegados nombrados hubo 62 mencheviques y 49 bolcheviques. En consecuencia, los resultados del Congreso podían preverse: el partido saldría unificado, ciertamente, pero dominado por los mencheviques. Lenin tenía que darse cuenta forzosamente. Si a pesar de eso fue a Estocolmo es porque él también tenía sus razones.

Ese Congreso, el cuarto, estaba llamado a cobrar una amplitud desacostumbrada. Plejanov y Axelrod habían prometido acudir. Junto con los invitados y con los delegados que disponían de voz consultiva, el total de personas presentes llegaría a la cifra de 156. Nunca se había visto una cosa así.

Desde un principio se vio que los mencheviques dominaban la situación. Para la Mesa del Congreso, que debía componerse de tres miembros, fueron elegidos dos mencheviques, Plejanov y Dan, y un bolchevique, Lenin. En la Comisión revisora de credenciales, de cinco miembros, figuran tres mencheviques y dos bolcheviques. Resultados: los poderes de los delegados bolcheviques son examinados con lupa. Un delegado letón escribe a un amigo: «Los

mencheviques merman las fuerzas bolcheviques en todas partes donde pueden hacerlo». Krupskaja, que tiene mandato del grupo socialdemócrata de Kazán, no puede obtener más que un voto consultivo por faltarle cuatro o cinco votos necesarios para tener el número legal. El delegado de los estudiantes de la Universidad de San Petersburgo es rechazado pura y simplemente, a pesar de que representaba a 320 comitentes.

Sucedió lo que tenía que suceder. Se proclamó oficialmente la fusión de las dos fracciones. La casi totalidad de las resoluciones adoptadas por el Congreso eran debidas a la iniciativa de los mencheviques. Consiguieron siete puestos en el Comité central, contra sólo tres de los bolcheviques. Aunque ya se había previsto en conferencias preliminares, los delegados bolcheviques se mostraron completamente abatidos al conocer los resultados del escrutinio. «Recuerdo —escribe Stalin— que todos nosotros, amontonados, mirábamos a Lenin pidiéndole consejo. Algunos exteriorizaban su hastío, su desaliento. Recuerdo que Lenin, como toda respuesta, murmuró aflojando apenas los dientes: «No lloriqueéis, camaradas. Venceremos porque somos nosotros los que tenemos razón.»

En su calidad de representante de los obreros de San Petersburgo en el Congreso, Lenin creyó necesario redactar para ellos un informe sobre los trabajos de éste. Según él, el Congreso ha tenido su lado malo y su lado bueno. En todo caso, se ha logrado un resultado positivo: los partidos nacionales, polacos, letones, bundistas, han aceptado sumarse al partido socialdemócrata ruso. En efecto, ése era un hecho capital que iba a modificar radicalmente la relación de las fuerzas en el interior del partido. Lenin no dejará de sacar de ello el mayor provecho. Pero por el momento le parecía todavía prematuro descubrir su juego. Asimismo, cabía felicitarse, decía, de la fusión entre

bolcheviques y mencheviques. Ya no hay escisión. El proletariado no tiene más que un solo partido. Sólo falta realizar prácticamente esta unidad en el interior de las organizaciones. «Es necesario que se presenten homogéneas y unidas, pero en su interior la lucha ideológica puede continuar entre las diversas corrientes del pensamiento socialdemócrata.» De ahora en adelante no habrá «fracciones», sino «alas»: el ala izquierda y el ala derecha. «Eso existe —explica Lenin— en todos los partidos socialdemócratas de Europa.» En realidad, no ha cambiado nada, salvo los nombres. Si antes se combatía a los mencheviques, ahora se luchará contra el «ala derecha», que ha demostrado en el Congreso, según él, que no cree en la victoria de la revolución en curso, que más bien la teme, que sobrestima la misión de la burguesía liberal, que predica el apoyo al nuevo partido de los constitucionales-demócratas (los llamados «cadetes») y que no aprecia en su justo valor la importancia de la democracia revolucionaria (los socialistas-revolucionarios, los laboristas, la unión campesina, etc.). De ahí la tendencia a oponerse a que la *Duma* sea boicoteada. «Contra esa tendencia —dice Lenin— debemos sostener la lucha más enérgica, más implacable. Hay que emprender la más amplia discusión de las decisiones tomadas por el Congreso. Hay que exigir que todos los miembros del partido adopten una aptitud perfectamente consciente y crítica frente a esas decisiones. Hay que conseguir que todas las organizaciones obreras, con pleno conocimiento de causa, se pronuncien sobre ellas, para aprobarlas o para rechazarlas. Esa discusión debe llevarse a cabo en la prensa, en las reuniones públicas, en asambleas privadas de militantes, si queremos aplicar efectivamente los principios del centralismo democrático en el interior de nuestro partido.»

En los momentos en que terminaba el Congreso de Estocolmo, la *Duma* inauguraba sus sesiones. Esto permitió a los bolcheviques reanudar legalmente la publicación de su periódico. Reapareció el 26 de abril bajo el nombre de *Volna* (La Ola). Lenin regresó a San Petersburgo en los primeros días de mayo. El día 5 apareció su primer artículo en el nuevo periódico. Se titula: *La lucha por la libertad y la lucha por el poder*. «El combate sostenido por el pueblo en octubre de 1905, escribe Lenin, sólo le permitió arrancar al gobierno «promesas de libertad» y nada más. Pero esos fracasos no han sido inútiles: han preparado al pueblo para una lucha más seria. El contraste entre la «promesa de libertad» y la ausencia de ésta, entre la potencia del gobierno que actúa y la importancia de los diputados que no hacen más que hablar, penetra cada vez más en el espíritu del pueblo, aproxima cada vez más el momento en que éste se lanzará al asalto para adueñarse plena y definitivamente del poder.»

Al día siguiente, 6, nuevo artículo: *La ola sube*. Hay que hacer todo el esfuerzo necesario para que en esta ocasión la acción revolucionaria esté mejor organizada que en octubre-diciembre. «Se impone al partido la tarea más importante, la más urgente, la fundamental. Todos nuestros pensamientos, todos nuestros esfuerzos, todo nuestro trabajo de propaganda, de agitación y de organización, todo debe dedicarse a preparar mejor al proletariado y a los campesinos para una nueva lucha decisiva. Ya hemos visto con qué rapidez vertiginosa se han desarrollado los acontecimientos en octubre y en diciembre. Que todo el mundo se mantenga, pues, en su puesto.»

Por fin se decide, por primera vez desde su regreso a Rusia, a dirigirse directamente al pueblo, tomando la palabra en un mitin popular. Pero, naturalmente, no cometerá la imprudencia de aparecer con su nombre.



Cuando llegue su turno, el presidente anunciará que «tiene la palabra el camarada Karpov». Krupskaja, que estaba junto a la tribuna, anotó en sus *Recuerdos*: «Era (Lenin) presa de una fuerte emoción. Una vez que subió a la tribuna guardó silencio durante cerca de un minuto. Estaba terriblemente pálido; toda la sangre le afluía al corazón.» Acostumbrado a reuniones cerradas, congresos, conferencias, sesiones de grupos o de comités, no se sentía a gusto en presencia de esta multitud inmensa, anónima, que había acogido con un silencio glacial el anuncio de un nombre que no le decía nada. La figura de Lenin no era familiar a las masas en aquella época; además, hasta sus amigos tenían dificultades para reconocerlo bajo el aspecto que se había dado. Unos cuantos miembros del partido, que estaban en el secreto, hicieron circular su nombre entre los asistentes; los obreros de la fábrica Putilov, agrupados en las galerías superiores, dan la señal de los aplausos y, de pronto, una ovación formidable se desgrana a través de la sala. Entonces empieza a hablar.

Ha venido a proponer a la asamblea que vote una resolución. Esa resolución debe advertir a todos los ciudadanos que el gobierno «se burla abiertamente de la representación nacional y se dispone a contestar con la violencia a las reivindicaciones de los campesinos que reclaman tierras». Esa resolución debe comprobar que el partido constitucional-demócrata no ha cumplido su promesa de convocar una Constituyente elegida por sufragio universal y directo, y poner en guardia al país contra ese partido que «se balancea entre la libertad del pueblo y el gobierno zarista que lo oprime». También debe llamar la atención de todos los que aman la causa de la libertad sobre el hecho de que la actitud del Gobierno, su rotunda negativa a tomar en consideración las dolencias populares, hacen inevitable una lucha decisiva fuera de la

*Duma*, «una lucha por el poder absoluto del pueblo, único capaz de garantizar su libertad y de hacerse justicia». La resolución es votada en medio de un entusiasmo extraordinario. «Se rasgaron camisas rojas para hacer banderas —escribe Krupskaja— y los obreros volvieron a sus barrios cantando a coro estribillos revolucionarios.» Lenin logró salir y escabullirse fuera, sin llamar la atención de ningún espía o agente observador presente en la reunión.

Pero al día siguiente el Gobierno tomó represalias. Los periódicos de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios, cuyos representantes habían participado abiertamente en el mitin, fueron prohibidos y se ordenó la detención de todos los oradores, incluido el «camarada Karpov», el cual se volvió ojo de hormiga, volvió a ser Lenin y se puso de nuevo a escribir artículos para la *Volna* bolchevique, respetada por las autoridades.

Todos los días ataca con vehemencia a los «cadetes» de la *Duma*. Ninguno de los periódicos reaccionarios puso tanto encarnizamiento para revelar sus debilidades y sus contradicciones. Plejanov se creyó obligado a señalar en una «Carta abierta a los obreros» que el Gobierno toleraba esa crítica violenta del primer Parlamento ruso porque contribuía a desacreditarlo ante el pueblo.

Mientras tanto, Lenin se dispone a lanzar el asalto contra el «ala derecha» del partido. La operación ha sido concebida para ser realizada en varios tiempos. Para comenzar obtiene de la organización socialdemócrata de San Petersburgo, donde cuenta con sólidos apoyos, la convocatoria de una conferencia de todas las secciones de la capital. Objeto: definición de la táctica que debe adoptar el proletariado de San Petersburgo frente a la *Duma* y frente a la resolución del Comité central, que se ha pronunciado en favor de apoyar a un eventual ministro «cadete». La conferencia se reúne de nuevo en Finlandia, en Terioki ahora. Asistieron

alrededor de 80 delegados en representación de cerca de 4.000 obreros miembros del partido socialdemócrata. Tras escuchar un informe presentado por Lenin, la conferencia votó una resolución que declaraba que el Comité central expresaba tan sólo la opinión de la minoría del partido y reclamaba la convocatoria de un nuevo Congreso para liquidar esa situación paradójica. Una conferencia análoga llegó al mismo resultado en Moscú. Según los cálculos de Lenin, esta última expresaba la opinión de 14.000 obreros socialdemócratas. Por lo tanto, y siempre según él, unidos a los 4.000 de San Petersburgo, forman más de la mitad de los efectivos totales del partido (en el último Congreso estaban representados de 31 a 33.000 miembros), lo que quiere decir que la mayoría de éste condena la posición adoptada por el Comité central en la cuestión del apoyo al ministerio «cadete». De ello saca la siguiente conclusión: «Nuestro ministerio, es decir, el Comité central, ha dejado de encarnar la voluntad del partido. Su deber político más elemental es, en consecuencia, convocar con toda urgencia un Congreso extraordinario. De lo contrario, quedará en la situación de un grupo de individuos que se aferran al poder con pretexto puramente formulario mientras la mayoría se ha pronunciado ya claramente sobre la cuestión de fondo.» Y agrega: «De todas maneras, el partido sabrá conseguir ahora que el Congreso sea convocado.»

En efecto, la situación en el interior del partido ya no era la misma. La integración de los partidos nacionales había provocado una afluencia en masa de nuevos miembros y había modificado radicalmente la relación de fuerzas. Cuando fue convocado el Congreso de Estocolmo había en el partido alrededor de 13.000 bolcheviques y 18.000 mencheviques. Ahora había que agregar 33.000 bundistas, 26.000 polacos y 14.000 letones. Y aunque los bundistas, que no habían olvidado la actitud que adoptó contra ellos

Lenin en el segundo Congreso, se habían puesto resueltamente al lado de los mencheviques, los polacos y los letones se pronunciaron claramente en favor de los bolcheviques. De esa manera, Lenin pretendía contar con 53.000 partidarios, mientras que Martov y Plejanov, según sus cálculos, no podían disponer más que de 51.000. Ya tenía, por lo tanto, la mayoría. Sin embargo, el Comité central, incluso después de la introducción obligatoria de un letón (se las habían arreglado para meter al polaco en el Consejo de redacción del órgano central del partido), no contaba más que con cuatro bolcheviques contra siete mencheviques, a los cuales se unirían próximamente dos bundistas. Era evidente que, en esas condiciones, la dirección del partido estaría siempre en manos de los mencheviques. Únicamente un Congreso podía quitársela «legalmente».

A todo esto, el 8 de julio de 1906 fue disuelta la *Duma* por Stolypin, que había sido nombrado Ministro del Interior el 10 de mayo anterior. Alrededor de doscientos diputados, en su mayoría constitucionales demócratas, se reunieron al día siguiente en Vyborg, Finlandia, y dirigieron al país un llamamiento que recomendaba la «resistencia pasiva» al despotismo zarista. La población no reaccionó. Únicamente en Polonia hubo algunos atentados contra policías de más o menos alto rango. Las tentativas de levantamiento de los marinos de Cronstadt y de la guarnición de la fortaleza de Sveaborg habían sido ahogadas muy rápidamente. La orden de huelga lanzada, un poco tarde, por el Comité central para apoyarlos, no fue acatada. Con mano de hierro, el nuevo ministro había agarrado al país por la garganta y lo había reducido al silencio. La policía recuperó todos sus derechos. Los revolucionarios fueron acosados por todas partes, despiadadamente. Lenin decidió salir de San Petersburgo y retirarse a Finlandia. Le consiguieron un

pasaporte a nombre de Erwin Weykoff, súbdito alemán nacido en Homeln el 16 de julio de 1862, tipógrafo de oficio, y fue a instalarse a Kuokalla, pequeña estación ferroviaria en la línea Helsingfors-San Petersburgo. Un militante socialdemócrata que poseía una villa allí la puso a su disposición. La casa no era muy grande, pero resultaba muy confortable. En el primer piso había una habitación disponible, la misma que ocupó Bogdanov con su mujer.

Como ya no podía publicar su periódico en San Petersburgo, Lenin logró poner en marcha una publicación periódica en Vyborg. Se presentaba, en espera de algo mejor, como el órgano de los comités socialdemócratas de San Petersburgo y de Moscú. Título: *Proletary*.

El primer número apareció el 21 de agosto. Contenía cuatro artículos de Lenin; uno de ellos bastante largo (alrededor de 800 líneas) y titulado *La crisis política y el hundimiento de la táctica oportunista*, era una severa crítica al Comité central: los nuevos problemas tácticos exigen de él soluciones rápidas, claras y precisas. En lugar de eso reina una confusión total en su seno. Por lo tanto, ya no está a la altura de su tarea y debe ser renovado; debe continuarse cada vez más enérgicamente la acción en favor de la convocatoria de un nuevo Congreso.

Después de la fracasada tentativa de huelga para apoyar la insurrección de Sveaborg, el Comité de San Petersburgo, en el que Lenin ejercía una gran influencia, tomó una resolución que exigía la reunión urgente de un Congreso extraordinario. Al mismo tiempo, decidió que todas las organizaciones locales serían informadas e invitadas a pronunciarse a este respecto.. El Comité de Moscú dio inmediatamente su adhesión. Los polacos y los letones hicieron lo mismo. A continuación los comités de Briansk, Minsk, Ural, Nijni-Novgorod, Perm, Kursk y Kazán reconocieron al periódico de Lenin como su órgano oficial. El

del partido, que estaba entonces en manos del «ala derecha», combatió con vehemencia esa iniciativa. Se reunió una conferencia a principios de noviembre. De los 32 delegados presentes no había más que doce rusos. Los demás representaban a las minorías nacionales (7 bundistas, 5 polacos, 3 letones, 4 georgianos y un delegado del Asia central). Se decidió que el Congreso sería convocado para el 15 de marzo del año próximo a más tardar. A petición de los representantes del Comité central, que asistían a la conferencia con voz consultiva, quedó convenido que los gastos de viaje y de estancia de los delegados correrían por cuenta de sus respectivas organizaciones por no disponer el Comité central de recursos suficientes. Además, para hacer frente a los gastos generales del Congreso se impuso a los miembros del partido una contribución especial a razón de veinte kopeks por cabeza. No era una enormidad, pero parece que no todos los militantes mostraron igual celo en el cumplimiento de ese deber cívico. Por lo menos el 1 de marzo de 1907 el jefe de la agencia extranjera del departamento de policía informaba: «La convocación del Congreso se ha retrasado porque se carece de los fondos necesarios, que se calculan en 50.000 rublos.» Y agregaba con la mayor seriedad y en un tono de hombre perfectamente convencido: «Cabe esperar que la agencia va a participar en el Congreso e incluso es posible que disponga de dos mandatos.» Al tiempo que luchaba por convocar el Congreso, Lenin se había trabado en una áspera controversia con el «ala derecha» a causa de las próximas elecciones para la segunda *Duma*. Stolypin, después de haber quebrantado el movimiento revolucionario, creyó posible conceder al país una nueva reunión de sus representantes, con la esperanza de que la lección recibida por sus predecesores les incitaría a mostrarse más prudentes. La víspera de las elecciones

para la primera *Duma*, los bolcheviques habían adoptado, como hemos visto, la táctica de boicotear las elecciones. Ahora Lenin escribe: «Los socialdemócratas del ala izquierda deben reconsiderar la cuestión del boicot de la *Duma*.» Hay que saber aprovechar las lecciones de la experiencia. «Sería pedante temerlas y no tenerlas en cuenta.» Ha descubierto así que la presencia de los socialdemócratas en la *Duma* podría facilitar y estrechar el contacto con los campesinos, lo cual permitiría combatir con éxito la influencia de los «cadetes». Prácticamente he aquí a dónde quería llegar Lenin: en la primera *Duma* se había formado un grupo parlamentario importante compuesto de representantes de la pequeña burguesía, de un cierto número de campesinos acomodados y de unos cuantos intelectuales, que se inclinaba hacia el socialismo sin adherirse a él definitivamente y que tomó el nombre de *Partido de los Laboristas*. Se había declarado independiente de los constitucionales demócratas, pero iba a su remolque y votaba con ellos. Metiendo en la *Duma* a un cierto número de diputados socialdemócratas, Lenin esperaba poder trabar, a través de ellos, una alianza con los laboristas y, privando a los «cadetes» de ese valioso apoyo, quitarles la preponderancia en la nueva legislatura. Y helo aquí lanzado, apasionadamente, en plena batalla preelectoral. Pone la misma fogosidad, el mismo ímpetu en su lucha contra los constitucionalistas-demócratas que antaño contra los populistas, los marxistas legales, los economistas, etc. Tanto más cuanto que los mencheviques se han pronunciado en favor de un acuerdo con los «cadetes».

Martov defendió esa última tesis en la conferencia de noviembre. Lenin presentó un informe en favor de la suya. Los votos de los bundistas dieron la victoria a los mencheviques. Por 18 votos contra 14 la conferencia se declaró en favor de un entendimiento con el partido

burgués de los constitucional-demócratas. Pero eso no le preocupa en modo alguno a Lenin. Las resoluciones tomadas en una conferencia no tienen más que un alcance facultativo. Y, además, falta todavía saberlas interpretar. Por lo demás, la misma conferencia tuvo la prudencia de votar una resolución más, considerada por Lenin como «una de las menos elásticas» y que, en realidad, lo era infinitamente. Especificaba en particular: «La conferencia está convencida de que es un deber para los miembros de una organización acatar las orientaciones dadas por ésta, ya que si bien el Comité central puede prohibir a las organizaciones locales que presenten candidaturas en las que los socialdemócratas figuren junto con los candidatos de otros partidos, no tiene derecho a obligarlos a formar parte de tales listas.» Lo que permitió a Lenin llegar a esta conclusión: el partido tiene que escoger entre dos plataformas; las organizaciones locales quedan en libertad para adoptar la que mejor les convenga, pero una vez tomada la decisión, «todos nosotros, miembros del partido, debemos marchar como un solo hombre. El bolchevique de Odesa debe meter en la urna la papeleta que lleve el nombre de un “cadete”, incluso si al hacerlo así siente ganas de vomitar. El menchevique de Moscú debe meter la papeleta en la que no figuren más que nombres socialdemócratas, incluso si su alma languidece por los constitucional-demócratas.»

En cuanto a él, personalmente, continúa obstinadamente su campaña contra la alianza con los «cadetes». Su esperanza de formar un bloque «anticadete» con los laboristas no habrá de realizarse, ya que los jefes de ese partido invitan a sus tropas a dar sus votos a los constitucional-demócratas. «¡Eso es —grita furioso— traicionar abiertamente a la causa del país!» No importa. «¡Abajo todos los bloques —decide Lenin—. El partido



obrero debe tener independencia en su campaña electoral y demostrarlo, no con palabras, sino con hechos. Debe ofrecer a todo el país, y más particularmente al proletariado, el modelo de una crítica ideológica, firme y audaz. Sólo así nos atraeremos a las masas a una participación activa en la lucha por la libertad.»

Los meses que van de noviembre de 1906 a enero de 1907 son dedicados casi enteramente a esa campaña política. Lenin escribe simultáneamente en su periódico que se publica en Vyborg y en un semanario bolchevique camuflado, publicado en San Petersburgo. Al mismo tiempo redacta folletos que son editados y difundidos por una editorial montada por Krassin y cuya existencia legal tolera la policía de la capital sin que se sepa muy bien por qué. Mantiene con San Petersburgo un enlace estrecho e ininterrumpido. Han puesto a su disposición un correo especial que todas las mañanas se traslada a Kuokalla para tomar sus órdenes y llevarle los periódicos rusos. Ese correo, un obrero bolchevique que abandonó su fábrica para entregarse totalmente a sus deberes de militante, contó más tarde sus impresiones de la primera entrevista con el patrón:

«Al llegar a Kuokalla me presento en la dirección indicada. Nadejda Konstantinovna me recibe en la antesala. Me anuncia. Aparece Vladimir Ilich. Llevaba una camisa rusa sin cinturón. Se veía que acababa de levantarse de su mesa de trabajo. Pasamos a una pequeña pieza que servía de comedor. En una mesita estaba servido el desayuno: pan blanco y negro, queso de Holanda, mantequilla. La cafetera estaba colocada sobre un samovar. Estaba allí una muchacha finlandesa que se ocupaba de la cocina. Nos sentamos todos a la mesa... Vladimir Ilich comía asombrosamente poco; hablaba sobre todo. Después de

beber el café se levantó. «Tendrá que esperarme un poco, camarada S. —me dijo—. Tengo que terminar mi artículo.»

El camarada S. estaba encantado y muy orgulloso de la misión que le había correspondido. Cuando le interrogaban sobre lo que hacía, contestaba en tono misterioso: «Ahora soy edecán de un general.» Pero por nada del mundo consentía dar el nombre de éste. El «general» le tomó cariño, le prestaba folletos marxistas y lo llevaba a algunas reuniones. Un día, al regresar de una asamblea en la que un sabio socialdemócrata se había puesto a explicar al auditorio las teorías del filósofo alemán Wilhelm Ostwald, el camarada S. preguntó a Lenin: «Dígame, Vladimir Ilich, ¿qué es exactamente esa filosofía de Ostwald? El camarada Rojkov la ha explicado muy extensamente, pero yo no he comprendido nada.» «No es más que un galimatías — declaró Lenin—, y no vale la pena atiborrarse el cerebro. No hay más que una sola filosofía para el proletariado. El marxismo.»

Por fin, el 30 de abril comenzó en Londres, en la Iglesia de la Fraternidad, la misma a la que antaño había llevado Lenin a Trotski a escuchar un sermón socialista, el Congreso del partido, el quinto. Trescientos treinta y seis delegados estaban presentes en representación, además de las «alas» derecha e izquierda, de los tres grandes partidos nacionales recientemente admitidos. Los bolcheviques rusos eran 105, contra 97 mencheviques. Contando los votos polacos y letones que tenía conseguidos, Lenin tenía la mayoría asegurada. La mesa directiva, integrada por cinco miembros, se componía de un bolchevique (Lenin), un menchevique (Dan), un polaco, un letón y un bundista, lo que ofrecía un indicio bastante exacto de la relación de fuerzas: tres contra dos.

Trotski, que acababa de salir de la cárcel, estaba presente. Quería reclutar a ciertos elementos revoltosos de

los bundistas y de los polaco-letones para formar una especie de centro que pudiera convertirse en árbitro del Congreso. No lo logró. Hubo justas oratorias entre él y Lenin que parecen haber impresionado profundamente a los asistentes. Lenin se impuso claramente. El «delegado» de la agencia extranjera del departamento de la policía, un pretendido doctor «diplomado de la Universidad de Berlín», el camarada Jitomirski, que militaba, a su manera, en las filas del partido socialdemócrata ruso desde 1902, lo comprueba en su informe. Revela, además, sentir gran admiración por Lenin. «Es el orador más brillante del Congreso —escribe—. Ha adoptado el punto de vista revolucionario más extremista, habla con una fogosidad extraordinaria y entusiasmo hasta a sus adversarios. Ha destrozado magistralmente todos los argumentos y todas las justificaciones de los mencheviques y ha pulverizado a Trotski y a su centro.»

El Congreso terminó con la victoria de Lenin: la resolución adoptada incitaba al partido a sostener una lucha implacable contra todos los moderados en general y contra los constitucional-demócratas, a denunciar todas sus tentativas para ponerse al frente del movimiento campesino. En cuanto a los llamados partidos de «izquierda» (socialistas-revolucionarios, laboristas, populistas, etc.) se consideraba posible una entente para organizar un asalto simultáneo contra el zarismo y contra la burguesía liberal. Fue nombrado un nuevo Comité central, de mayoría bolchevique. «Por primera vez —cuenta Stalin— ví a Lenin en posición de vencedor. Recuerdo la insistencia con que pedía a los delegados: en primer lugar, no nos entusiasmemos, nada de fanfarronerías; en segundo lugar, consolidemos la victoria; en tercer lugar, trabajemos para aniquilar definitivamente al adversario, ya que por el momento ha sido batido, pero no todavía abatido.»

Personalmente, Lenin se sentía completamente agotado por el esfuerzo realizado: en esas últimas semanas se había excedido física y moralmente. El reverendo A. Baker, que tuvo la curiosidad de asistir a una sesión del Congreso, celebrado en su iglesia, lo vio «con la cara pálida, los ojos apagados y las manos temblorosas». Krupskaja escribe: «Después del Congreso, Vladimir Ilich se sentía sumamente fatigado, estaba muy nervioso y no quería comer.» Le obligó a ir a descansar a una pequeña playa finlandesa donde uno de sus amigos poseía una casa. Lenin se dejó llevar. Parecía cansado, deprimido; se pasaba los días durmiendo debajo de un árbol. Los niños de la aldea vecina lo apodaron la marmota. Su mujer, que se apresuró a reunirse con él, logró reanimarlo, haciéndole dar largos paseos por los alrededores, a pie o en bicicleta, y proporcionándole la ocasión de encontrarse con amigos, con quienes jugaba a las cartas o al ajedrez. La señora Ulianov había venido de Moscú para pasar unas cuantas semanas a su lado. Al cabo de un mes, Lenin había recuperado todas sus fuerzas y estaba preparado de nuevo para la lucha. La situación política acababa de agravarse bruscamente: la segunda *Duma* había sido disuelta el 3 de junio. Había que prepararse para las elecciones de la tercera. ¿Qué actitud iba a adoptar el partido socialdemócrata? Repitiendo sus argumentos del año anterior, Lenin se pronunciaba también ahora contra el boicot. Pero ahora eran muchos los bolcheviques que se negaban a seguir a su jefe por ese camino, por estimar que nada se podía sacar de la misma suerte que las dos anteriores. El nuevo Comité central se había dividido: siete miembros votaron por el boicot y seis en contra. Se convocó una conferencia en Terioki para el 8 de julio. Se celebró en una posada. Pero Lenin apenas si tuvo tiempo para tomar la palabra: el dueño del

establecimiento llegó e invitó a todo el mundo a salir, diciendo que no quería tener líos con la policía.

Afuera llueve a cántaros. No hay local. Deciden afrontar la lluvia e ir a continuar la sesión al bosque. Pero no pudieron aguantar mucho tiempo así; se separaron citándose para dentro de ocho días. Volvieron a reunirse el 14 de julio en una villa privada. Ningún incidente alteró ahora la sesión. Se escuchó el informe de Lenin, favorable a una participación en las elecciones: era necesario, estimaba, utilizar la tribuna legislativa para poder dirigirse al país en una época en que la prensa socialdemócrata está obligada a refugiarse de nuevo en la clandestinidad. Algunos «boicoteadores» trataron de defender su tesis. Pero la resolución propuesta por Lenin fue adoptada finalmente por 33 votos contra 30. También en esta ocasión asistió un policía a los debates y también aquí se reveló un ferviente admirador de Lenin. «En un discurso notable —escribe en su informe—, el orador demostró, con calor y con convicción, todo el acierto de su posición táctica.»

El 16 de julio, Lenin fue designado por el nuevo Comité central, en el que tenía la mayoría, para formar parte de la delegación rusa al séptimo Congreso de la Internacional que iba a celebrarse en Stuttgart el 5 de agosto.

El partido socialdemócrata ruso estaba representado por 37 delegados, de los cuales sólo diez recibieron voz deliberativa. El Congreso reunió un total de 884 delegados que representaban a veinticinco naciones. Lenin, invitado a formar parte de la mesa directiva, no apareció en la tribuna, acaparada por las grandes figuras del socialismo internacional, y no se destacó con intervenciones personales. Trató, con ayuda de Rosa Luxemburgo, que formaba parte de la delegación polaca, de convocar a una reunión particular a aquellos miembros del Congreso que, como marxistas revolucionarios, acababan de expresar su

oposición a la táctica oportunista de sus jefes. Muy pocos delegados contestaron a su llamamiento y esa tentativa no dio resultado. Cuando el Congreso abordó la discusión de la resolución propuesta por Bebel sobre la actitud de los socialistas en caso de guerra, Lenin presentó, junto con Rosa Luxemburgo, una enmienda que especificaba que si estallaba la guerra el deber de los socialistas era no sólo tratar de detenerla, sino también de «utilizar la crisis creada por la guerra para acelerar la quiebra de todo el régimen capitalista». Rosa Luxemburgo fue quien tomó la palabra ante el Congreso para defender esa enmienda, que fue adoptada con gran disgusto de Bebel, el cual lamentó amargamente haber permitido que el Congreso concediera demasiados votos deliberativos «a países tan atrasados como Rusia».

El Congreso terminó el 10 de agosto y Lenin regresó a Kuokalla. Se quedó allí hasta finales de noviembre, escribiendo artículos, participando en las conferencias del partido y preparando la edición de una recopilación de sus escritos titulada *En doce años*. El libro, apenas publicado, fue prohibido por el Gobierno, quien mandó recoger todos los ejemplares. Se ordenó llevar a Lenin ante los tribunales. La policía rusa logró descubrir su asilo y varios gendarmes aparecieron en los alrededores de la villa. Se trasladó al balneario de Oglbu, pero tampoco allí se sentía seguro. Y, además, era imposible seguir publicando el periódico en Vyborg. La mano de Stolypin se dejaba sentir duramente, hasta en Finlandia. Se decidió que Lenin reanudaría la publicación del periódico en el extranjero. Bogdanov y otro miembro del Comité central, Dubrovinski, se reunirían con él en breve para secundarlo en esta tarea. En la noche, después de una caminata agotadora sobre un hielo que crujía bajo sus pies, Lenin cruzó la frontera sueca. Por segunda vez se abría ante él el camino del exilio.







**Parte III**  
**LA CONQUISTA**  
**DEL PODER**



# XIV

## AÑOS SOMBRÍOS DE PARÍS

Un viento glacial barría las calles de la ciudad, desierta y silenciosa bajo un cielo de plomo, en la mañana del 20 de enero de 1908, cuando Lenin bajó del tren que lo traía a Ginebra. La primera impresión fue penosa. Le dijo a su mujer: «Tengo la impresión de haber venido a encerrarme a una tumba.» La carta de Gorki le trajo cierto consuelo al día siguiente. El gran escritor se había instalado en la isla de Capri, donde respiraba feliz el aire del Mediterráneo y gozaba de su sol. Invitaba a Lenin a pasar una temporada en su casa. La proposición era tentadora. Pero no la aceptó. «Imposible por el momento —le contestó a Gorki—; es necesario organizar el periódico.» Esa era nuevamente su gran preocupación principal: volver a poner en marcha su hoja y reanudar inmediatamente el combate interrumpido. El problema de su instalación quedó resuelto rápidamente: alquilaron una habitación en una pensión familiar de las más modestas.

Antes de salir de Ginebra, Lenin había hecho embalar cuidadosamente todo el material de la imprenta, el cual fue depositado a continuación en la bodega de la biblioteca rusa. Su primera visita fue, por tanto, para el bibliotecario Karpinski, que había seguido en su puesto. Después de enterarse de que todo estaba intacto mandó llamar a uno

de sus antiguos tipógrafos, que tampoco se había movido de Ginebra, y le encargó que reinstalara urgentemente la imprenta y que se pusiera de nuevo a trabajar. Unos días más tarde llegaron Bogdanov y Dubrovinski. El «trío» de la redacción estaba ya completo. No había más que empezar la preparación del número. Los fondos no escaseaban. Los bolcheviques acababan de cobrar un legado muy importante cuyo origen había provocado múltiples comentarios.

La parte esencial del asunto se reduce a lo siguiente: el sobrino del multimillonario Morozov, Nicolás Schmidt, que era uno de los mayores fabricantes de muebles de Moscú, profesaba por la Revolución sentimientos todavía más fervientes que su tío. Durante las jornadas de diciembre de 1905 sus talleres sirvieron de cuartel general a los insurgentes. Finalmente lo encarcelaron. Su débil complexión no le permitió soportar el régimen penitenciario y murió haciendo saber a quien correspondiera que legaba su fortuna a los bolcheviques<sup>9</sup>. Sus dos hermanas, que entraron legalmente en posesión de la herencia, debían, por tanto, entregar cada una su parte al centro bolchevique. La mayor estaba casada con un abogado, miembro del partido socialdemócrata, pero perteneciente a otra tendencia. Se negó a dar la autorización necesaria a su mujer. Fue citado ante un jurado de honor y obligado a pagar a los bolcheviques la mitad de la suma que había cobrado su mujer, o sea 85.000 rublos. En cuanto a la menor, la situación se presentaba más delicada. Esta muchacha era la amante de un bolchevique activo, muy considerado en los círculos dirigentes de su organización. Víctor Lodzinski, alias Taratuta. Como la muchacha era menor de edad, no podía disponer de sus bienes. Era necesario que se casara. Desgraciadamente, su amante, que llevaba una existencia clandestina, no poseía los documentos civiles necesarios.

Buscaron, pues, un militante que tenía sus papeles en regla y lo casaron, formulariamente, con la señorita Schmidt, quien al convertirse en la señora de Ignatiev pudo cumplir al pie de la letra la última voluntad de su hermano. Así entraron en la caja de los bolcheviques cerca de 200.000 rublos, cantidad muy suficiente para garantizar la marcha de la nueva publicación.

El periódico podía, por tanto, permitirse el lujo de retribuir a sus colaboradores. Pero había que encontrarlos... Lenin sabía muy bien que no debía confiar demasiado en Bogdanov para el material corriente. Su otro colega sólo servía para la tarea puramente técnica (fue nombrado secretario de redacción). Lunatcharski, pegado a Gorki desde que había empezado su nueva emigración, se pavoneaba en Capri y no manifestaba el menor deseo de volver a coger su pluma de periodista. Liadov no daba señales de vida. En general, los intelectuales que en 1905 ofrecían tan solícitos su colaboración a la causa revolucionaria, se esquivaban ahora y se mantenían al margen. Lleno de amargura, Lenin escribía a Gorki: «Los intelectuales abandonan al partido. No se podía esperar otra cosa de esta canalla. El partido se depura de las escorias pequeño-burguesas. ¡Más vale que así sea! El campo de acción estará más despejado para los obreros revolucionarios.»

Se pensó en entenderse con Trotski, que había ido a radicarse a Viena. Pero se hizo la cosa un poco torpemente. Lenin no quería escribirle una carta personal y la invitación para colaborar en el *Proletary* le fue hecha en nombre de la «redacción del periódico», sin la firma de ninguno de los tres directores. Trotski se ofendió y contestó indirectamente: «Se informa a la redacción del *Proletary* que el camarada Trotski no puede escribir por estar demasiado ocupado.»

Pero, sobre todo, Lenin quería conseguir la colaboración de Gorki. Se la pidió con insistencia. Gorki le contestó que no compartía su hostilidad contra los intelectuales y que esa divergencia le impedía escribir en su periódico. Al saberlo, Lenin se apresura a enviarle esta aclaración: «Ha habido un equívoco... Yo no he pensado en modo alguno proscribir a los intelectuales ni negar su utilidad en el movimiento obrero. No puede haber a este respecto divergencia alguna entre usted y yo. Estoy firmemente convencido.» Gorki acabó por ceder y prometió enviar un artículo. Lo más grave era que acababa de perfilarse un desacuerdo profundo entre Lenin y Bogdanov. Durante los dos años que habían pasado luchando juntos en Rusia habían logrado, haciéndose mutuas concesiones de amor propio, mantener buenas relaciones. Lenin trataba de no herir, en la medida de lo posible, la susceptibilidad de su colega. Un día, cuando ambos habitaban la misma casa en Kuokalla, uno de sus fieles le había dicho con voz un poco elevada: «Bogdanov no tiene condiciones para ser jefe del partido, ¡el jefe es usted!» Lenin le hizo una señal enérgica de que se callara y corrió inmediatamente hacia la puerta para ver si por casualidad estaba Bogdanov en la habitación de al lado y había escuchado esas palabras<sup>10</sup>.

Después del aplastamiento del movimiento revolucionario, Bogdanov había reanudado sus trabajos filosóficos. En un trabajo colectivo llamado *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, que pretendía mostrar el verdadero aspecto de éste, publicó un estudio en el que trataba de buscar los orígenes y los antecedentes del materialismo histórico y esbozaba una especie de prehistoria del marxismo, para llegar con todo esto a yuxtaponer la doctrina de Marx y la del idealismo filosófico de Mach y Avenarius; otros trataron, a su lado, de oponer al materialismo el realismo crítico y de interpretar el método

dialéctico a la luz de la teoría moderna del conocimiento; otros aún, entre ellos Lunatcharski, osaron proclamar la necesidad de crear una nueva religión para el marxista y se pusieron a buscar a la divinidad susceptible de ser adorada.

Lenin se puso furioso al leer ese libro. Disputó violentamente con Bogdanov. Una nota de inspiración menchevique publicada en la revista socialdemócrata alemana *Neue Zeit*, dirigida por Kautsky, anunció que los bolcheviques estaban en pleno desacuerdo entre ellos por cuestiones de orden filosófico y que a causa de ello su grupo se hallaba en un estado de total disgregación. Lenin creyó poder salvar la situación insertando en su periódico una especie de comunicado oficial diciendo que «las opiniones filosóficas de los miembros del partido eran independientes de sus opiniones políticas» y que «las discusiones que pudieran surgir entre ellos a ese respecto no tenían ningún alcance político». Entretanto llega un artículo de Gorki. Después de leerlo, Lenin vio que opinaba en el sentido de Bogdanov. Por lo tanto, no podía publicarse. Al enterarse Bogdanov quedó atónito. ¡Rechazar un artículo de Gorki! Lenin persiste en su decisión. Las relaciones entre él y Bogdanov son cada vez más tirantes. Finalmente Bogdanov se va de Ginebra y se instala en Capri. Lenin se quedaba solo para dirigir el periódico. Afortunadamente, acaba de llegarle un nuevo recluta de Rusia que le ayudó mucho.

En la época en que Lenin había entrado en conflicto con Plejanov y con la nueva *Iskra*, Grigory Zinoviev era todavía un joven estudiante en la Universidad de Berna. ¿Es necesario decir que asistía más asiduamente a las reuniones de los socialdemócratas que a los cursos de la Facultad? Demasiado joven todavía para desempeñar un papel activo en los asuntos del partido, se mantenía voluntariamente entre los allegados a los «grandes», lleno

de entusiasmo y dispuesto a realizar cualquier misión que quisieran confiarle. Ponía en juego un ímpetu y una fogosidad juvenil que parecían no tener límites. En octubre de 1905 fue a Rusia, naturalmente. En San Petersburgo se destacó también por su energía desbordante. Orador, periodista, agitador, lo era todo al mismo tiempo. Esa actividad multiforme le valió ser nombrado delegado al Congreso de Londres y ser elegido miembro del Comité central. A su regreso conoció la cárcel. Una vez liberado, emprendió de nuevo el camino del extranjero y tan pronto como llegó a Ginebra se puso a la disposición de Lenin. Este descargó en él, a partir de ese momento, una buena parte de la faena de la redacción. Esto le permitió enfrascarse en otra tarea que consideraba sumamente urgente.

Acababa de apoderarse de él una obsesión: todos esos pretendidos escritores-filósofos, que so capa de aclarar el marxismo, de consolidar sus bases científicas, habían en realidad emprendido su destrucción, debían ser puestos en su lugar. Y era su deber darles una buena lección. Pero no iba a realizar esta empresa por el simple placer de lanzarse a una polémica, a una más. Es cierto que le gustaban esos combates con la pluma y que le faltaba algo cuando no tenía delante un adversario a quien tirar un tajo. Pero ahora se trataba de algo diferente. Y de algo muy grave. Habían osado tocar el dogma marxista, se habían permitido querer quebrantar sus cimientos. Era inadmisible. Se hallaba en la situación de un San Agustín llamado a defender la Trinidad contra los ataques de los pelagianos. El edificio construido por Marx y Engels debía permanecer intacto. Lenin se encargará de ello.

Esto le obliga a emprender la redacción de una gran obra filosófica. Trabajo nuevo para él. Lenin, amo absoluto del terreno cuando se trata de analizar un fenómeno económico o social, de sacar conclusiones de un cuadro de datos



estadísticos, no se siente muy sólido en materia de especulaciones metafísicas, y el vocabulario técnico de la filosofía no le es nada familiar. Cuando proclamó un día, hablando con su «edecán» de Kuokalla, que el marxismo era la única filosofía que debía utilizar un proletario, sólo bromeaba a medias. Personalmente, había estudiado muy cuidadosamente a Hegel (¿podía no hacerlo, siendo marxista?), pero sin duda no profundizó más en sus investigaciones. Bogdanov y sus amigos se inspiraban en las doctrinas de los filósofos alemanes contemporáneos: Mach, Avenarius, Ostwald. Necesitaba, por tanto, conocerlos a fondo. Al primer contacto con ellos comprendió que debía remontarse mucho más arriba, a los ingleses del siglo XVIII: Berkeley y Hume, y no era todo... Se puso a estudiar a los filósofos con una especie de rabia. Se pasaba días enteros en la biblioteca de Ginebra, sumergido en sus libros. «Me emborracho de filosofía —escribía a Gorki— y descuido el periódico.» Mientras tanto, su mujer se aburre en la triste y pequeña habitación que ocupan. Ya no tiene que entregarse a esa tarea absorbente, pero tan apasionante, de cifrar y descifrar la correspondencia con los innumerables agentes informadores del «interior». Ya casi no había. Los pocos que quedaban apenas si daban noticias. Había empezado a aprender francés, armándose valientemente de manuales y gramáticas, tratados de fonética, diccionarios. Así pasaba las tardes esperando que Lenin regresara de la biblioteca. «Por la noche no sabíamos cómo matar el tiempo —escribe ella en sus *Recuerdos*—; no teníamos el menor deseo de permanecer en nuestra fría y poco confortable habitación y salíamos todas las noches, unas veces al cine, otras al teatro, aunque la mayoría de las veces abandonábamos la sala a la mitad del espectáculo para ir a pasear a alguna parte, sobre todo a orillas del lago.»

En mayo, respondiendo a las reiteradas invitaciones de Gorki, que parecía querer reconciliarlo con Bogdanov, Lenin se trasladó a Capri. No le gustó. La casa estaba llena de gente de toda ralea. Gorki recibía a todo el mundo con la mayor cordialidad y abusaban evidentemente de su hospitalidad. Tuvo una última explicación con Bogdanov que tomó mal giro. Lenin se exaltó y le dijo que «no les quedaba más que separarse durante dos o tres años». La mujer de Gorki tuvo que intervenir para calmar su irritación. Regresó al cabo de dos días. Cuando Krupskaja le preguntó sus impresiones de la estancia en Capri se limitó a anunciar lacónicamente que el mar era bello y el vino bueno. «Pero no dice casi nada de las conversaciones que celebró en casa de Gorki, porque aquello le dolía», anotó ella después. Otro conflicto vino a unirse al que había surgido entre él y Bogdanov, y amenazaba con sembrar la mayor perturbación en los espíritus bolcheviques.

En la nueva Duma, dócil y halagada, había dieciséis diputados socialdemócratas. Ese minúsculo grupo no pesaba mucho en la balanza y no podía ejercer influencia alguna sobre la asamblea, ni impedir en modo alguno la votación de las leyes que se complacía en presentar el Gobierno para aplicar su política reaccionaria. Los hombres que componían el grupo carecían además de envergadura y sus raras intervenciones en la tribuna pasaban casi inadvertidas. En los círculos socialdemócratas se oyeron voces pidiendo la retirada de esos diputados, so pretexto de que su presencia en una Duma que se había convertido en criada obediente del Gobierno no podía sino perjudicar a los intereses de la clase obrera y de la revolución en general, puesto que al permanecer en esa asamblea de nobles y de burgueses conferían a ésta una apariencia de prestigio ante los ojos de las masas. En cambio, su dimisión colectiva acabaría por desacreditarla completamente y el pueblo se

daría cuenta entonces de que no cabía esperar nada de ella. Así se formó en el seno del partido la fracción de los «abstencionistas», que se asignó el propósito de obtener la retirada de los diputados socialdemócratas de la Duma. El bolchevique Alexinski, que había sido diputado en la Duma anterior, fue el promotor de ese movimiento en el extranjero. Se hallaba en Londres, en mayo de 1907, asistiendo al Congreso del partido. Eso le permitió no ser detenido al ser disuelta la segunda Duma. Y helo en París haciendo una enérgica campaña en favor de la retirada.

Lenin se mostró francamente hostil a ese proyecto. Estimaba que en un momento en que la revolución, vencida, se hallaba obligada a batirse en retirada en todos los frentes, había que tratar de mantenerse por lo menos en las pocas posiciones estratégicas que no se habían perdido todavía y que permitían seguir ejerciendo, aunque fuera en proporciones muy reducidas, una acción sobre las masas. En el período de octubre a diciembre de 1905 se podía predicar el boicot de la Duma porque había muchos otros medios, más directos y más eficaces, de actuar sobre el pueblo. Pero ahora, confinados de nuevo a los estrechos límites de la propaganda clandestina, los socialdemócratas deben saber utilizar hasta el final todas las posibilidades que se les ofrecen: presencia tanto en el Parlamento como en el consejo de administración de la más humilde sociedad de socorros mutuos. La tribuna de la Duma, que permite dirigirse al país entero, debe ser explotada en toda la medida de lo posible y sería una locura, estima ahora Lenin, renunciar a ella voluntariamente. Lenin quedó enfrascado así, simultáneamente, en una cruzada contra Bogdanov el «empiriomonista», Lunatcharski el «buscador de Dios» y Alexinski el «abstencionista», quienes se habían puesto de acuerdo y habían formado en el interior de la fracción bolchevique un grupo aparte con cuartel general en Capri,

en casa de Gorki, a quien Bogdanov y Lunatcharski consiguieron ganar para su causa.

Lenin se daba perfecta cuenta del peligro que amenazaba a su obra. Hasta ahora sólo tenía que luchar contra el «enemigo exterior». El bloque bolchevique por él creado a costa de tantos esfuerzos parecía inquebrantable. Aunque de vez en cuando surgían en su interior ligeros desacuerdos, eran liquidados rápidamente y no perjudicaban en modo alguno a la unidad del grupo. Ahora veía surgir fisuras a derecha e izquierda. Por un lado los «empiriomonistas», por el otro los «abstencionistas». ¿Pero con qué tropas? Tenía pocas o ningunas... Necesitaba crearse una mayoría estable. Únicamente podían dársela los comités rusos o, para hablar con más exactitud, aquellos que le seguían siendo fieles. Para que esa mayoría pudiera representar un peso auténtico había que forjarla en una consulta general de las organizaciones del partido. Dadas las circunstancias por que éste atravesaba, era imposible pensar en un Congreso. Aunque se lograra imponer, en principio, la idea de un Congreso, la organización y la preparación material de éste exigirían demasiado tiempo. Y, además, no era seguro que hubiera una mayoría claramente definida. Más valía, en esas condiciones, reunir una conferencia y obtener de ella una condenación expresa de todos esos disidentes y sembradores de disturbios. Escribió entonces a uno de sus fieles partidarios, Vorovski, quien después de haber formado parte, en 1904, del pequeño grupo de los bolcheviques de Ginebra, había vuelto a Rusia y seguía desarrollando el trabajo revolucionario en la clandestinidad. «En la próxima conferencia —decía— se entablará inevitablemente una lucha sin cuartel. Es muy probable que surja una escisión. En caso de que triunfe la tesis del boicot de izquierda abandonaré la fracción.»

Mientras tanto, la gran obra filosófica de Lenin quedaba terminada. Ana recibió el manuscrito y la misión de buscarle editor. Fue encargada, además, como antaño en la época de la deportación de su hermano, de vigilar la impresión y la corrección de las pruebas. Se acercaba el invierno. Lenin consideraba con el mayor desagrado la perspectiva de pasarlo de nuevo en Ginebra. Después de la vida agitada que había hecho durante los dos años pasados en Rusia, la tranquila y apacible ciudad helvética le parecía, usando las palabras de Krupskaja, «un pequeño lago burgués de aguas estancadas». La verdad es que se aburría, lejos de los centros activos de la emigración que ahora estaban fuera de Suiza. Trotski, como ya se ha dicho, había ido a instalarse en Viena, donde eran fáciles las relaciones con los jefes de la socialdemocracia alemana que dominaba entonces en la Internacional y en el movimiento socialista en general. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios se establecieron en París. A Lenin le hubiera gustado seguir el ejemplo de Carlos Marx e instalarse en Londres. Le gustaba el ritmo metódico y preciso de la vida inglesa y apreciaba enormemente la perfecta organización del Museo Británico, que facilitaba mucho sus investigaciones documentales. Pero también estaba alejado de los centros donde su presencia le parecía necesaria y la vida costaba más cara que en cualquier otra parte de Europa.

Liadov, llegado de París, a donde había recalado después de múltiples peregrinaciones, con su nuevo amigo, el vivaracho «doctor» Jitomirski, el mismo que tan bien había expresado su admiración por Lenin en sus informes a la policía rusa, fue quien logró convencer a Lenin de que debía elegir París. El principal argumento que invocaron él y el camarada provocador, y que convenció a Lenin, era que allí la vigilancia policíaca sería más fácil de burlar.

Comenzaron inmediatamente los preparativos del viaje. No se trataba sólo de transportar a París el mobiliario, más que somero, de Lenin. Había que organizar el traslado de la redacción del periódico con todos sus expedientes, y de su imprenta. Consideraron necesario encontrar primero un local que pudiera recibir a una y otra. Para esa tarea Lenin no quiso utilizar a Liadov, que había sido antaño quien se lo hacía todo. Sospechaba, no sin razón, que Liadov quería nadar entre dos aguas y mantener contacto con Alexinski. Prefirió prescindir de él y recurrió a otro. Ese «otro» era Kamenev, quien llevaba en París unos tres meses y gozaba ya en Ginebra de la reputación de un «viejo parisiense».

En el tercer Congreso, celebrado en Londres en 1905, Lenin se había fijado en ese joven de veintidós años, de aspecto dulce y tímido, extraordinariamente serio y aplicado. Estaba allí en calidad de delegado de la organización del Cáucaso. Después de la clausura de la sesión, Lenin le propuso pasar algún tiempo en Ginebra antes de regresar a Rusia, a fin de completar su educación marxista. Kamenev aceptó con agradecimiento. Luego vino lo de octubre. Se apresuró, como los demás, a ponerse a la disposición del proletariado revolucionario y, como los otros, aunque con cierto retraso, reanudó en 1908 el camino del extranjero. Después de una breve estancia en Ginebra se trasladó a París. Era un hombre lleno de buena voluntad, muy servicial, siempre dispuesto a ayudar a los camaradas, pero incapaz de medir la extensión de sus fuerzas y de sus capacidades. Por eso no podía a veces cumplir sus promesas y se convertía en una causa de molestia para su amigo, cosa que lo afligía todavía más que a las víctimas de sus errores o de sus olvidos.

Al llegar a París en la noche del 3 de diciembre en compañía de su mujer y de Zinoviev, Lenin se hospedó en el Hotel des Gobelins, en el número 24 del bulevar Saint-

Marcel, donde vivía su hermana menor, María, que había venido a estudiar a París. Su primera pregunta fue ésta: «¿Ha encontrado Kamenev algo para la imprenta?» Al enterarse de que no se había hecho nada se limitó a observar: «Era de esperarse...» Al día siguiente, los dos tipógrafos rusos de Ginebra, que habían seguido a Lenin a París, se pusieron a buscar un local. Encontraron en la calle Antoine-Chantin, a unos cien metros de la iglesia Saint-Pierre de Montrouge, una tienda sombría, sin gas ni electricidad, que fue alquilada en el acto: había que retirar de la estación lo más rápidamente posible las cajas del material. Camaradas voluntarios, reclutados probablemente por Kamenev, se encargaron del transporte. Al mismo tiempo recogieron de la consigna el equipaje personal de Lenin y lo depositaron en su hotel. Al abrir la caja que los cargadores aficionados habían manipulado un poco torpemente en la escalera, Krupskaja reniega: una buena parte de la vajilla traída de Ginebra está rota. Lenin no toma la cosa por lo trágico. «Mozos de mudanza excesivamente entusiastas», observa, aunque agregando: «No es bueno descuidar lo que está bajo la responsabilidad de uno.» Pero al día siguiente, a primera hora, corre a la calle Antoine-Chantin para ver si el material de la imprenta no ha corrido la misma suerte. Respiró tranquilo al ver que no había sufrido ningún daño.

Se planteó la cuestión del departamento. Eran cuatro: Lenin, su mujer, su hermana María y su suegra, que había llegado de Rusia poco antes de que salieran de Ginebra. El barrio de los Gobelins, donde pululaban los emigrados rusos, no le atraía. Prefería, como siempre, alguna callecita tranquila en un extremo de la ciudad, pero sobre todo quería estar lo más cerca posible de su imprenta.

En el número 24 de la calle Beaunier, inmediata a la puerta de Orleans, había un departamento desalquilado. Era

un segundo piso con cuatro piezas: entrada, cocina, cuartos traseros, agua, gas, roperos y espejos sobre las chimeneas (lo que parece haber impresionado bastante a Krupskaia). Casa sólida, de aspecto muy burgués, de seis pisos. Renta: 840 francos al año, más los gastos adicionales. Evidentemente hubieran podido encontrar algo más barato. El propio Lenin lo reconocía. «Con relación a los precios que se pagan aquí —escribía a Ana— es caro. Pero, por lo menos, estaremos a gusto.» El estado de sus finanzas le permitía ahora ese gasto. Fue aceptado por el propietario, a quien le pareció serio y honorable, «no como esos otros rusos». Se hizo abrir una cuenta bancaria en la agencia Z del Crédit Lyonnais, en el 19 de la avenida de Orleáns, y se mudó sin esperar que empezara a correr el mes de enero.

Para Krupskaia fue laboriosa y más bien desagradable la iniciación de la vida parisiense. Era necesario, al entrar en poder del departamento, hacer ciertas gestiones que le parecieron fastidiosas e inútilmente complicadas. «Todo se retrasaba —quejábbase después en sus *Recuerdos*—. Para conseguir el gas, por ejemplo, tuvo que ir en tres ocasiones a alguna parte en el centro de la ciudad antes de obtener el papel necesario.» De ahí la conclusión: «Francia es un país monstruosamente burocrático.» Corría el mes de diciembre. Hacía frío. Las chimeneas no funcionaban. Se helaban en esas grandes habitaciones vacías que no tenían más muebles que una mesa de madera blanca y algunas cuantas sillas y taburetes adecuados. La portera ponía mala cara. «Había que ver el desprecio con que miraba nuestro pobre mobiliario», escribe Krupskaia. En cuanto a Lenin, todo esto le dejaba indiferente. Sus pensamientos estaban en otra parte. Iba a abrirse la conferencia. Los delegados llegaban a París uno tras otro.

La elección hecha por las organizaciones del interior que habían aceptado participar en ese concilio no parecía



favorecer a la posición de Lenin. De cinco delegados bolcheviques, tres eran «retiradistas». En la reunión preliminar celebrada por ellos se votó una resolución, por mayoría de votos, que suprimía el periódico de Lenin, renovaba la composición del centro bolchevique dando la dirección a los «retiradistas» y entregaba a éstos las llaves de la caja bolchevique, que en aquella época estaba bien forrada. Lenin fue obligado a comprometerse a no participar en la votación, en caso de que las opiniones de la conferencia quedaran empatadas y su voto pudiera dar la mayoría a los adversarios de la «retirada». Ese «golpe de Estado» no dio resultado porque la conferencia, una vez reunida, no quiso tomar en consideración esa votación. Pero, mientras tanto, Lenin vivió horas muy penosas.

La primera sesión se celebró el 3 de enero. Además de los cinco bolcheviques estaban presentes cinco polacos, tres bundistas y tres mencheviques. Los votos de los polacos inclinaron la mayoría a favor de Lenin. Por otra parte, en la cuestión de la retirada de los diputados de la Duma se encontró de acuerdo con los mencheviques, que también se mostraban hostiles. Finalmente los ultras fueron derrotados. Lenin llegó incluso más lejos: amplió, en previsión quizá de que los «retiradistas» volvieran a la ofensiva, ese terreno de entendimiento con los mencheviques que, por lo demás, habían mostrado en esta ocasión muy buena voluntad y habían sabido frenar considerablemente sus apetitos. Aceptó colaborar en el Socialdemócrata, órgano central del partido que se hallaba hasta entonces en manos de los mencheviques. Se nombró un nuevo Comité de dirección en el que figuran Lenin, Martov, Zinoviev, Kamenev y el polaco Markhlevski. Así, tras un enfado que había durado cinco años, los dos antiguos amigos volvían a sentarse de nuevo en la misma mesa de redacción. Lenin pareció encantado de ello. «Recuerdo —cuenta Kruspkaia— haberle oído decir un

día, con aire satisfecho, que el trabajo con Martov era muy agradable y que era un periodista de raro talento.»

Pero el caso es que ese combate contra los «retiradistas» tuvo una enojosa repercusión en su salud. Había vivido durante ese tiempo en un estado de constante exasperación, con los nervios en completa tensión. «Todavía puedo ver —recuerda Krupskaia veinte años más tarde— la cara de Vladimir Ilich cuando regresó un día a casa después de no sé qué discusión con los «retiradistas». Tenía el rostro contraído y apenas si podía pronunciar unas pocas palabras.»

Muy inquieta, consultó a su madre y a la hermana menor de Lenin. Las tres consideraron unánimemente que había que enviarlo urgentemente a alguna ciudad del Mediodía, lejos de esos líos parisienses, por lo menos durante diez días. Lenin no protestó y partió solo, dejando a su mujer en París, cosa extraordinaria y que demuestra hasta qué punto necesitaba soledad y tranquilidad. Ese viaje le hizo mucho bien. «Descanso en Niza —le escribe el 2 de marzo a Ana—. Es delicioso: hace calor, el aire es seco y hay sol y mar.» Pero el 9 está ya de regreso en París y arde de impaciencia por reanudar la lucha, ahora en el frente «filosófico». Su libro está en la imprenta, pero la composición marcha muy lentamente (por lo menos, así le parece); activa el trabajo de Ana y le recomienda con apremio: «Te ruego que no suavices los párrafos contra Bogdanov y Lunatcharski. Nuestras relaciones están definitivamente rotas.» Subraya esas últimas palabras con la pluma y agrega: «Por tanto, no hay razón para tenerles consideraciones.»

Bogdanov, por su parte, no permanecía inactivo. Había concebido el proyecto de crear, al margen de Lenin, una nueva fracción bolchevique, con el apoyo de Alexinski y de Liadov, que se habían unido a él. Pero primero quería conseguir un apoyo sólido en el interior de las

organizaciones rusas en las que Lenin seguía teniendo numerosos partidarios. Había que oponer a éstos militantes de una formación nueva, capaces de combatirlos y de convertirlos en caso necesario. ¿Pero dónde hallarlos? Por el momento no los había. Eso fue lo que llevó a Bogdanov a concebir el proyecto de crear en Capri una «escuela socialdemócrata superior de propaganda y agitación», donde jóvenes obreros enviados desde Rusia por comités locales aprendían la teoría y la práctica del marxismo, tal como las comprendía Bogdanov. A Gorki le pareció buena la idea y aceptó participar en los gastos.

Entre los pensionistas recogidos en Capri figuraba un pobre muchacho minado por la tuberculosis, que había contraído en sus múltiples estancias en la cárcel, y que, por lo demás, no le preocupaba gran cosa. Michel Vilonov (así se llamaba) había sido enviado a Capri por cuenta del partido para recuperar algo de la salud perdida, pero se aburría mortalmente y sólo soñaba con volver lo más rápidamente posible a su puesto de combate revolucionario. Tan pronto como oyó hablar de la escuela se ofreció a ir a Rusia para reclutar allí a los futuros alumnos.

Partió precedido de una carta dirigida al Comité de Moscú y firmada por el propio Gorki, quien le informaba de esa iniciativa y pedía ayuda y asistencia.

Tan pronto como regresó a París, Lenin se enteró con disgusto de la empresa de su adversario. Se apresuró a enviar al Comité de Moscú, por medio de la oficina extranjera del Comité central, un aviso advirtiéndole el peligro de esa tentativa contraria a las reglas de disciplina en vigor en el partido y cuya realización sólo servía para perjudicar sus intereses. Estimó también que había llegado el momento de zanjar definitivamente ese conflicto que se agudizaba cada vez más y de expulsar a Bogdanov y a sus comparsas de la fracción bolchevique. Se decidió una

reunión de la «redacción ampliada» del *Proletary*. En espera de que se abriera esa nueva conferencia (pues era una conferencia, aunque limitada sólo a los bolcheviques), Lenin apresuró la salida de su libro. «Es terriblemente importante para mí que el libro aparezca lo antes posible», escribe a Ana. Le pide que contrate a cualquier estudiante para ayudarla en sus relaciones con la imprenta y que le prometa incluso una gratificación suplementaria de 20 rublos si el libro aparece hacia el 10 de abril (la carta de Lenin está fechada en París el 26 de marzo) y 10 rublos al regente de la imprenta si el trabajo está listo para esa fecha. «Es evidente que no se consigue nada con esos imbéciles rusos sin untarles la mano», anota a este respecto.

La conferencia se abrió el 4 de julio. La redacción del *Proletary* comprendía a Lenin, Zinoviev y Kamenev. Asistían igualmente cinco miembros del Comité central y cinco delegados llegados de Rusia, entre ellos dos diputados de la Duma. Uno de ellos representaba también al departamento de la policía. Bogdanov, que nominalmente formaba parte todavía de la redacción del periódico, también estaba presente. La resolución adoptada infligía una censura a los «retiradistas». La cuestión de la escuela de Capri fue objeto de una discusión particularmente áspera. La asamblea condenó este proyecto y ordenó a Bogdanov que renunciara a él. Este declaró que se negaba a someterse a la decisión de la conferencia y fue expulsado, lo mismo que sus amigos, de la fracción bolchevique.

Una vez más, Lenin sentía que esas divisiones intestinas le torturaban el alma. «Esas deliberaciones lo habían fatigado mucho», escribe Krupskaja. Se habló de nuevo de enviarlo otra vez a descansar. Pero como había llegado el verano, resolvieron partir todos juntos y pasar un buen mes de vacaciones en el campo. Lenin se puso a buscar en los pequeños anuncios del *Journal* «un rinconcito tranquilo y

barato» y descubrió así una pensión familiar en Bonbon (Saone-et-Loire) que, por la suma global de diez francos diarios, aceptaba alojar y alimentar a cuatro personas. En la carta que escribió Lenin a su madre, desde Bonbon, el 11 de agosto, le dice: «Ya hace tres semanas que estamos aquí; pensamos pasar todavía dos semanas, incluso tres si es posible... Tenemos habitaciones muy bonitas, la pensión es muy buena y no muy cara. Nadia y yo paseamos constantemente en bicicleta.» El trabajo está completamente abandonado... «Hasta evitamos hablar de los asuntos del partido en nuestras conversaciones», anota su mujer.

Antes de salir de vacaciones, Lenin había cambiado de apartamento. No se hallaba a gusto en la calle Beaunier. La portera le hacía escenas por las muchas visitas que recibía. Era, según ella, un perpetuo vaivén de gente sospechosa, mal vestida, que le manchaba la escalera. Se quejaba al propietario, quien una vez perdidas sus primeras ilusiones, enviaba cartas certificadas a Lenin. Y además se morían de frío en esas grandes habitaciones que las chimeneas, cuyos caprichos eran un martirio para Krupskaja, llenaba de humo en lugar de darles un mínimo de calor. Hasta tal punto que ella y su marido se veían obligados a pasar todas sus veladas fuera, generalmente en los cafés, y sólo regresaban a su casa para acostarse. Al expirar su primer contrato, Lenin se despidió y se puso a buscar otro departamento.

Muy cerca de allí, en la tranquila y limpia calle Marie-Rose, acababan de terminar la construcción de un grupo de edificios modernos. Alquiló un departamento muy confortable de tres piezas (su hermana tenía que regresar a Rusia a principios del otoño) con electricidad y calefacción central, lo que fue de gran comodidad para su mujer. Disposición clásica: dos habitaciones a la calle, sala y comedor separadas por una gran puerta de vidrios,

dormitorio al patio, así como la cocina, y un pasillo en medio. La sala, una pieza bastante grande iluminada por dos ventanas, se convirtió en el gabinete de trabajo de Lenin. En el comedor colocaron dos camas estrechas de hierro en las cuales dormían Krupskata y él. La anciana pero siempre alerta suegra fue instalada en el pequeño dormitorio y la cocina se convirtió en sala y comedor al mismo tiempo.

La imprenta también había abandonado el incómodo local de la calle Antoine-Chantin. Uno de los tipógrafos descubrió al lado, en el número 110 de la avenida de Orleans, un pequeño pabellón situado al fondo de un patio con árboles que parecía un jardín. La imprenta ocupó la planta baja y las habitaciones del primer piso fueron reservadas al Comité central. Zinoviev, que vivía cerca, en la calle Leneveux, se estableció allí, por decirlo así, en residencia perpetua. No salía nunca. A cualquier hora del día y hasta muy tarde por la noche se le podía encontrar, ocupado en el periódico o en los asuntos del partido.

Llegaba desde por la mañana, acompañado generalmente de Lenin, que pasaba a buscarlo a su casa. Ambos fueron localizados rápidamente por los colaboradores de la agencia de la policía rusa en París, que empezó a seguirles los pasos inmediatamente. Frente a la habitación que ocupaba Zinoviev había un hotel en el que vino a instalarse un soplón que, desde su ventana, acechaba la llegada de Lenin. Tan pronto como lo veía pasar bajaba y lo seguía hasta la imprenta. Una vez allí, se plantaba frente al edificio y esperaba pacientemente que saliera.

Un día que llovía mucho, Lenin se quedó en la imprenta, a propósito, más tiempo del acostumbrado. «Que se moje», dijo. Otra vez vio que su «seguidor» enfocaba sobre él un aparato fotográfico. «Nuestro soplón se está poniendo

demasiado insolente —les dijo a sus colaboradores—. La próxima vez habrá que llamar a un agente y llevarlo a la Comisaría.» Días más tarde, el hombre apostado frente a la casa vio salir de la puerta cochera a un muchachote de formas atléticas que con paso decidido se dirigía hacia él. Comprendió enseguida lo que eso quería decir y desapareció inmediatamente. No se le volvió a ver más.

Mientras Lenin descansaba en Bonbon, Bogdanov inauguraba su escuela en Capri. Vilonov, que regresó de Rusia a principios de agosto, había traído consigo trece alumnos, entre ellos un policía. Los comités de Moscú y de la región industrial del centro aceptaron fijar los gastos de viaje y de estancia a razón de 500 rublos por cabeza. El de San Petersburgo anunció que sólo participaría si Lenin figuraba entre los profesores: era claro y rotundo. El cuerpo docente de la escuela lo formaban ocho miembros, entre ellos Bogdanov (economía política e historia de las doctrinas sociales), Lunatcharski (historia del sindicalismo y de la Internacional), Alexinski (historia del movimiento obrero en Francia y en Bélgica) y Liadov (historia del partido socialdemócrata). Gorki se encargó de dar un curso de historia de la literatura rusa, y un joven sabio, más tarde un eminente historiador, M. N. Pokrovski, uno de historia de Rusia. Profesores y alumnos formaron juntos un Soviet que debía examinar en asamblea plenaria todas las cuestiones administrativas y pedagógicas de carácter general. Tenían que nombrar un Comité director de cinco miembros: dos profesores y tres alumnos, encargados de dirigir efectivamente la escuela.

En la primera sesión del Soviet escolar, los alumnos declararon que deseaban escuchar, además de sus profesores ordinarios, a Lenin, a Trotski, a Plejanov y a Kautsky. Se escribió una carta de invitación a cada uno de ellos. Plejanov no contestó. Kautsky pretextó estar

demasiado ocupado al mismo tiempo que aseguraba que «trabajaba mejor con la pluma que con la boca». Trotski prometió ir y no fue. En cuanto a Lenin, mandó a los alumnos una carta en la que les explicaba por qué se veía obligado a rechazar su invitación, por estar en desacuerdo con los organizadores de la escuela. Los estudiantes ignoraban todavía por completo la diferencia que había separado a Lenin de Bogdanov. Les dijeron que se había producido una escisión en el interior de la redacción bolchevique, que Lenin era el responsable, que no sabía más que intrigar, que era un ignorante en materia de filosofía, que había evolucionado hacia la derecha y que había que darle una buena lección. Todo esto no debió convencer en igual proporción a todos los alumnos. Uno de ellos, Kosarev, escribirá más tarde: «Organizamos una reunión de nuestros siete camaradas de Moscú y propusimos a Lenin, apelando a su sentido del deber para con la disciplina del partido, a ir a Capri. De lo contrario, presentaríamos una queja ante el Comité central.» Lenin contestó con una larga carta amistosa en la que exponía detalladamente los orígenes y las sucesivas fases del conflicto que lo había enfrentado a Bogdanov y a los «retiradistas». «Vosotros sois buenos muchachos —les decía— y me gustaría trabajar con vosotros si vinierais a París.» No tardaron en estallar discordias entre maestros y alumnos. Entre estos últimos se formó un grupo de cinco «leninistas» que enviaron una carta al *Proletary* diciendo que no podían seguir en Capri por no querer servir de biombo a un nuevo centro ideológico. Su carta fue publicada por el periódico. El Soviet de las escuelas les pidió que la desaprobaran. Se negaron y fueron expulsados. Se trasladaron juntos a París, con Vilonov, que había sido el animador de ese grupo. El policía también formaba parte y siguió a Francia al equipo leninista. Los otros decidieron



continuar los cursos de la escuela e ir a París una vez terminados sus estudios.

Lenin acogió muy cordialmente a los seis disidentes. Les preparó un programa de estudios. Se encargó personalmente de explicarles el sentido y el alcance de la reforma agraria que acababa de realizar Stolypin. Kamenev debía enseñar la historia del movimiento revolucionario en Rusia; Zinoviev, la del movimiento sindical, y Krupskaja la técnica del trabajo ilegal. Al cabo de unas cuantas semanas los «cinco» regresaron a Rusia. En cuanto a Vilonov, su estado de salud se agravó de tal modo que fue mandado a Davos a un sanatorio, donde murió poco después a la edad de veinticinco años.

En diciembre llegaron los ocho alumnos que habían seguido hasta el final fieles a la enseñanza de Bogdanov. Les habían preparado habitaciones en un hotel del barrio latino. Al día siguiente, cuando se presentaron en el 110 de la avenida de Orleans, empezaron a explicar cómo habían dirigido la escuela, en Capri, en un plano de perfecta igualdad con sus profesores; pero se les contestó: «Habéis venido para trabajar y para seguir los cursos. En cuanto a dirigir la escuela, eso es asunto del Comité central y no vuestro.» «No quisimos discutir», escribía más tarde Kosarev, que figura entre ellos. Tres días después los convocaron para que conocieran a Lenin. «No fueron todos los alumnos —escribe Kosarev—; sólo cuatro o cinco. Los otros fueron a visitar un museo.» Fueron recibidos por Zinoviev. «La conversación languidecía —cuenta Kosarev—. Ninguno de nosotros se dio cuenta que un hombre rechoncho y calvo, vestido con una levita raída, había entrado y se había sentado en el reborde de la ventana. Ni el propio Zinoviev se fijó y siguió interrogándonos. Finalmente, ya no pude más. «¿Pero cuándo va a venir Lenin, a quien ya llevamos tanto tiempo esperando?»,

exclamé. Zinoviev sonrió, guiñó el ojo mirando al hombre que se mantenía apartado y dijo: «Es posible que el camarada Lenin ya esté aquí». Entonces todo el mundo se echó a reír y Lenin se acercó a nosotros. Con él se animó la conversación. Convinimos que los cursos se llevarían a cabo en el hotel que habitaban los alumnos, en una de las habitaciones ocupadas por ellos. Muy puntualmente, a la hora convenida, Lenin llegaba para hablarnos de la reforma de Stolypin. Pero en realidad ese tema no era más que un pretexto. La verdadera finalidad de sus entrevistas era separarnos de Bogdanov, por lo menos a algunos de nosotros. Exponía las principales tesis del grupo de Bogdanov y se dedicaba a refutarlas demostrando su inconsistencia y su inoportunidad en las actuales circunstancias. Trataba de hacernos hablar, nos hacía preguntas y contestaba a las nuestras. A veces surgía una discusión.» Logró convertir a algunos. A otros los hizo dudar. Pero los hubo que volvieron a Rusia convencidos de que Lenin había evolucionado fuertemente hacia la derecha, se había alejado del dogma bolchevique y se hallaba en contradicción con él mismo.

Al regresar de las vacaciones, Lenin había reanudado el trabajo. Redactó un estudio bastante largo sobre «La fracción de los “retiradistas” y de los constructores de Dios», que no pudo ser publicado en el periódico por sus dimensiones. Apareció como suplemento al número del 24 de septiembre. Cada diez o quince días publicaba un artículo de unas 200 ó 300 líneas. Cada uno de esos artículos le llevaba toda una tarde o más. O sea que el trabajo periodístico no lo acaparaba demasiado en aquella época. Incluso teniendo en cuenta las frecuentes y prolongadas discusiones con sus colegas, que se celebraban generalmente por la noche, le quedaban muchas horas libres<sup>11</sup>. Lenin las aprovechó muy útilmente.

Empezó a frecuentar la Biblioteca Nacional. Ya le había hecho algunas visitas al llegar a París. Para ser admitido tuvo que encontrar un «fiador», conforme al reglamento de la Biblioteca, que invitaba a los extranjeros a unir a su solicitud una recomendación de su embajada o de una persona «honorable conocida de la Administración». Lenin juzgó que, evidentemente, en su situación, hubiera sido un poco delicado recurrir a la amabilidad de S. E. el señor Neildov, que representaba entonces a Nicolás II ante el Gobierno de la República francesa.

Un diputado socialista del departamento de Nièvre fue la «persona honorable conocida» que apoyó su demanda<sup>12</sup>.

Sus relaciones con las bibliotecas de servicio en la sala de trabajo carecieron de amenidad desde un principio. La entrega de los libros exigía entonces más tiempo que en nuestro días, por múltiples razones. Una de las principales, si no la principal, era que el Catálogo general impreso, comenzado en 1897, acababa apenas de abordar la letra D, y los lectores que deseaban otras anteriores a 1882 y que no figuraban todavía en él, no tenían, para obtenerlas, otro medio que anotar el nombre y el título en sus boletines de solicitud. El servicio de investigación se encargaba de buscar la signatura, lo cual no siempre era fácil. La Biblioteca Nacional no ha conservado los boletines de Lenin, pero he podido ver la reproducción fotográfica de los que presentó años más tarde en la Biblioteca de Berna. Le hacen pensar a uno en los jeroglíficos de la época de Ramsés II, y exigen un serio esfuerzo para ser descifrados, sobre todo cuando se trata del nombre de un autor. Cabe suponer que la caligrafía de los que entregaba Lenin en la Biblioteca de París no era más perfecta. Ello debía motivar retrasos, «llamadas a la oficina» que sin duda alguna lo desesperarían. Finalmente riñó con el personal de la Biblioteca Nacional y se puso a buscar otras bibliotecas.

Trató sucesivamente en Arsenal, Sainte Geneviève y la Sorbona, pero en ninguna pudo acomodarse. No le queda más remedio que emprender de nuevo el camino de la calle Richelieu.

El motivo es que en noviembre (seguiremos en 1909) Lenin había resuelto emprender un gran trabajo que exigía una abundante documentación. Generalmente iba a la Biblioteca por la tarde, después de haber pasado la mañana en la imprenta de su periódico, que aparecía semanalmente. Pero desde el 16 de octubre, la Biblioteca Nacional, que estaba privada todavía de alumbrado eléctrico, se hallaba sometida al «régimen de invierno»: es decir, cerraba a las cuatro y las entregas de libros terminaban a las tres. Lenin tuvo que adaptarse a ese horario, y ello causó una total perturbación en su forma de vida. Estaba acostumbrado a acostarse muy tarde y, además, como sufría frecuentes insomnios, madrugaba poco y no se levantaba generalmente antes de las diez. Pero un buen día le anuncia a su mujer que iba a levantarse a las ocho de la mañana para poder llegar a la Biblioteca a las nueve, a la hora de abrir, y que pensaba hacerlo todos los días. Krupskaja se mostró un poco escéptica. Pero Lenin cumplió su palabra. A partir de ese día se le vio todas las mañanas subir a su bicicleta e ir al trabajo como el más puntual de los funcionarios. En diciembre, su mujer escribía a la señora Ulianov: «Ya hace dos semanas que Volodia se levanta a las ocho de la mañana y se va a la Biblioteca, de la que vuelve a las dos. Los primeros días le resultó difícil levantarse tan temprano, pero ahora está muy contento y también se acuesta muy temprano. Sería muy bueno que pudiera acostumbrarse a ese régimen.» También encontramos en la misma carta algunos detalles de orden doméstico que es útil recoger: «Nuestra vivienda es muy caliente —escribe Krupskaja—, y Volodia pasa mucho

tiempo en casa... Salimos muy poco, generalmente el domingo.» Cuando hace buen tiempo toman sus bicicletas y se van a pasar el día en el campo, a Fontainebleau, a Meudon. A veces van al teatro de Montrouge, que está cerca de su casa, donde representan sombríos dramas que arrancan las lágrimas de los espectadores sensibles de los barrios de Alésia y del Pare Montsouris. El año termina alegremente. «Nos hemos divertido mucho durante todas estas fiestas —escribe Lenin a su hermana María el 2 de enero de 1910—. Fuimos a los museos y al teatro y visitamos el Museo Grévin, que me gustó mucho. Hoy mismo pienso ir a un alegre centro nocturno, una goguette révolutionnaire (sic, en francés), en la que hay cantantes.» El 31 de diciembre pasaron la noche en un café cerca de la Puerta de Orleáns. El gerente de la imprenta, Alin, que figuraba entre los invitados, cuenta en su pequeño libro de recuerdos: «...A eso de las cuatro de la mañana nos fuimos todos al bulevar desierto. La mujer de N. A. Semachko e Ilya Zafir empezaron un baile ruso. Pero varios agentes ciclistas nos pidieron cortésmente que dejáramos de hacer ruido. Se interrumpió el baile. Lenin reía a carcajadas: «¿Qué, habéis tenido miedo? Es terrible, un agente.» Personalmente, Lenin se interesaba mucho por la aviación, que acababa de nacer. Asistía asiduamente a las reuniones de Vincennes y a los ensayos de vuelo en Juvisy y en Issy les Moulineaux. Iba, naturalmente, en bicicleta. Un día, al regresar de Juvisy, estuvo a punto de ser aplastado por un auto. Lenin tuvo tiempo apenas para saltar a tierra, pero su bicicleta quedó destrozada. Al contar ese accidente en una carta a su hermana, agregaba: «La gente me ayudó a apuntar el número del coche y algunas personas aceptaron ser testigos. He podido identificar al propietario del auto —es un vizconde, mal rayo lo parta-y ahora le he abierto un proceso.»

Lenin ganó su proceso y pudo comprarse una bella bicicleta totalmente nueva. Y otra vez se le vio correr por los campos de aviación. Y volvió a ser víctima de un accidente.

Un día, yendo a Issy, había oído sobre su cabeza el ruido de un motor. Levantó los ojos y se puso a seguir las evoluciones del avión con tanto interés que no supo cómo había llegado al fondo de un barranco con otro ciclista que venía detrás de él y que había chocado con su bicicleta al mismo tiempo que rodaba también por tierra. Se entabló una discusión. El ciclista afirmaba que era culpa de Lenin. Lenin sostenía, por el contrario, que él iba delante y que no podía ver lo que ocurría a su espalda. Se aglomeró la gente e intervino en el debate, pronunciándose en favor de uno o de otro. La querrela duró hasta la llegada de un agente, que condujo a los dos adversarios a la Comisaría. Se levantó un acta, pero parece que el asunto no tuvo mayores consecuencias. Alin, que cuenta ese incidente en su libro, escribe: «Al día siguiente encontré a Lenin en la puerta de su casa, ante su bicicleta desmontada. Enderezaba algo con unas pinzas, apretaba y aflojaba tuercas. Estaba muy disgustado por el incidente, pero se consolaba diciendo: «La bicicleta de mi adversario no parece haber quedado en mejor estado.» Pero él no iba a disfrutar mucho tiempo la suya. En aquella época la Biblioteca Nacional no disponía todavía de garaje para las bicicletas de sus lectores. Lenin se había puesto de acuerdo con la portera de una casa vecina, la cual, por dos perras chicas diarias, le autorizaba a guardar su bicicleta en la entrada de la casa, cerca de la portería. Un día, al salir a buscarla saliendo de la Biblioteca, vio que había desaparecido. Por toda explicación la portera le dijo que sólo le había permitido dejar su bicicleta en la escalera, pero que no se había comprometido en modo alguno a vigilarla.

El año de 1910 empezaba bien. El Comité central, reunido en sesión plenaria, consiguió la unión de las fracciones. Lenin se mostró dispuesto a hacer las mayores concesiones en materia de organización. Aceptó suspender la publicación de su periódico. De ahora en adelante el Comité Directivo del órgano central, el Socialdemócrata, estaría compuesto por dos bolcheviques: Lenin y Zinoviev, y dos mencheviques, Martov y Dan. Kamenev fue a representarlo en Viena ante Trotski, que publicaba desde octubre de 1908 un periódico titulado *Pravda* (La Verdad), un nombre que tendrá éxito en el mundo bolchevique. Para que los miembros del partido pudieran dar a conocer sus opiniones personales sobre los problemas del momento se creó una Hoja de discusiones, especie de tribuna libre que se publicaba como suplemento del órgano central.

Ya no habría más que una caja común. Pero en lugar de entregar las sumas, bastante considerables, que tenían los bolcheviques, Lenin las dio en depósito a un trío de socialdemócratas alemanes: Kautsky, Mehring y Clara Zetkin, quienes se comprometían a devolver el dinero a los bolcheviques en caso de nueva escisión.

Las cosas parecían arreglarse con los mencheviques, pero en cambio las relaciones de Lenin con Bogdanov y sus amigos eran cada vez más tensas. Estos últimos se mostraban ahora muy activos. Habían fundado su propio periódico, con el título de *Vpered*, presentándose así como fieles continuadores del periódico bolchevique creado antaño por Lenin después de su ruptura con la *Iskra*. Su grupo tomó desde ese momento el nombre de *vperedistas*. Lunatcharski, que había venido a instalarse en París, hacía una activa propaganda en favor suyo. Se alojó en la calle Roli, muy cerca de Lenin, y empezó a dar «cursos de cultura proletaria» que le permitieron aumentar considerablemente el número de sus adeptos. Estos se mostraban muy

agresivos y disputaban la primacía a los partidarios de Lenin, no sin vehemencia. Alin ha conservado el recuerdo de una irrupción de los vperedistas en un café en el que los leninistas estaban celebrando consejo. Estaban dispuestos a llegar a las manos. Krupskaja, que quiso calmar las pasiones, fue injuriada. Hubo que levantar la sesión. «Observé en ese momento a Lenin —escribe Alin—. Nunca lo vi tan agitado. Estaba pálido. Cogió su sombrero y salió rápidamente de la sala. Todo el mundo partió. Unos cuantos fuimos a un café cercano para comentar el incidente. Lenin no estaba allí.» Más tarde, por la noche, a la una y media de la madrugada, lo encontró cerca de la avenida de Orleáns, caminando precipitadamente, bajo la lluvia, con el sombrero en una mano. Alin lo acompañó hasta la casa con otros camaradas. Repetía sin cesar: «¡Es una infamia! ¡Ser capaces de semejante escándalo! ¡Es el colmo!» Más tarde se supo que había caminado durante más de dos horas por las calles antes de poder calmarse.

Todo iba mal. Su trabajo en la Biblioteca no adelantaba. Privado de su bicicleta, obligado a sufrir durante media hora un tranvía que avanzaba con una lentitud exasperante a través de las calles embotelladas y en las cuales todavía se desconocía la circulación en sentido único, llegaba ya regularmente irritado. La espera de los volúmenes y las explicaciones con el personal de la sala de trabajo no hacían más que aumentar su irritación. Regresaba a casa (otra media hora de tranvía) cansado y deprimido, y aun tenía que soportar, al pasar ante la portería, alguna observación agria por alguna visita recibida la víspera a una hora indebida o por alguna mancha descubierta en la alfombra de la escalera frente a su puerta. Lo mismo que en la calle Beaunier, su pobre mobiliario inspiraba en la calle Marie-Rose un desprecio apenas disimulado y las inquietudes del



propietario, que, temeroso de que Lenin se fuera sin pagar la renta, quería deshacerse de él.

Un día se quejó de todas esas molestias domésticas al obrero de la imprenta del Comité, Vladimirov, que había venido a verle. Era un muchacho muy despierto que se había sabido «parisinear» rápidamente. «Yo me encargo», le dijo a Lenin. Baja la escalera. Precisamente ante la portería se encuentra con el propietario. Vladimirov lo aborda cortésmente, con la gorra en la mano, y entabla una conversación. El otro le comunica sus quejas: «Es un inquilino muy raro. No tiene ni con qué amueblar su vivienda. Ya estoy harto. Que se vaya.» «No hay que juzgar por las apariencias —observa suavemente Vladimirov—. El señor Ulianov es un gran propietario y tiene cuenta en el Banco. Infórmese usted en el Crédit Lyonnais.» El buen tipógrafo sabía lo que decía. En efecto, todo el dinero de la fracción bolchevique estaba depositado a nombre de Lenin. El Banco, a donde el propietario no dejó de acudir, debió darle los mejores informes sobre su solvencia, puesto que días después, al encontrárselo en la escalera, Lenin vio que lo saludaba con un obsequioso sombrero acompañado de un sonoro: «¡Buenos días, señor Ulianov!» Lo cual no le impedía escribir a su hermana: «París es un cochino lugar, y en muchos aspectos.»

Tampoco su mujer lograba adaptarse al ambiente parisiense. Ella, que solía ser tranquila y tener un humor siempre igual, se había vuelto nerviosa, hipocondríaca. Las humildes pero abrumadoras preocupaciones domésticas habían venido a reemplazar las emocionantes peripecias de la lucha revolucionaria subterránea. No conseguía, a pesar de todos sus esfuerzos, familiarizarse con la lengua francesa, y chocaba con incesantes dificultades en los pequeños comercios del barrio (difícilmente se aventuraba más allá de la avenida de Orleáns); ello provocaba a veces

un cruce de réplicas poco amenas. Y la vida era cada vez más cara. Después de vivir un año en París, los recursos personales de Lenin habían disminuido considerablemente. En Rusia le dejaron sumas importantes sus artículos y sus folletos, así como la antología de sus escritos publicada bajo el título de En doce años. Ahora no disponía más que del sueldo que le pagaba el partido: cincuenta francos por semana. Con eso tenía que vivir Lenin y mantener a su mujer y a su suegra.

El buen tiempo le trajo alguna tranquilidad. Recibió una carta de Gorki que le invitaba a pasar unos días en Capri. Lenin aceptó; convinieron que no se hablaría de política en las conversaciones. Fue allí a principios de agosto, y Krupskaia fue a instalarse con su madre en Pornic, donde el partido socialista francés había creado una colonia de vacaciones para sus miembros, Gorki cumplió su palabra e hizo todo lo posible por evitar a su huésped discusiones sobre temas espinosos. Los interlocutores de Lenin fueron sobre todo pescadores de la isla que no sabían una palabra de ruso, y como él ignoraba totalmente el italiano estaban obligados a explicarse por medio de gestos acompañados por una mímica apropiada, de lo cual se declaró encantado. Después se reunió con los suyos en Bretaña y a fin de mes partió para Copenhague, donde debía celebrarse el Congreso de la Segunda Internacional.

Cerca de un millar de delegados, 887 exactamente, habían venido a asistir al Congreso, entre ellos 188 alemanes y 48 franceses. La delegación rusa comprendía veinte miembros: diez socialdemócratas (entre ellos Plejanov, Lenin, Zinoviev, Kamenev, Martov, Dan, Trotski y Lunatcharski), siete socialistas-revolucionarios y tres sindicalistas. Lo mismo que en Stuttgart, o más tal vez que en Stuttgart, Lenin se sentía perdido en medio de esa multitud ruidosa y heteróclita. Pasó completamente

inadvertido, a pesar de que ocupaba un lugar en la tribuna en su calidad de miembro del Buró Socialista Internacional. El corresponsal de L'Humanité, al dar cuenta de la sesión inaugural, cita a un sólo ruso, Rubanovitch, al nombrar a los «militantes más conocidos». Es cierto que éste colaboraba entonces en el periódico de Jaurés. Lenin no tomó la palabra en ninguna sesión plenaria. Tal vez no le interesaba mucho: la Internacional le parecía cada vez más dominada por los socialdemócratas alemanes, que se deslizaban cada vez más hacia la derecha. Se le ocurrió, lo mismo que en Stuttgart, intentar una «agrupación de izquierdas» en el seno del Congreso y quiso reunir en una conferencia particular a los delegados que se consideraban marxistas revolucionarios. Dos mujeres, Rosa Luxemburgo y la holandesa Roland-Holst, hicieron una campaña para conseguirle adhesiones. «No logramos atraer —escribía más tarde Zinoviev— más que una decena de personas cuando mucho, y la mitad de ellas no se atrevieron a ir a las sesiones.» Cobró su desquite en las reuniones de la delegación rusa. Allí surgían discusiones tumultuosas en las que Lenin parece haber sufrido duros asaltos. La mujer de Krjijanovski, que asistía al Congreso como simple espectadora, cuenta en sus *Recuerdos*: «Se oía decir durante las sesiones de la sección rusa: «Uno contra todos, ¡es insensato! ¡Pierde al partido! ¡Qué felicidad sería que desapareciera, que se muriera!» «Cuando le dijo a uno de los que hablaban así, a Dan sobre todo: ¿Cómo es posible que un solo hombre pueda perder a todo el partido y que todos vosotros seáis tan impotentes frente a él hasta el punto de veros obligados a llamar en auxilio a la muerte?, me contestó, irritado y huraño: «Pues porque no hay un solo hombre en el mundo como él que se ocupe de la revolución durante las veinticuatro horas del día, que no tenga más pensamientos que los relativos a la revolución y que, hasta

cuando duerme, no vea más que la revolución en sus sueños. ¡Trate de vencer a un hombre así!».

Tuvo la satisfacción, por lo menos, de que sus compatriotas adoptaran la idea de un nuevo periódico socialdemócrata destinado especialmente a los obreros. Cabría preguntarse, sin embargo, si para tomar esta decisión era absolutamente necesario ir a Copenhague...

El Congreso terminó el 3 de septiembre y Lenin se embarcó para Estocolmo, donde debía encontrarse con su madre. La señora Ulianov iba camino ya de los setenta y dos años. Su rostro totalmente arrugado de anciana encorvada bajo el peso de las múltiples pruebas a que la había sometido la vida, conservaba unos ojos límpidos, luminosos y asombrosamente jóvenes. El destino no quería permitirle que terminara en paz sus últimos años. Estaba separada de su hijo mayor, y en cuanto a su otro hijo y a sus dos hijas, tan pronto eran detenidos como sufrían algún accidente. En las cartas que le escribía, Lenin trataba de ocultar las dificultades y las preocupaciones que lo abrumaban, pero ella sabía leer entre líneas y sufría cruelmente. Estuvo una semana en Estocolmo y se fue con un soberbio abrigo de invierno que le regaló la señora Ulianov, madre previsor. Ya no había de volverlo a ver.

La paz entre las fracciones, concertada en el pleno de enero de 1910, no había durado mucho tiempo. Además, los mencheviques estaban sufriendo en su propio grupo divisiones internas análogas a las que diezmaban a la fracción bolchevique. Se formó entre ellos, a partir de 1908, un llamado movimiento de «legalistas», que estimaban que en la nueva situación creada por el aplastamiento de la revolución, el partido socialdemócrata debía salir de la clandestinidad y llevar una existencia legal, como en los demás países de Europa donde funcionaba un régimen parlamentario. Había diputados socialdemócratas en la

Duma que hacían oír su voz en la tribuna, los socialdemócratas podían escribir en periódicos y revistas, aunque a condición de plegarse a las exigencias del momento, porque si bien había sido abolida la censura, un artículo demasiado imprudente causaba inmediatamente la prohibición del periódico. Los oradores socialdemócratas también podían tomar la palabra en reuniones públicas, por su cuenta y riesgo naturalmente. Esa era, estimaban los «legalistas», una buena escuela en la que la clase obrera iba a prepararse para someterse a la próxima prueba de una república burguesa, puesto que estaba previsto que antes de que el proletariado tomara el poder había que pasar por ahí. Pero, puesto que se trataba de crear una organización legal del partido, la existencia del aparato ilegal ya no tenía razón de ser. El Comité central, el órgano central, el Buró extranjero, que por lo demás no gozaban ya más que de una autoridad sensiblemente reducida, eran superfluos y estaban llamados a desaparecer. No quedaba más que liquidarlos. De ahí el apodo de «liquidadores» que pusieron a los partidarios de esa tendencia sus adversarios, los cuales insistían en la absoluta necesidad de mantener íntegramente la organización ilegal existente. Plejanov se pronunció abiertamente contra los «liquidadores», quienes tenían en Potresov, que se había quedado en Rusia, a uno de sus principales animadores del interior. La mayoría de los dirigentes mencheviques en el extranjero, Martov, Dan y Axelrod entre otros, se pronunciaron en favor de pasar a la legalidad en el periódico de fracción que habían conservado. Lenin, que tras la supresión del suyo se había dedicado enteramente a su trabajo de codirector del órgano central, arrastró desde un principio a los «liquidadores» hacia las gemonías. Lo cual volvió a acercarlo a Plejanov.

El combate abierto se entabló, o para usar su lenguaje, «la bomba estalló» en marzo, a raíz de un pequeño

incidente ocurrido en la redacción. Lenin había publicado en la Hoja de discusiones, y no en el periódico, el artículo de Martov en el que éste declaraba que como el pleno había admitido la paridad de votos en el interior de la redacción del Socialdemócrata, ese principio debía ser aplicado también a los «legalistas». Inmediatamente, Martov atacó con vehemencia en el periódico de los mencheviques legalistas. «Mi artículo —escribía— no se pronunciaba en modo alguno contra las decisiones del pleno; no hacía más que exigir una aplicación equitativa de esas decisiones.» No se conformó con eso. En una Carta abierta a las camaradas, publicada con su firma y con las de Axelrod, Dan y Martynov, se dirigió a todo el partido y denunció el despotismo de algunos miembros de la dirección del órgano central. Un grupo de dieciséis miembros del interior, entre ellos tres miembros del Buró ruso del Comité central, se solidarizó con la Carta. En el número del 5 de abril, Lenin censuró el gesto de esos «Eróstratos» y llamó a las armas a todos los verdaderos socialdemócratas sin distinción de tendencias. «La conspiración contra el partido ha sido descubierta —exclama—. Que se alcen en defensa suya todos aquellos que quieran su existencia.» En Copenhague se abordaron como enemigos. De regreso a París, la hostilidad entre los dos bandos llegó a su apogeo.

La situación de Lenin era lamentable. No podía escribir más que en el órgano central, donde, teniendo en cuenta su cargo oficial, se imponía cierta reserva. Los mencheviques habían conservado su periódico. Plejanov tenía el suyo. Trotski lo mismo. Sólo él, por querer sin duda predicar con el ejemplo, había cometido la imprudencia de suspender el *Proletary*. Seguramente le hubiera gustado reanudar su publicación ahora, pero ya no disponía de los fondos necesarios. El dinero bolchevique seguía «bloqueado» con los depositarios alemanes. *La gaceta obrera* empezaba mal.

Después de un primer número, publicado el 13 de noviembre, el segundo no salió hasta el 13 de diciembre siguiente. Trotski, que la consideraba como una competidora de su *Pravda*, había emprendido una fuerte campaña contra ella, pretendiendo que, lejos de servir a los intereses del partido, esa publicación no serviría más intereses que los de los bolcheviques-leninistas. Lenin le atacó a su vez en un artículo del *Socialdemócrata* del 21 de diciembre de 1910. «Una discusión de principios con Trotski es imposible —decía— por la sencilla razón de que no los tiene. Se puede y se debe discutir con liquidadores y con convencidos “retiradistas”, pero no se discute con un hombre que se las ingenia en escamotear las faltas de unos y otros; se le desenmascara como un “diplomático” de la más baja ralea.» Y pidió a Kamenev que regresara de Viena.

Paralelamente lo asaltan preocupaciones de orden material. No encuentra editor para su libro. Su carta a Gorki, en la que le ruega que le ayude, es un verdadero grito de desesperación. Los periódicos y las revistas rusas ponen dificultades para aceptar sus artículos por estimar sin duda que su colaboración es ahora demasiado comprometedor. Afortunadamente, los socialdemócratas del interior, resueltos a explotar las posibilidades legales que se les ofrecen, crean en diciembre una hoja semanal, *Zvezda*, considerada como el órgano parlamentario de su partido, y una revista mensual en la que varios periodistas bolcheviques, cuidadosamente camuflados, son invitados a escribir. Lenin aceptó colaborar en esa empresa «legalista» y dio algunos artículos firmados unas veces con su seudónimo de antaño, Mine, y otras sin firma alguna. Mientras tanto, lograba sostenerse penosamente. En una de sus cartas a su madre se le habían escapado algunas alusiones a sus dificultades materiales. La señora Ulianov se conmovió y le mandó algunos centenares de rublos,

sacados de su modesta pensión de viuda que desde hacía mucho tiempo no correspondía ya al costo de la vida. Lenin queda desconsolado. «Por favor, no me envíes dinero —le escribe—. Por el momento mi situación no es peor que antes: no estoy en la miseria. Y te suplico, querida madrecita, que no me envíes nada de tu pensión y que no pases estrecheces por mí.» La anciana madre ya no reincide. Pero a través de sus hijas manda a París paquetes en los que Krupskaja, boquiabierta, descubre jamón, pescado ahumado, tocino, dulces e incluso mostaza, para que Volodia por lo menos pueda comer hasta hartarse.

Todas esas complicaciones materiales repercuten en su estado general. Se vuelve sombrío, distraído, y sufre a veces olvidos que sorprenden a quienes le rodean.

Una vez —escribe Alin— Lenin vuelve a casa y le pregunta a Nadejda Konstantinovna:

—¿Hay alguna respuesta de Nueva York?

—¿De Nueva York? ¿Qué respuesta? ¿A qué carta?

—¡Pues a la última!

—Pero si apenas la mandaste hoy.

—¿Sí? ¿Hoy?

—Ve usted —me dice Nadejda Konstantinovna con reproche—, está completamente agotado.

Olvida echar al correo las cartas que le confía su mujer. Estas las encuentra días después en los bolsillos de su abrigo. Finalmente decide prescindir de sus buenos oficios. Las noches no le son clementes. Padece insomnios. Le acometen continuos dolores de cabeza. La mujer de Krjijanovski, que ha venido a pasar unos días en París después de la reunión de Copenhague, queda sorprendida por su mal aspecto.

Así es Lenin cuando conoce a Elisabeth Armand, «Inés» para los revolucionarios, cuya imagen, dice Alin, «no se borrará nunca del recuerdo de los que la conocieron». Era



francesa, parisiense, hija del actor Pécheux d'Herbenville, apodado Stephen. Fue recogida por una tía suya, que trabajaba de ama de llaves en casa de un rico industrial de Moscú, y llevada a Rusia. Su estancia en la familia Armand terminó con su matrimonio con el hijo de la casa. En 1905 abandona su vida confortable de joven burguesa acomodada y se arroja ciegamente a la vorágine revolucionaria. Deportada a Arcángel en 1907, emigra en 1909, dejando en Rusia a su marido y a sus tres hijos, y después de una breve estancia en Bruselas se traslada a París en 1910<sup>13</sup>.

El nombre de Inés Armand no era desconocido probablemente para Lenin. En todo caso la recibió enseguida en su intimidad y la convirtió en una de sus colaboradoras más allegadas. Sabía utilizar el trabajo de las mujeres. Sin hablar de Krupskaia, estrechamente asociada a toda su obra, y de sus dos hermanas, sobre todo la mayor, cuya ayuda le fue tan valiosa en tantas ocasiones, todas las «misioneras» que empleaba para las necesidades de la Causa le servían con una devoción absoluta. Pero el caso de Inés Armand era diferente. Hasta entonces no había tratado más que con militantes que no conocían ni querían conocer nada que no fueran sus deberes para con el partido y la revolución. Ahora se hallaba frente a una mujer. Militante, Inés lo era, y por lo menos tanto como las demás. Pero tenía también una cultura general muy amplia y un encanto personal de que carecían completamente las otras. «Se desprendía de ella una inmensa alegría de vivir», ha dicho Krupskaia, explicando a su manera esa especie de fulgor interior que emanaba de todo su ser. Tenía entonces treinta años, pero nadie le daba más de veinte, inmensos ojos negros y unos cabellos rebeldes a todo freno que daban a su cabeza el aspecto de una Medusa. Parecía ir por la vida radiante, respirando felicidad, y, sin embargo, su salud era

frágil y estaba desahuciada por los médicos. Parecía tener prisa por disfrutar en su existencia terrestre el máximo de gozos susceptibles de tentarla. Se apasionaba por la revolución, pero también por la música (tocaba admirablemente el piano), y Beethoven era su Dios.

Para empezar, Lenin hizo entrar a Inés en el presidium del grupo bolchevique del extranjero formado por tres miembros, y en el seno del cual eclipsó rápidamente a sus colegas: el Dr. Semachko, conocido sobre todo como revolucionario en los círculos médicos y como médico en los círculos revolucionarios, e Ilya Safarov, militante consciente, pero de mediana envergadura.

En los comienzos de la primavera de 1911, Lenin, que había recogido la experiencia de Bogdanov, ideó a su vez crear en los alrededores de París, en Longjumeau, una escuela de formación marxista; Inés se dedicó en cuerpo y alma a esa tarea. Lo mismo que en Capri, trajeron de Rusia unos doce obreros jóvenes; igual que en Capri, había un policía entre ellos. Impartían los cursos el propio Lenin (economía política, problema agrario, teoría y práctica del socialismo científico), Zinoviev y Kamenev (historia del partido socialdemócrata). Inés fue encargada de dirigir los trabajos prácticos de los alumnos. Alquiló por su propia cuenta toda una casa en la aldea y organizó una cantina para los alumnos así como alojamientos para algunos de ellos. Lenin y su mujer se habían instalado muy modestamente en casa de un obrero curtidor y comían en la cantina escolar. Después de las clases, todos —maestros y alumnos— se iban al campo a respirar la dulzura del anochecer. Se tumbaban cerca de una hacina de trigo y se dejaban arrastrar por los sueños y por el silencio. A veces se oía una voz lánguida que llevaba a lo lejos palabras nostálgicas y tiernas. Era el policía, que cantaba.

La lucha contra los liquidadores y los trotskistas se reanudó y llegó a su punto culminante tan pronto como Lenin regresó a París. Estimaba que había llegado ya el momento de hacerles correr a todos la misma suerte que a los vperedistas. Era más difícil, sin embargo, puesto que no se trataba de un asunto entre fracciones que pudiera ser liquidado «en familia». Esta vez estaba obligado a recurrir a todo el partido.

Cuando Kamenev regresó de Viena, Lenin le hizo firmar una memoria que llevaba ya su propia firma y la de Zinoviev, y que señalaba al Buró extranjero del Comité central la necesidad absoluta de reunir urgentemente, en alguna parte del extranjero, el pleno del Comité. La respuesta tardó en llegar más de un mes. Fue negativa. Cabía preverlo: dicho Buró era menchevique en su mayoría. No habiendo podido obtener satisfacción, Lenin retiró al único bolchevique que formaba parte de él; tras ello invitó a «los miembros del Comité central que se hallan en el extranjero» a reunirse en conferencia. Tres fueron los que respondieron a esa invitación: el propio Lenin, Zinoviev y Rykov. Para dar mayor peso a esa reunión se permitió que asistieran seis personas más con voz consultiva. Se reunieron en junio, precisamente la víspera de la salida para Longjumeau. Se decidió, lo mismo que antaño en víspera del tercer Congreso, que se crearía en Rusia una comisión de organización encargada de preparar la próxima conferencia general del partido. Rykov y un militante georgiano recientemente llegado de Teherán, donde se ocupaba del transporte de las publicaciones clandestinas, Sergio Ordjonikidze, recibieron la misión de trasladarse a Rusia para organizar esa comisión. Rykov partió y fue detenido nada más llegar. Ordjonikidze, que previamente había sido autorizado, a título de «alumno libre», a seguir los cursos de la escuela de Longjumeau, tuvo más suerte.

Pudo llegar a Bakú, entró en contacto con Spandarian, un militante local muy activo, y estableció el enlace con Stalin, quien se había evadido una vez más de Siberia y estaba escondido en la región. Una vez juntos, lograron convocar una especie de reunión constituyente a la que asistieron los representantes de los cinco grupos socialdemócratas y en la cual nació la comisión de organización prevista por Lenin. Esta acabó por poner en pie la famosa Conferencia de Praga, que estaba destinada a convertirse en la cuna del partido bolchevique. El mérito corresponde sobre todo a los tres caucasianos: Ordjonikidze, Spandarian y Stalin. Este último, detenido a finales de 1911, no pudo asistir.

La Conferencia comenzó el 19 de enero de 1912. Se habían dirigido invitaciones a todas las organizaciones. Naturalmente, los liquidadores, los trotskistas y los vperedistas no participaron en esta empresa debida a la iniciativa de Lenin. Plejanov, que en aquella época podía ser considerado como un aliado suyo en la lucha contra los liquidadores, tampoco vino y se limitó a contestar a los organizadores: «Los miembros de la Conferencia se parecen tanto los unos a los otros que creo que es mejor, en interés de la unidad del partido, que yo no participe.» Sin embargo, algunos de sus partidarios enviaron representantes. Pero, cosa grave, las «nacionalidades» estaban ausentes. En cuanto al Bund, era de esperar. Los polacos y los letones se desolidarizan a su vez de Lenin y desaprueban su campaña «antiliquidadora» que, según ellos, conduce al partido a la ruina y a la disgregación total. Lenin prescindirá de ellos. Además, estima, ya es hora de acabar con esa situación paradójica que se ha creado a causa de la superioridad numérica de los grupos «nacionales», cuyos votos han impedido en varias ocasiones la adopción de iniciativas útiles y necesarias para la buena marcha de las organizaciones rusas.

La Conferencia estuvo reunida durante doce días, y votó una larga e importante resolución redactada por el propio Lenin.

«Considerando —decía el art. II— que las persecuciones del gobierno zarista y la expansión de las ideas contrarrevolucionarias, en ausencia del centro de acción militante, habían creado durante los años 1908-1911 una situación sumamente difícil en el interior del partido socialdemócrata ruso;

»Que actualmente se observa en todas partes, junto con el recrudescimiento del movimiento obrero, la tendencia, entre los trabajadores avanzados, a reconstituir las organizaciones ilegales del partido;

»Que las finalidades prácticas inmediatas del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria contra el zarismo (reivindicaciones económicas, agitación política, campaña electoral) imponen las medidas más energías para el restablecimiento de un centro director activo ligado estrechamente a las organizaciones locales;

»Que tras una interrupción de más de tres años se ha logrado por fin reunir a más de veinte organizaciones rusas alrededor de la comisión de organización;

»Que todas las organizaciones del partido que funcionan en Rusia están representadas en la Conferencia;

»Que varios militantes del movimiento obrero legal que han sido invitados han enviado mensajes de adhesión,

»La Asamblea se ha constituido en Conferencia general del partido, con calidad y autoridad de un órgano supremo.»

El art. V llamaba particularmente la atención de los camaradas sobre la necesidad de intensificar la reconstrucción de las organizaciones ilegales y de reforzar la agitación política.

El art. VI declaraba que era necesario participar en las elecciones para la cuarta Duma, al margen de cualquier

entendimiento con los partidos no proletarios, aunque concertando algunos acuerdos en caso de empate en el escrutinio para no dejar pasar al candidato de la reacción, y daba las tres consignas que debían ser utilizadas durante la campaña electoral: 1.º República democrática; 2.º Jornada de ocho horas; 3.º Confiscación de las tierras de los grandes terratenientes en provecho de los campesinos.

El art. XII condenaba a los liquidadores y exhortaba a todos los miembros del partido «sin distinción de matiz y de tendencia» a luchar contra el «liquidacionismo», a denunciar el mal que causaba a la obra de la liberación de la clase obrera y a concentrar todos los esfuerzos en el restablecimiento y la consolidación del partido ilegal.

El art. XIV reconocía a la *Rabotchaia Gazeta* como órgano oficial del Comité central, y el art. XV anulaba el acuerdo concertado en enero de 1910 con la redacción del periódico de Trotski, lo que privaba a éste de la subvención que estaba recibiendo.

El art. XVII anunciaba que el dinero confiado a los alemanes pertenecía sin ninguna clase de dudas al Comité central elegido por la Conferencia, y que éste quedaba encargado de emprender todas las gestiones necesarias para entrar inmediatamente en posesión de ese dinero.

El art. XIX prohibía la utilización del nombre de «Partido socialdemócrata ruso» a todos los grupos extranjeros que no se sometieran al Comité central nuevamente elegido y que trataran directamente con el interior sin pasar por él. Eso equivalía, evidentemente, a dejar fuera del partido a los trotskistas y a los vperedistas.

Formaron parte del nuevo Comité central, integrado por siete miembros, Lenin, Zinoviev, que cada vez estaba más unido a él, y los dos caucasianos Ordjonikidze y Spandarian, que tan bien había trabajado para él. En cuanto al tercero, Stalin, que seguía deportado, Lenin no quiso poner a prueba

la complacencia de los delegados haciéndoles votar por un candidato ausente y cuyo nombre todavía no les decía gran cosa. Pero tan pronto como se clausuró la Conferencia se apresuró a introducirlo en el seno del Comité valiéndose del art. XVI de la resolución que enmendaba el II párrafo de los Estatutos y que restituía al Comité central el derecho de cooptación que había caído en desuso durante los años 1905-1906. Juzgó conveniente conceder un puesto a un bolchevique-conciliador, lo mismo que a un menchevique —«partista»<sup>14</sup> y también hizo entrar al delegado de la organización de Moscú, un antiguo menchevique convertido que en las sesiones de la Conferencia bolchevique reveló tal ardor y tal convencimiento que Lenin lo comprometió a presentar su candidatura en las próximas elecciones legislativas. Se llamaba Roman Malinovski y estaba inscrito en la lista de los colaboradores del departamento de la policía bajo el nombre de «Sastre».

Trotsky se enfureció grandemente al conocer las decisiones tomadas en Praga. En *Vorwaerts*, órgano central del partido socialdemócrata alemán, publicó a guisa de editorial, o sea sin firma, un virulento artículo que calificaba de «usurpadores» a Lenin y a sus amigos. Se trasladó a París y, desarrollando una actividad febril, logró poner a todo el mundo contra ellos. El 3 de abril, Krupskaja escribía a un corresponsal cuyo nombre se desconoce: «Todos los elementos extranjeros abrumaban a la Conferencia: mencheviques-legalistas, bundistas, letones, conciliadores, vperedistas, plejanovistas.» Por iniciativa de Trotsky y bajo su presidencia se celebró una reunión de esos grupos. Votó una protesta solemne y declaró que la Conferencia de Praga no era más que un conciliábulo de la «banda de Lenin» y que sus decisiones no tenían valor alguno. Se eligió una comisión y se le encargó organizar para el próximo mes de

agosto una conferencia en la que estuvieran representadas efectivamente todas las organizaciones socialdemócratas.

Frente a este reto en masa, Lenin no quiso contestar más que con un silencio despreciativo y desdeñoso. Se encerró en su casa, en su pequeño y caliente departamento de la calle Marie-Rose. La reunión de Trotski se celebró el 12 de marzo. Doce días después, el 24, Lenin escribía a Ana: «Todos estos días me he quedado en casa traduciendo, y no sé gran cosa de lo que ocurre en París. Además, en nuestro medio se riñe y se cubre la gente de lodo hasta tal punto que es difícil imaginarse que las cosas puedan pasar así.»

Pero en su fuero interno sufría cruelmente. Las cosas se anunciaban mal. Desde Praga, Lenin se había trasladado a Berlín para entrar en posesión de los fondos de que se había constituido depositaria Clara Zetkin. Esta sentía personalmente mucha simpatía por él, pero no se atrevió a entregárselos sin consultar previamente al «codepositario», Kautsky, quien se opuso categóricamente. La campaña hecha por Trotski en la prensa socialdemócrata alemana había dado sus frutos, y además Kautsky estaba resentido con Lenin, quien en Copenhague lo había calificado de «oportunista».

Esa negativa colocaba al nuevo Comité central en una situación crítica. En los precisos momentos en que, por fin, tras haberse librado de la «canalla liquidadora» —tal como le escribía Lenin a Gorki una vez clausurada la Conferencia— el partido socialdemócrata ruso bolchevique (tal es la denominación que adoptará de ahora en adelante) se disponía a ponerse en marcha, teniendo que hacer para ello considerables gastos, se le escapaba el dinero con que contaba. Además, y sobre todo, los rusos parecen olvidarlo. Al salir de Praga los delegados le habían hecho muchas promesas, y, luego, nada. Stalin, que según el plan trazado por Lenin debía organizar en San Petersburgo la publicación



de un gran diario bolchevique y dirigir la campaña electoral, y a cuya búsqueda había enviado a Ordjonikidze para arreglar su evasión, no da señales de vida.

El 28, Lenin escribe a los miembros rusos del Comité central una carta que refleja, a más no poder, el estado de ansiedad en que se hallaba entonces:

«Queridos amigos: Estoy desolado y terriblemente inquieto por el estado de completa desorganización en que se hallan nuestras relaciones. Verdaderamente es para desesperarse. En lugar de escribir cartas os comunicáis conmigo por medio de un lenguaje telegráfico en el que no se comprende nada. No sé nada de Stalin. ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él? Ninguno de los delegados ha hecho un enlace. ¡Ninguno! ¡Ninguno! ¡Es la desbandada completa! Ni una sola información que diga en forma clara y precisa que las organizaciones locales han tomado conocimiento de las resoluciones de Praga y las han aprobado. ¿No es esto una desbandada? ¿No es una burla? Resolución para reclamar el dinero: ni una sola, de ninguna parte. Es simplemente una vergüenza. Ni una sola palabra de Tiflis, de Bakú, centros terriblemente importantes. ¿Dónde están las resoluciones? ¡Un escándalo! ¡Una vergüenza! En cuanto al dinero, las cosas marchan mal. Enviad una resolución facultándonos para actuar ante la justicia. Los alemanes se niegan. Sin acción judicial de nuestra parte, estaremos en quiebra completa dentro de tres o cuatro meses. Si no tenéis otros recursos, hay que revisar el presupuesto de arriba abajo. Hemos pasado todos los límites y caminamos hacia la quiebra... La Conferencia es atacada por todas partes y Rusia se calla. Inútil vanagloriarse y hacer el fanfarrón. Todo el mundo conoce el artículo de *Vorwaerts* y la protesta, y nadie se mueve. Total: desbandada y desorganización. Hacen falta enlaces,

correspondencia regular, informaciones. De lo contrario, todo esto no es más que un bluff».

¡Y he aquí que el propietario le anuncia que el alquiler va a ser aumentado! Por fin se harta de París. Decide ir a vivir a los suburbios, a Fontenay-aux-Roses. «Será mejor para la salud y además estaremos tranquilos», escribe a su madre el 7 de abril.

Mientras tanto, Stalin no había perdido el tiempo. Ayudado por Ordjonikidze, desapareció de Vologda, su sitio de deportación, y apareció sano y salvo en San Petersburgo hacia mediados de marzo. Pero era sobre todo un hombre de acción y no le gustaba mucho escribir. No es que la pluma le fuera rebelde; poseía una buena cultura marxista, profundizada en sus frecuentes deportaciones, y había acabado por conocer casi de memoria los principales textos de Lenin. De vez en cuando le daba por enviar alguna correspondencia o un artículo para el órgano central. Siempre estaban correcta e inteligentemente redactados, pero se notaba que no ponía en ello el corazón. No vivía en realidad más que para la lucha revolucionaria directa, y hacerle malas pasadas a la policía se había convertido para él en una especie de voluptuosidad. Y en esto se entendía perfectamente con Ordjonikidze, su compatriota y amigo.

Organizar en la capital del Imperio la publicación de un gran diario no es en realidad una cosa muy sencilla, sobre todo cuando el que asume esa tarea está obligado a vivir clandestinamente. Stalin no se arredró y encontró una solución de las más expeditas, aunque bastante rudimentaria, para el problema. Se limitó a reunir el equipo ya existente de la redacción del semanario *Zvezda* y la transformó en la redacción de un diario que fue bautizado con el nombre de *Pravda*, nombre del antiguo periódico de Trotski, quien por falta de recursos había tenido que suspender su publicación. El diputado Poletaev fue el

«editor», mientras Olminski y Baturin se repartieron las funciones de redactor-jefe. Se convino, naturalmente, que seguirían escrupulosamente las directivas de Lenin, a cuyo cargo quedaría la dirección ideológica del periódico. El primer número apareció el 22 de abril (calendario ruso). Al día siguiente fue detenido Stalin y emprendió de nuevo el camino de la deportación.

Cuando Lenin supo, en París, la aparición de *Pravda*, se volvió loco de alegría. Abandonó inmediatamente el proyecto de ir a vivir a Fontenay. Ahora irán a instalarse a cualquier punto de la Polonia austríaca, lo más cerca posible de la frontera rusa, a fin de poder establecer el contacto más estrecho y más rápido con el periódico. Lenin se decidió por Cracovia, vieja ciudad polaca a unos 15 kilómetros de la frontera. Lenin tenía tanta prisa por librarse de lo que él llamaba «el fango parisiense», que partieron casi precipitadamente. Más tarde, recordando los años de su estancia en París, le decía a su mujer en más de una ocasión: «No comprendo qué diablo nos arrastró hasta allá.»



## XV

# RELÁMPAGOS EN LA NOCHE

La primera impresión fue excelente. Lenin se mostraba muy alegre y rejuvenecido. Aspiraba con delicia el aire de los campos que nacían a unos cuantos metros de la casa en que se había hospedado y que conducía hacia la frontera rusa. La vida se organizaba de acuerdo con sus gustos y sus costumbres. La policía local, compuesta en su mayoría por polacos que detestaban a sus colegas rusos, le dejaba tranquilo y pudo establecer a sus anchas el contacto con los militantes del interior. Era fácil pasar de un país a otro en esa región que pertenecía a la zona fronteriza. Se creó un relevo a Lublin, ciudad de la Polonia rusa cerca de la frontera, que se convirtió en un centro de enlace muy activo. El jefe de ese centro, el estudiante Krylenko, pasará luego a desempeñar funciones de un carácter muy diferente.

Zinoviev —inútil decirlo— ha seguido a Lenin a Cracovia. Kamenev también. Uno y otro se pusieron a escribir, inspirándose en las directivas de su jefe, artículos para *Pravda*. Lenin se dedica ya enteramente a su labor de director ideológico de la nueva publicación. No quiere ser un simple consejero cuyos consejos son escuchados, pero no aplicados luego. Quiere dirigir efectivamente el periódico, controlar todo lo que publica, vigilar la marcha comercial de

la empresa, la difusión, la propaganda, etc. Y en ese terreno fue donde surgieron, muy rápidamente, graves dificultades. *Pravda* «no marchaba bien». Los números que recibía, con mucho retraso y más bien irregularmente, le causaban una decepción a la cual se mezclaba la más viva inquietud. Los artículos que leía hablaban un lenguaje tímido, vacilante. Los suyos eran podados y a veces sólo se publicaban cuando ya no respondían a la actualidad o no se publicaban en absoluto. Se veía enseguida que el periódico estaba hecho por hombres que carecían de autoridad y de experiencia. En efecto, Stalin no había tenido buena mano. La redacción por él escogida había quedado abandonada a sus propios medios al ser detenido él, es decir, al día siguiente de la publicación del primer número, e iba a la deriva. Baturin, el redactor jefe, y Olminski, el editorialista, eran, sobre todo el segundo, buenos periodistas, pero no tenían la competencia necesaria para dirigir un gran diario de cuatro páginas. Estaban abrumados por el peso de la tarea que les incumbía y no sabían por dónde empezar. Habían reclutado desordenadamente una cantidad de colaboradores algunos de los cuales no valían nada. Otros, más capacitados, se negaban a plegarse a cualquier disciplina. El primer secretario de redacción, chapucero y torpe, fue reemplazado al cabo de quince días por el joven estudiante Molotov, que estaba lleno de buena voluntad y hacía todo lo que podía. Él es quien se encarga generalmente de la correspondencia con Lenin. A veces careció de tacto en esa delicada tarea. Por ejemplo, cuando aquél se ve obligado a reclamar los números que han omitido enviarle. Molotov, sin dejar de garantizarle que se hará lo necesario a ese respecto, cree necesario agregar: «Por el momento debo decirle que estamos necesitados de artículos. Esperamos que nos los enviará usted y sin retraso. Esperamos sus artículos.» Al leer esa carta Lenin debió

levantar los brazos al cielo. ¡Así, pues, era él quien estaba en retraso! ¡A él le reclamaban material! ¡A él, que se pasaba todas las tardes escribiendo para *Pravda* y que velaba minuciosamente y personalmente por que sus envíos partieran el mismo día! Que lo entienda quien pueda...

La situación se enredó todavía más al acercarse la campaña electoral. Lenin no había dejado de recomendar, con particular insistencia, que *Pravda* sostuviera un ataque vigoroso, en toda la línea, contra los «liquidadores» a fin de separar a éstos de los elementos obreros que todavía seguían bajo su influencia. Pero al leer los artículos que dedica el periódico a las futuras elecciones, se da cuenta de que se evita ostensiblemente el ataque a los mencheviques, hasta el punto de que incluso la palabra liquidadores no aparece por ningún lado. Para sincerarse, escribe a *Pravda*: «¿Por qué el periódico elimina sistemática y obstinadamente de mis artículos y de los otros colaboradores cualquier alusión a los liquidadores?» La redacción le contesta que se evita a propósito ese término para no agriar inútilmente los espíritus y no dar a los lectores la impresión de que, incluso en vísperas de las elecciones, se sigue agitando las querellas intestinas. Lenin replica: «Es imposible, nocivo, pernicioso y ridículo ocultar nuestros desacuerdos a los obreros.» Días después nueva carta de Lenin: esa táctica le parece «profundamente errónea y sencillamente inadmisibile» ; ahogar esas discusiones es ir a un suicidio. En San Petersburgo leen sus cartas, le ordenan a Molotov que escriba respuestas diferentes, y continúan actuando contra su opinión. Lenin siente venir el peligro: se está tramando a sus espaldas un entendimiento con los mencheviques. Se trata, en el ánimo de los «conciliadores», de no dejar que se desperdigen los votos obreros (la ley electoral rusa concedía a los obreros el derecho de elegir sus propios diputados) y de retenerlos en el seno de la

socialdemocracia. En opinión de Lenin, esa táctica de alianza con los mencheviques es absurda puesto que es seguro, al menos tal es su profunda convicción, que la mayoría aplastante de los obreros darán sus votos a los candidatos bolcheviques. Entrar en acuerdo con los mencheviques es privarse voluntariamente de un cierto número de puestos en los colegios electorales (para los obreros, las elecciones eran en tercer grado) y aumentar así, a sabiendas, la influencia y el prestigio de los liquidadores.

No fiándose de ninguno de sus corresponsales de San Petersburgo, Lenin recurre a Inés Armand, que se ha quedado en París. ¡Que vaya allí y arregle las cosas! Inés llega enseguida. Durante dos días enteros Lenin le atiborra la cabeza con instrucciones y recomendaciones. Tras lo cual pasa la frontera con un nombre falso, con ayuda del camarada Krylenko.

Lenin no se equivocaba al enviar a Inés a San Petersburgo. Hizo un buen trabajo. Gracias a ella los obreros fueron informados de las resoluciones tomadas en la Conferencia de Praga, cosa que no se habían preocupado de hacer los dirigentes de la organización socialdemócrata de la capital; gracias a ella fue reconstruido el Comité de San Petersburgo y formada una oficina regional que emprendió una enérgica lucha contra los liquidadores. Después de trabajar durante cuatro semanas con febril ardor, Inés fue detenida dos días antes de que empezaran las elecciones, el 14 de septiembre. Pero lo esencial estaba ya hecho. Además, desde días antes, el 12 de septiembre, Stalin, que había logrado evadirse de nuevo, se hallaba en San Petersburgo. La misionera de Lenin le había despejado el terreno. La batalla electoral continuó desde ese momento bajo su impulso y terminó con la elección del candidato bolchevique, el metalúrgico Badaev.



En Moscú triunfó Malinovski. Después de haber recibido en Praga la investidura de Lenin, quiso tener también la de su patrón, el director del departamento de la policía, Bielecki. Este alto funcionario, que había hecho suyos, perfeccionándolos, los métodos de Zubatov, no era enemigo de los experimentos audaces y nuevos en su terreno, pero lo que le proponía el «Sastre» lo dejó al principio un poco perplejo. ¡Un policía, diputado bolchevique a la Duma del Imperio! El caso era verdaderamente demasiado delicado y podía provocar, si el asunto por casualidad llegara a trascender, un escándalo enorme que tendría la mayor repercusión en toda Europa y que cubriría de vergüenza al régimen zarista. Pero Malinovski supo convencerlo demostrándole todas las ventajas que podría obtener de su condición de diputado para su trabajo de policía.

Es conveniente interrumpir unos instantes esta exposición para que el lector pueda tener un mayor conocimiento de este personaje singular, el mayor agente provocador que haya conocido la revolución rusa después de Azev.

Era un polaco rusificado, de origen muy humilde, hijo, al parecer, de un campesino. A la edad de veinte años, cuando era aprendiz de sastre, tiene ya en su activo dos condenas de derecho común, una de ellas por «abuso de menor». En 1898, un asunto de robo en el que se vio mezclado y que le valió tres años de cárcel, le permitió eludir el servicio militar. Después vegeta oscuramente hasta 1905. La Revolución le permite destacarse. Se adhiere al partido socialdemócrata, aparece en reuniones públicas, y como sabe hablar con elocuencia ardiente y bélica, pronto adquiere popularidad. Ya no maneja las tijeras y la aguja porque ha conseguido trabajo, no se sabe cómo, en una fábrica de la capital, en calidad de obrero metalúrgico. Pero se le ve menos en el taller que en los mítines populares y se ocupa más de la

propaganda política que de su trabajo. En 1906 logra fundar el sindicato de la metalurgia de San Petersburgo. Al año siguiente es nombrado secretario general del mismo. Su actividad atrae enseguida la atención del departamento de la policía y se le hacen algunas ofertas. Pero el orador fogoso es también un táctico prudente y, para empezar, Malinovski prefiere trabajar «a destajo», proporcionando de vez en cuando a la policía informaciones que le permitan echar el guante sobre militantes refugiados en la clandestinidad. Para evitar las sospechas lo detienen a veces junto con sus camaradas, pero lo sueltan al cabo de varios días mientras los otros siguen en la cárcel o son deportados. Finalmente ese juego empieza a intrigar a los círculos revolucionarios y circulan algunos rumores bajo capa. Entonces, para atajar las nacientes sospechas, Malinovski se hace detener de verdad y permanece dos meses en la cárcel. Al ser puesto en libertad, en enero de 1910, le prohíben la estancia en la capital, lo que le proporciona uno de los más honorables pretextos para trasladar su actividad a Moscú. Una vez allí, entra, a partir de marzo de 1910, al servicio de la Dirección de Seguridad de esa ciudad, con un salario fijo de cincuenta rublos por mes, más los gastos, con la misión de operar en las organizaciones locales dominadas entonces por los mencheviques. Ya hemos visto cómo, tras dar la voltereta, fue a Praga en calidad de delegado bolchevique.

Para ser elector y elegible, el obrero ruso debía poseer un expediente judicial virgen y justificar una permanencia de por lo menos seis meses en una misma empresa. El diputado Badaev ha contado cómo se las arregló su colega para reunir esas dos condiciones: Malinovski tiene varias condenas por derecho común. Por lo tanto, no puede ser elegido. Se traslada a Polonia y, sobornando a un funcionario, consigue un certificado en el que se asegura

que nunca ha sido condenado. Otra dificultad: permanencia de seis meses en una misma empresa. Malinovski trabaja en una fábrica poco importante de los alrededores de Moscú desde hace casi seis meses. Pero unas semanas antes de las elecciones riñe con un contraamaestre que amenaza con despedirlo. Interviene la Dirección de Seguridad, manda detener al contraamaestre y lo tiene en la cárcel todo el tiempo necesario para no impedir la elección de Malinovski. Este es despedido de todos modos. Entonces soborna a un empleado de la administración de la fábrica, quien le proporciona un certificado diciendo que ha obtenido un «permiso de vacaciones».

Las elecciones dieron trece diputados al partido socialdemócrata: siete mencheviques y seis bolcheviques. Juntos formaron el grupo parlamentario socialdemócrata. El menchevique Cheidze (un abogado georgiano) fue nombrado presidente, y el bolchevique Malinovski, vicepresidente. Este último fue encargado por sus colegas de leer en la tribuna parlamentaria la declaración colectiva en nombre del grupo. Esa declaración, comunicada previamente a la policía por el propio Malinovski, fue depurada por Bieletski, quien indicó a su colaborador los párrafos cuya lectura debía omitir.

En cuanto a Lenin, está encantado con el triunfo obtenido por Malinovski. Poco después de su llegada a Cracovia había conocido a un militante de Moscú, Nicolás Bujarin, que había sido detenido en 1910 y más tarde deportado, y que pudo evadirse finalmente y llegar a Viena. Al enterarse de la elección de Malinovski, Bujarin recuerda que su detención se produjo precisamente al día siguiente de su encuentro con él y que en aquella época sospechaba que esa detención era obra suya. Comunicó sus sospechas a Lenin, quien le contestó con una carta indignada. Si Bujarin se permite denigrar y calumniar a ese excelente

bolchevique, Lenin lo denunciará a todo el partido como traidor y disgregador. El otro se calló. A principios de diciembre, Lenin escribía a uno de sus corresponsales de Suiza: «Por primera vez tenemos en la Duma un notable líder obrero. Será él quien lea la declaración. No es un Alexinski cualquiera. Y los resultados —quizá no de inmediato— serán enormes.» Las palabras notable y enormes estaban subrayadas.

La Duma debía abrirse el 20 de noviembre. Días antes Lenin había comunicado a Stalin que hubiera sido conveniente reunir en Cracovia una conferencia del Comité central con los diputados bolcheviques para trazar el plan de acción que debía seguirse en la Duma. Stalin informó a los «seis». Al día siguiente Bielecki recibía una nota: «Lenin ha invitado a su casa, en el extranjero, a los diputados socialdemócratas de la Cuarta Duma. Finalidad: darles directivas para su trabajo parlamentario.»

Pero ya era muy tarde y se decidió aplazar la conferencia para las vacaciones de fin de año.

Malinovski llegó a Cracovia antes que los demás. enseguida desagradó profundamente a Krupskaja, que lo veía entonces por primera vez. «Sus ojos me resultaban muy desagradables —escribe en sus *Recuerdos*—, y el aire desenvuelto que afectaba me inspiraba aversión» Después llegaron sus colegas, Stalin y unos cuantos militantes locales. Once personas en total.

Estuvieron reunidos durante cinco días: del 28 de diciembre al 1 de enero. La conferencia tomó importantes decisiones sugeridas todas ellas por Lenin. Se trataba ante todo de trazar una línea de demarcación entre los «seis» y los «siete». Así, pues, sin dejar de afirmar su deseo de lograr la unidad en el partido, la conferencia declaró que ésta sólo era posible si se reconocía definitiva y generalmente la existencia de las organizaciones ilegales, lo

que significaba. la capitulación total de los liquidadores, es decir, de los mencheviques. Era bien sabido que éstos, que tenían la mayoría en el seno del grupo parlamentario, no lo aceptarían. Pero, en opinión de Lenin, convenía señalarlo. «Esta resolución de la conferencia —escribe Badaev— confirma una vez más que los bolcheviques se separan claramente de los mencheviques liquidadores.» También correspondía al plan de acción trazado entonces por el departamento de la policía. «Actuaba de acuerdo con el principio de *divide et impera*», dirá más tarde Bielecki al ser llamado a declarar ante la Comisión investigadora creada por el Gobierno provisional en 1917.

El artículo 3 de la resolución decía: «Reconociendo como única tradición justa en nuestro partido aquella según la cual el grupo socialdemócrata en la Duma constituye un órgano subordinado al partido, personificado por el Comité central, la Conferencia estima que, en interés de la educación política de la clase obrera y a fin de que la actividad del grupo sea útil y justa, el partido debe observar atentamente todos sus actos y ejercer así su control sobre él.»

También se trató la cuestión de *Pravda*. Se decidió una reorganización radical de la redacción. Stalin, que probablemente estaba harto, renunció a sus funciones de supervisor general. Creyeron encontrar el hombre providencial en la persona de Sverdlov, un revolucionario enérgico y capaz que a la edad de veintisiete años (había nacido en 1885) llevaba ya doce años de actividad ilegal. En 1909 Lenin lo había utilizado para someter a un severo control a la organización bolchevique de Moscú. Es posible que sus investigaciones no fueran apreciadas en igual medida por todos los miembros de esa organización; el caso es que Sverdlov fue detenido en una reunión del Comité ejecutivo de la misma, de la que sólo habían sido

informados unos cuantos adictos, y deportado a una región particularmente inhospitalaria de la Siberia occidental. Trató de escaparse, fue capturado, empezó de nuevo, volvió a fracasar, y por fin acabó por evadirse y reapareció en San Petersburgo en diciembre de 1912. Al enterarse de su evasión, Lenin lo metió en el Comité central, por coopción, y a propuesta suya se le confiaron las funciones de redactor-jefe de *Pravda*. Pero como estaba obligado a hacer una vida rigurosamente clandestina, el diputado Badaev, protegido por su inmunidad parlamentaria, fue encargado de velar de una manera general por los destinos del periódico. En cuanto a Stalin, libre ya de esa carga, no regresó enseguida a Rusia. Lenin encontró una ocupación para él. Lo envió a Viena a reunir documentación para su estudio sobre la cuestión de las nacionalidades vista a la luz del marxismo. La idea agradó a Stalin, que estaba en buena posición, por sus orígenes, para apreciar la importancia de la cuestión, y se puso a trabajar con mucho entusiasmo.

Las esperanzas de poner orden por fin en los asuntos de *Pravda* no se realizaron. Sverdlov, obligado a vivir escondido, no pudo ocuparse del periódico más que de una manera intermitente. Quedaba Badaev. Era un obrero muy bueno, probo y consciente, pero el periodismo no le era precisamente un terreno familiar. Además le desagradaba la misión depuratoria, con todas las complicaciones que implicaba. No se atreva a despedir de la noche a la mañana a toda esa gente y a trastocar de arriba abajo todo el organismo de la redacción. Confió su vacilación a los diputados, sus colegas. Malinovski se declaró partidario de medidas draconianas, pero los otros predicaron prudencia y moderación. Badaev se sumó a ese último punto de vista y dejó las cosas en el mismo estado en que se encontraban. Resultado: aquello iba de mal en peor. Molotov no era ya secretario de la redacción desde noviembre, pero no por eso

marchaba mejor la correspondencia con Cracovia. Después de la conferencia, Lenin, que había escrito a *Pravda* una carta en la que probablemente formulaba algunas críticas, recibió una respuesta que juzgó tan «estúpida e insolente» que ni siquiera se dignó contestar. Esperó diez días. Ningún cambio. Los hombres de *Pravda* seguían siendo los mismos. La situación financiera empeora. El dinero ha sido malgastado. La propaganda en las fábricas, en favor de la suscripción al periódico, ha sido descuidada. La venta, que durante los meses del verano había sufrido una caída vertical, se reanima con excesiva lentitud a pesar de que las elecciones y la apertura de la Duma debieron darle un fuerte impulso. Los escasos ingresos que se conseguían bastaban apenas para pagar las multas que ponía el Gobierno con el menor pretexto. Finalmente se vieron obligados incluso a suspender «provisionalmente» el pago del sueldo que cobraba Lenin, lo cual colocó a éste, como se quejaba en una carta a Gorki, en una situación «archidifícil».

«Estamos muy preocupados —se queja Lenin a Sverdlov al darle cuenta de la carta «estúpida e insolente» de la redacción de *Pravda* por no recibir ninguna noticia sobre la reorganización del periódico. ¿Qué se ha hecho? Es absolutamente necesaria una reorganización, o mejor aún, una expulsión radical de todos los miembros de la actual redacción. El periódico está dirigido de una manera absurda... ¿Qué se ha hecho para el control de la caja? ¿Quién ha recibido las sumas procedentes de los abonos? ¿En manos de quién están? ¿A cuánto ascienden?»

Sverdlov contestó con una carta tranquilizadora dirigida a Krupskaja. Según él, no había que tomar las cosas a lo trágico. Los diputados estimaban que no había que violentar la cuestión del despido de la redacción. Además, Lenin se equivoca al atribuir tanta importancia a los asuntos de *Pravda*. Después de todo, no es más que un periódico como

cualquier otro, etc. El 9 de febrero, Krupskaja, sin duda bajo el dictado de su marido, le contestó:

«Querido amigo: Me ha resultado penoso oír decir que Vassily (léase Lenin) sobreestima, en su opinión, la importancia de *Pravda*. En realidad, es en *Pravda* y en su buena dirección donde se halla la clave de la situación. Si no logramos transformar su organización interior y hacerla funcionar con regularidad, iremos a una quiebra material y política... Si los asuntos marchan mal en San Petersburgo es porque *Pravda* es malo y porque nosotros, o el Comité de redacción de allí, no sabemos utilizarlo... Resulta triste, si es cierto, que los diputados estimen que hay que ser prudentes en cuanto a la reforma del periódico, es decir, si estiman que hay que aplazar la expulsión de la actual redacción. Le repito, eso huele a quiebra. Hay que ponerse de acuerdo seriamente y emprender la reforma de *Pravda*: 1.º Es necesario que se rindan cuentas hasta el último kopek. 2.º Es necesario que se haga usted cargo de la caja (ingreso y abono). 3.º Hay que instalar una nueva redacción y expulsar a la actual. Actualmente el periódico está horriblemente mal dirigido. ¿Son hombres esos redactores? No son hombres, sino unos miserables chapuceros que llevan la empresa a la ruina. Hay que acabar con esa pretendida «autonomía» de esos lamentables redactores. Es necesario que se ocupe usted del asunto. Que tome en sus manos la redacción. Que consiga colaboradores. Usted y nuestro trabajo aquí: con eso podremos poner las cosas en marcha perfectamente.»

Sverdlov puso manos a la obra. Su intervención debió ser fructífera, puesto que el 21 de febrero siguiente Lenin escribe a la redacción de *Pravda*: «¡Queridos colegas! Permitidme que os felicite ante todo por la enorme mejoría que se ha dejado sentir en estos últimos días en la dirección



del periódico. Os felicito y os deseo que perseveréis en ese camino.»

Cuando escribía esa carta no sabía aún que Sverdlov, delatado por Malinovski, acababa de ser detenido nuevamente. Quince días después le llegó su turno a Stalin, que apenas acababa de regresar del extranjero y que había cometido la imprudencia, inconcebible en un conspirador veterano como él, de acudir a una función benéfica organizada en provecho de *Pravda* en los grandes salones de la Bolsa. Lo volvieron a mandar, lo mismo que a Sverdlov, a Siberia. Esta vez uno y otro estarán bajo buena guardia hasta la revolución de 1917.

La detención de Sverdlov hacía más difícil todavía la situación del periódico. Pero el propio emperador Nicolás II permitió a Lenin dar por fin con la solución de este angustioso problema, al decretar la amnistía con motivo del tricentenario de su dinastía. La amnistía beneficiaba a los escritores condenados por «escritos sediciosos». Tal era precisamente el caso de Kamenev, quien, por tanto, podía volver a Rusia legalmente. Así a él lo envió Lenin a San Petersburgo con la misión de hacer de *Pravda* un periódico bolchevique tal como él lo concebía. Y, en efecto, Kamenev logró darle plena satisfacción, mostrando mucho tacto y evitando estridencias innecesarias. Después de observar su trabajo durante seis meses, con mirada vigilante, Lenin le escribía: «Aquí todo el mundo está contento con el periódico y con su redactor-jefe. En todo este tiempo no he oído una sola crítica, con excepción de que «trabaja como un negro». Todos están contentos, y yo sobre todo, puesto que he sido buen profeta.»<sup>15</sup>

Hay poco que señalar en la vida tranquila y monótona. El 5 de marzo su mujer le escribe a la señora Ulianov: «Por aquí la vida marcha como un mecanismo bien ajustado, y verdaderamente no tenemos nada que contar. Vivimos

como en Chucha: en espera del correo. Matamos el tiempo como podemos hasta las once horas, en que pasa el cartero por primera vez. Después no nos queda más que esperar su segunda pasada, a las seis.» Pero el estado de ánimo deja que desear. «En este último tiempo —agrega— las cartas recibidas no han sido alegres. Creo que nuestro humor se ha resentido. Vivimos, por decirlo así, la vida que reflejan.»

No decía que había caído enferma y que los médicos le habían recomendado que fuera a respirar el aire de las montañas. Lenin resolvió, por tanto, pasar el verano en Poronin, pequeña aldea de la región montañosa de Tatra, próxima a la estación termal de Zakopane, muy reputada entonces en Austria. Alquiló una casa de campo, «una casa enorme —escribía a su hermana María, días después de llegar allí—, demasiado grande para nosotros». Le agradó la región, sintió que le renacía el gusto por el alpinismo y proyectó toda una serie de ascensiones en compañía de Zinoviev, que le seguía como una sombra. Pero las preocupaciones de la mudanza, el viaje (seis horas en ferrocarril) y probablemente también el cambio de aire, tuvieron una repercusión desfavorable sobre la salud de Krupskaja. Lenin, que no se fiaba de los médicos locales, decidió llevarla a Suiza para consultar al profesor Kocher, el gran especialista de la enfermedad de Basedow que padecía su mujer. Después de instalarla en una clínica de Berna, se trasladó a Zurich, a Ginebra y a Lausana, dando en todas partes conferencias sobre la cuestión de las nacionalidades. El problema era de actualidad y, además, eso le permitía, en cierta medida, recuperar los gastos del viaje.

La operación salió bien. Krupskaja se proponía pasar quince días en los alrededores de Berna para terminar, de acuerdo con las recomendaciones de Kocher, su convalecencia, pero un telegrama de Zinoviev llamó

urgentemente a Lenin a Poronin, y regresaron apresuradamente. La cosa no era tan grave. El Gobierno acababa de prohibir la *Pravda*. Esta reapareció inmediatamente camuflando apenas su nombre y sin cambiar nada de su presentación. Había algo más, pero esto ya lo había previsto Lenin antes de partir. Había llegado el momento, estimaba, de zanjar definitivamente la cuestión de las relaciones de los diputados bolcheviques con sus colegas mencheviques de la Duma. Seguían formando con ellos un grupo común, y como seguían siendo seis contra siete estaban invariablemente en minoría durante las deliberaciones del grupo, viéndose obligados a apoyar iniciativas de los mencheviques y a votar con ellos. Esta situación era inadmisibile para Lenin. Era absolutamente necesario ponerle fin y, lo mismo que había sabido «delimitar» en Praga la fracción bolchevique, garantizar de ahora en adelante a ésta su propia representación parlamentaria.

Se convocó una Conferencia en Poronin para el 23 de septiembre (calendario ruso). Acudieron, además de los diputados bolcheviques y de los miembros del Comité central, los representantes de las principales organizaciones locales. Algunos socialdemócratas polacos fueron invitados a participar en los debates.

Antes de abrirse la Conferencia, los diputados celebraron una entrevista particular con Lenin. Uno de ellos, Badaev, le dijo: «Evidentemente, nos manifestamos cuando los ministros y los Negros suben a la tribuna. Pero eso no basta. Los obreros nos preguntan: ¿Cuál es vuestro trabajo práctico en la Duma? ¿Dónde están vuestros proyectos de ley?»

Lenin se echó a reír y contestó: «La Duma reaccionaria no aprobará jamás una ley que mejore la vida de los obreros. La tarea del diputado obrero consiste en recordar todos los días desde la tribuna, a los Negros, que la clase

obrera es fuerte, poderosa, y que no está lejano el día en que la revolución creciente barrerá de un solo golpe a los reaccionarios, a sus ministros y a su gobierno. Naturalmente, eso no impide intervenir con enmiendas e incluso con proyectos de ley. Pero todas esas intervenciones no deben tener más que una sola finalidad: condenar el régimen zarista, subrayar todo el horror del despotismo gubernamental, denunciar la feroz explotación de la clase obrera. Eso es lo que los obreros deben esperar de sus diputados.» Comenzaron por escuchar los informes de los delegados de las organizaciones locales. Comprobaron unánimemente la creciente agitación que se manifestaba en el seno de la clase obrera y la intensificación del movimiento huelguístico. Lenin, tomando la palabra en nombre del Comité central, declaró que todo esto confirmaba el acierto de las decisiones tomadas en Praga y era exactamente el resultado del trabajo del partido dirigido por el Comité central bolchevique. «Podemos decir con la conciencia tranquila —terminó diciendo— que hemos cumplido enteramente las tareas fijadas.» Ahora se trata de abordar las que siguen. En primer lugar, la creación de una fracción parlamentaria bolchevique independiente. La resolución propuesta por él es adoptada por la conferencia, la cual comprueba al mismo tiempo que la actitud de los siete diputados mencheviques «que gozan fortuitamente de un voto de mayoría y violan los derechos más elementales de los seis otros, que representan a la aplastante mayoría de los obreros rusos», amenaza a la unidad del grupo parlamentario socialdemócrata, y pide que dicha unidad sea garantizada «sobre la base de derechos iguales para las dos fracciones que lo constituyen».

A continuación decidieron convocar un Congreso destinado a sancionar las decisiones tomadas y a consolidar así la estructura nueva del organismo del partido, unido,

homogéneo, libre por fin de los elementos hostiles y divisionistas. «Hasta ahora —observó Lenin a este respecto— el partido socialdemócrata estaba representado en sus congresos casi exclusivamente por intelectuales. Actualmente hay que hacer todo lo necesario para que los delegados sean auténticos obreros. Hay que obtener que cada sindicato, cada cooperativa, cada escuela o club obrero, cada organización local, envíe sus representantes.» Y, naturalmente, todos los diputados bolcheviques deben asistir al Congreso, «en primer lugar porque todos son obreros y, en segundo término, porque son verdaderos representantes de la clase obrera rusa».

La conferencia terminó el 1 de octubre (calendario ruso). Los diputados bolcheviques regresaron a San Petersburgo con un proyecto de declaración, redactado por Lenin, que debían dirigir a sus colegas mencheviques en la primera ocasión que se presentara.

En medio de la conferencia vieron llegar con sorpresa a Poronin a Inés Armand. Había salido de la cárcel con síntomas muy pronunciados de tuberculosis, pero conservando todo su entusiasmo, toda su alegría de vivir y de actuar, y vaciando su cigarrera siempre al mismo ritmo; era una fumadora empedernida y lo seguía siendo.

Desde Poronin, Inés siguió a Lenin a Cracovia y alquiló una habitación en la casa de la familia polaca donde se alojaba la mujer de Kamenev y su hijo, que se habían quedado en Cracovia. Se pasaba los días en casa de Lenin. Cuando éste trabajaba, se quedaba con Krupskaia, diez años mayor que ella y que le había tomado gran afecto, o se ponía a charlar con la vieja «abuela», que también sentía una pasión inmoderada por el tabaco. Cuando hacía buen tiempo daba grandes paseos con Lenin por los alrededores. Krupskaia, que se había vuelto más sedentaria desde su reciente enfermedad, hubiera preferido, quizá, el cine, a

donde la atraían invariablemente los Zinoviev, pero al final se dejaba ganar por el partido de los «paseantes», como llamaban a Inés y a Lenin, con gran desesperación de los «cineantes», puestos en minoría por esa defección.

A veces, en las noches de invierno, Inés reunía en su casa a los dos matrimonios. Había un piano en su habitación. Se ponía a tocar. Una vez tocó la Appassionata. Lenin quedó asombrado. En materia de música sus gustos eran más bien rudimentarios, pero los acordes tumultuosos y desgarradores de la sonata de Beethoven le trastornaron el alma. Desde entonces, le pidió varias veces a Inés que la volviera a tocar, y cuando la joven le anunció la próxima llegada a Cracovia de un cuarteto vienés que había ido a interpretar obras de Beethoven, exigió que cotizaran para comprar un abono a toda la serie de conciertos. Pero en esta ocasión, Lenin sufrió un desengaño. No comprendió nada y se aburrió mortalmente en el primer concierto. Su mujer, lo mismo. Únicamente Inés parecía maravillada y totalmente extasiada. La vida tranquila y somnolienta de la pequeña ciudad provincial se le hacía pesada. No resistió mucho tiempo. Un día le dijo a Lenin que había decidido dar una serie de conferencias en las principales ciudades de Europa: donde había grupos bolcheviques y radicar luego en París para asumir la dirección del Buró central de los bolcheviques del extranjero. Lenin la dejó partir: contaba por adelantado con los valiosos servicios que Inés Armand podía prestarle en ese cargo.

La reanudación de los trabajos de la Duma, después de las vacaciones de verano, se llevó a cabo el 15 de octubre. Al día siguiente, en la reunión del grupo parlamentario socialdemócrata, antes incluso de pasar a examinar el orden del día, los diputados bolcheviques reclamaron la igualdad de derechos en las deliberaciones. «Nuestra reivindicación está presentada en forma de ultimátum —

escribe Badaev—. Exigimos una respuesta inmediata. En caso de negativa, los seis abandonaremos el grupo.» Los siete tratan de ganar tiempo. Piden a sus colegas que presenten una declaración por escrito. Se les contestará en el curso de la semana. Mientras tanto, nada impide continuar al trabajo común.

Lenin parece haberlo previsto al proveer a los seis con un texto de declaración redactado por anticipado. Esta fue leída a los mencheviques al día siguiente. Les decía: «Durante un año de trabajo común en la Duma se han producido numerosas fricciones y conflictos entre vosotros y nosotros... Sabéis que siempre hemos actuado y que seguimos actuando con el espíritu del marxismo consecuente y que seguimos ideológicamente todas sus prescripciones. Sabéis muy bien que existen hechos que demuestran que no exageramos cuando decimos que nuestra actividad está totalmente de acuerdo con el pensamiento y la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros marxistas avanzados de Rusia... En cuanto a vosotros, procedéis con toda indiferencia e incluso contra esa voluntad. Tenéis la audacia de tomar decisiones que van en contra de la mayoría de los obreros conscientes rusos...

»Es evidente que, en tales condiciones, cualquier socialista de cualquier país, cualquier obrero consciente considera monstruoso el hecho de que os esforcéis por ahogarnos gracias a un voto de mayoría, por privarnos de un lugar de cada dos en las comisiones de la Duma o en otras instituciones parlamentarias, por suprimirnos de la lista de oradores, etc., y de arrastrarnos a una política y a una táctica que han sido condenadas por la mayoría de los obreros avanzados de Rusia.

»Reconocemos, no tenemos más remedio que reconocer que nuestros desacuerdos son absolutos y no solamente en materia parlamentaria. Nos vemos obligados a considerar

vuestros esfuerzos por ahogarnos como actos de escisión que imposibilitan cualquier trabajo en común. Pero dado el gran deseo que tienen los obreros de preservar la unidad del grupo socialdemócrata, aunque sólo sea en apariencia, aunque sólo sea en la Duma, teniendo en cuenta que un año de experiencia ha demostrado la posibilidad de realizar esa unidad mediante acuerdos en las intervenciones parlamentarias, os proponemos reconocer, de una buena vez, que es inadmisibles aplastar por siete votos a los seis diputados elegidos en las elecciones obreras. La unidad del grupo socialdemócrata en la IV Duma sólo será posible a condición de reconocer a los «siete» y a los «seis» derechos iguales y de adoptar el principio de que las cuestiones del trabajo parlamentario deben ser decididas de común acuerdo entre ellos.»

Hasta el 25 de octubre no dieron su respuesta los mencheviques. Fue negativa. La escisión era un hecho consumado. Había nacido la fracción parlamentaria bolchevique. Nombró presidente a Malinovski. El «Bebel ruso» no parecía del todo feliz a pesar de haber sido elevado al pináculo. Sombríos presentimientos le agitaban desde hacía algún tiempo. El cambio que se había operado en él había sorprendido ya en Poronin a sus camaradas. Ya se sabía que era irascible y que, como no toleraba la menor contradicción, era presa de crisis de histeria cuando las cosas no salían como él quería. Pero ahora su estado superaba con mucho los límites habituales. «Se emborrachaba por las noches —escribe Krupskaja—, lloraba y se quejaba de la desconfianza de sus camaradas.»

La verdad es que cada vez sentía más miedo. Temía que se descubriera su juego sutil y temblaba en espera de la denuncia que lo confundiera. Por otra parte, corrían rumores de que el departamento de la policía iba a ser reorganizado próximamente, y el prestigio de su jefe Bielecki parecía



declinar. Pero, sobre todo, tenía miedo a Burtzev. Ese hombre temible, que había adquirido un renombre mundial al revelar la actividad de dos caras del jefe de la organización de combate socialista-revolucionaria, Azev, se había convertido en el terror de los provocadores que pululaban en los círculos revolucionarios rusos. Sus informes, que procedían siempre de fuente segura (contaba con devotos informadores en los servicios más secretos del departamento de la policía), eran irrefutables, y aquel a quien señalaba como provocador era un hombre acabado. A finales de 1911, mientras Lenin se hallaba todavía en París, Burtzev le había advertido que el doctor Jitomirski, que seguía participando activamente en las actividades del grupo bolchevique parisiense, estaba a sueldo de la policía. Lenin, que se hallaba entonces en plena guerra contra los liquidadores, no prestó gran atención. Luego se fue. Pero Burtzev no soltó su presa y denunció al doctor ante el Buró del grupo. Este envió a Lenin un telegrama pidiendo instrucciones. Lenin, muy circunspecto, contestó: «Esperad pruebas concretas y sed prudentes.» Burtzev, que había recibido mientras tanto la confirmación de sus informes, anunció entonces que «haría un escándalo público si no se daba curso a ese asunto». Esto ocurría poco después de la conferencia de Poronin. Lenin, que pensaba precisamente trasladarse al Congreso del partido socialdemócrata letón que debía celebrarse en Bruselas a principios de enero de 1914 (se trataba de separar a los letones de la coalición antibolchevique formada por Trotski en agosto de 1912), le comunicó que se detendría a su paso por París, y que entonces hablarían.

Malinovski, que tenía sus razones para temer un encuentro de Lenin con Burtzev, quiso participar en el viaje. Le explicó que su presencia en el Congreso letón sería

sumamente útil y se ofreció a acompañarle. Lenin, que no se malició nada, aceptó.

Mientras tanto, Malinovski le había participado el siguiente proyecto: la provocación sigue haciendo estragos en los medios socialdemócratas. Los agentes de la policía se cuelean en todas partes. Hay que emprender una lucha implacable contra ellos y sostenerla con más energía que nunca. Burtzev, solo en París, aislado de Rusia, a merced de informaciones esporádicas, no puede con toda la tarea. Hay que ayudarlo. Él, Malinovski, está dispuesto a trabajar con él, bajo la alta dirección de Lenin, naturalmente. Sería bueno, por tanto, crear una especie de triunvirato: Lenin, Burtzev y Malinovski, que se convertiría en un centro de contraespionaje que operaría simultáneamente en Rusia y en el extranjero. A Lenin le gustó la idea y resolvió tan pronto como llegó a París poner a Malinovski en contacto con Burtzev, con quien no simpatizaba (éste, aunque afirmaba mantenerse independiente de todos los partidos que luchaban contra el zarismo, se inclinaba más bien por los socialistas-revolucionarios), pero cuya competencia reconocía en materia de lucha contra la provocación.

Para empezar, Malinovski quiso conquistarse las buenas voluntades de la colonia bolchevique de París. Dio ante ella una conferencia sobre la actividad de la fracción parlamentaria desde la apertura de la Duma. Un emigrado socialdemócrata cuenta así la impresión que le produjo Malinovski: «Cayó sobre nosotros como un águila. Alerta, inteligente, conquistó desde el primer momento todas las simpatías. Rara vez suscitaba una conferencia, entre los miembros de nuestro grupo, un interés comparable a la de Malinovski.» Lenin se mostró encantado. Cuando alguien le hizo observar que Malinovski carecía de agilidad política, Lenin objetó: «Eso no importa. Se va a pulir. Ya verá qué águila sale de él.» Al mismo tiempo recibía una nota de

Burtzev que decía: «Hay un agente provocador entre sus allegados» y le invitaba a ir a verle a este respecto. Lenin envió a Malinovski. Burtzev, que ignoraba entonces sus relaciones con la policía, no desconfió del enviado de Lenin y lo puso al corriente del asunto. Había escrito a Lenin basándose en la carta de un funcionario de la Dirección de Seguridad de Moscú, el cual, sin citar nombres ni dar precisiones, declaraba estar dispuesto a revelar la identidad del personaje a un hombre de confianza designado por Burtzev. Que Malinovski vaya, pues, a verlo y que se informe de quién se trata. Este se declaró dispuesto a cumplir la misión que le ofrecían y se retiró después de haber esbozado ante su interlocutor los lineamientos generales de un plan de lucha contra el espionaje. Al regresar a Rusia, se cuidó mucho de ir a ver al policía que había escrito a Burtzev y que lo conocía perfectamente. Pero contó el asunto a Bieletski, quien inmediatamente mandó destituir al hombre y lo envió a un rincón perdido de la Siberia. Malinovski estaba salvado. Pero el respiro que le concedía el destino fue de corta duración.

Poco después, un nuevo ayudante del ministro del Interior centralizó en sus manos la dirección general de la policía y de la gendarmería. Bieletski se vio obligado a jubilarse. Esto hizo quedar a Malinovski en una situación muy comprometida. Antes de ser ayudante del ministro, el general Djunkovski había sido gobernador de Moscú y estaba perfectamente al corriente del papel desempeñado por él. Pero no compartía el orgullo que manifestaba Bieletski por esa táctica del doble juego. Trató de hacer un balance de «pérdidas y ganancias» y llegó a la conclusión de que la actividad de Malinovski, si bien había permitido, en efecto, la detención de cierto número de militantes notorios y la destrucción de varias organizaciones socialdemócratas, también había favorecido en una gran

medida su propaganda; y los discursos incendiarios que estaba obligado a pronunciar en la Duma para inspirar confianza a sus camaradas perjudicaban seriamente a la causa monárquica al contribuir a excitar el espíritu revolucionario de las masas. Por eso fue por lo que, en resumidas cuentas, estimó preferible renunciar a sus servicios. Malinovski recibió la orden de entregar al presidente de la Duma su dimisión como diputado y de desaparecer. Se le pagaría una indemnización de 6.000 rublos en los momentos en que recibiera su pasaporte para el extranjero. Malinovski obedeció.

La noticia de que Malinovski acaba de renunciar a su mandato corre enseguida por los pasillos del Parlamento. Nadie entiende nada. Los diputados bolcheviques menos que los demás. Envían a casa de Malinovski a uno de los suyos, conminándole a presentarse en el acto ante la fracción. Se niega so pretexto de que se siente «demasiado emocionado para dar explicaciones», y promete enviar, tan pronto como se reponga de la emoción, una carta que aclarará todo. El grupo alerta a Kamenev y a toda la redacción de *Pravda*. Parte una nueva conminación que alcanza a Malinovski en la estación, en los momentos en que sube al tren que sale para Austria.

Se presenta en casa de Lenin enloquecido, con la mirada perdida; apenas si se tiene en pie. Lenin lo escucha totalmente consternado. Apenas si puede captar de qué se trata a través de sus palabras incoherentes. Una cosa es cierta: Malinovski ha abandonado su puesto de diputado. ¿La razón? De creerle, ha llegado al convencimiento de que seguir en esa Duma ultra-reaccionaria sería una verdadera traición a la clase obrera. El sitio de un verdadero bolchevique no está en esa cueva de Negros; no es el momento de las palabras vanas, sino de la acción, etc. Lenin le deja hablar. Comprende que el infeliz ha perdido

completamente la cabeza. ¿Es una hábil comedia? ¿Ha sufrido verdaderamente un choque nervioso que ha terminado por dislocar enteramente sus ideas? No se puede decir. Por el momento se limita a mandarlo a dormir. Al día siguiente llegan informaciones inquietantes. Se han descubierto las huellas de las relaciones de Malinovski con la policía. Extrañas e inquietantes coincidencias acuden a la memoria. Las cartas que siguen traen nuevas sospechas. La prensa burguesa se regocija. Los mencheviques hacen coro: esos son los incorruptibles, los perfectos rigoristas que pretenden dar lecciones a los demás; pretenden sanear y depurar al partido y ni siquiera son capaces de distinguir la mentira y la traición en su propio seno. Tanto y tan bien se regocijan que Lenin acaba por imaginarse que todo este asunto ha sido montado por los mencheviques. Pero lo cierto es que ha tenido demasiada repercusión y que es imposible ahogarlo. Se decide formar una comisión investigadora bajo la presidencia de un «neutral»: el socialdemócrata polaco Ganetzki. Miembros: Lenin y Zinoviev. Se envía un telegrama a Burtzev: «Rumores penosos, acusación terrible. Haga todo lo necesario por aclarar.» Burtzev queda asombrado: no se lo esperaba. Hace varias verificaciones apresuradamente. Pero no logra obtener informaciones claras. Como su respuesta tarda en llegar, parte un nuevo telegrama: «Apresúrese a aclarar.» Bujarin, que fue el primero en llamar la atención de Lenin sobre el caso de Malinovski, es llamado urgentemente. «Es necesario que, dejándolo todo, venga a declarar ante la comisión. Mientras tanto, el asunto absorbe a Lenin por completo. Sin embargo, sigue convencido de que, si bien Malinovski ha cometido un acto de desertión que merece la más severa sanción, no es un traidor.» «Empero —informa Krupskaia— una vez le asaltó la duda. Un día que volvíamos a casa después de haber estado con los Zinoviev y que

hablábamos de Malinovski, Vladimir Ilich se detuvo bruscamente en mitad de una pasarela y me dijo: «¿Y si fuera verdad?» Sus facciones revelaban inquietud y angustia. «¡Cómo crees!», le repliqué. Vladimir Ilich se calmó enseguida y se puso a fulminar a los mencheviques, que no desperdiciaban medio alguno para luchar contra los bolcheviques. Desde ese día dejó de mostrarse inclinado a dar fe a los rumores que corrían sobre Malinovski.»

A todo esto llegó la respuesta de Burtzev: consideraba a Malinovski como un individuo sucio, pero no poseía dato alguno que le permitiera afirmar que fuera un agente provocador. Luego llegó Bujarin. Sostuvo sus alegatos ante la comisión investigadora. La sentencia fue aplazada para el día siguiente. Lenin pasó la noche en blanco. Bujarin, a quien había ofrecido hospitalidad, contaba después: «Le oí claramente bajar la escalera. Salió a la terraza, preparó el té y se puso a caminar de arriba abajo. Caminaba, se detenía, volvía a caminar, se detenía de nuevo. Así pasó la noche... Al día siguiente bajé. Lenin estaba pulcramente vestido. Estaba ojeroso y su rostro era el de un hombre enfermo. Pero se reía con animación y conservaba su aplomo acostumbrado. «¡Buenos días! ¡Qué tal! ¿Ha dormido bien? Ah, ah, muy bien. ¿Quiere té? ¿Pan? ¿Vamos a dar una vuelta?» ¡Como si no hubiera pasado nada, como si no acabara de vivir una noche de tortura, de angustia y de duda!»

La comisión, basándose en la opinión evasiva de Burtzev, llegó a la conclusión de que era imposible probar la traición de Malinovski y Lenin le recomendó que se fuera a alguna parte a hacerse olvidar. Corría el mes de junio de 1914.



# **XVI**

## **MIENTRAS**

### **LOS PUEBLOS SE MATAN...**

En agosto de 1914 debía celebrarse en Viena el Congreso de la Segunda Internacional. Lenin no pensaba asistir. Ya en 1912 se había abstenido de asistir al Congreso anterior, celebrado en Basilea. Estimaba que la Internacional se alejaba cada vez más del camino trazado por su fundador al proletariado revolucionario y que sus jefes se mostraban cada vez más inclinados a pactar con los partidos burgueses. Pero quería que en esa misma ciudad y en la misma fecha se reuniera su Congreso, el del partido socialdemócrata (bolchevique) ruso, cuya celebración había sido decidida, en principio, el verano anterior en la Conferencia de Poronin. Ni uno ni otro pudieron celebrarse.

Durante mucho tiempo Lenin no había creído posible la guerra. En los años 1911 a 1913, cuando los rumores de una guerra inminente corrían por Europa, él repetía en sus cartas: No lo creo, aunque la deseara. «Desgraciadamente —escribía—, nuestro pequeño Nicolás y el viejo Francisco José no nos darán ese placer.» ¿Por qué deseaba la guerra? Porque razonaba como un marxista y como un revolucionario consecuente. La revolución nace de la guerra civil. La guerra civil es el resultado de una guerra



desafortunada. Ejemplo: la Comuna en Francia. Lo que en 1905 contribuyó a la explosión revolucionaria fue la derrota militar de Rusia en Manchuria. Evidentemente, el zarismo acabó por recuperarse, pero fue porque los dirigentes revolucionarios no estuvieron a la altura de la situación, porque todavía no existía un partido fuerte y homogéneo que se pusiera a la cabeza de las masas. Ahora ese partido existe, o, por lo menos, empieza a existir. Hay que trabajar, por tanto, sin descanso para forjar lo más rápidamente posible la herramienta que necesita la futura revolución.

Después del atentado de Sarajevo y del ultimátum presentado por Austria a Serbia, Lenin tuvo que darse cuenta de que la guerra era ya inevitable y muy próxima. El 1 de agosto, Alemania había declarado la guerra a Rusia. Cabía esperar de un día para otro un gesto idéntico por parte de Austria, su aliada. Los rusos salían ya apresuradamente del país. Corría el rumor de que al abrirse las hostilidades todos serían enviados a campos de concentración. Lenin se encontraba entonces en Poronin. Era necesario, por tanto, partir lo más pronto posible. «Pero —dice Krupskaia— en realidad no sabíamos a dónde ir. Además, la mujer de Zinoviev estaba gravemente enferma en esos momentos.» Lenin no quería abandonar a su fiel compañero y seguía en Poronin.

En 4 de agosto, en la memorable sesión del Reichstag, los diputados socialdemócratas alemanes habían votado por unanimidad los créditos de guerra. En los *Recuerdos* de Bagotzki, que se hallaba entonces con Lenin, leemos: «Yo vivía cerca de la estación y recibía los periódicos antes que los demás. Al leer que los socialdemócratas alemanes habían votado los créditos de guerra, me precipité a casa de Lenin. No quería creerlo, alegando que habla malinterpretado el texto del periódico polaco. Llamamos a Nadejna Konstantinovna, que leía el polaco. Ya no era

posible ninguna duda. Es difícil describir la indignación que se apoderó de Lenin. No encontraba palabras suficientemente fuertes para los jefes de la socialdemocracia alemana. «A partir de hoy —exclamó fuera de sí— dejo de ser socialdemócrata y me hago comunista.»

Su indignación no era fingida. Y, sin embargo, ¿qué se podía esperar de esos «oportunistas» y de sus cómplices, más o menos declarados, los «centristas»? Pero esperaba que por lo menos la izquierda y la extrema izquierda del grupo parlamentario alemán protestarían votando en contra, como lo había hecho en la Duma la minúscula fracción socialdemócrata bolchevique. Y eso no era todo. Una tras otra recibe informaciones que aumentan su furor: en Francia, Guesde y Sembat han entrado en el Gobierno de la Unión Sagrada. Vandervelde, en Bélgica, hace lo mismo. Plejanov se declara, sinceramente, en favor de Francia y condena la barbarie alemana. Así, uno tras otro, los jefes de la Internacional traicionan la causa de la solidaridad proletaria. Su deber se le aparece inmediatamente claro e imperioso: es él quien debe denunciar al proletariado mundial esa traición y confundir a esos desertores. No le dieron tiempo para desenvainar. El 7 (la víspera Austria había declarado la guerra a Rusia) se presentó un gendarme en su domicilio, hizo un registro y anunció que tenía órdenes de detener a Lenin, denunciado por los habitantes de Poronin, y de conducirlo a Neumarkt, cabeza de partido del distrito, a fin de ponerlo a la disposición de las autoridades. Se limitó, sin embargo, a llevarse unos cuantos manuscritos y unos cuadros estadísticos, y dejó a Lenin en libertad, después de haberle hecho prometer que al día siguiente se presentaría en la estación para tomar el tren de Neumarkt.

Inmediatamente después de la partida del gendarme, Lenin fue a ver al polaco Ganetzki y le contó lo que acababa de pasar. Este prometió ir personalmente a Neumarkt y

arreglar las cosas. Fue, en efecto, pero no pudo evitar que Lenin, después de haber sido interrogado por el juez de instrucción, fuera encarcelado en la prisión local y acusado de espionaje. La acusación era ridícula, pero se estaba en un período en que la conocida epidemia de «espionitis» reinaba con fuerza igual en todos los países beligerantes. Lenin tenía la costumbre de escoger un rincón aislado de la montaña para trabajar en sus notas y cálculos estadísticos. Los aldeanos que lo conocían bien y que estaban intrigados por el número insólito de cartas que recibía de Rusia y por la cantidad de gentes supuestamente sospechosas que venían a verle, llegaron a la conclusión de que se retiraba a las montañas, desde las cuales se contemplaba el territorio fronterizo ruso, para entrar en correspondencia desde allí, por medio de señales especiales, con las autoridades de su país. Por más que Lenin le dijo al juez que era un emigrado político, que estaba proscrito por el Gobierno ruso y que toda su actividad estaba dirigida contra éste, nada pudo convencer al magistrado, quien, estimando sin duda que cumplía con su deber de patriota, envió a Lenin a la cárcel. Ganetzki regresó, pues, solo a Poronin. Pero se puso sin demora a hacer todo lo necesario para sacarlo de ese mal paso. Escribió a Federico Adler, jefe del partido socialdemócrata austríaco y miembro del Buró Socialista Internacional; el diputado socialdemócrata Marek, informado la víspera por el mismo Ganetzki, había mandado al Tribunal de Neumarkt un telegrama afirmando que las sospechas contra Ulianov no estaban en modo alguno justificadas. Zinoviev alertó al doctor Dlusski, antiguo militante revolucionario convertido en el director del más importante sanatorio de la región de Zakopane, muy honorablemente conocido por la administración austríaca, quien garantizó la inocencia de Lenin.

De todos modos le tuvieron doce días en la cárcel, aunque con un régimen especial. Al salir, fue autorizado a irse de Austria. En realidad, la policía austríaca había hecho un favor a Lenin al detenerlo. Los campesinos de Poronin, sobre todo las mujeres, estaban muy exaltados contra él y, de haber seguido en libertad, fácilmente hubiera podido ser víctima de una justicia más sumaria. Es fácil imaginarse hasta qué punto estaban exaltadas las pasiones populares leyendo el relato de Krupskaja, quien cuenta las palabras de las campesinas que encontraba en su camino y que decían, elevando la voz para estar seguras de que «la rusa» las oyera, que ellas mismas sabrían hacer rápida justicia a un espía, y que si lograba ser soltado por las autoridades, ellas se encargarían de cortarle la lengua y de saltarle los ojos.

Una vez liberado, Lenin regresó de Poronin a Cracovia para liquidar sus asuntos y preparar su viaje. Habían decidido ir a Suiza. El dinero no faltaba. La madre de Krupskaja había heredado poco antes unos 4.000 rublos de una hermana mayor muerta en Rusia. Pero el dinero había sido depositado en un Banco y Lenin tropezó con muchas dificultades para retirarlo por mediación de un corredor, quien se quedó con la mitad a título de comisión.

Después de una semana de penoso viaje a través de un país en guerra, Lenin, su mujer y su suegra llegaron, el 5 de septiembre, a Berna. Un amigo lo esperaba en la estación. Le interrogó sobre el estado de ánimo del grupo bolchevique local y le pidió que lo reuniera en asamblea general para el día siguiente.

Lenin acababa de vivir un mes que estaba destinado a señalar con huella indeleble los años venideros. En ese mes de agosto de 1914 fue cuando se dio plena cuenta de la misión histórica que le estaba destinada y cuando midió su extensión. Un mundo acababa de hundirse ante sus ojos. Dondequiera que dirija su mirada, no ve más que

escombros, lamentables restos de un pasado tan cercano y que, sin embargo, parece ya tan lejano. Está completamente solo en medio de esa humanidad desamparada, presa de una fiebre guerrera elevada al paroxismo, que habla un lenguaje nuevo en el que todo se confunde y se trastrueca. Hasta ahora todo estaba muy claro, muy bien delimitado: de un lado él y sus partidarios, poco numerosos todavía, pero muy firmes, muy seguros de su fe revolucionaria marxista; del otro lado todos los oportunistas, centristas, liquidadores y demás trotskistas, a los que era tan fácil combatir con artículos en la prensa y resoluciones en las conferencias. Ahora no sólo ha cambiado de faz el combate, sino que ya no se sabe con qué arma hay que combatir al enemigo. Las divisas sagradas de antaño: unión y fraternidad de los proletarios de todos los países, han sido declaradas muertas, inexistentes. Una consigna categórica, imperativa, ha venido a reemplazarlas: defensa de la patria en peligro. ¿La patria? ¿Cuál patria? ¿La de los capitalistas, la de los opresores de la clase obrera? Palabras insensatas y criminales, estima Lenin. Y, sin embargo, hasta en las filas de sus propias tropas hay tendencia a seguir la corriente. ¿La corriente? Un torrente que baja hacia él, que amenaza con sumergirlo, con reducir a nada la obra de toda su vida. Pero en medio de ese delirio de pueblos enloquecidos, él piensa mantenerse firme, inquebrantable sobre sus posiciones, debatiéndose entre las olas, que cada vez suben más altas, de un chovinismo desencadenado, enarbolando la bandera de la revolución social con una mano que desconoce el desfallecimiento. Más aún: remontará la corriente, a pesar y contra todos, absolutamente convencido de que en un mundo cegado por el odio y la pasión él es el único que ve claro y que conoce el camino que conducirá al proletariado a su victoria final.

El 6 de septiembre, acompañado de Krupskaja y de los esposos Zinoviev, que le siguieron a Suiza, Lenin se presentó en la asamblea de los bolcheviques de Berna. Asamblea poco numerosa: Chklovski (el amigo que lo había recibido a su llegada), un miembro del Buró parisiense llegado recientemente de Francia, el diputado bolchevique Samoïlov, que aprovechando unas vacaciones parlamentarias había venido a curarse a Suiza y se preparaba ahora a regresar a su país clandestinamente, más algunas comparsas cuyos nombres no han sido conservados. Una docena de personas en total. Como medida de precaución, la sesión se llevó a cabo en el bosque de los alrededores de Berna. Orden del día: una sola y única cuestión: actitud a adoptar frente a la guerra.

Lenin tiene la palabra: la guerra que acaba de estallar presenta el carácter claramente pronunciado de una guerra imperialista, burguesa, dinástica. Su objetivo es la conquista de nuevos mercados exteriores y la injerencia sobre las colonias del Estado competidor. Su finalidad es la división y el exterminio de los proletarios, lanzando esclavos asalariados de un país contra otro y haciéndolos morir por los intereses de los capitalistas y de sus países respectivos.

Al votar los créditos de guerra, los socialdemócratas alemanes han cometido una verdadera traición contra el socialismo. Nada puede justificar su conducta. Igualmente son imperdonables los dirigentes del proletariado francés y belga, que han traicionado al socialismo entrando en los ministerios burgueses. Esta traición de la mayoría de los jefes de la Segunda Internacional significa el fracaso ideológico de ésta. Ese es el resultado del dominio del oportunismo pequeñoburgués en su seno.

Cuando los burgueses alemanes invocan la necesidad de defender su patria, de luchar contra el despotismo zarista, de proteger la libertad del desarrollo nacional y su cultura

contra la barbarie eslava, mienten. Mienten también los burgueses franceses cuando invocan argumentos análogos volviéndolos contra el militarismo prusiano y la barbarie germánica. Los dos países beligerantes no tienen nada que envidiarse en crueldad y en barbarie en su manera de hacer la guerra.

La tarea principal de la socialdemocracia rusa es, en primer lugar, una lucha despiadada e implacable contra el chovinismo gran-ruso y monárquico. Las consignas de la socialdemocracia europea deben ser actualmente éstas: propaganda intensa entre los soldados de los ejércitos beligerantes, pidiéndoles que dirijan las armas no contra sus hermanos, esclavos asalariados como ellos, de los otros países, sino contra sus propios gobiernos y los partidos que los apoyan; denuncia y condenación ante la masa obrera de los dirigentes de la actual Internacional que han traicionado al socialismo; proclamación de las repúblicas alemana, polaca, rusa, etc., y creación de los Estados Unidos republicanos de Europa.

La asamblea escuchó esas palabras sin rechistar. Únicamente Chklovski se atrevió a formular algunas objeciones que Lenin consideró inspiradas por el peor socialchovinismo: Una Alemania victoriosa, decía aquél, podría convertirse en un enemigo de la democracia europea mucho más peligroso que el zarismo. Así, pues, explotando las dificultades militares de Rusia para intensificar la lucha revolucionaria, se perjudicaría al movimiento obrero internacional en su conjunto. Con una breve réplica Lenin hizo callar a su contradictor, quien se confundió en excusas, y se levantó la sesión.

Al día siguiente, en la casa del mismo Chklovski, en una reunión todavía más reducida, a la que asistían Krupskaia, Zinoviev con su mujer, el parisiense Safarov, el diputado Samoilov y el dueño de la casa, Lenin leyó un texto que

resumía en siete artículos su exposición de la víspera. Fueron adoptados sin discusión. Así nacieron las célebres tesis de Lenin sobre la guerra imperialista, destinadas a convertirse en el breviario del futuro comunismo mundial. Se había dado el primer paso por el camino que había de conducirlo a la cumbre de su destino. Ahora había que imprimir esas tesis y darles la mayor difusión posible. En Berna no había imprenta rusa. Lenin recurrió a la de Ginebra, donde el viejo bolchevique Karpinski, que había permanecido inmutable en su puesto, se encargó de vigilar la impresión. Al releer su texto, Lenin encontró que la presentación era demasiado árida e insuficientemente combativa; fundiendo sus tesis en una sola, dio a su trabajo el aspecto de un manifiesto lanzado en nombre de «un grupo de miembros del partido socialdemócrata (bolchevique)».

«Nadie —escribía a Karpinski subrayando esa palabra— debe saber dónde y por quién ha sido publicado. Queme el manuscrito. Guarde los ejemplares en casa de un ciudadano suizo bien visto, un diputado por ejemplo.» Para cubrir los gastos de la impresión se utilizaron los fondos del Buró parisiense. En aquella época ese organismo se había dislocado por completo: tres de sus miembros se habían puesto el uniforme francés y luchaban contra los alemanes; nada se sabía de los otros, salvo de uno de ellos, Safarov, quien se hallaba precisamente en Berna con la caja, la cual tenía en total 160 francos. La vaciaron.

A todo esto le llegó a Lenin la noticia de que sus tesis, transmitidas por Samoilov a sus camaradas de la Duma y a los escasos dirigentes de las organizaciones bolcheviques que seguían en sus puestos, habían recibido su adhesión. Entonces le escribe a Karpinski el 17 de octubre: «Han llegado de Rusia noticias alentadoras. Decidimos, por lo



tanto, reanudar el Socialdemócrata en lugar de publicar el manifiesto.»

Desde la aparición de *Pravda*, Lenin había abandonado por completo al órgano central del partido. Después de vegetar penosamente durante algún tiempo, el periódico dejó de publicarse en octubre de 1913, deteniéndose en el número 32. Ahora lo lamentaba vivamente y resolvió hacer todo lo posible por resucitarlo. «Recuerdo —escribe Chklovski en sus *Recuerdos*—cómo gruñía y se enfadaba Vladimir Ilich porque ninguno de nosotros (ni él tampoco) recordaba en qué número se había detenido la publicación del Socialdemócrata.» El número, marcado con el 33, apareció el 1 de noviembre, tirando quinientos ejemplares. Debutaba con el «manifiesto» supuestamente lanzado por el Comité central. Lenin siente que pisa un terreno más sólido. Tiene un periódico, tiene partidarios. Estos, por el momento, son poco numerosos: unos quince como mucho. Se trata de aumentarlos, de ampliar el círculo de sus relaciones.

El enlace con Rusia sigue siendo frágil y precario. El Comité central prácticamente no existía como organización del interior. Todos sus miembros rusos se hallaban en Siberia. *Pravda* había sido prohibida definitivamente por el Gobierno la víspera de la guerra. En realidad era Kamenev quien, juntamente con los cuatro diputados bolcheviques, dirigía los asuntos del partido en circunstancias tan difíciles. Era un ejecutante excelente, pero carecía de iniciativa. Hubiera sido necesario que Lenin estuviera allí para guiarlo. Logró, en todo caso, entablar relaciones con él por intermedio de un emisario, colocado para este efecto en Estocolmo. Una primera carta de Kamenev a Lenin (simple nota garabateada a lápiz) llegó a su destino por el 15 de octubre. Un mes después, Kamenev fue detenido junto con todos los diputados bolcheviques. A todos les encontraron

encima un ejemplar de las tesis de Lenin. Era en tiempos de guerra y todos fueron llevados ante la justicia y condenados a la deportación. Al enterarse, Lenin escribió al camarada Chliapnikov, el emisario citado: «El trabajo en nuestro partido se ha hecho cien veces más difícil. ¡Pero de todos modos lo haremos! *Pravda* ha educado a millares de obreros conscientes; a pesar de todas las dificultades sabremos extraer de su medio un equipo de dirigentes», y le recomienda con insistencia que siga en Estocolmo y dedique todos sus esfuerzos a mantener el enlace con San Petersburgo. En cuanto a él, piensa situar cada vez más su actividad en el plano internacional.

Como siempre, Lenin evita cualquier gestión, cualquier iniciativa que tenga un carácter individual. No es Lenin quien debe actuar, sino una determinada colectividad: partido, grupo, comité, Buró ejecutivo, etc. No son sus decisiones las que van a ser impuestas, sino las tomadas en el curso de una conferencia, en una comisión, en una reunión de tales o cuales delegados debidamente autorizados. La «forma», la «legalidad», esa especie de legalidad al revés, será constantemente respetada por él. Así procederá ahora también. Se trata, por el momento, de reunir a los bolcheviques, diseminados por Europa, en una organización homogénea y disciplinada, con una cabeza, un Comité ejecutivo que asuma toda la autoridad y tenga su sede en Berna, es decir, al alcance de la mano.

Tan ardua tarea fue llevada a cabo, con su aplicación acostumbrada, por Krupskaja, a quien había venido a unirse Inés Armand, sorprendida por la guerra en Trieste y llegada precipitadamente a Ginebra tan pronto como supo que Lenin estaba allí. Hasta Nueva York fue convocado. Dos bolcheviques de Kiev, deportados en Siberia, una mujer joven, Eugenia Bosch, y su amigo el estudiante Piatakov, habían logrado evadirse y pudieron llegar, vía Japón, a

Estados Unidos. Informado del feliz resultado de su aventura, Lenin mandó llamar a Suiza a los «japoneses». «Papá» Litvinov, que llevaba una vida retirada en Londres, fue uno de los primeros en ser llamados. Como no pudo obtener el pasaporte, dio su voto a Krupskaja, convirtiéndola así en delegado de la sección inglesa. Desde París vino, a falta de algo mejor, el pequeño Gricha Belenky, un hombrecillo singular, mitad vagabundo mitad militante, que vivía vendiendo periódicos rusos, pero después de leerlos todos desde la primera hasta la última línea. En Montpellier, los bolcheviques, reunidos en una asamblea de diez personas (eran once en total), decidieron no enviar delegado «dada la falta de fondos y el reducido número de los miembros de la sección». Uno de ellos creyó conveniente agregar a la respuesta del grupo, en su nombre personal, que no hacía ninguna falta convocar una conferencia en esos momentos; bastaría un manifiesto que llamara a todos los socialdemócratas rusos del extranjero que hubieran seguido fieles a la Segunda Internacional a unirse para trabajar en común. Pero la sección de Tolosa, aunque también se vio imposibilitada de hacerse representar «por falta de dinero», expresó su total acuerdo con el programa que debía servir de base a la conferencia. Suiza estuvo representada por cuatro secciones: Berna, Ginebra, Lausana y Zurich, todas ellas con voz deliberativa. Lenin representaba al Comité central; Zinoviev, al órgano central del partido. Inés recibió mandato de la organización femenina bolchevique, todavía en estado embrionario, lo que le permitió de todos modos disponer de un voto deliberativo. Un pequeño grupo de bolcheviques que se había radicado en Baugy, en los alrededores de Lausana, y que oficialmente formaba parte de la sección de esa ciudad, fue admitido con voto consultivo. Entre sus miembros figuraban Bujarin y Krylenko, que ya habían tenido ocasión

de estar en desacuerdo con Lenin y de formar un grupo de oposición. Se proponían crear, al margen del periódico oficial del partido que acababa de renacer, una hoja de discusión independiente, so pretexto de que en las columnas del Socialdemócrata no les estaba permitido expresar con toda libertad su punto de vista, y tenían puestas muchas esperanzas en Eugenia Bosch, que tenía fortuna, para ayudarles.

La Conferencia, prevista en un principio para el 23 de enero, no comenzó hasta el 27 de febrero. Se esperaba la llegada de los «japoneses»; como éstos no aparecían, empezaron a reunirse sin ellos. La pareja llegó a mitad de la Conferencia, junto con los camaradas de Baugy.

La Conferencia duró seis días. Giró totalmente en torno al informe, redactado por Lenin, sobre la actividad que debía adoptarse frente a la guerra. Tomando sus siete tesis como punto de partida, Lenin exigía: 1.º Una propaganda revolucionaria sistemática a favor de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil por medio de una acción revolucionaria de la masa obrera contra «su» gobierno y «su» burguesía, así como mediante la fraternización de los soldados de los ejércitos beligerantes a los que había que alentar por todos los medios; 2.º Una lucha despiadada no sólo contra el oportunismo internacional, sino también contra el «kautskismo», que engaña a los trabajadores con su falso radicalismo; 3.º Creación de las organizaciones clandestinas encargadas de ese trabajo y desarrollo del trabajo ilegal, paralelamente a la explotación de todas las posibilidades legales; 4.º Obligación, para todos los verdaderos socialdemócratas revolucionarios, de no conformarse con «desear» la derrota de sus gobiernos respectivos, sino también de contribuir a ella con actos; 5.º Lucha contra el pacifismo cobarde y contra la propaganda en favor de una «paz democrática»; 6.º Apoyo, por todos los

medios, al derecho de los pueblos oprimidos a conseguir la independencia separándose de sus opresores; 7.º Reconocimiento del principio de los Estados Unidos de Europa como etapa a cubrir en el camino de la construcción de una nueva Europa; 8.º Trabajo preparatorio perseverante para crear una Tercera Internacional libre de cualquier oportunismo.

La consigna del «derrotismo activo», enunciada en el cuarto punto, tropezó con una fuerte oposición por parte de Bujarin y de sus amigos. Finalmente, el tajante rigor de la fórmula leninista fue ligeramente atenuado y el párrafo respectivo de la resolución quedó redactado en la siguiente forma: «La eventualidad de la derrota de un país que hace una guerra imperialista, considerada como el resultado de la propaganda revolucionaria, no podrá ser un obstáculo a la lucha contra el gobierno de ese país.» Pero lo que seguía era de lo más explícito: «La derrota del ejército gubernamental debilita a dicho gobierno, contribuye a la liberación de los pueblos por él oprimidos y facilita la guerra civil contra las clases dirigentes. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a Rusia. La victoria de Rusia iría seguida de un fortalecimiento de la reacción en el interior y de un sojuzgamiento completo de las poblaciones del territorio conquistado. Así, pues, la derrota de Rusia debe ser considerada, en todo caso, como un mal menor.»

Fue elegido un Comité director. Entre los cinco miembros que lo componían figuraban Krupskaja, Inés y la mujer de Zinoviev. Reprendieron paternalmente a Bujarin y consortes: no es el momento de dispersar las fuerzas, todo el mundo debe agruparse alrededor del órgano central y contribuir a su prosperidad. Estos declararon que abandonaban su proyecto y volvieron a Baugy con los «japoneses».

Lenin tenía ya tras sí una organización revolucionaria regularmente constituida, teniendo a la cabeza una

dirección legalmente investida, con su órgano central y hasta con una oposición que, aunque tímida, resultaba adecuada para dar mayor animación a los debates. Con ese apoyo podía hacer su aparición en la arena internacional.

Lenin se volvió primero hacia los neutrales. Y a finales de septiembre de 1914, al enterarse de que los socialistas italianos y suizos se reunían en Lugano para intentar una protesta contra la guerra, les mandó sus siete tesis. Esa iniciativa pasó entonces casi inadvertida y no dio resultados. En el siguiente mes de octubre, Lenin trató de entrar en relación con Hoglund, el joven líder de los socialdemócratas suecos de izquierda. «Conózcalo —escribe a Chliapnikov al enterarse de que éste ha llegado a Estocolmo—, léale nuestro manifiesto, diga que va de parte mía; nos conocimos en Copenhague. Haga la prueba: ¿no habría manera de proceder ahí a un acercamiento ideológico? No es más que un antimilitarista ingenuo y sentimental. Pues bien, a esa gente hay que decirle: o adoptáis la consigna de la guerra civil, u os quedáis con los oportunistas y los chovinistas.» En Holanda trató de entrar en contacto con Pannekoek, cuyo artículo *La quiebra de la Segunda Internacional* le había gustado infinitamente. En Suiza entabló relaciones desde un principio con Robert Grimm. En enero de 1915, por iniciativa del «kautskista» sueco Branting y del «pillo de Troelstra», el jefe de los «oportunistas» holandeses, fue convocada en Copenhague una Conferencia de los socialistas de los países neutrales; al enterarse de que Grimm no iba, Lenin decidió no enviar tampoco a su «encargado de negocios» de Estocolmo. Además, esa empresa le parecía haber sido concertada entre Branting y Kautsky e inspirada por el estado mayor alemán. Otros dos socialdemócratas suizos, Graber y Naine, aceptaron insertar en el periódico que publicaban en La Chaux-de-Fonds, *El Centinela*, un resumen de su manifiesto,

que fue publicado en el número del 30 de noviembre. Ese periódico fue, en aquella época, el único representante de la prensa extranjera que acogió las tesis de Lenin. Este había enviado traducciones de su texto a periódicos franceses, ingleses y alemanes. Ninguno consideró posible publicarlo.

En febrero, unos días antes de la asamblea de Berna, se celebró en Londres una conferencia de los «social-chovinistas», es decir, de las organizaciones socialistas oficiales de los países de la Entente. A instigación de Lenin, Litvinov quiso participar en calidad de representante del partido socialdemócrata (bolchevique) en el Buró Socialista Internacional, cosa que en el fondo parecía bastante paradójica puesto que, según Lenin, la Segunda Internacional y su Buró estaban, una y otro, definitivamente muertos y enterrados. Litvinov se presentó sin haber sido invitado, quiso leer una declaración, no pudo terminar la lectura y se vio obligado a abandonar la conferencia. Este final era previsible. Y si Lenin, que no podía sino esperararlo, había querido, de todos modos, hacer esa pequeña demostración, es porque quería significar a aquellos a quienes pensaba hacer una guerra sin cuartel que el partido bolchevique estaba vivo y que nada podría ahogar su voz. En marzo, una semana después de la reunión de las secciones bolcheviques en Berna, se celebró en esa misma ciudad la Conferencia internacional de las mujeres: comprendiendo perfectamente la importancia de esa reunión, en la que por primera vez desde la guerra iban a reunirse los representantes de las organizaciones socialistas de los países enemigos, Lenin envió una delegación seleccionada con particular cuidado. Formaron parte de ella su mujer, la de Zinoviev, Inés Armand y dos militantes escogidas entre las mejores. El resultado fue bastante pobre. Las inglesas, las alemanas, la francesa (no había más que una: Louise Saumoneau), las rusas mencheviques y las

neutrales se habían puesto de acuerdo para adoptar una resolución que, aunque condenaba la guerra, confiaba en la Segunda Internacional para que ésta reanudara la obra socialista comprometida por los acontecimientos. La delegación bolchevique se pronunció resueltamente contra esa «amnistía» del oportunismo y del socialchovinismo y presentó su propia resolución, que fue rechazada por unanimidad menos un voto, el de la polaca, que se solidarizó con ella. Al mes siguiente, en la Conferencia internacional de las juventudes, Inés, acompañada de Safarov, tuvo más suerte: logró reclutar para la causa bolchevique a unos cuantos adolescentes, entre ellos el alemán Willy Münzenberg, pero sin lograr salir de los límites de la estricta minoría en que el partido que ella representaba estaba confinado. Poco después de la Conferencia de las juventudes, los revoltosos de Baugy vinieron a proponer a Lenin la creación de una revista. La dirección sería asumida en común por la redacción del órgano central, es decir, por Lenin y Zinoviev, y por la pareja Bosch-Piatakov, que proporcionaría los fondos. Se pusieron de acuerdo y escogieron el título: *El Comunista*. Era la primera vez que Lenin usaba esa palabra para designar una publicación periódica. Tras lo cual se marchó de vacaciones a la montaña, a Sorenberg, al pie del Rothon. Krupskaja había tenido una recaída. En marzo había perdido a su madre.

Los primeros tiempos de su estancia en Sorenberg, Lenin vivió en una atmósfera de calma y reposo. Se alojó en un modesto hotel donde pagaba una pensión muy barata. Recibía grandes cantidades de periódicos y, aprovechando ampliamente las facilidades dadas a los trabajadores en vacaciones por el servicio de préstamos, admirablemente organizado en las bibliotecas suizas, se hacía mandar por éstas todos los libros que necesitaba. Inés no tardó en



reunirse con ellos. Resulta curioso leer el relato que escribe Krupskaja de la vida que hacían los tres durante el terrible y sangriento verano de 1915: «Nos levantábamos temprano, y antes de la comida, que se servía al mediodía como es costumbre en Suiza, cada uno se ponía a trabajar en el jardín en un rincón escogido. Inés se ponía a tocar el piano y su música lejana resultaba una buena inspiración. Después de la comida íbamos a veces a la montaña a pasar el resto del día... Cogíamos rododendros y bayas; nos apasionaba la búsqueda de setas, de las que había grandes cantidades de todas clases. A veces nos poníamos a discutir para determinar la especie, con tanto apasionamiento como si se tratara de una cuestión política.»

Mientras tanto, la conciencia europea empezaba a despertarse al cabo de diez meses de carnicería. En Alemania, Liebknecht lanzaba esta consigna: «El principal enemigo está en el interior de nuestro propio país» y dirigía al Comité central del partido socialdemócrata alemán una «carta abierta» protestando contra la actitud adoptada frente a la guerra por la mayoría de sus dirigentes; iba firmada por un millar de militantes que ocupaban puestos de responsabilidad en el partido. Los jefes, Kautsky, Berstein y Haase, sintiendo que el viento cambiaba de lado, publican un manifiesto en favor de la paz y condenando cualquier anexión. En Francia, mientras el tercer ministro socialista Albert Thomas, recién entrado en funciones, clama inspirándose en la fórmula del mariscal French: «¡Municiones, municiones y más municiones!», el secretario de la Federación de los metales, Arthur Merrheim, declara: «Esta guerra no es nuestra guerra.» Un grupo de maestros del departamento de Charente publica un manifiesto que anuncia: «¡Basta ya de derramar sangre!» Trotski, que ha venido a instalarse en París (ha podido obtener un visado de entrada presentándose como corresponsal de guerra de un

periódico burgués de Kiev), no cesa de repetir en su periódico Naché Slovo (Nuestra Palabra), que logra mantener por un milagro de ingenio: «Luchemos por la paz.» En Italia, apenas entrada en guerra, el partido socialista está más dividido que en cualquier otra parte. El diputado Morgari, secretario de su grupo parlamentario, organiza la reunión de una Conferencia internacional en la que, lo mismo que las mujeres socialistas en Berna, los hombres socialistas de todos los países se reunirán para ponerse de acuerdo sobre los medios de acabar con la guerra. Se traslada a París, ve a Trotski, que acepta totalmente su proyecto, y entra en contacto con varios diputados socialistas franceses. «En la terraza de un café de los grandes bulevares —cuenta Trotski— celebramos Borgari y yo una conferencia con algunos diputados socialistas que, por razones poco claras, creían ser hombres «de izquierda». Todo marchó bastante bien mientras la entrevista se limitó a palabrería pacifista y a la repetición de los lugares comunes sobre la necesidad de restablecer las relaciones internacionales. Pero cuando Morgari habló con el tono trágico de un conspirador de la necesidad de conseguir pasaportes falsos para pasar a Suiza (estaba evidentemente seducido por el aspecto «carbonarista» del asunto), los señores diputados pusieron mala cara y uno de ellos —ya no recuerdo cuál— se apresuró a llamar al camarero y a liquidar el consumo.»

De Francia, Morgari pasó a Suiza, donde se entendió con Robert Grimm, quien se encargó de la organización material de la Conferencia. De las gestiones con los alemanes se encargó el periodista polaco germanizado Karl Radek, quien se había establecido en Suiza desde el principio de la guerra y, situado en la extrema izquierda del partido socialdemócrata alemán, combatía con mucha vehemencia la política de los social-patriotas y de los centristas de la

tendencia de Kautsky. Se convino que se enviarían invitaciones a todos los partidos y grupos que tuvieran representantes en el Buró Socialista Internacional.

Lenin, naturalmente, no tardó en conocer esa iniciativa. Para su gran asombro no recibió enseguida la invitación. Es poco probable que Grimm, que lo conocía muy bien, lo hubiera descartado voluntariamente. Es posible que, ocupado en obtener en primer lugar la adhesión de los grandes partidos internacionales, Grimm creyera simplemente que podía dejar para más tarde la del minúsculo grupo de los bolcheviques que probablemente, pensaba él, estaría asegurada.

De todos modos, Lenin comprendió la cosa de otra manera. Vio en Grimm la intención de mantenerlo al margen de la Conferencia, en la que, de esa manera, los partidarios de Kautsky podrían dar el tono. Radek, a quien comunicó su hipótesis, le tranquilizó diciéndole que «seguramente Grimm no lo había hecho a propósito» y que tenía la intención de dirigirse al representante del partido bolchevique en el Buró Socialista Internacional. Lenin le contestó con una carta en la que expresaba su pensamiento en términos bastante enérgicos. Personalmente no creía que Grimm hubiera procedido sin mala intención. «Me parece poco probable. Ya no es ningún niño.» En todo caso, de ser así, la cosa es simple. «Grimm no tiene más que escribir a nuestro Comité Central, Ginebra, Biblioteca Rusa. Puede también, naturalmente, escribir a mi dirección: es más directo. De no hacerlo, Grimm procedería en forma deshonesto, ya que escribir a Londres, a Litvinov, es perder el tiempo y correr el riesgo de que la carta sea interceptada por la policía.» De todas maneras él, Lenin, no daría el primer paso: «No es bueno pedir. No queremos imponernos.» En cuanto a la participación de los «kautskistas», que quieren cambiar de casaca, he aquí lo

que piensa de ellos: Mi opinión es que el «viraje» de Kautsky, Berstein y Cía. es un viraje de la basura que ha sentido que las masas comienzan a escapárseles y que hay que virar a la izquierda para poder seguir engañándolas. Está claro. Renaudel, en *L'Humanité*, ¡también se ha «izquierdizado»! Los cochinos se reunirán, dirán que están «contra la política del 4 de agosto», «por la paz», «contra las anexiones», y ayudarán así a la burguesía a «ahogar el espíritu revolucionario que se les despierta.» Para resumir, su plan de acción es: «Ir a la Conferencia si nos llaman. Unir previamente a las izquierdas, a los partidarios de una acción revolucionaria contra los gobiernos de sus países. Presentar a los cochinos kautskistas nuestro proyecto de resolución. Nuestro, es decir: los holandeses, nosotros, los alemanes de izquierda y cero; pero eso no tiene importancia porque, con el tiempo, cero será todo.»

Obtuvo satisfacción y el Comité central, es decir, Lenin, fue invitado a mandar un representante a la reunión preparatoria que debía celebrarse el 11 de julio. Envío a Zinoviev, que se había quedado en Berna. Se reunieron 7 personas: los organizadores Grimm y Morgari, dos polacos, dos rusos (un bolchevique y un menchevique) y una muchacha, especie de anfibia política y nacional, Angélica Balabanova, rusa de origen que profesa opiniones mencheviques y que se hallaba, si me atrevo a expresarme así, con una pierna aquí y otra pierna allá, en el partido italiano y en el partido suizo. Los dos organizadores propusieron admitir a los centristas en la Conferencia. Zinoviev, ajustándose a las órdenes recibidas de Lenin, se opuso, pero no tuvieron en cuenta su opinión y la admisión de los «cochinos» fue decidida.

Entonces Lenin se puso a batallar para atraer a la Conferencia a «verdaderos izquierdistas». Escribe al holandés Wijnkoop: «Ustedes y nosotros somos partidos

independientes. Debemos hacer algo, elaborar un programa revolucionario, denunciar la consigna imbécil e hipócrita de paz, refutarla, hablar claramente a los obreros, decirles la verdad sin rodeos bajos como la Segunda Internacional.» Ante los escandinavos actúa por medio de una nueva agente recién reclutada, Alejandra Kollontai, hija de un general ruso, convertida en ardiente antimilitarista y que, después de haber abandonado a su marido, un rico ingeniero, se había ido al extranjero a vivir su vida de militante socialdemócrata. Al enterarse de la reaparición del Socialdemócrata se había ofrecido a Lenin en calidad de corresponsal informadora para Inglaterra y los países de la Península Escandinava (se había radicado en Cristiania, hoy Oslo) y le envió incluso el manuscrito de un folleto de propaganda contra la guerra, que quería editar. Lenin aceptó con agradecimiento sus buenos oficios. Noruega era un centro de enlace «archiimportante» y la señora Kollontai, con sus numerosas relaciones, podía prestarle servicios mucho más valiosos que el pobre Chliapnikov, quien además no podía abarcarlo todo y que vivía en Estocolmo bajo la amenaza de ser expulsado de la noche a la mañana por las autoridades suecas.

Ahora escribe a su colaboradora: «Es sumamente importante atraerse a los izquierdistas suecos (Hoglund) y a los noruegos. Le ruego que me informe de lo siguiente: 1.º ¿Se solidariza usted con nosotros? Y si no por qué razón; 2.º ¿Puede usted encargarse de esta tarea?» Se trata de convencer a los escandinavos de que las izquierdas deben presentarse con una declaración ideológica común que comprenda: 1.º Una condenación formal de los socialchovinistas y de los oportunistas; 2.º Un programa de acción revolucionario; 3.º Una refutación de la tesis de la defensa de la patria. Una declaración de este género tendría una importancia gigantesca —estima Lenin—, no como esa

tontería que la Zetkin ha hecho adoptar en la Conferencia de las mujeres.»

Radek es designado para trabajar a los alemanes. Entre éstos figura el diputado al Landtag de Prusia, Julius Borchardt, que publica la pequeña revista Lichtstrahlen (Rayos de Luz), en la que sostiene un combate encarnizado contra la socialdemocracia oficial y pide la formación de un partido nuevo, libre de cualquier compromiso. Pero no representa más que a sí mismo y a unos escasos colaboradores, entre ellos Radek. Este considera «cómica» la idea de Lenin de introducir a Borchardt en la Conferencia.

Lenin responde: «Considerar a los Lichtstrahlen como un grupo particular y más importante que el de la Zetkin no tiene nada de cómico... Borchardt ha sido el primero en declarar públicamente en Alemania que «la socialdemocracia ha abdicado», lo cual es un acto político de la mayor importancia.»

Tampoco había que olvidar a los letones, que habían roto el pacto que los unía al partido ruso desde 1906 para formar un partido independiente, y que como tal tenían derecho a participar en la Conferencia. Lenin había sabido reanudar buenas relaciones con ellos en enero de 1914, durante el Congreso de Bruselas. Su jefe, Berzine, que había sido siempre uno de sus más fervientes partidarios, lo siguió siendo. Lenin logró entrar en contacto con él y convencerle de que era necesario participar en la Conferencia o, en caso de imposibilidad material para trasladarse a Suiza, confiarle su mandato.

Pero, sobre todo, están los franceses. Los dos sindicalistas, Merrheim y Bourderon, enviados a Suiza por la oposición que combatía los jusqu'aboutistes de la C.G.T., estaban clasificados por Lenin entre los partidarios del socialchovinismo. Era necesario, por tanto, en su opinión, oponerles le contrapeso de franceses de la Suiza románica,

partidarios de la tesis internacionalista. Por eso escribió a la secretaria de la sección bolchevique de Lausana: «Trate de ver a Golay y a Naine, charle cordialmente con ellos y envíeme unas líneas: ¿en qué disposiciones se encuentran esos dos franceses? Comprenderá usted que sería particularmente importante tener franceses anti-chovinistas en la Conferencia, sobre todo dada la presencia de Merrheim.» La tentativa no dio resultado alguno: Naine se solidarizó con los franceses y Golay no acudió.

Lenin fue a Berna dos días antes de la apertura de la Conferencia y se hizo presentar inmediatamente a los dos delegados franceses. El «viejo Bourderon» le causó la impresión de un hombre retorcido. Su joven camarada parecía más ágil, más abordable. Decidió atraérselo. «Durante ocho horas —escribía Merrheim más tarde— hemos discutido apretadamente. Lenin estaba en favor de la Tercera Internacional, de la declaración de las masas contra la guerra. Yo le contestaba que Bourderon y yo habíamos venido a lanzar el grito de nuestra conciencia angustiada, a fin de provocar en todos los países una acción común contra la guerra. No acepté el compromiso que pedía Lenin, porque hubiera sido un crimen hacerle una promesa que yo sabía no poder cumplir.»

Todos esos esfuerzos no fueron vanos. Lenin logró agrupar a su alrededor, junto a Radek, convencido de antemano, y a su fiel letón, a un suizo, Platten, y al alemán Borchardt, quien, después de todo, le debía su presencia en la Conferencia. La actividad desarrollada por la señora Kollontai le valió la adhesión de dos jóvenes escandinavos: Hoglund, representante de las Juventudes Suecas, y Nerman, de la Unión de la Juventud de Noruega. Con él y Zinoviev eran ocho personas. Así quedó formada la «izquierda zimmerwaldiana» que tanto dará que hablar después. Tenía que presentarse a la Conferencia con un

programa definido, elaborado, discutido y adoptado, con sus propios proyectos de declaraciones, resoluciones, etc. Lenin lo habla previsto y no dejó de ocuparse de ello.

Radek se encargó de redactar el proyecto de declaración que debía ser sometido a la Conferencia en nombre del grupo. No le gustó a Lenin. «¿Por qué tantas consideraciones? —le escribía—. ¿Por qué ocultar a los obreros la presencia de sus peores enemigos en las filas del partido socialdemócrata?... Su proyecto es demasiado académico, no es un llamado al combate, no es un manifiesto de combate.» En la reunión preliminar del grupo, celebrada el 4 de septiembre (la Conferencia debía comenzar al día siguiente), Lenin leyó el suyo. Decía así:

»Los socialistas no engañarán al pueblo con esperanzas de una paz próxima, duradera, democrática y posible sin la supresión de los gobiernos actuales. únicamente una revolución social conduce a la paz y a la libertad de las naciones. «La guerra imperialista abre la era de la revolución social... El deber de los socialistas es, por tanto, no desdeñar ninguno de los medios de lucha legal de que puedan disponer, iluminar la conciencia revolucionaria de los obreros, arrastrarlos a la lucha revolucionaria internacional, y tratar de transformar la guerra imperialista entre los pueblos en guerra civil de los oprimidos contra sus opresores, la guerra de explotación de los capitalistas en una conquista del poder político por el proletariado que conduzca a la realización del socialismo.»

Los escandinavos lo consideraron demasiado fuerte. Radek se puso de su lado y leyó su proyecto, que encontró mayor favor entre la «oposición.» Lenin no protestó. Aceptó el texto de Radek, pero dándole retoques muy hábiles en algunos puntos para aumentar considerablemente su alcance.



La Conferencia se abrió en Zimmerwald, pequeña aldea situada a unos diez kilómetros de Berna. Treinta y ocho delegados representaban a once países. Los alemanes eran los más numerosos: diez delegados, de los cuales siete militaban en la oposición centrista, también llamada «kautskista», encabezados por el viejo Ledebour, dos a un grupo recién creado, el Spartakusbund, y uno (Borchardt) a la «izquierda radical» del partido socialdemócrata alemán. Seguían luego los siete rusos: dos bolcheviques (Lenin y Zinoviev), dos mencheviques (Axelrod y Martov), dos socialistas— revolucionarios y Trotski. Los suizos eran cinco. También había cuatro italianos y otros tantos polacos. Más dos franceses, un sueco, un noruego, un holandés, un rumano, un búlgaro, un letón y un bundista. Ningún inglés.

La relación de fuerzas se estableció en la primera sesión: Una fuerte mayoría de derecha (veintitrés miembros) que comprendía a siete alemanes, a todos los italianos, cuatro rusos, tres suizos, tres polacos y los dos franceses. Jefe: Ledebour. Una minoría de izquierda, llamada «la izquierda zimmerwaldiana» (ocho miembros). Jefe: Lenin. Un centro bastante heteróclito que flotaba entre la izquierda y la derecha (siete miembros: los dos espartaquistas alemanes, un ruso, un suizo, un holandés, un rumano y un búlgaro). Jefe: Trotski.

La batalla se entabló en torno al proyecto de resolución presentado por la izquierda, es decir, el proyecto de Radek, que después de haber sido enmendado por Lenin decía así: «La guerra mundial que asuela a Europa desde hace ya un año es una guerra imperialista que persigue la explotación política y económica del mundo... La burguesía y los gobiernos, que tratan de di-simular ese carácter de la guerra afirmando que se trata de una lucha impuesta para salvaguardar la independencia nacional, engañan al proletariado... El aniquilamiento del imperialismo sólo es

posible mediante la organización socialista de los países capitalistas avanzados... La mayoría de los jefes de los partidos obreros han entregado completamente al proletariado a las manos del imperialismo. Los socialpatriotas y los social-imperialistas son enemigos más peligrosos del proletariado que los pregoneros burgueses del imperialismo... Una lucha sin cuartel contra el socialimperialismo es la primera condición previa de la acción proletaria para la reconstrucción de la Internacional... El deber de los partidos socialistas y de los elementos opositores en los partidos ahora social-imperialistas es llamar a las masas obreras a la lucha contra los gobiernos capitalistas para la conquista del poder político, con vistas a la organización socialista de la sociedad. Frente a cualquier ilusión que pueda hacer creer que las decisiones de los diplomáticos y de los gobiernos pueden proporcionar la base de una paz duradera y ser el punto de partida para un desarme general, los socialdemócratas revolucionarios deben demostrar constantemente a las masas que únicamente la revolución social puede traer la paz y la liberación de toda la humanidad.»

Mientras Radek leía su texto, Ledebour pataleaba de rabia. Terminada la lectura, dio rienda suelta a su indignación: eso es demagogia, anarquismo y bakuninismo. Naturalmente que los socialdemócratas admiten el principio de la guerra civil y de la huelga política general, pero es inútil gritarlo a los cuatro vientos. No se pronuncian discursos, se actúa. Se marcha delante, no se hace marchar a los demás. «Nosotros los socialdemócratas —concluyó— no brillamos por la valentía de Radek (éste, que había sido movilizad, no se movía de Suiza), pero también actuamos», y volviéndose hacia Lenin el viejo luchador le espeta en tono sarcástico: «Es muy cómodo lanzar llamamientos revolucionarios a las masas después de

haberse refugiado en el extranjero.» A continuación, el italiano Serrati reprochó a Lenin querer cambiar todo el programa de la Internacional, e invocó un texto de Engels que reprobaba la violencia. Bourderon opinó en el mismo sentido, exclamando: «¡Lenin! Usted quiere formar una nueva Internacional. ¡No hemos venido aquí para eso!», y Merrheim agregó: «El obrero francés, corrompido y saturado con la frase herveísta y anarquista, no cree ya en nada.»

Lenin se defendió muy vigorosamente. Primero protestó enérgicamente contra las apasionadas hirientes de Ledebour: «Han transcurrido veintinueve años —le dijo— desde que fui detenido por primera vez en Rusia. En esos veintinueve años no he cesado de lanzar a las masas llamamientos revolucionarios. Lo he hecho desde mi prisión, en Siberia, y después en el extranjero. Y a veces he encontrado en la prensa revolucionaria «alusiones» análogas, lo mismo que entre los representantes de la justicia zarista, que me acusaban de falta de honradez por dirigir llamamientos revolucionarios al pueblo ruso desde el extranjero. Viniendo de un procurador del Imperio, esas «alusiones» no me asombraban. Pero confieso que de Ledebour esperaba encontrar otros argumentos. Ha olvidado probablemente que Marx y Engels, cuando escribían en 1847 su célebre Manifiesto comunista, lanzaban, también desde el extranjero, llamamientos revolucionarios a los obreros alemanes.» Demostró luego a Serrati que había interpretado mal un párrafo de La lucha de clases en Francia y contestó en tono mesurado, casi cordial, a Merrheim, cuya intervención escéptica le permitió descubrir el punto débil del movimiento obrero en Francia. Sin negar el hecho señalado por aquél, Lenin observó: «Eso quiere decir solamente que los socialistas franceses llegarían quizá más lentamente a las acciones revolucionarias del proletariado europeo, pero llegarían de todos modos. Lo cual no significa

en modo alguno que esas acciones sean superfluas. No se puede plantear a la Conferencia la cuestión de saber por qué camino y en qué formas especiales puede el proletariado de los diferentes países pasar a la acción revolucionaria. Faltan datos todavía. Nuestra tarea consiste, por el momento, en hacer juntos la propaganda de una táctica apropiada a la situación... Si el proletariado francés está desmoralizado por la frase anarquista, no lo está menos por el millerandismo. Lo que nos conviene es no aumentar su desmoralización».

No logró, sin embargo, convencer a la asamblea. Ni siquiera pudo obtener que el proyecto de su grupo fuera entregado a una comisión, para su examen. Por 19 votos contra 12 se decidió pura y simplemente no tomarlo en cuenta.

El combate se reanudó al día siguiente en torno al manifiesto que la Conferencia pensaba dirigir al proletariado internacional. Hubo tres proyectos; cada grupo presentó el suyo. Se nombró una comisión para que sacara de ellos los elementos que permitieran redactar un texto único que fuera susceptible de lograr la unanimidad de los sufragios. De los siete miembros que la componían, tres eran de la derecha (Ledebour, Merrheim y el italiano Modigliani), y tres trotskistas (el propio Trotski, Grimm y el rumano Rakovski). Lenin era el séptimo. Se tomó como base el texto «mediador» de Trotski.

Los «siete» se reunían aparte, en el jardín del hotel. Las discusiones llegaron pronto a un grado inaudito de violencia. En un momento dado se creyó que no quedaba más que separarse y clausurar la Conferencia. Luchando solo contra todos, Lenin sometió los proyectos presentados a una crítica despiadada. Sus acerbadas observaciones acabaron por exasperar de tal modo a Rakovski que éste, arremangándose la camisa, se precipitó sobre Lenin con la

evidente intención de asestarle algunos puñetazos a guisa de objeciones. Lograron contener al fogoso rumano. Lenin no se inmutó, se levantó y fue a sentarse junto a un par de perros que jugaban allí junto en la arena, dando la impresión de estar sumamente interesado en hostigarlos y en seguir sus juegos. «Parecía un chiquillo —escribe Trotski, que presencié la escena—; su risa sonaba clara, una auténtica risa de niño. Lo contemplamos con cierto asombro. Lenin hizo nuevas zalamerías a los perros, pero con más tranquilidad; luego volvió a la mesa y declaró que no firmaría tal manifiesto. Y la disputa se reanudó con nueva violencia.»

Lenin reprochaba al texto adoptado por la comisión su timidez, su tendencia a respetar demasiadas susceptibilidades, su temor a llamar a las cosas por su verdadero nombre y a sacar las conclusiones que se imponían por la lógica de los hechos. Por ejemplo, el manifiesto reconoce que «los capitalistas de todos los países mienten al declarar que esta guerra sirve para defender la patria», pero omite decir que esa mentira es apoyada y repetida por la mayoría de los dirigentes socialistas. A continuación comprueba perfectamente que los partidos socialistas de los países beligerantes han ignorado las decisiones de los últimos congresos de la Internacional y que el Buró Socialista Internacional ha faltado a su deber al tolerar la votación de los créditos militares y la participación en los ministerios burgueses, etc.; pero no se atreve a anunciar a las masas que esa falla del Buró Socialista y ese incumplimiento de sus deberes por parte de los partidos enteros es el resultado del desarrollo del oportunismo en los círculos del socialismo europeo. Es más: la Conferencia declara que se asigna la tarea de «despertar el espíritu revolucionario en los proletarios de

todas las naciones», pero evita enumerar los medios de acción que permiten llegar a ese resultado.

A pesar de todo, acabó firmando. «¿Era conveniente firmar un manifiesto salpicado de timidez y de inconsecuencia? Creemos que sí», escribía en su periódico, una vez terminada la Conferencia, agregando: «Es un hecho que ese manifiesto señala un paso hacia adelante en el camino de la lucha contra el oportunismo, de la ruptura efectiva con éste... Hubiera sido una mala táctica de guerra negarnos a marchar con el movimiento de protesta internacional, en constante aumento, contra el chovinismo, so pretexto de que se desarrolla lentamente.» Pero publicó al mismo tiempo una «declaración de las izquierdas» destinada a precisar la actitud de su grupo e inspirada en los principios enunciados en los proyectos presentados por éste y rechazados por la Conferencia, y que hizo las veces de manifiesto.

Al separarse, la Conferencia había anunciado el nacimiento de la Unión zimmerwaldiana. Para asegurar el enlace entre los miembros de esa Unión, diseminados a través de Europa entera, creó un organismo permanente: la Comisión Socialista Internacional compuesta de cuatro miembros (tres representantes de la derecha y uno del centro). Lenin, a quien se había dejado fuera de la Comisión, replicó reuniendo su grupo, el que nombró un «Buró permanente de la izquierda zimmerwaldiana» compuesto de tres miembros: Lenin, Zinoviev y Radek. Se convino que ese nuevo Buró formaría parte de la Unión zimmerwaldiana, pero haría su propio trabajo en el plano internacional. Los proyectos de manifiesto y de resolución rechazados formarían la base de ese trabajo.

Las palabras de Merrheim habían llamado mucho la atención de Lenin. Llegó a la conclusión, a pesar de su pronóstico pesimista, de que en Francia había un buen

terreno para la propaganda de sus ideas. Apenas terminada la Conferencia, Lenin hizo saber a Zinoviev que sería bueno utilizar a Inés para la traducción de su folleto *El socialismo y la guerra*<sup>16</sup>, en francés. Inés puso manos a la obra. En diciembre lo envió a París, donde un grupo de sindicalistas, partidarios de la tendencia Merrheim-Bourderon, acababan de crear un «Comité internacional de acción».

Esta joven mujer era una maniobrera política muy hábil. No le fue difícil introducirse en el Comité y desempeñar el papel de consejera técnica; Pero no logró desviarlo del camino circunspecto y moderado que se empeñaban en seguir sus animadores. «Mis primeras impresiones me llevan a la conclusión —escribía a Lenin— de que por arriba, es decir, por el Comité Merrheim, es poco probable que se pueda hacer algo... Hay que buscar otros caminos, hay que tratar de actuar por abajo.»

Inés se dirigió, pues, «abajo». Era joven y sabía hablar a los jóvenes. Le resultó fácil conquistarse a la oposición de la Juventud Socialista del Sena. El resultado de ello fue que esa oposición votó una moción de simpatía en favor de la izquierda zimmerwaldiana. Al ser informado de ese triunfo, Lenin envía un comunicado a *Avanti*, órgano central del partido socialista italiano, anunciando que un grupo de jóvenes franceses acaba de unirse a las izquierdas de Zimmerwald. Inés obtiene el mismo resultado en una sección del Sindicato de mecánicos, que incluso llegó a adquirir el compromiso de hacer activa propaganda en favor de la izquierda zimmerwaldiana. Luego siguió con los sastres, los desmontistas, los chóferes y los metalúrgicos. Buscaba por todas partes elementos de la oposición, reanimaba su voluntad de resistencia, los alentaba a seguir su marcha «contra la corriente», los familiarizaba con las enseñanzas de Lenin. Los hilos de su acción se extendían hasta las trincheras. Al desarrollarse cada vez más esa

acción, se creó, a iniciativa suya, una comisión especial de propaganda entre los franceses. Al comunicárselo a Lenin le escribe: «Esta Comisión trabajará bajo la dirección del Comité central o de la izquierda de Zimmerwald, como usted quiera. Le ruego que nos dirija más intensamente.» Para empezar se pusieron a traducir al francés artículos de Lenin. Camaradas franceses los estereotipaban y los difundían entre los obreros. Mientras tanto, su antiguo compañero de viaje, Safarov, que por obra y gracia de la guerra imperialista se vio convertido en estibador de Saint-Nazaire, atraía al seno de la izquierda zimmerwaldiana a un grupo de sus nuevos colegas. Desgraciadamente, a las autoridades locales no les agradó esa iniciativa y finalmente Safarov recibió la orden de salir de Francia.

Al enterarse de su expulsión, Lenin le envía un mensaje de aliento y le asigna la tarea que queda por realizar. Se trata de un manifiesto, uno más, pero siempre el mismo, que la oposición francesa, o sea los «zimmerwaldianos de izquierda» reclutados por Inés y Safarov, deben dirigir al proletariado mundial. Lenin esboza de una vez los lineamientos generales. Es necesario que los franceses declaren de cara a toda la humanidad: «Nos solidarizamos con la oposición alemana, con todos los que han roto con los social-chovinistas y con sus defensores. Por nuestra parte, no tememos romper con los «patriotas» franceses y exhortamos a los socialistas y sindicalistas de todos los países a hacer otro tanto... Proclamamos la gran alianza internacional de aquellos socialistas del mundo entero que durante esta guerra han rechazado las frases engañosas sobre la defensa de la patria, y trabajan para preparar la revolución proletaria mundial.»

Ese llamamiento, lanzado «abierto y valientemente», tendría «una importancia enorme». Llegaría seguramente al corazón de los obreros franceses. Lenin está absolutamente



convencido. «Lo que necesitan ahora —le explica a Safarov —, lo mismo que los obreros de todas las demás naciones, no son frases anárquicas sobre la revolución, sino un trabajo serio, lento, obstinado, perseverante y sistemático de propaganda y de agitación clandestina, destinado a preparar un levantamiento en masa contra sus gobernantes». ¿Quién ha dicho que los franceses no son capaces de hacer un trabajo ilegal y metódico? «No es cierto —estima Lenin—. Han aprendido muy bien a ocultarse en las trincheras; con la misma rapidez aprenderán las nuevas condiciones de la lucha clandestina y los procedimientos para preparar sistemáticamente un movimiento revolucionario de masas. Tengo confianza en el proletariado revolucionario francés. Sabrá impulsar a la oposición de su país.»

En una posdata, Lenin recomendaba que se tradujera su carta íntegramente al francés y que se publicara a continuación en forma de volante. Safarov tuvo tiempo de ocuparse de ello antes de salir.

Mediante uno de esos prodigiosos esfuerzos de voluntad que acostumbraba, Lenin había logrado dominar sus nervios a todo lo largo de la Conferencia, parecer alegre, cáustico y lleno de aplomo. Se le ha visto jugar con perros en medio de graves discusiones y pasar por debajo de la mesa, mientras escuchaba a algún orador somnífero, notitas irreverentes. Todo esto formaba parte del arsenal que le procuraba sus armas de combate. Era absolutamente necesario que sus adversarios no pudieran notar en él el menor síntoma de un desfallecimiento físico o moral. Pero una vez terminada la prueba, los resultados de esa tensión sobrehumana se dejaban sentir infaliblemente. Después de Zimmerwald, Lenin necesitó varios días de un reposo total para recuperarse y turnar nuevas fuerzas. De regreso a Berna, el matrimonio reanudó su existencia cotidiana. Para

Lenin eso significaba leer los periódicos, mantener la correspondencia con los escasos agentes que le quedaban y tomar notas en la biblioteca. Ahora escribe poco. En octubre no sale de su pluma un solo artículo, en noviembre dos, en diciembre uno. En cambio, para Krupskaja la cosa es más complicada. Había que hacer frente a las múltiples preocupaciones domésticas. Y ya casi no quedaba dinero. Intentó encontrar trabajo: lecciones, traducciones o simplemente hacer copias, cualquier cosa... No recogía más que promesas por todas partes. «Nuestros medios de existencia se van a agotar pronto —leemos en su carta a María Ulianov, escrita a principios de diciembre— y la cuestión de ganarse el pan se plantea bastante crudamente. Es bastante difícil encontrar algo aquí... No quisiera que esta carga recayera enteramente sobre Volodia. Ya trabaja bastante sin eso. Sin embargo, esta cuestión le preocupa mucho.»

En efecto, Lenin se daba cuenta perfectamente de la situación. Hubiera querido hacer algo, ¿pero qué? Zinoviev supo hallar la solución del problema convirtiéndose en ayudante preparador en el laboratorio de química montado por Chklovski. Lenin no había llegado a ese extremo. Concibió la idea de escribir una obra sobre la cuestión, muy actual y bien meditada por él en el curso de esos meses de guerra, del imperialismo, última etapa del capitalismo. Ese libro, destinado a ser editado «legalmente» en Rusia, debía hablar en un lenguaje esotérico y ocultar, bajo una apariencia neutral e inofensiva, opiniones que la censura militar y cualquier otra no habría dejado de considerar «subversivas».

No pudiendo conseguir en Berna todos los libros que necesitaba, Lenin se trasladó con su mujer a Zurich, para trabajar en la biblioteca, donde sabía que encontraría todo lo que le faltaba. «Fuimos con el ánimo de quedarnos quince

días —escribe Krupskaja—, pero luego aplazamos en varias ocasiones nuestro regreso a Berna y finalmente nos quedamos en Zurich, donde la vida era mucho más animada.» Así explica su instalación en Zurich. Quizá también influyeron en la decisión de Lenin las mayores facilidades que se ofrecían en Zurich para mantener el contacto con los círculos internacionales. Sus relaciones con Grimm, radicado en Berna, se habían hecho muy tirantes, sobre todo después de Zimmerwald. En cambio, en Zurich se hallaba el secretario del partido socialdemócrata suizo, Fritz Platten, un muchacho muy enérgico, lleno de entusiasmo, que se había adherido sin reservas a la izquierda zimmerwaldiana. Estaba también allí Willy Münzenberg, el animador de la Internacional, Juvenil, que desde un principio se había declarado adversario resuelto de la guerra imperialista. Y, además, su mujer logró encontrar un empleo. Existía en Zurich una caja de socorros para los emigrados rusos sin distinción de partido. Krupskaja fue nombrada secretaria de ese organismo, con honorarios más que modestos. Pero eso le permitió aliviar un poco la carga de su presupuesto doméstico. Observando la más estricta economía, privándose de muchas cosas, el matrimonio lograba llevar «una vida modesta que transcurría suavemente», según cuenta Krupskaja. Mientras su marido trabajaba en la biblioteca, ella se pasaba el tiempo en la oficina, en la que, a decir verdad, no había gran cosa que hacer, ya que la «caja de socorros» disponía de muy escasos recursos. Pero pronto se dio una ocupación suplementaria, a título puramente benévolo por lo demás, que le parecía digna de la mayor atención. La Caja estaba en relaciones con el Comité de ayuda intelectual a los prisioneros de guerra, fundado en Berna en la primavera de 1915 por iniciativa de un grupo de emigrados. Ese Comité se encargaba de mandar, a los innumerables soldados rusos

que poblaban entonces los campos de prisioneros en Alemania, libros, periódicos, revistas, etc. Krupskaja participó activamente en ese trabajo, suponiendo todas las ventajas que su marido podría obtener con esos envíos. Abría con apasionada atención el voluminoso correo que llegaba de los campos, tratando de descubrir entre los correspondientes a aquellos que pudieran ser utilizados con fines de propaganda revolucionaria. Un día leyó al pie de la carta de un prisionero la firma de Roman Malinovski. Era el ex diputado-policía que al regresar a Rusia en los comienzos de la guerra había sido movilizado, enviado al frente y capturado por los alemanes. Krupskaja se apiadó del «águila» caída y le envió un poco de ropa y víveres. El otro contestó con desbordante gratitud diciendo que se ofrecía para «trabajar» a los prisioneros y difundir entre ellos todos los volantes, periódicos, folletos, etc., que le enviaran. Lenin, que seguía creyéndolo inocente y lo consideraba como un pobre perturbado, no tuvo inconveniente. Parece incluso que le mandó unas líneas de aliento. Malinovski se mostró lleno de celo y puso tanta energía en la realización de su tarea que hacia finales de 1916 El Socialdemócrata publicaba un suelto anunciando que el camarada Malinovski había expiado, con su útil acción entre los prisioneros, la grave falta cometida al renunciar a su mandato de diputado.

Después del estancamiento de los meses de invierno, las operaciones militares se habían reanudado con renovada violencia. La humanidad parecía haber llegado a un callejón sin salida. El manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald era letra muerta. La Comisión por ella creada resolvió convocar otra Conferencia, que se abrió en Kienthal el 24 de abril. Hubo 43 delegados, cinco más que en Zimmerwald. Esta vez los alemanes fueron menos numerosos: siete en lugar de diez. Pero los rusos fueron ocho en lugar de siete y los franceses cuatro en lugar de dos. La presencia de tres

diputados socialistas entre estos últimos pareció significativa, lo mismo que el hecho de que la mayoría de los delegados suizos (tres de los cinco) se solidarizaran con la izquierda zimmerwaldiana. De una manera general, ese grupo, que no comprendía más que ocho miembros en Zimmerwald, tenía ahora doce, y además algunos delegados que no formaban parte de él votaron en favor suyo en ciertos casos.

El orden del día comprendía las siguientes cuestiones: 1.º Acción a desarrollar para conseguir la terminación de la guerra; 2.º Actitud del proletariado frente a la paz; 3.º Agitación y propaganda en las masas y en el Parlamento; 4.º Convocatoria del Buró Socialista Internacional.

Esta última cuestión era la que había de provocar más discusiones y ataques por parte de Lenin. Se trataba, en otras palabras, de decidir si la Segunda Internacional habría de revivir o si una escisión definitiva le asestaría un golpe mortal. Para preparar el proyecto de resolución se nombró una comisión de siete miembros: dos rusos (el bolchevique Lenin y el menchevique Axelrod), dos alemanes, un polaco, un suizo y un italiano. Por cuatro votos contra tres (los de Lenin, el polaco y un alemán) se decidió que el Buró sería convocado, pero que se le daría un voto de censura «por haber demostrado ser incapaz de defender y de aplicar durante la guerra los principios de la Internacional». Su Comité ejecutivo debía ser reemplazado por otro y los socialistas que hubieran entrado en los gobiernos de los países beligerantes expulsados de sus respectivos partidos. Las organizaciones de todos los países quedaban invitadas a vigilar con la mayor atención la actividad del Comité ejecutivo del Buró. En cuanto al problema de la paz se declara: «Es imposible fincar una paz sólida en una sociedad capitalista. El socialismo es el que va a crear las condiciones necesarias para su establecimiento... En consecuencia, la

lucha por la paz duradera tiene que ser una lucha por la realización del socialismo. Si los obreros renuncian a la lucha de clases, impedirán la creación de las condiciones necesarias para llegar a una paz estable. La consigna: cese inmediato de las hostilidades y comienzo de las conversaciones de paz, es una cuestión de vida o muerte para el proletariado. Mientras el socialismo no haya sido realizado, el proletariado debe luchar constantemente contra la opresión de las naciones más débiles, defender a las minorías nacionales y exigir para éstas el derecho de autodeterminación. La lucha contra la guerra y contra el imperialismo será sostenida desde ahora con un vigor siempre creciente.»

Era, desde luego, un lenguaje más enérgico que el de Zimmerwald. Sin embargo, no satisfizo a Lenin. Esta declaración le parecía demasiado vaga, demasiado tímida. La suya, presentada en nombre de la izquierda zimmerwaldiana, decía: «La lucha revolucionaria de las masas en pro del socialismo tendrá como meta: la supresión de todas las cargas con que el imperialismo abrumba a los pueblos, particularmente de las deudas del Estado; la ayuda a los parados, el advenimiento de la República Democrática, la renunciación a las anexiones, la liberación de los pueblos coloniales, la supresión de las fronteras, la igualdad de derechos de las minorías nacionales... El único programa posible para la socialdemocracia es convocar al proletariado a esa lucha y organizarlo con vistas al asalto decisivo del capitalismo. Bajad las armas, dirigidlas contra el enemigo común: los gobiernos capitalistas —tal es el programa de paz adoptado por la Internacional». La Conferencia rechazó ese texto, que, sin embargo, recogió, además de los dieciocho votos de la izquierda zimmerwaldiana, cinco nuevos votos. Esto le pareció a Lenin un buen augurio. «En conjunto —escribía a Chliapnikov después de la Conferencia

—, el manifiesto adoptado representa un paso hacia adelante, ya que los tres diputados franceses, entre ellos el semi-chovinista Brizon, han votado a favor», y agregaba: «La izquierda ha sido más fuerte en esta ocasión, habiéndola reforzado el servio, tres suizos y un francés, no diputado, que vino por su propia iniciativa y por su cuenta.»

Ese francés «venido por su cuenta» era el periodista Henri Guilbeaux, radicado en Ginebra, quien se presentó en la Conferencia como sindicalista sin haber recibido mandato de ninguna organización sindical oficial, lo cual no le impidió ser admitido con voz y voto. Allí vio por primera vez a Lenin. «Oí hablar varias veces de él —dice en el libro que dedicó a Lenin—, pero más o menos confusamente. No conocía todavía a ningún leninista.» En Kienthal, Guilbeaux observó con incansable curiosidad «a ese hombrecillo regordete, de ojos preñados de sutileza y de malicia, nariz irónica y batallador». He aquí a Lenin tal como él lo vio:

»Permaneció sentado durante toda la Conferencia, leyendo, trabajando, redactando tesis y mociones, y sólo levantaba la cabeza para observar a veces al orador. Hablaba poco, pero lo escuchaba todo con gran atención. Su rostro satisfecho expresaba su total aprobación de los discursos de Radek, de Zinoviev, de Bronski, de Frohlich y de Münzenberg. Por el contrario, sus rasgos, visiblemente burlones y despreciativos, reflejaban su viva oposición a los pensamientos y puntos de vista que expresaban su compatriota Martov, el italiano Modigliani y el francés Pierre Brizon.» Las intervenciones oratorias de este último eran sobre todo las que, al decir de Guilbeaux, provocaban la más franca hilaridad en Lenin.

Zinoviev regresó a Berna encantado de los resultados de la Conferencia. Krupskaja, que no asistió, pero que podía darse una idea de los resultados por lo que debió informarle su marido, no compartía su entusiasmo y escribía entonces

al «representante en Estocolmo», Chliapnikov: «Grigory (Zinoviev) se hace ilusiones sobre Kienthal. Es cierto que yo no puedo juzgar más que por lo que me han dicho, pero hubo allí demasiada verborrea y no se ve unidad interior.» Su estado de salud se había agravado nuevamente, y Lenin, que se sentía a su vez bastante fatigado, fue a instalarse con ella en las montañas, en una pensión familiar muy barata, especie de casa de reposo para gente modesta. Pasaron allí seis semanas, la segunda quincena de julio y todo el mes de agosto. De creer a Krupskaja, ambos disfrutaban de vacaciones completas. «Vivíamos completamente al margen de todos los asuntos y pasábamos jornadas enteras haciendo excursiones por las montañas.» Lenin había abandonado todo el trabajo. Sin embargo, tenía que pensar en conseguir dinero. El 27 de julio le había escrito ya a la señora Kollontai: «¿No tiene usted relaciones entre los editores? Yo no cuento con ninguna. Me gustaría hacer traducciones para ganar dinero o encontrar algún trabajo de literatura pedagógica para Nadia, ya que su enfermedad exige una larga estancia en las montañas, y esto cuesta caro.»

Al regresar de las vacaciones, esta cuestión del dinero parece ser angustiosa. Lenin terminó su obra sobre el imperialismo y envió el manuscrito a su hermana María (Ana acababa de ser detenida una vez más), quien recibió el encargo de colocárselo a algún editor y de conseguirle al mismo tiempo algún trabajo de traducción. A Gorki, que había regresado a Rusia después de la amnistía de 1913 y que dirigía una revista a la que estaba ligada una editorial, le envió dos de sus folletos. Ese envío debió costarle sin duda mucho, pues desde el asunto de la escuela de Capri sus relaciones con el gran escritor no habían cesado de empeorar. Mandó otro folleto a su antiguo acólito de Ginebra, Bontch-Bruevitch, convertido también en editor en



San Petersburgo. Escribió al secretario del Diccionario enciclopédico en Granat, que antes de la guerra le había pedido un artículo sobre Carlos Marx, ofreciéndole trabajos de ese género. Nadie contestaba, nadie daba señales de vida. Después de una larga serie de recomendaciones hechas por Lenin en septiembre de 1916 a Chliapnikov, que se disponía a hacer un viaje a San Petersburgo, leemos lo siguiente: «En cuanto a mí personalmente, le diré que necesito ganar dinero, o de lo contrario reventaré, palabra. La vida es terriblemente cara y no tengo con qué vivir. Hay que arrancar el dinero por la fuerza al editor a quien han sido enviados dos folletos míos (Gorki), que pague en el acto y lo más que pueda. Lo mismo en cuanto a Bontch. Igual en lo que se refiere a las traducciones. Si no se arregla esto no podré aguantar más, se lo juro. Es completamente en serio, completamente, completamente.»

El período a que corresponde este grito de desesperación no había durado mucho tiempo, apenas unas cuantas semanas, pero había contribuido grandemente a excitar los nervios ya de por sí suficientemente irritados de Lenin. Hacia el 20 de octubre recibió una carta de su hermana anunciándole que había logrado colocar su Imperialismo y obtener del editor un anticipo de quinientos rublos. Además, ese mismo editor había aceptado reeditar su trabajo sobre la cuestión agraria. Al saberlo, Lenin respira por fin tranquilo. Pero el resultado obtenido no le basta. Quiere «ampliarlo». «Me dices que el editor quisiera publicar La cuestión agraria en libro y no en folleto —respondió a María—; ¡yo considero que el editor me ha pedido la continuación! Recuérdaselo cuando tengas ocasión.» Tres meses después recibió quinientos francos más y, días más tarde, el Banco le pagó de nuevo 808 francos. Desgraciadamente, la carta que indicaba la procedencia de esas sumas se ha perdido en el camino y Lenin contempla

perplejo todos esos billetes de Banco que se extienden ante él. ¿De dónde viene ese dinero? ¿Quién lo envía? ¿Es para él?... Krupskaia, con el rostro iluminado por una sonrisa afectuosamente irónica, le explica: «¡Muy sencillo! Acabas de empezar a cobrar tu jubilación.»



## **XVII**

# **EL RETORNO**

«¡Vaya broma!», escribía Lenin a María al contarle las palabras cáusticas de su mujer. En efecto, Krupskaja se lo había dicho en broma, pero él sentía oscuramente que en su fuero interno se alzaba una voz que le hablaba sordamente en el mismo lenguaje. ¿No habría llegado, efectivamente, al final de su carrera de militante? Llevaba ya treinta años en los que «durante veinticuatro horas al día», como decía antaño uno de sus enemigos, no vivía más que por la revolución y para la revolución. La vida no tiene otro sentido para él. Sus períodos de descanso estival, sus crisis de depresión después de sufrir una derrota, no son más que tentativas, destinadas de antemano al fracaso, para evadirse de esa especie de obsesión permanente en medio de la cual transcurre toda su existencia y que se ha convertido en su estado normal. Acaba de cumplir cuarenta y cinco años. Su organismo resiste cada vez con más dificultades la constante tensión que le impone. Tensión cerebral, producida por la incesante afluencia de los problemas sociales nacidos de una terrible época que le ha tocado vivir. Alimentado desde un principio con el dogma marxista, impregnado de ese dogma hasta la médula, se ve obligado a ajustarlo a situaciones nuevas que evolucionan interminablemente. Su maestro había previsto el camino

que debe seguir tal o cual proceso social o económico debidamente clasificado y apuntado. El trazo por él indicado no coincide siempre con el camino que toman los acontecimientos a más de medio siglo de distancia. Por tanto, unas veces hay que hacerlos entrar en ese camino y otras ampliar este último para que puedan pasar más fácilmente. Así llega Lenin inevitablemente a la conclusión de que su obra está destinada a convertirse en una prolongación de la de su maestro, a garantizarle su aplicación práctica, y que él, Lenin, es el encargado de llevar en alto, a través de una humanidad salpicada de sangre, la antorcha inextinguible del socialismo internacional. Ya no se pregunta si llegará al término de ese viaje en medio de las tinieblas que envuelven al mundo, si podrá entrever siquiera las primeras luces del alba de la revolución social. Marx, que sólo vivió con esa misma esperanza en esa misma espera, tampoco se lo preguntaba. Lo esencial es llevar la antorcha siempre adelante, cada vez más lejos, y encontrar a quien transmitírsela cuando la mano, desfalleciente, se debilite.

Por eso se le ve prodigar los esfuerzos para desarrollar la propaganda contra el imperialismo guerrero considerado por el momento como el principal enemigo a combatir. Lenin estima que hay que luchar contra él por todos los medios. De los dos que él posee, la pluma y la palabra, tiene que prescindir prácticamente del primero. Cada vez son más raras las ocasiones que tiene de poder escribir. En cuanto al segundo, no siempre se puede emplear sin dificultades. Es cierto que de vez en cuando lo invitan a hablar en reuniones públicas organizadas por los socialistas suizos; pero como está obligado a hablar en un idioma que no es el suyo, no logra imponerse al auditorio, que, por lo demás, acoge casi siempre con frío recelo sus exhortaciones a la guerra civil, «única capaz de liberar al mundo del

capitalismo y del imperialismo». Trató de organizar reuniones privadas en un pequeño café de su barrio. A la primera acudieron unas cuarenta personas, la mitad de las cuales eran suizas. A las dos siguientes vinieron muchas menos. A la cuarta no quedó un solo suizo. Los rusos y los polacos que se habían molestado en ir se separaron bromeando, y el experimento fue abandonado.

Lenin se desquitaba usando, o más bien abusando, de las conversaciones particulares. En cuanto tropezaba con un suizo no lo soltaba, inundando a su interlocutor con un alud de argumentos, demostraciones, objeciones, etc. Finalmente, la gente empezó a esquivarlo, a huir de su compañía. Krupskaja recuerda una escena característica. Un día, paseando con ella por uno de los barrios elegantes de Zurich, Lenin vio al director de un periódico socialista suizo, Nobs, que venía a su encuentro. En cuanto aquél reconoció de lejos a Lenin, intentó dar media vuelta, simulando que quería tomar el tranvía que pasaba en aquel momento. ¡Demasiado tarde! Lenin estaba ya encima de él y, agarrando un botón de la chaqueta de Nobs, empieza a exponerle sus puntos de vista sobre el inevitable advenimiento de una revolución mundial. El otro hace esfuerzos desesperados para liberarse. Imposible. «Era muy cómico ver la cara que ponía Nobs, que no sabía cómo liberar su chaqueta», escribía después Krupskaja. Pero le pareció «simplemente trágico» el rostro de su marido, destrozado por la pasión que lo consumía, presa de esa necesidad insatisfecha de hablar, de convencer.

Lenin no se conformaba con entregarse totalmente a ese ardiente apostolado. Trataba de arrastrar también a aquellos de sus discípulos a quienes la guerra no había conseguido separar de su lado. Particularmente a Inés Armand, que seguía su trabajo de propagandista bolchevique en Francia. Es necesario que trabaje todavía más, y mejor. En una carta

fecha el 19 de febrero de 1917, la exhorta a venir a evangelizar a los jóvenes obreros de La Chaux-de-Fonds. «¿Ha renunciado usted a su proyecto de trabajar en la Suiza románica? —le escribe Lenin—. Espero que no. Las cosas no son muy brillantes aquí, en realidad, pero hay que probar... Si no ahora, será más tarde; si no lo hacemos nosotros, entonces nuestros sucesores lograrán crear un movimiento de izquierda en Suiza.»

El 22 de enero, en una conferencia dada a las Juventudes socialistas de Zurich, con motivo del duodécimo aniversario del «domingo sangriento» de 1905, Lenin había declarado al terminar: «Nosotros, los viejos, no veremos tal vez las batallas decisivas de la revolución futura.» Siete semanas después se enteraba de que la monarquía zarista se había hundido.

Era el 15 de marzo. Lenin acababa de terminar su frugal comida del mediodía y se disponía a volver a la biblioteca. Su mujer estaba retirando los cubiertos. De pronto, cual un huracán, irrumpe en la habitación el polaco Bronski, quien se pone a gritar agitando frenéticamente los brazos: «¿Pero es posible que no sepa usted nada? ¡Ha estallado la revolución en Rusia!» En unas cuantas palabras deshilvanadas resumió el contenido de los telegramas publicados en edición especial y se marchó precipitadamente para seguir difundiendo la asombrosa y fulgurante noticia.

Lenin quedó desconcertado unos instantes. No comprendía bien lo que pasaba. Luego, lívido, tomó su sombrero y corrió, seguido por su mujer, hacia el lago, donde en un cuadro especialmente destinado a ese fin eran colocados los periódicos del día. Las noticias que leyó eran vagas, sucintas. Se trataba, desde luego, de graves acontecimientos que habían ocurrido en Petrogrado, pero no se podía determinar el sentido ni el alcance de los mismos.

¿Era una réplica de la insurrección de 1905, o una verdadera revolución? Los gacetilleros, siempre en busca de una noticia sensacional, ¿no habrían querido explotar una vez más la credulidad del público? Había que esperar informaciones más amplias. «No recuerdo cómo terminó el día ni cómo transcurrió la noche», decía más tarde Krupskaja. Se sabe, en todo caso, que Lenin mandó venir inmediatamente de Berna, por telegrama, a Zinoviev, quien acudió enseguida.

No es que necesitara grandemente sus opiniones. Apreciaba el celo de Zinoviev, su gran capacidad de trabajo, pero al mismo tiempo desconfiaba algo de él desde la reciente empresa de publicación en común con la pareja Bosch-Piatkov de la revista Comunista, en la que Zinoviev dio la impresión de defender con demasiado entusiasmo los intereses «de la señora editora» y de su «hombrecito». Le era necesario en otros aspectos. Zinoviev era miembro del Comité central. Había sido elegido en 1912 y desde la guerra seguía siendo su único representante ante Lenin. Los dos formaban legalmente el Buró extranjero de dicho Comité y, uniendo la forma de Zinoviev a la suya, Lenin podía hablar en nombre de todo el partido.

»Vagamos sin rumbo durante horas y horas por las soleadas calles de Zurich —escribe Zinoviev en su librito sobre Lenin—, trazando toda clase de proyectos y esperando ante el edificio de la Neue Zürcher Zeitung la publicación de nuevos telegramas.» Ahora ya no cabía duda alguna. Era una verdadera revolución, o más bien una primera etapa de la revolución que había previsto Lenin. El poder acababa de pasar a las manos de la burguesía liberal. El partido constitucional— demócrata, el mismo al que había combatido tan duramente durante la revolución de 1905, se hallaba al frente del gobierno. A su lado, como en 1905, se había formado un Soviet de los diputados obreros, en el



que, lo mismo que en 1905, la mayoría pertenecía a los mencheviques y a los «conciliadores», los cuales, según Lenin, iban a cometer las mismas tonterías que en 1905. Por tanto, era absolutamente necesario que Lenin estuviera allí a toda costa para sostener el combate contra todos los errores y todas las desviaciones susceptibles de torcer el curso de la revolución victoriosa. En consecuencia, partir lo más rápidamente posible para Rusia se había convertido para él en una verdadera obsesión. En la presente situación, eso era algo prácticamente irrealizable. Mediante sondeos hechos en los círculos diplomáticos de Berna se supo que Francia e Inglaterra no dejarían pasar a los «derrotistas» cuya lista les era comunicada por el nuevo ministro ruso de Negocios Extranjeros, Miliukov, el jefe del partido de los «cadetes», lista en la que Lenin, naturalmente, figuraba en primer lugar. A partir de ese momento, Lenin no cesa de fraguar proyecto tras proyecto, más fantásticos unos que otros, para romper sus ataduras. Pensó primero en viajar clandestinamente en avión. Un viaje aéreo de Suiza a Rusia, a través de una Europa en llamas, era en aquel entonces una hazaña deportiva llena de riesgos. El hecho de que Lenin estuviera dispuesto a correr esos riesgos demuestra hasta qué punto le urgía ponerse en camino. Naturalmente, no encontraron avión ni piloto. Entonces ideó otra cosa. Escribe a Ginebra al viejo bibliotecario Karpinski, hombre servicial e incondicional de Lenin:

»Estoy estudiando diferentes medios de partir. Lo que sigue debe ser mantenido en el más estricto secreto... Hágase entregar los papeles necesarios de identidad para pasar por Francia e Inglaterra. Los usaré para atravesar esos países. Puedo ponerme una peluca. Me retrataré así y me presentaré al consulado de Berna con sus papeles y con la peluca. Usted deberá desaparecer entonces de Ginebra por lo menos unas cuantas semanas... Se ocultará mientras

tanto, muy seriamente, en alguna parte de las montañas, y le pagaremos la pensión, naturalmente.»

Era demasiado pedirle a un modesto bibliotecario. Se negó. Lenin volvió a calentarse los sesos. Por la noche rumiaba toda clase de combinaciones y les daba vueltas y más vueltas en su mente. Ni él ni su mujer podían dormir ya. Finalmente le dijo a ésta: «Sabes, podría pasar con el pasaporte de un sueco sordomudo.» «Me eché a reír — cuenta Krupskaja— y le dije: No dará resultado. Se puede hablar en sueños. Verás cadetes en sueños y te pondrás a gritar dormido: ¡Cochino!, y verán que no eres sueco.» Pero Lenin no se dejó convencer. El polaco Ganetzki, que después del regreso de Chliapnikov a Rusia se había convertido en un valioso agente de enlace en Estocolmo, fue informado telegráficamente de que iba a recibir una carta confidencial muy importante. Favor de acusar recibo. «Tres días después —cuenta Ganetzki— llega la carta. Contiene una nota de Lenin y dos fotografías. La nota decía poco más o menos esto: Imposible esperar más tiempo. Las esperanzas de un viaje legal siguen siendo vanas. Nosotros, Grigory (Zinoviev) y yo, tenemos que pasar a Rusia cueste lo que cueste. El único plan posible es el siguiente: encuentre dos suecos que se parezcan a mí y a Grigory. Pero como no sabemos sueco, es necesario que sean sordomudos. Para este fin le envío nuestras fotos.»

Ganetzki no se rió. La cosa era demasiado triste: ¡a dónde había llegado Lenin! La fotografía, en todo caso, pudo ser utilizada. La hizo insertar en el gran periódico de Estocolmo Politiken con este pie: el jefe de la revolución rusa. Era la primera vez que la imagen de Lenin aparecía en la prensa europea.

Tan pronto como recibió las primeras noticias de la revolución, Lenin se había puesto a redactar un plan de acción para su partido. Aunque no esperaba una explosión

revolucionaria tan brusca (en los últimos meses, sobre todo después de la detención de su hermana Ana, su contacto con Rusia estaba casi completamente interrumpido), y aunque se había resignado de una buena vez a la perspectiva de no vivir el tiempo suficiente para ver brillar el sol de la revolución socialista, se mantenía listo para recibirla en cualquier momento y su llamamiento nunca podría encontrarlo desprevenido.

Conocemos su primera reacción por la carta escrita a la señora Kollontai el 16 de marzo, es decir, un día después de que Bronski le trajo la formidable noticia que había de cambiar su vida de arriba abajo. Acababa de leer los telegramas oficiales que anunciaban la formación, en Petrogrado, de un gobierno provisional compuesto de representantes de la burguesía liberal. Esto después de una semana de batallas callejeras en las que los obreros habían derramado su sangre. No le sorprendió en modo alguno. Era, según él, el orden natural de las cosas. Ya se ha visto en Europa en varias ocasiones. La revolución ha entrado en su primera fase: burguesa— democrática. Hay que pasar por ella. Ahora se trata de preparar la segunda. Para él eso significa organizar revolucionariamente al partido socialdemócrata bolchevique. La situación de éste va a cambiar. Saldrá de la clandestinidad. Seguramente habrá tentativas para orientar su actividad por la vía legal. ¿Legalidad? Bueno, pero el partido debe conservar su espíritu y su «aparato», tal como se lo ha creado. «Aunque el Gobierno cadete —escribe Lenin a la señora Kollontai— nos proponga ser un partido legal, formaremos como en el pasado nuestro partido propio y uniremos obligatoriamente el trabajo legal al trabajo ilegal.» Sobre todo, nada de partido «¡tipo Segunda Internacional!». Son necesariamente absolutos un programa y una táctica «más revolucionarios.»

En cuanto llegó Zinoviev se puso a redactar tesis destinadas a señalar directivas a la revolución que comienza, llamadas a servir, como las de septiembre de 1914, en la lucha contra la guerra imperialista. No debió resultarle largo ni difícil. Ya en octubre de 1915, al día siguiente de la Conferencia de Zimmerwald, cuando habían empezado a circular rumores de una paz separada ruso-alemana, después del abandono de Varsovia por el ejército ruso en plena desbandada, Lenin, en previsión de una revolución nacida de la derrota, lo mismo que en 1905, había elaborado un plan de acción para sus partidarios, formulado como siempre en tesis (once esta vez) que decían:

»1. La consigna de la Asamblea constituyente es inexacta en sí, ya que el problema es saber quién la va a convocar. En 1905, los liberales la interpretaron de tal manera que quedaba perfectamente admitida la eventualidad de que el zar convocara la Constituyente. La triple consigna: República democrática, confiscación de las posesiones de los terratenientes, jornada de ocho horas, es la que más conviene, agregando el llamamiento a la solidaridad de la clase obrera internacional en la lucha por el socialismo, por el derrocamiento de los gobiernos beligerantes y contra la guerra en general. 2. Estamos contra la participación en los comités de las fabricaciones de guerra que ayudan a dirigir la guerra imperialista. 3. La tarea más inmediata y más esencial es el desarrollo de la actividad socialdemócrata en los medios proletarios, y a continuación en los de los campesinos pobres y en el ejército. El objetivo más importante de la socialdemocracia revolucionaria es la intensificación del movimiento huelguista que empieza a manifestarse. Debe reservarse un lugar necesario en la agitación a las reivindicaciones relativas al cese inmediato de la guerra. 4. Los soviets de

los diputados obreros y las organizaciones similares deben ser considerados como órganos del poder revolucionario nacido con la insurrección. No se puede sacar verdaderas ventajas de ellos más que conectándolos con la extensión de la huelga política general y con la propia insurrección, a medida que ésta vaya progresando. 5. El objetivo social de la próxima revolución en Rusia no puede ser más que la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y del campesinado. 6. La tarea del proletariado ruso es llevar hasta el final la revolución burguesa-democrática en su país, a fin de permitir que el incendio socialista se encienda en toda Europa. 7. Es posible la participación de los socialdemócratas en el Gobierno provisional al lado de la pequeña burguesía democrática, pero jamás al lado de los social-chovinistas. 8. Consideramos social-chovinistas a los que quieren derrocar al zarismo para vencer a Alemania, para saquear otros países, para consolidar la dominación de los Gran-Rusos sobre los demás pueblos de Rusia. 9. Si triunfaran en Rusia los revolucionarios chovinistas, estaríamos en contra de la defensa de su «patria» en esta guerra. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, así sean revolucionarios y republicanos, y por la unión del proletariado internacional con vistas a la revolución socialista. 10. ¿Puede corresponder al proletariado el papel dirigente en la revolución rusa burguesa? A esta pregunta nosotros contestamos: sí, siempre que la pequeña burguesía se incline, en el momento decisivo, hacia la izquierda, y hacia la izquierda la llevan no sólo nuestra propaganda, sino también toda una serie de factores económicos, financieros (cargas de guerra), militares, políticos, etc. 11. ¿Qué hubiera hecho el partido proletario si la revolución lo hubiera llevado al poder durante la actual guerra? A esta pregunta nosotros contestamos: propondríamos la paz a todos los países beligerantes a

condición de que renunciaran a las colonias y liberaran a todos los pueblos oprimidos o que no gozan de la plenitud de sus derechos. Ni Alemania, ni Inglaterra con Francia, sometidas a sus gobiernos actuales, hubieran aceptado esa condición. Entonces estaríamos obligados a sostener una guerra revolucionaria, o sea que al mismo tiempo que aplicaríamos nuestro programa mínimo con las más enérgicas medidas, llamaríamos a la insurrección a todos los pueblos actualmente oprimidos por los Gran-Rusos, a todos los países colonizados de Asia (India, China, Persia, etc.) y también —en primer lugar— al proletariado socialista de Europa contra sus gobiernos y a pesar de sus social-chovinistas. Es indudable que la victoria del proletariado en Rusia crearía las condiciones más favorables para el desarrollo de la revolución en Asia y en Europa».

Inspirándose en esas tesis habrá de redactar Lenin más tarde una especie de instrucciones para la señora Kollontai, quien le ha anunciado por telegrama su inminente regreso a Rusia, pidiéndole instrucciones para hacer frente al trabajo que allí la espera. En la situación que acaba de crearse, le explica, la tarea del proletariado es compleja. Su primera preocupación debe ser la de organizarse lo mejor posible, armarse, consolidar su alianza con todas las capas de la población trabajadora de las ciudades y de los campos, a fin de poder oponer una resistencia victoriosa a cualquier tentativa de restauración monárquica.

El nuevo Gobierno que ha arrebatado el poder al proletariado vencedor está formado por conocidos partidarios de la guerra imperialista. No puede proporcionar al pueblo paz, pan ni completa libertad. En consecuencia, la socialdemocracia rusa, que se ha mantenido fiel al internacionalismo, debe, antes que nada, demostrar a las masas populares que es imposible obtener la paz de ese Gobierno que mantiene en secreto los tratados de bandidaje

concertados por el zarismo y confirmados por él. Es incapaz de proponer inmediata y abiertamente a todos los países beligerantes la concertación de la paz en el acto, sobre la base de la total liberación de los pueblos coloniales y de las naciones oprimidas. Únicamente podría hacerlo un gobierno obrero, unido a los campesinos pobres y a los obreros revolucionarios de todos los países en guerra.

El nuevo Gobierno no puede dar pan al pueblo hambriento por culpa de un mal reparto de los víveres y de su acaparamiento por los terratenientes y por los capitalistas. Para poder hacerlo se necesitan medidas revolucionarias contra unos y otros. Esas medidas sólo podría aplicarlas un gobierno obrero.

El nuevo Gobierno no puede dar al pueblo una completa libertad. No hace más que promesas. En su declaración no hay una sola palabra sobre la jornada de ocho horas, sobre las mejoras económicas de la situación de los obreros, sobre la atribución de la tierra a los campesinos. Ese silencio revela elocuentemente su naturaleza de Gobierno de capitalistas y terratenientes.

Así, pues, el proletariado no puede considerar esta revolución más que como una primera victoria, muy incompleta todavía. Su tarea es, por tanto, proseguir la lucha por la conquista de la República democrática y del socialismo. Para esos fines debe utilizar la relativa libertad que le concede el nuevo Gobierno. Es necesario que las poblaciones trabajadoras de las ciudades y del campo, así como el ejército, sean informadas sobre la verdadera naturaleza del Gobierno. Es indispensable organizar soviets y armar a los obreros. También lo es extender las organizaciones proletarias al ejército y al campo.

La victoria total, en la etapa siguiente de la revolución, y la conquista del poder por un Gobierno obrero, sólo serán

posibles si las grandes masas populares han sido previamente informadas y organizadas.

La realización de esta tarea exige la formación de un partido revolucionario proletario que siga fiel al internacionalismo y que no se haya dejado influir por las frases embusteras de la burguesía sobre la «defensa de la patria» en la actual guerra imperialista. El actual Gobierno no es el único incapacitado para librar al pueblo de la guerra imperialista. Un Gobierno burgués, republicano y demócrata, constituido por social-patriotas y otros oportunistas, lo sería también. Por tanto, nosotros no podemos aceptar ninguna coalición, ningún bloque, ningún acuerdo ni con los partidarios de la defensa nacional ni con hombres que mantengan una actitud equívoca sobre esa cuestión. Acuerdos de ese tipo sólo servirían para perjudicar a la misión dirigente que está llamado a desempeñar el proletariado en la tarea de liberar a los pueblos del peso de la guerra imperialista y de establecer una paz duradera entre los gobiernos obreros de todos los países.

En resumen: No dejarse embaucar por estúpidas tentativas de «unidad». Intensificación de la propaganda. Infiltración en el ejército. Denuncia sistemática y minuciosa de los actos del Gobierno. Espera armada y preparación armada de una base más amplia para una etapa ulterior. Por fin, última recomendación: «Habiéndose concedido la libertad de prensa, reeditar nuestras publicaciones de aquí e informarnos telegráficamente si podemos ser útiles escribiendo vía Escandinavia.»

Lenin esperaba, naturalmente, la inminente reaparición de *Pravda*. Pero no espera a que se la anuncien para ponerse a escribir una larga Carta «sobre la primera etapa de la primera revolución», que habría de inaugurar la serie de sus célebres Cartas desde lejos.



El mundo cree presenciar un milagro, anota Lenin: en ocho días se ha hundido una monarquía secular que supo resistir victoriosamente a tres años de batallas de clase entre 1905 y 1907. Para que ese «milagro» pudiera producirse, explica, se necesitaba «la reunión de un gran número de circunstancias», particularmente la educación revolucionaria adquirida por el proletariado ruso con la experiencia de 1905-1907 y la prueba a que lo sometió la contrarrevolución de 1907 a 1914. Pero para que el golpe asestado por la revolución de 1917 fuera más eficaz que el de 1905 se necesitaba un «escenógrafo todopoderoso» que se encargara, por una parte, «de acelerar en proporciones gigantescas la marcha de la historia universal», y por otra «de engendrar crisis mundiales económicas, políticas, nacionales e internacionales de una intensidad formidable». El nombre de ese «escenógrafo» es la guerra imperialista mundial que había de transformarse ineludiblemente en guerra civil que enfrentara a las dos clases enemigas.

Es natural que la crisis haya estallado, antes que en cualquier otra parte, en Rusia, donde «el engaño era el más monstruoso y el proletariado el más revolucionario, no por cualidades particulares, sino a causa de las tradiciones de 1905». Ha sido acelerada por las severas derrotas infligidas al ejército zarista. Pero sobre todo conviene resaltar el papel desempeñado por el capitalismo y el imperialismo anglo-francés en su desarrollo.

»No nos hagamos ilusiones —escribe Lenin—. Si la revolución ha triunfado tan pronto ha sido únicamente porque una situación histórica sumamente original ha fundido en un todo, y en una notable unidad, corrientes absolutamente diferentes, intereses sociales absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas absolutamente opuestas.» Tenemos por una parte «la conjuración de los imperialistas anglo-franceses», que temían que el zar

firmara una paz separada con Alemania y empujaran a los capitalistas rusos a adueñarse del poder a fin de continuar «su» guerra; por otra parte está «un poderoso movimiento revolucionario que ha llevado al proletariado y a todos los campesinos pobres al combate por el pan, la paz, la verdadera libertad». Resultado: junto a un Gobierno burgués, que no es en realidad más que el agente de la empresa multimillonaria Francia-Inglaterra, ha surgido un Gobierno obrero no oficial que representa los intereses del proletariado urbano y rural: el Soviet de los Diputados Obreros.

¿Y ahora? Los «políticos impotentes del campo liquidador» (digamos mencheviques) dicen: «Nuestra revolución es burguesa, y por eso los obreros deben apoyar a la burguesía.» Lenin les contesta: «Nosotros los marxistas decimos que nuestra revolución no es burguesa y que precisamente por eso los obreros deben poner en guardia al pueblo contra las mentiras de los políticos burgueses y enseñarle a no creer en las palabras, sino contar únicamente con sus propias fuerzas, con sus propias armas, con su propia organización.» Y, para terminar, exhorta así a los trabajadores: «Obreros: habéis llevado a cabo verdaderos prodigios de heroísmo popular y proletario en la guerra civil contra el zarismo; tenéis que hacer prodigios de organización popular y proletaria para preparar vuestra victoria en la segunda etapa de la revolución.»

Lenin no contaba más que con periódicos extranjeros para estar al corriente de los acontecimientos. Se informaba de la marcha de la revolución en el Times inglés y en Le Temps francés, que tenían en Petrogrado corresponsales activos y diligentes, en constante comunicación con el nuevo Gobierno: Robert Wilson y Charles Rivet, «los perros guardianes más fieles del capital de los piratas anglo-franceses», como los llamaba Lenin.

El 21 de marzo, al día siguiente de haber escrito su primera carta, Lenin leyó en el Times del 16 una correspondencia de Wilson, fechada del 1 al 14 de marzo (en esa época no existía todavía el Gobierno provisional; apenas acababa de formarse un Comité temporal de trece miembros de la Duma) y anunciando que un grupo de miembros del Consejo de Estado se había dirigido al zar para suplicarle que convocara la Duma y designara un jefe de gobierno que gozara de la confianza de la nación. Y Wilson escribía a este respecto: «Si Su Majestad no satisface inmediatamente las aspiraciones de los más moderados de sus leales súbditos, la influencia de que goza en estos momentos el Comité provisional de la Duma del Imperio pasará por completo a manos de los socialistas, que quieren la República, pero que no son capaces de formar un Gobierno con el menor orden y que llevarían infaliblemente al país a la anarquía interior y a la catástrofe exterior.» Lenin se apoderó de esas líneas para convertirlas en el tema de su segunda Carta de lejos.

»Es falso —contestó perentoriamente a Wilson—; la República es un gobierno mucho más «ordenado» que la monarquía. ¿Qué garantiza al pueblo que un segundo Romanov no llamaría a un segundo Rasputín?... La República proletaria, apoyada por las poblaciones pobres de las ciudades y del campo, es la única que puede dar paz, pan y libertad. Los gritos de anarquía no hacen más que disimular los intereses egoístas de los capitalistas, deseosos de enriquecerse con la guerra y con los empréstitos de guerra, deseosos de restaurar la monarquía contra el pueblo.» Sigue a continuación una discusión bastante larga, punto por punto, de los alegatos del periodista inglés, discusión que, lógicamente, debió ser dirigida a los lectores del Times. Le sirve de pretexto para recordar la séptima de sus tesis, de octubre de 1915, sobre la participación de los

socialdemócratas en el Gobierno provisional, pero, tal como era, esa carta hubiera ofrecido escaso interés de no haber sido porque, al terminar apenas de escribirla, Lenin vio en *Le Temps*, que acababa de recibir, una corresponsalía de Charles Rivet en la que éste reproducía el texto del llamamiento lanzado por el Soviet de los Diputados Obreros en favor del apoyo al Gobierno provisional, formado, decía, por «elementos moderados». Después de leerlo, Lenin vuelve a coger la pluma y agrega a la carta terminada unas cuantas páginas más que le conferirán una importancia capital. «Un documento notable —así califica dicho llamamiento—. ¡Y bastante decepcionante!» Le permite comprobar que el proletariado petersburgués, que ha hecho la revolución, está dominado por políticos pequeñoburgueses. «Estoy dispuesto a aceptar —escribe Lenin— que cualquier Gobierno debe ser en este momento, una vez terminada la primera etapa de la revolución, «moderado». Pero es absolutamente inadmisibles pretender y hacer creer al pueblo que el Gobierno actual no quiere la continuación de la guerra imperialista, que no es un agente del capital británico, que no quiere la restauración de la monarquía y el afianzamiento del dominio de los capitalistas y de los terratenientes.»

El llamamiento anunciaba luego que, a fin de manifestar prácticamente ese apoyo, el Soviet daba a un miembro de su Comité ejecutivo, el diputado Kerenski, el mandato de entrar en calidad de ministro en el Gobierno provisional.

No era la primera vez que Lenin oía citar con bombo y platillos el nombre de ese joven abogado, hijo del director del Liceo de Simbirsk, donde había estudiado. Al salir de esa ciudad, Lenin había conservado un vago recuerdo del muchachito de seis años que jugaba en un jardín contiguo al Liceo. Luego, el pequeño Sacha Kerenski había hecho carrera. Se distinguió como defensor en varios procesos

políticos y acabó siendo elegido diputado a la Duma, donde se colocó resueltamente a la izquierda. Allí, sus fogosos discursos de una elocuencia un tanto teatral, que sabía impresionar al auditorio, causaban sensación. Formó parte del Comité provisional creado el 27 de febrero y se distinguió por una febril actividad. De allí pasó al Soviet de los Diputados obreros. Ahora era ministro, primer ministro revolucionario, como Dantón, que encarnaba para los intelectuales rusos de su generación, más que nadie, al genio de la gran Revolución francesa, y tomaba la cartera de Justicia, lo mismo que Dantón. Creía sinceramente que se convertía en el Dantón ruso. Lenin, en cambio, vio en él una réplica de Luis Blanc, y juzgó con mucha severidad ese acto que, según él, era «un modelo en cierto modo clásico de la traición a la causa de la revolución y del proletariado, de una traición similar a las que perdieron a diversos revolucionarios en el siglo XIX».

Al mismo tiempo que delegaba al Gobierno a uno de sus representantes, el Soviet exigía la creación, junto a aquél, de una «comisión de contacto» nombrada por él y encargada de transmitir al Gobierno las reivindicaciones de la clase obrera. Charles Rivet, poco familiarizado con el ruso y que vio en ello una reminiscencia del Año II, la bautizó con el nombre de «Comité de Vigilancia». Al tropezar con ese término Lenin se quedó bastante perplejo. ¿Era verdaderamente eso? En todo caso creyó ver en ello una iniciativa totalmente coincidente con sus ideas y que le gustó mucho. Su Carta declara: «La idea de crear un «Comité de Vigilancia» (no sé si se llama así en ruso) que encarne precisamente la vigilancia de los soldados y de los proletarios sobre el Gobierno provisional, es una idea puramente proletaria, auténticamente revolucionaria y profundamente justa. ¡Eso sí es práctico! ¡Eso sí es digno de los obreros que derraman su sangre por la libertad, por la

paz, por el pan del pueblo! ¡Ese es un verdadero paso por el camino de las auténticas garantías... Es señal de que el proletariado ruso está, a pesar de todo, más avanzado que el proletariado francés de 1848 que dio mandato a Luis Blanc!»

Pero enseguida frena su alegría. Es ciertamente un paso por el buen camino. «Pero no es más que un primer paso.» Tiene que ir seguido de otros. «Si ese Comité de Vigilancia —explica Lenin— se limita a ser una institución parlamentaria de un tipo puramente político, es decir, una comisión destinada a hacer preguntas al Gobierno y a recibir las respuestas, todo eso no será más que una bagatela y no servirá para nada.» Se puede hacer algo más, estima Lenin; algo que ofrezca al proletariado más garantías de que las conquistas de la revolución serán salvaguardadas: una leva en masa de todo el pueblo ruso, hombres y mujeres, y su transformación en una milicia obrera armada.

Promete decir en su próxima carta por qué y cómo. Esta, titulada «De la milicia proletaria», fue iniciada al día siguiente y terminada un día después. Es, indudablemente, la más importante de la serie.

Lenin toma como punto de partida la frase pronunciada por Skobelev, uno de los miembros más activos del Comité ejecutivo del Soviet, y citada por el Vossische Zeitung, que junto con el Frankfurter Zeitung era, después del Times y de Le Temps, una de sus principales fuentes de información en aquella época. Según el periódico alemán, Skobelev había dicho: «Rusia está en víspera de una segunda y verdadera revolución.» «Subrayo —escribe Lenin— la confirmación por un testigo de fuera, es decir, no perteneciente a nuestro partido, de la conclusión a que había llegado en mi primera carta, a saber: que la revolución de febrero y marzo no fue más que la primera etapa de la revolución.» Esto quiere

decir que en estos momentos Rusia atraviesa por un período de transición y si los socialdemócratas quieren actuar en marxistas y sacar provecho de las experiencias de las revoluciones del mundo entero, deben tratar de comprender cuál es precisamente el carácter particular de ese período de transición y cuál es la táctica que de él se deriva.

El Gobierno está en un aprieto: está ligado por el interés a los capitalistas y debe aspirar a continuar la guerra imperialista, a la defensa del capital y de la gran propiedad, a la restauración de la monarquía; está ligado por sus orígenes revolucionarios a la democracia y es sometido a la presión de las masas hambrientas que exigen la paz, lo que obliga a mentir, a andar con rodeos, a dar con una mano y a quitar con la otra. Pero logra aplazar la quiebra poniendo en juego todas las capacidades de organización de la burguesía. De ahí la conclusión a que llega Lenin: «No podremos derribar de un solo golpe a este Gobierno, y aunque pudiéramos hacerlo (los límites de lo posible retroceden mil veces en época de revolución), no podríamos conservar el poder si no opusiéramos a la admirable organización de toda la burguesía una organización no menos admirable del proletariado.» Y repite, casi textualmente, la exhortación que dirigió a los obreros al final de su primera carta para que hagan «prodigios de organización proletaria.»

¿En qué van a consistir esos «prodigios»? En primer lugar, y antes que nada: crear en todas partes soviets de los diputados obreros dando entrada igualmente a los campesinos más pobres y a todo el proletariado rural en general. A este respecto, Lenin considera necesario esbozar cuál es su concepción del Estado que debe asumir en cierto modo el interinato entre el régimen de la democracia burguesa y el de la futura sociedad socialista. Ese Estado es

necesario para un cierto período de transición. «Pero — especifica Lenin— no necesitamos un Estado como el que ha creado en todas partes la burguesía.» Se refiere a un Estado en el que los órganos del poder: administración, policía, ejército, están separados del pueblo. «Todas las revoluciones burguesas —recuerda— no han hecho más que perfeccionar esa máquina gubernamental y transmitirla de las manos de un partido a la de otro.»

El proletariado debe «destruir» (Lenin no olvida señalar que esta palabra es de Marx) esa máquina gubernamental y reemplazarla por otra en que el ejército, la policía y la administración sean proporcionadas por todo el pueblo en armas. Ese es el camino, señala, indicado por la experiencia de la Comuna de París en 1871 y por la revolución rusa en 1905.

Esa milicia popular, formada por ciudadanos de uno y otro sexo, comprendería un noventa y cinco por ciento de obreros y campesinos. Sería «el órgano ejecutivo de los soviets» y transformaría la democracia. «Esta dejaría de ser un bello cartel que disimula el sojuzgamiento del pueblo por los capitalistas que se burlan de él, para convertirse en la verdadera educadora de las masas llamadas a participar en todos los asuntos del Estado.» Esa milicia iniciaría a la juventud en la vida política, velaría por la salubridad pública dando participación a toda la población femenina adulta, «pues —declara Lenin— no se pueden asentar las bases de una verdadera libertad, no se puede edificar la democracia, y con mayor razón el socialismo, sin llamar a las mujeres al servicio cívico y a la vida política, sin arrancarlas de las atmósfera embrutecedora de los quehaceres domésticos y de la cocina».

Esa milicia garantizaría el orden sobre las bases de una «disciplina de camaradería». Ayudaría a combatir la crisis económica engendrada por la guerra aplicando un «servicio



obligatorio del trabajo». Es necesario que todo trabajador vea y compruebe inmediatamente una cierta mejoría en sus condiciones de vida. «Es necesario —escribe Lenin— que cada familia tenga pan, que cada niño tenga su botella de buena leche, que ni un solo adulto de familia rica se atreva a tomar más de su ración de leche mientras todos los niños no tengan segura la suya.» Pero no llega hasta el extremo de privar completamente a dicho «adulto de familia rica». Sigo con su texto: «Es necesario que los palacios y los departamentos ricos dejados por el zar y por la aristocracia no queden inutilizados y sirvan de alojamiento a los que no tienen ninguno y a los indigentes.» Ese es, exactamente, el procedimiento que usaron las autoridades revolucionarias en Francia para utilizar los hoteles particulares y demás locales abandonados por sus propietarios al emigrar.

Lenin reconoce que todo esto no será aún el socialismo. No será todavía la dictadura del proletariado. Será tan sólo (nótese el matiz) «la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado pobre». Y a este respecto hace a sus partidarios una significativa advertencia cuyo alcance y sentido necesitan ser cuidadosamente recordados: «No se trata de hacer una clasificación teórica en estos momentos. Sería un error demasiado grande poner!os objetivos complejos, apremiantes, prácticos, en vías de rápido desarrollo, en el lecho de Procusto de una teoría estrecha... Lo importante es comprender que la situación evoluciona en las épocas revolucionarias con tal prontitud como la vida en general. Y nosotros debemos saber adaptar nuestra técnica y nuestras tareas inmediatas a las particularidades de cada situación dada.»

El mismo día en que terminaba esa carta, Lenin había visto una noticia anunciando que Gorki acababa de dirigir al Gobierno provisional un mensaje en el que saludaba la victoria del pueblo sobre las potencias de la reacción y

exhortaba al nuevo Gobierno a coronar su obra liberadora haciendo la paz, no una paz a toda costa, sino «con dignidad y honor».

Al leer estas líneas Lenin sonrió con amargura y su pluma anotó: «Gorki es sin duda alguna un escritor de un talento inmenso, que ha prestado ya, y prestará todavía, enormes servicios al movimiento proletario internacional. ¿Pero por qué se mete en política?» Y ese fue el tema de una nueva Carta de lejos, la cuarta.

El nuevo Gobierno, empieza recordando Lenin, no ha nacido de la casualidad. Sus miembros son los representantes del capitalismo y están unidos por los intereses del capital. Y «los capitalistas no pueden renunciar a sus intereses, como un hombre no puede levantarse a sí mismo agarrándose por los cabellos». Y a continuación: Ese gobierno está ligado por los «tratados de rapiña» concertados por el zar con «los piratas capitalistas de Francia, de Inglaterra y de otros países aliados», tratados que ha confirmado y hecho suyos. Esto quiere decir que para obtener la paz, el poder del Estado debe pertenecer no a los capitalistas, sino a los obreros y a los campesinos pobres que no están ligados por los intereses del capital ni por los «tratados de rapiña». Si los soviets fueran dueños del poder, he aquí cómo procederían, según Lenin, para terminar la guerra:

—1. Se declararían en el acto libres de todas las obligaciones creadas por los tratados concertados por la monarquía zarista y por el Gobierno burgués que la reemplazó. —2. Esos tratados serían publicados inmediatamente «a fin de deshonorar ante el mundo entero la política de bandidaje seguida por el zarismo y por todos los gobiernos burgueses sin excepción». —3. Se propondría abierta e inmediatamente un armisticio general a todas las potencias beligerantes. —4. Las condiciones de paz

formuladas por los soviets obreros y campesinos serían publicadas inmediatamente. Pedirían: renuncia a las colonias y liberación de todos los pueblos oprimidos o pisoteados en sus derechos. —5. Los obreros de todos los países serían invitados a derribar a sus gobiernos burgueses y a transmitir todo el poder a los soviets. —6. Las deudas de guerra contraídas por los gobiernos burgueses serían pagadas por los propios capitalistas. Los obreros y los campesinos no las reconocen.

Si ese programa no es aceptado, tendrán la palabra las armas. Pero ahora no sería una guerra imperialista, sino una guerra revolucionaria, que es muy diferente. «Creo — escribe Lenin— que para cumplir tales condiciones de paz, el Soviet aceptaría hacer la guerra contra cualquier gobierno burgués del mundo, ya que sería una guerra verdaderamente justa a cuya victoria contribuirían los trabajadores de todos los países.» El obrero alemán ve ahora que en Rusia una monarquía bélica ha sido reemplazada por una República no menos bélica. «Juzgue usted mismo: ¿Puede fiarse de esa República? Pero si el pueblo conquista su plena libertad y transmite todo el poder a los soviets, ¿podrá continuar la guerra? ¿Podrá mantenerse en la tierra el dominio de los capitalistas?»

Con esa triple pregunta, a la que no se puede contestar más que negativamente (tal es al menos su íntima convicción), termina Lenin su carta.

Está fechada el 25 de marzo. Lenin se detuvo en esa cuarta carta. Ya no escribió más<sup>17</sup>. ¿Por qué? Es difícil explicar esta interrupción, este silencio súbito, en un momento en que cada día aporta multitud de nuevos temas de candente actualidad, como no sea por la incertidumbre de que era presa por la suerte que hubieran podido correr las que fueron escritas desde el 20 de marzo. Las había enviado todas, a medida que las terminaba, a Ganetzki,

quien debía reexpedirlas a Petrogrado, a *Pravda*. Pero Ganetzki no da señales de vida. ¿Las ha recibido?, se pregunta Lenin. Tampoco le llega ningún número de *Pravda*. No ignora, desde luego, que el Gobierno provisional ha prohibido su envío al exterior. Pero, en fin, todavía deben quedar entre los bolcheviques hombres suficientemente familiarizados con procedimientos de conspiración para pasar clandestinamente de Petrogrado a Estocolmo unos cuantos números del periódico. Si no lo hacen es que hay algo que funciona mal en la organización local de su partido. Incluso ignora quién es exactamente el que se halla actualmente a la cabeza del partido. Ha recibido desde Perm un telegrama que firman Kamenev, Stalin y Muranov (uno de los diputados bolcheviques), quienes le anuncian su salida para Petrogrado. Pero Perm no deja de ser todavía Siberia, es decir, un punto muy alejado de la capital. ¿Han llegado? En caso afirmativo, ¿qué hacen? ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Por qué ese silencio? Los días transcurren en medio de esa desesperante incertidumbre mientras se prolongan y chocan con toda clase de dificultades las gestiones sobre el viaje de regreso. Pero he aquí que el 30 de marzo una información de prensa informa a Lenin que el miembro del Comité ejecutivo del Soviet, Skobelev, acompañado del diputado de la Duma Muranov, acaba de regresar de Cronstadt, donde habían ido juntos a calmar la agitación que se manifestaba en algunas unidades de la flota báltica. ¡Así, pues, Muranov ha regresado! ¡Por lo tanto, Kamenev y Stalin también! ¿Pero qué significa ese viaje común de un sovieta notorio y de un diputado bolchevique, sino un ensayo de colaboración del Soviet con el Gobierno provisional? Acaba de telegrafiar a Ganetzki para suplicarle que active las gestiones en favor de su retorno. En la larga carta que le escribe ese mismo día, probablemente bajo la impresión de esa noticia, Lenin dice:

«Es absolutamente necesario enviar un hombre seguro a Rusia... El Gobierno, abiertamente ayudado por Kerenski y aprovechándose de las imperdonables indecisiones, por no decir otra cosa, de Cheidze, engaña, no sin éxito, a los obreros, haciéndoles pasar una guerra imperialista por una guerra de defensa nacional. Todos nuestros esfuerzos deben tender a combatirlo. Nuestro partido se deshonraría para siempre, se suicidaría políticamente si aceptara ese engaño.» Si es verdad que Muranov ha aceptado ir a Cronstadt con Skobelev para desempeñar una misión oficial, Lenin ruega con apremio a su corresponsal que transmita y publique su formal censura. Esas palabras están rabiósamente subrayadas dos veces. Y su pluma sigue corriendo, cada vez más nerviosa y agitada. Cualquier acercamiento con un social-pacifismo inclinado hacia el social-patriotismo es «perjudicial a la clase obrera, peligroso, inadmisibile». «Tal es mi profunda convicción», agrega. Y como si quisiera confirmarlo expresamente una vez más, vuelve a subrayar de nuevo, con dos trazos enérgicos, los tres adjetivos. Esas dos tendencias, personificadas la una por Kerenski, «el más peligroso agente de la burguesía», y la otra por Cheidze, «viejo zorro hipócrita», y que dominan en el Soviet, deben ser combatidas «de la manera más tenaz, más perseverante y más implacable, con un rigor absoluto de principios». «Personalmente —declara Lenin— no vacilaría un segundo en dar a conocer públicamente en la prensa que preferiría incluso una escisión inmediata con quienquiera que sea en nuestro partido a tener que hacer concesiones al social-patriotismo de Kerenski y compañía o al social-pacifismo y al kautskismo de Cheidze y compañía.» ¿A quién estaban dirigidas esas palabras, sino a Kamenev y Stalin? Kamenev era *Pravda*, cuya dirección acababa de reanudar al regresar a Petrogrado, Stalin representaba al Comité central, al

verdadero, al antiguo, o sea que era el centro dirigente del partido alrededor del cual gravitaban hombres en su mayoría desconocidos para Lenin, que había llegado a la primera fila con las primeras oleadas de la revolución.

Lenin suplica a Ganetzki, «por el amor de Cristo», que envíe a Petrogrado «un hombre de confianza, un muchacho inteligente» (halagándolo discretamente parecía querer incitarlo a cumplir personalmente esa misión) capaz de ayudar a los «amigos de Petrogrado.» He aquí lo que hay que decirles:

»Lenin exige «a toda costa» que se reedite en Petrogrado su folleto *El socialismo y la guerra*, de *El Socialdemócrata*, publicado en la emigración durante la guerra, y «por encima de todo y antes que nada» las tesis publicadas en su número del 13 de octubre de 1915, que «son ahora sumamente importantes». «Otra cosa. La consigna de que ahora defendemos la República rusa y hacemos la guerra para derribar a Guillermo II es «la mayor de las mentiras para los obreros, el engaño más grosero». El llamamiento para derribar a Guillermo dirigido a los alemanes por parte de una república rusa belicista e imperialista «no es más que una repetición de la consigna mentirosa de los socialchovinistas franceses, traidores al socialismo, como Jules Guesde, Sembat y compañía». «¿Qué se debe hacer? Explicar a los obreros y a los soldados, de la manera más simple, más clara, sin palabras sabias, que hay que derribar no sólo a Guillermo II, sino también a los reyes de Inglaterra y de Italia. «Eso, para empezar. En segundo lugar, y esto es lo principal, hay que derrocar a los gobiernos burgueses, empezando por Rusia, sin lo cual no se podrá obtener la paz.» Lenin admite gustoso que tal vez sea imposible derribar enseguida al nuevo Gobierno ruso. «¡De acuerdo! ¡Pero eso no es una razón para decir lo contrario de la verdad!» Ese es el punto capital para él: «Hay que decir la

verdad a los obreros.» Hay que hacerles comprender que tienen que empezar por tomar el poder. «Sólo entonces tendrán derecho a pedir el derrocamiento de todos los reyes y de todos los gobiernos burgueses.» «Recapitulación: «¡Ningún acercamiento con los demás partidos, con nadie! Ni la menor sombra de confianza y de apoyo al Gobierno.» Lo esencial, por el momento, es la organización del partido bolchevique, la propaganda «más irreconciliable» del internacionalismo y de la lucha contra el chovinismo republicano y el socialchovinismo en todas partes, en la prensa y en el Soviet. La carta termina con una grave advertencia: «Kamenev debe comprender que le incumbe una responsabilidad histórica universal.»

Lenin distaba mucho de ser el único emigrado que quería volver cuanto antes a Rusia. Se creó un Comité especial integrado por representantes de todos los partidos, a fin de acelerar ese regreso en la medida de lo posible. El 19 de marzo celebró su primera sesión, a la cual asistieron Martov como representante de los mencheviques, un socialista—revolucionario y un bundista. Lenin no quiso ir y envió a Zinoviev. Se hicieron sugerencias. La de Martov retuvo particularmente la atención del Comité. Habló de la posibilidad de pasar a través de Alemania sobre la base de un canje con un número correspondiente de alemanes internados en Rusia. Se convino que el proyecto de Martov era el más conveniente para todos los que asistían a la reunión y se decidió rogar a Grimm que entrara en conversaciones a ese respecto con la Embajada de Alemania. También recibió la plena aprobación de Lenin: «El plan de Martov es bueno —escribía el 21 a Karpinski—; hay que trabajar para llevarlo a cabo, pero no podemos hacerlo directamente. Sospecharían de nosotros. Es necesario que, al margen de Grimm, varios rusos patriotas y sin partido se dirijan a los ministros suizos y a las demás personalidades

influyentes, para pedirles que hablen del asunto a la Embajada alemana en Berna. Nosotros no podemos participar directa ni indirectamente. Nuestra intervención lo estropearía todo. Pero el plan en sí es muy bueno y muy seguro.»

Todo parecía arreglarse. La Embajada de Alemania recibió la proposición y se apresuró a transmitirla a Berlín, dando a entender que el asunto se arreglaría seguramente para satisfacción general. Pero he aquí que a última hora los mencheviques y los socialistas-revolucionarios cambian de parecer. En la reunión que celebra el Comité el día 28 declaran que hay que demostrar primero con toda evidencia la absoluta imposibilidad de pasar a través de los países de la Entente y obtener a continuación el consentimiento del nuevo Gobierno ruso para hacer el viaje por Alemania. Lenin, que esta vez sí asistía, se mostró muy descontento por este retraso. Declaró que esperaría unos cuantos días más, pero que si veía que las cosas se prolongaban, partiría solo sin esperar a los demás. El secretario del Comité, Bagotzki, el joven médico que había guiado los primeros pasos de Lenin en Cracovia y que luego, al emigrar, había logrado entrar en un hospital suizo, escribe en sus *Recuerdos*: «Salimos juntos de la reunión. Lenin dio rienda suelta a su indignación, diciendo que era absurdo tener en cuenta la opinión de un Miliukov y de la pretendida «opinión pública» en tiempo de revolución, cuando cada revolucionario era indispensable en su puesto de combate. Estaba convencido de que toda la Rusia revolucionaria comprendería y aprobaría a su decisión.»

La impaciencia consume a Lenin. Al cabo de dos días, el 30 de marzo telegrafía en francés a Ganetzki: «Inglaterra no me dejará pasar nunca. Más bien me internará. Miliukov engañará (sic). Única esperanza: envíe alguien a Petrogrado, obtenga por intermedio Soviet canje por



alemanes internados.» Al mismo tiempo le envía una larga carta que no es, de arriba abajo, más que un prolongado grito de rabia y de impaciencia: «Es evidente que la revolución proletaria rusa no tiene enemigos más irreductibles que los imperialistas ingleses. Es evidente que el agente del capital imperialista anglo-francés, el imperialista ruso Miliukov y Cía., está dispuesto a todo, a la mentira, a la traición, para impedir que los internacionalistas regresen a Rusia.» Por eso «hay que actuar con la mayor energía», sin mirar los gastos, escribir, telegrafiar, reunir la mayor cantidad de datos posibles para demostrar la mala fe de «Miliukov y Cía., gente capaz de prolongar las cosas, de hacernos promesas, de engañarnos, etc.» Y, para terminar, su pluma escribe febrilmente estas palabras desoladas: «Usted comprenderá la tortura que representa para nosotros estar aquí en estos momentos.»

Lenin ya no puede más. Al día siguiente, 31, manda un telegrama a Grimm anunciando en nombre del Buró extranjero del Comité central (Zinoviev firma también el telegrama) que su partido está dispuesto a aceptar el proyecto de pasar por Alemania, sin reserva alguna, y rogándole que organice inmediatamente el viaje. Ya hay más de diez camaradas inscritos. «Nos es absolutamente imposible —le dice Lenin— cargar con la responsabilidad de un eventual retraso; protestamos enérgicamente contra ese retraso y partimos solos.» Al mismo tiempo manda al «Comité del retorno», siempre en nombre del Buró extranjero bolchevique, siempre con su firma y con la de Zinoviev, la siguiente declaración:

»Considerando que... la proposición del camarada Grimm es perfectamente aceptable, ya que la libertad de paso ha sido concedida al margen de cualquier consideración sobre la actitud política de los viajeros y está basada en un plan de canje por alemanes internados...; que el camarada

Grimm ha declarado que, en las condiciones presentes, es la única salida posible y perfectamente realizable; que hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para convencer a los representantes de las diferentes tendencias de la necesidad de aceptarla y de la imposibilidad de dejar que las cosas se sigan prolongando más tiempo; que los representantes de las diferentes tendencias, desgraciadamente, se pronuncian todavía en favor de un nuevo retraso, decisión que nosotros tenemos que reconocer errónea y del mayor perjuicio para el movimiento revolucionario en Rusia; considerando todo lo que precede, el Buró extranjero ha tomado la resolución de informar a todos los miembros de nuestro partido que aceptamos la proposición de una salida inmediata y que invitamos a inscribirse a todos los que deseen partir, al mismo tiempo que comunicamos la presente a los representantes de las otras tendencias.»

Al conocer ese documento, Grimm manifestó serio descontento. Mandó a Lenin una protesta con esta explicación: se le atribuyó equivocadamente un papel activo en este asunto; nunca recomendó a nadie que usara ese medio para pasar a Rusia. No fue más que un simple intermediario encargado de transmitir la proposición a quien correspondiese hacerlo. Ahora ya está hecho, estima que su misión ha terminado. En cuanto a la organización del viaje propiamente dicho, Lenin debe dirigirse a otro. Lenin, que no tenía mucho interés en entenderse con Grimm, «falso e hipócrita» según él, se dirigió inmediatamente a Platten, quien aceptó con entusiasmo. El 3 de abril, Platten presentaba en la Embajada alemana un memorándum que enumeraba las condiciones materiales en que debería efectuarse la travesía de Alemania:

1.º Platten conducirá bajo su entera responsabilidad y por su cuenta y riesgo el vagón de los emigrados que

quieran regresar a Rusia.

2.º Sólo Platten estará en contacto con las autoridades alemanas. Nadie podrá entrar en el vagón sin su autorización.

3.º Se reconoce al vagón el derecho de extra-territorialidad.

4.º No podrá ejercerse ningún control de pasaporte o de persona ni al entrar ni al salir de Alemania.

5.º Platten se encarga de tomar los billetes a la tarifa normal.

6.º Nadie podrá salir del vehículo ni por su propia iniciativa ni por una orden. El paso se hará sin interrupción.

7.º La autorización de pasar sólo se concede sobre la base de un canje con los alemanes internados o prisioneros en Rusia.

8.º Los viajeros se comprometen a actuar ante la clase obrera rusa para que el artículo 7 sea realizado.

9.º El viaje debe hacerse lo más rápidamente posible.

Tres días después, Platten informaba a Lenin que el Gobierno alemán había aceptado sus condiciones. Desde ese momento Lenin ya no aguanta más allí. «Hay que partir para Berna en el primer tren», le dice a su mujer. Krupskaja lo mira asombrada.

»El tren salía dos horas después —leemos en sus *Recuerdos*—y había que liquidar todos nuestros enseres, pagar a la propietaria, devolver los libros de la biblioteca. Le dije: «Vete solo, yo iré mañana.» «No, nos vamos juntos.» Se liquidaron los enseres, se rompieron las cartas y se embalaron los libros. Tomamos un poco de ropa, las cosas más necesarias, y partimos. Hubiéramos podido hacerlo con más calma. Era la Pascua y nuestro viaje fue retrasado.»

Al enterarse del telegrama enviado por Lenin a Grimm, los representantes de los otros partidos se reunieron y votaron una resolución que condenaba su gesto. Declaraba

que la decisión de los «camaradas del Comité central» debía ser considerada como una «falta política» mientras no se probara la imposibilidad de obtener el consentimiento del Gobierno ruso.

Lenin estimó que, en esas condiciones, sería conveniente proveerse de una especie de certificado extendido por socialistas de diferentes países europeos y que sirviera para justificar la decisión que habían tomado él y sus camaradas. Platten aceptó gustoso firmar un papel en ese sentido y convenció para hacer lo mismo a un socialista alemán, el kienthaliano Paul Levi. El polaco Bronski se mostró igualmente dispuesto a dar su firma. Pero Lenin quería sobre todo tener firmas francesas. Por órdenes suyas, Zinoviev escribió al secretario de la sección bolchevique de Ginebra: «Sería muy conveniente reunir firmas de los franceses. Hable inmediatamente con Guilbeaux, explíquele la situación, muéstrele las condiciones. Si se solidariza, pídale que venga aquí. Sería muy importante que lo hiciera. Con toda seguridad invitaremos también a Naine (Platten le telefoneará). Algo todavía más importante: si Guilbeaux está de acuerdo, ¿no podría sacarle la firma a Romain Rolland? Es sumamente importante. Le Petit Parisien ha publicado una nota diciendo que Miliukov amenaza con entregar a la justicia a todos los que pasen por Alemania. Dígaselo a Guilbeaux. Eso hace que el apoyo de los franceses sea particularmente importante para nosotros.»

La víspera de la partida, Lenin envió a Guilbeaux un telegrama personal, urgiéndole a venir. «Cubriremos gastos. Traiga a Romain Rolland si está de acuerdo en principio», le decía. Cito ahora a Guilbeaux: «Fui a ver a Romain Rolland al hotel Beauséjour... Le comuniqué el encargo de Lenin. En cuanto dije las primeras palabras, Romain Rolland me detuvo. «Sí, vaya a Berna, pero exhorte vivamente a nuestros amigos a no pasar por Alemania. De lo contrario,

causará un gran perjuicio al pacifismo y a ellos mismos. ¡Recuérdelos lo que se dijo y se escribió antaño de los comunistas!» Estimé que era inútil cumplir la misión que me había llevado a verle. Hablamos de cosas diversas y me fui.»

A falta del autor de Audessus de la mée, Guilbeaux llevó a Berna al maestro Loriot, que había reemplazado a Merrheim como secretario del Comité para la reanudación de las relaciones internacionales y había ido a Suiza para entrar en contacto con los círculos internacionalistas. Cuando lo presentó a Lenin, éste llevó a Guilbeaux aparte para preguntarle: «¿Cree usted que firmará?» El otro lo tranquilizó. Vuelvo al texto de Guilbeaux: «Cenamos todos juntos en el Volkshaus y a eso de la medianoche nos retiramos a la habitación de Radek... Estaban Lenin, Levi, Inés Armand, Radek, Zinoviev, Loriot y yo. Inés leyó el protocolo en alemán y luego en francés.»

Ese texto decía: «Los abajo firmantes, conociendo los impedimentos puestos por los gobiernos de la Entente a la partida de los internacionalistas rusos y las condiciones aceptadas por el Gobierno alemán para su paso por Alemania, y dándose perfecta cuenta de que el Gobierno alemán sólo deja pasar a los internacionalistas rusos con la esperanza de reforzar con ello, en Rusia, las tendencias contra la guerra, declaran: que los internacionalistas rusos, que durante toda la guerra no han cesado de luchar con todas sus energías contra el imperialismo alemán, no quieren volver a Rusia sino para trabajar por la revolución, que con esa acción ayudarán al proletariado de todos los países, particularmente a los de Alemania y Austria, a empezar su lucha revolucionaria contra sus gobiernos.» Por todas estas razones, los abajo firmantes estiman que sus camaradas rusos «no sólo tienen el derecho, sino también el

deber de aprovechar la posibilidad de volver a Rusia que se les ofrece».

Terminada la lectura del protocolo, Inés Armand se lo pasó a Guilbeaux, quien firmó y lo transmitió a Loriot. Este lo releyó e hizo esta reflexión: —Estoy dispuesto a firmar, pero quisiera que se modificara ligeramente el texto. Escriben ustedes: «...que los internacionalistas rusos, que durante toda la guerra no han cesado de luchar con todas sus energías contra el imperialismo alemán...» Propongo agregar: «contra todos los imperialismos, y en particular contra el imperialismo alemán».

Se aceptó unánimemente. «Todavía creo ver —escribe Guilbeaux— la cara de alegría que puso Lenin ante esa manifestación de internacionalismo consecuente.»

Al día siguiente, los viajeros se reunieron en el restaurante «Zahringer Hof» para celebrar una comida de despedida. Lenin dio a conocer la carta que se proponía dirigir a los obreros suizos para patentizarles el profundo agradecimiento de los emigrados rusos que habían sido recibidos y tratados por ellos como verdaderas camaradas. «En esta ocasión —decía la carta— tenemos que precisar en unas cuantas palabras nuestra concepción de las tareas de la revolución rusa. Creemos necesario hacerlo, tanto más cuanto que podemos y debemos, por mediación de los obreros suizos, dirigirnos a los obreros alemanes, franceses e italianos que hablan el mismo idioma que la población suiza...

»El proletariado ruso tiene el gran honor de comenzar una serie de revoluciones engendradas por la guerra imperialista. Pero nos es absolutamente ajena la idea de considerar al proletariado ruso como a un proletariado revolucionario elegido entre los obreros de los demás países. Sabemos muy bien que el proletariado ruso está menos organizado, menos preparado y que es menos

consciente que los obreros de los otros países. No son cualidades particulares, sino un concurso particular de circunstancias históricas las que han convertido al proletariado ruso, por cierto tiempo, quizá muy corto, en el pionero avanzado del proletariado revolucionario del mundo entero. «Rusia es un país campesino, uno de los más atrasados de Europa. El socialismo no puede vencer directamente, en el acto. Pero el carácter campesino del país puede, dada la inmensa superficie de los dominios de los grandes terratenientes, dar, sobre la base de la experiencia de 1905, una formidable amplitud a la revolución burguesa democrática y convertir a nuestra revolución en el prólogo de la revolución socialista, en un pequeño paso hacia ésta... Las condiciones objetivas de la guerra imperialista nos garantizan que la revolución no se limitará a la primera etapa de la revolución rusa, que la revolución no se limitará a Rusia. «El proletariado alemán es el aliado más seguro y más digno de confianza de la revolución proletaria rusa y mundial... «¡Viva la revolución proletaria comenzada en Europa!»

A las dos y media se ponen en marcha rumbo a la estación, formándose una comitiva. A la cabeza va Lenin con Platten, Radek y Zinoviev. Lenin lleva un pequeño sombrero redondo y un abrigo amplio que usa en todas las épocas del año y en todas las ocasiones. Calza enormes borceguíes claveteados que le fabricó su huésped, el zapatero Kammerer, para sus excursiones alpestres y que Radek llama «el terror del empedrado de Zurich». Son 32 en total: veinte hombres, diez mujeres y dos niños. Entre los hombres volvemos a ver, además de Radek y Zinoviev, al viejo georgiano Zakhiaia, uno de los veteranos de la socialdemocracia rusa, que quiere terminar sus días en el país natal; el antiguo estibador Safarov; los demás carecen de notoriedad. Entre las mujeres: Inés Armand y la

exuberante Olga Ravitch, que ha demostrado durante la guerra ser una militante muy activa y entusiasta, las esposas de Lenin, Zinoviev y Safarov... Todo el mundo está cargado de equipajes. Las maletas son raras. En su mayoría se trata de carteras, paquetes atados de cualquier manera, almohadas y mantas sujetas con correas. Varios amigos los acompañan.

En la entrada de la estación se forma, por separado, un grupo de emigrantes con aire sombrío y actitud hostil. Son mencheviques y social-revolucionarios que han venido a protestar contra este viaje, escandaloso según ellos, pero que no tendrán más remedio que hacer a su vez, un mes más tarde. Lenin y sus compañeros, recibidos con abucheos y gritos de: «¡Traidores, vendidos, espías alemanes!», etc..., se dirigen directamente a su vagón. El tren debe partir a las 3.10. Mientras todo el mundo se instala, Lenin se entera de que se ha presentado un nuevo candidato que pide ser admitido entre los viajeros. Es un tal doctor Oscar Blum, que no goza de muchas simpatías entre la colonia bolchevique de Berna. Con razón o no, se sospecha que ha estado en relaciones con la policía zarista. Lenin no quiere tenerlo a su lado. Le explica que, por su propio bien, sería preferible que no fuera a Rusia, al menos por el momento. El otro insiste. La cuestión se pone a votación. Por catorce votos contra once, los viajeros se niegan a admitirlo en el vagón. Al indeseable no le queda ya más que retirarse. Instantes después lo descubren agazapado en la oscuridad, en un compartimiento vacío. Al enterarse, Lenin lo agarra por el cuello y sin más preámbulo lo arroja al andén. Se acerca el momento de la salida. Se cierran las portezuelas. En el último instante llega todo sofocado el trotskista Riasanov, quien llama a Zinoviev aparte muy excitado para decirle: «Lenin se ha embalado y ha olvidado los peligros. Usted tiene más sangre fría. Debe comprender que esto es una



locura. ¡Persuada a Lenin de que debe renunciar a su proyecto de pasar por Alemania!»

Apenas ha terminado de hacer esta última exhortación cuando el tren se pone en marcha. Un agregado de la embajada alemana acompaña a los rusos hasta la frontera. En Hottmandingen pasan al tren alemán, sin que se les pida pasaporte ni verificación alguna de identidad, tal como está previsto; por lo demás, es el acuerdo concertado. Todos los viajeros fueron simplemente reunidos en la sala de espera de la Aduana: las mujeres y los niños a un lado y los hombres a otro, para ser contados. Mientras se efectuaba esta operación, Lenin se mantuvo silencioso, apoyado contra la pared. Después se dirigió con los demás hacia un vagón mixto de segunda y tercera clase que había de pasar a la historia con el nombre de «el vagón sellado». Dos oficiales alemanes se instalan también y se da la señal de partida.

Lenin aceptó, no sin haber hecho previamente vivas protestas, un compartimiento especial de segunda para él y su mujer. El compartimiento contiguo fue reservado a las damas: Inés Armand, Olga Ravitch y la esposa de Safarov. Este último fue admitido también, probablemente para no separarlo de su mujer. Radek logró introducirse al quinto, a título de no se sabe qué. Pero fue recibido con gusto. Era un compañero alegre, de charla brillante y espiritual que sabía entretener a su auditorio. Pretendía odiar a los charlatanes. Quizá por eso se creía autorizado a hablar sin descanso. Se puso enseguida a contar cosas muy graciosas y la expansiva Olga no cesaba de reír. Lenin, que nada más instalarse había sacado sus fichas y sus cuadernos para reanudar el trabajo, no lo toleró mucho tiempo. Cuando ya no aguantó más se levantó, pasó al compartimiento de al lado, tomó de una mano a la excesivamente alegre Olga y,

sin decir una palabra, la condujo a otro compartimiento. Radek comprendió, se calló y no volvió a moverse.

En Karlshure, Platten le informó que el doctor Janson, uno de los dirigentes del sindicalismo alemán, viajaba en el mismo tren y había manifestado el deseo de venir a saludarle. Era un «kautskista» notorio. Al oír pronunciar su nombre, Lenin se encolerizó y lo mandó al diablo o, más exactamente y para emplear sus propias palabras, a la abuela del diablo. Platten, que era un muchacho educado, se cuidó mucho de transmitir al doctor esa recomendación del jefe del partido bolchevique y lo recibió, simulando que lo hacía en su nombre, en el compartimiento de los oficiales alemanes, separado del resto del vagón por una línea de demarcación trazada con tiza en el suelo del corredor.

Cuando el tren se detuvo en Francfurt se produjo un incidente que estuvo a punto de estropearlo todo. Platten estaba citado con «una amiga» que había venido a esperarlo a la estación; salió del vagón «para comprar periódicos y cerveza» y, deseoso de no perder momentos tan preciosos, dio una propina a dos soldados que se paseaban por el andén para que le llevaran sus compras al tren. Los oficiales de la escolta también habían salido. Los soldados suben al vagón y se dan de narices con Radek. Este aprovecha la ocasión, se pone a «trabajarlos» y empieza a demostrarles la absoluta necesidad de cortarle la cabeza a Guillermo II y de empezar a la revolución socialista. En medio de su discurso aparecen los oficiales. Los soldados huyen aterrados. Radek se encoge, se bate en retirada precipitadamente y se desliza en un compartimiento, en el otro extremo del vagón. No es para menos, pues su situación es ilegal. Es ciudadano austríaco, desertor por si fuera poco, y se ha hecho pasar por ruso para poder acompañar a Lenin, que no tenía el menor escrúpulo en engañar a los alemanes y violar una de las

cláusulas del acuerdo, que sólo era válido para emigrados de nacionalidad rusa. Lenin quería tener a Radek a su lado, pensando en los múltiples servicios que éste podría prestarle. Era, en efecto, un hombre muy valioso desde todos los puntos de vista. Siempre estaba dispuesto a aceptar cualquier clase de tarea. Su cinismo asqueaba a veces a Lenin. A finales de 1916, cuando se enteró que Radek había logrado, a espaldas suyas, desplazarlo de una revista que publicaban unos internacionalistas holandeses, le escribió a Inés Armand: «A individuos así se les rompe la jeta o se les da de lado. He escogido la segunda solución.» Un mes después volvían a ser buenos amigos.

El resto del viaje terminó sin incidentes. Lenin salió del territorio alemán el 13 de abril, en Sassnitz, después de un trayecto que había durado tres días. En su relación del viaje, Platten afirma categóricamente que durante todo ese tiempo no salió un instante del vagón y que ni una sola persona de fuera penetró en su compartimiento. Un barquito de vapor debía trasladarlo ahora a Trölleborg, Suecia.

Durante la travesía, cada uno de los viajeros recibió una hoja de cuestionario entregada por las autoridades suecas a todos los extranjeros que llegan al país. Lenin no sabía que se trataba de una medida de orden general y sin consecuencias, y se mostró muy inquieto. Creyó que el Gobierno sueco obedecía a los deseos de sus enemigos, los imperialistas anglo-franceses, e iba a internarlo en cuanto desembarcara. Radek y Zinoviev son llamados a su camarote. ¿Qué hacer? ¿Dar su verdadero nombre? Eso sería echarse de cabeza en la boca del lobo. ¿Poner seudónimos? Mientras se interrogan perplejos se abre la puerta y aparece en el umbral el capitán del navío. «¿Cuál de estos caballeros es el señor Ulianov?», pregunta. «Ya está —piensa Lenin—, han venido a detenerme.» No hay nada

que hacer. Se da a conocer. Entonces el capitán aclara: «Un radiotelegrama para usted», le dice tendiéndole un pedazo de papel, saludándolo con un toque a la gorra y retirándose.

El telegrama es del activísimo Ganetzki, que, enterado por Lenin de su salida de Suiza, había venido a Trólleborg para esperar su llegada. Al saber que un barco acababa de salir de Sassnitz con un grupo de emigrados rusos, logró, haciéndose pasar por delegado de la Cruz Roja encargado de la repatriación de los emigrados, enviar un mensaje radiotelegráfico al capitán del navío, redactado en estos términos: «El señor Ganetzki pregunta si el señor Ulianov se encuentra a bordo y cuántas personas le acompañan.» Veinte minutos después recibía la respuesta: «El señor Ulianov saluda al señor Ganetzki y le ruega reservar plazas para el tren de Estocolmo.»

El final de la travesía resultó difícil. El mar estaba muy agitado y los viajeros se tiraban sobre sus literas presas de un mareo atroz. Lenin, Zinoviev y Radek no se dieron cuenta. Habían entablado en el puente del navío una violenta discusión política que les hizo olvidar el mar, las olas y todo lo demás.

Un tren especial los esperaba en Trólleborg. Ganetzki, aprovechando la complacencia de las autoridades locales, había logrado arreglar las cosas una vez más. En la aduana persuadió al personal para que no importunara a Lenin y a sus camaradas con formalidades administrativas y no registrara sus equipajes. Los aduaneros aceptaron. Únicamente pidieron que les mostraran cuál de todos era Lenin, a fin de poderlo contemplar en carne y hueso.

Un cuarto de hora más tarde, el tren corría hacia Estocolmo. En su compartimiento, Lenin, acompañado de Zinoviev y Radek, interroga a Ganetzki sobre la situación en Rusia. Este se muestra bastante reticente, le entrega un paquete de periódicos, entre los cuales figuran los últimos

números de *Pravda*, y le anuncia que Kamenev, que regresó de Siberia hace unas tres semanas, ha vuelto a la dirección del periódico. «Que salga entonces a recibirnos», decide Lenin, y se envía un telegrama a Petrogrado pidiendo a Kamenev que espere en la frontera rusa la llegada del tren de Lenin.

Este es recibido solemnemente en Estocolmo por unos señores de levita y hasta por uno con sombrero de copa. Son socialistas suecos que han venido a darle la bienvenida. Uno de ellos es el alcalde de Estocolmo en persona. En la alcaldía se sirve un banquete en honor de Lenin.

»El aspecto distinguido de nuestros camaradas suecos — escribe Radek en su relación del viaje— fue sin duda lo que nos incitó a tratar de que Lenin estuviera más presentable. Sus borceguíes suizos eran los que causaban mayor sensación.» Radek trató, a su manera, de tomar las cosas por su aspecto humorístico. «Por lo menos debería usted tener piedad de las calles de Petrogrado —dijo a Lenin—. No se recobrarán nunca después de haber sufrido la huella de sus zapatos.» El maestro sonrió y se dejó llevar a un gran almacén para recibir un par de zapatos. Alentado por ese primer éxito, Radek siguió adelante. Hacía tiempo que observaba con una especie de curiosidad malsana el estado del pantalón de Lenin. Se acercaba la primavera y pronto habría que prescindir del abrigo, lo cual podía dar lugar a una sorpresa más bien desagradable. Lenin se defendió ahora más enérgicamente, replicando a su contradictor que no iba a Rusia para abrir una tienda de confecciones, pero acabó por ceder.

Así, pues, Lenin llegó a la frontera rusa con zapatos y ropa nueva, al menos en parte.

Desde la ventanilla de su compartimiento ve acercarse el andén de la estación, en el que hay un grupo como de cincuenta personas con la mirada fija en el tren que avanza.

Escruta desde lejos las figuras y ve rostros extraños, desconocidos. Por fin localiza el de María. Su corazón se oprime. La vieja y querida madre no está allí. Hace ocho meses que ha muerto.

Lenin aparece en el estribo y varios hombres se lanzan sobre él. Son los obreros bolcheviques de la fábrica de armas vecina que han venido a saludarle. Un muchachote lo coge autoritariamente por una pierna. Lenin pierde el equilibrio y apenas si le queda tiempo para aferrarse al cuello de su admirador. Unos brazos vigorosos lo levantan. Se debate desesperadamente. «¡Eh, muchachos, despacio, despacio!» Lo llevan así hasta la fonda de la estación. Una vez allí baja a tierra, vuelve a tomar posesión de su persona y tiende los brazos a su hermana. ¿Pero quién es esta dama elegante y más bien voluminosa que con evidente emoción le entrega un enorme ramo de flores a nombre de la organización bolchevique de Petrogrado? Se presenta, confusa y radiantemente feliz: Alejandra Kollontai. ¡Aquí está por fin su devota corresponsal! Lenin le estrecha cordialmente la mano. Se besan. Y entonces de todos los lados se tienden hacia él labios desconocidos. Todo el mundo quiere su parte. Soporta estoicamente el asalto. Luego, haciendo una señal a Kamenev, al que apenas había reconocido de tanto como lo habían cambiado los años de exilio, Lenin vuelve a subir al tren y se encierra con él en un compartimiento. Tiene muchas cosas que decirle al redactor-jefe de *Pravda*. Pero enseguida tocan a la puerta. Alguien le anuncia: los obreros quieren un pequeño discurso. Lenin, algo molesto, contesta: «¡Envíele a Zinoviev!», y cierra la puerta. Se reanuda la conversación y llueven las preguntas. Esta, entre otras: «¿Van a detenernos en cuanto bajemos del tren?» Kamenev sonrió, evasivo y enigmático... El domingo por la noche, 2 de abril (viejo calendario ruso), María había recibido el siguiente telegrama

de su hermano: «Llegamos lunes noche 11. Avisa a *Pravda*.» Pero ya desde por la mañana Chliapnikov, que desde su retorno se había creado mía buena posición en los círculos bolcheviques de la capital, así como en el Soviet de los Diputados Obreros desde que empezó la revolución, había recibido un telegrama de Ganetzki y se había lanzado a preparar a Lenin una triunfal acogida. Se había creado rápidamente la costumbre de recibir con solemnidad a los emigrados y deportados distinguidos que volvían a Petrogrado. Plejanov, llegado la antevíspera, el 31 de marzo, fue objeto de una brillante recepción. Era absolutamente necesario que la de Lenin la superara en brillantez. Corrían las fiestas de la Pascua. No habría periódicos al día siguiente. Las fábricas no trabajaban. El problema consistía en informar a todo el mundo. Empezó a sonar el teléfono en las secciones bolcheviques. Se mandaron correos a los cuarteles, a Cronstadt, para avisar a los marineros de la flota báltica. Las cercanías de la estación de Finlandia fueron rápidamente decoradas. Se colgaron oriflamas rojas a todo lo largo del andén. Antes de salir al encuentro del maestro, la señora Kollontai encargó abundantes rosas rojas.

El Comité ejecutivo del Soviet fue avisado que se esperaba verle representado por una delegación especial encargada de dar la bienvenida al ilustre desterrado. El Comité obedeció. Ignoro a quién se le ocurrió la absurda idea de proponer que se confiara ese honor al georgiano Zeretelli, un inveterado menchevique que había vuelto de la deportación quince días antes. Este, naturalmente, se negó categóricamente. Por nada del mundo iría a saludar a Lenin. El presidente, el viejo Cheidze, no tuvo más remedio que molestarse en persona y fue a la estación gruñendo y de muy mal humor (estaba acatarrado y, además, acababa de enterrar a su hijo). Le acompañó su colega Skobelev, un

antiguo trotskista. Dos o tres miembros del Comité se les unieron como simples curiosos.

Ya era de noche cuando la delegación del Soviet llegó a la estación. La plaza estaba atestada de gente. Apenas pudo abrirse paso hasta el salón de honor donde, conforme a lo convenido, Cheidze debía recibir a Lenin. Pero eso no era todo. De todas partes acudían comitivas precedidas de banderas rojas adornadas con inscripciones adecuadas a las circunstancias e iluminadas por antorchas que devotos militantes enarbolaban cada vez más en alto. De pronto surgió una oleada de luz cegadora que dio brusco relieve a una parte de la oscura masa humana. Es el proyector, monstruo todavía nuevo y poco familiar, traído por un destacamento de la división blindada, que se presenta con sus tanques.

A todo lo largo del andén se alinean ya los soldados para formar una guardia de honor. Los músicos empiezan a afinar sus instrumentos, mientras el Comité bolchevique de Petrogrado, los miembros del Buró del Comité central y los colaboradores de *Pravda* ocupan los lugares que les han sido asignados. A última hora llegan corriendo los marineros de Cronstadt, traídos apresuradamente en canoas automóviles. Se les hace un lugar al lado de los representantes del regimiento de ametralladoras, futuro pilar del bolchevismo petersburgués.

Mientras tanto, Cheidze se impacienta con los suyos en el salón de honor, esperando un tren que llega con retraso. Por fin aparecen en la lejanía los faros de la locomotora. En el andén suena una breve orden. Los soldados presentan armas. Aparece Lenin y la banda ataca una Marsellesa a todo brío.

Religiosamente sostenido por la señora Kollontai y por Chliapnikov, Lenin baja del tren y se adelanta con un paso incierto que rápidamente va cobrando aplomo, entre las



hileras de soldados alineados en una postura impecable. Todavía no comprende muy bien lo que ocurre. ¿Toda esta gente que está aquí no ha venido entonces para llevarlo a la cárcel? ¡Enhorabuena! ¡Hay verdaderamente una revolución! Cuando el joven oficial de Marina llegado con los marineros de Cronstadt, poco ducho en política pero con todo el entusiasmo del neófito, se presenta ante él para expresarle la esperanza de que pronto ocupe un lugar entre los miembros del Gobierno provisional, Lenin sonrío sarcástico y por toda respuesta lanza un grito que resuena como una orden: «¡Viva la revolución socialista!»

Orientado por Chliapnikov, que desempeña a la perfección el papel de maestro de ceremonias, Lenin penetra en el salón de honor donde lo espera, en medio de la pieza, ceñudo, el presidente del Soviet de los Diputados obreros y soldados, listo para iniciar su discurso. Lenin ha reconocido enseguida en su cabeza de viejo montañés georgiano, al hombre al que combatió con tanta vehemencia cuando Cheidze, que era entonces presidente de la fracción menchevique de la Duma, ingeniaba todos los medios posibles para sembrar obstáculos en el camino de sus colegas bolcheviques. ¿Y este vejestorio, este vestigio del pasado, es el que va a darle la bienvenida en nombre de la nueva Rusia revolucionaria? ¡Qué ridículo! En efecto, helo aquí que toma la palabra:

»¡Camarada Lenin! En nombre del Soviet de los obreros y soldados de Petrogrado y de toda la revolución, le saludamos en Rusia. Pero nosotros estimamos que la principal tarea de la democracia revolucionaria consiste actualmente en defender nuestra revolución contra cualquier ataque interior o exterior. Estimamos que para lograr ese resultado no necesitamos la división, sino la unión de toda la democracia. Esperamos que usted perseguirá, junto con nosotros, esa finalidad.»

Cheidze se calló. Mientras hablaba, Lenin miraba a su alrededor, simulando una actitud de despreocupación, como si ese discurso no estuviera dirigido a él. Contemplaba el techo y arreglaba el gran ramo, que le estorbaba bastante entre las manos.

De pronto se le vio subir a una mesa para dirigirse directamente, por encima de la diputación del Soviet, a todos los que habían invadido el salón de honor al seguirle.

»¡Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros! Me complace saludar en vosotros a la revolución rusa victoriosa, a la vanguardia del ejército proletario mundial. La guerra imperialista de rapiña es el comienzo de la guerra civil en toda Europa... Se levanta el alba de la revolución socialista mundial. Todo hierve en Alemania. El imperialismo europeo puede hundirse de un día para otro. La resolución rusa hecha por nosotros ha abierto una era nueva. ¡Viva la revolución socialista mundial!»

Sacudidas cada vez más vehementes contra la puerta de cristales que daba sobre el porche exterior subrayaron su discurso. La multitud agolpada afuera y contenida por un servicio de orden inexorable que no le dejaba penetrar en el interior de la estación, estaba cansada de esperar. Reclamaba ruidosamente la presencia de Lenin. Este, precedido siempre por Chliapnikov, se dirigió hacia la salida. Un clamor ensordecedor saludó su aparición entre las escalinatas del vestíbulo de honor, ahogando a la banda que había vuelto a interpretar la Marsellesa. Un «pravdista» que se hallaba a su lado le oyó murmurar: «Sí, es una revolución de verdad.»

Cegado por el proyector brutalmente apuntado contra él, Lenin trató de meterse en el auto cerrado que lo esperaba al final de la escalera. No le dejaron. Fue alzado sobre la capota del coche y obligado a dirigir unas cuantas palabras a la multitud que se apiñaba a su alrededor. Tras lo cual

hubo que traer un tanque. Lenin se sentó junto al conductor y la comitiva se puso en marcha hacia el palacio de la danzarina Kchesinskaia, convertido en cuartel general del partido bolchevique, lentamente, recogiendo a su paso a través de la ciudad a nuevas multitudes que cortaban el paso cantando, gesticulando y empujándose.

Preso del proyector que lo hace aparecer en una aureola de luz por encima de masas que hormiguean en la oscuridad de la noche, Lenin, de pie, no cesa de hablar. A manos llenas lanza a la penumbra sus llamamientos a la revolución social. Es inagotable. Va sacando más y más palabras. Parece tener prisa por liberarlas del fondo de su alma, donde estuvieron ahogadas tantos años. Cada esquina supone una parada, cada parada un discurso. Siempre el mismo, pero siempre nuevo e inaudito para estos seres extenuados que por primera vez oyen un lenguaje como ése. En realidad, no logran percibir más que las migajas, pero lo que les llega les basta. Es el eco fiel de sus pensamientos secretos, que, como ayer, no se atreven a revelar por miedo a ser considerados como malos ciudadanos, y que no cesan de quemarles los labios: «¡Abajo la guerra asesina y aborrecida!»



# XVIII

## LA RECONQUISTA DEL PARTIDO

Kamenev, que había llegado a Petrogrado con Stalin y Muranov el 10-23 de marzo, había vuelto a hacerse cargo inmediatamente de *Pravda*, cuya publicación se había reanudado cinco días antes por iniciativa del Comité de la organización bolchevique de Petrogrado. Chliapnikov había sido el encargado de su reaparición, en su calidad de miembro del Buró del Comité central. Para la realización de esa tarea se le asociaron sus dos colegas, Molotov y Zalutski. Los primeros números, apresuradamente formados (la decisión del Comité se tomó el 3 de marzo, y el 5 estaba ya el periódico en venta en los quioscos), dejaba bastante que desear. Con excepción del editorialista Olminski, un veterano de la *Pravda* de antes de la guerra, los colaboradores fueron escogidos sin gran cuidado. Había prisa y se tomaba a cualquiera. El contenido de los números se resentía. Pero aun así, caminando a tientas, trataban de seguir la línea leninista inspirándose en las tesis de septiembre llegadas a Rusia. Un anónimo declaraba en el primer número que había que llevar la revolución «hasta el final» y preconizaba, con ese fin, la creación de «una guardia proletaria y democrática». Para conjurar la crisis del

abastecimiento, era necesario «confiscar todos los depósitos formados por el antiguo Gobierno, por el Ayuntamiento, los bancos, etc.» Para detener «la sangrienta carnicería impuesta a los pueblos por sus gobiernos» había que entrar, en contacto con el proletariado de los países beligerantes. En el tercer número, Olminski exhortaba «a los camaradas franceses, ingleses e italianos» a «iniciar inmediatamente la lucha contra la coalición de la burguesía de todos los países beligerantes y, antes que nada, con los de Alemania» para terminar la guerra «en condiciones razonables», pero sin precisar en qué deberían consistir éstas según él.

Al recordar esos primeros números, Sukhanov, uno de los dirigentes del Soviet de Petrogrado, escribe en sus interesantes Notas sobre la Revolución: «*Pravda* era entonces un órgano caótico en el que colaboraban escritores y políticos dudosos. Sus furibundos artículos, su afán de explotar los instintos desencadenados de las masas, no tenían objetivos precisos ni finalidad determinada.» Kamenev sacó la misma impresión de su primer contacto con la redacción del periódico. Se la confió a Sukhanov con estas palabras:

»¿Lee usted *Pravda*? ¿No es cierto que habla un lenguaje perfectamente indecente? En general, reina un estado de ánimo intolerable. Su reputación es bastante mala. En los círculos obreros hay descontento. Desde que he llegado me encuentro desesperado. ¿Qué hacer? He pensado incluso suspender esa *Pravda* y publicar un nuevo órgano central. Pero es imposible. Hay demasiadas cosas en nuestro partido que están unidas al nombre de *Pravda*. El título debe de subsistir, pero hay que rehacer el periódico de otra manera.»

Esta «otra manera» se reveló bien claramente en el artículo que publicó en el número del 14 de marzo. Decía:

«Es inútil decirnos, a nosotros los socialdemócratas revolucionarios, que el Gobierno provisional puede contar con el apoyo resuelto del proletariado revolucionario, en la medida en que luche efectivamente contra los vestigios del antiguo régimen... No necesitamos forzar los acontecimientos. Se desarrollan por sí mismos con una extraordinaria rapidez... Sería un error político plantear desde ahora la cuestión de un cambio del Gobierno provisional:.. La cuestión de tomar el poder sólo se planteará a la democracia rusa cuando el Gobierno de los liberales muestre su agotamiento.»

Al día siguiente abordaba el problema de la guerra: «La guerra continúa porque el ejército alemán no ha seguido el ejemplo del ejército ruso y sigue obedeciendo a su emperador. Cuando un ejército se mantiene frente a otro, la política más insensata consistiría en proponer a uno de ellos deponer las armas y volver a sus hogares. Eso no sería una política de paz, sino una política de esclavitud que el pueblo ruso rechazaría con indignación. No, permanecerá firme en su puesto, respondiendo a la bala con la bala, al obús con el obús. No hay la menor duda.

»El soldado y el oficial revolucionarios no abandonarán las trincheras para ceder el lugar al oficial y al soldado alemanes o austríacos que no han tenido todavía el valor de derrocar a su Gobierno. No debemos tolerar ninguna desorganización de las fuerzas armadas de la revolución. La guerra debe terminarse de una manera organizada, mediante un acuerdo entre los pueblos que se han liberado y no con una sumisión a la voluntad del vecino invasor e imperialista...

»Nosotros no damos la consigna de desorganizar el ejército revolucionario ni hacemos el llamamiento hueco de ¡abajo la guerra! Nuestra consigna es: presión sobre el Gobierno provisional para obligarlo a que intente

públicamente, ante la democracia del mundo entero, convencer a los países beligerantes de la necesidad de empezar inmediatamente las conversaciones sobre los medios de cesar la guerra. Hasta entonces, cada quien debe seguir en su puesto de combate.»

Ese artículo llenó de asombro a los lectores habituales de *Pravda*. (El periódico se había creado rápidamente una clientela numerosa en los medios obreros, en los que, contrariamente a lo que pensaba Kamenev, gustaba mucho la actitud combativa adoptada en sus comienzos.) Escuchemos a Chliapnikov, separado por la nueva dirección: «La noticia resonó en todo el palacio de Táuride: victoria de los bolcheviques prudentes y moderados sobre los bolcheviques extremistas... En las fábricas, ese número de *Pravda* dejó perplejos a los miembros de nuestro partido y a los simpatizantes, mientras se notaba entre nuestros adversarios una satisfacción manifiesta.»

En efecto, la prensa burguesa, siempre rebosante de prosperidad, mostraba gran regocijo, y Sukhanov hacía observar irónicamente al nuevo dirigente del órgano bolchevique que el periódico menchevique marchaba claramente más a la izquierda que el suyo.

En el número siguiente, Kamenev cedió el lugar a Stalin, que se suponía compartía con él la dirección de *Pravda*. Este se mostró un poco más circunspecto. «Si la actual situación internacional de Rusia correspondiese a la de Francia en 1792 —escribía—, si tuviéramos frente a nosotros una coalición contrarrevolucionaria de reyes que persiguiera la finalidad precisa de restablecer en Rusia el antiguo régimen, es indudable que la socialdemocracia, lo mismo que los revolucionarios franceses, se habría levantado como un solo hombre en defensa de la libertad. Pues es evidente que la



libertad adquirida a precio de sangre debe ser defendida, con las armas en la mano, contra todas las tentativas contrarrevolucionarias, procedan de donde procedan.» Pero, estima Stalin, la guerra actual no es más que una «carnicería imperialista». No hay razón ninguna, por tanto, para sonar el clarín y proclamar: «¡La libertad está en peligro! ¡Viva la guerra!» ¿Cuál es, en esas condiciones, la actitud que debe apoyar el partido bolchevique? «Ante todo —responde Stalin—, es indudable que la consigna pura y simple de Abajo la guerra es prácticamente inutilizable en lo absoluto, ya que en nada puede contribuir a obligar a los beligerantes a cesar la guerra.» ¿Dónde está la solución? «La solución —según Stalin— consiste en presionar al Gobierno provisional, exigir que se declare dispuesto a entablar inmediatamente conversaciones de paz sobre la base del reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos. Sólo en ese caso puede la consigna de Abajo la guerra engendrar una poderosa campaña política que arranque la máscara a los imperialistas y descubra a plena luz el verdadero rostro de la guerra.»

Esa era, por tanto, la misma fórmula de «presión sobre el Gobierno», lo que suponía su reconocimiento implícito como tal. Y, mientras tanto, Lenin se desgañitaba repitiendo que la única actitud que cabía adoptar frente a ese Gobierno era su derrocamiento...

Había también el espejismo de la próxima Asamblea Constituyente, a la que se atribuía la posesión de los remedios para todos los males y que estaba destinada, se decía, a convertirse en la regeneradora del país. En su artículo del 18 de marzo, Stalin reclamaba que fuera convocada «lo más rápidamente posible», ya que, según él, era «la única institución con autoridad para todas las capas de la sociedad, capaz de coronar la obra de la revolución y de cortar las alas a la contrarrevolución que se levanta».

Mientras tanto, Kamenev clamaba «¡organización, organización, organización!» Lenin, como ya lo hemos visto, la pedía también con todas sus fuerzas. Pero no era la misma. Mientras él pensaba en apretar las filas en el interior del partido, en transformar a éste en un instrumento de combate revolucionario poderosamente armado y estrictamente disciplinado, Kamenev estimaba que «habiendo llegado el momento en que la clase obrera puede y debe obtener la mejoría de su situación económica y la consolidación de las conquistas realizadas interviniendo como una fuerza unida y organizada», había que crear «lo más rápidamente posible»... ¡sindicatos profesionales y tribunales de arbitraje destinados a juzgar los conflictos entre patronos y obreros! «Nada de estrépitos esporádicos —recomendaba este discípulo de Lenin—; antes de decidirse a pasar a la acción, nuestros camaradas deben calcular bien sus pasos y dirigirse previamente a sus organizaciones profesionales y a las de nuestro partido.» Era, evidentemente, la prudencia personificada, esa clase de prudencia que mata las revoluciones.

En los números de los días 21 y 22 de marzo (estilo ruso), Kamenev hizo publicar la primera de las Cartas desde lejos que le mandó Ganetzki desde Estocolmo. Las siguientes no aparecieron. ¿Por qué? Se pretendió que se habían extraviado en el camino. Pero Krupskaia afirma categóricamente en sus *Recuerdos* que «se quedaron en los expedientes de la redacción», o sea que los dirigentes de *Pravda* no consideraron oportuna su publicación.

Al llegar a Suecia pudo Lenin, por fin, conocer los números de *Pravda*. Ignoro si el paquete que le entregó Ganetzki al verlo contenía todos los números publicados o una simple selección; el caso es que los que leyó le disgustaron profundamente. No conozco tampoco los detalles de la conversación habida entre Lenin y Kamenev

en el tren que los llevó a Petrogrado, pero todo hace pensar que este último debió escuchar duros reproches.

Lo que más le importaba a Lenin era saber si la corriente oportunista y conciliadora que parecía dominar en la redacción de *Pravda* tenía prolongaciones en las esferas de los dirigentes del partido. Quiso aclarar la situación en su primer contacto con sus partidarios. Por tanto, para responder a los discursos de bienvenida con que lo habían saludado los principales representantes de la organización bolchevique de Petrogrado que lo recibieron en el hotel de Kchesinskaia, Lenin, en lugar de pronunciar las tradicionales y breves palabras de agradecimiento (eran cerca de las dos de la mañana), les sacó en el acto todo un discurso-programa que duró dos largas horas y dejó a los asistentes profundamente impresionados. Un «neutral», el sovieta Sukhanov, a quien se permitió asistir a la recepción, escribe en sus Notas: «Jamás olvidaré ese discurso, que cual un trueno llenó de estupor y de admiración no sólo a un herético como yo que se encontraba allí por casualidad, sino también a todos los ortodoxos presentes. Afirmo que nadie esperaba una cosa parecida.»

Fue una larga improvisación. Lenin se había dejado llevar por su inspiración, pero como no hacía más que repetir lo que no había cesado de clamar y de proclamar en sus escritos y en sus cartas desde el principio de la guerra, su exposición fue de una cohesión, de una potencia y de una ordenación notables. Desgraciadamente, a ninguno de los asistentes se le ocurrió transcribirlo, y para reconstituirlo nos vemos reducidos al análisis que da Sukhanov. Creo útil reproducirlo, a falta de algo mejor, tanto más cuanto que ninguno de los editores de las Obras completas de Lenin ha juzgado necesario recogerlo. Tiene la palabra Sukhanov:

»Lenin empezó haciendo esta comprobación: la revolución socialista mundial está a punto de estallar. Esto

es una consecuencia de la guerra mundial. La guerra imperialista no podía dejar de transformarse en guerra civil y no podía terminarse más que por una guerra civil, por una revolución socialista mundial.

»Lenin ridiculizó la política de paz del Soviet. No, no son «comisiones de contacto» las que tienen que liquidar la guerra mundial... Lenin se separaba resueltamente del Soviet y lo rechazaba rotundamente, por completo, al campo hostil... «Con su manifiesto del 14 de marzo, el Soviet llama a los pueblos a la revolución socialista mundial. ¡Vaya una concepción pequeñoburguesa! No, las revoluciones no se convocan, no se aconsejan. Las revoluciones nacen, maduran y crecen por sí solas. El manifiesto alaba ante Europa los triunfos alcanzados: habla de «la fuerza revolucionaria de la democracia», de la «libertad política total». ¿Cuál es esta fuerza cuando a la cabeza del país se encuentra la burguesía imperialista? ¿Cuál es esta «libertad política», cuando los documentos diplomáticos secretos no han sido publicados ni pueden serlo? ¿Cuál es esa libertad de palabra cuando todos los medios de impresión están en manos de la burguesía y bajo la protección del gobierno burgués?

»Cuando mis camaradas y yo veníamos hacia aquí, creí que se nos iba a conducir directamente de la estación a la prisión de la fortaleza Pedro y Pablo. No ha sido así, como vemos. Pero no perdamos la esperanza de que pueda suceder.

»El Soviet «revolucionario-defensista» dirigido por oportunistas, por Scheidemann rusos, no puede ser más que un arma en manos de la burguesía. Para que sea el arma de la revolución socialista mundial es necesario primero conquistarlo, transformarlo de pequeñoburgués en proletario. Por el momento, la fuerza bolchevique no es suficientemente grande para lograrlo. ¡Pues bien,

aprendamos a estar en minoría, aclaremos, expliquemos, convenzamos...!»

La parte final del discurso de Lenin es resumida así por Sukhanov: «Para terminar, el tronante orador atacó a los que se hacen pasar falsamente por socialistas. No son sólo nuestros dirigentes soviéticos, las mayorías de los partidos socialistas europeos, los que no valen nada, sino también las minorías que exhiben tendencias internacionalistas y pretenden haber roto con la «paz social». Ni por un solo instante se les puede considerar camaradas de combate. Él, Lenin, gracias a Dios, ha atravesado de un lado a otro, con el camarada Zinoviev, por Zimmerwald y Kienthal. Únicamente la izquierda zimmerwaldiana monta guardia junto a la causa del proletariado y de la revolución mundial. Los demás no son sino oportunistas que dicen buenas palabras, pero que en realidad traicionan secreta, si no abiertamente, los intereses de las masas trabajadoras. El «socialismo» contemporáneo es el enemigo del proletariado internacional. Hasta el nombre de la socialdemocracia está enlodado y manchado de traición. Es imposible purificarlo, hay que rechazarlo. Simboliza la traición a la clase obrera. Hay que sacudir de los pies, sin tardanza, el polvo de la socialdemocracia, quitar la «ropa sucia» y adoptar el nombre de partido comunista.»

Esta perorata fue saludada con aplausos entusiásticos. Todo el mundo batía palmas. Los militantes medios con frenesí, fascinados, sumergidos en una especie de éxtasis, arrastrados por el torbellino de esas palabras inauditas. Los jefes con deferencia, tratando, en la medida de lo posible, de ocultar su desilusión, su desconcierto. Sukhanov trató de abordar a Kamenev. «Y bien, ¿qué le parece?», le preguntó con ligero sarcasmo. El otro esquivó la pregunta, repitiendo con aire molesto: «Esperemos, esperemos...»

»Me dirigí —escribe el «herético» Sukhanov— a un segundo y luego a un tercer ortodoxo. Todos sonreían evasivamente, agachaban la cabeza y eran absolutamente incapaces de decir algo.»

Lo que parecía tan extraño y tan complicado era, sin embargo, bien sencillo y bien claro. Ese discurso era una condenación radical de la política adoptada por los hombres que habían tomado la dirección del partido bolchevique y que se mostraban dispuestos a colaborar con los social-patriotas del Soviet, es decir, a pactar con el Gobierno provisional y (¿quién sabe?) quizá también a formar parte del mismo en una eventual reorganización ministerial. Estos hombres tenían la suficiente inteligencia para darse cuenta de que las palabras de Lenin acababan con sus esperanzas. Pero el «bolchevique medio» sintió pasar, por el contrario, un auténtico soplo revolucionario que hasta ese momento le estaba faltando a la «gloriosa revolución» de febrero. Todo lo que acababa de oír era aún demasiado nuevo para él y los horizontes que abría Lenin ante sus ojos, con un gesto tan brutal, parecían demasiado vastos, lo inundaban con una luz demasiado cruda, pero sintió instintivamente que, en su subconsciente, aspiraba a esos horizontes y que sus ojos deslumbrados por la revolución burguesa pedían esa luz. Eran ellos esos «bolcheviques medios», los que representaban la verdadera fuerza del partido. Con ellos contaba Lenin para poder traducir en actos todo lo que acababa de decir. Se trataba, por tanto, para empezar, de atraérselos y de sustraerlos de la influencia del equipo de Kamenev y consortes.

Al trasladarse, una vez terminada la recepción, a casa de su hermana Ana, donde le habían preparado una habitación, Lenin veía ya totalmente claro y recto el camino que iba a emprender.

El sol se estaba levantando. Un viento fresco de la primavera soplabla en la calle. Su sueño fue breve. Una delegación llamó a su puerta. Se presentaba en nombre de los bolcheviques miembros de la conferencia pan-rusa de los Soviets, que acababa de clausurar sus sesiones. Antes de volver a sus ciudades querían oír a Lenin. Era urgente; no podían estar más tiempo en la capital. La reunión tenía que celebrarse esa misma mañana Lenin aceptó gustoso. Eso era exactamente lo que necesitaba. Aprovechó unos instantes que le quedaban para plasmar sus tesis en el papel y se trasladó con su mujer al Palacio de Táuride, antigua sede de la Duma y ahora gran cuartel general del Soviet, donde estaban reunidos en una sala del primer piso los delegados bolcheviques.

Al atravesar los pasillos del palacio, Lenin se encontró con el diputado Samoilov, el mismo que había ido a curarse a Suiza y que regresó a principios de la guerra llevando sus tesis de septiembre de 1914, gracias a lo cual éstas tuvieron amplia difusión en Rusia. Este encuentro le alegró. Samoilov era un buen hombre e incondicional de Lenin. Este lo necesitaba en aquel momento. Le preguntó afectuosamente por su salud (Samoilov había formado parte de los cinco parlamentarios bolcheviques detenidos y deportados a Siberia durante la guerra), y le recomendó que no se pusiera en manos de los médicos camaradas del partido. «Pueden ser —declaró Lenin— buenos camaradas y buenos políticos, pero en su abrumadora mayoría son malos médicos. Diríjase mejor a un practicante burgués. Es mejor. Ellos son especialistas. Con tal de que les pague bien, le curarán bien.»

Zinoviev, a quien se había elegido presidente, dio enseguida la palabra a Lenin. En esta ocasión, el historiador ha tenido más suerte. Había entre los concurrentes dos militantes que no sólo tomaron al dictado las tesis de Lenin

(éste las leyó a propósito con lentitud, deteniéndose casi a cada palabra), sino que anotaron los comentarios que les había agregado. En realidad, esas notas son algo confusas y presentan deplorables lagunas en algunos puntos, pero aun así constituyen un documento del mayor interés. Junto con el análisis de Sukhanov que acabamos de citar, permiten comprender mejor la génesis y el espíritu de esa notable carta de acción revolucionaria que forman esas nuevas tesis, llamadas tesis de abril, y destinadas a abrir la etapa decisiva de la revolución rusa y a servir de punto de partida a la lucha por la conquista del poder iniciada por Lenin en nombre del proletariado revolucionario. Al someterlas al lector trataré de sacar del texto transmitido por los redactores de los comentarios los elementos susceptibles de proporcionarle aclaraciones y precisiones.

#### PRIMERA TESIS

En cuanto a nuestra actitud frente a la guerra, que del lado ruso ha seguido siendo, bajo el nuevo gobierno, indudablemente, una guerra imperialista de rapiña, no puede admitirse ninguna concesión, por mínima que sea, a «la defensa nacional revolucionaria». Sólo en las condiciones que siguen puede el proletariado dar su consentimiento a una guerra revolucionaria que justifique verdaderamente la defensa nacional: 1. Que el poder pase a manos del proletariado y de los campesinos pobres; 2. Que se renuncie, de hecho y no con palabras, a todas las anexiones; 3. Que se rompa completa y efectivamente con todos los intereses del capital. Las masas engañadas por la burguesía tienen buena fe. Hay que sacarlas de su error con cuidado, con perseverancia y con paciencia, mostrarles el lazo indisoluble del capital con la guerra imperialista, explicarles que no se puede terminar la guerra con una paz democrática y no impuesta sin derrocar al capital. Hay que organizar en el ejército combatiente la propaganda más



amplia de esas opiniones. Hay que hacer labor de fraternización.

Al comentar esa primera tesis, Lenin declaró: «Las masas que anuncian: «Queremos defender la patria y no conquistar territorios extranjeros» consideran las cosas desde un punto de vista práctico y no teórico. El error nuestro es abordarlas de manera teórica, es el no haber desenmascarado plenamente la «defensa nacional revolucionaria», que es una traición al socialismo. Hay que reconocer el error cometido.» Lo importante es saber cómo terminar la guerra. Sólo es posible mediante una ruptura total con el capital. Esta es, pues, la idea que debe ser desarrollada ante las masas «lo más ampliamente posible». Los soldados piden una respuesta concreta; no hay que adormecerlos con vanas promesas. «Decir a la gente que podemos terminar la guerra sólo con la buena voluntad de unas cuantas personas, es caer en el charlatanismo político» ; tal es la, opinión de Lenin, quien agrega: «Nosotros no somos charlatanes. Sólo debemos recurrir a la conciencia de las masas. ¡Aunque tengamos que quedar en minoría! Basta con saber renunciar por un cierto tiempo a una situación dirigente; no hay que temer el estar en minoría.» Esta última reflexión, tan característica en Lenin, fruto de una experiencia de quince años, la hemos escuchado ya en el curso de su filípica nocturna. Pero quiere repetirla. Simple precaución por su parte, con vistas a una eventualidad en la que ya desde ahora hay que ir pensando.

## SEGUNDA TESIS

La particularidad de la actual situación en Rusia es la transición de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía, a su segunda etapa, que debe dar el poder al proletariado y a los campesinos más pobres. Esta particularidad exige que sepamos adaptarnos a las

condiciones especiales de trabajo político entre las enormes masas populares que acaban de despertar a la vida política.

Las palabras que agregó Lenin a la lectura de esta tesis son de una importancia capital. Es el lenguaje de un jefe, absolutamente seguro de sí, que presenta un ultimátum a sus tropas. «Ese paso de una etapa a la otra —comprueba— se caracteriza por la actitud ciegamente confiada de las masas para con el Gobierno. Sólo puede explicarse por la embriaguez de la primera victoria. Pero es la pérdida del socialismo.» Las palabras que siguen, y de las que desgraciadamente no nos queda más que un débil reflejo a través de la transcripción apresurada de los redactores, debieron transpirar sin duda una energía férrea e irreductible. El texto tomado por ellos dice: «Camaradas: vosotros confiáis en el Gobierno. Si es así, nuestro camino no es el mismo. Prefiero quedarme en minoría. Un Liebknecht vale más que ciento diez partidarios de la defensa nacional del tipo de Cheidze. Si simpatizáis con Liebknecht y al mismo tiempo tendéis a los partidarios de la defensa nacional aunque sólo sea la punta de vuestro dedo meñique, estáis traicionando al socialismo internacional. Pero si nos alejamos de esa gente, no habrá oprimido que no se una a nosotros. Nos lo traerá la guerra: no hay otra salida para él.»

### TERCERA TESIS

Ningún apoyo al Gobierno provisional. Demostrar el carácter perfectamente engañoso de todas sus promesas, sobre todo de las que se refieren a las anexiones. Desenmascararlo en lugar de «exigir» (cosa inadmisibles y que sólo sirve para crear ilusiones) que ese Gobierno de capitalistas deje de ser imperialista. Este es un ataque violento contra Kamenev y contra toda la redacción del periódico bolchevique. «*Pravda* «exige» del Gobierno que renuncie a las anexiones. Eso es absurdo —exclama Lenin—.

Es un ridículo flagrante. Un engaño siniestro. Ya es hora de reconocer ese error. Basta ya de saludos y de mociones; ha llegado el momento de poner manos a la obra.»

#### CUARTA TESIS

Reconocimiento del hecho de que nuestro partido está en minoría y, por el momento, en débil minoría en la mayoría de los soviets, frente a un bloque de todos los elementos pequeñoburgueses, oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía y que extienden esa influencia sobre el proletariado. Explicar a las masas que los soviets representan la única forma posible de un gobierno obrero y que nuestra tarea, en consecuencia, no consiste, mientras ese gobierno sigue sometido a la influencia de la burguesía, más que en ilustrar paciente, metódica y tenazmente a las masas sobre los errores de su táctica, adaptándose sobre todo a sus necesidades materiales. Mientras estamos en minoría tenemos que hacer un trabajo de crítica y de denuncia de los errores cometidos, preconizando al mismo tiempo la necesidad de dar todo el poder gubernamental a los soviets, a fin de que las masas se libren de sus errores a costa de su propia experiencia.

La necesidad de limitarse por el momento a una acción paciente, perseverante y sistemática entre las masas había sido subrayada ya por Lenin en su primera tesis. Si insiste es porque tiene sus razones. ¿Cuáles? Ya se verán un poco más adelante. Ahora, en todo caso, exhorta a los miembros de su partido a la prudencia, a la moderación en la aplicación de sus orientaciones tácticas. «Como bolcheviques estamos acostumbrados a llevar al máximo la tensión del espíritu revolucionario —les explica—. Pero eso no basta. Hace falta discernimiento. El verdadero gobierno, el único posible, son los soviets. Pensar de otra manera es caer en la anarquía. Eso es lo que hay que hacer comprender a las masas.» ¿Y si la mayoría del Soviet se

pronuncia por la defensa nacional? «¡No habrá nada que hacer! —estima Lenin—, salvo demostrar minuciosa y escrupulosamente el error de tal actitud. No queremos ser creídos de palabra. No somos charlatanes.»

#### QUINTA TESIS

Nada de República parlamentaria —el retorno a ésta, después del Soviet, sería un paso atrás—, sino una República de los Soviets de los diputados obreros, campesinos y obreros agrícolas, en todo el país, de abajo arriba. Supresión de la policía, del ejército, del cuerpo de los funcionarios. Elegibilidad y revocabilidad, en cualquier momento, de cualquier funcionario. Sus sueldos no deben ser superiores al salario medio de un buen obrero.

»Tal es —agrega Lenin como comentario— la enseñanza de la Comuna de París», y recuerda el fallido experimento de 1905. No hay que dejar que se reconstituyan la policía ni el antiguo ejército. «Se han hecho revoluciones y la policía ha seguido en su puesto; se han hecho revoluciones y los funcionarios han seguido en los suyos. He ahí la causa del fracaso de las revoluciones.»

#### SEXTA TESIS

En el programa agrario, trasladar el centro de gravedad a los soviets de los diputados obreros agrícolas. Confiscación de todas las posesiones de los terratenientes. Nacionalización de todas las tierras para ponerlas a disposición de los soviets de los diputados campesinos. Formar aparte los soviets de los campesinos más pobres. Creación, en todas las grandes posesiones, de una explotación modelo colocada bajo el control del Soviet de los diputados obreros agrícolas y que funcione por cuenta de la comunidad.

»¿Qué son los campesinos? —pregunta Lenin—. ¿Cuál es su importancia?» Y contesta: «No sabemos nada, no tenemos estadísticas, pero sabemos que constituyen una

fuerza. Si los campesinos se apoderan de la tierra, podéis estar tranquilos que no la devolverán.» Lo importante, por otra parte, es crear para el proletariado soviets particulares a fin de sustraerlo de la influencia de los campesinos acomodados y medios. Pero sólo dando la tierra a los obreros agrícolas no crearán por sí mismos una empresa. Hay que crear, por tanto, utilizando las grandes propiedades, empresas modelos y comunes explotadas por los soviets de los obreros agrícolas.

#### SÉPTIMA TESIS

Fusión inmediata de todos los Bancos del país en un gran Banco nacional colocado bajo el control del Soviet de los diputados obreros. De esta manera, el aparato administrativo y militar del Estado burgués debe ser «destruido», pero el armazón financiero subsistirá... provisionalmente, claro está. Nada de embargo de los Bancos, sino su control a cargo del Soviet. «No podemos hacernos cargo de ellos en este momento», explica Lenin.

#### OCTAVA TESIS

No se trata actualmente de la implantación del socialismo, considerada como nuestra tarea inmediata, sino del establecimiento inmediato del control de la producción y del reparto de los productos por el Soviet.

Esto es, según Lenin, lo esencial y lo urgente: «La vida y la revolución vuelven a dejar a la Asamblea Constituyente en un segundo plano.» Lo que sigue ha sido recogido muy mal y en forma muy incompleta. Sólo se vislumbran dos proposiciones perentorias: «La importancia de las leyes no radica en lo que está escrito sobre el papel, sino en quién las aplica» y «La dictadura del proletariado existe, pero no se sabe qué hacer con ella.»

#### NOVENA TESIS

Tareas del partido: a) Convocar inmediatamente un Congreso; b) Modificar el programa del partido,

principalmente en lo que se refiere: 1.º al imperialismo; 2.º a la actitud frente al Estado y a nuestra reivindicación de un Estado-Comuna; 3.º a la corrección del antiguo programa mínimo, ya superado; 4.º al cambio de nombre del partido.

Lenin propone a su auditorio, «en su propio nombre», adoptar la denominación de partido comunista. «No os aferréis a una vieja palabra completamente podrida —les recomienda—; construid un nuevo partido y todos los oprimidos vendrán a vosotros.»

#### DÉCIMA TESIS

Renovar la Internacional. Iniciativa de crear una Internacional revolucionaria contra los social-chovinistas y contra el centro.

Los «cuadros» de esta nueva Internacional los formarán, según Lenin, los miembros de la izquierda zimmerwaldiana. «La tendencia de la izquierda de Zimmerwald —dice— existe en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha escindido en el mundo entero. Los partidarios de la defensa nacional se han apartado del socialismo. Únicamente Liebknecht le ha permanecido fiel. El porvenir es suyo. En Rusia hay una tendencia a la unidad con los partidarios de la defensa nacional. Eso es traicionar el socialismo. Creo que vale más seguir solos, como Liebknecht.»

Las últimas tesis habían sido leídas apresuradamente, saltándose las palabras. Lenin tenía prisa por terminar. Los organizadores de la Conferencia de la unidad enviaban mensajeros a cada instante para anunciar a Zinoviev que todo el mundo se impacientaba, que ya no se esperaba más que a los bolcheviques, que ya hacía tiempo que se debía haber abierto la sesión, etc. Alguien sugirió proponerle a Lenin que reanudara la lectura de sus tesis ante la Conferencia. Aceptó y bajó a la gran sala seguido por su auditorio. Había allí unas sesenta personas, de las cuales 47

eran mencheviques ortodoxos. El resto se componía de «internacionalistas» e «interfraccionales» que, por el momento, se mantenían fuera de los marcos oficiales de la socialdemocracia. Estaban presentes los principales dirigentes del Soviet: Cheidze, Zeretelli, Skobelev. Lenin vio también entre los asistentes a su viejo enemigo Dan y a varios viejos compañeros de lucha de la época de su primera emigración: Steklov, el agente parisiense de *Iskra*, convertido ahora en un gran personaje: redactor-jefe de *Isvestia*, órgano oficial del Soviet; Goldenberg, que formó parte de «su» Comité central elegido en el Congreso de Londres. Escoltaba a Lenin un grupo de fieles en el que figuraban tres mujeres: Krupskaja, Inés Armand y la señora Kollontai. Cheidze presidía.

Los mencheviques empezaron a manifestar ruidosamente su indignación en cuanto escucharon la primera tesis. Para apoyar a su jefe, los bolcheviques contestaron con aplausos no menos ruidosos. Ante lo cual un sovieta destacado, Bogdanov, homónimo del antiguo socio de Lenin, que en varias ocasiones había interrumpido la lectura con exclamaciones como: ¡Pero esto es un delirio! ¡Es el delirio de un loco!, los apostrofó rudamente: «¡Es una vergüenza aplaudir un galimatías como ése! ¡Os estáis cubriendo de vergüenza! ¡Y os atrevéis a llamaros marxistas!» Ese era el tono de la Conferencia «de la unidad».

Correspondió a Zeretelli emprender la refutación de las tesis de Lenin. El fogoso revolucionario (no se habían olvidado los terribles ataques con que abrumaba en la Duma al todopoderoso Stolypin) era un brillante orador y desde su regreso de Siberia se había convertido en el verdadero jefe de la socialdemocracia menchevique en Rusia y gozaba de enorme prestigio en el Soviet. Ahora se proclamaba campeón de la unidad socialista. Condenaba

severamente las ideas «disolventes» de Lenin, ideas que, según él, sólo servirían para llevar el socialismo a la ruina. Pero, en esta primera jornada en que Lenin había vuelto a pisar el suelo de la patria, quiso mostrarse generoso con su adversario y tenderle un puente salvador. «Ningún llamamiento en favor de la división podrá impedir que el proletariado aspire con todas sus fuerzas a crear un partido único —exclamó para terminar—. El propio Lenin vendrá pronto a recuperar su lugar en las filas del partido, pues la vida se encargará de recordarle el adagio marxista: los individuos pueden equivocarse; las clases, nunca. Por eso no temo los errores de Lenin e incluso estoy dispuesto a unirme con él.» Pero el ex «viejo bolchevique» Goldenberg, que en su calidad de miembro del Comité de iniciativa «Pro unidad» debía compartir lógicamente ese punto de vista, no opinó así. «Lenin ha clavado la bandera de la guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria —declaró—. Es ridículo hablar de unidad con los que no tienen más consigna que la escisión y que por sí mismos se separan de la socialdemocracia. Lenin acaba de presentar su candidatura a un trono que está vacante en Europa desde hace ya treinta años: el de Bakunin.» Sigue Goldenberg su ataque y considera que en las nuevas palabras de Lenin «se oyen cosas viejas: conceptos de un anarquismo anticuado».

Vino luego un desfile ininterrumpido de oradores que abrumaron a Lenin, unos con invectivas y otros con sarcasmos o hipócritas condolencias. Ni uno de sus partidarios se atrevió a levantarse en su defensa. Ni un solo dirigente de la organización bolchevique, ni un solo miembro de la redacción de *Pravda* alzó la voz. Únicamente la señora Kollontai se mostró dispuesta al sacrificio y quiso hacer frente a la tormenta.

Sube las escaleras de la tribuna con los ojos llameantes, los puños apretados y la garganta en ebullición. Su



aparición súbita provoca sonrisas irónicas. La emoción la embarulla enseguida, le hace perder el hilo de su discurso y se retira saludada con risas y sarcasmos en los asientos mencheviques. Un bolchevique ofendido se dirige hacia la salida después de exclamar: «¡Vámonos, camaradas! ¡No podemos seguir con los que insultan a nuestro jefe!» Le siguen unas quince personas: amigos íntimos de Lenin y algunos petersburgueses. Los otros, particularmente la casi totalidad de los delegados de provincia, se quedan. El presidente Cheidze, saboreando su desquite, resume en tono irónico los debates y saca la siguiente conclusión: «Lenin ha hecho suyas las palabras de Hegel: ¡qué importan los hechos! No se ha dado cuenta de un pequeño detalle: la existencia del león de la revolución rusa. Pues bien, se quedará solo fuera de la revolución y todos nosotros continuaremos juntos nuestro camino.» Tras lo cual la Asamblea votó una resolución que declaraba necesaria la convocatoria de un «Congreso de unidad» y eligió un Comité encargado de organizar el mismo. Parece que algunos bolcheviques presentes aceptaron participar en ese Comité. En cuanto a Lenin, se había eclipsado de la reunión sin que nadie se diera cuenta. Pero se le vio reaparecer en el Palacio de Táuride en las últimas horas de la tarde, «muy modesto e insinuante» al decir de un testigo, en la sala donde estaba reunido el Comité ejecutivo del Soviet. Zinoviev le acompañaba.

Este último leyó una declaración redactada por su maestro y destinada a explicar las razones que le habían incitado a emprender el viaje a través de Alemania. Invitaba igualmente al Comité, en aplicación del art.7 del acuerdo concertado con el Gobierno alemán, a adoptar una resolución que aprobara el canje de emigrados políticos rusos por civiles alemanes internados. Zeretelli se mostró hostil. La mayoría de sus colegas, también. Lenin trató de

motivar su demanda por la necesidad de cortar en seco los rumores calumniosos que lanzaba la burguesía sobre él. Se le contestó que se haría lo necesario para protegerlo contra cualquier calumnia, pero que no tenía caso intervenir ante el Gobierno provisional en favor del canje pedido. Lenin salió de las oficinas del Comité ejecutivo para no volver a poner más los pies en ellas.

Difícilmente podía sospechar Lenin, al pedir al Soviet de los diputados obreros que lo protegiera contra los ataques de sus enemigos, la amplitud que iban a cobrar éstos. Aquel día, inmediato a uno de fiesta, no se habían publicado los periódicos. Pero a partir del día siguiente cayó sobre la capital todo un torrente de odio y de calumnias. Se formó en el acto, sobre la persona de Lenin, una especie de unión sagrada que puso de acuerdo a las tendencias políticas más opuestas. El gran periódico reaccionario Novoe Vremia, que había permanecido al servicio de la gran burguesía y que en espera de que regresaran los «buenos tiempos» doblaba el espinazo ante el Gobierno provisional, fue uno de los primeros en salir en defensa de la República contra ese «criminal». «El señor Lenin —decía su editorialista— se pavoneaba en Suiza, no vio ni supo de la sangre derramada en los campos de batalla y, todavía en camino, se apresuró a traicionar al mismo tiempo al ejército y al pueblo ruso, al Gobierno provisional y al Soviet de los diputados obreros. Antaño eran los Sturmer, los Protopopov y los Suhomlinov los que traficaban con la patria. Ahora son los Lenin. Tal es el destino de Rusia. Es necesario que siempre la venda alguien.» El portavoz del partido de Miliukov, Rietch, escribía: «Ningún político que se respete habría aprovechado esa singular amabilidad. El señor Lenin y sus camaradas piensan de otra manera. Lo cual demuestra que han querido lanzar un reto a la opinión, cosa nada compatible con una actitud seria frente a la guerra, en la

que corre la sangre del país natal.» El órgano de los socialistas— revolucionarios, Volia Naroda (La Voluntad del Pueblo), declara: «Hombres así son un verdadero peligro para la revolución.»

Eso era sólo el principio. La noticia del discurso pronunciado por Lenin en el Palacio de Táuride, suficientemente ampliada y desfigurada, se había extendido muy rápidamente a través de la ciudad. Los análisis y los resúmenes publicados por los periódicos realizaban sobre todo los párrafos «incendiarios». Al citarlo, el periodiquito de Plejanov decía (y no era la primera vez, puesto que ya se había oído lo mismo en la reunión) que era «un delirio». La burguesía se asustó. Se imaginaba que tenía pleno derecho a las conquistas de la revolución y que ya no se trataba más que de consolidar esa situación. enseguida vio en Lenin, y en eso no se equivocó, al hombre que había venido a arrancarle esas conquistas. El que iba a comenzar era, por tanto, un combate a muerte. Se hizo todo lo que se pudo para levantar contra Lenin a la opinión pública, y particularmente al bajo pueblo. A los que se habían identificado con la revolución, se les decía que quería asegurar la victoria de los alemanes para provocar la restauración de la monarquía. A la gente sencilla que temblaba por sus modestos ahorros se le hacía creer que Lenin les quitaría hasta el último kopek en cuanto llegara al poder. Nació un pretendido «Comité de lucha contra el espionaje» que pegaba carteles en las calles prometiendo a Lenin la misma suerte de Rasputín. Al caer la noche, grupos de manifestantes hostiles y amenazadores se reunían frente al palacio de Kchesinskaia. En la Perspectiva Nevski desfilaban cortejos a los gritos de ¡Lenin a la cárcel! ¡Mueran los bolcheviques! Al pasar frente a la redacción de *Pravda* apedreaban las ventanas y salían revólveres a relucir.

»Recuerdo —escribe Zinoviev— que en una ocasión nos pidieron al camarada Lenin y a mí que abandonáramos el local de la redacción para buscar refugio en cualquier otra parte. Nos trasladamos al otro extremo de la Perspectiva Nevski, a un establecimiento donde trabajaba nuestro camarada Danski. Una anciana encargada del guardarropa decía mientras ayudaba al camarada Lenin a quitarse el abrigo: «¡Ah, si tuviera en las manos a ese Lenin, la que le daría!» Lenin se dio a conocer, le preguntó qué daño le había hecho y por qué estaba tan indignada contra él. Se despidieron como buenos amigos.» Entre los soldados se hizo una propaganda antileninista particularmente intensa. Petrogrado estaba atestado de tropas. De la oscura masa de capotes grises, la revolución había hecho surgir cierto número de incansables y elocuentes habladores que se arrogaron el derecho de hablar en su nombre. Todos esos militares, en su mayoría jóvenes burgueses originarios del mismo Petrogrado transformados, para librarse de ser enviados al frente, en escribientes, enfermeros, lavacoches, etc., eran ahora apasionados y furibundos partidarios de la «defensa nacional». La palabra paz provocaba en ellos la más violenta indignación. Pero cuando el nuevo ministro de la Guerra, Gutchkov, firmó el decreto que enviaba a una parte de ellos al frente, se conmovieron y enviaron una delegación al Soviet para protestar contra esa tentativa de la reacción para privar a la revolución de sus más fieles defensores. Ahora les arrojaban como pasto al derrotista Lenin. Eso les venía como anillo al dedo. Denunciándolo cumplían su deber patriótico y también así combatían, a su manera, por la libertad.

Parece que la señal de ataque fue dada por el regimiento Volynski, que había sido el primero en ponerse al lado del Gobierno provisional. Miliukov gozaba de gran estimación en sus filas y varios de los oficiales eran incondicionales suyos.

El 10 de abril los soldados de ese regimiento se reúnen en asamblea general. Varios oradores los invitan a votar una resolución exigiendo la detención de Lenin. Algunos partidarios de éste, que asisten a la reunión, corren al Palacio de Táuride para informar al Comité ejecutivo del Soviet. En el acta de la sesión de ese día podemos leer: «El Comité decide enviar una delegación de cuatro de sus miembros con el encargo de disipar los falsos rumores que se están difundiendo entre los soldados sobre el camarada Lenin y de evitar esa enojosa intervención.»

Se logró que renunciasen a su proyecto. Pero los marinos, que habían entrado a escena al día siguiente, se mostraron menos dóciles.

Primero apareció en los periódicos una «carta abierta» del tenientillo que mandaba el destacamento de marineros que había figurado en la guardia de honor al llegar Lenin y que le había expresado el deseo de verlo entrar en el Gobierno. Decía estar desolado por el error cometido. Si hubiera podido imaginarse quién era ese señor Lenin, jamás le hubieran visto participar en tan escandalosa manifestación. Dos días después apareció, en los mismos periódicos, una declaración colectiva de los marineros de su destacamento. Esta decía: «Al enterarnos de que el señor Lenin ha vuelto a Rusia con el permiso de Su Majestad, emperador de Alemania y rey de Prusia, expresamos nuestro profundo pesar por haber participado en su solemne recepción. Si hubiéramos sabido entonces el camino por que había pasado, en lugar de nuestros burras entusiastas habría oído: «¡Muera! ¡Regresa al país de donde has venido!» Esto ocurría el 14 de abril. El 15, el Comité ejecutivo es informado de que en una reunión de marineros se ha decidido apoderarse de Lenin y que para tal efecto se ha designado un «grupo de ejecución». El Comité delibera. Se despacha a dos de sus miembros con la misión de

moderar los ímpetus de tan enérgicos patriotas. Alguien propone publicar en *Isvestia* una especie de comunicado oficial para reprobar los excesos de la campaña antileninista. Adoptado. Y así podemos leer al día siguiente, en el número del 17 de abril, un largo y enrevesado editorial salido de la pluma de Steklov que hacía un llamamiento a la dignidad y al sentido común de los camaradas obreros y soldados. «¿Es posible —pregunta asombrado— que en un país libre, en lugar de una discusión abierta, se llegue a usar la violencia contra un hombre que ha dedicado toda su vida al servicio de la clase obrera, de los oprimidos y de los humillados?» El mismo día en que se publica este artículo hubo en la Perspectiva Nevski una manifestación monstruo como nunca se había visto en Petrogrado. Los mutilados de guerra se pusieron en pie para protestar contra la presencia de Lenin en Rusia. Se sacó de todos los hospitales a una masa enorme de heridos, amputados de piernas y brazos, ciegos, etc. Envueltos en sus vendajes, apoyados en muletas, sostenidos por enfermeros, se pusieron en marcha a lo largo de la Perspectiva hacia el Palacio de Táuride. Los que no podían andar eran llevados en camiones, coches de caballos y carros. En sus banderas se leía: ¡Destrucción completa del militarismo germánico! ¡Nuestras heridas reclaman la victoria! y, sobre todo, ¡Abajo Lenin! Lanzando este último grito se presentaron, tras una marcha intencionalmente muy lenta, ante la sede del Soviet para reclamar la detención de Lenin y su inmediata expulsión.

Un amputado de brazos y piernas tomó la palabra: «Hemos defendido la vida y los bienes de los que ahora protestan contra la continuación de la guerra. Pues que sepan esos egoístas que nosotros, semihombres, preferiríamos morir antes que ver a Rusia concertar una paz prematura con Alemania.» Dicho esto, achacó a Lenin todas las responsabilidades. El Soviet no debería seguir tolerando

su nefasta propaganda. Había que poner fin a sus maniobras.

Zeretelli y Skobelev habían salido al pórtico para recibir a los manifestantes. Este último trató de tranquilizarlos: «No soy en absoluto partidario de Lenin y combato su táctica desde hace largos años. Pero estimamos que todo el mundo tiene derecho a hablar. Por tanto, Lenin puede hablar, pero no le dejaremos actuar, y eso es lo importante.» Lejos de calmar a la multitud, esta breve alocución sólo sirvió para aumentar su irritación. Los manifestantes empezaron a gritar: «Lenin es un espía y un provocador.» Al mismo tiempo se lanzaron gritos bastante irrespetuosos contra el Soviet. Viendo que las cosas tornaban mal giro, el eminente presidente de la Duma, Rodzianko, cuya estatura de gigante le había dado popularidad en los medios pequeño-burgueses de la capital, entró al quite. Habló con voz sonora de la necesidad de hacer la guerra hasta la victoria final y afirmó categóricamente que «antes de llegar a ese resultado no podría producirse ninguna tentativa para hacer cesar las hostilidades. Lo aclamaron y se votó, a manos levantadas, una resolución que expresaba «una confianza total» en el Gobierno provisional y en el Soviet de los diputados obreros, al mismo tiempo que protestaba «con indignación contra la peligrosa propaganda de Lenin, únicamente provechosa para la reacción.» Esas eran las condiciones en que Lenin tenía que luchar para reconquistar el partido.

Tuvo que empezar por hacerse cargo nuevamente de los órganos directivos de éste. Quince días antes, Lenin escribía a Ganetzki: «Más vale la escisión con cualquiera», etc. Ahora, la prueba a que lo han sometido los hechos le ha hecho cambiar de opinión. Se ha convencido de que el jefe más enérgico, más capaz, en tiempo de revolución, no es nadie si tras él no cuenta con un partido fuerte, disciplinado

y poderosamente organizado. Lenin acepta, por tanto, una convivencia política con sus adversarios. Tendrá que ganárselos para sus tesis o, simplemente, impedir que le perjudiquen, mediante un trabajo de persuasión en la base que, debidamente educada, sabrá presionar oportunamente a los «de arriba».

Era necesario en primer lugar meter mano a *Pravda*, donde reinaba Kamenev como amo absoluto. En una reunión de la redacción celebrada el 5 de abril, Lenin había presentado el manuscrito de sus tesis para que pudieran figurar en el número del día siguiente, pero Kamenev declaró que esas tesis estaban en flagrante contradicción con la línea general del partido tal como acababa de ser elaborada por el Buró del Comité central y aprobada por los delegados bolcheviques en la reciente Conferencia de los Soviets, y que se oponía a publicarlas como no fuera en forma de un artículo de Lenin, a título privado, bajo su propia y exclusiva responsabilidad. La larga discusión habida en tal ocasión no dio ningún resultado y el número apareció con un suelto en el que se anunciaba que «un accidente en la máquina» había impedido al periódico publicar el texto del informe presentado por el camarada Lenin en la sesión del 4 de abril.

La discusión se reanudó al día siguiente. Finalmente se pusieron de acuerdo. Lenin aceptó publicar sus tesis en forma de artículo personal y se convino que se abriría un debate a este respecto en las columnas del periódico. Por tanto, en el número del día 7 pudo leerse su artículo titulado *Sobre los objetivos del proletariado en la revolución actual*, en el que citaba el texto íntegro de sus tesis al mismo tiempo que protestaba contra los ataques de algunos de sus adversarios. El «conciliador» Goldenberg, por ejemplo, le reprochaba «haber clavado la bandera de la guerra civil». Es falso, declara Lenin. Ni una sola vez ha pronunciado esa



palabra a lo largo de su discurso. No hizo más que exhortar a su auditorio a un paciente trabajo de «aclaración». ¿Es eso lanzar un llamamiento a la guerra civil? Plejanov es zarandeado también y no sin vehemencia. Lenin había visto en su periódico que su discurso era calificado de «delirio», e imaginándose que el autor de la crítica era el propio Plejanov, lo interpela así: «¿Delirio mi discurso? ¿Pero cómo es posible que la Asamblea haya escuchado dos horas y medias de ese «delirio»?» ¿Cómo es posible que Plejanov le haya dedicado una columna entera en su hoja?

Este contestó al día siguiente diciendo que esa apreciación del discurso de Lenin era de uno de sus colaboradores y que él personalmente ni siquiera había asistido a la reunión. Lo cual era por lo demás exacto. En cuanto al hecho de que los asistentes lo hubieran escuchado durante dos horas, no veía en ello nada asombroso. «Hay delirios —observa Plejanov con cortés ironía— científicamente muy curiosos y que merecen, como casos patológicos, un atento examen.»

En *Pravda* fue Kamenev quien a partir del día siguiente atacó las tesis de Lenin. Anunció que pensaba defender la línea general del partido tanto contra los ataques perniciosos de los partidarios de la «defensa nacional» como contra las críticas de Lenin. «En cuanto al esquema general del camarada Lenin —agregaba—, nos parece inaceptable en la medida en que parte del reconocimiento del carácter acabado de la revolución burguesa y confía en la transformación inmediata de ésta en revolución socialista. La táctica que se desprende de esa apreciación está en profundo desacuerdo con la que los representantes de *Pravda* (en este caso el propio Kamenev) defendieron en la Conferencia panrusa de los Soviets.» Terminaba expresando la esperanza de hacer prevalecer «en una amplia discusión» su punto de vista, considerado por él

como «el único posible para la socialdemocracia revolucionaria en la medida en que ésta quiere y debe seguir siendo hasta el final el partido de las masas revolucionarias del proletariado y no transformarse en un grupo de propagandistas comunistas.»

La «amplia discusión» anunciada no se llevó a cabo. Lenin procedió de otra manera. Habiendo recuperado en *Pravda* el cargo dirigente que le correspondía por derecho, concentró en sus manos la dirección efectiva del periódico y Kamenev se encontró pronto casi completamente desplazado. Apenas tuvo tiempo de publicar un artículo más dedicado a la discusión de las tesis de Lenin (de la primera, para empezar) y que anunciaba una continuación. Esa continuación no apareció nunca. Las columnas de *Pravda* estaban ya ocupadas en gran parte por los artículos del propio Lenin. Los había todos los días y algunas veces dos, tres, cuatro y hasta cinco artículos en un mismo número. Sin contar los de Zinoviev, siempre bastante prolijo, los de Krupskaja, las informaciones, los comunicados de las organizaciones, las resoluciones enviadas por los comités de fábrica, etc. Tan es así que en los números siguientes apenas si se ven otras firmas.

Quedaba pendiente luego el Comité central, o más bien una formación híbrida que reemplazaba al Comité elegido por última vez en 1912. De los tres miembros del Buró creado durante la guerra para remediar la dispersión del centro dirigente en Rusia, Molotov, desplazado de *Pravda* en cuanto llegó Kamenev, se había atrincherado en el Comité de la organización de Petrogrado, donde se le reservó el sector de Vyborg, que contaba con numerosas fábricas. Zalutski se esfumó pura y simplemente. Chliapnikov fue el único que, aferrado a Kamenev, dio señales de resistencia. El diputado Samoïlov guardó el recuerdo de una discusión que se produjo en una reunión de los miembros del Comité

el 6 ó el 7 de abril. Se trataba de determinar el carácter de la revolución en curso. «Lenin defendía con mucho calor — escribe Samoilov— la tesis de que la revolución habida debía transformarse finalmente en revolución proletaria y conducir a la victoria del proletariado y de los campesinos más pobres. Kamenev contestaba que nuestra revolución no era todavía más que burguesa y democrática. Chliapnikov compartía la misma opinión. Se le escapó esta observación: «Deberíamos sujetarle un poco de los faldones, camarada Lenin, ya que de lo contrario haría usted que los acontecimientos marcharan demasiado de prisa.» Al contestar a Chliapnikov, Lenin estaba como un huracán desencadenado. Recorría rabiosamente la habitación, fulminaba, tronaba. Venía a decir poco más o menos que nadie tendría necesidad de sujetarlo por los faldones, que los acontecimientos que se preparaban no lo permitirían, que el proletariado debía tomar el poder y que lo tomaría a pesar de todos los que intentaran contenerlo. Si mis *recuerdos* me son fieles, el punto de vista de Lenin era compartido en esa reunión por Stalin. No recuerdo a los otros.»

Samoilov escribía sus recuerdos en 1925. No tenía entonces ninguna razón particular para ser agradable a Stalin. Si la anotó es porque esa adhesión staliniana debió llamarle la atención en medio del vacío que se había creado alrededor de Lenin al regreso de éste. Sukhanov, analizador honesto y objetivo, es categórico a este respecto: «En los primeros días de su llegada —escribe—, el aislamiento completo de Lenin en medio de todos los camaradas conscientes del partido no dejó la menor duda». Trató de reunir a los viejos militantes con quienes había mantenido relaciones antaño. Acudieron, pronunciaron discursos. Lenin los escuchó en silencio y se dio cuenta de que nada podía sacarse de ellos. La impresión que sus tesis habían

producido en los «viejos bolcheviques» era de desilusión. Se decía que su larga estancia en el extranjero lo había aislado de Rusia, que era incapaz de comprender la situación en que se hallaba el país. Los que presumían de conocer a fondo la obra de Carlos Marx veían en su actitud una traición al marxismo. Algunos tuvieron francamente miedo. Al discutirse sus tesis en el Comité de la organización de Petrogrado sólo dos de los dieciséis miembros se pronunciaron a su favor. Pero Lenin no se desanimaba. Sabía «estar en minoría».

Tenía confianza en las masas. Estaba convencido de que sus consignas tendrían entre ellas una profunda resonancia. La Conferencia de las secciones bolcheviques de la capital, que iba a comenzar el 14 de abril, había de permitirle entrar en contacto con los militantes medios. En medio de ellos esperaba poder sentar las bases de su futura mayoría.

Lenin había visto con acierto. Su prestigio seguía siendo muy grande entre los obreros bolcheviques de la capital. Su partido tenía en aquella época 15.000 miembros que estuvieron representados en la Conferencia por 57 delegados. Fue nombrado por aclamación presidente de honor y presentó en la primera sesión un informe sobre «la situación actual y la actitud a adoptar frente al Gobierno provisional».

»El error principal de los revolucionarios —dijo Lenin en resumen—es mirar atrás, a las revoluciones de antaño. No tienen en cuenta a la vida, que marcha siempre hacia adelante, que crea situaciones siempre nuevas». Los camaradas quieren seguir siendo «viejos bolcheviques». Pero el «viejo bolchevismo» debe ser revisado. La situación que se ha creado es completamente nueva: todavía no se ha visto una revolución en la que los representantes armados del proletariado y de los campesinos hayan concertado una alianza con la burguesía, o que, disponiendo

del poder, lo hayan cedido a la burguesía. Los «viejos bolcheviques» afirman: «La revolución burguesa no está terminada. No tenemos una dictadura del proletariado y de los campesinos». «Sí —contesta Lenin—, el Soviet de los diputados obreros es precisamente esa dictadura». Sólo que ésta ha pactado con el burguesía. Eso es lo que hay que hacer comprender a las masas en este momento. Mientras el Gobierno provisional tiene el apoyo del Soviet no se le puede derrocar «pura y simplemente». Se le puede, y se le debe, derribar conquistando la mayoría en los Soviets.

Terminó presentando su proyecto de resolución, que declaraba: «Para que el poder pase al Soviet, es necesario entregarse a un lento trabajo para orientar la conciencia de clase del proletariado urbano y rural. Únicamente ese trabajo puede convertirse en la garantía del éxito de un movimiento hacia adelante del pueblo revolucionario. «Para poder hacer ese trabajo debe desarrollarse una intensa actividad en el seno de los Soviets, debe aumentarse el número de éstos, consolidar su autoridad, reforzar la unidad de nuestros grupos en su interior. «La organización de nuestras fuerzas debe intensificarse a fin de poder conducir la nueva oleada del movimiento revolucionario bajo la bandera de la socialdemocracia revolucionaria.»

Kamenev presentó dos enmiendas: 1.<sup>a</sup> La Conferencia pide a la democracia revolucionaria que ejerza el control más vigilante sobre los actos del Gobierno provisional, incitándolo a proceder a la más radical liquidación del antiguo régimen. 2.<sup>a</sup> Al pedir a la democracia revolucionaria que denuncie lo más ampliamente posible al verdadero semblante de clase del Gobierno provisional, la Conferencia la pone en guardia contra la consigna del derrocamiento del Gobierno provisional, consigna que debe ser considerada en estos momentos como desorganizadora y capaz de frenar el

lento trabajo de organización y de orientación que forma la tarea fundamental del partido.

Lenin se opuso. «En época de revolución, el control es una ilusión —replicó—. No se puede controlar si no se tiene el poder. Controlar por medio de resoluciones, etc., es una perfecta tontería. El control es un vestigio de ilusiones pequeñoburguesas; es el barullo.»

Se pasó a votar. Las enmiendas de Kamenev fueron rechazadas por 20 votos contra seis y nueve abstenciones. Esta votación es sumamente significativa. Notemos en primer lugar que de los 57 delegados sólo 35 estaban presentes en la sesión cuando se votó y que de esos 35 no votaron más que 26. Es decir, que sólo una minoría de delegados (poco menos de la mitad del total) consideró necesario pronunciarse claramente y tomar posición en pro o en contra de Lenin. Los veinte que votaron contra las enmiendas de Kamenev se habían declarado implícitamente en favor de Lenin. Representaban a 2.260 afiliados sobre un total de 15.000 bolcheviques petersburgueses, o sea un poco más de una tercera parte. Un punto de interrogación planeaba todavía sobre la actitud de los otros. Sería disipado en la próxima Conferencia panrusa que iba a abrirse días más tarde. Los acontecimientos que se produjeron la víspera contribuyeron en gran medida a precisar la relación de fuerzas en el interior del partido.

Hacia el 15 de abril, sir George Buchanan, embajador de S. M. británica, había declarado a «su» ministro de Relaciones Exteriores, Miliukov, cuando éste vino a recibir sus órdenes, que era absolutamente necesario solucionar la «cuestión Lenin» lo antes posible.

»Le dije —anota el embajador en su diario— que había llegado el momento de que el Gobierno actuara y que Rusia no ganaría nunca la guerra si se dejaba que Lenin excitara a los soldados a la desertión, al reparto de tierras y al

asesinato.» Miliukov le respondió: «El Gobierno no espera más que el momento psicológico que, según presiento, no está lejano», y le aseguró que la «cuestión Lenin» sería entonces «liquidada» de una buena vez. Lo fue, en efecto, pero en una forma que este eminente sabio transformado en estadista no había previsto.

El día 18 de abril<sup>18</sup>, mientras que por primera vez la joven República rusa celebraba con un entusiasmo indescriptible la fiesta del Primero de Mayo, ahora fiesta legal, y mientras en todo el país se llevaban a cabo, con la participación de las autoridades y de las tropas, manifestaciones grandiosas, el ministro de Relaciones Exteriores mandaba a los gobiernos aliados una nota oficial que confirmaba solemnemente la firme resolución del Gobierno de permanecer fiel a los compromisos contraídos con los aliados por el régimen zarista.

Los periódicos no se publicaron el 19, por lo que la población no fue informada hasta el 20. Ese día, en la Perspectiva Nevski, principal arteria de la capital, transformada desde la revolución en foro moviente, se vieron aparecer cortejos de «gente bien» con carteles y banderas muy nuevas en los cuales se leía: ¡Viva el Gobierno provisional! ¡Viva Miliukov! ¡Vivan nuestros aliados! Los hombres marchaban enarbolando con aire marcial sus bastones y paraguas; las damas, sus guantes y sus manguitos. En las aceras, los transeúntes, alineados en una doble fila de curiosos, saludan y aplaudían. Desde lo alto de los balcones, manos femeninas agitaban pañuelos. Se oía gritar con entusiasmo: «¡Lenin a Berlín! ¡A la cárcel Lenin!»

Mientras tanto, los suburbios estaban en plena efervescencia. Había reuniones en todas partes, en las fábricas, en los cuarteles. Los obreros dejan el trabajo y se forman en columnas. Guardias rojos, armados con fusiles y

revólveres, se mezclan con los manifestantes. Al mediodía todo el mundo se pone en marcha hacia el centro de la ciudad, con carteles y banderas fabricados apresuradamente y en los que se lee el mismo texto que en los de los manifestantes de la Perspectiva Nevski, con esta sola diferencia: el viva ha sido reemplazado por muera. Desde el Soviet se envía inmediatamente una delegación, encabezada por el presidente Cheidze, quien logra alcanzar a las columnas obreras a mitad de camino y convencerlas para que vuelvan a las fábricas. El choque de las dos manifestaciones ha podido ser evitado.

Pero a eso de las tres de la tarde entran en escena los soldados. Un batallón del regimiento de Finlandia, unas cuantas compañías de reservistas y un destacamento de marinos desfilan por las calles de la capital. «¿A dónde van?», se les pregunta. «A detener al Gobierno provisional», contestan. En efecto, se les ve finalmente llegar ante al Palacio María y ocupar todas las salidas. Cheidze, alertado de nuevo, acude con sus colegas y logra que los soldados emprendan de nuevo el camino de sus cuarteles.

Al día siguiente se repiten los hechos conforme al mismo rito. Pero esta vez hubo algunas refriegas. Al terminar el día había un cierto número de muertos y decenas de heridos. Fue el bautismo de fuego de la revolución democrática burguesa, su primera experiencia de guerra civil. Se lo debía a un tranquilo universitario que creyó poder dar marcha atrás a la rueda de la Historia.

¿Quién había provocado el movimiento? Las manifestaciones burguesas fueron inspiradas y organizadas, evidentemente, por el Comité director del partido constitucional-demócrata, que quería apoyar a su jefe en toda la medida de lo posible. ¿Pero quién había puesto en marcha a los obreros y soldados? No es posible contestar a esta pregunta de una manera precisa. Personalmente, Lenin



consideraba que esta «salida» estaba fuera de lugar, por prematura. Cualquier movimiento insurreccional, cualquiera que sea, debe ser llevado hasta el final. Lo había dicho y redicho todavía en 1905. Si uno se detiene a mitad de camino, ello puede tener funestas consecuencias para toda la revolución. Los manifestantes seguían la consigna de derribar al Gobierno provisional. Bien. ¿Pero para poner a quién en su lugar? En la situación en que se encontraba entonces, el partido bolchevique no podía pensar todavía en tomar el poder. Lenin acababa apenas de empezar a «poner orden en casa». La única misión que ese partido podía asumir por el momento ya la había definido él perfectamente en sus tesis: crítica constante e implacable de los actos del Gobierno, conquista perseverante de la influencia sobre las masas. Lenin seguía teniendo en cuenta que los bolcheviques no eran todavía más que 15.000 en Petrogrado, sobre una población de dos millones.

Pero éste era sólo el punto de vista del jefe. Las tropas veían las cosas de otra manera. La nota de Miliukov había sido el pretexto para una violenta reacción de esos elementos populares que tenían confianza en el Gobierno y esperaban que pronto terminaría la guerra. ¿Cómo? Ni lo sabían ni se preocupaban. Eso era cuestión de los ministros. Que se las arreglaran como quisieran, ¡pero que terminara la guerra! Las palabras de Lenin sobre los apetitos de los «rapaces imperialistas» habían fraguado en esos cerebros simples el convencimiento de que eran precisamente los gobiernos aliados los que querían prolongar la guerra obligando al pueblo ruso a derramar hasta la última gota de su sangre. El deber del Gobierno nacido de la revolución era oponerse a ello con toda su energía. Y he aquí que ese mismo Gobierno anuncia solemnemente, por boca de uno de sus ministros, que la guerra va a continuar y que no hay que esperar la paz para pronto. ¡Era, por tanto, traicionar al

pueblo! ¡Abajo ese Gobierno! Algunos miembros del Comité de la organización bolchevique de Petrogrado consideraron, sin consultar al Comité central, que era necesario explotar ese descontento de las masas. Uno de ellos, el abogado caucasiano Bagratiev, cuyo celo frenético no inspiraba por lo demás una gran confianza a sus colegas, se puso de acuerdo con un delegado de los soldados en el Soviet, Teodoro Lindé, quien aceptó amotinar a sus camaradas del regimiento de Finlandia. En el barrio de Vyborg, unos cuantos miembros del Comité de barrio aparecieron también por su propia iniciativa en las fábricas y pidieron a los obreros que se echaran a la calle.

¿Cómo reaccionó el Comité central, o sea Lenin? Supo de la nota de Miliukov la víspera por la noche. Unas cuantas líneas, redactadas apresuradamente para *Pravda* del día siguiente, revelan su impresión: «Acaba de estallar una bomba... La quiebra de toda la política de la mayoría del Ejecutivo del Soviet es flagrante; se produce mucho antes de lo que la habíamos esperado». Y, para terminar, estas palabras muy significativas: «No se pondrá fin a la guerra imperialista con conversaciones en la Comisión de contacto...» ¿Con qué, entonces? ¿Con actos? Lenin no lo dice, pero es evidente.

El 20, mientras las columnas de obreros y soldados se ponen en marcha, el Comité central se ha reunido en sesión en el palacio Kchesinskaia. Lenin hace adoptar una resolución que, conviene tomar nota, no contiene ninguna desaprobación de la acción de masas que acaba de empezar. Esa resolución declara: «Las reorganizaciones parciales en el seno del Gobierno provisional no podrán ser consideradas más que como una imitación de los peores procedimientos del parlamentarismo burgués, que reemplaza la lucha de clases por la rivalidad de las personas y de los grupos. Sólo adueñándose del poder podría el

proletariado revolucionario crear, en forma de soviets, un Gobierno que tuviera la confianza de los obreros de todos los países y que fuera capaz de terminar la guerra con una paz democrática.»

Apenas terminada la sesión, Lenin se pone a escribir un artículo para *Pravda*. Exhorta a obreros y soldados a decir claramente: «Exigimos un poder único: los Soviets. El Gobierno provisional, que es el de una banda de capitalistas, debe cederle el lugar». Publica otro (hay cinco artículos suyos en el número del 21 de abril) para ridiculizar al periódico de Gorki que, al atacar a Miliukov, ha escrito: «¡No hay lugar para el campeón del capital internacional en las filas del Gobierno de una Rusia democrática!» «¡Frases!... —replica Lenin—. ¿Cómo es posible que gentes instruidas no tengan vergüenza para escribir tales cuchufletas? Todo Gobierno provisional es un Gobierno de la clase capitalista. No se trata de personas, sino de una clase. Atacar a Miliukov, exigir su dimisión, eso es pura comedia. Pues ningún cambio de personas producirá nada, mientras no se cambie a la clase que está en el poder.»

Los periódicos burgueses pescan al vuelo esas palabras, interpretándolas como una prueba de la participación efectiva del partido bolchevique en la manifestación que, acaba de celebrarse. El Comité central se reúne de nuevo (estamos a 21: la acción de las masas registra un reflujo). Lenin propone una resolución más que, naturalmente, es adoptada. Su importancia me obliga a reproducirla artículo por artículo: «1. Los propagandistas y los oradores del partido deben desmentir el innoble embuste de la prensa capitalista y de la que sostiene a los capitalistas, las que pretenden que el partido bolchevique amenaza desencadenar la guerra civil. Esto es absolutamente falso, pues precisamente en este momento en que las masas pueden expresar libremente su voluntad y darse el gobierno

que estimen conveniente, cualquier idea de guerra civil es estúpida, insensata. No puede tratarse, pues, en este momento, más que de una sumisión a la mayoría del pueblo, a reserva de dejar a la minoría opositora que ejerza su derecho de crítica. Si las cosas terminan en un conflicto violento, la responsabilidad incumbiría al Gobierno y a sus partidarios.

2. Al lanzar fuertes gritos contra la guerra civil, el Gobierno capitalista y su prensa tratan de disfrazar la negativa de los capitalistas, que no forman más que una minoría ínfima de la nación, a someterse a la voluntad de la mayoría.
3. Para conocer la voluntad de la mayoría de la población de Petrogrado es necesario organizar en todos los distritos de la capital y de sus alrededores un plebiscito acerca de la cuestión de la actitud que se debe adoptar hacia la nota del Gobierno y del apoyo que se debe conceder a tal o cual ministerio o tal o cual partido.
4. Todos los propagandistas del partido deben expresar sus opiniones en las fábricas, en los cuarteles, en la calle, por medio de la discusión pacífica, respetando el orden y la disciplina tal como se practican entre camaradas conscientes.
5. Los propagandistas del partido deben protestar una vez más contra la innoble calumnia lanzada por los capitalistas que se atreven a pretender que los bolcheviques favorecen la paz separada con Alemania. «Nosotros consideramos —especifica Lenin en este artículo de la resolución— que Guillermo II es un bandido coronado que merece la horca, al igual que Nicolás II, y que los capitalistas alemanes son saqueadores y bandidos, lo mismo que sus colegas rusos, ingleses y otros.» El partido bolchevique favorece la entrada en negociaciones así como la fraternización con los soldados y los obreros revolucionarios de todos los países. Está convencido de que el Gobierno provisional trata de hacer más tensa la situación, pues sabe que la revolución ha comenzado en

Alemania y que esta revolución constituye un golpe asestado a los capitalistas de todos los países. 6. Todos los pueblos del mundo son arrastrados por la guerra, que hacen en provecho de los capitalistas, al borde del abismo. No queda más que una solución: que el poder pase a manos del proletariado revolucionario capaz de aplicar, para salvar la situación, medidas revolucionarias. 7. El partido bolchevique considera la política de la mayoría de los dirigentes actuales del Soviet profundamente errónea, pues la confianza que concede al Gobierno provisional y los esfuerzos de conciliación que manifiesta al respecto amenazan con desligar del Soviet a la mayoría de los soldados y obreros revolucionarios. 8. El partido bolchevique aconseja a los obreros y a los soldados que opinan que el Soviet debe modificar su táctica y renunciar a esta política de confianza y de conciliación que procedan a la reelección de sus diputados al Soviet para hacerse representar por hombres capaces de sostener con firmeza la opinión de sus mandatarios».

En la noche de ese mismo día se llegó a una transacción. El Soviet se declaró satisfecho con las aclaraciones hechas a la nota de Miliukov. Se acordó publicar un comunicado rectificativo atenuando el rigor de sus declaraciones, y que su desafortunado autor abandonaría la cartera de Negocios Extranjeros. En realidad, el Gobierno habría dimitido in corpore con mucho gusto y cedido el lugar al Soviet, pero éste no se sentía con valor para asumir las responsabilidades del poder y prefirió resolver las cosas de cualquier manera, procediendo a un arreglo precario. Lenin quedó muy decepcionado. Aunque reconocía que su partido no estaba capacitado todavía para tomar el poder, le habría encantado que el Soviet lo hubiera hecho. Al adquirir la mayoría por medio de las reelecciones parciales previstas en su resolución, el partido bolchevique se hallaría

automáticamente metido en el Gobierno. Reunido una vez más el Comité central, se tomó una nueva resolución (la tercera en tres días) que reprobaba severamente la conducta pusilánime de los jefes pequeñoburgueses del Soviet. «Las causas de la crisis no han sido suprimidas — dijo Lenin— y su repetición es inevitable.» Es necesario extraer las lecciones del acontecimiento. La consigna abajo el Gobierno provisional debe ser anulada por el momento. «Nosotros no apoyamos —anuncia su resolución— la entrega del poder a los proletarios y semiproletarios más que cuando el Soviet haya adoptado nuestra política y quiera tomar el poder.» Y comprueba: «La organización de nuestro partido, la cohesión de las fuerzas proletarias, se han revelado, en estos días de crisis, claramente insuficientes.» Por último, orientaciones que se deberán adoptar de ahora en adelante: 1. Explicación de la política proletaria que se debe seguir para terminar la guerra; 2. Crítica incansable de la política pequeño— burguesa de entendimiento con el Gobierno de los capitalistas; 3. Propaganda y agitación de grupo en grupo, en los cuarteles, en las fábricas, en todas las esquinas y principalmente entre los elementos más atrasados: servidumbre y peones, etc.; 4. Organización, organización y más organización, siempre y en todas partes, en cada distrito, en cada barrio, en cada unidad.

Un artículo de Lenin que apareció en el mismo número con el título Las lecciones de la crisis estaba destinado a servir de comentario a este texto. «La lección es clara, camaradas obreros —escribió—. El tiempo no espera. Otras crisis seguirán a éstas. Dedicad todas vuestras fuerzas a orientar a los atrasados, a estrechar vuestras filas, a organizaros de arriba abajo, de abajo arriba... No os dejéis desconcertar ni por los conciliadores pequeñoburgueses ni por los partidarios de la defensa nacional ni por los

energúmenos que quieren precipitar las cosas y gritar Abajo el Gobierno provisional antes de que se haya formado una mayoría popular coherente y estable. La crisis no puede ser resuelta ni por la violencia ejercida por algunos individuos sobre otros, ni por las intervenciones esporádicas de pequeños grupos de gentes armadas, ni por las tentativas blanquistas de «tomar el poder», de arresto del Gobierno provisional, etc.»

Personalmente, Lenin supo extraer lecciones muy útiles de estas dos jornadas de crisis y aprovecharlas para comprobar el acierto de sus postulados. Lo más importante era que habían confirmado brillantemente su tesis: las masas odian la guerra y están animadas por el más ferviente deseo de acabar con ella. En realidad, el tam-tam guerrero producido por los artículos belicistas de los periodistas movilizados en sus oficinas y por las mociones no menos belicistas de las reuniones públicas organizadas por los defensores de la revolución en el frente de la Perspectiva Nevski, había tenido tal resonancia que el propio Lenin, en los primeros días que siguieron a su llegada, había terminado por creer que las masas, engañadas, pero con buena fe, deseaban con gran sinceridad la guerra «hasta el final» y juzgó necesario esbozar todo un plan, paciente y metódico, para «limpiarles el cerebro». ¡Ahora bien, bastó simplemente con que un ministro del Gobierno provisional publicase una declaración que en realidad no hacía más que repetir las declaraciones precedentes y numerosas veces reproducidas en la prensa «democrática» acerca de la necesidad de continuar la guerra hasta la victoria, en estrecha colaboración con los aliados, para que estas mismas masas se encabritasen y se pusiesen a manifestar su indignación! ¿Por qué? Lenin podía, desde luego, admitir que la influencia ejercida por sus escritos había tenido cierta eficacia, pero también debió

darse cuenta que en una decena de días no se podía llegar a este resultado si el terreno no hubiese estado preparado por adelantado. De todos modos, ahora la prueba está hecha: sus tesis son escuchadas por la multitud que ha demostrado comprender y aprobar su lenguaje. Pero también ha podido comprobar que si se gritaba con unanimidad ¡Abajo la guerra! y ¡Que dimita Miliukov!, no se oía gritar: ¡Abajo el Soviet pequeño-burgués y conciliador!

Estaba claro que la autoridad de éste era grande ante los ojos de las masas y Lenin tuvo que llegar a la conclusión de que el partido que se adueñase de él poseería efectiva y plenamente el poder gubernamental. Así fue como la consigna de la conquista pacífica de los soviets vino a reemplazar entre la masa al grito de ¡Abajo el Gobierno Provisional!

Pero las lecciones más útiles fueron aquellas que aclararon la situación en el interior del partido. La crisis le ha permitido distinguir ciertos elementos extremistas, poco disciplinados, predispuestos a la aventura y que tendían manifiestamente a mostrarse más leninistas que el propio Lenin. Se consideró inadmisibile el hecho de que algunos miembros del partido se hubieran permitido lanzar por su propia iniciativa una orden que estaba en contradicción con la táctica preconizada por el Comité central. Esa conducta requería severas sanciones. Y, sobre todo, debían adoptarse medidas para que no se volviera a repetir una cosa así. En resumen, el partido mostraba a Lenin tres tendencias: el centro, dispuesto a seguirle fielmente a donde quisiera llevarle; la derecha, formada por «viejos bolcheviques» agrupados alrededor de Kamenev, y esa izquierda «anarquizante» en la que no f'guraban, por lo demás, sino unas cuantas cabezas locas. A ésta no hay más que hacerla entrar en razón sin ninguna consideración. Es una simple cuestión de organización que ha resultado defectuosa y que



necesita ser mejorada. En cuanto a Kamenev, éste no tiene, naturalmente, la talla necesaria para hacer frente a Lenin, quien prefiere, en lugar de dejarlo ir con los suyos y fundar un nuevo partido, ablandarlo halagando ligeramente la vanidad del político que se cree indispensable. Así se va dibujando el objetivo capital en el frente interior: forjar un aparato coherente, sólido, encuadrado (aun sigue en vigor la vieja fórmula de la *Iskra*) por un Comité central homogéneo y un órgano central llamado a velar celosamente por la rectitud de la línea de conducta política. *Pravda* ha vuelto al buen camino. No hay más que dejar que siga su camino. El Comité central saldrá de la conferencia que se inaugurará el 24 de abril y que se adjudicará los poderes de un Congreso, como la única instancia calificada para proceder a este nombramiento.

Por primera vez en su historia, el partido bolchevique iba a reunirse en pleno legalmente en el territorio ruso; 151 delegados asistieron a la Conferencia: 133 representaban a organizaciones que contaban con más de 300 miembros y disponían de voz y voto, 18 habían sido elegidos por organizaciones con menos de 300 miembros y no tenían derecho más que a un voto consultivo. Lenin, que concedía a esta reunión una importancia particular (debía servir para finalizar la reconquista del partido bolchevique por él emprendida), redactó para los delegados una especie de pequeño vademécum político cuyas copias mecanografiadas les fueron distribuidas al abrirse la Conferencia. Personalmente, se encargó del principal informe «Sobre la situación política actual y la actitud que se debe adoptar frente a ella». Se trataba de que los representantes de todo el partido adoptasen la resolución que Lenin había hecho votar por la reciente Conferencia de la organización de Petrogrado. Esta resolución fue recogida artículo por artículo, que fueron comentados y justificados

detalladamente por él uno tras otro. Kamenev volvió a presentar sus objeciones, las mismas de siempre: mientras el bloque Soviet-Gobierno provisional no haya sido roto, la revolución rusa continúa siendo una revolución burguesa y no puede considerársela terminada. Es, pues, prematuro hablar de una revolución socialista. Lenin propone un trabajo de largo alcance entre las masas. Kamenev piensa que estas normas no son prácticas; prefiere un control ejercido por el Soviet sobre el Gobierno. Además, reprocha a la dirección del partido, y por consiguiente a Lenin, haberse dejado arrastrar a «la aventura del 20 de abril».

En su respuesta, Lenin no pudo mostrarse más conciliador. Contestó en tono mesurado a su antiguo discípulo, al que veía perseverar con ostentación en este papel, poco adecuado para este hombre dulce y tímido por naturaleza, de jefe de la oposición antileninista en el seno del partido bolchevique. «Creo —dijo— que nuestras divergencias con el camarada Kamenev no son muy grandes. Marchamos unidos con él, salvo en la cuestión del control... Se nos dice: os dejáis aislar, habéis pronunciado un montón de palabras terroríficas sobre el comunismo, habéis hecho temblar de miedo a la burguesía... Bien. Aceptamos estar en minoría. En estos tiempos de locura chovinista, estar en minoría significa ser socialista... A Kamenev no le agrada la fórmula de «trabajo de largo alcance» para orientar a las masas y, sin embargo, es lo único que podemos hacer por el momento.» En cuanto a «la aventura del 20 de abril», Lenin le concede la razón, pero insiste en explicar el modo en que ocurrieron las cosas. Y esta explicación permite comprender mejor el caos que reinaba en las «cimas» del partido en el curso de esta memorable jornada. «Hemos —dice Lenin— dado la consigna: manifestación pacífica, pero algunos camaradas del Comité de la organización de Petrogrado han dado otra

que nosotros nos hemos apresurado a anular sin lograr, sin embargo, por falta de tiempo, impedir su difusión, y las masas siguieron la consigna del Comité de Petrogrado... El Comité de Petrogrado se ha inclinado a la izquierda algo más de lo necesario. Eso es indudablemente un crimen extraordinario (sic). El aparato del partido ha resultado ser defectuoso: nuestras decisiones no han sido aplicadas por todos... Creemos que ése es un crimen enorme... No habríamos permanecido un solo instante en el Comité central si ese acto hubiese sido tolerado a sabiendas.»

Lenin se impuso: su resolución fue adoptada por 71 votos contra 38 y 8 abstenciones. Las demás resoluciones propuestas por él (había preparado toda una serie para las cuestiones inscritas en el orden del día) fueron aprobadas por gran mayoría.

Quedaba pendiente la elección del Comité central, que debía celebrarse en la última sesión. Lenin había preparado su lista. De los nueve candidatos propuestos por él, la Conferencia aceptó a siete. En cierto modo, la Conferencia impuso «por su propia iniciativa» a Sverdlov, quien había presidido casi todas las sesiones y al que Lenin, por un olvido inconcebible, había omitido en su lista. Los moscovitas obtuvieron un puesto en el Comité para Noguin, uno de sus principales dirigentes.

Así se formó este Comité leninista, bastante homogéneo, que debería secundar a su jefe en el período crítico que iba a iniciarse. Rápidamente se estableció una diferenciación. Se formaron tres grupos. Con Zinoviev, acantonado en sus funciones de secretario o casi, y Kamenev, del que se servía para mantener el contacto con los círculos soviéticos, Lenin formó una especie de Buró Político que asumía la dirección general. Stalin, Sverdlov y Smilga (un joven periodista de origen báltico) quedaron encargados de encaminar el trabajo del Comité central hacia la secretaría del partido, a

la cabeza de la cual se encontraba una vieja bolchevique, Stasova, hija de un eminente jurista y sobrina de un célebre crítico de arte, que había roto completamente con su medio. Los comitards Noguín (Moscú), Fedorov (Petrogrado) y Miliutin (Saratov), absorbidos por su trabajo en las organizaciones locales, no ejercían gran influencia en las deliberaciones del Comité. Como siempre, cuando las circunstancias exigían de él un trabajo y una tensión nerviosa extremas, Lenin tuvo que pagar el precio de su victoria. Cayó enfermo y tuvo que guardar cama durante una semana. En este breve respiro fue cuando concibió el proyecto de dedicar un folleto a la Conferencia que acababa de celebrarse y de resumir los resultados logrados. Se puso a trazar el esquema. Una vez restablecido, no siguió adelante con el proyecto, pero el esquema ha sido conservado y gracias a él se puede reconstituir con bastante exactitud la línea general de acción que se estaba trazando Lenin después de la Conferencia de abril.

El desengaño con que comprueba, al iniciar ese esquema, que «las victorias demasiado fáciles de febrero habían provocado un caos de frases y de éxtasis», no es nuevo en Lenin. Lo que conviene observar es la serie de deducciones que de él saca. Al haberse confundido de pronto en dicho «caos» las clases, nació de ello una «democracia revolucionaria». Esa «democracia» que Lenin se obstina en calificar de «reaccionaria» es acusada por él de cuatro pecados mortales: 1.º Apoyo de los ministros capitalistas; 2.º Propaganda en favor de la guerra imperialista; 3.º Oposición a que los campesinos tomen la tierra inmediatamente; 4.º Reprobación de la fraternización en el frente. Está compuesta esencialmente de elementos pequeñoburgueses, es decir, comprueba Lenin, de la inmensa mayoría del pueblo ruso. Son —reconoce— decenas y decenas de millones, un abismo de abismos de

grupos, de capas, de subgrupos, de subcapas. Por el momento, se balancea entre la burguesía, grande y media, y el proletariado. Este debe hacer todo lo posible por atraérsela. Eso sólo puede lograrse con un trabajo incesante, perseverante y metódico de persuasión, trabajo que sólo puede llevar a cabo un partido organizado. En consecuencia, el primer deber del proletariado revolucionario es constituirse en partido de clase estricta y rigurosamente delimitado, pero destinado a operar en un radio de acción muy vasto. Esta acción va a continuar en condiciones nuevas, en condiciones que el antiguo partido no podía pensar durante su existencia ilegal en la clandestinidad. De una actividad de conspiradores, de un trabajo de topos, nos transportamos a un ambiente de «inaudita legalidad». No se trata ya de pequeños cenáculos restringidos. «Decenas de millones se alinean ante nosotros.» Esta acción en plan gigantesco, antes inconcebible, se ejercerá «en la atmósfera de la espera de un hundimiento social como jamás se ha visto, y cuyas causas serán la guerra y el hambre». De ello resulta, concluye Lenin, que hay que permanecer «firmes como una roca» en la línea proletaria frente a las vacilaciones pequeñoburguesas, actuar sobre las masas mediante la persuasión, y prepararse para una revolución «mil veces más fuerte que la de febrero». Para poder realizar ese plan se necesita una poderosa afluencia de fuerzas nuevas. Hay que «decuplicar los equipos de propagandistas y agitadores». Desgraciadamente, faltan hombres. ¿Cómo hacer, entonces? «No lo sé —declara Lenin—, pero sé perfectamente que sin eso es inútil y vario disertar sobre la revolución proletaria.»

Mientras escribía esas líneas, Trotski acababa de hacer su aparición en Petrogrado.

Después de haber sido expulsado de Francia en septiembre de 1916 y de España en el siguiente mes de noviembre, Trotski había ido a parar a Nueva York. Allí fue donde le sorprendió la noticia de la revolución. Se puso en camino inmediatamente. Embarcó en un vapor noruego, pero fue desembarcado en Canadá por las autoridades inglesas y encerrado en un campo de concentración. Cuando su detención fue conocida en Rusia, la prensa socialista de todas las tendencias hizo vivas protestas. Sir George Buchanan envió entonces a los periódicos un comunicado diciendo que los rusos detenidos en Canadá viajaban «con subsidios proporcionados por la Embajada de Alemania con el propósito de derrocar al Gobierno provisional». La *Pravda* bolchevique replicó en su número del 16 de abril: «Esa es una calumnia evidente, impúdica e inaudita», y conminó al embajador a declarar de dónde había recibido esa información. Buchanan no contestó. Más tarde, en sus Memorias, explicó que la iniciativa de la detención había sido efectivamente del Gobierno inglés, el cual la había comunicado enseguida a Miliukov. Este le dijo entonces que esperaba que Trotski fuese retenido en Canadá el mayor tiempo posible. Trotski no quedó libre sino el 29 de abril, después de los acontecimientos que provocaron la salida de Miliukov. El 5 de mayo llegaba a Petrogrado.

No tardó en orientarse en la nueva situación. Los ingleses habían hecho un buen trabajo. El jefe del Soviet de 1905 se presentaba demasiado tarde. Todas las primeras filas del teatro de la revolución estaban ya ocupadas, y bien ocupadas. Los partidos se habían formado y delimitado. Cada uno tenía su órgano director definitivamente constituido. No le quedaba a Trotski más que formar su propio grupo o entrar como subalterno en alguno de los partidos existentes. Prefirió la solución intermedia, y

encabezó un grupo minúsculo, de tendencia «mediadora», en el que, fuera de Lunatcharski, que llegó unos días después que él en un «vagón sellado» con Martov y Axelrod, no hay personajes destacados, y, en espera de la ocasión de «colarse», se dedicó a atraerse a las multitudes y a ganar el máximo de popularidad en los medios proletarios de Petrogrado. Se le vio aparecer en los innumerables mítines que se celebraban entonces en la capital desde la mañana hasta la noche. Y como seguía siendo un orador muy brillante y no se había olvidado el papel que desempeñó en 1905, su éxito personal fue rápido y grande. Hablaba en las fábricas, en los teatros, en los circos. Lo que decía no lo alejaba mucho de las tesis de Lenin. Y atacaba con vehemencia a los aliados, sobre todo a Inglaterra. En cuanto llegó se dedicó a atacar a sir George Buchanan, en quien veía, no sin razón, al principal responsable de sus desgracias. Publicó una carta abierta dirigida al sucesor de Miliukov: «¿Estima usted, señor ministro, que es correcto que Inglaterra esté representada por una persona que se ha enlodado a sí misma lanzando una impúdica calumnia, y que no ha movido un solo dedo, después, para rehabilitarse?» La carta quedó sin respuesta. Pero el tono estaba ya dado. Y pronto se oyó decir en los círculos moderados del Soviet que Trotski «era peor que Lenin».

Este observaba con atenta mirada la ruidosa actividad de su adversario de antaño. No le disgustaba. Y en ese momento necesitaba hombres. Tal vez pensaba ya en la necesidad de preparar los cuadros del futuro Gobierno. En todo caso, resolvió entrar en contacto con Trotski y su grupo. El 10 de mayo se presentó en una reunión de los trotskistas para hacerles una proposición concreta a título personal, pero de acuerdo con «algunos miembros del Comité central.»[19](#)

¿De qué se trataba? Acabamos de ver que Lenin proyectaba un desarrollo muy intenso de la propaganda bolchevique para hacer frente a una situación nueva. Un solo periódico, tal como la *Pravda* de entonces, no bastaba. Quería hacer de *Pravda* una gran hoja popular que tuviera una amplia difusión y que llegara a la masa de los sin partido, políticamente poco educados, y crear un nuevo órgano central en el que se tratarían, para uso de los militantes bolcheviques, las cuestiones de programa y de táctica que se planteasen ante el partido. Para aplicar esta nueva fórmula de acción necesitaba buenos periodistas, y éstos eran más bien escasos entre los bolcheviques. Lenin pensó en Trotski, que tenía una gran experiencia de pluma y que sabía dirigir un periódico, recordó probablemente los brillantes artículos que le proporcionaba Lunatcharski en Suiza, antes de dejarse arrastrar por el canto de las «sirenas de Capri». Decidió entenderse con el grupo de Trotski, que había adoptado frente al Gobierno provisional y los partidarios de la guerra «hasta el final» la misma actitud que el partido de los bolcheviques. Prácticamente, la proposición de Lenin se reducía a esto: entraría un representante del grupo Trotski en cada uno de los dos nuevos órganos que iban a ser lanzados próximamente por el Comité central. Pensaba en Trotski como redactor jefe del nuevo *Pravda*, mientras que Lunatcharski formaría parte de la redacción del futuro órgano central. Los trotskistas aceptaron presurosos su oferta y concertaron con el partido bolchevique una alianza que había de desembocar pronto en una fusión completa. Al ser informado oficialmente de la iniciativa de Lenin, el Comité central la aprobó y empezó a discutir con Trotski las condiciones materiales de su colaboración.

El Comité de Petrogrado no tardó en ser informado. No le agradó el proyecto de Lenin de publicar dos hojas,



controladas una y otra por el Comité central. Anunció que pensaba publicar un periódico propio. Una organización como la suya, estimaba el Comité bolchevique de la capital, bien tenía derecho, si no es que el deber, de poseer su órgano propio y no tener que mendigar continuamente a *Pravda* el favor de cederle una o dos columnas.

Al enterarse, Lenin quedó desagradablemente sorprendido. Asistió a la sesión del Comité. «No comprendo —declaró a los comitards— por qué en los precisos momentos en que las conversaciones con el camarada Trotski, referentes a su participación en la publicación de un órgano popular, han entrado por buen camino, el Comité de Petrogrado manifiesta el deseo de tener un periódico propio. En las capitales y en los grandes centros industriales del extranjero no existen órganos especiales. Esa división de las fuerzas es perjudicial. Un órgano especial del Comité de Petrogrado no tiene razón de ser. Como centro local, Petrogrado no existe. Es el centro geográfico, político y revolucionario de toda Rusia. Todo lo que ocurre aquí sirve de ejemplo y de lección a todo el país. En consecuencia, la actividad de la organización bolchevique de la capital no puede ser tratada en un plano puramente local.» Por eso había venido a proponer al Comité de Petrogrado que participase en la redacción del futuro periódico popular con voto deliberativo y en la del nuevo órgano central con voto consultivo.

Su ofrecimiento tropezó con la oposición en masa de los dirigentes del Comité. El que se mostró más hostil fue Kalinin, un viejo militante, obrero auténtico, que gozaba de un gran prestigio entre sus camaradas. Había sido elegido miembro suplente del Comité central en Praga en 1912. Sin embargo, no se sabe por qué motivo, en la reciente Conferencia se había preferido al insignificante Federov y aquél no formó parte del nuevo Comité central. «Me

pregunto —dice en resumen—, por qué el Comité central se muestra tan hostil al proyecto del Comité de Petrogrado. Para servir a los intereses específicamente locales, nuestra organización debe poder conservar cierta autonomía. En *Pravda* se nos hace esperar durante semanas antes de publicar nuestros textos. Y en lo que se refiere a las fluctuaciones que el Comité central parece temer por nuestra parte, ¿no las ha tenido él también a veces? Tomemos como ejemplo *Pravda*. En primer lugar, ha seguido cierta política. Llegaron los camaradas Stalin, Muranov y Kamenev y el timón fue dirigido en otro rumbo. Hasta la llegada del camarada Lenin se ocupaba de *Pravda* un Consejo. Desde entonces el Consejo entró en letargo. Lo mismo ocurrirá en el nuevo periódico.»

Molotov, uno de los miembros del mencionado Consejo, compartió la opinión. «No hay divergencias entre nosotros y el Comité central —dijo—. En lo único en que no estamos de acuerdo es en lo que concierne a la posición política de la cuestión. El alegato de que en el extranjero se conforman con un solo órgano central no prueba nada. En el estado de excitación en que vive la masa revolucionaria en Rusia, decenas de periódicos hallarían amplia difusión.»

Volodarski, un trotskista que no tardará en convertirse en un ardiente bolchevique, opina lo siguiente: «Si el camarada Trotski está de acuerdo para crear un periódico popular del Comité central, ¿por qué no había de hacer la misma cosa por un órgano de nuestro Comité? La actitud adoptada por el Comité central con respecto a la publicación por el Comité de Petrogrado de su propio periódico indica el deseo del Comité central de intervenir en el trabajo de nuestra organización.» A continuación intervinieron otros oradores. Se dijo que el Comité de Petrogrado debía continuar su marcha en vanguardia, siempre hacia la izquierda, y que no había que dejarse oprimir por el Comité central, que era un

error tender la mano a Trotski, esa especie de veleta cuya exacta posición política era imposible determinar, etc.

Lenin se vio obligado a pedir de nuevo la palabra. Ignoro por qué su segundo discurso, que sin embargo figura en el acta de la sesión, ha sido omitido en la reciente edición de sus obras. (Tampoco figura en ninguna de las ediciones anteriores.) Esto es un motivo más para que figure aquí.

Lenin planteó directamente la cuestión: «Según ustedes, ¿quién es el que debe mover los hilos? ¿El Comité de Petrogrado o el Comité central? Hablar de la pretendida necesidad de la multiplicación de los periódicos en la hora actual es hablar a la ligera. Lo mismo que cuando se protesta contra una pretendida opresión del Comité de Petrogrado por el Comité central. Se ha dicho aquí que la línea de conducta de la organización de Petrogrado debería tener una tendencia más izquierdista. Eso es peligroso, pues significa: perecer. Estar un poco más a la derecha ¿es conservar... a Trotski? Ya sabemos a qué atenemos en cuanto a sus opiniones. Pero de cualquier modo, es una fuerza literaria de primera clase. Y además en el interior de las fluctuaciones pueden ser tolerados algunos límites y deben incluso existir... Si os veis obligados a esperar semanas para que aparezca vuestro texto en *Pravda* es porque falta espacio... Poseemos muy pocas fuerzas literarias y no obstante habláis de editar dos o tres periódicos a la vez. Pero en caso de que vuestra empresa no tuviese éxito, la responsabilidad recaería de todos modos en el Comité central. Es costumbre atribuir todo a su influencia... Si no estáis contentos de su línea de conducta, demostrad en qué es mala. Mientras tanto, haced una prueba y esperad a ver el resultado del nuevo periódico.» Y para calmar la desconfianza y la susceptibilidad del Comité de Petrogrado, propuso nombrar una comisión que se ocuparía de establecer las garantías ne cesarias contra la

presión que pudiera ejercer eventualmente el Comité central sobre los representantes de la organización de Petrogrado en el seno del futuro periódico. Una resolución, redactada por Lenin en este sentido, fue sometida a la asamblea.

Antes de pasar a la votación, el camarada Tomski, un comitard de los más enérgicos, quiso decir su opinión: «No se trata de estar un poco más a la izquierda o un poco más a la derecha; se trata de saber si el Comité de Petrogrado mandará en su casa. El Comité central se interesa por los acontecimientos y cuestiones de alcance mundial... No escribís en ruso y no toda la gente comprende vuestros artículos. ¿Sobre qué queréis asentar vuestro órgano popular? ¿En Trotski? Se trata de una ballena que se balancea constantemente... Queremos disponer de nuestro propio voto, no deseamos hacer el papel del pariente pobre ante el Comité central... Poco nos importa la polémica con Plejanov. Olvidémoslo... Sería curioso ver cómo los camaradas del Comité de Petrogrado, con voz consultiva, se las arreglarían para tratar de convencer en la redacción del órgano central a los camaradas Lenin y Zinoviev. Yo no les aconsejaría que tratasen de hacerlo... En el nuevo *Pravda* no habrá más espacio para nuestros artículos sobre la vida cotidiana del que había en la antigua. Si adoptáis la opinión del camarada Lenin, la experiencia os enseñará que no sois más que unos ingenuos y unos tontos.»

Se votó. La resolución de Lenin fue rechazada por 16 votos contra 12. ¡Estaba en minoría! Esta enojosa situación no duró mucho tiempo. Alguien tuvo la idea de proponer una moción: ¿no habría medio de reconsiderar la decisión tomada en la última sesión, con respecto a la necesidad para el Comité de Petrogrado de tener su periódico propio? La votación se empató: 14 a favor y 14 en contra. Eso ya estaba mejor. Se decidió invitar a los comités de distrito a

que expresasen su opinión sobre la cuestión en un plazo de ocho días. Lenin supo aprovecharlo. Inmediatamente después dirigió a todos esos comités una circular: «Se ha originado un conflicto entre el Comité central y el Comité de Petrogrado. Es de la mayor importancia y sumamente deseable que los miembros de nuestro partido en Petrogrado participen en el mayor número posible en la discusión de este conflicto y ayuden con sus decisiones a solucionarlo... En caso de tener, camaradas, serios motivos para no conceder vuestra confianza al Comité central, decidlo francamente. En este caso, nuestro Comité central considerará un deber llevar el asunto a un Congreso... Pero si esa desconfianza no existe, sería injusto e irregular pretender que el Comité central no tiene el derecho que le fue concedido por el Congreso del partido de dirigir el trabajo del partido en general y el de la capital en particular.»

De este modo, la cuestión fue trasladada de la «cima» a la «base». Esta no se apresuró a pronunciarse. De los 18 comités, solamente dos enviaron sus respuestas por escrito en forma regular, aprobando la iniciativa de la organización de Petrogrado. Seis se conformaron con declaraciones verbales (cinco a favor de Lenin y una en contra). Y diez no contestaron. En la reunión del Comité que se celebró el 6 de junio, Volodarski se quejó vivamente. «Si seguimos a este paso, vamos a tardar dos meses», dijo, y propuso conceder un nuevo y último plazo de quince días. Tres días después, los acontecimientos tomaron un giro tal que los comitards de Petrogrado no volvieron a pensar en su periódico.



# **XIX**

## **AL ASALTO DE LA DEMOCRACIA BURGUESA**

La crisis provocada por la nota del 18 de abril tuvo su desenlace el 5 de mayo siguiente. Miliukov se vio obligado a abandonar el ministerio. Así, pues, apenas un mes después de la llegada de Lenin, el hombre que había hecho todo lo posible para impedir que apareciera en el escenario de la política rusa, tenía que abandonar el poder. Pero las cosas no pararon ahí. El ministro de la Guerra, Gutchkov, un gran capitalista de Moscú, se solidarizó con Miliukov y dimitió también. El príncipe Lvov, presidente del Consejo, quiso retirarse, pero como el Soviet se negó a tomar el poder hubo que fabricar un ministerio llamado de «coalición en el que entraron seis socialistas. Kerenski ascendió de grado, al convertirse simultáneamente en ministro de Guerra y de Marina. Pero los Negocios Extranjeros siguieron en manos de un «capitalista», el joven industrial Terechtchenko, un experto hombre de negocios activo e inteligente que durante la guerra había sabido aumentar todavía más su inmensa fortuna, y que era muy bien visto además por sir George Buchanan, que era lo esencial. En efecto, en materia

de política exterior nada había cambiado en absoluto, y el sucesor de Miliukov se había apresurado a tranquilizar al embajador. Los obreros, según él, empezaban a asquearse de Lenin, que no tardaría en ser detenido.

Desde el principio, Lenin había adoptado una actitud abiertamente hostil frente a esta nueva «combinación» en la que no vio más que una servil imitación de los procedimientos familiares al parlamentarismo burgués. Ese ministerio de coalición era, según Lenin, «un ministerio de ilusiones pequeñoburguesas». No merecía ni confianza ni apoyo.

Tal era la situación política en el momento de abrirse el primer Congreso Panruso de los Soviets, que se presentaba como los verdaderos Estados Generales de la democracia revolucionaria. Las elecciones para el Congreso habían dado una mayoría aplastante al bloque de los mencheviques y de los socialistas— revolucionarios. De los 822 mandatos con voto deliberativo les pertenecían 533, ya que casi todas las pequeñas fracciones les seguían. Los bolcheviques no contaban más que con 105 delegados. Los trotskistas no pasaban de una veintena. Se veía claramente que el Congreso aprobaría plenamente la política del Soviet de Petrogrado y, puesto que éste se había pronunciado por la participación en el Gobierno, que daría su apoyo al nuevo ministerio.

El Congreso se abrió el 3 de junio. La primera sesión transcurrió en saludos y felicitaciones. Al día siguiente se abordó la cuestión de la actitud que debía adoptarse frente al Gobierno de coalición. El nuevo ministro socialista, Zeretelli, hizo de él una apasionada apología. Decía que era «el verdadero Gobierno nacional, encarnación de la totalidad de las fuerzas vivas del país, único poder posible y cuya existencia acaba de justificarse plenamente». «Actualmente —agregó en un tono absolutamente



categorico— no hay en Rusia un partido político capaz de decir: Entregadnos el poder; idos y dejadnos que ocupemos vuestro lugar. Ese partido no existe.» Entonces surgió del medio de la sala una réplica breve y perentoria: «Ese partido existe.» Era Lenin, cuyo turno en la tribuna había de venir poco después y que, perdido entre la multitud de los delegados, no había resistido la tentación de contestar al orador. Helo aquí en la tribuna, contemplado como un bicho raro por todos estos provincianos, campesinos acomodados, comerciantes medianos, intelectuales pequeñoburgueses devotos de Zeretelli y de Chernov, ascendido a «ministro de los campesinos rusos». A todos ellos les han dicho incansablemente: «Lenin es la anarquía, la guerra civil. Es necesario huir de él como de la peste.» Ahí está, en carne y hueso, esta «peste» bajo el aspecto de un hombrecillo rechoncho, de enorme cráneo pelado, con la perilla rojiza, simple pero correctamente vestido. Sukganov, en su calidad de miembro del Ejecutivo, estaba instalado en el estrado muy cerca de la tribuna de los oradores y lo había observado atentamente: «En este ambiente poco familiar, frente a sus enemigos jurados, en medio de una multitud hostil, Lenin no se sentía a gusto y su discurso no resultó quizá muy brillante», desde el punto de vista de la forma. Pero su contenido era altamente significativo.

Todo el mundo está de acuerdo, comprueba Lenin, para reconocer que el primer Gobierno Provisional era malo. Pero el que le sucedió: ¿en qué se diferenciaba del anterior? Ya hace un mes que está en el poder: ¿qué es lo que ha hecho? Después de este exordio, el orador va al grano: «El ciudadano ministro ha dicho que no existe en Rusia un partido político que estuviese dispuesto a asumir por sí solo las responsabilidades gubernamentales. A esto yo respondo: este partido existe. Ningún partido puede negarse y nuestro partido tampoco lo haría. En cualquier momento está

dispuesto a tomar el poder.» El grupo bolchevique aplaudió, pero estos aplausos son cubiertos por una ola de risas que inunda la asamblea. ¡Vaya, después de todo es divertido este «monstruo» al que tanto se temía! Lenin no se deja desconcertar. «Podéis reiros lo que queráis», replicó desdeñosamente a su auditorio, y prosiguió imperturbable su discurso: La Conferencia bolchevique del 29 de abril ha fijado un programa que enuncia las medidas que su partido pretende aplicar una vez investido del poder. «El ciudadano ministro parece ignorarlo. Trataré, pues, de presentarle un resumen vulgarizado.» Clavándole la mirada burlona al pálido georgiano barbudo, con los pulgares hundidos en el chaleco, Lenin martillea sus frases: «¿Crisis económica? Se exigirá la publicación inmediata de los beneficios inauditos, que alcanzan de 500 a 800 por ciento, realizados por los capitalistas sobre los abastecimientos de guerra. He aquí lo que tenéis que hacer de inmediato si queréis llamaros «democracia revolucionaria». No se trata del socialismo, es simplemente abrir los ojos al pueblo, mostrarle el verdadero aspecto de la partida que juega el imperialismo y cuyo objetivo es el patrimonio nacional, así como centenares de millares de vidas humanas.» Ahora agita los brazos, los puños se le crispan amenazadores: «¡Detened 50 ó 100 de los más grandes capitalistas, en lugar de sentaros junto a ellos en el Gobierno como lo hacéis ahora, ministros demócratas! Basta con tenerlos detenidos durante algunas semanas, aunque no fuese más que en las mismas condiciones de privilegio de que goza Nicolás Romanov, para obtener de ellos la revelación de todos sus fraudes y maquinaciones, que han costado y continúan costando diariamente a nuestro país muchos millones.» Ahora ya nadie tuvo ganas de reírse.

Kerenski quiso disipar la impresión producida por las palabras de Lenin. En un discurso brillante y vacío, hizo

malabarismos con las sonoras palabras de humanidad, justicia, democracia, y lanzó al jefe de los bolcheviques en pleno rostro este violento apóstrofe: ¿Somos socialistas o bestias policíacas?, lo que provocó atronadores aplausos. El honor de la asamblea quedaba a salvo.

Mientras que la «democracia revolucionaria de todas las Rusias» celebraba sus sesiones en la Escuela imperial de los Cadetes, una gran efervescencia reinaba entre el pueblo oscuro de los «capotes grises». Las ordenanzas del nuevo ministro socialista de la Guerra, que trataba de restablecer por medio de disposiciones torpes e irreflexivas la disciplina del ejército, completamente relajada, habían provocado un vivo descontento entre los soldados de la guarnición de la capital. Los persistentes rumores de una ofensiva inminente, imperiosamente exigida por los aliados, colmaron ese descontento. La organización militar creada por los bolcheviques, y que se mantenía en estrecho contacto con los cuarteles, fue informada por algunos dirigentes de los comités de regimiento de que los hombres ya no aguantaban más y estaban dispuestos a levantarse en armas y a lanzarse a la calle para calmar su indignación. Era necesario tomar la dirección de este movimiento a fin de orientarlo hacia una manifestación pacífica. De otro modo, la Militar (así fue bautizada por los soldados la creación bolchevique) perdería su autoridad ante las tropas. El jefe de esta institución, Podvoiski, informó al Comité central. Se celebró una reunión a la que fueron invitados los dirigentes de la organización militar y del Comité de Petrogrado. Se decidió organizar una «manifestación pacífica del proletariado revolucionario de la capital». En la tarde del 9 de junio se fijaron volantes de las proclamas firmadas por el Comité central y el Buró central de los comités de fábrica que invitaba a la población a manifestarse pacíficamente al día siguiente, «usando del

derecho concedido a todos los ciudadanos», contra la política contrarrevolucionaria del ministerio de coalición.

Los mencheviques se aprovecharon para tratar de sembrar el pánico entre los miembros del Congreso, pero éstos no se mostraron muy alarmados. ¿Una manifestación? Era algo que se veía todos los días. Todo el mundo se manifiesta. Los camareros, los escolares de ambos sexos. ¿Acaso no se había visto recientemente manifestarse a las «mujeres de cuarenta años»? Si hubiese que temer desórdenes, eso es un asunto que corresponde al Soviet de la capital. Esto no incumbe al Congreso, que se ha reunido para ocuparse de las cuestiones de Estado y no para lanzar edictos policíacos de carácter local. Pero Cheidze sabe lo que quiere. «Si el Congreso no reacciona —exclama—, la jornada de mañana podría ser fatal a la revolución. Es necesario declararse en sesión permanente y pasar así la noche.» Su deseo fue satisfecho. La sesión se reanudó a la una de la madrugada. Gegetchkori, compatriota y correligionario político de Cheidze, quien se había procurado un ejemplar de la proclama bolchevique, lo exhibió triunfalmente al Congreso y le exhortó a infligir una buena lección a los que se atreven a atentar contra la libertad. «¡Abajo las manos sucias!», gritó con énfasis.

Finalmente, el Congreso decidió dirigir una proclama a los obreros y a los soldados. Se les diría: «Los que os impulsan a manifestaros contra el Gobierno, cuyo mantenimiento acaba de ser reconocido necesario por el Congreso de los Soviets, saben que esta manifestación va a provocar graves desórdenes. Los contrarrevolucionarios quieren aprovecharse. Acechan el momento en que la discordia fomentada en el seno de la democracia revolucionaria les proporcionará el medio de aplastar la

revolución.» Al mismo tiempo, se anunciaría que cualquier clase de manifestación en la vía pública sería prohibida en el curso de los tres próximos días. Así se hizo.

Lenin se enteró de la decisión del Congreso muy entrada la noche y juzgó prudente batirse en retirada. El Comité central fue convocado urgentemente, y a las dos de la madrugada se telefoneó a la imprenta de *Pravda* para suprimir de la primera página del número, cuya tirada iba a empezar, el llamamiento a la manifestación. Las tropas obedecieron. La jornada transcurrió en calma. Pero los hombres de la «cámara de estrellas» (así se denominaba en burla al pequeño grupo de dirigentes mencheviques y socialistas revolucionario que dirigía al Soviet) no se conformaron con esto. Opinaban que había llegado el momento de aplastar definitivamente a los bolcheviques. En una reunión colectiva de los miembros del Ejecutivo y del Buró del Congreso, que se convocó al día siguiente, Dan anunció: «Los bolcheviques han querido intentar una aventura política. A partir de ahora no se tolerará ninguna manifestación sin autorización previa y sin el consentimiento del Soviet. Los partidos que no se sometan a esta disposición serán excluidos de la democracia y expulsados del Soviet.» Eso no fue suficiente para Zeretelli. En su opinión, no basta aceptar las medidas parciales propuestas por Dan. «Lo que acaba de pasar —exclamó— es un complot. Un complot para ahogar la revolución derribando al Gobierno provisional y entregando el poder a los bolcheviques. Ello puede repetirse mañana. Se dice que la contrarrevolución levanta cabeza. No es verdad. Ya no puede hacer daño. Y sólo podría entrar por una puerta: la de los bolcheviques. Lo que hacen ahora los bolcheviques no es ya propaganda ideológica, es una conjura donde la crítica ha cedido el lugar a las armas. Que nos perdonen, pero vamos a adoptar otros métodos de lucha. A los

revolucionarios que no saben utilizar sus armas con dignidad, es necesario quitárselas. Hay que desarmar a los bolcheviques. No toleraremos los complots.»

Lenin se enteró enseguida de estas frases furibundas. Precisamente se disponía a dirigirse a la reunión del Comité de Petrogrado, donde las cosas volvían a tomar un mal cariz. Los comitards no estaban contentos. ¡Oh, no, en absoluto! Condenaban severamente la política derrotista del Comité central; en otras palabras, de Lenin, quien, en su opinión, cometía la equivocación de dejarse intimidar por las amenazas de los «conciliadores» al anular la manifestación. Había que hacerles cambiar de opinión, explicarles que la situación exigía un repliegue temporal. La vehemente filípica de Zeretelli venía muy a propósito. Lenin supo aprovecharla.

»Incluso en una guerra ordinaria —dijo al Comité— ocurre a veces que uno se vea obligado, por motivos estratégicos, a renunciar a una ofensiva fijada por adelantado. Con mayor razón en una guerra de clases. La contraorden era absolutamente necesaria. Lo que ha pasado a continuación ha venido a demostrarlo.» Recuerda a su auditorio el discurso «histórico e histérico» que acaba de pronunciar Zeretelli. «Hoy —declara solemnemente Lenin— la Revolución entra en una fase nueva... Los obreros deben darse cuenta ahora, conservando su sangre fría, que no es posible ya efectuar manifestaciones pacíficas.» Pero el proletariado responderá al discurso de Zeretelli con «un máximo de prudencia, de reserva y de organización». No debemos dar pretexto al ataque —concluyó—; que ataquen ellos y los obreros comprenderán entonces que están atentando contra su propia existencia. La Asamblea se declaró de acuerdo con Lenin.

Los bolcheviques se cobraron pronto una brillante revancha. Y fue la propia «Cámara de estrellas» quien les

permitió cobrársela.

Para mantener su prestigio entre las masas, la Cámara decidió, a su vez, organizar una manifestación grandiosa en honor del Congreso. Únicamente las consignas adoptadas por todos los partidos debían figurar en los carteles que formarían, como de costumbre, la principal atracción de la manifestación. O sea: ¡Unión de la democracia alrededor de los Soviets! ¡Confianza en los ministros socialistas! ¡Abajo la escisión! ¡La división de la democracia es la victoria de la contrarrevolución! ¡Por la Asamblea Constituyente hacia la República democrática!, etc... Los bolcheviques anunciaron que participarían en la manifestación, pero con sus propias consignas, que fueron publicadas en *Pravda* del día 14 (la manifestación había sido fijada para el 18). Las consignas eran: ¡Abajo la contrarrevolución! ¡Abajo los diez ministros capitalistas! ¡Abajo los imperialistas «aliados»! ¡Contra el desarme de los obreros! ¡Todo el poder para los Soviets! ¡Abajo los capitalistas!, etc... Cada fábrica, cada regimiento, era invitado a discutir las y a adoptarlas al dirigirse a la manifestación, la cual debía ser, especificaba el periódico bolchevique, no un simple paseo, sino una revista general de las fuerzas del proletariado revolucionario.

Las masas obedecieron al llamamiento del partido bolchevique de un modo que superaba todas las previsiones. Los 500.000 manifestantes que desfilaron durante seis horas continuas en el Campo de Marte ante la tribuna de honor donde se hallaba la «Cámara de estrellas» y los miembros del Congreso, llevaban en la mayoría de sus cartelones las consignas lanzadas por *Pravda*. Los escasos carteles mencheviques y socialistas— revolucionarios que surgían de vez en cuando aquí y allá no hacían más que resaltar su aislamiento. El periódico de Dan y de Zeretelli reconocía al día siguiente que «la organización de los bolcheviques había tenido un gran papel en la

manifestación». Pero que sus lectores se tranquilicen: «No hay motivo para creer que la mayoría de la democracia revolucionaria de Petrogrado, la de los soldados y los obreros, marche detrás de los leninistas.» Lenin supo comprender y pulsar muy exactamente el alcance de esta jornada: «El 18 de junio ha sido el escenario de la primera manifestación política que haya demostrado, no por medio de un libro o de un periódico, no por la voz de los jefes, sino por la actitud de las masas mismas, cómo las diferentes clases piensan actuar para ahondar la revolución.»

El Congreso finalizó el 24. Lenin, agotado, sintió nuevamente la necesidad de descansar algunos días. Se trasladó a casa de unos amigos en un pequeño pueblo de Finlandia. Durante su ausencia se inauguró la segunda Conferencia urbana de la organización bolchevique de Petrogrado, el 1 de julio.

Se sentía venir el peligro. El 18 de junio, el mismo día en que medio millón de obreros y soldados de la capital se habían manifestado contra la «carnicería imperialista», en un sector del frente sudoeste la ofensiva prometida a los aliados se desencadenaba con grandes dificultades. Los primeros éxitos, bien pequeños, pero que la propaganda oficial había inflado, fueron explotados para tratar de reanimar el entusiasmo guerrero de las masas. Pero no dio resultado. Más tarde, a fin de mes, se supo que el enemigo había recuperado la iniciativa y que no solamente los «ejércitos de la revolución» habían tenido que abandonar el terreno ganado, sino que además, cruelmente castigados, se hallaban en plena derrota. Esta noticia puso en ebullición las fábricas y los cuarteles de Petrogrado; al igual que hacía un mes, la gente trepidaba de impaciencia. Los hombres ardían en deseos de ajustarle las cuentas al «Gobierno de traidores y de capitalistas».



El primer regimiento de ametralladoras resolvió tomar el asunto en sus manos. Sus delegados se presentan en la sesión de apertura de la Conferencia bolchevique y anuncian que su regimiento ha decidido derrocar al Gobierno provisional «que quiere aplastar la revolución continuando la guerra hasta la victoria final». Se les contesta que el Comité central, al no considerar propicio el momento actual para una operación de este género, pide a los miembros del partido que se abstengan de cualquier clase de actos y gestiones irreflexivas. Entonces los delegados ametralladores se enfadan y declaran que prefieren abandonar el partido antes que actuar en contra del mandato que les había sido dado. Dicho lo cual se retiraron.

El regimiento decide obrar por su cuenta. Envía delegados a otros regimientos bolcheviques para proponerles una acción conjunta. Habiéndose puesto de acuerdo con ellos, hace saber a la fábrica vecina «El Viejo Parviainen» que necesita sus camiones. Los obreros dejan el trabajo. Se celebra una reunión en el patio. Los soldados explican que es absolutamente necesario derribar inmediatamente al Gobierno de Kerenski y compañía. La discusión comienza. Finalmente, se adopta la resolución de unirse a los soldados. Los obreros corren a sus casas a buscar las armas. Se ponen en movimiento los motores, y los camiones arrancan cargados de hombres y ametralladoras. Son las tres de la tarde. A las cuatro, el Comité central (en ausencia de Lenin dirigen el trabajo Stalin y Sverdlov), junto con el Buró de la Conferencia, redacta un llamamiento a la calma, destinado a aparecer al día siguiente en *Pravda*. Los miembros de la Conferencia se dirigen apresuradamente a las fábricas para convencer a los obreros de que deben mantenerse tranquilos. No les dejan hablar. Algunos de ellos, confundidos con los mencheviques,

son arrojados a la calle con brutalidad. De regreso al Hotel Kchesinskaia los «pacificadores» dan cuenta del fracaso de su misión. Entonces, aceptando el hecho consumado y confesándose impotentes para detener el movimiento, el Comité central decide situarse a la cabeza del mismo. Se redacta un llamamiento a los obreros y a los soldados, pidiéndoles que salgan a la calle a fin de manifestarse en favor de la entrega del poder al Soviet. Es fácil notar el matiz. No se trata de ningún modo de orientar a los manifestantes hacia el Palacio de Invierno, sede del Gobierno, para atacarlo. Se limita a recomendar a los obreros que se «manifiesten». ¿Pero acaso no lo han hecho ya con gran brillantez hace apenas dos semanas? Pues bien, se hará una vez más; así el asunto será solucionado y las apariencias salvadas.

Un camarada corre a la imprenta de *Pravda* para retirar el llamamiento a la calma que se envió por la tarde. Llega en el momento en que las máquinas se preparan a tirarlo. No es posible substituir el texto compuesto y el número aparecerá adornado con un gran blanco en pleno centro de la primera página. Pero un volante especial, redactado a toda prisa, informará a las masas acerca de la resolución que acaba de adoptar el Comité.

Antes de lanzarse a la acción, los ametralladores habían enviado delegados a Cronstadt. Esta «república de los marineros» no había sido completamente bolchevizada. En el Soviet local, la mayoría pertenecía a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios. Pero eran hombres enérgicos y decididos, dispuestos a tomar las armas con el menor pretexto. El vicepresidente del Soviet, el aspirante de Marina Iliin, quien a la edad de veinticinco años se había creado, con el sombrío seudónimo de Raskolnikov, la reputación de un «viejo bolchevique», gozaba de gran influencia. Pero era un pequeño estudiante de Medicina,

Rochal, anarquista recién salido del colegio, el que ejercía sobre los rudos marinos del Báltico una autoridad casi absoluta. Uno y otro eran consumidos por la fiebre revolucionaria. La invitación de los ametralladores les agradó. «Contad con nosotros», les respondieron.

En efecto, en la mañana del 4 de julio se vio abordar el muelle Nicolás a toda una flotilla procedente de Cronstadt, alrededor de 20.000 marineros y obreros con armas y bandas de música, conducidos por Raskolnikov y Rochal. Tan pronto como desembarcaron se dirigieron en línea recta hacia el Hotel Kchesinskaia.

Lenin, avisado urgentemente la víspera, acababa de llegar. Estaba muy descontento. Esta aventura le había pillado desprevenido: no la esperaba. Por el momento, cualquier acción de las masas le parecía inoportuna. Al comentar el famoso discurso de Zeretelli, había dicho: «La era de las manifestaciones pacíficas ha terminado.» Desde ese momento, si el partido pedía que se «echasen a la calle», sería para tomar las armas y marchar al combate. Ahora bien, la situación general, según él, no lo permitía todavía, pues habría que atacar al mismo tiempo que el Gobierno provisional, lo cual no era difícil, al Soviet que seguía apoyándolo, lo que ya resultaba menos fácil, dado que este último había conservado todo su prestigio (eso creía Lenin por lo menos) a los ojos de las masas. En el reciente Congreso de los Soviets había proclamado con orgullo que su partido estaba dispuesto en todo momento a tomar el poder. Pero había que entenderse: tomar el poder es una cosa, mantenerse en él es otra. Si aunque materialmente la cosa podía tener éxito, políticamente el partido no podría gobernar más que si los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que poseían todavía la mayoría del Soviet, le concedían, sino su colaboración, por lo menos su apoyo. Pero era evidente para Lenin que eso

era algo con lo que no se podía contar y después de haber chocado con un bloque de resistencia en masa por parte de la gran burguesía, de la mediana y de la pequeña, unida a los campesinos y que estaba completamente entregada a los socialistas— revolucionarios, los bolcheviques se verían obligados al cabo de algunos días a abandonar el poder, lo que les habría desacreditado definitivamente ante sus partidarios. Y, además, y sobre todo, ¿qué iba a decir el «frente»? Lenin se fiaba entonces demasiado de las peroratas de los comitards de división y de cuerpo de ejército que, manteniéndose a respetuosa distancia de las trincheras, clamaban su fe en Kerenski y socios. No creía que la masa de los combatientes hubiese sido bolchevizada suficientemente. Pero estaba convencido (y en eso llevaba toda la razón) que en el Gran Cuartel general un grupo de generales zaristas, mantenidos por el nuevo régimen en la dirección del ejército, acechaban el menor pretexto para enviar a las tropas fieles contra la capital a fin de exterminar a los «causantes de la anarquía y de la guerra civil».

Por consiguiente, Lenin se oponía a una acción armada inmediata. Pero era necesario, para frenar el impaciente ardor del proletariado revolucionario, proceder con prudencia y discernimiento. Aun no había olvidado la ola de protestas que provocó el «repliegue estratégico» del 10 de junio. Si se perseveraba por ese camino, el partido corría el peligro de crearse una reputación de moderación que le sería fatal. Era, pues, indispensable no dejar que el movimiento se desbordara, pero mostrando al mismo tiempo el mayor celo combativo, es decir, limitarse a abrir momentáneamente la válvula para dar paso al agua en ebullición y evitar así una prematura explosión general.

Mientras Lenin se hallaba discutiendo este delicado problema con sus colegas del Comité central, se anunció la

llegada del «ejército» de Cronstadt. Sorpresa desagradable para él, pues se veía arrastrado más lejos de lo que él pensaba. Lunatcharski se encontraba allí. Lenin le pidió que apareciese en el balcón para saludar a los entusiastas revolucionarios en nombre del partido bolchevique. Pero éstos deseaban escuchar a Lenin en persona y lo reclamaban con insistencia. El maestro se levantó de mala gana y se dirigió hacia el balcón mientras murmuraba: «¡Lo que merecéis todos es una buena azotaina!»

De su discurso, por lo demás breve, no se conoce más que el resumen que él mismo proporcionó poco después. Se excusó de verse obligado, dado que todavía estaba enfermo, a limitarse a pronunciar escasas palabras. Después de lo cual dirigió a los «revolucionarios de Cronstadt» un cordial saludo en nombre de los obreros de Petrogrado y expresó la certidumbre de que la divisa todo el poder para los soviets triunfaría a pesar de todas las fluctuaciones de la historia. Para terminar, les lanzó un llamamiento para que se mostrasen firmes, vigilantes y prudentes. Eso era bastante vago. Lenin había evitado cuidadosamente el dar la menor directiva precisa. Los de Cronstadt lo comprendieron de otra manera y se pusieron en marcha hacia el Palacio de Táuride. Lunatcharski, por recomendación de Lenin, los siguió en calidad de observador. En el camino, varias columnas de obreros de algunas fábricas se unieron a ellos. Marchaban con una banda de música al frente, lanzando gritos hostiles contra los ministros capitalistas y el Ejecutivo del Soviet, traidor y conciliador. A los transeúntes que contemplaban el desfile se les anunciaba que todo Cronstadt se había levantado para salvar la Revolución y que únicamente los viejos y los niños se habían quedado en casa.

A eso de las cinco de la tarde, los manifestantes se presentaron ante el Palacio donde estaba reunido el Soviet y

exigieron que los ministros socialistas compareciesen ante ellos. El Comité ejecutivo les envió a Chernov. Se inicia un coloquio. Alguien reclama que los ministros socialistas decreten inmediatamente que la tierra pertenece al pueblo. Por toda respuesta, Chernov les vuelve la espalda y quiere retirarse. Manos rudas se apoderan de él. Es llevado al interior de un auto y se le declara que está arrestado en calidad de rehén. Trotski, informado por Lunatcharski, acude y logra liberarlo. Sukhanov, que estaba presente en la escena, se dirige furioso a Raskolnikov: «¡Vamos, lárguese ya con su ejército!» El otro, visiblemente cohibido, cambió algunas palabras con Rochal, quien subió enseguida a la capota del automóvil y dirige un pequeño discurso a sus camaradas, felicitándoles por haber realizado con tanta energía su deber revolucionario, y les persuade para que vayan a los centros de recepción, donde les espera un refrigerio. Hacia allí se dirigieron en masa. Después de lo cual los hombres de Cronstadt volvieron a embarcar.

Mientras tanto se vio aparecer a Lenin en el Palacio de Táuride. No era para conferenciar con los miembros del Comité ejecutivo. Se reunió con Trotski y Zinoviev en el bar. Este último, diez meses después, en la sesión solemne del Soviet de Petrogrado, lo recordó en su discurso: «Aquí mismo —dijo— en el bar, se realizó un pequeño concilio: Lenin, Trotski y yo. Riendo, Lenin nos dijo: «¿Y si lo hiciésemos de una vez?» Pero casi enseguida añadió: No. Imposible tomar el poder en este momento. Actualmente sería irrealizable. Los hombres del frente no están todavía todos con nosotros; vendrían y aplastarían a los obreros de Petrogrado.» Trotski, que en su libro menciona también esa entrevista, recuerda una frase más que al parecer dijo Lenin: «Ahora ellos (el Gobierno) van a fusilarnos a todos. Este sería el mejor momento para ellos.» Esto era evidentemente atribuir al Gobierno provisional una energía

y un espíritu de decisión que no había tenido jamás y que no tendría nunca.

Del Palacio de Táuride, Lenin se dirigió a casa de su hermana, donde se alojaba. enseguida llegaron Sverdlov, Smilga y Podvoiski. El último, que si creemos a Trotski «era todo fuego y llamas durante las jornadas de julio», hizo a Lenin la pregunta: «¿Y ahora? El curso de los acontecimientos va a obligarnos infaliblemente a dar el paso decisivo. Después de haber manifestado su voluntad, las masas desearán con toda seguridad manifestar su fuerza. ¿Qué vamos a hacer?» La respuesta de Lenin trazaba ya con notable precisión las directivas que la situación creada por la experiencia fallida que acaba de producirse imponía al partido. En primer lugar, esta comprobación: Con su manifestación, el proletariado no ha obtenido absolutamente nada. «La clase obrera —declara Lenin— debe enterrar definitivamente la esperanza de que el poder pase pacíficamente a manos del Soviet. El poder no se transmite. Se apodera uno de él, con las armas en la mano. Tenemos que ocuparnos de reforzar nuestra organización tomando como base este axioma: El poder no se toma de una manera pacífica. Hay que hacer comprender al proletariado que todo su trabajo de organización no tiene desde ahora más objetivo que el de la insurrección, y que aunque ésta no es para mañana ni para la semana próxima, hay que proyectarla para el porvenir más próximo.» Una vez terminada la Conferencia, Lenin se trasladó a *Pravda* para corregir las pruebas del artículo que debía publicar al día siguiente. Salió de allí en las últimas horas de la tarde. Media hora después de su salida, el local era invadido por una banda de alumnos de las Academias militares que después de haberlo saqueado se retiraron llevándose los expedientes de la redacción. ¿Qué había ocurrido?

Desde el 16 de mayo, Kerenski, nombrado ministro de la Guerra, se hallaba en posesión de un informe del Gran Cuartel general, que anunciaba la existencia de pruebas irrefutables sobre la coalición de Lenin con el Alto mando alemán. Esas informaciones, especificaba dicho informe, procedían del estado mayor del sexto ejército, ante el cual se había presentado un oficial subalterno que, después de haber sido tomado prisionero por los alemanes, había sido liberado por éstos a condición de que hiciera propaganda entre sus compatriotas, a favor de la paz separada. Al despedirse de él, dos oficiales del Estado Mayor alemán le dijeron que habían confiado una misión análoga a Lenin y a un autonomista ucraniano. Esas eran, en realidad, todas las pruebas «irrefutables».

Kerenski se puso a forjar discretamente el arma de guerra que pensaba utilizar para abatir al jefe de los bolcheviques. Se ordenó una investigación secreta. El juez de instrucción recibió órdenes de reunir la mayor cantidad de pruebas que pudieran servir de apoyo a las «revelaciones» del informe. El funcionario se puso a trabajar con mucho celo, pero no pudo descubrir nada útil. Generales, magistrados y policías desfilaban ante él. Nadie pudo dar la menor confirmación a esas acusaciones. El ex jefe de la Dirección de Seguridad de Petrogrado, general Globatchev, declaró: «No se han encontrado en los servicios de la Dirección de Seguridad, por lo menos mientras yo estuve en funciones, informaciones de que Lenin haya trabajado en Rusia para perjudicar al país con la ayuda de dinero alemán.» El jefe de la sección de contraespionaje de la región de Petrogrado, Yakubov, afirmó por su parte: «No sé nada de una relación de Lenin y sus acólitos con el Gran Estado Mayor alemán, ni tampoco de los recursos con que trabajaba Lenin.»



Un tal Burstein, comerciante venal y confidente de la policía en sus horas libres, fue quien permitió que la investigación saliera del callejón al revelar la existencia de una organización alemana de espionaje en Estocolmo. Según su informe, Lenin estaba en relación con esa organización, utilizando como intermediario a su acólito Ganetzki, quien continuaba residiendo en Suecia, y era el abogado Koslovski, miembro del Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, el que servía de agente de enlace. Ese Koslovski tenía diversas ocupaciones. Al mismo tiempo que abogaba ante los tribunales y peroraba en las asambleas del Soviet, se ocupaba del tráfico de divisas y de la importación ilícita de medias de seda, asociado con Ganetzki. El examen de su cuenta bancaria permitió descubrir que recibía periódicamente fondos procedentes del extranjero. De ahí esta conclusión: el dinero entregado a Koslovski estaba destinado a Lenin. No trataron de profundizar las cosas, que parecían ya claras y definitivamente probadas.

Colocado en presencia del movimiento del 3 de julio y convencido de que había sido desencadenado por los bolcheviques, el Estado Mayor de la región militar de Petrogrado, de acuerdo con el ministro de Justicia, el socialista Pereversev, resolvió dar a conocer públicamente este asunto. Todos los periódicos de la capital recibieron una copia del «documento revelador de la traición de Lenin», con el ruego de insertarlo en su número del día siguiente. Al enterarse de ello en las últimas horas de la tarde. Stalin se precipitó al Palacio de Táuride, donde el Ejecutivo, algo repuesto ya de las emociones del día, continuaba reunido. Stalin detestaba cordialmente a «ese viejo zorro de Cheidze», compatriota suyo, al que conocía desde hacía muchos años. Pero ahora se trata de una cosa muy grave y Stalin quiere hablarle de georgiano a georgiano. Es

necesario, le dice, ahogar a toda costa en embrión esta vil calumnia. Cheidze se declara perfectamente de acuerdo con él y se apodera inmediatamente del teléfono. En su calidad de presidente del Comité ejecutivo del Soviet, y asociando a esta gestión, sin preguntarle siquiera su opinión, al ministro Zeretelli (otro compatriota), se dirige sucesivamente a todas las redacciones de la capital comprometiéndolas a no publicar el documento que les ha sido comunicado. Todos prometen no hacerlo. Hubo dos o tres respuestas reticentes, pero nadie se negó categóricamente.

Al día siguiente, 5 de julio, a las siete de la mañana, Lenin oye que llaman a su puerta. Era Sverdlov. Le puso al corriente de lo que acababa de ocurrir en *Pravda* y le mostró un periódico. Era el *Jivoe Slovo* («Palabra viva»), una hoja callejera editada por monárquicos camuflados. En primera página y a tres columnas se extendía el documento sensacional: Lenin, agente del Gran Cuartel General alemán. Fue el único, de toda la prensa de Petrogrado, que lo publicó. Pero con eso bastaba. Ya no era posible detener la marcha de la cábala antileninista. Había que esperar toda clase de excesos. La invasión nocturna de *Pravda* era una especie de advertencia. Tratarían seguramente de echarle mano a Lenin. Era necesario, por tanto, que saliera sin tardanza de su domicilio y que se escondiera en algún lugar seguro. El pequeño Sverdlov, moreno y endeble, dotado por la naturaleza de una formidable voz de bajo, era un hombre previsor y expeditivo. Ya tenía listo un refugio para Lenin. Este tiene apenas tiempo para vestirse cuando se ve arrastrado al otro extremo de la capital, donde habita, en una casa de apariencia burguesa, la secretaria de la organización militar, Selimova. Al entrar con Lenin en su apartamento, Sverdlov le anuncia perentoriamente: «Vladimir Ilich se quedará con usted. No salga y cuídelo.» Y luego se va. Pero el refugio escogido para Lenin no resultó

seguro. El palacio Kchesinskaia había sido invadido por la policía, que hizo allí un meticuloso registro. Entre los papeles recogidos figuraban los expedientes de la organización militar que contenían numerosos documentos con la firma de Selimova, en su calidad de secretaria. Era muy probable que los policías apareciesen de un momento a otro en su casa. Al pensar en esa eventualidad, Lenin le decía riendo: «A usted, camarada Selimova, sólo la detendrán. A mí me colgarán alto y corto.»

Se decidió, por tanto, «trasladar» a Lenin a otra parte. Ahora se encargó de ello Stalin. Se puso de acuerdo con uno de sus viejos camaradas, el obrero Alliluev, a quien había conocido de muy joven, en la época de sus pinitos de militante revolucionario en el Cáucaso. Lo había vuelto a encontrar en Petrogrado, ya casado y padre de familia. Su hija era mecanógrafa en la secretaría del partido bolchevique. Stalin se interesaba por ella. Más tarde será su esposa. Lenin fue llevado a casa de Alliluev. El buen hombre aceptó con orgullo el honor de alojar en su casa al jefe del partido.

En la noche del 6, Kerenski llega del frente, donde había ido a tratar de levantar la moral de las tropas. Volvía firmemente decidido a acabar de una buena vez con los bolcheviques. Su colega Terechtchenko le entregó una notita que acababa de recibir del embajador de Inglaterra. Sir George, que había observado desde las ventanas de su Embajada el desarrollo de la manifestación, estaba sumamente indignado por la ineptitud de las autoridades, que no habían podido imponer el orden en la calle, y mandó a «su» ministro de Relaciones Exteriores una nota con el programa de acción cuya realización inmediata era recomendada al Gobierno. Era necesario: 1.º Restablecer la pena de muerte en los ejércitos de tierra y mar. 2.º Conminar a los soldados que hubieran participado en la

manifestación a entregar a los agitadores que los habían arrastrado. 3.º Desarmar a todos los obreros de la capital. 4.º Crear una censura militar autorizada para suspender los periódicos que incitaran a la tropa a la insubordinación o a la población a perturbar el orden. 5.º Desarmar y transformar en batallones de trabajo a todos los regimientos de la región militar de Petrogrado en caso de que se negaran a obedecer estas órdenes<sup>20</sup>.

Kerenski no dejó de inspirarse en estas sugerencias. Los ministros se reunieron inmediatamente en consejo, y a eso de las dos de la madrugada se tomó la decisión de entregar a la justicia a todos los «jefes del motín» y de disolver los regimientos que hubieran participado en él. En las primeras horas de la mañana del día 7 se supo que se acababa de lanzar una orden de detención contra Lenin, acusado de haber fomentado un complot contra la seguridad del Estado y de estar en inteligencia con el enemigo. Stalin, acompañado por Ordjonikidze (un compatriota más) corre enseguida a casa de Alliluev. Ya están allí Krupskaia, Zinoviev, asociado a Lenin en el decreto de detención, y el moscovita Noguín, miembro del Comité central. Se ponen a discutir la cuestión. Noguín opina que hay que entregarse y aceptar el combate público ante el tribunal. «Así piensan — declara— la mayoría de los camaradas de Moscú.» Lenin observa que no habrá proceso público. Stalin se pronuncia enérgicamente contra la comparecencia de Lenin. No lo dejarían llegar a la cárcel, dice; lo degollarían en el camino. Lenin parece compartir su opinión, pero la declaración de Noguín le hace dudar. Pero de pronto llega la secretaria del Comité central, Stasova, que trae un nuevo rumor que circula por los pasillos del palacio de Táuride: se han descubierto en el Departamento de Policía pruebas irrefutables de que Lenin era un agente provocador. «Esas palabras — escribe Ordjonikidze en sus *Recuerdos*—

produjeron en Lenin una impresión increíble. Todos los rasgos de su cara se contrajeron en un temblor nervioso y replicó, en un tono que no admitía réplica alguna, que debía ir a la cárcel.»

Noguin y Ordjonikidze fueron enviados al Palacio de Táuride para obtener del Ejecutivo del Soviet que Lenin fuera conducido a la fortaleza Pedro y Pablo, cuya guarnición, bolchevizada en su mayor parte, sabría velar por su seguridad, o bien, si insistían en encarcelarlo en Kresty (prisión civil de la capital), que se dieran garantías formales de que no se atentaría en modo alguno contra su persona.

El miembro del Ejecutivo que los recibió se negó a designar la fortaleza como lugar de detención. En cuanto a velar porque el prisionero no fuera víctima de un atentado, respondió que, naturalmente, se adoptarían todas las medidas posibles para evitar cualquier acto de violencia, pero que no se podían dar garantías formales. Ordjonikidze exclamó entonces: «No lo entregaremos», y salió dando un portazo. Noguin le siguió. Al regresar a casa de Alliluev dio cuenta del resultado de sus gestiones. Se decidió que Lenin abandonara la capital.

Stalin se encargó una vez más de organizar la desaparición de Lenin. Como viejo conspirador, se movía como el pez en el agua en esta atmósfera de acción clandestina. Dejaron el asunto totalmente en sus manos. De acuerdo con el plan que trazó, Lenin iría a esconderse en los alrededores de Sestroretzk, muy cerca de la frontera finlandesa. En caso de peligro lo harían pasar a Finlandia y lo confiarían a los bolcheviques locales. Naturalmente, Stalin contaba ya con el hombre necesario: un ex obrero de la manufactura de armas de Sestroretzk, Emelianov, que poseía una pequeña propiedad en la región. En la noche del 11 al 12, después de haberse dejado afeitarse y bigote, Lenin salió del hospitalario refugio vistiendo un abrigo viejo

y una raída gorra de obrero. Lo acompañaban Stalin y Alliluev. El trayecto de la casa a la estación, bastante largo, había sido cuidadosamente estudiado de antemano para evitar cualquier encuentro molesto. De camino recogieron a Zinoviev y a Emelianov. El pequeño grupo llegó a su destino sin incidentes. A las dos de la madrugada el tren se llevaba a Lenin hacia un nuevo exilio.

Una casita al borde del lago Razliv. Allí viven el providencial Emelianov, su mujer y sus seis hijos. El lugar es encantador en verano. En los 'alrededores, coquetas villas alojan a los capitalinos de vacaciones. En los meses de julio y agosto hay una gran afluencia de ellos. Era necesario, por lo tanto, estar sobre aviso. Para empezar, se convino que Lenin y Zinoviev no saldrían del granero, que había sido arreglado para recibirlos. Lenin se adaptó muy bien y se pasaba el tiempo escribiendo artículos para *Pravda*, que, naturalmente, reapareció a los pocos días con otro título. Zinoviev se aburría mortalmente. Hacía mucho calor. Se ahogaban bajo el techo de su estrecho reducto.

Como se acercaba el tiempo de la siega, Emelianov tuvo la buena idea de alquilar un terreno, de acuerdo con la costumbre de la región, y, haciendo pasar a sus huéspedes por segadores, los instaló al otro lado del lago, donde vivían en chozas improvisadas, en el lugar mismo de su trabajo, los obreros venidos para la temporada del heno, finlandeses casi todos, que no hablaban una palabra de ruso y que no se entremetían en nada.

Así se hizo, y desde finales de julio Lenin y Zinoviev vivieron al aire libre una existencia de la que quedaron encantados. El uno volvió a su pluma y el otro, descubriéndose veleidades de cazador, trató de hacer algunos disparos. De vez en cuando recibían visitantes, cuidadosa y previamente filtrados por Emelianov, en cuya

casa debían presentarse primero, y que después los conducía a la orilla opuesta del lago.

A finales de agosto se estropeó el tiempo y empezaron las lluvias. Hubo que pensar en abandonar la «cabaña misteriosa». ¿Qué hacer? El finlandés rusificado Chotman, un miembro muy activo del Comité de Petrogrado que teñía numerosas y útiles relaciones entre sus compatriotas, se encargó de arreglar las cosas. Se convino que Lenin se trasladara a Helsingfors y que Zinoviev volviera a Petrogrado para vivir en la clandestinidad. Otro finlandés, el cerrajero Rabia, militante bolchevique, fue nombrado por Chotman guardaespaldas de Lenin, haciéndose responsable de su persona ante el partido. La operación requirió el concurso de un tercer finlandés, el maquinista jefe Yalava, empleado en la línea Petrogrado— Helsingfors. Este debía llevar a Lenin haciéndolo pasar por ayudante fogonero. Así, mientras el tren cruzaba la frontera ruso-finlandesa, el jefe del partido bolchevique, metido en la parte trasera de la locomotora y todo embadurnado de negro, simulaba mover el combustible. Por lo demás, ninguno de los encargados del control se interesó por él. En Terioki, Lenin saltó alegremente a tierra, dio un apretón de manos a su maquinista y se alejó seguido de su guardaespaldas.

La entrada de Lenin en la capital de Finlandia se llevó a cabo a una hora muy avanzada de la noche, de acuerdo con las reglas más estrictas de la táctica conspiradora. Lo esperaba el jefe de la policía municipal en persona. Una idea más de Chotman. Conocía (¿pero a qué revolucionario de su país no conocía?) al dibujante Rovio, que a principios de la Revolución había sido colocado por sus camaradas al frente de la milicia obrera de Helsingfors y que fue nombrado después para reemplazar, provisionalmente, al jefe de la policía de la capital. Aceptó presuroso la proposición. Era un hombre ordenado, metódico y bastante

instruido. Poseía en la ciudad un pequeño alojamiento muy bien instalado y una biblioteca marxista muy juiciosamente formada y que gustó mucho a Lenin. La idea de reanudar el trabajo cuyo proyecto había concebido cuando estaba todavía en el extranjero, en vísperas de la explosión revolucionaria en Rusia, le rondaba todavía en casa de Emelianov.<sup>21</sup> Entonces la cosa era materialmente imposible. Ahora tenía a su disposición casi todos los libros que necesitaba y puso manos a la obra desde el primer día que se instaló en casa del jefe de los policías finlandeses. Así nació *El Estado y la Revolución*, que sería la última de las grandes obras teóricas de Lenin.





# **XX**

## **DE LA DERROTA A LA VICTORIA**

La gran cruzada antibolchevique imaginada por Kerenski se prolongó por una decena de días, encarnizándose con la gente de menor importancia. Los dirigentes supieron refugiarse a tiempo y no fueron inquietados. Únicamente Kamenev, el más moderado de todos, se dejó sorprender, más bien por su culpa, pero fue puesto en libertad al cabo de dos semanas. Los resultados de esta campaña de «defensa de la democracia» no fueron, de todos modos, los que esperaban sus promotores. Si la burguesía, impresionada por el espantajo bolchevique que se agitó ante ella, creyó su deber apretar las filas y unir todavía más estrechamente su suerte a la del Gobierno provisional cuya presidencia pasó el 7 de julio del príncipe Lvov a Kerenski, en el mundo de las fábricas y los cuarteles las persecuciones que acababa de padecer el partido bolchevique provocaron una fuerte corriente hacia la izquierda. El número de adhesiones al partido aumento considerablemente. Además, en el seno del partido socialista-revolucionario estaba a punto de ocurrir una separación muy clara entre el ala derecha y el ala izquierda; esta última se aproximaba cada vez más a los bolcheviques.

Este era un hecho de una importancia capital cuyo alcance no podía pasarle inadvertido a Lenin. A través de «una tercera persona», su partido iba a poder poner pie en un medio que hasta entonces le había estado obstinadamente vedado: el de los campesinos. Por último, la tentativa contrarrevolucionaria esbozada por el general Kornilov, quien había visto levantarse contra él, fraternalmente unidos, a todos los obreros sin distinción de partido, acabó por ahondar el abismo entre la burguesía y el proletariado. Se oían algunas voces a favor de una nueva coalición en la cual todos los elementos burgueses serían excluidos rigurosamente y que agruparía, para el trabajo gubernamental en común, a todas las fuerzas proletarias representadas en el Soviet.

Inspirándose visiblemente en esta idea, el Comité central del partido bolchevique, tan pronto como se liquidó el golpe de Kornilov, propuso al Soviet, por medio de Kamenev, que se adoptase la resolución siguiente: «Dado que la rebelión contrarrevolucionaria de Kornilov ha sido preparada y sostenida por ciertos partidos cuyos representantes pertenecen al Gobierno, el Comité ejecutivo central de los Soviets opina que es su deber declarar que a partir de ahora cualquier vacilación en la cuestión de la organización del poder debe cesar... La única solución posible actualmente es la formación de un Gobierno compuesto por representantes del proletariado revolucionario y de los campesinos.»

Programa: proclamación de la República democrática, disolución de la Duma y del Consejo de Estado, convocatoria inmediata de una Asamblea Constituyente, confiscación de los latifundios y su transmisión a los comités agrarios, control obrero de la producción, nacionalización de las principales ramas de la industria, impuestos severos para los capitales y los beneficios, cese de todas las

persecuciones contra las organizaciones obreras, proposición a las potencias en guerra para que se concierte inmediatamente la paz.

Eran cerca de la medianoche. De los 1.200 miembros con que aproximadamente contaba el Soviet, sólo 400 se hallaban presentes. La resolución, puesta a votación, fue adoptada por 279 votos contra 115. Esta votación tuvo una resonancia enorme. Por primera vez el Soviet hablaba un lenguaje bolchevique. Los bolcheviques, alentados por este éxito, volvieron a la carga cuatro días después en la sesión del 5 de septiembre, planteando la cuestión de la renovación del Comité ejecutivo, que, según ellos, no reflejaba ya fielmente la verdadera proporción de las fuerzas políticas que existían en esos momentos en el interior del Soviet. Durante la reunión plenaria del 9, a la cual asistían alrededor de mil miembros, Cheidze ofreció la dimisión del Ejecutivo. Esta oferta fue aceptada por 519 votos contra 414 y 67 abstenciones. En Moscú ocurrió lo mismo: bajo la impresión del golpe kornilovista, el Soviet adoptó la resolución propuesta por el partido bolchevique. El Buró dimitió. El que fue designado para reemplazarlo comprendía a los dos principales dirigentes bolcheviques de Moscú: Bujarin y Noguín.

Apartado de los acontecimientos desde hacía cerca de dos meses, Lenin no conseguía, a pesar de todos sus esfuerzos, establecer un enlace continuo y regular con Petrogrado, ni sincronizar la situación revolucionaria, que evolucionaba a un ritmo precipitado, con sus propias reacciones.

El primero de septiembre, ignorando todavía el voto del Soviet de Petrogrado, pero enterado de que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios estaban decididos a rechazar cualquier participación en un Gobierno en que entrasen los «cadetes» comprometidos en la

aventura de Kornilov, Lenin se imaginó que quizá, mediante algunas concesiones, era posible obtener un entendimiento con esos partidos. El resultado fue su célebre artículo De los compromisos, destinado a *Pravda*. El artículo comienza con una declaración perentoria: Es estúpido decir que un partido revolucionario no puede aceptar compromiso alguno. Puede, y debe, estar preparado para ello. Pero su tarea consiste en permanecer, a través de todos los compromisos que le impongan ciertas coyunturas políticas o sociales, fiel a sus principios, a la clase que representa, a su misión de preparar la revolución y de educar a las masas con objeto de asegurar el triunfo de éstas. «Nuestro partido —declara Lenin—, al igual que los demás, aspira al dominio. Nuestro objetivo sigue siendo: la dictadura del proletariado revolucionario.» Pero la situación, desde la crisis del 27-31 de agosto, es tal que los bolcheviques pueden por su propia voluntad proponer un compromiso no a su enemigo de clase: la burguesía, sino a sus adversarios inmediatos: los partidos pequeñoburgueses menchevique y socialista-revolucionario.

»Los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios, pueden y deben, en mi opinión, aceptarlo, sólo para hacer posible una evolución pacífica de la revolución, cosa sumamente rara en la historia e infinitamente valiosa.» Este compromiso consistiría en volver a las reivindicaciones anteriores a la fecha del 3 y del 4 de julio y a la consigna «todo el poder para el Soviet», con un Gobierno compuesto de mencheviques y de socialistas-revolucionarios responsable ante él. Los bolcheviques, al mismo tiempo que se abstenían de participar en el mencionado Gobierno, renunciarían a la transmisión inmediata del poder por procedimientos revolucionarios a los obreros y a los campesinos. A cambio, pedirían la absoluta libertad de

propaganda para su partido. Esto permitiría, en opinión de Lenin, incitar a las masas a «democratizar los Soviets, a bolchevizarlos podría decirse, renovando su composición por medio de reelecciones parciales. Así, sin dolor y sin sacudidas, se llevaría a cabo la disgregación de los partidos en el interior de los soviets. La casualidad quiso que este artículo no pudiera ser enviado a Petrogrado ese mismo día. Al día siguiente, los periódicos le informaron que el problema del poder había sido resuelto con la formación de un Directorio de «técnicos» que tenía a su frente a Kerenski, flanqueado por el inevitable Terechtchenko. Estaba claro para Lenin que se trataba de un Gobierno de entente camuflada con la burguesía. El artículo partió de todos modos provisto de una breve posdata: un retraso accidental impidió la oportuna publicación de este texto; actualmente ya no corresponde a la situación. La evolución pacífica de la crisis, que preconiza, es ya imposible. Que se publique de todos modos con este subtítulo: Reflexiones tardías.

Hubo además otra cosa que le hizo cambiar de opinión: la noticia, recibida al mismo tiempo, del derrocamiento de la mayoría en el Soviet de Petrogrado. Días después le llegó otra análoga de Moscú. A partir de ese momento, una gran claridad roja desgarró la noche de su retiro. De pronto todo aparece con una pureza y una limpidez perfectas: el Soviet, convertido por fin en órgano del proletariado revolucionario, debe tomar revolucionariamente el poder. Y puesto que esa toma del poder no puede efectuarse sino por medio de la insurrección, ¡viva la insurrección armada de los obreros y los soldados! Esto, como se sabe, lo ha dicho Lenin muchas veces. Pero he aquí algo nuevo: ya no se trata de pensar en esa insurrección para «un futuro próximo», como le dijo a Podvoiski después de la abortada manifestación del 4 de julio. Ahora es sencillamente, si no «para mañana», a más tardar «para la semana próxima». Simple cuestión de días,

estima Lenin. Dos, tres, quizá cuatro, pero no más en todo caso.

La semana siguiente transcurrirá en febriles meditaciones. Escribe poco, calcula. De vez en cuando traslada breves observaciones en pedazos de papel que caen en sus manos. Había que prever objeciones, resistencias. Para combatirlas, Lenin necesitaba argumentos poderosos. Los conseguirá. Acostumbrado a separar las cuestiones, va a escindir el problema planteando, una tras otra, estas dos cuestiones: 1ª ¿Por qué debe llevarse a cabo inmediatamente la insurrección? 2ª ¿Qué medios prácticos deben emplearse para su realización efectiva?

Por tanto, cabe preguntarse en primer lugar: ¿por qué tomar las armas enseguida? Porque, estima Lenin, la situación en el frente interior es excepcionalmente favorable; se cuenta con la mayoría de los soviets de las dos capitales. A continuación, porque la situación internacional exige una acción rápida, inmediata. Circulan rumores sobre una eventual paz por separado entre Alemania y los Aliados, lo cual dejaría las manos libres a Alemania en Rusia para compensar los sacrificios que tuviera que hacer. Lo cual significaba el aplastamiento implacable de la Revolución, para común satisfacción de los capitalistas de los dos bandos enemigos. Por otra parte, desde la ruptura del frente Norte en el sector de Riga y desde la evacuación de esa importante ciudad, se habla de trasladar la sede del Gobierno a Moscú y de abandonar Petrogrado a los alemanes. Esto, con el propósito de decapitar la Revolución privándola de su centro y de su base. Era necesario, por lo tanto, siempre según Lenin, actuar pronto para poder prevenir por un lado las intenciones de Kerenski y por otro las de los Aliados.

De esos tres argumentos en favor de la insurrección inmediata, quizá sólo el primero podía ser considerado

como perfectamente válido. En otras palabras: en efecto, era urgente aprovechar el momento en que se disponía de la mayoría en los Soviets de Petrogrado y de Moscú, antes de que un golpe imprevisto viniera a derribarlas. Pero es difícil imaginar que Lenin, que tenía una visión perfectamente lúcida de la situación internacional, no se hubiera dado cuenta de que en ese principio del otoño de 1917, con la entrada en guerra de los Estados Unidos, los Aliados estaban más decididos que nunca a continuar la guerra hasta aplastar definitivamente a Alemania. En cuanto al abandono de Petrogrado, se hablaba de él, en efecto, en las esferas gubernamentales; pero la insurrección hubiera podido iniciarse lo mismo en Moscú (el propio Lenin, como se verá un poco más adelante, así lo reconocía también).

En segundo lugar: ¿qué había que hacer prácticamente? Es muy sencillo: no hay más que fijar el día de la insurrección teniendo en cuenta el estado de preparación de los cuadros y distribuir las tareas a los diferentes organismos políticos y militares que deben participar en ella.

De esas meditaciones nacieron las dos cartas, calificadas justamente de «históricas» por los historiadores soviéticos, dirigidas por Lenin al Comité central del partido bolchevique. Ya no era el pequeño Comité de nueve miembros nombrado en la Conferencia de abril. En el Congreso celebrado en ausencia de Lenin del 26 de julio al 3 de agosto se había elegido un nuevo Comité. Con anterioridad, dicho Congreso había admitido oficialmente en el seno del partido al grupo de Trotski, numéricamente poco importante, pero que contaba, además de con su jefe, a unos cuantos dirigentes activos y diligentes. Se les concedieron cuatro puestos en el nuevo Comité central, desmesuradamente ensanchado, que contaba ahora con 21



miembros y diez suplentes, cosa que Lenin, de haber estado presente, seguramente no habría tolerado. De ello resultó un equipo heterogéneo cuyos elementos dispares no coincidían fácilmente y no reconocían enteramente, ni mucho menos, la autoridad moral del jefe del partido. En realidad, éste no podía contar, fuera de Stalin, Sverdlov y Smilga, reelegidos en el nuevo Comité, más que con dos viejos compañeros de lucha, el letón Berzine y el polaco Dzerjinski, llevados por fin a la dirección del partido. El moscovita Noguín, que se había destacado por sus frecuentes arrebatos de independencia, recibió un refuerzo en la persona de sus dos compatriotas Bujarin y Rykov, cuya actitud de oposición a Lenin era suficientemente conocida. En cuanto a Trotski, que entró en el Comité con sus acólitos Yoffe, Uritski y Sokolnikov, no era hombre que se dejara mandar por otro: quería hacer su propio juego, y con ventaja. Tal era el nuevo areópago llamado a tomar en sus manos los destinos de la revolución proletaria en gestación y al cual se dirigía Lenin. La primera de sus cartas decía: «Habiendo obtenido la mayoría en los soviets de las dos capitales, los bolcheviques pueden y deben tomar el poder. Pueden: 1.º, porque la mayoría activa de los elementos revolucionarios es suficiente para arrastrar a las masas, vencer al enemigo, adueñarse del poder y mantenerlo; 2.º, porque al proponer inmediatamente a los pueblos en guerra una paz democrática, al entregar en el acto la tierra a los campesinos, al reconstituir las instituciones democráticas, pisoteadas y envilecidas por Kerenski, los bolcheviques formarían un Gobierno que nadie sería capaz de derribar... «¿Por qué los bolcheviques deben tomar el poder desde ahora? Porque el próximo abandono de Petrogrado dará un golpe mortal a nuestra posición y porque, bajo Kerenski, seremos impotentes para impedir ese abandono... «Se trata de aclarar ese problema para todo el partido poniendo en el

orden del día la insurrección armada en Petrogrado y en Moscú, la conquista del poder, el derrocamiento del Gobierno... «Es una ingenuidad esperar a que los bolcheviques tengan una mayoría formal. Ninguna revolución lo espera... «La historia no nos perdonará si no tomamos el poder inmediatamente. «¿Que no hay aparato gubernamental? Sí, sí existe: los soviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional nos es favorable, precisamente ahora, en vísperas de una paz separada entre ingleses y alemanes. Ofrecer la paz a los pueblos en este momento es vencer. Adueñándonos del poder simultáneamente en Moscú y en Petrogrado (poco importa donde se empezara; Moscú tal vez podría empezar) venceremos indudable e infaliblemente.»

En la segunda se leía:

»No hay que comparar la situación actual con la que existía los días 3 y 4 de julio. Entonces no teníamos tras de nosotros a la mayoría de los obreros y de los soldados. Ahora esa mayoría existe. Entonces no había entusiasmo revolucionario general. Ahora, después de la aventura de Kornilov, ese entusiasmo existe. Entonces no había vacilaciones entre nuestros enemigos. Ahora esas vacilaciones existen: nuestro principal enemigo, el imperialismo aliado y mundial, vacila entre la guerra hasta el final y la paz separada a expensas de Rusia. Nuestra democracia pequeñoburguesa, que evidentemente ha perdido la mayoría en las masas, vacila entre el mantenimiento y la ruptura de la coalición con los «cadetes». Ello demuestra que la insurrección hubiera sido un error el 3 de julio... Ahora es muy diferente. Ahora, la victoria es nuestra con toda seguridad, ya que el pueblo ha llegado al último grado de la desesperación...»

Lo que sigue necesita ser anotado y recordado: «Únicamente nuestro partido, después de una insurrección

victoriosa, podrá salvar a Petrogrado, ya que si nuestra oferta de paz es rechazada, si no obtenemos ni siquiera un armisticio, entonces seremos nosotros lo que nos convertiremos en «defensa nacional», seremos nosotros los que nos pongamos a la cabeza de los partidos belicistas, seremos nosotros el partido más belicista. Entonces, haremos la guerra de una vez por todas, revolucionariamente. Quitaremos el pan y el calzado a los capitalistas. No les dejaremos más que las cortezas y las alpargatas. Todo será enviado al frente y salvaremos a Petrogrado. Rusia posee todavía inconmensurables recursos para una verdadera guerra revolucionaria, tanto materiales como morales.»

Manos a la obra, pues. Se acabaron los discursos. A los actos. Hay que ir a las fábricas, visitar los cuarteles. En todos los sitios hay que decir: la insurrección es todo lo que nos queda. No es posible esperar más tiempo. La Revolución está en peligro de muerte. ¡Socorramos a la Revolución que se muere!...

La pluma se agita, se arrebatata, se evade de la realidad presente, la gris y monótona realidad del pequeño cuarto finlandés que abriga sus días de exilio. Los muros se desvanecen. Por todas partes ve surgir las olas del pueblo sublevado que avanzan a lo largo de las avenidas de la capital. Se levantan barricadas en las esquinas. En las plazas se colocan las ametralladoras y los cañones de la Revolución en marcha. Y su partido está ahí, sujetando firmemente los hilos de la dirección del combate, guiando a las tropas, organizando el asalto. La organización: he ahí la constante y la perpetua preocupación de Lenin. «Sin perder un instante —escribe— tenemos que organizar el cuartel general de la insurrección, establecer la disposición de las fuerzas, dirigir los regimientos fieles a los puntos más importantes, hacernos del Gobierno y del Estado Mayor,

enviar al encuentro de los cadetes de las academias y de los cosacos de la división salvaje los destacamentos dispuestos a morir en el lugar con tal de no dejar que el enemigo penetre en el interior de la ciudad, movilizar a los obreros armados, ocupar simultáneamente los telégrafos y los teléfonos, instalar nuestro estado mayor insurreccional en la central telefónica y establecer el contacto con todas las fábricas, todos los regimientos, todos los sectores del combate.» De las dos cartas, enviadas a Krupskaja,<sup>22</sup> se hicieron varios ejemplares. Lenin deseaba que después de haberlas leído en el Comité central, su contenido fuese comunicado a las principales organizaciones locales del partido, y en primer lugar a los comités de Petrogrado y de Moscú. Una vez terminado el trabajo, se lo remitió a Stalin, quien debía informar al Comité central. Este se reunió el 15 de septiembre. Dieciséis miembros asistían a la sesión. Stalin leyó las cartas.

»Nos quedamos sorprendidos —contaba más tarde Bujarin—. Jamás se haba presentado la cuestión de una manera tan brutal. Nadie sabía qué debía hacerse. Estábamos sumidos en el mayor desconcierto.» Stalin rompió el silencio. De acuerdo con las instrucciones de Lenin, propuso que se dirigiesen sus dos cartas a las diferentes organizaciones del partido, invitándolas a proceder a su discusión. La asamblea no se atrevió a decidir y evitó la dificultad acordando que la cuestión sería examinada durante la próxima reunión del Comité. Esto era ya contrariar la opinión de Lenin, quien estimaba que no había un momento que perder. Pero eso no fue todo. Kamenev planteó la cuestión: ¿No sería preferible conservar un solo ejemplar de cada una de las cartas y destruir los demás? Con eso daba a entender que el envío de las mismas a las organizaciones locales era inútil. La asamblea

adoptó esta proposición por seis votos contra cuatro: hubo seis abstenciones.<sup>23</sup>

Esta votación prejuzgaba la cuestión que el Comité acababa de aplazar: éste se declaraba así, desde este momento, hostil a la difusión de las cartas de Lenin en los círculos más amplios del partido. Esta votación permitía también determinar la actitud de los diferentes miembros del Comité central ante el problema de la insurrección. Los cuatro que, fieles a las directivas de Lenin, habían votado contra la proposición de Kamenev, eran desde luego Stalin, Sverdlov, Dzerjinski y el joven Bubnov, el cual en esa época marchaba dócilmente detrás de Stalin. Todo hace pensar que entre los cinco que habían favorecido con sus votos a Kamenev figuraban los tres moscovitas. En general, no se cree que Trotski y sus afines, que se hallaban presentes (Yoffe, Uritski, Sokolnikov), se hayan pronunciado resueltamente contra Lenin. Lo más probable es que se abstuvieran de participar en la votación. De todos modos, desde ese momento se revelan cuatro tendencias en el Comité: 1.º, la tendencia leninista de la insurrección inmediata y por encima de todo; 2.º, la tendencia de Kamenev opuesta a la insurrección en general; 3.º, la tendencia intermedia, a la cual parece adherirse Trotski y que considera necesaria la insurrección, pero juzga que el momento actual no es favorable para iniciarla; 4.º, una tendencia «de espera», que prefiriere observar antes de qué lado soplaría el viento.

El Comité central se reunió de nuevo cinco días más tarde, o sea el 20 de septiembre. Desde luego, no se trató para nada de las cartas de Lenin. Lo mismo sucedió en las sesiones siguientes. La cuestión parecía definitivamente resuelta. Ni tan siquiera se molestaron en contestar a Lenin. Este, mientras tanto, en Helsingfors, se atormentaba. Su alejamiento de Petrogrado le desesperaba. Se daba cuenta

perfectamente de que para actuar eficazmente y hacer entrar en razón a los miembros recalcitrantes del Comité central se hacía necesaria su presencia en Petrogrado. Varias veces insistió con Chotman para que le organizase el cruce clandestino de la frontera. El «tutor» de Lenin, obedeciendo las prescripciones del Comité central, que estimaba esta operación demasiado peligrosa (quizá también algunos de sus miembros no tenían grandes deseos de tener a Lenin encima), se negaba. No pudiendo hacer otra cosa, Lenin decidió instalarse en la proximidad de la frontera rusa.

»Un buen día —cuenta Rovio— Vladimir Ilich me anunció que se iba a trasladar a Vyborg y que yo debería conseguirle una peluca y algo que le sirviese para teñirse las cejas, una tarjeta de identidad y alojamiento en Vyborg.» El «jefe de la policía» de la capital de Finlandia no discutió, localizó entre los anuncios del periódico el de un peluquero que había trabajado antes en los teatros imperiales de Petrogrado, y se dirigió a su casa acompañado de Lenin. El artista declaró que necesitaba por lo menos dos semanas para hacer una cosa bien hecha. «Entonces —continúa Rovio— él (Lenin) se puso a examinar las vitrinas y al descubrir una peluca de cabellos grises pidió permiso para probársela. El peluquero le miró con asombro. Generalmente, se dirigían a él para rejuvenecerse, y este cliente deseaba parecer un viejo. ¿Por qué toma usted esa peluca? Nadie diría que tiene usted más de cuarenta años; ni tan siquiera «tiene usted un solo pelo gris!» «¿A usted qué le importa?», contestó Lenin.

Finalmente, el peluquero cedió y Lenin conseguía su peluca.

El fiel guardaespaldas Rabia fue quien organizó el viaje por su cuenta y riesgo. Era un modelo de obrero militante. Reverenciaba profundamente al Comité central y obedecía

dócilmente a Chotman, bajo cuyas órdenes había sido colocado, pero cuando se trataba de Lenin lo demás no contaba. Si Lenin lo había dicho y si Lenin lo quería, había que hacerlo. Y se hizo.

Chotman escribe en sus *Recuerdos*: «Al enterarme, me trasladé enseguida a Vyborg. Encontré a Lenin muy excitado en la casa del escritor finlandés Lattuk. Una de las primeras preguntas que me hizo en cuanto entré en su cuarto fue: «¿Es verdad que el Comité central me ha prohibido ir a Petrogrado?» Cuando yo se lo confirmé, explicándole que esto era por su propio interés, exigió de mí una confirmación escrita de esta decisión. Yo tomé entonces una hoja de papel y escribí poco más o menos esto: «El firmante certifica por la presente que el Comité central, en su sesión de tal día, decidió prohibir al camarada Lenin, hasta nueva orden, el acceso a Petrogrado.» Lenin tomó este «documento», lo dobló cuidadosamente en cuatro, lo puso en su bolsillo y, hundiendo sus pulgares en el chaleco, comenzó a pasearse de arriba abajo repitiendo varias veces: «No lo toleraré, no lo toleraré.»

Después de tranquilizarse un poco, empezó a interrogar a Chotman: ¿Qué sucede en Petrogrado? ¿Qué dicen los obreros? ¿Cuál es el estado de ánimo del Ejército y de la Flota? Extendió ante él toda una serie de cuadros estadísticos redactados bajo su dirección y destinados a mostrar el progreso extraordinario del volumen de los partidarios del bolchevismo, no solamente entre los obreros y los soldados, sino también entre los círculos de la pequeña burguesía. «El país, evidentemente, está con nosotros — declaró Lenin con tono de absoluto convencimiento—. Por eso nuestra tarea principal consiste en la organización inmediata de todas nuestras fuerzas con objeto de adueñarnos del poder.»

»Me esforcé —sigue escribiendo Chotman— en demostrarle que era imposible adueñarse del poder en ese momento, que no estábamos preparados todavía técnicamente, que nos faltaban hombres capaces de dirigir el aparato gubernamental.

»A todas estas objeciones, él contestó: «¡Todo eso son nimiedades! Cualquier obrero podrá adaptarse en algunos días a cualquier ministerio. No se necesita ningún conocimiento especial para eso. Ni tan siquiera es necesario estar al corriente de la técnica del trabajo. Eso corresponde a los funcionarios, a los que haremos trabajar como ahora ellos hacen trabajar a los obreros especializados...»

»Algunas de sus explicaciones parecían de tal modo fantásticas, que creí que el propio Lenin no las tomaba en serio. A mis preguntas relativas a las dificultades prácticas que podrían presentarse durante la aplicación de las medidas preconizadas por él, se limitó a contestar: «¡Ya lo veremos!»... Principalmente recuerdo hasta qué punto me desconcertó su proyecto para anular todo el papel moneda emitido tanto bajo el zar como bajo Kerenski. '—¿Pero de dónde sacaríamos la enorme masa de billetes que es necesaria para reemplazar a los que están en circulación?

»—Pues bien, pondremos en marcha todas las rotativas e imprimiremos en algunos días la cantidad necesaria —replicó Lenin sin vacilar. «—Pero entonces cualquier estafador podría falsificarlos. «—Bueno, utilizaremos para eso diferentes tipos muy complicados. Eso corresponde a los técnicos. No vale la pena discutirlo. Ya veremos. «Y de nuevo se puso a explicarme que ése no era el nudo de la cuestión, sino que se trataba de promulgar las leyes que indicarían al pueblo que esta vez sí disponía de un Gobierno propio. Y tan pronto como vea que este Gobierno es el suyo, nos apoyará. El resto se arreglará automáticamente. En cuanto nos adueñemos del poder haremos cesar la guerra.



Entonces también el Ejército se pondrá de nuestro lado. Quitaremos la tierra a los nobles, a los popes, a los ricos, y se la daremos a los campesinos. Entonces también los campesinos estarán con nosotros. A los capitalistas les arrebataremos las fábricas y las pondremos en manos de los obreros. «—¿Quién podría estar entonces contra nosotros? —exclamó mirándome fijamente a los ojos, guiñando su ojo izquierdo y con una ligera sonrisa en los labios. «—Con tal de que no se deje escapar la ocasión —repitió decenas de veces, y de nuevo insistió para que yo hallase el medio de que pudiese volver a Petrogrado.»

Habiéndose enterado finalmente de la acogida reservada a sus cartas por el Comité central, Lenin decidió prescindir de él. Smilga, que era uno de sus incondicionales, ejercía desde hacía poco tiempo las funciones de presidente del Comité regional de los soviets de Finlandia, lo que le ponía en estrecho contacto con las organizaciones políticas de los regimientos rusos acantonados en ese país y con el Comité central de la flota del Báltico, el cual estaba en muy malas relaciones con el Gobierno de Kerenski y había venido a instalarse a Helsingfors. El 27, Lenin le escribió una larga carta en la cual, después de lamentar la negligencia de los bolcheviques que «no se dedican más que a votar resoluciones y pierden un tiempo precioso», proponía:

»Parece ser que los únicos elementos con los cuales se puede contar y que constituyen un verdadero valor militar son las tropas rusas que se hallan en Finlandia y la flota del Báltico... Es necesario que usted dedique toda su atención a la preparación para el combate del Ejército y de la Marina sin perder tiempo en las «resoluciones»... Constituya un Comité secreto formado por los militares más seguros, reúna informaciones muy precisas acerca de la composición y la disposición de las tropas en Petrogrado y en sus

alrededores, así como sobre los movimientos de la flota, etc...»

Simultáneamente con la preparación militar, la preparación psicológica es igualmente necesaria. Por eso Lenin recomendó a su corresponsal: «Es necesario formar con los soldados y los marineros que van de permiso a sus pueblos equipos de agitadores por medio de jiras de propaganda sistemáticas a través de toda la provincia. Usted se halla particularmente bien situado para comenzar desde este momento la formación de un bloque con los socialistas-revolucionarios, que es lo único que puede darnos una autoridad sólida en el país y la mayoría de la Asamblea Constituyente. Es necesario que en cada uno de estos equipos de agitadores haya un bolchevique y un socialista-revolucionario. La firma S. R. reina por el momento en el campo y hay que aprovechar su suerte (usted cuenta en su grupo con socialistas-revolucionarios de izquierda) para crear, cubiertos por ellos, un bloque de obreros y campesinos.»

La carta de Smilga es del 27 de septiembre. El 29, Lenin envía a *Pravda* un artículo titulado La crisis está madura, acompañado de una nota confidencial destinada a ser comunicada a los miembros del Comité central, de los comités de Petrogrado y de Moscú, así como a los de los soviets, lo que supone, evidentemente, una audiencia bastante extensa. La nota dice:

»No adueñarse del poder ahora, esperar, negociar con el Ejecutivo, limitarse a una «lucha por el Congreso», eso significa perder la revolución. Dado que el Comité central llega hasta dejar sin respuesta mis exhortaciones a este respecto, que el órgano central del partido suprime en mis artículos todas las alusiones a los errores más evidentes de los bolcheviques... lo cual me indica de una manera «discreta» que el Comité central no está ni tan siquiera

dispuesto a discutir mi proposición y que al cerrarme la boca se me invita a retirarme, me veo obligado a presentar la dimisión como miembro del Comité central. Y esto es lo que hago, reservándome la libertad de acción en la base del partido y en su próximo Congreso.»

Ignoro el efecto que esta nota produjo entre los miembros del Comité central. Tampoco puedo decir si en la jornada del 30 se hicieron gestiones apremiantes ante Lenin para que retirara su dimisión. Todo lo que sé es que el 1 de octubre escribió una nueva carta al Comité, donde va no menciona esta cuestión. Es otro llamamiento en favor de la acción. Igual de ferviente, igual de apasionado. ¿Argumentos? Los mismos. «Si no es posible adueñarse del poder sin insurrección, pasemos a la insurrección enseguida», insiste, al mismo tiempo que sugiere la posibilidad de evitar una efusión de sangre. Así, por ejemplo, esto ocurriría si el Soviet de Moscú se declarase Gobierno y se adueñase de los Bancos y las fábricas. «Si Moscú comienza, el frente lo apoyará y los campesinos también. Las tropas de Finlandia y la flota báltica marcharán sobre Petrogrado. Kerenski se verá obligado a rendirse aun en el caso de que disponga de algunos cuerpos de caballería en los alrededores de la capital. Mientras tanto, el Soviet de Petrogrado hará propaganda en favor del Gobierno soviético de Moscú. La consigna: el poder para los soviets, la tierra para los campesinos, la paz para los pueblos, el pan para los que tienen hambre.»

En la mañana del 3 de octubre, al dirigirse a la estación de Finlandia, Chotman se encontró a Rahia, quien le abordó sonriente, pero con aire embarazado: «¿Va usted a la estación, camarada Chotman? Si es para tomar el tren de Vyborg, no se tome la molestia.» Chotman lo contempló aturdido. Entonces el guardaespaldas le explicó que, de acuerdo con su amigo, el mecánico Yalava, había organizado

el cruce de Lenin a través de la frontera, sin que lo sepa el Comité central, y que ahora teme una reprimenda de éste. «Se lo reproché violentamente —escribe Chotman—, y le dije que con toda seguridad le costaría un disgusto en el Comité. A continuación, informé del asunto a Sverdlov. Después de una larga conversación, decidimos dejar en paz el asunto.» Esto era, en efecto, lo más prudente. Esa noche, en la reunión del Comité central se decidió «llamar a Lenin a Petrogrado.»

Krupskaia, la única que estaba al corriente de la «fuga» de su marido, le había preparado un refugio en un gran edificio tipo cuartel situado en los suburbios de Vyborg, convertidos en aquel entonces en la ciudadela del bolchevismo, y en los que se alojaban centenares de personas. La estancia de Lenin, que se presentó con peluca y gafas y con la cara completamente afeitada (sus amigos le vieron el aspecto de un viejo profesor de música), había de pasar inadvertida. Tanto más cuanto que se mantenía encerrado en la pequeña habitación puesta a su disposición y que no recibía a nadie, con excepción de su mujer y de su hermana. En el Comité central, únicamente Stalin y Sverdlov conocían la ubicación de su refugio. A los demás se les dijo que Lenin se había instalado bastante lejos de la capital y que se necesitaban varias horas de tren para llegar a su casa.

Así, protegido contra toda indiscreción, Lenin se pasa el día escribiendo: artículos, cartas, llamamientos, proyectos de resolución, etc. Se dirige a todo el partido, pasando por encima del Comité central. Krupskaia le sirve de agente de enlace, y Rahia hace los recados.

El 7 de octubre debía abrirse la tercera Conferencia de las organizaciones bolcheviques de la capital, en la que estarían representados 49.478 miembros del partido. Lenin les envía este mensaje: «¡Camaradas! Permitidme que

llame la atención de la Conferencia sobre el estado sumamente grave de la situación política... La revolución está perdida si el Gobierno de Kerenski no es derribado en el futuro más próximo... Hay que dirigirse a los camaradas de Moscú, exhortarlos a tomar el poder, declarar depuesto al Gobierno de Kerenski y convertir al Soviet de Moscú en Gobierno provisional... Hay que exigir al Comité central de nuestro partido que dedique todos sus esfuerzos a desenmascarar ante las masas el complot de Kerenski y de los imperialistas extranjeros y a preparar la insurrección.» El mensaje fue leído. Pero la cosa no pasó de ahí.

El 8, Lenin dirigió una larga carta al Congreso regional de los soviets del Norte, cuya apertura estaba anunciada para el 11 de octubre. Había hecho suya la máxima favorita de Pedro el Grande, que se sentía devorado como él por una inextinguible sed de acción: La contemporalización es la muerte. A partir de ese momento, esas palabras se convierten en una especie de leit-motiv en los escritos de Lenin. He aquí lo que dice a los delegados bolcheviques del Congreso del Norte: «En un momento como éste, cualquiera contemporalización equivale a la muerte. Fijaos en la situación internacional. El ascenso de la revolución mundial es indudable. La revuelta de los obreros checos ha sido aplastada con una crueldad inaudita. En Turín ha habido un levantamiento en masa. Pero lo que importa sobre todo es la revuelta de la Marina alemana... Sabemos por experiencia que es imposible encontrar un síntoma más claro de la revolución mundial que una insurrección de soldados o de marineros. «Fijaos en la situación interior. Tenemos con nosotros la mayoría de las masas. Hemos conquistado los dos grandes soviets. ¿Y vamos a esperar? ¿Esperar a qué? ¿A que Kerenski y sus generales entreguen Petrogrado a los alemanes, después de haberse entendido con Buchanan y 'con Guillermo para aplastar la revolución rusa?... «Por todo

el país se extiende el incendio de las rebeliones campesinas. ¿Vamos a esperar a que los cosacos de Kerenski las aplasten una tras otra?... «No hay que esperar la inauguración del Congreso de los soviets. En vuestro Congreso participan los representantes de la flota balaca y de las tropas de Finlandia. Podéis, pues, decidir su marcha inmediata y combinada sobre Petrogrado, para aplastar al ejército de los generales kornilovistas y de Kerenski. Es el único medio de salvar la revolución rusa y la revolución mundial. «La contemporalización es la muerte. No se trata de votar. No se trata de ganarse a los socialistas-revolucionarios de izquierda. No es cuestión de obtener una mayoría suplementaria. Se trata de pasar a la insurrección... «La contemporalización es la muerte.»

Se leyó la carta. Pero la cosa no pasó de ahí.

Al mismo tiempo, Lenin redacta «algunos consejos» para los camaradas de Petrogrado, en previsión de los acontecimientos que se preparan.

Que el poder deba pasar a manos de los soviets es, opina Lenin, una verdad «universalmente reconocida» sobre la cual es inútil seguir discutiendo. Lo que conviene hacer notar es que no todo el mundo parece darse cuenta de que el paso del poder a los soviets significa, en realidad, la insurrección armada. Ahora bien, éste es un procedimiento de lucha que tiene sus leyes particulares. Marx las formuló con perfecta precisión. Lenin desea recordarlas: 1. No jugar jamás con la insurrección, pero, de comenzarla, estar firmemente decidido a ir hasta el final. 2. Disponer obligatoriamente de una gran superioridad numérica en el momento decisivo y en el lugar decisivo. 3. Una vez desencadenada la insurrección, proseguir la ofensiva sin detenerse y con la mayor energía. La defensiva mata la insurrección. 4. El enemigo debe ser tomado por sorpresa.

5. Es necesario obtener todos los días por lo menos algunos éxitos pequeños.

Y, para terminar, evoca las palabras de Danton, «que — recuerda— Marx consideraba como el maestro más grande de la táctica revolucionaria que se haya jamás conocido en la Historia»: audacia, más audacia, siempre audacia.

Aplicado a la situación en que se encuentra Rusia en este mes de octubre de 1917, eso significa, según Lenin:

»Ofensiva simultánea y hasta donde sea posible brusca y rápida procedente a la vez de los barrios obreros de la capital, de Finlandia, de Cronstadt. Ataque concertado de toda la flota. Acumulación de una aplastante superioridad numérica con relación a los 15 o 20.000 de nuestros «guardias burgueses» (los cadetes de las academias militares) y de nuestros «Vendéens» (los cosacos). «Combinar nuestras tres fuerzas principales: ejército, marina y formaciones obreras para ocupar y conservar a costa de cualquier sacrificio: 1, el teléfono; 2, el telégrafo; 3, las estaciones; 4, los puentes, en primer lugar. «Formar con los elementos más combativos (nuestros hombres de choque, la juventud obrera, los mejores marineros) destacamentos para la ocupación de los lugares más importantes, de los puntos neurálgicos de la capital. Consigna: mejor morir hasta el último hombre que ceder ante el enemigo.»

La carta termina con la esperanza de que los dirigentes del partido, cuando la acción se haya decidido, sabrán aplicar «los grandes preceptos de Danton y de Marx». El éxito de la revolución rusa y mundial, recuerda Lenin, depende de «dos o tres jornadas de lucha».

A través de Krupskaja, los ardientes llamamientos de Lenin llegaban a los militantes de la base. Ella misma formaba parte de la organización del barrio de Vyborg. Se pasaba noches enteras en el Comité escribiendo a máquina

las misivas de su marido, vigilando el trabajo de las mecanógrafas y corrigiendo cuidadosamente las copias terminadas.

Un miembro de esta organización, el obrero Kaiurov, contaba más tarde:

»En una sesión de nuestro Comité, Nadejda Konstantinovna me llamó a otra habitación y me entregó en secreto una hoja mecanografiada. Era una carta del camarada Lenin. Después de haberla leído, convoqué para el día siguiente a algunos camaradas seguros, a fin de comunicarles su contenido.» Dichos camaradas se reúnen y Kaiurov lee la carta. Es recibida en medio de un silencio pesado, de asombro. A continuación, un viejo obrero protesta contra la forma en que Lenin «precipita las cosas» en una cuestión de tanta importancia. Otro protesta contra su costumbre de «asestar mazazos». El promotor de la reunión observa que no se trata de discutir, sino de preparar las medidas que se deben tomar para la próxima llegada de los bolcheviques al poder. Le dan la razón. La asamblea nombra un comisario para el abastecimiento, otro para el trabajo, uno más para los asuntos municipales y un comandante militar del barrio. Krupskaja recibe la «cartera» de Instrucción pública, y un Directorio compuesto de tres miembros es designado para ejercer la autoridad suprema. «Tal fue el primer Gobierno revolucionario —escribe Kaiurov—. Y habría de ser el Gobierno de todo el país, pensábamos nosotros, en caso de que nuestros jefes hubiesen caído en manos de los contrarrevolucionarios.»

Lenin, sin embargo, no podía continuar ignorando al Comité central. Ya que había aceptado retirar su dimisión, debía, de un modo u otro, entrar en contacto con él. Sverdlov fue, pues, informado de que deseaba participar en la próxima sesión del Comité. El problema consistía en hallar un sitio absolutamente seguro donde Lenin pudiese



presentarse sin peligro. Ignoro cómo le vino la idea a Sverdlov de dirigirse a la mujer del «menchevique internacionalista» Sukhanov, la cual, por lo demás, no compartía las opiniones políticas de su esposo y se había afiliado al partido bolchevique. De cualquier modo, esto, que parecía paradójico a primera vista, resultó perfectamente realizable. En su calidad de redactor-jefe del *Novoia Jisn*, el periódico de Gorki que se había separado de los bolcheviques y había adoptado una actitud independiente a su respecto, Sukhanov se hallaba obligado a veces a pasar la mayor parte de la noche en la imprenta, situada muy lejos de su domicilio. A menudo le ocurría tener que esperar el alba en la casa de algún colega alojado en la vecindad. En sus *Notas sobre la Revolución* cuenta, no sin humor, cómo se las arregló su esposa el 10 de octubre para convencerle de que no realizase el largo y fatigante trayecto nocturno. Militante enérgico e intransigente en cuanto a los principios, Sukhanov era al mismo tiempo un marido muy dócil y complaciente. Prometió no regresar al domicilio conyugal hasta el día siguiente. Y así fue como el día mencionado, a las cinco de la tarde, los once miembros del Comité central del partido bolchevique se reunieron en el saloncito de la señora Sukhanov, en espera de la llegada de Lenin.

Este compareció disfrazado con su peluca y los ojos ocultos tras gruesas gafas. De un solo vistazo apreció a los presentes. Stalin, Sverdlov, Dzerjinski se hallan allí: está bien. Zinoviev también; éste vivía oculto como él y se había dejado crecer una barba que lo hacía irreconocible. Los tres moscovitas están ausentes: mejor, así no habrá tantas discusiones. ¿Kamenev? Estando solo, no pesa mucho. Lo que le inquieta es ese Trotski que está allí con dos de sus amigos y con el cual tiene que hablar ahora de igual a igual.

Con él hay que esperar siempre sorpresas. Lenin lo sabe demasiado bien.

Sverdlov, que preside, presenta para comenzar un breve informe sobre el estado de ánimo del ejército. Después de lo cual cede la palabra a Lenin. Fue, dice Trotski, «una improvisación vehemente y apasionada». ¿Improvisación? No, Lenin no ha hecho más que repetir los argumentos invocados por el tantas veces en sus cartas y mensajes para terminar a continuación: «Políticamente, el asunto está completamente maduro. Se trata de pasar a su realización técnica.»

Los debates van a comenzar. Trotski se calla prudentemente. Uno de sus lugartenientes, Uritski, es quien expresa su pensamiento: «Todavía somos débiles, no sólo técnicamente, sino en todos los aspectos. Hemos votado una cantidad de resoluciones. En cuanto a la acción, absolutamente nada. Si verdaderamente se quiere tomar el camino de la insurrección, es necesario disponerse a trabajar efectivamente.» Zinoviev se levantó a continuación. Y eso constituyó para Lenin una tremenda sorpresa. Separado de él, su antiguo discípulo y compañero de armas había sufrido, probablemente bajo la influencia de Kamenev, con quien se había mantenido en excelentes relaciones, una profunda evolución política. En pocas semanas fue completamente «desleninizado» y estaba dispuesto a abrazar fervorosamente las ideas moderadas y conciliadoras de Kamenev.

El texto impreso del acta de la sesión no dice una sola palabra de la intervención de Zinoviev ni de la larga y agria discusión que siguió, pero un «anexo» que en ella figura, y del que se hablará de nuevo más adelante, permite reconstituirla hasta cierto punto, así como las intervenciones de Kamenev, que fue indudablemente el inspirador y que no dejó de apoyarle.

Tesis esencial: «Recurrir en estos momentos a la insurrección armada significa no sólo poner en juego la suerte del partido bolchevique, sino también la de la revolución rusa y mundial.» ¿Por qué? No hay ninguna razón para ello. Ciertamente, la historia conoce casos en que la clase oprimida no ha podido escoger y se ha visto obligada a luchar, aun sabiendo que va a la derrota. ¿Es que la clase obrera rusa se encuentra actualmente en dicha situación? ¡No! ¡Mil veces no! «Tenemos —afirman Zinoviev y Kamenev— la burguesía bajo el cañón de un revólver colocado contra su sien. Este revólver es el ejército y los soviets.»

La posición del partido bolchevique es excelente. Nuevas capas de población han sido ganadas para la causa. Con relación a la Constituyente, su posición no puede ser más favorable: puede contar un tercio, quizá más, de los puestos de la Asamblea.

Es evidente que la clase obrera, por sí sola, por sus propios medios, no es capaz de terminar victoriosamente la revolución. Necesita de la pequeña burguesía. Esta no ha abandonado su tendencia a aproximarse a la burguesía grande y mediana. Un acto demasiado brusco, demasiado inoportuno, como la insurrección, la llevaría definitivamente a los brazos de Miliukov. Lenin ha dicho: la mayoría del pueblo ruso está con nosotros. Esto es inexacto. Los campesinos, en su inmensa mayoría, siguen a los socialistas-revolucionarios y votarán por ellos en las elecciones para la Asamblea Constituyente. En cuanto al ejército, si, llegados al poder, los bolcheviques lo obligan a hacer la guerra revolucionaria, la mayoría de los soldados los abandonarán. ¿Se les enviará pan y zapatos arrebatados a los burgueses? Eso levantará la moral de las tropas, pero no es suficiente para vencer al imperialismo alemán.

Lenin ha hablado de los «síntomas» que se manifiestan en la Marina alemana y en los medios obreros de Italia.

Estos síntomas existen indudablemente. Pero de eso a un apoyo efectivo de la revolución proletaria rusa hay una diferencia. «En caso de ser derrotados ahora, asestaremos un golpe terrible a la revolución mundial que trece lentamente. Y, sin embargo, de su crecimiento depende el triunfo definitivo de la revolución en Rusia.»

Resumiendo: Por el momento, hay que mantenerse a la defensiva. No hay que subestimar las fuerzas del adversario. Son más grandes de lo que parecen. Con la ayuda del Comité ejecutivo central, el enemigo podrá ciertamente traer tropas del frente. Habría que luchar al mismo tiempo contra los monárquicos, los «cadetes», el Gobierno provisional, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. Las fuerzas proletarias son considerables, nadie lo niega. Pero aun los que son partidarios de la insurrección reconocen que los soldados y los obreros de la capital no están animados por un espíritu combativo. El Congreso de los Soviets está convocado para el 20 de octubre. Este Congreso va a consolidar y confirmar la influencia siempre creciente del partido bolchevique, que se convertirá así en el centro hacia el cual convergirán todas las organizaciones proletarias y semi-proletarias. En estas condiciones, sería un grave error histórico plantear la cuestión de la toma del poder «ahora o nunca». No, hay que dejar que el partido prosiga su desarrollo, un desarrollo que sólo de un modo puede ser obstaculizado: tomando la iniciativa de la insurrección y exponiéndola de esta manera a recibir los golpes de la contrarrevolución apoyada por la pequeña burguesía.

Se suspendió la sesión durante algunos minutos. La señora Sukhanov sirvió el té y ofreció emparedados. Después se reanudó la discusión.

La réplica de Lenin tampoco ha sido conservada. Pero a juzgar por un artículo que escribió una semana más tarde y

que al parecer la reproduce casi textualmente, debió ser de una fuerza y de una vehemencia apasionada irresistibles.

¿Sin mayoría en el pueblo? ¿Y el cambio de mayoría en los soviets? ¿Y las revoluciones campesinas que se amplifican? Dudar que la mayoría del pueblo marche y marchará con los bolcheviques es renunciar por completo al bolchevismo, abandonar todos los principios de la revolución proletaria.

¿El ejército y los soviets, revólver colocado en la sien de la burguesía? Alguien, tal vez Stalin, a quien no le disgustaba esta clase de salidas, había observado irónicamente: «¡Revólver sin balas!», de lo que Lenin se apresuró a obtener un efecto de gran contraste: «Si no tiene balas, su valor es nulo. Si se trata de un revólver con balas, eso quiere decir preparar la insurrección, pues las balas hay que procurárselas; el revólver hay que cargarlo, y mejor que una, varias veces.»

El tiempo trabaja para nosotros. Entraremos en la Constituyente como un poderoso partido de oposición. ¿Por qué arriesgar todo a una sola carta? Argumento de filisteo que, opina Lenin, se basa tranquilamente en el legalismo constitucional. Infortunadamente, el hambre no espera, la guerra no espera, los saboteadores de los capitalistas no esperan, los conciliábulos secretos de Miliukov con los imperialistas alemanes no esperan. Así, pues, la palpitante realidad no cuenta. No se piensa más que en los votos.

»Si somos derrotados ahora, asestaremos un golpe terrible a la revolución mundial. «Fijaros bien en este espléndido argumento —dice Lenin entre carcajadas—. ¡Un Scheideman, un Renaudel, no hubieran podido encontrar nada mejor! No es razonable rebelarse: si nos fusilan, el mundo quedará privado de internacionalistas tan prudentes y tan gentiles. ¡Qué infortunio para la humanidad! Enviemos mejor un mensaje de simpatía a los insurgentes alemanes y

renunciemos a la insurrección en Rusia. Esa es la buena, la verdadera política internacional. ¡Oh, cuán rápido y poderoso sería el progreso del internacionalismo mundial si en todas partes triunfase la misma política sabia y razonable!» «Lucharemos solos. Tendremos a todo el mundo contra nosotros. «Argumento extraordinariamente poderoso —prosigue Lenin, siempre sarcástico—. Hasta ahora, hemos fustigado irremediablemente a todos los indecisos a causa de sus vacilaciones. De este modo pudimos conquistar el Soviet, único medio de acelerar la insurrección y asegurar su éxito. Ahora se nos propone utilizar a los soviets para pasar al campo de los indecisos. ¡Qué magnífica carrera para los bolcheviques!»

Las masas no están animadas de un espíritu combativo. «Esto no es verdad —declara perentoriamente Lenin—. Las masas se recogen, esperan. Todos están de acuerdo en comprobar que han llegado al último grado de desesperación. Todos están de acuerdo en comprobar que los obreros están cansados de manifestaciones estériles, de huelgas aisladas, y quieren que eso termine de una buena vez. Esto explica la creciente influencia de los anarquistas y de los elementos turbios inspirados por los monárquicos. Es una falsedad decir que las masas carecen de espíritu combativo. Las masas se componen de elementos dispuestos a caer en la desesperación, pero no les falta espíritu combativo.»

Infatigable, Lenin abrumba a sus adversarios con sarcasmos, con dardos hirientes que llegan todos al blanco. Se defienden desesperadamente. Los demás se callan. Nadie se atreve a entrar al combate. Hace tiempo que sonó la medianoche. Es la una. Las dos. Las tres. Lenin se detiene. En un pedazo de papel escolar que rueda por la mesa, escribe apresuradamente algunas líneas a lápiz. Se trata de la resolución que somete a la reunión y que dice:

«Reconociendo que la insurrección es inevitable y está completamente madura, el Comité central recomienda a todas las organizaciones del partido que discutan y resuelvan todas las cuestiones de orden práctico inspirándose en esta consideración.» Se vota. Diez votos a favor y dos en contra: los de Zinoviev y Kamenev. La batalla ha terminado. El vencedor se arregla la peluca, se coloca de nuevo las gafas en la nariz y se retira. Algunos le siguen. Otros se acomodan en las butacas del salón de la señora Sukhanov para dormir hasta el alba.

La resolución era muy hábil. Redactada en lenguaje enérgico y claro, pero sin dar ninguna indicación material. No se designaba tarea precisa. Kalinin, hombre sencillo, pero dotado de un gran sentido común y de una ironía muy fina, después de haberla leído, hizo la siguiente reflexión: «Esta resolución del Comité central es una de las mejores que jamás se hayan adoptado. Prácticamente hemos llegado a la insurrección armada. ¿Pero cuándo ocurrirá? Quizá dentro de un año, nadie lo sabe.»

Esta imprecisión, tal vez involuntaria hasta cierto punto, había permitido a Lenin agrupar alrededor de su texto la casi unanimidad de los sufragios y beneficiarse con los votos de Trotski y sus dos acólitos: Uritski y Sokolnikov, presentes en la sesión. Estos, al mismo tiempo que se pronunciaban en favor de la insurrección, opinaban que ésta debía llevarse a cabo bajo la dirección del próximo Congreso de los soviets, y, por tanto, había de aplazarse la apertura de éste. Se trataba, pues, de esperar alrededor de diez días solamente. Si a continuación el Congreso se pronunciaba en favor de la insurrección, se marcharía al asalto con la certeza de estar apoyados por toda la democracia representada por el Congreso de los soviets, suprema instancia de la jerarquía revolucionaria, y el Gobierno capitularía sin duda alguna a la primera conminación. Si el

Congreso se oponía a la insurrección (no se excluía esta eventualidad), la resolución del 10 caducaba, naturalmente, y no quedaría más que renunciar a ella. Lenin lo había previsto. Si su texto carecía de precisión, es porque quería ante todo que el Comité central admitiese el hecho de la «presencia» de la insurrección, trasladándola del terreno de las conjeturas al de las realidades. Una vez obtenido esto, se aceleraría la realización. Como no se fiaba de las buenas disposiciones del Congreso ni del ardor combativo de los delegados de provincia, deseaba a toda costa que la insurrección se efectuase antes de la apertura del Congreso. Una vez conquistado el poder, los bolcheviques se presentarían ante el Congreso para recibir la investidura legal. Admitiendo que las cosas no pudieran ser solucionadas en veinticuatro horas y habiendo fijado el 19 de octubre como fecha límite en la que el Gobierno de Kerenski debía desaparecer, Lenin llegaba a la conclusión de que la insurrección debía estallar, a más tardar, entre el 15 y el 17. ¡Y estaba ya a 11!

Convocó en su casa a los dirigentes de la organización militar: Podvoiski, Antonov y Nevski. El primero, notoriamente aleccionado por la experiencia de julio, declaró que el estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado en su conjunto era favorable a la insurrección, pero que se necesitaba un plazo de diez a quince días para discutir esta cuestión a fondo en cada unidad y terminar la preparación técnica de la empresa. El segundo, que acababa de regresar de Cronstadt, añadió que, por su parte, estaba convencido de que la flota respondería al llamamiento, pero que era poco probable que acudiese antes de unos diez días. El tercero compartió la opinión de sus dos colegas.

Nada de esto convenía a Lenin, quien persistía obstinadamente en su decisión. Al mismo tiempo, debía



enfrentarse a un movimiento de oposición que se desarrollaba en los círculos dirigentes del partido. La resolución votada el 10 originó numerosas discusiones en las organizaciones. Al día siguiente, Zinoviev y Kamenev habían dirigido al Comité central una larga carta que decía: «En la última reunión nos quedamos en minoría y hemos votado contra la resolución adoptada. Dada la importancia de la cuestión, creemos necesario presentar un resumen sucinto de nuestras objeciones a fin de que se adjunte al acta de la sesión. Opinamos también que nuestro deber consiste en comunicar al mismo tiempo este resumen a los comités de Petrogrado, de Moscú y de Finlandia.»

Algunos miembros del Comité central que no habían asistido a la sesión del 10 se solidarizaron con ellos; principalmente Rykov y Miliutin. Se formaron dos corrientes: a favor de la insurrección y en contra. «En las controversias públicas —escribe un miembro del Comité de Petrogrado, Kiselev— no se pasaba de las objeciones ideológicas, pero en las discusiones particulares la polémica adquiría formas más ásperas. Nadie tenía empacho en decir que Lenin estaba trastornado, que llevaba indudablemente a la clase obrera a su pérdida, y nada bueno saldría de este levantamiento armado; que serían derrotados, que el partido sería aplastado y con él la clase obrera, que todo eso haría retroceder la revolución por muchos años, etc.» Por último, se reclamaba una reunión plenaria del Comité central, que volvería a examinar la cuestión y se pronunciaría definitivamente. Toda esta agitación interior no tardó en ser conocida en el exterior, y por la ciudad empezaron a circular rumores de que los bolcheviques «preparaban algo». Pero no se les concedía una importancia particular, ya que periódicamente circulaban rumores parecidos cada quince días. Pero eso dificultaba enormemente el trabajo emprendido por Lenin para

preparar el dispositivo insurreccional. Después de todo, eso era exactamente lo que querían Zinoviev, Kamenev y sus partidarios. Para cortar de raíz esas tentativas de sabotaje contra «su» insurrección, Lenin resolvió convocar una asamblea extraordinaria del Comité central en la que participarían los representantes de las principales organizaciones bolcheviques de la capital. Su presencia podría servir eventualmente de contrapeso a la actividad perniciosa de «la pequeña pareja de camaradas» (así bautizó Lenin a sus dos ex discípulos y amigos).

La conferencia fue convocada para el 16. Debía celebrarse en Lesnoi, suburbio anexo al de Vyborg, del que Kalinin era alcalde desde la revolución. Éste, después de hacerse rogar un poco, cedió al Comité central una de las salas de la Alcaldía.

El trayecto desde la casa de Lenin a la Alcaldía de Lesnoi no era largo. Se puso en camino provisto de los accesorios que formaban parte habitualmente de su vestimenta de conspirador: peluca, gafas, etc., y acompañado de Chotman y del hermano menor de Rahia, ya que Rahia había sido convocado a la reunión en calidad de delegado. Marcharon en la oscuridad de la noche de un otoño particularmente lluvioso chapoteando en el barro y en los charcos y sacudidos por bruscas y violentas ráfagas de viento. Al dar vuelta a una esquina, el viento se llevó la gorra y la peluca de Lenin. Tuvieron que correr tras ellas. Ambas pudieron ser alcanzadas y volvieron a ocupar, en estado muy lamentable, el lugar que les correspondía en el cráneo de Lenin. Pero como la asamblea había decidido recibirlo en su aspecto natural, se quitó la volátil peluca al entrar en la sala de sesiones.

Eran veinticuatro en total, y sólo nueve de ellos pertenecían al Comité central. ¡Qué extraño, ese ausentismo sistemático que practicaba la mayoría de sus

miembros en un momento tan grave! El único de los «ausentes» del 10 de octubre que ahora estaba presente era Miliutin, quien después de aquella fecha había apoyado ostensiblemente a Kamenev y Zinoviev. En cambio, de los doce que habían aprovechado cinco días antes la hospitalidad de la señora Sukhanov, cuatro, Trotski entre ellos, no acudieron esta vez. Entre los quince «responsables» admitidos a la sesión figuraban varios partidarios entusiastas de Lenin, pero la decisión final, confirmar o anular la resolución votada en la sesión anterior, dependía del compacto grupo de los miembros del Comité de Petrogrado y del pequeño equipo de trotskistas presentes.

Escuchemos ahora a Chotman:

»Lenin se instaló en el fondo de la habitación, sobre un pequeño taburete, sacó unas cuantas cuartillas de su bolsillo, hizo un gesto maquinal con una de sus manos como si quisiera ajustar su peluca ausente, cambió de parecer y bajó el brazo sonriendo. «Tiene la palabra el camarada Lenin», dijo Sverdlov... Al principio, Lenin habló sobriamente, con calma; luego, se animó poco a poco, se mostró como de costumbre espiritual y mordaz, atacando a los camaradas que no compartían sus opiniones sobre la urgencia de la insurrección... De vez en cuando, se levantaba y empezaba a caminar de un extremo a otro de la habitación, con los pulgares metidos en el chaleco, deteniéndose a veces en los períodos particularmente expresivos de su discurso. Habló cerca de dos horas. Lo escuchábamos religiosamente.»

Lo que decía eran cosas que todo el mundo las sabía ya. ¡Las había repetido tantas veces en sus mensajes y en sus artículos! Eran siempre los mismos argumentos para convencer, las mismas objeciones para refutar, las mismas conclusiones a que había que llegar infaliblemente. Pero era

tal la magia de la palabra viva de Lenin, que todas sus repeticiones parecían revestidas de un brillo siempre nuevo. Miliutin abrió el fuego. «No estamos preparados para pasar a la ofensiva. No somos suficientemente fuertes para luchar contra el ejército. La burguesía es todavía muy poderosa. No podemos, en el curso de los próximos días, detener y destituir al Gobierno. Pero debemos estar preparados para responder a cualquier agresión del enemigo. En este sentido hay que interpretar la resolución votada.»

Lenin debió quedarse bastante asombrado al ver luego que su «tutor» tomaba posición contra él. Chotman tenía la cabeza dura, y por muy devoto que fuera de Lenin no lograba digerir lo que él llamaba «sus fantasías.» A nadie atraía tanto la insurrección como a él, pero era un hombre amante del orden y del método. ¡Que conceda Lenin por lo menos una semana para la preparación! ¡Pensad que no tenemos ni siquiera una red telefónica! ¡Ni siquiera caballos para asegurar el enlace por estafeta!

Lenin respondió secamente a Miliutin: «No se trata de una lucha contra el ejército, sino de la lucha de una parte del ejército contra otra. En cuanto a las fuerzas de que dispone la burguesía, no son temibles. Los hechos demuestran que tenemos superioridad numérica sobre ella.» A Chotman le gastó algunas bromas sobre su «enlace caballuno» y le demostró, en un tono de amistosa condescendencia, que con su manera de hacer la revolución no era una semana, sino un año, o tal vez varios años, los que se necesitarían antes de llegar a algún resultado.

Pero he aquí que interviene Zinoviev con una proposición concreta: en cuanto se abra el Congreso de los Soviets hay que pedirle que no se separe antes de la reunión de la Constituyente. El partido bolchevique debe adoptar una táctica de «defensa y espera». Hay que revisar la resolución del Comité central. Hay que decir llanamente que los

bolcheviques no lanzarán la insurrección en el curso de los próximos cinco días.

Después le llegó el turno a Kamenev. En contraste con su habitual dulzura y placidez, esta noche se encuentra en un estado de gran excitación. El curso de los acontecimientos le ha dado la razón. Por lo menos, así lo cree. «Hace una semana que se votó la resolución y no se ha hecho nada, ni en materia técnica ni en materia militar. Esta resolución no ha tenido más resultado que dar la señal de alerta al Gobierno y permitirle que se organice. No se trata de escoger: ahora o nunca. Tengo confianza en la revolución rusa. Aquí se enfrentan dos tácticas: la de la conspiración y la de la fe en las fuerzas actuantes de la revolución rusa.» A partir de ese momento se exaltan las pasiones y las voces suben de tono. Los «nueve» del Comité central se dividen en tres grupos: Sverdlov, Stalin y Dzerjinski defienden sin reservas la resolución de Lenin y exigen que se pase inmediatamente a la acción. Zinoviev, Kamenev y Miliutin insisten en que esa resolución sea anulada y en que se declare expresamente que no habrá ninguna intervención antes de la apertura del Congreso. Yoffé y Sokolnikov, los dos amigos de Trotski, apoyan la resolución a condición de no tener que interpretarla como una orden de tomar las armas, sino como una recomendación de tomar el poder tan pronto como se presente una ocasión propicia. Eso significa que la resolución de Lenin se hallaría en gran peligro si no hubiera estado más que a merced de los votos del Comité central. Pero era defendida rigurosamente por la totalidad de los delegados de las organizaciones. A eso de las siete de la mañana, cuando Lenin propuso a la asamblea declarar que aprobaba enteramente la resolución del 10 de octubre, su moción obtuvo 19 votos contra 2, y 3 abstenciones. Lenin había ganado la partida nuevamente. Pero la «pequeña pareja de camaradas» no se rendía. Exigió la convocación

inmediata, por la vía telegráfica, del pleno del Comité central. Kamenev anunció que dimitía del Comité por estimar, decía, que la política adoptada por éste llevaba al partido a su ruina. Nadie reaccionó. Todo el mundo se caía de sueño. Se levantó la sesión. Muera llovía obstinada y abundantemente. Lenin volvió a ponerse su peluca y sus gafas, se hundió la gorra hasta los ojos y se fue. Chotman y Rahia le siguieron.

Al despertarse al mediodía supo que el Comité ejecutivo central, que vivía sus últimos días esperando verse desposeído de sus poderes por el Congreso, cuya apertura estaba prevista para el 20 de octubre, había decidido aplazar ésta para el 25. Eso venía de perlas. De esa manera la insurrección, que era materialmente imposible organizar en veinticuatro horas, podía disponer de ese plazo suplementario de cinco días que le concedía el Ejecutivo sin saberlo. «Todo se arregla», debió pensar Lenin.

Pero Kamenev, por su parte, no permanecía inactivo. El periódico de Gorki, en su número del 17, acababa de señalar que circulaba por la ciudad «una hoja manuscrita firmada por los bolcheviques notorios que se pronunciaban contra la insurrección». Era, naturalmente, una alusión a la carta de protesta dirigida por Kamenev y Zinoviev al Comité central al día siguiente de la sesión del 10, y de la cual habían mandado una copia, entre otros, al Comité de Petrogrado. A este respecto, Kamenev juzgó necesario dirigir a ese periódico la siguiente aclaración:

»Tras un profundo examen de la cuestión de la oportunidad de una insurrección, Zinoviev y yo nos hemos dirigido a las organizaciones más importantes de nuestro partido en una carta en la que decíamos que el partido debía abstenerse de cualquier intervención armada en un futuro próximo. Quiero declarar que ignoro la existencia de cualquier decisión que haya podido ser tomada por nuestro

partido para fijar la fecha precisa de cualquier intervención... La insurrección contra un Gobierno que conduce al país a su perdición es un derecho imprescriptible de las masas trabajadoras y, en ciertos momentos, un deber de los partidos que cuentan con su confianza. Pero la insurrección, como lo ha dicho Marx, es un arte. Por eso precisamente estimamos que nuestro deber es pronunciarnos contra toda tentativa para tomar, en la actual coyuntura, la iniciativa de una insurrección que estaría condenada al fracaso y que tendría consecuencias absolutamente desastrosas para el partido, para el proletariado y para la revolución. Jugárselo todo a la carta de la insurrección en los días venideros sería cometer un acto de desesperación. Nuestro partido es demasiado fuerte y le está reservado un porvenir demasiado grande para recurrir a ello.»

La aparición de esa carta sembró la inquietud en los círculos burgueses. Así, pues, el rumor de que los bolcheviques «preparaban algo» no carecía esta vez de fundamento. En las esferas políticas se reaccionó de otra manera. En la sesión del Soviet se planteó la cuestión a Trotski, que era el presidente desde el 27 de septiembre. Este evitó muy hábilmente la trampa que quería tenderle un sovieta de la nueva oposición. «El Soviet no ha decidido acción alguna —anunció con su voz sonora—; cuando el Soviet juzgue necesario pasar a los actos, lo dirá abiertamente a todos los soldados y a todos los obreros. La contrarrevolución es la que se prepara a atacar al Soviet. Debemos mantenernos preparados. En nombre del Soviet de Petrogrado, declaro: a la primera tentativa de los contrarrevolucionarios para atacar al Soviet o impedir la apertura de nuestro Congreso, contestaremos con una contraofensiva implacable que sostendremos hasta el fin.»

Kamenev, que asistía a la sesión, se apresuró a hacer saber que estaba enteramente de acuerdo con Trotski.

Hasta la noche no tuvo conocimiento Lenin de la declaración publicada por Kamenev en el *Novaia Jisn*. Quedó completamente desconcertado. ¡Había quedado divulgado entre el enemigo todo el plan concebido para una insurrección relámpago que tenía en la sorpresa la principal de sus posibilidades de triunfo! Acto incalificable al cual asocia, naturalmente, a Zinoviev. Eso es actuar como verdaderos «esquirolas». ¿Y cabe imaginar un ser más vil y más infame que un Streickbrecher? A Lenin le gustaba usar ese vocablo alemán, que se había convertido en la injuria preferida del proletariado revolucionario ruso. En una Carta a los miembros del partido bolchevique, de gran violencia, redactada bajo la impresión de la desoladora noticia, Lenin exige que sean inmediatamente expulsados del partido. Una traición como ésta merece el castigo más severo. Cuanto más elevada en el partido es la situación de los culpables, menos se debe vacilar en castigarlos. En cuanto a él personalmente, reniega de ellos, les da la espalda con asco. «Me sentiría cubierto de vergüenza —escribe Lenin— si a causa de las relaciones amistosas que tuve antaño con esos ex camaradas dudara en condenarlos. Digo abiertamente que ya no los considero camaradas y que voy a luchar con todas mis fuerzas, en el Comité central y en el próximo Congreso del partido, para la expulsión de uno y otro... Que los señores Zinoviev y Kamenev funden su propio partido con algunas decenas de troneras de su ralea. Nuestro partido bolchevique obrero saldrá ganando forzosamente.» Y una amarga queja se le escapa: «¡Tiempos difíciles! ¡Pesada tarea! ¡Pesada traición!» Pero... la traición será castigada y la tarea cumplida.

Zinoviev echó aceite al fuego al enviar a *Pravda* una carta justificativa en la que se defendía contraatacando.



Kamenev y él habían enviado copias de su carta a diferentes comisiones. Ciertamente: ¿Pero el propio Lenin no había usado antaño ese procedimiento? La mayoría de los miembros del Comité central estaban ausentes de la reunión. No se puede zanjar una cuestión de esa importancia en un conciliábulo de una decena de personas. Es Lenin el que, con su inoportuna iniciativa, ha dado la señal de alerta al Gobierno. La unidad del partido no se fortalece con las polémicas que tanto gustan a Lenin, etc.

La carta fue comunicada a Lenin. Provocó en él un nuevo acceso de furor. Escribe al Comité central exigiendo imperiosamente la expulsión inmediata del partido de esos dos «esquirolas». La adhesión de Kamenev a la declaración hecha por Trotski en la sesión del Soviet es, según él, una «simple estafa». Frente al enemigo, Trotski no podía hablar con otro lenguaje: su deber era disimular las verdaderas intenciones del partido. Pero Kamenev se ha conducido en esa ocasión «como un fullero». En cuanto a la carta de Zinoviev, es el colmo del descarado. No merece más que una respuesta: debe ser expulsado del partido lo mismo que Kamenev. «Al hablar así de dos antiguos compañeros íntimos —escribe Lenin— no lo hago alegremente, pero considero criminal cualquier vacilación en este caso... Hay que sanear el partido, librarse de una docena de intelectuales y marchar hacia las grandes e inmensas dificultades que nos esperan, de la mano con los obreros revolucionarios.» Zinoviev declara impudicamente: «No es así como se consolida la unidad del partido.» «¿Qué es eso sino una amenaza de escisión?», exclama Lenin. Y anuncia categóricamente: «A la amenaza de escisión contesto con una declaración de guerra sin cuartel, hasta el final, por la expulsión del partido de los dos esquirolas.»

Después de haber recibido la carta de Lenin, Sverdlov, perplejo, convocó al Comité central. Era incondicional de

Lenin, compartía enteramente sus concepciones de táctica revolucionaria, pero también tenía un respeto infinito por el reglamento. Era, en resumidas cuentas, el modelo de los burócratas revolucionarios, a condición de no interpretar ese término en su sentido peyorativo. El Comité central no tenía derecho a excluir del partido a sus dos miembros. Eso era de la incumbencia del Congreso. Pero podía y debía aceptar la dimisión de Kamenev. En lo que se refiere a Zinoviev, que no había ofrecido la suya, la mejor solución sería, estimaba Sverdlov, no ocuparse de él puesto que vivía escondido, y no podía participar en los trabajos del Comité.

Así se hizo. En la reunión que se celebró el 20 de octubre, y a la cual asistieron en total ocho miembros, se limitaron a aceptar, por cinco votos contra tres, la dimisión de Kamenev. Tres días después era reintegrado oficialmente en sus derechos y designado como futuro presidente del Congreso de los Soviets...

No se sabe cómo reaccionó Lenin al conocer esa noticia. Pero es fácil adivinarlo. En general, para el período que sigue inmediatamente al envío de su carta al Comité central, las informaciones que nos han llegado sobre él son más o menos nulas y los cuadros cronológicos más recientes publicados en la U.R.S.S., que consideran un deber el recoger lo más minuciosamente posible el menor gesto, la menor acción de Lenin, ofrecen una laguna completa en lo que se refiere a las fechas del 21 al 23 de octubre.<sup>24</sup> Queda uno reducido a utilizar este breve fragmento de los *Recuerdos* de Rabia: «El 23 de octubre llevé la carta de Lenin destinada a ser distribuida en las organizaciones. La entregué a una mecanógrafa del Comité del barrio de Vyborg, quien después de copiarla en varios ejemplares, la mandó a todos los comités del radio. Tropezaba con muchas dificultades para cumplir todos los encargos de Lenin, ya

que los medios de comunicación eran muy malos. Pero había que cumplirlos. De lo contrario, me exponía a reprimendas corteses, pero muy severas. Visitaba, según sus indicaciones, los cuarteles, las fábricas, asistía a las reuniones y le llevaba las copias de las resoluciones votadas.»

Evidentemente, no era suficiente. A través de su mujer, Lenin se mantenía al corriente de la actividad del Comité del barrio de Vyborg. ¿Pero qué ocurría en el Instituto Smolny, convertido en el cuartel general del Soviet y del partido bolchevique? ¿Qué hacía ese Comité militar revolucionario que acababa de constituirse y cuyos dirigentes Podvoiski y Antonov le eran bien conocidos? En la mañana del 24 les hizo saber que deseaba verlos. Antonov ha contado esa entrevista en sus *Recuerdos*: «Vimos aparecer ante nosotros a un pequeño viejo bastante despierto que parecía un músico o quizá un librero de viejo. Quitándose su peluca y sus gafas, Lenin nos apretó cordialmente la mano. «Bien, ¿qué hay de nuevo?, preguntó.» Antonov empezó a exponerle la situación en la Marina. Los cruceros y los acorazados son muy revolucionarios. Pero algunos torpederos y submarinos no son seguros.

Lenin le interrumpe: «¿No se podría dirigir a toda la flota sobre Petrogrado?» Antonov le explica que es materialmente imposible. «...Y además —agrega— los marineros no querrán dejar descubierto el frente del Báltico.» Entonces Lenin le dijo: «¡Pero tienen que comprender que la Revolución corre mayor peligro en Petrogrado que en el Báltico!» Y Antonov: «Es que, precisamente, no lo comprenden muy bien.» Lenin: «¿Pero entonces qué se puede hacer?» Antonov: «Podemos hacer venir dos o tres torpederos y un destacamento formado por marineros y obreros de Vyborg. De dos a tres mil hombres, en total.» Lenin (disgustado): «Es poco. ¿Y el frente del

Norte?» Antonov: «Según los informes de sus delegados, el estado de ánimo es excelente y se puede esperar una ayuda considerable. Pero para saber exactamente con qué contamos habrá que ir allí.» Lenin: «Vaya sin tardar.» Antonov se calla, evasivo. Podvoiski agacha la cabeza y se muestra escéptico. «No estamos preparados, no estamos preparados», no cesa de repetir.

Los dos hombres se van y Lenin queda solo, sumido en la mayor desolación. Mañana va a abrirse el Congreso, los delegados van a empezar a hablar. Se va a discutir: levantarse o no levantarse, y mientras tanto los cosacos del general Krasnov van a llegar del frente, llamados por el Gobierno para amordazar al Soviet y disolver su Congreso. Y entonces ¿se habrá acabado la revolución! ¿Cómo impedir esta catástrofe? Lenin está solo. Se siente aislado del mundo exterior. En alguna parte, allá, en el Smolny, unos hombres se agitan en el vacío, pierden un tiempo precioso, se embriagan de discursos, mociones y resoluciones. Y las horas pasan. Las últimas horas en las que se juega la suerte del proletariado.

Garabatea unas palabras y llama a su «encubridora», la camarada Fofanova, cuya casa le sirve de refugio. —Lleve esto inmediatamente al Comité central y regrese enseguida. Fofanova obedece. Pero en el camino cambia de parecer. El Smolny está muy lejos. Prefiere llevar el recado de Lenin al Comité del barrio de Vyborg, que se encuentra cerca. Desde allí se telefonea al Comité central. En el otro extremo del hilo alguien contesta en nombre del Comité: «Se considera prematura la aparición de Lenin en el Instituto Smolny.» Se lleva la respuesta a Lenin. Entonces toma de nuevo la pluma y con febril apresuramiento empieza a escribir estas líneas: «Camaradas: Escribo estas líneas el 24 por la noche. La situación es sumamente crítica. Está más claro que la claridad misma que la contemporización es la muerte... «Es

necesario, a toda costa, detener esta noche al Gobierno... ¡No podemos esperar más! ¡Se puede perder todo!... «Es necesario que todas las secciones, todos los regimientos, se levanten en el acto y envíen diputaciones al comité militar revolucionario, al Comité central bolchevique, exigiendo con apremio: en ningún caso, absolutamente en ninguno, debe seguir el poder en manos de Kerenski y compañía hasta el 25. El asunto debe quedar liquidado hoy sin falta por la tarde o en el curso de la noche... «Sería una catástrofe o un vano formalismo esperar la votación incierta del 25 de octubre; el pueblo tiene el derecho y el deber de zanjar tales cuestiones no con una votación, sino con la fuerza; el pueblo tiene el derecho y el deber, en los momentos críticos de la revolución, de dirigir a sus representantes, incluso a los mejores, y de no esperarles. «La historia de todas las revoluciones lo ha demostrado. Sería un crimen inconmensurable (sic), por parte de los revolucionarios, si dejaran escapar la ocasión sabiendo que la salvación de la revolución depende de ellos. «El Gobierno cede. Hay que liquidarlo a toda costa. «La contemporalización es la muerte.»

¿A quién escribía? Los editores de las Obras de Lenin han titulado ese texto: Carta a los miembros del Comité central. Esa designación no podría ser aceptada, en mi opinión, más que bajo ciertas reservas. Se invita a los destinatarios de la Carta a ejercer la más enérgica presión sobre el Comité central. Lenin los insta a enviar diputaciones para incitarlo a la acción. En consecuencia, si se aceptara la atribución admitida por los editores de las Obras de Lenin, ¡serían los miembros del Comité los que deberían presionarse a sí mismos! Tal vez pudiera admitirse, en rigor, que Lenin quiso dirigirse a miembros aislados del Comité, a Stalin, a Sverdlov y a Dzerjinski, por ejemplo, exhortándolos a actuar al margen y por encima de la mayoría. Pero, en ese caso, ¿por qué no haberlos designado nominalmente, por lo

menos a uno de ellos? Más bien se desprende la impresión de que la carta se dirigía a los miembros de una organización que estaba en contacto directo con las masas: el Comité de Petrogrado, sobre todo, que podía movilizar inmediatamente, como lo exigía Lenin, a las secciones y, por mediación de su organización militar, a los regimientos bolcheviques. En todo caso, cualquiera que sea la interpretación a que se llegue finalmente, de esa carta se desprende con toda evidencia una cosa: según Lenin, el Comité central y el Comité militar revolucionario se dormían en una inacción criminal.

»La carta fue llevada por Krupskaja al Comité central», afirma la reciente biografía de Lenin publicada por el Instituto Marx-Engels-Lenin. Tampoco en esto parecen coincidir las cosas muy bien. El Comité central, como se ha dicho, se reunía en el Smolny. Y Krupskaja declara formalmente en sus Memorias que pasó la tarde y luego la noche del 24 al 25 en el Comité del barrio de Vyborg y que no llegó al Smolny sino en las primeras horas de la mañana del 25, en un camión, con una amiga y con otros militantes de su sección. La camarada Fofanova afirma, por su parte, que fue ella la que se encargó de llevar la carta a su destino, pero sin dar mayores precisiones. Admitamos simplemente, para mantenernos en el terreno de las certidumbres, que la carta partió...

Pero eso no es suficiente para Lenin. Duda visiblemente de la eficacia de ese procedimiento de llamar a la acción por correspondencia. Por lo tanto, resuelve ir de todos modos al Smolny, por su propia voluntad. Es bastante lejos de su casa, son cerca de las diez de la noche, no está seguro de encontrar un tranvía y corre el riesgo de caer en manos de una patrulla de cadetes. ¡No importa! La revolución está en peligro de muerte y hay que salvarla. ¿A quién incumbe ese deber, en primer lugar, sino a Lenin? Por lo tanto, en

marcha. Para librarse de Fofanova, cuyas súplicas para que renuncie a su «loco proyecto» no quiere oír, Lenin la envía a hacer un recado, se vuelve a poner su eterna peluca de conspirador, aplica a una de sus mejillas una servilleta doblada, lo que le permite disimular la mitad de su cara y le da al mismo tiempo el aspecto de un hombre que sufre horriblemente de un dolor de muelas, se pone las botas de hule (volverá a llover y no quiere mojarse los pies) y se marcha, seguido por Rahia, que lo acompaña como su propia sombra, después de haber dejado sobre la mesa, en lugar bien visible, esta nota: «Me voy a donde no quiere usted que vaya.»<sup>25</sup>

Hacia la medianoche, llegan como pueden al Smolny. El estado mayor de la Revolución proletaria está en plena ebullición. La gente va y viene, sumamente agitada, a lo largo de sus interminables corredores. Se siente que el agua hierve en la marmita, pero la tapadera resiste. ¿Qué va a hacer Lenin? ¿Precipitarse a la habitación donde está reunido el Comité central? Nada de eso. Prefiere enviar a Rahia en busca de Stalin, con la orden de traérselo. Mientras tanto, permanece en el corredor, agazapado junto al alféizar de una ventana. Stalin acude y lleva a Lenin a una pequeña habitación vacía, donde se encierra con él. De ahí partirá el impulso que pondrá en marcha a las fuerzas insurreccionales que el Comité militar revolucionario, aun teniéndolas listas para la acción, no se atreve todavía a utilizar.

Lenin empieza por convocar a los representantes de las secciones, de las fábricas y de los regimientos. Alertados por Stalin, que ha sabido adaptarse inmediatamente a la situación y ser a la vez el secretario, el edecán y el hombre de enlace de Lenin, los motociclistas estacionados en el vestíbulo del Smolny empuñan sus máquinas y se lanzan a través de la capital en dirección a los suburbios. Los de

Vyborg, donde se encuentran las fábricas Renault, Lessner, Nobel, Parviainen, y los de Narva, de los que forma parte la gigantesca fábrica Putilov, dominan a Petrogrado: son las dos mandíbulas de una tenaza lista para cerrarse.

Los hombres de la sección de Vyborg no necesitan molestarse. Krupskaja está allí y gracias a ella saben muy bien lo que quiere Lenin. Además ya han requisado entre los particulares todos los medios de transporte: camiones, coches, bicicletas, etc., y han establecido el control sobre el correo y el telégrafo de su barrio. A ellos les basta un breve mensaje: ocupar la estación de Finlandia. Los dirigentes de la sección de Narva se trasladan al Smolny, reciben de Lenin las instrucciones necesarias y vuelven a partir rápidamente.

A partir de la una y media de la madrugada, destacamentos de soldados salen de los cuarteles; grupos de obreros armados, de sus fábricas, y se ponen en marcha hacia las estaciones, los puentes, los edificios públicos. La cosa transcurre en todas partes tranquilamente, sin el menor derramamiento de sangre. Apenas si algún «kerenskista» recalcitrante se hace poner fuera de combate a culatazos. Únicamente la ocupación de la central telefónica causó alguna perturbación. Las señoritas del teléfono, al ver invadido su local, se espantaron y se desmayaron con conmovedora unanimidad. El representante de la nueva autoridad encontró enseguida un medio excelente para reanimarlas. Mandó traer, del centro de abastecimiento de su sección, azúcar, té, panecillos y latas de conserva. La llegada de la camioneta cargada con todas esas cosas buenas y bastante raras en aquel cuarto año de guerra produjo un efecto mágico y todas reanudaron su sonrisa y su trabajo con una unanimidad no menos conmovedora.

Eran entonces las siete de la mañana. El Correo central, el Banco del Estado y tres de las cuatro grandes estaciones



de la capital estaban ya ocupadas. A las ocho le llegó el turno a la cuarta. Lenin, que se había quedado a la escucha en el Smolny sin cerrar un ojo en toda la noche, estaba haciendo el balance de la operación. Ese balance le parecía del todo satisfactorio. La Revolución proletaria se presentaba ya como un hecho consumado. Kerenski y sus ministros seguían reunidos en el Palacio de Invierno, mientras que, al lado, el general que mandaba la región militar de Petrogrado estaba en la Cancillería del Estado Mayor. Pero ya no forman, para Lenin, más que miserables restos de un pasado muerto que van a ser barridos de un momento a otro. Ha llegado la hora, se dice Lenin, de anunciar la gran noticia al país. Pero antes hay que zanjar un problema de pura forma, por lo demás: el Gobierno provisional ya no existe. Eso es indudable. ¿Pero quién lo ha reemplazado? ¿A qué manos ha pasado el poder? Problema de pura forma, he dicho. En efecto, el Congreso se reunió esa misma noche y, en su calidad de órgano soberano que representa la voluntad general de toda la Rusia obrera y campesina, designa al nuevo Gobierno. El que, por la pluma de Lenin, va a dirigirse al pueblo ruso tendría, en resumidas cuentas, una vida sumamente breve: el espacio de una tarde. Pero aun falta que esa existencia efímera no le sea discutida... Evidentemente, lo más sencillo y lo que hubiera correspondido mejor a la realidad hubiera sido hablar en nombre del partido bolchevique. ¿No había replicado orgullosamente al ministro Zeretelli en junio pasado, en el primer Congreso de los Soviets, que el partido bolchevique estaba preparado en todo momento para tomar el poder? Ahora prefiere no violentar las cosas. Simple cuestión de matiz, ¡pero cuán significativa! Si el Congreso ofrece el poder a su partido, claro que lo aceptará. Pero no se adueñará de él por su propia autoridad. En el jefe revolucionario se deja entrever ya al hombre de gobierno.

Pronto se encontró una solución: será el Comité militar revolucionario, «colocado al frente del proletariado y de la guarnición de Petrogrado», el que hablará al país. En consecuencia, Lenin le hace decir a guisa de exordio que «el Gobierno provisional ha sido depuesto» y que el poder ha pasado a sus manos. Y luego: «El Comité militar revolucionario convoca para hoy, 25 de octubre, al mediodía, al Soviet de Petrogrado a fin de que se adopten las medidas inmediatas para la formación de un Gobierno de Soviets.» Después de escribir estas líneas, cambia de parecer y las tacha con un zigzaguo de su pluma. Probablemente ha reflexionado y ha pensado que eso era asunto del Congreso. Tras lo cual termina con estas simples palabras: «La causa por la cual ha entrado a la lucha el pueblo —proposición inmediata de una paz democrática, abolición de la propiedad rústica, control de la producción por los obreros, creación de un Gobierno de Soviets— ha triunfado definitivamente. ¡Viva la Revolución de los obreros, de los soldados y de los campesinos!» Fechado el 25 de octubre, a las diez de la mañana.

A esa misma hora el presidente del Gobierno provisional de la República rusa, dejando que sus ministros hicieran acto de presencia en el Palacio de Invierno, partía para el frente, en un auto gentilmente prestado por la Embajada norteamericana, a fin de reunir tropas fieles que le permitieran reconquistar la capital insurrecta.



**Parte IV**  
**LA CONSTRUCCIÓN**  
**DEL ESTADO SOCIALISTA**



# XXI

## LA TOMA DEL PODER

El Soviet se reunió en asamblea plenaria a las dos y media de la tarde. Mientras esperaba la apertura de la sesión, Lenin se había puesto a redactar el informe que pensaba presentar y el texto de la resolución que debía ser adoptada por la reunión.

Empezaron sin él. Probablemente no había terminado todavía su trabajo. Trotski, que presidía, anunció: «En nombre del Comité militar revolucionario, declaro que el Gobierno provisional ha dejado de existir.» Deja pasar la tempestad de aplausos que han provocado sus palabras y machacando sus frases proclama: «Orden del día: Informe del Comité militar revolucionario, informe sobre las tareas inmediatas del Gobierno de los Soviets.» Tras un breve silencio, elevando todavía más la voz, anuncia solemne y triunfal: «El ponente es el camarada Lenin.» Nueva tempestad de aplausos, tras la cual inicia un brillante discurso para cantar las glorias de la revolución victoriosa.

Mientras habla, Lenin aparece discretamente en la tribuna presidencial. Al verlo, Trotski interrumpe su discurso. «Se encuentra entre nosotros el camarada Lenin —grita mostrando con un dedo a la asamblea al hombrecillo calvo (¡se acabó la peluca!) cuyo rostro lampiño es desconocido para la casi totalidad de los asistentes—. ¡Viva el camarada

Lenin, que ha vuelto con nosotros!» Entonces surge el delirio. Los hombres saltan, tiran sus gorras al aire y lanzan frenéticos hurras. Saben que esta milagrosa revolución que se ha llevado a cabo en el curso de la noche se debe sobre todo, sino únicamente, a la inflexible voluntad de Lenin, a su perseverante obstinación, a su firme resolución de forzar todos los obstáculos y de actuar a pesar y en contra de todos si es necesario. Y aclaman locamente al vencedor, a quien esta victoria prestigiosa ha subido súbitamente a un pedestal que, desde ese momento, lo coloca ya fuera del alcance de toda medida común.

Lenin se impacienta y con una mano hace pequeños gestos imperativos. Esta ovación se prolonga demasiado y él tiene prisa por tomar la palabra. ¡Son tantas las cosas que hay que decir y que no toleran retraso alguno! Por fin le dejan empezar su discurso:

»La revolución obrera y campesina, cuya necesidad fue proclamada siempre por los bolcheviques, se ha llevado a cabo. ¿Cuál será su sentido y su alcance? En primer lugar, esto significa que tendremos un Gobierno de los Soviets en el que no participará la burguesía en modo alguno. Serán las propias masas oprimidas las que crearán los órganos del nuevo poder. La vieja máquina gubernamental será rota en mil pedazos; otra, completamente nueva, va a nacer bajo la forma de instituciones soviéticas. Una nueva era comienza en la historia de Rusia. Esta tercera revolución conducirá infaliblemente a la victoria completa del socialismo. La tarea más urgente es terminar la guerra. Esta está estrechamente ligada al régimen capitalista. Hay que empezar por vencer al propio capitalismo. El proletariado internacional nos ayudará. Los campesinos nos darán su confianza en cuanto sea abolida la propiedad de la tierra. Debemos ponernos inmediatamente a construir el Estado socialista.»

La sesión terminó hacia las seis de la tarde. Por la noche iba a abrirse el Congreso de los Soviets.

Lenin estaba empeñado en que el Palacio de Invierno debía ser tomado antes de la apertura del Congreso. Tenía esencial empeño en ello. Y, sin embargo, al terminar la tarde el palacio seguía en manos del Gobierno de Kerenski. El Comité militar revolucionario tergiversaba, vacilaba en dar la señal de asalto, alegando que no disponía de fuerzas suficientes para vencer la resistencia de los defensores del palacio, unos 1.500 cadetes y el batallón de «mujeres de choque», formación selecta compuesta de voluntarias, algunas de ellas bastante guapas, y que pertenecían más al ambiente del music-hall que al de la guerra. Ese retraso desesperaba a Lenin.

»A Antonov y a mí —cuenta Podvoiski— nos mandaba decenas de notas en las que nos llamaba cobardes y vagos, y nos acusaba de impedir la apertura del Congreso y de sembrar así la confusión en las filas de los delegados.» A todo esto, había caído la noche. Eran las diez. No se podía retrasar más la sesión. Declaró categóricamente que no se presentaría ante el Congreso mientras no fuera tomado el Palacio de Invierno. La sesión se abrió sin él a las once menos cuarto.

Lenin se había retirado a la pequeña habitación puesta a su disposición y allí rabiaba de impaciencia. «Se revolvió como un león enjaulado —escribe Podvoiski—. Necesitaba el Palacio a toda costa. ¡Y tronaba y juraba! Estaba dispuesto a mandarnos fusilar a todos.»

Eran las tres y diez minutos de la madrugada cuando Kamenev, elegido presidente del Congreso conforme a lo previsto, anunció a la asamblea que el Palacio de Invierno acababa de rendirse y que los ministros allí presentes del allí presente Gobierno provisional quedaban detenidos por el camarada Antonov, actuando en nombre del Comité



militar revolucionario. La noticia fue comunicada inmediatamente a Lenin, quien permaneció en su habitación. La sesión del Congreso terminó sin él, a las seis de la mañana.

Unas horas más tarde (era el 26, cerca del mediodía) se reunía el Comité central del partido bolchevique. El acta de esa sesión, cuya importancia histórica es inútil subrayar, no ha sido publicada. Parece que no ha podido ser encontrada... Me veo obligado, por tanto, a reconstruir a tientas sus peripecias, según los testimonios de los que en ella participaron. Desgraciadamente, no confiaron a sus plumas todo lo que oyeron. El lector me permitirá que no recurra a juegos de imaginación para llenar las lagunas que se presenten.

La cuestión capital y que, por el instante, predominaba sobre todo lo demás era la composición del nuevo Gobierno. Había que redactar una lista de ministros que pudiera ser presentada al Congreso. Como los bolcheviques estaban en mayoría, su aceptación no ofrecía la menor duda.

Sin embargo, se presentó una dificultad desde el principio. Como los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de derecha habían abandonado demostrativamente el Congreso para protestar contra la «violencia» de que iban a ser víctimas los ministros asediados en el Palacio de Invierno, no podía pensarse, estimaba Lenin, en hacerles un lugar en el nuevo Gobierno obrero y campesino. En cuanto a los socialistas—revolucionarios de izquierda que no los habían seguido y que seguían participando en los trabajos del Congreso, éstos eran otra cosa. Se les invitó a venir a ponerse de acuerdo con el Comité central bolchevique sobre las condiciones de su participación en el ministerio en formación. Contestaron que sólo entrarían en el Gobierno si se admitía a todos los partidos representados en el Soviet. Eso era preconizar un

ministerio de coalición con los mencheviques, etc. Cosa absolutamente inadmisibles para Lenin: Se decidió, por tanto, formar el Gobierno exclusivamente con bolcheviques.

Parece que Lenin no quería formar parte personalmente y que prefería ejercer desde fuera un derecho de vigilancia y de control. Lunatcharski, que había asistido a la sesión, decía al día siguiente a Sukhanov: «Voy a trabajar en el Comité central del partido», anunció (Lenin). Pero nosotros dijimos: «No. No aceptamos.» Le hemos obligado a cargar con la principal responsabilidad. De lo contrario, no haría más que criticar. A todos nos gustaría eso.»

Así fue como impusieron a Lenin la presidencia del Gobierno. No quedaba más que designar a sus miembros. Lenin no quería que se llamasen ministros. Trotski le atribuye a este respecto las siguientes palabras: «¡Sobre todo, nada de ministros! El título es abyecto, ha rodado por todas partes.» Entonces Trotski sugirió: «Podríamos decir comisarios, pero ya hay demasiados comisarios ahora. ¿Quizá «altos comisarios»? No, «alto comisario» suena mal. ¿Y si dijéramos: «comisarios del pueblo»? Lenin: ¿Comisarios del pueblo? Hombre, me parece que eso podría ser. ¿Y el Gobierno en su conjunto? Trotski: ¿Consejo de los Comisarios del Pueblo? Lenin: ¿Consejo de los Comisarios del Pueblo? Perfecto: eso huele a revolución.

Pero aunque había cambiado el nombre, la estructura interior del nuevo Gobierno estaba calcada con bastante exactitud del modelo clásico adoptado por el Parlamento burgués. Las mismas divisiones: Negocios Extranjeros, Defensa Nacional, Justicia, Hacienda, Interior, Agricultura, Instrucción Pública, Abastecimientos, Comunicaciones. Un solo departamento nuevo fue creado: el de los Asuntos de las Nacionalidades. Ahora que todas las minorías nacionales, tan numerosas en el antiguo imperio de los zares, iban a emanciparse, ese ministerio, perdón, esa

Comisaría, se imponía absolutamente. Correspondió a Stalin, que por sus orígenes estaba perfectamente calificado para dirigirla. Las otras designaciones fueron menos afortunadas y algunas parecen francamente paradójicas. Lunatcharski, el incorregible bohemio, ascendido a ministro de Instrucción Pública, se lo hizo ver a Lenin. Este se encogió de hombros: «No tiene importancia. Lo importante es que todos los puestos estén ocupados. Siempre habrá tiempo para echar a los que no sirvan para nada. Ya veremos.»

De preferencia escogieron en el seno del Comité central. Para contentar a los moscovitas, Lenin hizo entrar en el Consejo, a regañadientes sin duda, a Rykov y Noguín, que recibieron la cartera del Interior y la de Industria y Comercio, respectivamente. Trotski asegura que protestó con todas sus energías contra su nombramiento para Negocios Extranjeros. Prefería ser director de la propaganda y de la prensa bolcheviques. Pero Lenin, según parece, consideró que sería bueno «enseñarlo a Europa», y Trotski aceptó. La «parejita de camaradas» no fue admitida en el Gobierno, pero se les insinuó una próxima compensación: la presidencia del nuevo Comité central ejecutivo para Kamenev y la dirección de *Isvestia*, llamado a convertirse en el órgano oficial del nuevo régimen, para Zinoviev.

Ignoro a qué hora había terminado la sesión del Comité central. Lenin debió dedicar el tiempo que le quedaba hasta la apertura de la del Congreso en preparar el texto de los dos grandes decretos, sobre la Paz y sobre la Tierra, que pensaba someter ya a los representantes de los soviets de toda Rusia a fin de mostrarles cuáles serían los primeros actos del nuevo Gobierno.

Eran las nueve de la noche cuando Lenin, elegido en su ausencia miembro del Buró del Congreso, hizo su entrada, con sus colegas, en la gran sala de fiestas del Instituto

Smolny, donde estaba reunida la Asamblea. El periodista norteamericano John Reed, que se había situado en el camino que debía seguir Lenin y que lo observaba con atenta curiosidad, anotó más tarde en su libro: «Estaba completamente afeitado, pero ya empezaban a erizar su rostro los pelos de su perilla, antaño popular y que ahora no volverá a abandonar. Su traje estaba raído y sus pantalones eran demasiado largos.»

Seiscientos veinticinco delegados estaban presentes. Ya no había mencheviques ni socialistas-revolucionarios de derecha, por lo menos oficialmente. Muchos inconformes se habían metido, unos entre los socialistas-revolucionarios de izquierda y otros entre los «internacionalistas», minúscula fracción que creció súbitamente en proporciones inquietantes, y habían vuelto a la sala.

Kamenev anuncia: «El Congreso ha decidido tomar el poder en sus manos y vamos a someter desde ahora los proyectos de leyes que, en nuestra opinión, deben ser promulgadas lo más rápidamente posible. El camarada Lenin tiene la palabra.»

Lo mismo que la víspera, su aparición en la tribuna fue saludada con un clamor entusiástico. 'Paseó por los asistentes sus ojillos parpadeantes —escribe Reed—, aparentemente insensible ante la inmensa ovación que se prolongó varios minutos. Cuando terminó, dijo simplemente: «Pasamos ahora a la edificación del orden socialista.»

Se esperaba un discurso, pero Lenin se limitó a un breve preámbulo: «La cuestión de la paz es una cuestión candente de la que se ha hablado mucho, de la que se ha escrito mucho. Todos vosotros la habéis discutido seguramente muchas veces. Por eso me vais a permitir que pase directamente a leer la declaración cuya publicación incumbe al Gobierno que será designado por vosotros.» Y se puso a leer. Reed, que está a su lado, anota: «Su boca

ancha, que parecía sonreír, se abría del todo cuando hablaba; su voz era ronca, pero no desagradable; parecía endurecida por años y años de discursos; corría monótona e igual, y se tenía la impresión de que no podría detenerse nunca. Cuando quería subrayar una idea, se inclinaba ligeramente hacia adelante.» Lenin lee: «El Gobierno obrero y campesino, nacido de la revolución del 25 de octubre, propone a todos los pueblos en guerra y a sus gobiernos comenzar inmediatamente conversaciones con vistas a concertar una paz democrática y justa sin anexiones ni indemnizaciones. Esta última condición no debe ser considerada como un ultimátum. El Gobierno obrero y campesino está totalmente dispuesto a examinar cualquier otra oferta: únicamente insiste en la extrema urgencia y en la necesidad de presentar esa oferta en forma clara y precisa, sin ningún equívoco. El Gobierno obrero y campesino renuncia a la diplomacia secreta. Va a emprender inmediatamente la publicación, para anularlos, de los acuerdos secretos concertados por el Gobierno zarista y mantenidos por los gobiernos burgueses que le han sucedido. Al mismo tiempo, el Gobierno obrero y campesino propone a todos los países beligerantes concertar un armisticio de tres meses, a fin de permitir a sus respectivos pueblos examinar y discutir detalladamente las condiciones de paz. Al dirigirse a todos los países, el Gobierno obrero y campesino se vuelve más especialmente hacia los obreros de los países capitalistas avanzados: Inglaterra, Alemania y Francia. Los obreros y campesinos rusos victoriosos no dudan de que el proletariado occidental les ayudará a hacer triunfar la causa de la paz, así como la de la liberación de las masas trabajadoras de toda esclavitud y de toda explotación.»

Lenin ha terminado. Los socialistas-revolucionarios de izquierda, los internacionalistas, los polacos, los lituanos y

los letones declaran estar de acuerdo con él. Sólo un delegado se muestra descontento: según él, hay que suprimir el párrafo de la declaración donde se dice que el Gobierno ruso está dispuesto a examinar cualquier oferta que se le haga. «No debemos decir eso —estima—. Nuestros enemigos van a creer que tenemos miedo. Nuestro ofrecimiento de paz sin anexiones ni indemnizaciones deben tener el carácter de un ultimátum.» Lenin se levanta inmediatamente, categórico: «Me opongo formalmente a que nuestro ofrecimiento de paz se presente bajo la forma de un ultimátum. Eso puede echarlo todo a perder. Sería dar a los gobiernos burgueses el pretexto para no responder. Y ¿qué diríamos entonces a cualquier campesino de una provincia alejada si nos preguntara:

»Camaradas, ¿por qué me habéis impedido examinar todas las proposiciones de paz? Las hubiera discutido y hubiera dado después a mis representantes en la Asamblea Constituyente instrucciones de actuar de tal o cual manera?...» Se dice que así mostraríamos nuestra debilidad. Pero ya es hora de despojarse de ese falso orgullo burgués que consiste en pretender que un Estado es fuerte cuando sus dirigentes pueden conducir a su pueblo a cualquier parte, como si fuera un rebaño dócil. Según nosotros, un Estado es fuerte cuando las masas lo saben todo y lo dicen todo ellas mismas, con pleno conocimiento de causa. No debemos temer decir que estamos cansados de la guerra. Pues, ¿cuál es el Estado que no lo está? ¿Cuál es el pueblo que no lo dice abiertamente?»

Son las 10,35 exactamente. Kamenev pide a todos los que aprueben la declaración que levante la mano con su tarjeta de delegado. Sólo uno se atreve a desobedecer: sus vecinos le hacen entrar rápidamente en razón. Ahora todo el mundo está en pie. Todo el mundo parece ebrio de alegría. Todo el mundo grita: «La guerra ha terminado.» Se

ponen a cantar. Cantos a la gloria de la Revolución triunfante y libertadora. Lenin se mantiene rígido, inmóvil, en el centro del estrado presidencial. Y canta con entusiasmo, con los ojos inflamados y el rostro exaltado, radiante de felicidad.

Unos instantes de descanso y Lenin se levanta de nuevo. Ahora hablará de la tierra. En primer lugar, una simple comprobación: la tierra debe pertenecer a los campesinos; el Gobierno que acaba de ser derribado ha cometido un crimen imperdonable retrasando esa solución y provocando con ello una desorganización total de la vida económica del país. El decreto es claro y breve. La propiedad terrestre queda abolida. Nada de indemnización. Nada de facultad de readquisición. Todas las tierras de los grandes propietarios, todos los dominios del Estado y de la Iglesia pasan, en espera de la decisión de la Asamblea Constituyente, a manos de comités agrarios y de los Soviets locales de los diputados campesinos. Toda degradación del patrimonio confiscado será castigada con sumo rigor. Y he aquí el reglamento a que habrá que ajustarse durante la aplicación de las medidas preconizadas por el decreto.

Ese reglamento no es más que la reproducción, casi textual, del gran Cuaderno general redactado por el partido socialista— revolucionario, según los 242 cuadernos locales de quejas campesinas, para el uso de los miembros del primer Congreso panruso de los diputados campesinos. Al escuchar su lectura, algunos diputados no pueden dejar de manifestar su sorpresa. Lenin reacciona en el acto: «Oigo voces que anuncian que el decreto y el reglamento han sido redactados por los socialistas revolucionarios. ¿Y qué?... ¿No da lo mismo que sea un partido u otro el que lo haya redactado? Como Gobierno democrático no podemos desconocer el deseo de la masa popular aunque no estemos de acuerdo con ella a ese respecto. La vida es la mejor

escuela. Ella se encargará de enseñarnos quién tiene razón y quién no... Debemos marchar con la vida, debemos dejar a las masas plena y total iniciativa creadora. Estimamos que los propios campesinos sabrán, mejor que nadie, encontrar la solución justa del problema. ¿Con el método socialista-revolucionario o con el nuestro? Eso no es lo esencial. Lo esencial es que los campesinos tengan la certeza de que la propiedad territorial ya no existe en los campos. A ellos corresponde organizar su existencia como mejor les convenga.» Eso también era hablar como un jefe de Gobierno. Lenin se iba adaptando ya con extraordinaria facilidad a su nueva condición.

El decreto fue votado sin debate. Al final de la sesión, Kamenev da lectura a la lista propuesta de los miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Se oye a alguien exclamar: «¿Comisarios? ¿Qué significa eso? ¡Todo el poder para los soviets, y nada más!» El inoportuno es llamado severamente al orden. Pero he aquí que los socialistas—revolucionarios de izquierda empiezan a protestar: siguen insistiendo en su fórmula de Gobierno de coalición de todos los partidos soviéticos. Los «internacionalistas» comparten esa opinión. Pero es inútil. La lista es adoptada «por la abrumadora mayoría de los votantes», dice el Novaia Jisn. Luego eligen un nuevo Comité ejecutivo. Sesenta y dos de sus 101 miembros pertenecen al partido bolchevique. Tras lo cual, Kamenev declara que el segundo Congreso de los Soviets ha terminado. Son las cinco de la mañana.





# **XXII**

## **EN EL TIMÓN**

### **DE LA NAVE DEL ESTADO**

Se ha levantado el alba por tercera vez desde que Lenin, contraviniendo la consigna, había hecho su aparición en el Smolny. ¿Se ha dado cuenta? ¿Quién podría decirlo?... Vive al margen del tiempo y del espacio, planeando sobre los escombros de un mundo que se derrumba. La esposa de Trotski, que llegó al Smolny al día siguiente o al otro del golpe de Estado, le había visto el aspecto de un lunático. «En sus movimientos y en sus palabras —leemos en sus notas— había algo de sonambulismo.» Pero también se fijó en su color, de un gris verdoso, en sus ojeras y... en su cuello postizo muy sucio. No se puede afirmar que en el curso de la jornada que va a iniciarse tendrá tiempo Lenin para pensar en conseguir otro.

Era el 27 de octubre y las cosas empezaban mal. La casi totalidad de los funcionarios y empleados de la Administración pública no se presentaron a su trabajo. Los Bancos habían cerrado sus ventanillas. Los periódicos que se publicaron protestaban con vehemencia contra el «golpe de fuerza bolchevique» y exhortaban a la población a no obedecer las órdenes de «una banda de aventureros políticos que ha usurpado el poder». Lenin reunió en su

despacho al Consejo de los Comisarios del Pueblo, que celebró así su primera sesión. Se tomó la decisión de prohibir los periódicos recalcitrantes que «sembraban el desconcierto propalando rumores calumniosos» ; el comisario del Trabajo fue encargado de ordenar a todos los «huelguistas» burgueses que reanudaran inmediatamente el trabajo, so pena de severas sanciones, y se decretó, visiblemente para tranquilizar a la opinión pública, que las elecciones para la Asamblea Constituyente se celebrarían en la fecha prevista.

Por la tarde llegaron noticias alarmantes. Se supo que el partido socialista-revolucionario había lanzado un llamamiento al país anunciando la creación de un Comité de Salud de la Patria y de la Revolución; todos los verdaderos demócratas eran invitados a agruparse a su alrededor y a luchar en común contra los «usurpadores». Casi al mismo tiempo corrió el rumor de que Kerenski, al frente de un cuerpo de caballería compuesto por cosacos del general Krasnov, marchaba sobre Petrogrado. Era exacto. Ya había ocupado Gatchina, lo que le abría el camino de la capital.

Podvoiski, a quien las circunstancias habían convertido en una especie de comandante en jefe de las fuerzas armadas del nuevo Gobierno, envió a su encuentro a unos cuantos destacamentos obreros (no se atrevía a fiarse de las tropas de la guarnición, que se decían «fatigadas» después de la «batalla» del Palacio de Invierno y que no querían salir de sus cuarteles), armados apresuradamente en el patio del Instituto Smolny. Esta vanguardia del ejército proletario corrió al combate, con candente entusiasmo guerrero. Chocó con un escuadrón de cosacos y fue dispersada en unos instantes. Antonov, que había partido precipitadamente para tratar de impedir la desbandada, regresó completamente desalentado. La situación parecía catastrófica.

Lenin observa ansiosamente el desarrollo de los acontecimientos. Se da cuenta de que el verdadero combate no ha hecho más que empezar y que el asalto espectacular del Palacio de Invierno, que no había costado ni una sola gota de sangre, no ha sido más que un brillante desfile revolucionario. Los talentos militares de Podvoiski no le inspiran gran confianza. Lo considera demasiado blando. Al enterarse de la derrota de la vanguardia revolucionaria, Lenin se traslada al palacio del Estado Mayor, donde éste celebra desde ahora sus sesiones. Podvoiski no se lo esperaba. Interroga a Lenin ofuscado: «¿Qué significa esta visita? ¿Debo interpretarla como una prueba de desconfianza?» El otro le corta la palabra: «No se trata de desconfianza. Simplemente el Gobierno obrero y campesino desea saber cómo funciona su alto mando militar.» Se hace traer un mapa y las preguntas empiezan a llover: «¿Por qué no se defiende esta posición? ¿Por qué se ha emprendido tal operación y se ha renunciado a tal otra? ¿Por qué se han dejado sin protección los accesos a la ciudad? ¿Por qué no se ha llamado a los marineros de Cronstadt?», etc. Podvoiski, desconcertado, no da pie con bola. Reconoce que, en efecto, ha descuidado muchas cosas, pero todo será reparado y promete solemnemente que el enemigo no pasará. Lenin le deja hablar y se va.

Vuelve al Smolny muy inquieto. Decididamente este Podvoiski no está a la altura de la situación. Sólo le queda un recurso: tomar personalmente en sus manos la dirección de las operaciones.

Ya ha pasado la medianoche cuando se establece la comunicación telefónica entre el Smolny y el Comité regional de Finlandia, con sede en Helsingfors. En un extremo del hilo está Lenin; en el otro, un miembro del Buró y el presidente de la sección militar de dicho Comité. El

primero es un socialista— revolucionario de izquierda; el segundo, un bolchevique. Se entabla el siguiente diálogo:

LENIN.— ¿Puede usted hablar en nombre del Comité regional?

EL S.—R. (un poco vejado).— ¡Naturalmente!

LENIN.— ¿Puede usted dirigir inmediatamente a Petrogrado varios torpederos y otros barcos armados?

EL S.—R.— Vamos a llamar al presidente del Comité central del Báltico, pues es un asunto esencialmente naval. ¿Qué hay de nuevo por Petrogrado?

LENIN.— Las tropas de Kerenski han tomado Gatchina. La guarnición de la capital está cansada. Necesitamos poderosos refuerzos, enseguida.

EL S.—R.— ¿Y qué más?

LENIN.— En lugar de la pregunta «¿Y qué más?», esperaba oír que se estaba dispuesto a marchar y a combatir.

EL S.—R. (enfadándose).— No es necesario repetirlo. Hemos anunciado nuestra resolución. Por lo tanto, se hará lo necesario.

La conversación con el bolchevique tuvo un carácter más ameno. Se convino que 5.000 hombres decididos, provistos de víveres y de municiones, partirían inmediatamente para Petrogrado. El presidente del «Centrobalt», que había llegado mientras tanto, prometió enviar un grupo de torpederos y el acorazado La República a fin de poder efectuar, en caso necesario, el bombardeo de la costa para impedir el avance de los cosacos hacia la capital.

Al día siguiente, hacia el mediodía, Lenin reaparece en el Estado Mayor. Anuncia que, dada la necesidad de estar al corriente de la marcha de las operaciones, ha decidido instalarse permanentemente allí por algún tiempo. Ponen un despacho a su disposición. Pero eso no le basta. Quiere, además, tener una mesa en el de Podvoiski, quien, de esa

manera, queda colocado bajo un estrecho control, y él empieza a dar órdenes y a convocar a los representantes de los comités de fábricas y de regimientos, desentendiéndose ostensiblemente de Podvoiski. Este cuenta en su libro: «Durante esas tres o cinco horas tuve varios altercados con Lenin a causa de su método de trabajo. Mis protestas eran escuchadas, pero no tenidas en cuenta. En realidad, se habían formado dos estados mayores: uno en el despacho de Lenin y otro en el mío... Ese «paralelismo» me desesperaba.» Tan es así que acabó por declarar que dimitía. Entonces Lenin se puso muy furioso. «Lo llevaré ante el tribunal del partido —exclamó—. ¡Será usted fusilado! ¡Le ordeno que continúe su trabajo y que no entorpezca el mío!» Podvoiski obedeció.

En esos días críticos Lenin dio toda la medida, apoderándose de un solo impulso del timón de un Estado a la deriva. Sus enemigos le han reprochado haberse agitado demasiado y haber querido entrometerse excesivamente en todo. Ciertamente, su trepidante actividad debió de parecer molesta para muchos «responsables» imbuidos de su importancia, pero era la única manera de obtener de ellos el máximo rendimiento que exigían las circunstancias excepcionales que acababan de crearse.

En la poderosa limousine que ha puesto a su disposición el sindicato de chóferes y garajistas de Petrogrado, Lenin vuela de un extremo a otro de la capital. Vela por el armamento. Activa el trabajo en las fábricas. Organiza la defensa de la ciudad. Manda requisar caballos de los coches de punto para el transporte de los cañones al «frente de Gatchina». Manda a los desocupados a abrir trincheras. Se le ve en todas partes, en todas partes se oye su voz.

Así transcurren las jornadas del 27 y del 28. El 29, un domingo, la situación se ha agravado todavía más. Los cadetes habían sido desarmados y dejados en libertad

después de la toma del Palacio de Invierno. Con ayuda del Comité de Salud de la Patria consiguieron armas, y en las primeras horas de la mañana del 29 lograron apoderarse de las Escuelas militares expulsando, sin gran dificultad por lo demás, a los débiles destacamentos de la Guardia Roja que habían sido enviados allí por el Comité militar revolucionario. Desde allí se proponían marchar sobre el Smolny. La situación estuvo incierta durante tres horas. La llegada de los marineros de Cronstadt permitió liquidar esa tentativa insurreccional, pero esta vez corrió la sangre: hubo muertos y heridos. Esto, por lo que toca a Petrogrado. En Moscú, el Comité de Salud de la Patria había montado la insurrección en un plano mucho más amplio, arrastrando a la lucha a una parte considerable de las tropas de la guarnición. Finalmente, los bolcheviques tuvieron que abandonar el centro de la ciudad y atrincherarse en las barriadas obreras. El país quedó colocado así en plena guerra civil.

Al frente de la Confederación general de obreros ferroviarios se hallaba entonces un Comité en el que predominaban los elementos antibolcheviques y a quien la moda de las abreviaturas, impuesta a la Revolución rusa por la guerra imperialista de 1914, había bautizado con el nombre de «Vikjel». Este Comité lanzó la siguiente proclama: «Se ha encendido una guerra fratricida. El Gobierno de Kerenski ha sido incapaz de mantener el poder. El Consejo de los Comisarios del Pueblo que acaba de formarse en Petrogrado apoyándose en un solo partido, no puede ser reconocido y sostenido por todo el país. Es necesario formar un nuevo Gobierno que goce de la confianza de todos los demócratas. Ese Gobierno sólo puede ser creado mediante un acuerdo mutuo de los partidos democráticos, y no por la fuerza de las armas. En consecuencia, el Comité central ejecutivo de la

Confederación general de los obreros ferroviarios anuncia a todos los ciudadanos, obreros, soldados y campesinos, su decisión irrevocable y su enérgica reclamación: cesar la guerra civil y entenderse con vistas a la formación de un Gobierno democrático. Si hoy mismo, en la noche del 29 al 30 de octubre, no se suspenden las hostilidades en Moscú y en Petrogrado, cesará el tráfico en todas las líneas.»

El Comité central se reunió bajo la impresión de ese ultimátum. Lenin estaba ausente. Stalin y Trotski, también. Kamenev aprovechó esa circunstancia para proponer a sus colegas entenderse con el Vikjel y votar la siguiente moción: «El Comité central estima ampliar la base gubernamental y admite la eventual reorganización de su composición.» Lo asombroso es que esa moción fue adoptada unánimemente por los diez miembros presentes, a pesar de que figuraban entre ellos Sverdlov y Dzerjinski, los dos fieles partidarios de Lenin, y los trotskistas Yoffé, Sokolnikov y Uritski. Esto demuestra claramente el desconcierto que sembró en el Comité central la gestión del Vikjel y lo necesaria que era la intervención de Lenin en todas partes, para impedir las debilidades y los extravíos de sus colaboradores.

Es cierto que el Comité no había dejado de especificar que el futuro Gobierno debía ser formado por el Comité central ejecutivo de los soviets y ser responsable ante él. Pero, al mismo tiempo, se había admitido que había que completar ese Comité con los representantes de los partidos que se habían retirado del reciente Congreso, es decir, con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios de derecha, más los delegados del Vikjel, de Comunicaciones y de otras organizaciones similares de tendencia antibolchevique que se habían negado a participar en el Congreso de los Soviets, lo que no podía conducir más que a una alteración total de la mayoría en su seno. En otras palabras y para hablar claro, eso significaba la anulación



total de los resultados obtenidos el 25 de octubre y el restablecimiento de un régimen kerenskista sin Kerenski, en espera de la intromisión de un general kornilovista (no faltaban) en el país.

Esa misma noche, en la sesión del Comité central ejecutivo, Kamenev hizo votar el envío de una delegación a la conferencia conciliadora convocada por iniciativa del Vikjel. Esta se celebró a altas horas de la noche. Los dirigentes de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios dieron a conocer sus exigencias. Querían que Lenin y Trotski quedaran absolutamente fuera del Gobierno, que los guardias rojos fueran desarmados y que el futuro Gobierno fuera responsable ante un «Consejo popular» formado por los miembros del antiguo Comité de los Soviets, es decir, por los Cheidze, los Dan, los Zeretelli, etc., los representantes de los municipios en los que había innumerables «cadetes» camuflados, y los de los comités del Ejército compuestos por jusqu'au boutistes irreductibles. Se nombró allí mismo una comisión para estudiar la composición del nuevo ministerio, cuya presidencia parecía estar reservada al jefe de los socialistas-revolucionarios, Chernov, Kamenev y dos de sus camaradas bolcheviques, Sokolnikov y Riasanov, aceptaron formar parte.

La comisión se reunió en el acto. Trabajó toda la noche y todo el día siguiente, pero sin poder llegar a un acuerdo definitivo. Se convino reanudar la discusión en una sesión plenaria de la conferencia.

Lenin se enteró con estupor de la nueva intriga urdida por Kamenev. En un principio no quiso creerlo, pensando que se trataba, por parte del Comité central, de una «maniobra diplomática» destinada a burlar la vigilancia del Vikjel y a impedirle que cumpliera su amenaza de huelga general, que hubiera imposibilitado el envío de refuerzos a los bolcheviques de Moscú. Pero pronto hubo de darse

cuenta que era la existencia de su Gobierno la que se encontraba peligrosamente amenazada, y con ella la de la suerte de la propia revolución. Y esto en los precisos momentos en que, gracias a su infatigable energía, las tropas de Kerenski, atacadas por un cuerpo mixto formado por marineros, guardias rojos y algunas unidades de la guarnición de Petrogrado cuya inercia había logrado sacudir por fin Lenin, eran derrotadas. Sin concederse el menor descanso, Lenin aceptó ese nuevo combate y arremetió vigorosamente contra ese otro enemigo. Se presentó en la sesión del Comité central, el 1.º de noviembre, acompañado de Trotski. Este, el único comisario del pueblo «indeseable» junto con Lenin, atacó a Kamenev con vehemencia, pero sin mostrarse absolutamente intransigente. «Es evidente — observó— que los partidos que fueron derribados por la insurrección quieren arrebatarse el poder a los que los han derrotado.» No se les permitirá. Por lo tanto, estimaba Trotski, no había que admitirlos en el Gobierno más que en una proporción del 25 por ciento. En cuanto a renunciar a la presidencia de Lenin, la cuestión no debía plantearse en ningún caso.

Pero Lenin no está dispuesto a tolerar la menor concesión. «La política de Kamenev debe cesar inmediatamente», declara. Hay que romper toda clase de conversaciones con el Vikjel. No hay que dejarlo entrar en el Soviet. Hay que enviara tropas a Moscú y ayudar a los moscovitas. La única solución posible es cortar por lo sano las vacilaciones y actuar resueltamente.»

Ve alzarse contra él a Rykov, que acaba de llegar precisamente de Moscú para tomar posesión de su Comisaría del Interior. En su opinión, «hay que tomar en serio las conversaciones con el Vikjel; Kamenev tiene razón». Miliutin, nombrado comisario de Agricultura, está de acuerdo con él: «No nos embalemos. No podremos soportar

una larga guerra civil. Es necesario un entendimiento.» Lo mismo dice Zinoviev: «Es sumamente importante llegar a un acuerdo.» Riasanov, que asiste a la sesión en su calidad de delegado del Ejecutivo en la conferencia del Vikjel, se muestra particularmente pesimista: «Corremos el riesgo de quedarnos desesperadamente solos. Hemos hecho mal en mostrarnos intratables y agresivos en la cuestión de las personas. Si no lo hubiéramos hecho tendríamos a la clase media con nosotros. Renunciando al acuerdo engañaremos a las masas a las que hemos prometido un gobierno de soviets.» Por último, Kamenev: «La ruptura nos asestará un golpe terrible. El Vikjel dispone de una gran fuerza.»

Todas esas intervenciones parecen impresionar a la asamblea. Lenin, por más que afirma que «el Vikjel se ha pronunciado por Kornilov y que por lo tanto debemos llamar a las masas, que lo derribarán», no logra que le siga la mayoría. Por diez votos contra cuatro es rechazada la ruptura de las negociaciones. Entonces Trotski recurre a una hábil estratagema. Propone «concretar» esa resolución en los términos siguientes:

»Puesto que los partidos conciliadores no han emprendido esas conversaciones más que para provocar divergencias y una escisión en los medios de los obreros y los soldados, a fin de comprometer el poder de los Soviets, el Comité central autoriza a los miembros de nuestro partido a participar en ellas hoy todavía, y por última vez, con el objeto de denunciar su inconsistencia y provocar una ruptura definitiva de las negociaciones relativas a la formación de un Gobierno de coalición.» Su redacción fue aprobada por nueve votos contra cuatro y una abstención. Así se dio satisfacción casi completa a Lenin.

No se conformó con eso. Al día siguiente hubo nueva reunión del Comité central. El acta de esta sesión no ha sido publicada. Nada se sabe de los debates sostenidos, pero se

conoce la resolución, abrumadora para Kamenev y su grupo, que impuso Lenin a la asamblea. Esta anunciaba esencialmente que la oposición que acababa de nacer en el seno del Comité central «saboteaba la recién iniciada dictadura del proletariado y de los campesinos más pobres», que dicha oposición era responsable de todas las dificultades con que tropezaba el trabajo revolucionario y que se la invitaba a «trasladar sus discusiones y su escepticismo» a la prensa, abandonando el trabajo práctico cuya utilidad negaba. «El Comité central confirma —decía también Lenin— que no se puede renunciar al principio de un gobierno bolchevique homogéneo sin traicionar la divisa de el poder para los Soviets; que cediendo a los ultimátum y a las amenazas de la minoría se renuncia totalmente no sólo al poder de los Soviets, sino a la propia democracia; que a pesar de todos los obstáculos, la victoria del socialismo en Rusia y en Europa sólo podrá asegurarse con la continuación indefectible de la política seguida por el actual Gobierno.»

Cinco votaron contra la resolución que iba dirigida contra ellos: Kamenev, Zinoviev, Rykov, Miliutin y Noguin, nombrado comisario de Industria y Comercio y que ese mismo día había regresado de Moscú. Lejos de darse por vencidos, no hicieron más que trasladar la lucha al Comité ejecutivo de los Soviets. Kamenev reunió a la fracción bolchevique del Comité y le propuso adoptar una resolución que decía exactamente lo contrario de lo que Lenin preconizaba en la suya. Exigía sobre todo la continuación de las negociaciones; se conformaba con la mitad de las carteras del Gobierno y admitía la entrada en el Ejecutivo del Vikjel y demás organizaciones similares sin proceder a la reelección de sus cuadros dirigentes. Fue votada por la fracción y presentada a la asamblea general del Ejecutivo. Los socialistas-revolucionarios se declararon perfectamente satisfechos y le dieron sus votos. De ese modo, la resolución

de Kamenev obtuvo una fuerte mayoría. La nueva oposición podía contar, por tanto, desde ese momento, con el apoyo del Comité ejecutivo de los Soviets.

Al enterarse de lo que acababa de pasar en el Ejecutivo en la noche del 2 al 3 de noviembre, Lenin reaccionó sin perder un instante, y a su manera. Redactó un Ultimátum de la mayoría del Comité central a la minoría, a la que se instaba a contestar por escrito y de una manera exenta de cualquier equívoco si pensaba respetar la disciplina del partido y ajustarse a los principios enunciados en la resolución adoptada por el Comité central. «De lo contrario —decía el Ultimátum— o en caso de una respuesta evasiva, nos dirigiremos inmediatamente a los comités de Petrogrado y de Moscú, a la fracción bolchevique del Ejecutivo de los Soviets y a un Congreso convocado extraordinariamente con la siguiente proposición: o bien el partido encarga a la actual oposición formar un nuevo Gobierno de común acuerdo con aquellos de sus aliados que actualmente la incitan a sabotear nuestro trabajo —y entonces nosotros nos reservaremos nuestra libertad de acción frente a ese nuevo Gobierno, que no podría traer consigo más que caos e impotencia—, o bien, cosa que nosotros no dudamos, el partido aprueba la única línea posible de conducta revolucionaria, expresada por la resolución de ayer del Comité central, y entonces los representantes de la oposición deben ser invitados a llevar su actividad fuera de los límites de nuestro partido. No puede haber otra solución. Evidentemente, la escisión sería algo muy deplorable. Pero más vale una escisión franca y honrada que un sabotaje y una traición oculta en el interior del partido.»

Para hacer aprobar ese ultimátum, Lenin no consideró necesario convocar una reunión del Comité central. Simplemente mandó llamar a su despacho, uno tras otro, a

nueve de sus miembros, de los que estaba seguro: Trotski, Stalin, Sverdlov, Uritski, Dzerjinski, Yoffé; Bubnov, Sokolnikov y Muranov, y pidió a cada uno de ellos que firmara el texto. Ninguno se negó.

Los «cinco» replicaron al día siguiente con una declaración colectiva dirigida al Comité central, en la cual decían que éste, al rechazar la idea de un acuerdo con los demás partidos socialistas, único que hubiera podido consolidar las conquistas del 25 de octubre, lleva al partido y al país hacia la ruina. «No podemos compartir la responsabilidad de esa política desastrosa —anunciaba la oposición— y dimitimos del Comité central para tener derecho a decir toda la verdad a las masas y llamarlas para que sostengan nuestra divisa: ¡Viva el Gobierno de todos los partidos soviéticos!» En consecuencia, una semana después de haber tomado el poder, el partido bolchevique era presa de una grave crisis interior, la más grave quizá que tuvo que sufrir desde su separación de los mencheviques. En el exterior, la situación parecía también muy sombría. La liquidación de la «ofensiva» de Kerenski había constituido, naturalmente, un éxito grande, muy grande, para el nuevo Gobierno. Pero los cosacos de Krasnov se habían dejado derrotar simplemente porque no querían luchar por el «alocado Kerenski», al que despreciaban soberanamente, y la promesa de los emisarios bolcheviques, enviados a su campo por Lenin, de desmovilizarlos inmediatamente, debió causar en ellos, con toda seguridad, más efecto que el fuego de la artillería, bien escaso, de las tropas gubernamentales.

Pero, una vez descartado ese peligro, subsistían otros. Era evidente que el Gobierno bolchevique no tenía detrás de él a la mayoría del país. En la mayoría de las grandes ciudades el poder había pasado, ciertamente, a los soviets locales, pero éstos seguían teniendo entre sus miembros un

número respetable de mencheviques y de socialistas-revolucionarios. El ejército, los once millones de «capotes grises» amontonados en las trincheras, sin contar oficiales y comitards de la retaguardia francamente antibolcheviques, no habían tomado posición en su conjunto. El Ejército no pedía más que una sola cosa: que terminara la guerra y que todo el mundo pudiera regresar a su casa. Al oír la voz de la radio gubernamental anunciarles el «inmortal decreto» sobre la paz, esos seres simples se imaginaron que los iban a dejar partir enseguida. Pero pasan los días y nada ha cambiado: la gente sigue sumida en el barro y en la nieve. De ahí los sordos murmullos, sostenidos y atizados por algunas voluntades interesadas: «Lenin y sus bolcheviques nos han engañado. Prometieron la paz y ahora que son los amos nos han abandonado.» Tampoco con los campesinos marchaba muy bien la cosa. El Gobierno bolchevique les había dicho: «Quitad la tierra a los propietarios. Es vuestra.» Pero esperaban que el Gobierno procediera a las expropiaciones y se las entregara después. Estaban acostumbrados a que el Estado lo arreglara todo y, ahora, ese mismo Estado (poco les importaba que se llamara zarista, democrático o bolchevique) les decía: «Os doy plena libertad para actuar. Arregláoslas como podáis.» Todo esto no les parecía muy serio. «¡Vaya un Estado!», debían pensar.

Lo más grave quizá era el sabotaje admirablemente organizado de los funcionarios y de los técnicos de las grandes empresas industriales y comerciales. El personal de los ministerios y, en general, de todas las administraciones públicas, desde el omnipotente director de departamento hasta la última taquígrafa, se había declarado en huelga y se negaba obstinadamente a cumplir las órdenes de sus nuevos jefes. La prensa, por su parte, abrumaba al Gobierno bolchevique con sarcasmos e injurias. Hubo que prohibir la

mayoría de los periódicos, cerrar sus imprentas, requisar sus depósitos de papel y llevar a cabo numerosas detenciones, lo cual no dejó de provocar la indignación de la opinión pública, ya de por sí alarmada por los frecuentes saqueos a que se entregan turbios elementos alentados por la supresión de la policía. Los círculos intelectuales ponían el grito en el cielo: «¡El patrimonio cultural de la nación está a punto de ser dilapidado! ¡Los tesoros de arte son aniquilados! ¡Socorramos a la civilización amenazada por nuevos bárbaros!», etc. El contagio acabó por propagarse a los propios círculos del Soviet de Petrogrado. Lenin, que estaba constantemente al corriente de la temperatura de la opinión pública, consideró necesario intervenir. Hizo saber al Soviet que iba a presentarse en su sesión del 4 de noviembre con un discurso sobre la política general del Gobierno. Ese Parlamento de soldados y obreros iba a ver aparecer por primera vez ante él al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Delegados del frente vinieron especialmente a Petrogrado para escucharle.

Lenin habló como jefe del Gobierno, pero sin rodeos, y con una simple y cruda franqueza en algunos puntos. Empezó, naturalmente, por la cuestión que atormentaba a todo el mundo: la de la paz. Y enseguida dio el tono: no hay que hacerse ilusiones, hay que saber mirar la realidad a la cara. «Sí, hemos considerado que nuestro primer deber era proponer la paz inmediatamente, a todos los pueblos, y lo hemos hecho... Pero jamás hemos prometido que la guerra terminaría en el acto, tirando las bayonetas al suelo. El mundo está en guerra porque los capitalistas que se lo han repartido entre ellos están en conflicto. Es imposible terminar la guerra sin aniquilar el poderío del capitalismo.» Por tanto, hay que tener paciencia: la paz llegará, eso es absolutamente seguro. Pero no será mañana ni pasado mañana. «¿Los campesinos? Un nuevo fenómeno se deja



ver: se niegan a creer que el poder ha pasado a los Soviets, siguen esperando que el Gobierno haga algo. Pues bien, nosotros les decimos: «¡Que el pueblo entero aprenda a gobernar! ¡Poneos en pie, levantaos, y entonces nada os asustará!»

¿Se reprochan al Gobierno las detenciones? «Sí, detenemos a los enemigos del régimen: hoy mismo hemos tenido que detener al administrador del Banco del Estado. Se nos acusa de haber recurrido al terror, pero el terror que aplicamos nosotros no es el que practicaban los revolucionarios franceses que guillotinaban a hombres desarmados, y que espero no nos veremos obligados a aplicar.»

¿El problema de los técnicos? «Para reanudar la producción necesitamos ingenieros, y apreciamos grandemente su trabajo. Les pagaremos gustosos. Por el momento no nos proponemos privarles de su condición privilegiada. Todo el que quiera trabajar nos es útil. Pero que trabaje no como un jefe, sino como un igual, bajo el control de los obreros. No tenemos el menor resentimiento contra las personas, y trataremos de ayudarles a pasar a su nueva situación.»

Y para terminar: «Se dice que estamos aislados. La burguesía ha creado alrededor de nosotros una atmósfera de calumnia y de mentira. Pero no he visto un solo soldado que no haya saludado con entusiasmo la toma del poder por los Soviets, ni un solo campesino que se haya pronunciado contra los Soviets. Que se unan los campesinos más pobres con los obreros, y el socialismo vencerá en el mundo entero.»

Era ostensible la tendencia de Lenin a insistir en los Soviets. Eso le permitía ser categórico al insistir en la adhesión general e incondicional de las masas trabajadoras a su respecto. Así podría explicarse igualmente la inmensa

ovación que le siguió cuando, una vez terminado su discurso, se dirigió hacia la salida, sin esperar a que se iniciaran los debates.

Además, tenía el tiempo limitado. Aquella misma noche debía asistir a la reunión del Comité ejecutivo de los Soviets, donde le esperaba una tarea difícil.

La política de Kamenev había dado sus frutos. Los socialistas— revolucionarios de izquierda hablaban abiertamente ya de un bloque con la fracción bolchevique del Soviet y se regocijaban por el «espléndido aislamiento» (tal era exactamente la expresión empleada por uno de ellos) en que iba a quedar Lenin. «Los bolcheviques razonables», decía otro, sabrán ejercer su influencia sobre el Ejecutivo y sobre el Soviet de Petrogrado. Uno de esos «bolcheviques razonables», Larin, se presentó en la asamblea (unas sesenta personas) con la declaración siguiente: «Las medidas adoptadas contra la libertad de prensa tenían sus razones durante la lucha. Ahora ya nada la justifica.» Por eso pide que la asamblea decida: «El decreto d Consejo de los Comisarios del Pueblo sobre la prensa quedó suprimido. Sólo por decisión de un tribunal especial elegid por el Comité ejecutivo de los Soviets se podrán aplica medidas de represión política.» Ese texto fue acogido con un tempestad de aplausos. Un «leninista» propone entonces un contrarresolución: «El restablecimiento de la pretendida libertad de prensa, es decir, la restitución pura y simple de la imprentas y del papel a los capitalistas, envenenadores de conciencia pública, sería una capitulación inadmisibile. Es medida, indudablemente contrarrevolucionaria, debe se rechazada categóricamente.»

Trotsky, que ha venido con Lenin, apostrofa, iracundo, «bolchevique razonable»: «¿En nombre de qué partido habla usted?» Y después, con la misma fogosidad: «Se

abusa de la palabras libertad de prensa. Los contrarrevolucionarios, según ellos, se han levantado para defenderla en Petrogrado y e Moscú. Nuestra victoria no es completa todavía. Lo periódicos son un arma para nosotros. Su prohibición es un medida de legítima defensa.» A continuación, el socialista revolucionario Karelin repite, con mucho acaloramiento (tiene apenas veintiséis años) los conocidos argumentos en favor de derecho sagrado del individuo a expresar libremente s pensamiento. «Respetando ese derecho —exclama par terminar— emprendemos el camino del verdadero socialismo.

Ahora es Lenin el que responde, «tranquilo, impassible, con frente arrugada, hablando lentamente, escogiendo su palabras». Así lo vio Reed, ese insaciable reportero revolucionario que, de un alba a otra, recorre los mítines y la reuniones. Lenin: «El camarada Karelin asegura que el camino recomendado por él conduce al verdadero socialismo. Sí, lo mismo que los cangrejos. Trotski tiene razón: los cadetes se han levantado en nombre de la libertad de prensa y la guerra civil ha sido desencadenada en Petrogrado y en Moscú en nombre de la libertad de prensa... Siempre dijimos que cuando tomáramos el poder los periódicos burgueses serían suprimidos. Tolerar la existencia de la prensa burguesa significa dejar de ser socialista... No podemos dar a la burguesía los medios de calumniarnos. ¿Qué clase de libertad es la que necesitan esos periódicos? ¿No es la libertad de acumular stocks de papel y contratar a un montón de plumíferos? Debemos romper resueltamente con esa libertad de la prensa al servicio del capital.»

Se contaron los votos. La resolución «razonable» de Larin fue rechazada por 31 votos contra 22. No era más que el prelude.

He aquí a Noguín que se levanta para leer «en nombre de un grupo de comisarios del pueblo» una declaración: «Estimamos que únicamente la formación de un Gobierno que incluya a todos los partidos socialistas puede consolidar las conquistas de la revolución del 25 de octubre. El Consejo de los Comisarios del Pueblo ha escogido otro camino: el mantenimiento de un Gobierno puramente bolchevique, por medio del terror político. Nosotros no queremos ni podemos seguir ese camino. Por eso dimitimos ante el Comité ejecutivo de los Soviets nuestras funciones de comisarios del pueblo. Firmado: Noguín, comisario del pueblo para la Industria y Comercio; Rykov, comisario del pueblo para el Interior; Miliutin, comisario del pueblo para la Agricultura; Theodorovitch, comisario del pueblo para el Abastecimiento.» Se adhirieron a esa declaración: el comisario encargado de los Transportes, Riasanov; el comisario encargado de los Asuntos de la Prensa, Derbychev; el comisario de la Imprenta del Estado, Arbuzov; el comisario de la Guardia Roja, Yurenev; el director de la sección de conflictos en el Ministerio (sic) del Trabajo, Fedeorov; el director del Departamento de Legislación, Larin.

Se produce un momento de sensación y de silencio abrumador y molesto. La cosa no ha terminado. Un representante de los socialistas-revolucionarios de izquierda interpela «al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo» en nombre de su fracción: 1.º ¿Por qué razón los proyectos de decretos y otros actos legislativos del Gobierno, apresurados y esquemáticos, no son sometidos previamente al examen del Comité ejecutivo de los Soviets? 2.º ¿Piensa el Gobierno renunciar a ese procedimiento extremista arbitrariamente instituido por él y absolutamente inadmisibile?

Lenin tiene la palabra. Esta vez parece haberle abandonado la «tranquilidad impasible» notada por Reed. Su réplica es vehemente, implacable: «¿Nos reprocháis ser esquemáticos? ¿Pero dónde están vuestros proyectos, vuestras enmiendas, vuestras resoluciones? ¿Dónde están los frutos de vuestra obra legislativa?... ¿Somos extremistas? Y vosotros ¿qué sois? ¡Adeptos de los métodos de obstrucción parlamentaria! Si no estáis contentos, convocad un nuevo Congreso de los Soviets, pero ni intriguéis, ni habléis del hundimiento del poder. El poder pertenece a nuestro partido, que cuenta con la confianza de las masas populares.»

Este lenguaje enérgico no parece intimidar al interpelador. Propone someter a votación la moción que declara que el Consejo de los Comisarios del Pueblo no cuenta ya con la confianza del Comité ejecutivo de los Soviets. Una contramoción leninista es depositada en el acto. Esta concede al Gobierno el derecho de promulgar decretos, en casos de urgencia, sin tener que someterlos previamente a discusión en el Comité ejecutivo, a condición de que se ajusten al espíritu general del programa adoptado por el reciente Congreso de los Soviets.

Antes de pasar a la votación, los socialistas-revolucionarios exigieron que los miembros del Gobierno presentes en la sesión no votaran, para no ser juez y parte. Lenin se negó a aceptarlo, alegando «precedentes creados en congresos del partido». No se sabe exactamente cuáles podían ser esos precedentes, ya que ninguno de los miembros del partido bolchevique había ejercido función gubernamental alguna antes de la revolución de octubre. El caso es que Trotski y Stalin compartieron su opinión, gracias a lo cual la contramoción leninista, que mantenía la confianza al Gobierno, pudo ser aprobada por mayoría de votos (25 contra 23).

Una vez ganada así la partida, Lenin se dedicó inmediatamente a liquidar su primera crisis ministerial. En la misma sesión, y quizá con la esperanza de halagar a los socialistas— revolucionarios, ofreció la cartera de Agricultura a uno de ellos, Kolegaev, encargándose de presentar al día siguiente a la consideración del Comité ejecutivo los candidatos para los demás puestos vacantes.

Faltaba ajustar las cuentas a Kamenev. En la sesión del 8, el Comité central decidió que sería retirado de la presidencia del Comité ejecutivo de los Soviets y reemplazado por Sverdlov. En cuanto a Zinoviev, capituló más o menos honorablemente. «Numerosos camaradas y delegaciones obreras —decía su carta, publicada en *Pravda*— nos piden con insistencia, a mí y a mis colegas, que reconsideremos nuestra decisión. Me dirijo a éstos: en la situación actual, nuestro deber es someternos a la disciplina del partido.» Al cabo de tres semanas, los «resistentes» presentaron una demanda de reintegración al Comité central. Fue rechazada. Lenin había asistido a la sesión. Esa era la menos importante de las pruebas a que se vio sometido el jefe del nuevo Gobierno.

El llamamiento dirigido el 27 de octubre a todos los países beligerantes para «hacer la paz» no había obtenido respuesta. Lenin esperó diez días. No viendo venir nada, hace ordenar al comandante en jefe de las fuerzas armadas rusas, general Dukhonin, que se dirija sin demora al mando enemigo con la proposición de cesar inmediatamente las hostilidades con vistas a la apertura de negociaciones de paz. Dukhonin no contesta al radiotelegrama gubernamental recibido el 8 de noviembre a las cinco de la mañana. Lenin, que se huele la mala voluntad del general, después de haber esperado todo el día y toda la noche, lo llama por teléfono a las dos de la madrugada. El comisario del pueblo para la Guerra, Krylenko, y Stalin, van a asistir a

la conversación, cuyo texto íntegro ha sido conservado y muchas veces publicado desde entonces.

En lugar de explicarse con franqueza, Dukhonin quiso tratar de eludir la cuestión. El texto del telegrama, según él, carecía de precisión. Y a su vez se puso a interrogar a Lenin: ¿Se ha recibido alguna respuesta de los Estados beligerantes sobre la proposición que se les ha hecho para iniciar negociaciones de paz? ¿Había que entrar en conversaciones en todos los frentes, incluido el del Cáucaso, o sólo los alemanes? ¿Y qué iba a ser del ejército rumano que cooperaba en la defensa del frente ruso?

Lenin quiere cortar en seco esas digresiones. La ordenada está perfectamente clara, según él. Es inadmisibles que su ejecución haya sido retrasada por medios dilatorios. «Haga el favor de contestarme con precisión y sin rodeos», insiste.

Entonces Dukhonin se decide a hablar claro: «Llego a la conclusión de que le es imposible entrar en negociaciones directas con las potencias beligerantes. Menos posible es para mí actuando en su nombre. Únicamente un Gobierno estable, apoyado por el ejército y el país, podría gozar ante el enemigo de una autoridad suficiente para conducir esas conversaciones.»

De esa manera, el generalísimo de los ejércitos de la República socialista rusa se permitía anunciar, en términos apenas velados, que negaba al Consejo de los Comisarios del Pueblo la calidad de Gobierno. No quedaba, por tanto, más que destituirlo. Eso fue lo que hizo Lenin en el acto, sin la menor vacilación, dirigiéndole al general Dukhonin estas palabras memorables: «En nombre del Gobierno de la República rusa y por orden del Consejo de los Comisarios del Pueblo, queda usted destituido de sus funciones por desobediencia al Gobierno, y porque su conducta causa daños inauditos a las masas trabajadoras de todo el país, y

sobre todo a los ejércitos. Le ordenamos, so pena de sanciones previstas por el Código militar en tiempo de guerra, hacerse cargo del despacho de los asuntos corrientes en espera de que llegue al Gran Cuartel General el nuevo comandante en jefe. El aspirante Krylenko es nombrado generalísimo de los ejércitos de la República.»

Con eso terminó la conversación. Stalin, que se mantenía silencioso, conforme a su costumbre, junto a Lenin, conservó de ella un recuerdo imborrable. Mucho tiempo después, recordando esa escena, escribía: «El momento era terrible... Recuerdo que después de callarse un instante ante el aparato, Lenin se incorporó, con el rostro iluminado por una llama interior. Era evidente que había tomado su decisión.»

En efecto, una hora más tarde hacía difundir por la radio un llamamiento A todos los soldados y a todos los marinos. Tras un breve resumen de la conversación con Dukhonin, les decía: «La obra de la paz está en vuestras manos. No permitáis a los generales contrarrevolucionarios obstaculizarla... Que los regimientos que se encuentran en la línea de fuego designen inmediatamente delegados para comenzar conversaciones de armisticio con el enemigo. El Consejo de los Comisarios del Pueblo os confiere el derecho de hacerlo. Informadle de la marcha de las conversaciones. El es el único calificado para firmar el acuerdo definitivo.»

Las cosas se llevaron de prisa. En la mañana del 9, el Alto Mando alemán aceptaba la proposición, transmitida por la radio, de entrar en conversaciones. Quedó convenido que éstas comenzarían el 20. Desde ese momento se daba la orden de cesar el fuego en todo el frente y comenzaba la fraternización.

Al día siguiente de su «salto hacia lo desconocido» (así llamó más tarde Stalin la brusca revocación de Dukhonin) Lenin se encontró frente a un adversario mucho más



temible: la oposición campesina, que no se rendía. La gente del campo, que se mostraba lenta en responder a sus reiterados ofrecimientos, se había mantenido fiel a «su» partido: el de los socialistas-revolucionarios. El viejo Comité ejecutivo de los Soviets, en el que dominaban éstos, no reconocía la autoridad del Congreso que había sido sancionado por la revolución del 25 de octubre y seguía actuando como si siguiera en funciones. Así fue como decidió reunir un Congreso panruso de los diputados campesinos que, según él, debía convertirse en un arma contra el «seudo-gobierno» del Consejo de los Comisarios del Pueblo y en un centro de resistencia antibolchevique.

Lenin decidió desbaratar esa maniobra convocando con toda urgencia un «Congreso extraordinario» de los diputados campesinos, por el nuevo Comité ejecutivo de los Soviets. Malkin, uno de los miembros de la comisión organizadora, escribe en sus *Recuerdos*: «Lenin mostraba un interés muy particular por ese Congreso. Nos llamó varias veces a su despacho, exigiendo un informe detallado sobre la marcha de nuestro trabajo, y metiéndonos prisa enérgicamente. «Es necesario —repetía— adelantarnos, cueste lo que cueste, a la gente de la Fontanka (en la avenida de ese nombre se hallaba situado el edificio donde estaba el centro de los socialistas— revolucionarios de derecha, es decir, los animadores del antiguo Comité ejecutivo de los Soviets). El récord fue batido. La «gente de la Fontanka» estaba todavía mandando sus convocatorias cuando, el 10 de noviembre, inauguraba sus sesiones el Congreso extraordinario de los diputados campesinos. Pero una gran decepción esperaba a Lenin. El Congreso lo formaban 160 socialistas-revolucionarios (110 de izquierda) y 40 bolcheviques solamente. Es cierto que estos últimos podían contar con unos quince simpatizantes venidos de Ucrania. Cuarenta diputados se habían declarado «sin

partido». Incluso ganándoselos a todos para su causa, los bolcheviques no debían esperar obtener la mayoría en el Congreso. Se hacía necesario llegar a un acuerdo con el ala izquierda del partido socialista-revolucionario. Esa fracción no gozaba de todas las simpatías de Lenin desde su reciente alianza con el grupo rebelde de Kamenev y compañía. Pero sabía ver las cosas con realismo y estaba dispuesto a tenderles la mano.

La Mesa directiva del Congreso fue informada de que el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo se proponía presentarse ante aquél para leer un informe en nombre del Gobierno. El Congreso contestó votando una resolución que exigía la formación de un Gobierno de coalición socialista. Eso era el día 12. El 13 declaró que se negaba a escuchar a Lenin como jefe del Gobierno, ya que no reconocía esa calidad, ni a él ni a sus colaboradores del Consejo. Entonces Lenin ordenó a la fracción bolchevique del Congreso que presentara un ultimátum: o lo escuchaban o la fracción abandonaría in corpore el Congreso. La asamblea encontró entonces la manera de evitar el conflicto adoptando una solución neutral: Lenin será autorizado a tomar la palabra, pero como simple representante de su partido. Aceptó. Era un poco humillante para él, pero sabía evitar los formulismos y plegarse a las circunstancias en los casos necesarios.

Se presentó ante el Congreso el 14 de noviembre, «encargado por la fracción bolchevique de exponer el punto de vista del partido sobre la cuestión agraria». Así se expresó el redactor de la crónica dada por *Pravda* de esta sesión.

Lenin se había impuesto la tarea de conquistar a los socialistas— revolucionarios de izquierda. Los necesitaba porque, decía, «los campesinos los escuchan todavía». Sin dejar de criticar su actitud en el pasado, Lenin supo

mostrarse conciliador. «El gran error de los socialistas-revolucionarios de izquierda —dijo Lenin— fue no oponerse a la política del entendimiento con la burguesía, pretendiendo que las masas no estaban suficientemente preparadas para rechazarla. Un partido es la vanguardia de una clase social. Su misión no consiste en modo alguno en seguir las fluctuaciones de las masas medias, sino en llevar a éstas hacia adelante. Pero para arrastrar a los vacilantes, los camaradas socialistas-revolucionarios tenían que haber empezado por dejar de vacilar ellos mismos.» En fin, todo esto pertenece al pasado. Volvamos nuestras miradas hacia el porvenir: «Vosotros marcháis por un camino diferente al nuestro, pero vosotros y nosotros tenemos algo en común: marchamos hacia la revolución social.» Era una excelente manera de entrar en contacto. El final de su discurso estuvo a punto de estropearlo todo.

Al abordar el problema de la guerra, Lenin hizo alusión al nombramiento del aspirante Krylenko para reemplazar al general Dukhonin. Grandes carcajadas estallaron en el acto en diversos rincones de la sala. Entonces se puso colérico. «¡Ah! Os parece gracioso —exclamó—. Los soldados no os perdonarán esas risas. Si hay aquí alguien que sienta ganas de reírse porque un general contrarrevolucionario ha sido destituido por nosotros, entonces ya no tenemos nada que hacer aquí. Preferimos abandonar el poder y volver, si es necesario, a la clandestinidad, antes que tener algo en común con esa clase de gente.»

Sin embargo, por la noche, ya completamente tranquilo, discutía pausadamente con los representantes de «esa clase de gente» —el viejo Natanson, decano de los revolucionarios rusos, y el joven Karelin— la cuestión de la entrada de los delegados campesinos al Comité ejecutivo de los Soviets, y parecía estar de muy buen humor. Malkin escribe en sus ya citados *Recuerdos*: «Vladimir Ilich estaba

muy alegre y no dejaba de bromear. Recuerdo muy bien que cuando Natanson y Karelin protestaron contra la introducción en el Comité ejecutivo de los Soviets de algunas organizaciones sindicales, por estimar que el Parlamento soviético no debía ser estructurado arbitrariamente, sino con ciertas reglas del derecho, Lenin se echó a reír de buena gana y les dijo: «Veo que seguís intoxicados por el parlamentarismo. Es necesario que comprendáis que admitimos a las organizaciones en el Parlamento revolucionario teniendo en cuenta la misión que desempeñan en la revolución y no en virtud de consideraciones de pura forma.»

Se discutió largo tiempo, pero en una atmósfera de perfecta cordialidad. Finalmente se firmó el acuerdo: los socialistas— revolucionarios aceptaban entrar en el Gobierno y los campesinos formarían parte desde ese momento de los soviets de los obreros y soldados. Al día siguiente, una solemne recepción organizada en el Smolny en honor de los miembros del Congreso consagró el gran pacto de alianza entre el campo y la ciudad. Cuatro días más tarde, el Congreso se separaba después de haber nombrado 108 miembros delegados al Comité ejecutivo de los Soviets, cuya composición quedaba así completamente modificada, tanto desde el punto de vista numérico (209 miembros en lugar de 101) como político. Eso también era «un salto hacia lo desconocido».



## **XXIII**

# **LA DISOLUCION DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE**

El decreto redactado por Lenin y adoptado por el Congreso de los Soviets en la noche del 26 al 27 de octubre disponía: «En espera de la convocación de la Asamblea Constituyente, se formará un Gobierno obrero y campesino provisional, llamado Consejo de los Comisarios del Pueblo.» Declaraba, por tanto, en términos perfectamente claros y precisos, que el nuevo Gobierno sólo estaba facultado de un poder puramente temporal. Su misión debía terminar en cuanto se reuniera la Constituyente, lo cual estaba previsto para los últimos días de noviembre, o sea un mes más tarde aproximadamente.

En sus intervenciones en la tribuna, aquella misma noche, Lenin tuvo oportunidad, en varias ocasiones, para subrayar la importancia de la misión y el carácter soberano que atribuía a esa asamblea. Por ejemplo, al comentar el decreto sobre la paz especificó que las condiciones que pudieran poner las potencias enemigas serían sometidas a la Asamblea Constituyente para que ésta fuera la única que pudiera pronunciarse sobre ellas en última instancia. Al contestar a un contradictor, a propósito del decreto sobre la tierra, invocó igualmente la autoridad suprema de que iba a

estar revestida la Constituyente, y anunció: «Si los campesinos continúan siguiendo a los socialistas-revolucionarios, e incluso si dan a ese partido la mayoría en la Asamblea Constituyente, nosotros diremos: que así sea.» El propio decreto fue calificado de «provisional», en espera de que la Constituyente le diera su forma definitiva.

Esas palabras, suficientemente categóricas, permiten llegar a la conclusión de que, en los primeros días de su llegada al poder, Lenin veía la convocación de la Asamblea Constituyente como una cosa decidida y absolutamente necesaria. Pero también debió darse cuenta de que ese órgano del poder que emanaba esencialmente del régimen parlamentario burgués no era el adecuado para el sistema gubernamental que preconizaba: el de la República Soviética. El Soviet era la expresión más perfecta de la forma de gobierno de clase, la única que permitía ejercer efectivamente la dictadura del proletariado. La Asamblea Constituyente nacida del sufragio universal y encarnadora de la voluntad de todas las clases, era su negación flagrante. La coexistencia de esas dos instituciones sólo era posible si se reunían ciertas condiciones preliminares. ¿Cuáles?

En el pequeño «catecismo» que redactó en abril para los delegados a la Conferencia de Petrogrado, Lenin escribía, contestando a la pregunta «¿Hay que reunir la Asamblea Constituyente?: Sí, y lo más rápidamente posible. Pero la única garantía de su éxito es el aumento del número de los Soviets, su fortalecimiento, la organización y armamento de la clase obrera.»

Lo que quería dar a entender, por no poderlo decir todavía claramente, era que la bolchevización de los Soviets le parecía indispensable para asegurar el buen funcionamiento de la Asamblea Constituyente. Una vez poderosamente organizada la clase obrera, habiendo

obtenido la mayoría por ese medio, la Asamblea se habría convertido en una especie de apéndice honorífico del sistema gubernamental soviético, que podría beneficiarse, por lo menos en sus comienzos, del prestigio desarraigable de que gozaba la Constituyente en todo el país. Todo dependía, por tanto, de la composición de la Asamblea, es decir, del resultado de las elecciones. Al formar un bloque con los socialistas-revolucionarios de izquierda, Lenin quería desmenuzar al gran partido campesino y desplazar así la mayoría en favor del suyo. No lo logró. La ley electoral elaborada y aplicada por el Gobierno de Kerenski había facilitado la victoria de los socialistas-revolucionarios de derecha que, colocados en su mayoría al frente de las listas de su partido, resultaron desde los primeros resultados, a pesar de la escisión, a pesar de la revolución bolchevique que acababa de realizarse, los vencedores indiscutibles de la prueba electoral. La actitud de Lenin cambia a partir de ese momento. Empieza a buscar los medios de contener su éxito. Le dice a Trotski: «Hay que aplazar, hay que prorrogar las elecciones. Hay que ampliar el sistema electoral, concediendo el derecho de voto a los jóvenes de dieciocho años. Hay que dar la posibilidad de revisar las candidaturas. Las nuestras no valen nada: figura en ellas una cantidad de vagos intelectuales, y lo que nosotros necesitamos son obreros y campesinos. Los kornilovistas y los cadetes deben ser proscritos.» Se le replicaba: «No es fácil aplazar ahora. Sería interpretado como una liquidación de la Asamblea Constituyente. Tanto más cuanto que nosotros mismos hemos acusado al Gobierno provisional de retrasar intencionalmente su convocatoria.»

Lenin se asombraba: «¿Por qué consideráis difícil el aplazamiento? ¿Y si la Asamblea Constituyente se compone de cadetes, de mencheviques, de socialistas-revolucionarios, será eso fácil?»



De creer a Trotski, era sobre todo Sverdlov el que protestaba contra el aplazamiento, ya que conocía muy bien el estado de ánimo de los militantes de provincia, con los cuales se hallaba en contacto permanente. Lenin cedió, pero decía, moviendo la cabeza: «Es un error. ¡Es evidentemente un error que puede costarnos caro! ¡Ojalá no le cueste la cabeza a la revolución!»

Creyó poder encontrar un remedio haciendo decretar el derecho de anulación del mandato de los diputados electos. Como ya lo he explicado muy extensamente en mi Robespierre, esto era para éste un «derecho imprescriptible» que pertenecía al pueblo. También Marat lo había dicho y repetido, aunque, naturalmente, con su manera de ser vehemente y apasionada, no sé cuantas veces en su Ami du Peuple. Pero tanto el uno como el otro de esos dos grandes revolucionarios franceses concedían ese derecho de anulación a los propios electores, cosa que se ajustaba naturalmente al espíritu general de la revolución burguesa-democrática que personificaban. A Lenin le incumbía la tarea de adaptar el ejercicio de ese derecho a las nuevas condiciones creadas por la revolución proletaria. El examen del proyecto de decreto sobre el derecho de anulación del mandato de los diputados, redactado por él el 19 de noviembre, y el informe que presentó dos días más tarde a ese respecto al Comité ejecutivo de los Soviets, permitirá comprender cómo lo hizo. El proyecto de decreto declaraba: «Ningún órgano electivo puede ser considerado verdaderamente democrático si no reconoce y aplica el derecho de los electores a anular el mandato de sus diputados... Dado que el sistema de la representación proporcional hace que el resultado de las elecciones dependa de la composición de los partidos, cualquier modificación de la relación de fuerzas en su interior exige necesariamente una reelección en los

sectores donde el desacuerdo entre la voluntad de las clases y su fuerza por un lado, y el resultado de las elecciones por el otro, se manifieste con evidencia. Por eso el Comité Ejecutivo de los Soviets decreta: los soviets tienen derecho a efectuar reelecciones en todas las instituciones electivas, incluida la Asamblea Constituyente.»

En consecuencia, para Lenin no era el cuerpo electoral el que decidía si había «desacuerdo entre la voluntad de clase y la personalidad de los electos», sino el Soviet, suprema expresión del poderío del pueblo. Escuchemos lo que dice a este respecto en su informe:

»El derecho de anulación es el derecho de control efectivo... Hablamos de la libertad. Lo que antaño se llamaba libertad era la que tenía la burguesía para engañar al pueblo gracias a sus millones. Hemos roto definitivamente con la burguesía y con esa libertad. El Estado es un órgano de fuerza. Hasta ahora era la fuerza ejercida sobre el pueblo por un puñado de ricachones. Nosotros queremos hacer del Estado un órgano de fuerza al servicio de la voluntad del pueblo. Queremos organizar la violencia en nombre de los intereses de la clase trabajadora...

»Los campesinos han sido engañados por la escisión habida en el seno del partido socialista-revolucionario. Han votado por un partido que ya no existe. Esta situación requiere un correctivo: el droit de anulación. Corresponde ejercerlo a los Soviets, que son la más perfecta encarnación de la idea del Estado como órgano de fuerza.»

Desgraciadamente, los Soviets locales no mostraron gran premura para usar ese nuevo derecho que acababa de serles concedido y, a pesar de unas cuantas eliminaciones de que fueron víctimas, entre otros, dos de sus dirigentes, Avxentiev y Gotz, los socialistas-revolucionarios pudieron mantener su mayoría, que se anunciaba aplastante, en la

Asamblea, cuya apertura, fijada para el 28 de noviembre, era esperada con febril impaciencia por todos los enemigos de los bolcheviques. Se preveía ya el fin de esa «pesadilla». El célebre escritor Merejkovski había proclamado en una reunión de literatos, en los comienzos de la «aventura bolchevique»: «No se necesita ser profeta para predecir que Lenin se romperá la cabeza contra la Constituyente.» Esas palabras expresaban a mejor no poder la esperanza con que vivían los círculos burgueses y pequeñoburgueses. Por tanto, fue inmensa la decepción cuando se supo, el 21, que la convocatoria de la Asamblea era aplazada para una fecha ulterior, indeterminada, so pretexto de que apenas un centenar de diputados (sobre un total de 800) podrían encontrarse en Petrogrado para el 28.

Kerenski y aquellos de sus ministros que habían quedado en libertad y que habían pasado a la clandestinidad para seguir «gobernando» al país anunciaron, sin embargo, que la Constituyente debía reunirse en la fecha fijada. En esa ocasión, los partidos de la nueva oposición: «cadetes», mencheviques y socialistas-revolucionarios de derecha, decidieron organizar una solemne manifestación. Lograron reunir un grupo de cinco a seis mil manifestantes, que acompañaron a través de las calles de la capital, al son de La Marsellesa, hasta el Palacio de Táuride, a los 45 diputados decididos a entrar en el ejercicio de sus funciones el día previsto por «su» Gobierno. Frente a la entrada del palacio, el alcalde de Petrogrado, un viejo socialista-revolucionario, exclamó: «¡Juramos defender la Asamblea Constituyente hasta la última gota de nuestra sangre!» Y todo el mundo respondió al unísono: «¡Juramos!» A continuación, forzando los puestos de guardia, la multitud penetró en el interior del palacio. Los soldados no se atrevieron a usar sus armas contra los diputados, quienes les hicieron ver enfáticamente su condición: tal era el gran

prestigio de que gozaba todavía la Asamblea Constituyente. Posesionándose de una de las salas del palacio, los 45 «constituyentes» se declararon, dado su reducido número, reunidos en «sesión privada» y se separaron después de haber acordado que se volverían a reunir cuando fueran suficientemente numerosos. Salieron sin ningún incidente.

Lenin se puso furioso al enterarse de lo que acababa de ocurrir. Antonov, que tenía entonces entre sus atribuciones la de comandante militar del Palacio de Táuride, fue severamente reprendido. En la reunión del Consejo de los Comisarios del Pueblo que se celebró por la tarde, Lenin hizo adoptar un decreto que declaraba «enemigos del pueblo» a los miembros del partido cadete y que ordenaba la inmediata detención de sus dirigentes.

No se tomó ninguna medida represiva contra los mencheviques ni contra los socialistas-revolucionarios. Y, sin embargo, eran ellos principal, si no exclusivamente, los que habían participado en la dirección de la manifestación. Si bien habían sido muy numerosos los partidarios de los «cadetes» que figuraron en la masa de manifestantes, no participó, en cambio, ningún miembro notorio del mismo. Pero Lenin no se equivocaba. Era efectivamente el partido de Miliukov, dueño de medios financieros muy poderosos, el que dirigía el juego, manteniéndose prudentemente entre bastidores y haciendo actuar a la gente de Chernov y de Zeretelli, marionetas cuyos hilos movía. También en esto se inspiraba Lenin en el método seguido por Robespierre y Marat durante el exterminio del partido girondino. El mismo no tardará en reconocerlo, como se verá un poco más adelante.

Ese decreto provocó un vivo descontento en los medios de sus nuevos aliados, los socialistas-revolucionarios de izquierda. Estos encargaron a uno de sus jefes, el abogado Steinberg, que formulara una enérgica protesta en la

próxima sesión del Comité Ejecutivo de los Soviets. Esta se celebró el 1.º de diciembre.

»No comprendemos el sentido ni el alcance político de ese decreto —dijo dirigiéndose al jefe del Gobierno, que estaba modestamente sentado detrás del presidente del Comité, Sverdlov—. Se equivoca si piensa combatir por ese medio a la contrarrevolución. Con improvisaciones de ese género no podrá usted vencer al enemigo de clase, sino aislándolo socialmente. Pedimos que la lucha revolucionaria se lleve a cabo honestamente. Pedimos que la Constituyente se reúna completa: diputados burgueses y diputados socialistas. Queremos que el pueblo pueda decidir él mismo su suerte.»

»Apenas había yo bajado de la tribuna —escribe Steinberg en sus *Recuerdos*—cuando apareció Lenin y se apoyó con mano firme en el pupitre. La masa de los delegados bolcheviques quedó como electrizada. Con voz tranquila, pero con un tono persuasivo y con los gestos enérgicos de un maestro dando una lección a sus alumnos, Lenin empezó a hablar. Unos instantes después caminaba por la tribuna, de un extremo a otro, volviéndose hacia todos los lados de la sala, elevando la voz cada vez más y agitando frecuentemente los brazos con una expresión de asombro.»

En su libro, Steinberg no hace más que resumir en unas cuantas palabras el discurso de Lenin. He aquí los párrafos esenciales, según la crónica de la sesión publicada en *Pravda*: «No se puede separar la lucha de clases de la lucha contra adversarios políticos. Cuando se dice que el grupo cadete no es un grupo poderoso, no se dice la verdad. El Comité central de los cadetes es el estado mayor político de la burguesía. «Se propone convocar la Constituyente tal como ha sido concebida. ¡Pues no! Lo siento mucho. Ha sido concebida contra los intereses del pueblo. Hemos dado el

golpe de Estado para tener la garantía de que la Constituyente no sería ya utilizada contra el pueblo... «Cuando la clase revolucionaria lucha contra la clase poseedora que resiste, debe aplastar esa resistencia, y nosotros aplastaremos la resistencia de los poseedores por todos los medios que ellos han utilizado para tratar de aplastar al proletariado... «No perseguimos a individuos aislados. Acusamos a un partido político. Así procedieron los revolucionarios franceses...»

La resolución propuesta por Lenin decía: «El Comité Ejecutivo de los Soviets confirma la necesidad de sostener la lucha más implacable contra la contrarrevolución burguesa... Asegura al Consejo de los Comisarios del Pueblo su completo apoyo y rechaza las protestas de los grupos políticos que, por sus vacilaciones, no hacen más que minar las bases de la dictadura del proletariado y de los campesinos más pobres.» La resolución fue aprobada por 150 votos contra 98 y 3 abstenciones.

La oposición manifestada por los socialistas-revolucionarios de izquierda en la sesión del 1.º de diciembre había incitado a Lenin a apresurar la entrada de éstos en el Gobierno, decidida ya en principio durante las conversaciones celebradas el 14 de noviembre. Se vio aparecer de nuevo en su despacho al patriarca Natanson acompañado de unos cuantos jóvenes camaradas, entre ellos Steinberg. Escuchemos a éste:

»Lenin, que aquel día se sentía de buen humor, vivo y dinámico, quiso arrastrarnos al Gobierno con su cordialidad y como si se tratara de un asunto entre amigos. A todas las condiciones que le poníamos, respondió: «—Bien, bien, nos pondremos de acuerdo.»

Natanson hizo saber que el Comité central de la fracción de los socialistas-revolucionarios de izquierda había decidido exigir la convocación de la Constituyente en el más

breve plazo. Quedó convenido que se reuniría el 5 de enero si ese día se presentaban en el Palacio de Táuride por lo menos 400 diputados. Un comunicado, redactado por Lenin y publicado el 6 de diciembre en *Pravda*, lo anunció al país. Puesto que ahora la reunión de la Constituyente estaba irrevocablemente decidida, había que ocuparse de preparar al partido para el próximo combate. Para facilitar la tarea de los diputados bolcheviques, Lenin redactó para ellos una especie de pequeño vademécum en el que explicaba en forma de tesis (su forma preferida) la actitud que debía adoptar frente a la Constituyente. Hela aquí, brevemente resumida:

»Bajo el régimen de la República burguesa, la Asamblea Constituyente representa la expresión más perfecta de la idea democrática. Al reclamar su convocatoria, los socialdemócratas revolucionarios habían subrayado desde el comienzo de la revolución de 1917 y en varias ocasiones que la República de los Soviets era una forma de régimen democrático superior a la República burguesa de la que la Asamblea Constituyente forma el elemento principal. La reunión de la Constituyente, elegida con las listas establecidas antes de la revolución del 25 de octubre, se lleva a cabo en condiciones que imposibilitan la fiel expresión de la voluntad del pueblo. La marcha progresiva de la lucha de clases ha hecho que la divisa de todo el poder para la Asamblea Constituyente se convierta en realidad en la divisa de la contrarrevolución, que la usa para luchar contra el poder de los Soviets. El resultado de ello es que la Asamblea Constituyente está llamada a entrar inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras que han hecho la revolución del 25 de octubre. Inútil decir que los intereses de esta revolución están por encima de los derechos de pura forma que se arroga la Asamblea Constituyente. Cualquier

tendencia para tratar la cuestión de la Constituyente desde el punto de vista de un formalismo jurídico, en los marcos habituales de la democracia burguesa, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, debe ser considerada como una traición manifiesta a la causa proletaria. La crisis sólo puede ser evitada por el ejercicio del derecho de anulación y si la Constituyente declara formalmente y sin ambages que reconoce el poder de los Soviets, su política de la paz y de la tierra, y si se coloca resueltamente al lado de los que combaten la contra-revolución. Fuera de esas condiciones, la crisis sólo puede ser resuelta usando los medios revolucionarios más firmes, más rápidos y más enérgicos. Cualquier tentativa para atar las manos al poder soviético en el curso de la lucha entablada es una ayuda que se da a la contrarrevolución».

Esas tesis debían ser presentadas a la fracción parlamentaria del partido formada por los diputados bolcheviques a la Constituyente (unos cien de ellos estaban ya presentes en Petrogrado). En espera de su constitución definitiva, la fracción había nombrado ya una dirección provisional. Fueron elegidos para ella, entre otros, Kamenev, Zinoviev y Rykov. Apoderándose de la dirección del Buró, los tres, secundados por aquellos de sus colegas que habían ganado para su causa, empezaron a sentar desde el principio los jalones de la futura acción parlamentaria de los bolcheviques, inspirándose en los principios fundamentales del régimen democrático burgués y que, necesariamente, estaban en formal contradicción con los de las tesis de Lenin. Este no tardó mucho en darse cuenta y, decidido a cortar el mal en su raíz, obtuvo del Comité central que el Buró de la fracción fuera destituido en el acto y reemplazado por otro, que se dirigiera a la fracción una advertencia recordando el artículo de los estatutos que exigía una obediencia incondicional al Comité central, y que



un miembro del Comité quedara encargado de vigilar de cerca su actividad. Al día siguiente se presentaba ante los diputados bolcheviques armado con sus tesis. Escucharon la lectura con deferencia y aplaudieron con entusiasmo. El año de 1917, único en la historia, se acercaba a su fin. La obra de Lenin tenía dos meses de vida. Su creador, dedicado siempre al mismo esfuerzo sobrehumano, seguía sin tener vida privada. Le habían arreglado un «apartamento» en el Smolny: sala de recepción, comedor, gabinete de trabajo y dormitorio., El antiguo vestuario y lavabo de las damas de vigilancia del Instituto era el que hacía las veces de salón de recepción. La habitación contigua estaba dividida en dos compartimientos por medio de una pared que no llegaba al techo. Una, la más grande, servía a la vez de gabinete de trabajo y de comedor. Una pequeña mesa, un canapé en lamentable estado, dos sillones cubiertos con fundas, dos sillas, un aparador y una pequeña mesa redonda formaban el mobiliario. Detrás de la pared se colocaron dos camas estrechas de hierro, pintadas de azul y provistas de somniers metálicos, sin colchones. El Instituto proporcionó la ropa de las camas, unos cuantos platos, dos tazas y dos cubiertos. Al intendente del edificio se le ocurrió mandar colocar una alfombra y un salto de cama. Fue tal el efecto que aquello produjo en Lenin, que el funcionario, excesivamente celoso, se apresuró a mandarlo retirar inmediatamente.

Lenin se levantaba hacia las nueve de la mañana y empezaba a recibir a los innumerables visitantes que eran introducidos a su despacho tras un severo control en la secretaría, compuesta ésta de un «secretario principal», de un «hombre-comodín» que lo mismo hacía de ujier, de telefonista y de ayudante de oficina, y de la secretaria particular de Lenin. Cada vez se extendía más la costumbre de dirigirse directamente a Lenin: obreros, campesinos,

intelectuales, militares, burgueses víctimas del nuevo régimen, todo el mundo venía a contarle sus cuitas. Lo escuchaba pacientemente, vestido con su abrigo de invierno (no había carbón para calentar las oficinas), y garabateaba sus notas en pequeños pedazos de papel. Tenía una manera muy personal para librarse de los charlatanes y de los importunos empujándolos discretamente hacia la puerta.

Después de la comida (en principio, a las cuatro) se llevaban a cabo las conferencias con los miembros del Gobierno. Después las reuniones de las comisiones y de los diversos comités, que comenzaban generalmente en las primeras horas de la noche y que no terminaban hasta el alba. Lenin salía muerto de fatiga. Pero al regresar a su casa no lograba dormirse. A cada instante —cuenta Krupskaia— se levantaba, corría al teléfono, daba órdenes, reclamaba informes. Cuando por fin lo vencía el sueño, se le oía todavía discutir con interlocutores invisibles y fulminar a los enemigos de la revolución.

A veces, entre dos reuniones, disfrutaba de breves instantes de reposo. La inveterada costumbre de sus colaboradores de llegar tarde le proporcionaba la ocasión. Cuando se quedaba solo en su despacho parecía evadirse de la realidad. La señora Kollontai, que había sido nombrada comisaria de Seguridad Social, cuenta en sus *Recuerdos* que una noche entró al despacho de Lenin, donde debía celebrarse la reunión de los comisarios del pueblo, y que encontró la habitación sumida en la oscuridad. Se disponía a retirarse asombrada cuando vio en el marco de la ventana la silueta de Lenin. Miraba hacia afuera, con la cabeza levantada al cielo. El ruido de los pasos le hizo volverse. Iluminado por la luna, su pálido rostro tenía una expresión extraña e indefinida. «Estrellas», dijo siguiendo con la mirada el centelleo de los astros. Permaneció inmóvil y

soñador unos segundos y luego, con gesto brusco, dio vuelta al conmutador...

La víspera de las fiestas de Navidad, el Consejo de los Comisarios del Pueblo «concedió» a Lenin una licencia de cinco días. Se ignora a quién se debió esa iniciativa. El caso es que gracias a ella pudo Lenin tomar un descanso. El 24 se fue a Finlandia, a la casa de los amigos que le habían ofrecido hospitalidad en los sombríos días de septiembre. El 29, estaba de regreso en Petrogrado.

El nuevo año fue inaugurado por Lenin de una manera un tanto imprevista. El 1.º de enero había ido al picadero de Mikhailovski para saludar a los soldados que partían para el frente. Pues, a pesar de todo y por todo, la situación seguía siendo la misma: había un frente y un ejército en las trincheras. Pero con la diferencia de que ese ejército no se tenía de pie y se hundía a ojos vista. Los hombres se iban por su propia voluntad, uno tras otros. Nada podía retenerlos. Montados en los vagones, o a pie, regresaban a sus lejanos hogares sin preocuparse por la suerte de la patria ni por la de la revolución. Las conversaciones con los alemanes, después de las drásticas condiciones puestas por éstos el 15 de diciembre, habían llegado a un callejón sin salida del que no se sabía cómo salir. Mientras tanto, no había más remedio que cubrir los huecos dejados por la partida en masa de los soldados del frente. Se pensó llamar para reemplazarlos, al menos en parte, a los voluntarios de la retaguardia. La guarnición de Petrogrado dio su contingente.

A estos voluntarios consideró necesario alentar personalmente el jefe del Gobierno dirigiéndoles un discurso de circunstancias. Penoso deber para Lenin. En lugar de saludar el retorno de las tropas, libres por fin del abrazo de la guerra, tenía que exhortar a los hombres, como si fuera un Kerenski, a cumplir su deber militar como soldados

valientes y disciplinados. «Debemos mostrar —les dijo— que somos una fuerza que sabrá vencer todos los obstáculos en el camino de la revolución mundial. Que los camaradas que se van a las trincheras sostengan a los débiles, a los vacilantes, y que alienten con su ejemplo a los desfallecientes. Los pueblos de Europa están despertando ya, están escuchando el ardiente llamado de nuestra revolución, y pronto dejaremos de estar solos, cuando las fuerzas proletarias de los demás países se unan a las nuestras.»

Ha terminado. El aire retumba de aclamaciones. La orquesta ataca La Internacional. Los jóvenes guerreros acompañan a Lenin hasta su automóvil, donde se sienta entre Platten, recientemente llegado de Suiza, y su hermana María. El automóvil arranca. Suenan varios tiros de fusil. «¿Qué ocurre?», pregunta Lenin, sorprendido, a su chófer. «No es nada —respondió éste—: un neumático que acaba de reventarse», y acelera bruscamente la marcha del auto. En ese mismo instante, Platten, agarrando brutalmente la cabeza de Lenin, lo empuja al fondo mientras las balas agujerean el cristal de la ventanilla.

¿Quién había disparado? El comunicado oficial publicado con ese motivo atribuyó el atentado de que estuvo a punto de ser víctima Lenin a «terroristas contrarrevolucionario». No se podía, desde luego, calificar de otra manera a sus autores. Pero esa denominación carecía de precisión. Más tarde se supo que tres oficiales del batallón de los voluntarios honrado con la visita del presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo habían sido detenidos por haber participado en ese complot. ¿Tuvieron cómplices? ¿Quiénes eran éstos? Jamás se pudo saber.

En todo caso, para Lenin la cosa estaba clara. Matándolo a él, querían matar a la revolución. La tentativa no había tenido éxito. Pero indudablemente iba a ser repetida. Había

que estar preparado, por tanto, para responder al terror con el terror. Quizá ese día supo comprender mejor por qué los revolucionarios franceses se habían visto obligados a enviar a la guillotina a tantos «hombres desarmados». El día siguiente, Lenin reunía a sus colaboradores del Gobierno para leerles el proyecto que acababa de redactar de una Declaración de los derechos del pueblo de los trabajadores y de los explotados, destinado a ser presentado a la Asamblea Constituyente, cuya apertura debía celebrarse tres días más tarde. Ese texto era, condensado en cuatro páginas de una escritura fina, el pensamiento y la obra de toda su vida, la conclusión lógica y triunfante de ese programa de un partido que no existía todavía más que en su cabeza, trazado unos veinte años antes, con tinta química, en la celda de su prisión.

Una vez llegado a la cúspide del poder, quería, inspirándose en el ejemplo de la Francia revolucionaria, colocar a la cabeza de la futura Constituyente del Estado socialista, victorioso gracias a él, un preámbulo solemne. Agrupadas en cuatro secciones, se suceden fórmulas netas y categóricas, que son otros tantos golpes asestados a las ruinas de un régimen roto. «Rusia es declarada República de los Soviets de los obreros, soldados y campesinos. Todo el poder pertenece a los Soviets. La República rusa se constituye sobre la base de una unión libre de naciones libres. Asignándose la tarea de suprimir cualquier explotación del hombre por el hombre, de eliminar radicalmente la división de la sociedad en clases, de reprimir implacablemente la resistencia de los explotadores, de establecer una organización soviética de la sociedad y de conseguir la victoria del socialismo en todos los países, la Asamblea Constituyente declara: Toda la tierra pertenece al pueblo que trabaja. Queda confirmada la ley sobre el control obrero de las empresas, considerada como el primer paso

hacia la entrega total de las fábricas, minas, transportes, etc., en manos del Estado obrero y campesino.

Queda confirmada la ley sobre la entrega de los Bancos en manos del Estado obrero y campesino, considerada como una de las condiciones para liberar a las masas trabajadoras del yugo del capital. Queda introducido, a fin de extirpar a los elementos parásitos de la sociedad, el servicio del trabajo obligatorio para todos. A fin de garantizar a las masas trabajadoras la plenitud de su poderío e impedir cualquier tentativa de restablecimiento del poder de los explotadores, se decreta armar a los trabajadores, formar el ejército rojo socialista de los obreros y campesinos, y el desarme total de las clases poseedoras. Firmemente resuelta a liberar a la humanidad de las garras del capitalismo y del imperialismo, que han inundado de sangre la tierra en el curso de la más criminal de las guerras, la Asamblea Constituyente aprueba plenamente la publicación de los acuerdos secretos emprendida por el Gobierno soviético, la fraternización en el frente y la conclusión por medios revolucionarios, a toda costa, de una paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones. La Asamblea Constituyente felicita al Consejo de los Comisarios del Pueblo por haber proclamado la independencia de Finlandia, por haber concedido a Armenia el derecho de disponer libremente de su destino y haber ordenado la retirada de las tropas rusas de Persia. Al mismo tiempo que garantiza al poder soviético su pleno y total apoyo, la Asamblea Constituyente estima que su propia tarea se limita a sentar las bases de la edificación socialista de la sociedad y de la organización federativa de las repúblicas soviéticas rusas».

La lectura de esta declaración, adoptada por unanimidad, parece haber impresionado profundamente al auditorio. Steinberg, que acababa de ser nombrado comisario del

pueblo para la Justicia en virtud del acuerdo concertado entre los socialistas-revolucionarios de izquierda y Lenin, y que estaba presente en la sesión, escribía más tarde: «Todos estábamos muy exaltados. El despacho donde estaba reunido el Gobierno era estrecho e incómodo, pero todos nos sentíamos engrandecidos.»

Un sordo rumor los sacó de ese estado extático. Era como si un ruido de botas retumbara en el fondo del corredor. «Todos levantamos la cabeza sorprendidos — cuenta Steinberg—. Bruscamente la puerta se abrió con violencia y una multitud de guardias rojos y de marineros irrumpió en la habitación, precipitándose hacia la ventana. Nos levantamos estupefactos, Lenin palideció.» Es fácil comprender la emoción de Lenin. Debió creer, sin duda, que se trataba de un nuevo atentado perpetrado contra él a sólo cuarenta y ocho horas del primero. Los hombres iban armados hasta los dientes y arrastraban tras ellos, con estruendo, una ametralladora. «No tengáis miedo, camaradas —gritó alguien—. Es un ensayo.» Era el «jefe de los servicios administrativos del Consejo de los Comisarios del Pueblo», Bontch-Bruevitch, una vieja amistad de Lenin, quien mostrando demasiada indulgencia con el que lo había nombrado para tan delicado cargo, llegó un instante después y explicó, riendo de buena gana: «He dado la señal de alerta para ver cómo seríamos defendidos en caso de ataque.»

El celoso jefe de los servicios administrativos tenía sus razones para proceder a ese «ensayo por sorpresa». Cuanto más se acercaba el día de la apertura de la Constituyente, más agitada parecía la opinión pública. Corrían rumores de que iba a estallar una nueva revolución, esta vez bajo la égida de la Asamblea Constituyente, que barrería al Gobierno bolchevique y restablecería el régimen democrático. Kerenski, que había regresado a Petrogrado,

se proponía, según se decía, presentarse ante los representantes del pueblo ruso elegidos por sufragio universal para poner solemnemente en sus manos el poder que ostentaba como presidente del Gobierno provisional legalmente nombrado. Todos los «republicanos», todos los «verdaderos amigos de la libertad» eran invitados a levantarse y a trasladarse en masa hacia el Palacio de Táuride, el 5 de enero, a fin de proteger a la alta asamblea contra cualquier violencia que pudieran intentar contra ella los «usurpadores bolcheviques». Lograron arrastrar al movimiento a un cierto número de fábricas. Los cadetes estaban preparados para tomar las armas. Las tropas de la guarnición, en su mayoría, parecían dispuestas a observar una especie de neutralidad en caso de eventual conflicto entre la Constituyente y el Gobierno de los soviets. El partido bolchevique, por su parte, no estaba inactivo. El Comité de la organización de Petrogrado dirigía reiterados llamamientos a los obreros, conminándolos a no dejarse influir por «las bandas contrarrevolucionarias a sueldo de los banqueros «cadetes y de los generales kornilovistas». El Gobierno adopta severas medidas para impedir cualquier manifestación pública el día de la apertura de la Constituyente. Diversas barreras cerrarían el acceso de las calles que conducen al Palacio de Táuride.

La sesión se abrió a las cuatro de la tarde. La elección del presidente reflejó enseguida la fisonomía política de la Asamblea. El jefe de los socialistas-revolucionarios de derecha, Chernov, fue elegido en la primera vuelta por 244 votos contra la joven socialista-revolucionaria de izquierda María Spiridonova, candidata de su partido y de los bolcheviques, que no reunió más que 151 votos. La relación de fuerzas quedaba definitivamente fijada desde ese momento: los socialistas-revolucionarios de derecha eran los amos de la Constituyente.



Chernov, con aire de satisfacción, empezó su discurso, como siempre, dulzarrón y difuso, a base de frases monótonas y muy bien redondeadas. Lenin había tomado asiento en el palco de los ministros, a la izquierda de la tribuna presidencial. Según Bontch-Bruevitch, parecía sumamente emocionado. «Su rostro era de una palidez mortal —asegura éste—. Se sentó, con las manos nerviosamente crispadas, y empezó a recorrer la sala con unos ojos repentinamente inmensos y flameantes.»

En realidad, ese testimonio no inspira gran confianza. Aunque en el fondo era un buen hombre, muy servicial, este antiguo gentilhomme convertido en celoso bolchevique se dejaba llevar demasiado frecuentemente por su imaginación, que le sugería imágenes y comparaciones terroríficas si no absurdas. ¿No había llegado a descubrir una analogía entre las dificultades que habían suscitado a Lenin las jornadas de julio y la Pasión de Cristo?... Permítaseme recurrir a un testigo más discreto, un diputado bolchevique medio, Mechteriakov, que no había cesado un instante de observar a Lenin.

El discurso de Chernov parece haberle aburrido medianamente. Empezó por sacar un periódico y, desplegándolo demostrativamente, simuló estar sumido en su lectura. Luego se levantó y fue a sentarse en las escaleras de la tribuna presidencial cubiertas con un tapiz. «Tengo ante mis ojos toda la vívida silueta del camarada Lenin —escribe Mechteriakov en 1925—. Primero se puso a escribir algo, luego se quedó cómodamente tumbado sobre las escaleras. Tan pronto se reía como parecía mortalmente aburrido.» Finalmente, desapareció de la sala.

Lenin se retiró al salón donde se reunían antaño los ministros del zar y sacó la conclusión. No había la menor duda posible: nada se podía sacar de esa Asamblea. No quedaba más que liquidarla, evitando, en la medida en que

lo permitían las circunstancias, choques e incidentes superfluos. Natanson y sus amigos, que se habían reunido con él, se mostraron de acuerdo. Se abordó la discusión del problema: cómo proceder para llevar a cabo la operación «sin dolor».

Mientras tanto, Bujarin, en nombre del partido bolchevique, exigía en su discurso apasionado que la Asamblea, antes de pasar al orden del día, adoptara la Declaración de los derechos redactada por Lenin. Su proposición fue rechazada por 237 votos contra 146. Por segunda vez los socialistas— revolucionarios de derecha daban a entender a sus adversarios que era inútil luchar contra ellos.

La izquierda, derrotada, pidió y obtuvo una suspensión de la sesión. Bolcheviques y socialistas-revolucionarios de izquierda fueron juntos a ver a Lenin. «Nos abordó jovialmente —escribe Steinberg— diciendo: «Bueno, ya ven ustedes. La situación está clara y ahora podemos separarnos de ellos.» Finalmente todo el mundo estuvo de acuerdo: no podía haber otra solución. Raskolnikov fue encargado de volver al salón de sesiones para leer una declaración destinada a justificar la resolución adoptada por su partido y salida, naturalmente, de la pluma de Lenin. «La mayoría contrarrevolucionaria de la Asamblea Constituyente —decía— no hace más que seguir el ejemplo de las que la han precedido. Tiende ostensiblemente a colocar en oposición a la Constituyente y al Gobierno de los obreros y de los campesinos. Abandonamos la Asamblea porque no queremos compartir un solo instante la responsabilidad de los crímenes que están cometiendo los enemigos del pueblo.»

Raskolnikov tomó el papel y dio unos pasos hacia la puerta. Sus camaradas quisieron seguirle. Lenin los detuvo en seco. «¿Dónde van ustedes?», exclamó. ¿No comprenden

ustedes que si vuelven a la sala para asistir a la lectura de la declaración, y para abandonar luego en masa la sesión, su salida excitará a tal punto a los soldados y marineros de la guardia que aniquilarán enseguida a todos los socialistas-revolucionarios de derecha y mencheviques hasta el último hombre?»

»Muchos —cuenta Mechteriakov— no compartieron su opinión. Hubo necesidad de un segundo discurso, muy enérgico, de Lenin, para hacerles renunciar a su proyecto. En efecto, la declaración produjo enorme impresión en los soldados. Es indudable que si hubiera ido seguida de la salida colectiva de los diputados bolcheviques, los socialistas— revolucionarios no habrían sido perdonados.» Y a continuación se pregunta: «¿Saben esos enemigos que le deben la vida a Lenin?»

Alguien le preguntó a Lenin: —¿Pero qué van a hacer cuando se queden solos? —Continuar su charla —respondió él. —¿Pero hasta cuándo? —volvió a preguntar el bolchevique. —Hasta que se cansen —anunció flemáticamente Lenin dirigiéndose hacia la salida—. Nosotros, ya nada tenemos que hacer aquí.»[26](#)



## **XXIV**

# **LA «ASQUEROSA PAZ» DE BREST-LITOVSK**

«Buena limpieza», se dijo Lenin al tomar la pluma para comenzar un artículo sobre la gente de ultratumba, es decir, los constituyentes, que le habían hecho «perder un día». No era, en efecto, el momento de malgastar su tiempo. El problema de la guerra y de la paz exigía una solución urgente. Y ésta seguía sin poderse hallar. Sin embargo, según Lenin, era una cuestión de vida o muerte para la República de los Soviets. Comprendía perfectamente que si su partido había podido adueñarse del poder era porque había prometido poner fin a la guerra y concertar la paz inmediatamente. La promesa debía ser cumplida, costara lo que costara. De ello dependía la suerte del nuevo régimen, de toda la revolución.

Así, pues, Lenin se debatía en un penosísimo conflicto de conciencia. Seis semanas antes de la revolución del 25 de octubre, cuando en una carta apasionada que dirigió al Comité central conjuraba a éste a salir de su inercia y a pasar a la acción, demostraba tener una fe absoluta en las capacidades militares de la nueva Rusia revolucionaria. ¡Que el pueblo sea efectivamente dueño de sus destinos, y ya se verá con qué ardor defenderá su patria socialista!

Sabr  hacer frente al más temible de los enemigos.  No había terminado acaso su carta con estas palabras optimistas: «Los recursos materiales y morales de una guerra revolucionaria auténtica en Rusia son todavía inconmensurables...»?

Una vez convertido en jefe del Gobierno, debió darse cuenta con bastante rapidez de que, en realidad, esos recursos eran perfectamente nulos, y que no había esperanzas de poder forzar a la masa campesina, que formaba las nueve décimas partes de los efectivos combatientes del ejército, a seguir peleando. También debió comprender que ese ejército había llegado a tal grado de descomposición que, al primer choque con el enemigo, las multitudes desesperadas de soldados hubieran abandonado sus posiciones para afluir hacia la retaguardia llevando con ellas el caos y la anarquía en que se hundiría definitivamente el régimen soviético.  nicamente una paz firmada en el más breve plazo, estimaba Lenin, podía permitir que se evitara ese peligro. Estaba dispuesto a hacer todas las concesiones posibles para obtenerla. Si era necesario sacrificar a los países limítrofes, se les sacrificaría. Después de todo, Polonia, Finlandia y las provincias bálticas no eran Rusia. Si había que pagar una contribución de guerra monstruosamente exorbitante, se pagaría. En los Bancos que acaban de ser nacionalizados hay dinero.  Qu  significan unos cuantos centenares de millones más o menos tomados a los ricos, cuando se trata de la suerte misma del socialismo! La recién nacida República de los Soviets,  no es acaso la antorcha luminosa que una mano poderosa, la del partido bolchevique ( por qué no decir: la suya?), enarbola por encima de las sangrientas tinieblas en que han sumido al mundo el capitalismo y el imperialismo?

Había otra cosa además: había que aprovechar el estado de guerra que enfrentaba a los dos bandos opuestos del

imperialismo mundial. Ocupados en luchar entre sí, no podían, por el momento, combatir contra el nuevo Estado proletario cuya existencia seguramente no habrían tolerado si hubieran tenido las manos libres. Por tanto, firmando la paz desde ahora, se podría trabajar, sin que lo impidiera una intervención extranjera, por la consolidación del nuevo régimen mientras que las potencias capitalistas seguirían desgarrándose entre sí. Unas y otras saldrían inevitablemente debilitadas y agotadas de esa lucha, mientras que la joven República de los Soviets, aprovechando el respiro que le sería concedido, después de restaurar su vida económica pondría en pie un nuevo ejército, proletario éste, y disciplinado, dispuesto a luchar hasta la última gota de su sangre por defender al Estado socialista contra la eventual agresión de los países capitalistas.

Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los dirigentes responsables del partido no compartían su opinión, y chocaba con fuerte oposición en el seno del Comité central y de las grandes organizaciones locales. El Buró político de la región de Moscú se había puesto a la cabeza de esa oposición. Representaba a las doce provincias del centro, las más ricas, las más industriales, el verdadero corazón de la gran Rusia con su capital-madre, Moscú. La dirección de ese Buró pertenecía a un grupo de jóvenes ardientes y entusiastas cuyo jefe era Bujarin.

Ese hombre extraño, espíritu brillante, de una gran cultura, nervioso e irritable como una mujer, seducía y desconcertaba a la vez. Pero, en todo caso, gozaba de una influencia considerable en los medios moscovitas. Su amigo Lomov, ex comisario del pueblo para la Justicia, que se había visto obligado a abandonar su puesto para cedérselo a un socialista— revolucionario de izquierda, lo secundaba activamente.

El 28 de diciembre, el Buró de Moscú adoptó una resolución que declaraba que el Comité central del partido había perdido su confianza; exigía al mismo tiempo la ruptura de las negociaciones entabladas con Alemania y la reanudación de las hostilidades bajo la forma de una guerra revolucionaria sagrada, levantando en masa a todo el pueblo ruso. Lenin era violentamente atacado. Se le reprochaba haber traicionado sus propias convicciones: después de haberse pronunciado en varias ocasiones en favor de la guerra revolucionaria, ahora predicaba la sumisión y la capitulación. Entrar en conversaciones con el imperialismo alemán, firmar un acuerdo ventajoso para éste y que diera por resultado reforzar su posición internacional, equivaldría a asestar una puñalada en la espalda a la revolución proletaria. La consigna lanzada por los moscovitas, ¡Abajo la paz asquerosa!, se fue extendiendo más y más. El Comité de Petrogrado, por su parte, se adhirió plenamente a la tesis de la guerra revolucionaria. Las «cumbres» bolcheviques de las dos capitales tomaban posición así contra Lenin.

Trotsky, que hasta entonces había persistido en la actitud que adoptó al producirse el golpe de Estado, de compañero fiel de Lenin, se había puesto a desarrollar su propio juego, un juego infinitamente sutil y peligroso que había de conducirlo muy lejos. A pesar de su carácter impulsivo y autoritario, siempre se había mostrado, en el curso de su carrera política, inclinado a preconizar soluciones «centristas» que habían de permitirle, al menos así lo creía, desempeñar un papel de árbitro de los partidos y de conciliar lo inconciliable. También en esta ocasión pretendía haber encontrado una solución que lo arreglaría todo. Ni Bujarin ni Lenin. Ni guerra revolucionaria ni paz vergonzosa. Se lanzaría a la camarilla imperialista alemana, en pleno rostro, un no sonoro que tendría un eco formidable en el



mundo entero, se romperían las negociaciones y se desmovilizaría al ejército, dejando al país sin defensa alguna. El enemigo no se atrevería a avanzar. Su proletariado se lo impediría. Si a pesar de todo proseguía su ofensiva, se firmaría en última instancia la paz «bajo la bota del invasor», pero de esa manera se salvaría el prestigio de la revolución. Nadie se atrevería a acusarla de haber pactado con el imperialismo alemán.

Me niego a admitir que Trotski, hombre de gran inteligencia, haya podido creer sinceramente en el éxito de su plan. Creo más bien, y su actitud en las jornadas que van a seguir parece confirmar esta hipótesis, que le sedujo la perspectiva de suplantar a Lenin haciendo «entrar de nuevo en la guerra» a Rusia, con la ayuda militar y técnica que le habían ofrecido los aliados inmediatamente después de la liquidación de la última tentativa de Kerenski, y dando por descontada la victoria final de éstos, victoria que habría liberado a la República soviética de las garras del invasor alemán. Esta tesis fue presentada por Trotski con mucha brillantez y de una manera muy hábil. Encontró numerosos adeptos. Lenin tuvo que luchar, por tanto, en dos frentes al mismo tiempo.

Apenas disuelta la Asamblea Constituyente, anunció que deseaba exponer ante una asamblea de los principales dirigentes del partido su punto de vista sobre el problema de la paz. Se convocó una conferencia para el 8 de enero. Fueron invitadas unas sesenta personas, entre ellas los miembros del Comité central y los del Comité de la organización bolchevique de Petrogrado. Según su costumbre, Lenin se presentó armado con un conjunto de «tesis» (veintiuna en esta ocasión) sobre la cuestión de la firma inmediata de la paz separada y anexionista. Todas ellas apuntaban esencialmente hacia el «grupo Bujarin» de los partidarios de la guerra revolucionaria.

En principio, estima Lenin, aquel que sin ocultar nada al pueblo acepta firmar una paz desventajosa para el país, porque éste se halla en la imposibilidad total de continuar la guerra, no traiciona en modo alguno al socialismo.

Se pretende que, al hacer la paz con el imperialismo alemán, la República soviética se convierte prácticamente en su agente y cómplice puesto que de esa manera le permite utilizar las tropas del frente oriental para reforzar la presión sobre el frente occidental. Pero, observa Lenin, si nos lanzamos a una guerra revolucionaria, nos convertimos en agentes y cómplices del imperialismo anglo-francés, puesto que de esa manera impedimos que los alemanes dispongan de sus tropas del Este para poder rechazar el ataque de los aliados en el Oeste. Por tanto, en ambos casos hacemos el juego a los imperialistas. Ahora bien, de lo que se trata no es de saber con cuál de los dos grupos enemigos debemos marchar, sino de cuál es la solución susceptible de favorecer mejor la consolidación y los progresos del poder de los Soviets en Rusia.

Se le reprocha haber sostenido antaño la tesis de la necesidad de una guerra revolucionaria y de decir ahora lo contrario de lo que decía antes. Eso es inexacto, responde Lenin. En efecto, en 1915 habló de la necesidad de «preparar y hacer la guerra revolucionaria», pero era bajo el régimen zarista y no se había comprometido a iniciarla sin tomar en consideración las coyunturas del momento. «Ciertamente, debemos empezar desde ahora a preparar una guerra revolucionaria, pero la cuestión de saber si puede ser iniciada enseguida no puede zanjarse más que teniendo en cuenta las condiciones materiales creadas por la situación en que nos encontramos, y los intereses de la revolución socialista empezada.» Hay que ver las cosas con realismo: la guerra revolucionaria conducirá infaliblemente a la derrota. Esa derrota obligará a Rusia a firmar una paz

mucho más dura que la que se le impone ahora. Y además, no será el Gobierno obrero y campesino el que la firme, puesto que antes será derribado por el ejército en derrota, desencadenado.

En conclusión, embarcarse en una guerra revolucionaria sería arriesgar la existencia de la revolución socialista rusa. Nadie tiene derecho a lanzarse a tal aventura. En cambio, firmando una paz separada, la República obrera y campesina se retira del conflicto y obtiene la posibilidad de dedicarse a la construcción de un nuevo orden socialista que la hará fuerte y temible ante sus futuros enemigos. La asamblea no se dejó convencer. De 63 votos, sólo 15 se pronunciaron en favor de Lenin. La tesis de la guerra revolucionaria reunió 32 votos, y la de Trotski, 16. Desde la publicación de sus tesis de abril, Lenin nunca había visto alzarse contra él una mayoría tan fuerte. Pero esa votación no tenía más que un carácter puramente indicativo. El que debía determinar oficialmente la posición del partido era el Comité central, que iba a reunirse tres días más tarde, el 11.

Ahora Lenin tuvo que enfrentarse a una reunión reducida a 16 miembros. Se sentía en un terreno más sólido. Cierto que estaban allí Bujarin y Lomov. Trotski también. Pero no habían podido ponerse de acuerdo, mientras que Sverdlov y Stalin trabajaron lo indecible para reclutar partidarios de la tesis de Lenin, que desde un principio contó con su entera y total adhesión.

Resulta singular que el importante discurso que pronunció Lenin al principio de la sesión, lo mismo que sus réplicas en el curso de los debates que le siguieron, no figure en la reciente edición de las obras de Lenin (la edición anterior lo incluía), a pesar de haberse asignado la tarea de recoger hasta los más insignificantes fragmentos de sus intervenciones oratorias. Me limito a dar un breve resumen, puesto que, en gran parte, ese discurso no hace más que

reproducir los argumentos desarrollados en las tesis del 8 de enero, aunque en algunos puntos expresa el pensamiento de Lenin con menos miramientos, con palabras más claras. No vacila en decir crudamente enojosas verdades. «El ejército no puede más... Ni siquiera tenemos caballos para salvar, en caso de retirada, aunque sólo fuera una parte de la artillería. Los alemanes tienen tal posición en el Báltico que pueden tomar Petrogrado y Reval jugando... Sólo a los imperialistas anglo-franceses les interesa vernos continuar la guerra. ¿Queréis una prueba? Los norteamericanos han ofrecido a Krylenko una prima de cien rublos por cada soldado presente en las trincheras... Se cuenta con la revolución que debe estallar en Alemania. Seguramente llegará un día. ¿Pero cuándo? Es quizá una cuestión de meses y meses, mientras que aquí la revolución ha traído ya al mundo un bello niño: la República socialista, que podemos matar reanudando la guerra... Es cierto que la paz que vamos a firmar es una paz asquerosa, pero necesitamos un respiro para recuperar el equilibrio. Necesitamos consolidar nuestras posiciones. Tenemos que aplastar definitivamente a la burguesía, y para eso necesitamos tener libres las manos. Evidentemente, esto es un retroceso, y el camino que emprendemos está sembrado de inmundicias, pero hay que pasar por ahí. Una contribución de 3.000 millones no es demasiado cara para salvar a la República socialista.»

Lenin tuvo que soportar vehementes ataques por parte de Bujarin y de Lomov. Estaba previsto. El que partió del trotskista Uritski tampoco podía sorprenderle. ¿Pero cuál no sería su asombro cuando vio alzarse contra él a su fiel Dzerjinski? «Lenin no hace más que recomenzar lo que Zinoviev y Kamenev quisieron hacer en octubre pasado — exclamó—. Somos un partido proletario. El proletariado no nos seguirá si firmamos la paz.» Trotski se limitó a exponer

su tesis, alabando sus ventajas. Recibió una severa amonestación por parte de Stalin, pero en cambio pudo conquistarse a la señora Kollontai y a la secretaria del Comité, Stasova, mujer de talento que gozaba de una gran influencia. Pasaron a votar. Gracias a las dos mujeres, la tesis de Trotski fue adoptada por 9 votos contra 7. La de Lenin quedó rechazada así. En cuanto a la de Bujarin, no pudo reunir más que dos votos. Tres días después, el Comité central del partido bolchevique y el de los socialistas-revolucionarios de izquierda se reunía conjuntamente. La tesis de Trotski volvió a triunfar.

Se había establecido la costumbre de considerar que una decisión tomada por los dos comités en común era una decisión del Gobierno. Por tanto, al lanzar en Brest-Litovsk, el 10 de febrero siguiente, su sensacional declaración, Trotski no cometía en modo alguno un acto arbitrario. La responsabilidad de la lamentable aventura que constituyó su consecuencia incumbía a los que, con sus votos, habían consagrado oficialmente su proposición y le habían permitido así emplear la técnica nefasta destinada a servir ambiciones inconfesadas.

Cinco días después de su gesto espectacular, el 16 de febrero, el mando alemán informó al gran cuartel general ruso que el estado de armisticio cesaría el 18 al mediodía y que las hostilidades iban a reanudarse. Lenin trató de volver a la carga en la reunión del Comité central que se celebró el 17. Era necesario enviar sin tardanza un telegrama a los alemanes diciéndoles que estaban dispuestos a reanudar las conversaciones. Trotski tranquilizó a la reunión: no hay que perder la cabeza; quizá no se trate más que de una simple maniobra de intimidación por parte de los alemanes. Esperemos a ver lo que va a ocurrir el 18. La proposición de Lenin fue rechazada por 6 votos contra 5.

Por tanto, la jornada siguiente era la que debía traer la decisión. No era necesario esperar hasta el mediodía para ver que los alemanes no tenían el menor deseo de bromear. En la sesión que celebró por la mañana el Comité central, fue el propio Trotski quien, bastante molesto anunció que aviones alemanes volaban sobre Dvinsk, que cuatro divisiones acababan de llegar del frente occidental y que el kronprinz de Baviera, comandante en jefe del grupo de ejércitos del Oeste, había declarado por la radio que Alemania iba a asumir la sagrada misión de librara al mundo de la peste rusa. Lenin insistió de nuevo en su proposición. Trotski se opuso nuevamente. Es posible, decía, que la ofensiva lanzada provoque un estallido de indignación popular en el interior de Alemania. De ahí podría nacer una revolución. Esperemos, por tanto, el efecto de la ofensiva. Siempre habrá tiempo para proponer la paz a los alemanes si no se produce la explosión revolucionaria entre ellos. Seis miembros del Comité, siempre los mismos por lo demás, se adhirieron a esa proposición insensata y, una vez más, la opinión de Lenin no fue escuchada.

Los ejércitos alemanes pasaron a la ofensiva a la hora dicha. Las tropas rusas se replegaron inmediatamente en desorden, sin oponer la menor resistencia, abandonando material, municiones y víveres. En las últimas horas de la tarde se supo que los alemanes habían entrado en Dvinsk, saludados como libertadores por la burguesía, y que avanzaban rápidamente en dirección de Pskov, es decir, que marchaban sobre Petrogrado. En cuanto a la «explosión» de Trotski, ni la menor noticia...

La sesión del Consejo de los Comisarios del Pueblo, que debía celebrarse como de costumbre hacia las seis de la tarde, fue anulada para que se celebrara una reunión común de los comités centrales de los bolcheviques y de los socialistas— revolucionarios de izquierda. Steinberg, testigo

ocular, cuenta: «Los comisarios que eran miembros de los comités centrales se quedaron en el Smolny. Se trató de convocar a los demás que estaban dispersos por todos los puntos de la ciudad. Los bolcheviques pasaron a una pequeña sala contigua. Nosotros nos quedamos en la gran sala de sesiones y nos pusimos a deliberar.»

Mientras tanto, al lado, Lenin y Trotski estaban sosteniendo uno con otro un duro combate. Trotski persistía en su aberración. Estimaba que había que empezar por «sondear a los alemanes» para preguntarles que querían. ¡Como si su entrada en Dvinsk y su marcha sobre Petrogrado no lo dijeran suficientemente! La réplica de Lenin, tal como fue transcrita en el acta, fue incoherente, vehemente, indignada, apasionada y refleja perfectamente el estado de excitación en que se hallaba.

Recorriendo la habitación a grandes zancadas, acribilla al adversario con breves y abrumadores apóstrofes: «Con la guerra no se puede jugar... Es imposible esperar más tiempo... Queréis enviar notitas a los alemanes, mientras ellos arramblan con nuestros vagones, con nuestros depósitos, y nosotros reventamos... Jugando con la guerra entregáis la revolución a los alemanes. La historia dirá que la revolución ha sido entregada por vosotros. Pudimos firmar una paz que no la amenazaba en modo alguno... Ahora ya no hay tiempo para cruzar notas diplomáticas. Es demasiado tarde para «sondear a los alemanes». Hay que proponerles la paz abiertamente.»

Trotski parece ceder bajo ese alud de cortantes reproches. Se defiende mal: «Nadie está jugando a la guerra. Pero hay que proceder moralmente (sic). Hay que hacer la prueba de la pregunta hecha a los alemanes.»

Stalin, taciturno y reservado por lo general, estalla bruscamente: «Hay que acabar con este enredo. Que Trotski

plantee su pregunta en la prensa. Nosotros debemos decir ahora que las conversaciones deben reanudarse.»

Se vota. Ahora triunfa la moción de Lenin por 7 votos contra 6. Al abstenerse en la votación, Stasova permitió evitar el empate que hubiera imposibilitado hallar una solución. Pero lo más asombroso es que a última hora, Trotski, víctima de un reflejo imprevisible, abandona su propia tesis y vota por la de Lenin. Le hubiera bastado, sin embargo, agregar su propio voto a los de sus seis partidarios para triunfar una vez más.

A partir de ese momento se marcha a paso rápido hacia el desenlace. Lenin y Trotski son encargados de redactar allí mismo el texto del mensaje. Con mano firme, el rostro tranquilizado y los nervios calmados, Lenin traza unas cuantas líneas: «El Consejo de los Comisarios del Pueblo protesta contra el avance del ejército alemán... Se ve obligado, por la situación que ello ha creado, a declarar que está dispuesto a firmar la paz en las condiciones puestas por el Gobierno alemán en Brest-Litovsk. Se declara dispuesto a examinar las nuevas proposiciones formuladas por el Gobierno alemán y a dar su respuesta en un plazo de doce horas.»

Como se ve, Lenin trataba de cubrir las apariencias. Con esa redacción, la respuesta no tomaba el aspecto de una capitulación pura y simple. El Gobierno obrero y campesino decía estar dispuesto a examinar las nuevas condiciones alemanas, pero «examinar» no quería decir «aceptar»... Así podía evitarse el chocar con la desconfiada susceptibilidad de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que en la sala contigua esperaban ser llamados a participar en las deliberaciones del Comité bolchevique.

»A las tres de la mañana —cuenta Steinberg— pasamos a su despacho... Trotski, con la cabellera en desorden, se apoyaba contra la chimenea. Sombrío como la noche, con



ojos parecidos a los de un pájaro de presa, miraba hacia la ventana, por encima de las cabezas de los asistentes... Yoffé, Krestinski y Uritski estaban de pie, contra la pared, y fumaban nerviosamente sus cigarrillos. Lenin caminaba de arriba abajo, con las manos en los bolsillos y sonriéndose a sí mismo. Comprendimos entonces que grandes disensiones habían debido producirse entre ellos.» Después de un cambio preliminar de impresiones en la habitación, cuyo aire se había hecho irrespirable, todo el mundo pasó a la gran sala y se abrió la discusión. Steinberg, convertido en este caso en el eco de Trotski, repitió sus palabras que parecían extrañamente caducas: «No debemos dejarnos arrastrar por el pánico que han provocado las primeras noticias... Todo esto no es quizá más que una maniobra de intimidación por parte de los alemanes.» Su proposición concreta: aplazar el envío del telegrama y convocar al Consejo ejecutivo de los Soviets para el día siguiente por la mañana. Lenin ni siquiera se molestó en enfadarse. Empieza a razonar con el portavoz de los socialistas-revolucionarios de izquierda, irónico y condescendiente, como un maestro que se dirige a un alumno poco inteligente, incapaz de comprender las cosas más simples. «Pero, hombre, los gobiernos se hacen para tomar decisiones rápidas. Cada hora tiene ahora su importancia. No cabe aplazar el telegrama hasta el día siguiente, puesto que nuestros dos partidos están representados en el Consejo de los Comisarios y puesto que las fracciones del Comité ejecutivo estarán de acuerdo con nosotros.»

De todos modos, el «alumno» quiso decir la última palabra. «Sí —replicó Steinberg sentenciosamente—, hay que tomar decisiones rápidas, pero no en una atmósfera de pánico.» Lenin no contestó nada y fue a sentarse junto a la estufa, dando la impresión de que saboreaba el placer de calentarse cómodamente. Una voz desilusionada, la de

Yoffé, rompió el silencio: «Puesto que nos hemos puesto de acuerdo sobre el mensaje, ¿qué importancia puede tener la cuestión del tiempo?» Nadie reaccionó. Continuaban callados. Ya estaba dicho todo. Steinberg lo comprendió y, resignado, preguntó: «¿Cuál es el texto de vuestro telegrama?»

Después de haber escuchado la lectura del mismo, se retiró con sus seis camaradas a un rincón del salón. Instantes después, los representantes de los socialistas-revolucionarios de izquierda anunciaban que por mayoría de cuatro votos contra tres aceptaban el envío inmediato del telegrama.

Ya no faltaba más que firmarlo, Lenin puso su firma con gesto breve y enérgico y pasó el papel a Trotski, quien se negó a firmarlo so pretexto de que «la firma de Lenin bastaba». Este cortó en seco esta última veleidad de resistencia. «No, la firma del comisario de Negocios Extranjeros es indispensable.» Esas palabras sonaron como una orden. Trotski firmó y el telegrama partió.

Los días del 19 y del 20 llevaron la angustia de Lenin a su punto culminante. Los alemanes no contestaban y seguían avanzando. Pskov había sido ocupado. Narva también. Los soldados rusos seguían huyendo sin esperar la proximidad del enemigo. Los propios marineros se habían contagiado del pánico general. Se les había confiado una posición de gran importancia cuya defensa debía impedir el movimiento envolvente del ala derecha alemana. La abandonaron sin siquiera anunciarlo al mando. En esas condiciones, a los alemanes les interesaba retrasar su respuesta y continuar su avance, que se había convertido en lo que en lenguaje de guerra se llama un simple paseo militar.

Con la muerte en el alma, Lenin asistía al resquebrajamiento de su obra. Se imaginaba que los alemanes habían decidido entrar en Petrogrado para

restablecer con mano de hierro el antiguo régimen. Eso sería el fin de la República Socialista de los Soviets. Era demasiado tarde para emprender la evacuación del aparato gubernamental. La vía Petrogrado-Moscú estaba cortada. Hubiera sido necesario tomar una desviación llena de complicaciones. Y además no estaba totalmente seguro de que todo el mundo le seguiría. La única solución que quedaba era organizar la defensa de la capital y luchar hasta el último aliento contra el invasor. Puesto que no podía fiarse ya de las tropas, que se habían declarado en estado de desmovilización y que se negaban a tomar la menor participación en las operaciones militares, Lenin se dirigió a los obreros, conjurándoles, en una proclama titulada La patria socialista está en peligro, a levantarse todos para la defensa contra «e militarismo germánico que quiere aplastar a los obreros y campesinos rusos, devolver la tierra a los terratenientes, las fábricas a los capitalistas, el poder a la monarquía». En consecuencia, el Consejo de los Comisarios del Pueblo ordenaba: Todo debe ser puesto al servicio de la defensa nacional Durante la evacuación de las localidades amenazadas por el avance del enemigo hay que destruirlo todo: puentes, vías férreas, material, etc. Las estaciones y los depósitos de mercancías deben ser incendiados. Todos los habitantes válidos de ambos sexos deben ser empleados en cavar trincheras. Los que pertenecen a la clase burguesa trabajarán bajo la vigilancia de los guardias rojos. Se fusilará a los refractarios. Los periódicos que tiendan a explotar el avance de los ejércitos alemanes para preconizar el derrocamiento de Gobierno soviético serán prohibidos. Sus redactores serán empleados en los trabajos de defensa nacional. Los agentes del enemigo, especuladores, saboteadores bandidos y agitadores contrarrevolucionarios deben ser fusilados en el acto.

De esta manera, quieras que no, Lenin se veía obligado a hacer la guerra. Pero para poderla dirigir, aunque sólo fuera en forma puramente defensiva, se necesitaba material y sobre todo oficiales experimentados. Los que habían ofrecido sus servicios al régimen soviético no le inspiraban confianza. A todos los creía capaces de pasarse al enemigo en el momento decisivo y dudaba mucho de su ciencia militar. Trotski, que no había cesado de mantener buenas relaciones con la Embajada de Francia, sugirió entonces a Lenin la idea de aceptar la ayuda ofrecida por la misión militar francesa, uno de cuyos miembros, el capitán de reserva Sadoul, abogado y socialista militante, se había hecho ferviente adepto del bolchevismo. Se arregló una entrevista entre Lenin y un oficial de la misión, el conde de Lubersac. En una carta escrita a los obreros norteamericanos unos meses más tarde, Lenin habla de ello en estos términos:

»Fui puesto en contacto con el oficial francés Lubersac. «Soy monárquico; mi única finalidad es la derrota de Alemania», me declaró Lubersac. «Eso es evidente», le contesté yo. Eso no nos impidió ponernos de acuerdo sobre la ayuda que los oficiales franceses, que son verdaderos técnicos, querían darnos para volar las líneas de ferrocarril, a fin de contener el avance alemán. Apreté la mano del monárquico francés, y ambos sabíamos muy bien en ese momento que cada uno de nosotros hubiera hecho colgar con gusto a su interlocutor. Pero nuestros intereses coincidían por el momento.»

De esa manera, Lenin se veía de todos modos uncido al carro de ese imperialismo anglo-francés del que trataba de librarse a toda costa. Al día siguiente, cuando Trotski sometió a la aprobación del Comité central el ofrecimiento de los aliados de proporcionar armas y víveres al Gobierno soviético, a fin de ayudarlo a resistir a los alemanes, Lenin,

que no había podido asistir a la sesión, mandó esta nota: «Favor de unir mi voto en pro de la aceptación de las patatas y de las armas de manos de los bandidos imperialistas anglo-franceses.» El ofrecimiento fue aceptado por seis votos contra cinco. Al salir de la sesión, Bujarin se arrojó a los brazos de Trotski, y exclamó sollozando: «¿Qué estamos haciendo? ¡Estamos transformando el partido en un montón de basura!» Trotski, al dar cuenta de esas palabras en su autobiografía, agrega con la mayor seriedad: «En general, Bujarin llora con facilidad y es muy afecto a las expresiones naturalistas.»

La respuesta alemana llegó el 23, hacia las once de la mañana. En el Smolny causó la mayor consternación. Las exigencias de Alemania superaban cualquier previsión: pensaba quedarse con Polonia, Lituania y una parte de la Rusia Blanca. Ucrania debería formar un Estado independiente; todas las tropas rusas que se hallaran en su territorio deberían ser retiradas inmediatamente. Lo mismo en lo que se refería a Finlandia y a los países bálticos. Las ciudades de Kars y de Batum pasarían a manos de Turquía. El Gobierno de los Soviets debía cesar toda propaganda revolucionaria en Alemania. Rusia tendría que pagar una contribución de guerra cuyo monto sería fijado ulteriormente.<sup>27</sup> La respuesta debía darse en un plazo de cuarenta y ocho horas. No se admitía discusión alguna.

La opinión general consideraba que firmar tales condiciones equivaldría a un suicidio político y moral. El país no soportaría esa vergüenza. El diktat alemán debía ser rechazado con desprecio. El Comité central se reunió. Trotski anunció que las cuarenta y ocho horas fijadas por el ultimátum expiraban al día siguiente, a las siete de la mañana. Lenin casi no le deja terminar. Da un salto, temblando de rabia, y empieza a recorrer la habitación. Frases cortas, rápidas y breves empiezan a caer sobre sus

desconcertados colegas: «Si no firmamos entregamos la revolución a los alemanes... La política de la «frase revolucionaria» ya ha pasado de moda... Si seguís esa política, yo dimito. No seguiré ni un segundo en el Gobierno ni en el Comité...» Se detiene un instante, toma aliento, y, con las mandíbulas contraídas, martillea las sílabas:...ni un so-lo se-gun-do.

Pero Trotski no se deja convencer. Los argumentos de Lenin no son convincentes —dijo con voz tranquila y calmada—. Si hubiéramos sido unánimes, hubiéramos podido organizar la resistencia. No estaríamos en mala posición aunque hubiera sido necesario abandonar Petrogrado y Moscú. El mundo entero tendría los ojos fijos en nosotros y la guerra civil se encendería en Europa. Pero para eso era necesario una unanimidad total. Puesto que no la tenemos, asumo la responsabilidad de votar por la continuación de la guerra.» Eso equivalía, en resumen, a hacer responsable a Lenin de la vergüenza con que se iba a cubrir la República de los Soviets, puesto que era él quien impedía que se realizara esa unanimidad.

Después de oír a Trotski, se soltaron las lenguas. Se oyó, cosa sorprendente, que Stalin hablaba contra Lenin. «Podemos no firmar —sugirió— y declarar simplemente que estamos dispuestos a recomenzar las conversaciones sobre la base de nuevas condiciones.» Dzerjinski va más lejos: «Al firmar, no hacemos más que alentar el imperialismo alemán. No nos protegemos contra un nuevo ultimátum, no sabemos nada.» Se declara de acuerdo con Trotski: «Si el partido fuera suficientemente fuerte para soportar la escisión y la dimisión de Lenin, hubiera podido decidirse rechazar el ultimátum alemán. Tal no es el caso, y, por lo tanto, no podemos hacerlo.» Lenin, que ha logrado controlar sus nervios, quiere hacer entrar en razón a sus dos más fieles compañeros: «Se me reprocha presentar un

ultimátum. Si lo he hecho ha sido únicamente porque me hallo en el límite extremo. Los que hablan de la guerra civil inminente en Europa se burlan del mundo... Stalin se equivoca al decir que podemos no firmar. Hay que firmar. Si no firmáis, pronunciáis una condena de muerte para la República de los Soviets de aquí a tres semanas. Las condiciones alemanas no afectan a la existencia del Gobierno obrero y campesino... Por lo tanto, hay que aceptarlas. Si más tarde hubiera un nuevo ultimátum, la situación no sería ya la misma.»

Su intervención no hizo más que reavivar las pasiones. Uritski se desencadena: «Nuestra capitulación retrasará la naciente revolución en Europa. Si firmamos, el imperialismo germánico nos traerá de nuevo a Miliukov.» Y Lomov dijo sin rodeos lo que sus amigos no se habían atrevido a confesar abiertamente: «Si Lenin amenaza dimitir, eso no debe asustarnos. Hay que tomar el poder sin Lenin.»

Trotsky cree llegado el momento de poner en la balanza, que le parece inclinarse por el «buen» lado, el peso de sus palabras. Lo hace de una manera tan hábil como páfida: «La posición de Lenin tiene un carácter muy subjetivo. No creo que sea justa. Sin embargo, no quiero crear obstáculos a la unidad del partido. Por el contrario, contribuiré a ella en la medida de mis posibilidades; pero no puedo seguir asumiendo las responsabilidades de la dirección de los Negocios Extranjeros.» Es decir, unidad en el partido y escisión en el Gobierno: así es como Trotsky entiende la política de entendimiento y de conciliación que se propone seguir.

Ha llegado el momento de votar. Se somete a votación la pregunta hecha por Lenin: ¿Hay que aceptar inmediatamente las proposiciones alemanas? Contestaron sí: Lenin, Sverdlov, Stalin, Zinoviev, Stasova, Sokolnikov, Smilga. Contestaron no: Bujarin, Lomov, Uritski, Bubnov. Se

abstuvieron de participar en la votación: Trotski, Dzerjinski, Yoffé, Krestinski.

El resultado es proclamado: El Comité central acepta las condiciones alemanas por 7 votos contra 4 y 4 abstenciones. Lenin triunfa, pero la batalla no ha terminado. Uno de los «abstencionistas», Krestinski, se levanta y lee la siguiente declaración, firmada por él, por Dzerjinski y por Yoffré: «Insistimos en que es inadmisibile firmar la paz con Alemania. Pero estimamos que únicamente un partido bolchevique estrechamente unido puede organizar la lucha después del rechazo del ultimátum alemán. Si se produce la escisión con que nos amenaza Lenin, nos veremos obligados a hacer una guerra revolucionaria tanto contra el imperialismo alemán como contra la burguesía rusa y contra una parte del proletariado, dirigida por Lenin. Eso seria hacer correr a la revolución rusa peligros todavía mayores que los que le esperan con la firma de la paz. Por eso, no queriendo contribuir a crear esa situación, pero no pudiendo votar por la paz, nos hemos abstenido de participar en la votación.»

Tras él habla Uritski: «En nombre de los miembros del Comité central, Bujarin, Lomov, Bubnov y en el mío propio, en nombre del miembro suplente, Yakovleva, y de los camaradas Piatakov y Smirnov aquí presentes,<sup>28</sup> declaro que no queremos asumir la responsabilidad de una decisión que consideramos profundamente errónea y susceptible de asestar un golpe fatal a la revolución rusa e internacional, tanto más cuanto que esa decisión ha sido tomada por la minoría del Comité, puesto que los cuatro miembros que se han abstenido comparten nuestra opinión. Por eso dimitimos de todas nuestras funciones, reservándonos una entera libertad de acción para luchar en favor de nuestra tesis en el interior y fuera del partido.»



A proposición de Sverdlov, y después de hacerse rogar largo rato, los dimitentes aceptaron seguir en sus funciones hasta el próximo Congreso del partido.

El Comité ejecutivo de los Soviets era el que tenía que pronunciarse definitivamente y en última instancia. Una asamblea plenaria fue convocada en el Palacio de Táuride para esa misma noche. Lenin quiso ponerse previamente de acuerdo con los socialistas revolucionarios de izquierda. Las dos fracciones se reunieron en conferencia privada. Se convino que los debates serían muy breves y que sólo dos oradores tomarían la palabra: uno en pro y otro en contra de la aceptación. Lenin, naturalmente, habló en favor de la firma, en nombre de los bolcheviques. El que habló en contra fue Radek, recientemente llegado de Suecia, donde desempeñaba la misión de agente de información de los bolcheviques. Entre los socialistas-revolucionarios, nadie quiso encargarse de defender la tesis de la paz, y los dos oradores hablaron en contra. El primero fue Kamkov, uno de los jefes del partido, joven, fogoso, lleno de ardor combativo. Su discurso sonó como una trompeta. Tras él habló Steinberg, con método diferente. Suavemente, sin forzar la voz, supo encontrar acentos patéticos para poner en guardia a la asamblea contra un acto que, según él, mataría moralmente a la revolución. «Lo peor de esa paz — dijo — no son tanto sus condiciones como su espíritu.

Esa paz quiere que la revolución se ponga de rodillas. Habrá que resignarse a ser humillados, acostumbrarse a sentirse envilecidos. Hay quien se pregunta si algunos elementos querrían luchar contra el invasor. Los seres pusilánimes, los que aspiran al descanso, no tienen más que mantenerse atrás. Siempre encontraremos suficientes almas heroicas dispuestas a sacrificarse y a marchar hacia adelante.» Luego, volviéndose a los bolcheviques, los exhorta con tristeza: «Si firmamos la paz, el lazo moral que

nos una quedará roto. No matemos esa estimación, ese espíritu de solidaridad que constituye nuestra fuerza en este momento.»

En sus *Recuerdos*, Steinberg escribe: «Volví a mi lugar en medio de un profundo silencio. Una parte de los bolcheviques nos miraba con manifiesta simpatía.» Vio lágrimas en el rostro de la señora Kollontai. Una joven bolchevique quedó totalmente subyugada, a pesar de su fervor de neófita. Cinco años más tarde, al hacer el relato de aquella reunión, escribía: «Decía [Steinberg] exactamente lo que yo sentía, pero lo decía tan bien, lo expresaba con palabras tan bellas y tan elocuentes...»

Lenin observaba con inquietud a los asistentes y veía las caras conmovidas de sus partidarios. Cerca de él, Dzerjinski se mordía los labios, presa de irresistible emoción. He aquí el peligro de la «frase», pensaba. Basta saber hablar con una bonita voz emocionada y halagar la sensibilidad siempre rebelde a la razón, para que la gente se muestre dispuesta a cometer las peores tonterías. Pero Lenin sabrá restablecer el orden. Y helo aquí que sube de nuevo a la tribuna, atribuyéndose autoritariamente el uso de la palabra.

¡Ah, con que necesitan algo sublime, estos «corazones heroicos»! No quieren sentirse «humillados», «envilecidos». Esperan marchar con la cabeza en alto, mirando hacia el cielo. Pues bien, él, Lenin, va a hacerles doblar el espinazo y agachar la nariz para que sientan el verdadero olor de la Revolución... La fuerza principal de Lenin como orador era su perfecta sencillez. En esta ocasión, para subrayar mejor el contraste con las bellas frases «a la Steinberg», se mostrará intencional e intransigentemente vulgar. No hay en él el menor signo de emoción, pero sí de amargura, mucha amargura. Y además una ironía fustigante, feroz.

Pero, sobre todo, una convicción inquebrantable, una certeza absoluta de estar asistido por la razón.

»Se nos invita a adoptar poses efectistas, a ejecutar bonitos gestos. Más vale que veamos lo que somos y el estado en que nos encontramos. El alemán nos ha cogido por la garganta, nos ha puesto una rodilla sobre el pecho y ha apoyado su revólver contra nuestras sienes. ¿Dónde está la mano del proletariado internacional que debe liberarnos? No la veo. Dadme un ejército de cien mil hombres, fuerte, disciplinado, que no tiemble ante el enemigo, y no firmaré la paz. Os he dejado plena libertad de acción durante dos meses. ¿Habéis sabido aprovecharlos para crear un ejército? ¿Qué habéis aportado además de la charlatanería y de una espada de cartón? Sí, es una paz asquerosa, una paz infame, pero debéis firmarla en nombre de la salvación de la Revolución. ¡Ah! ¿Creéis que el camino de la Revolución está sembrado de rosas? ¿Que no hay más que marchar de victoria en victoria, al son de La Internacional, y con las banderas al viento? Así sería fácil ser revolucionario. No, la Revolución no es una partida de placer. No, el camino de la Revolución está cubierto de zarzas y espinas. Aferrándonos al suelo que se nos escapa, con nuestras uñas y nuestros dientes, arrastrándonos, si es necesario, cubiertos de lodo, debemos marchar, a través del fango, hacia adelante, hacia el comunismo, y saldremos vencedores de la prueba.»

Esta vez tampoco aplaudió nadie. Pero el encanto de la «frase» se había roto. Los bolcheviques bajaban la cabeza, aplastados bajo el peso de la lógica implacable con que acababa de abrumarlos su jefe. Sin embargo, se separan sin decidir nada. Mientras se dirigían, silenciosos y graves, hacia la gran sala de sesiones, se oyó una orden: «¡Bolcheviques! Subid al primer piso. Reunión de grupo.» Subieron al primero. Los convocaba de nuevo Lenin, quien temiendo desfallecimientos de última hora, quería pasar

revista por última vez a sus tropas. Quedó especificado que no se admitiría la votación individual. De esa manera, los opositores no podían unir sus votos a los de los socialistas-revolucionarios. Pero los polacos y los letones fueron autorizados a no participar en una votación que iba a entregar al enemigo a sus países respectivos. Los opositores aprovecharon la ocasión para tratar de confundir a Lenin haciéndole ciertas preguntas perniciosas. Steklov, viejo militante, pero bolchevique de reciente cuño, se distinguió en ese juego fútil y mezquino que Lenin supo soportar con paciencia y buen humor. La joven y sensible bolchevique cuyas impresiones de la sesión acabo de citar, reproduce el diálogo que hubo entre ellos.

STEKLOV.— Dígame, camarada Lenin, ¿cómo cree usted que va a poder cumplir el artículo primero del tratado, relativo a la retirada de nuestras tropas de Ucrania? ¿Vamos a entregar un país indefenso al saqueo de los alemanes?

LENIN.— Retiraremos las tropas de Ucrania conforme a las disposiciones del tratado. Pero ni el diablo podría reconocer cuáles son allí las tropas rusas y cuáles las ucranianas. Es posible que, en general, ya no haya tropas rusas.

STEKLOV.— ¿Renunciaremos a nuestro deber de ayudar a nuestros hermanos de Finlandia? ¿Los dejaremos sucumbir en una lucha desigual?

LENIN.— Sí, nos veremos obligados a renunciar. Pero imagínese qué desgraciado accidente ocurrió, ayer todavía, en la línea Petrogrado-Vyborg. Varios vagones cargados de municiones, destinados al Mediodía, fueron unidos «por error» a un tren que no era el suyo, y tomaron el camino de Finlandia. Tales «accidentes» son siempre posibles. En cuanto a los marineros, los propios camaradas de Finlandia nos han rogado que los retiremos: están tan desmoralizados

que venden sus propias armas y no hacen más que obstaculizar la lucha.

STEKKLOV.— ¿Pero tendremos que renunciar a la propaganda revolucionaria?

LENIN.— Creo que no estoy hablando con un imberbe político, sino con un viejo lobo de la clandestinidad, que sabe muy bien cómo se hacía propaganda bajo el zarismo. Guillermo y Nicolás, es todo lo mismo.

STEKLOV.— Pero el partido ya no tendrá derecho a publicar en su prensa artículos dirigidos contra el Káiser y su camarilla. Eso sería violar las condiciones de Brest.

LENIN.—La paz debe ser firmada por el Comité ejecutivo de los Soviets y el Consejo de los Comisarios del Pueblo, y no por el Comité central del partido bolchevique. El Gobierno de los Soviets no es responsable de la conducta de este último.

Este breve intercambio de réplicas mejoró un poco los ánimos. Los hombres se miraban sonrientes con muda comprensión. «Les vamos a hacer una buena jugarreta a los alemanes», parecía decirse. Los párpados de Lenin se entrecerraron maliciosamente cuando, cual pastor vigilante, siguió con la mirada a su rebaño que se dirigía hacia la salida.

La sesión plenaria se abrió a las tres de la mañana. El tiempo apremiaba. Se fijaron límites para los oradores. Lenin dispuso de un cuarto de hora para hablar en nombre del Gobierno. Los oradores de las fracciones tuvieron que conformarse con diez minutos cada uno. Además, ya estaba todo dicho y las posiciones estaban tomadas. Lenin no hizo más que repetir una vez más sus argumentos. Anunció con voz firme, la frente en alto y la mirada dura: «Estimo que estoy cumpliendo mi deber. Estoy convencido que la clase trabajadora sabe lo que es una guerra, lo que le ha costado, el estado de agotamiento en que la ha sumido, y no dudo

un solo instante que, sin dejar de reconocer la inaudita ignominia de esas condiciones de paz, aprueba nuestra conducta.»

Empezó el llamado nominal. Los «bujarinistas» se eclipsaron del salón. La votación dio 116 votos por la aceptación de las condiciones alemanas, y 85 en contra. Se registraron 26 abstenciones. Lenin había vencido. Eran las 4,15 de la madrugada.

Los miembros del Gobierno se reunieron inmediatamente en el pequeño despacho contiguo. Lenin les leyó el texto del decreto de aceptación y lo firmó. Los comisarios bolcheviques firmaron a continuación. Los socialistas-revolucionarios se negaron.

—¿Por qué? —les espetó Lenin, con el rostro sombrío e irritado—. ¡Es una decisión de la Asamblea!

—Lucharemos contra esa decisión —respondió Steinberg en nombre de sus camaradas—. Todavía faltan catorce días para la ratificación.

Lenin no insistió. Los minutos estaban contados. Todavía falta decidir la cuestión de la delegación. Se designó a Trotski, pero se negó. Yoffé, también. Desesperado, Lenin recurrió a un «hombre nuevo», el menchevique Chicherin, a quien había conocido en la emigración y que, tras un largo internamiento en Inglaterra, había logrado llegar a Rusia, donde se adhirió al partido bolchevique. Se le unió un miembro del Comité central, Sokolnikov, quien declaró que firmaría el tratado «sin leerlo», y un secretario, Karakhan, quien debutó así en la carrera diplomática. El mensaje partió a las siete de la mañana.

La paz, firmada el 3 de marzo, fue anunciada al país al día siguiente. El Congreso de los Soviets, que debía

ratificarla, fue convocado para el día 14. Pero esta vez no se iba a reunir en Petrogrado, sino en Moscú. ¿Por qué?





# **XXV**

## **LA TREGUA**

### **ENSANGRENTADA**

En esos días de angustia de finales de febrero, Lenin pudo darse cuenta de lo precaria que era la situación del Gobierno, encerrado en Petrogrado como en una ratonera. Cuando pasó el peligro, no lo olvidó. La frontera estaba demasiado próxima. Se podía temer siempre un golpe de sorpresa por parte del enemigo. Tampoco dejaría de inspirarle alguna inquietud la cercanía de Cronstadt, donde los marineros eran los amos. Esos «pilares de la revolución», conscientes de su fuerza, se hacían cada vez más tiránicos y se mostraban cada vez menos inclinados a respetar la disciplina. En todo momento, y con cualquier pretexto, estaban dispuestos a coger las armas y a repetir la demostración que había triunfado con tanta facilidad el 25 de octubre, pero con la diferencia de que en esta ocasión los cañones no hubieran tenido seguramente que disparar salvas. Además, Petrogrado no convenía como centro gubernamental de un Estado fundado sobre la base del sistema federativo. Moscú, situada en el corazón del país, se prestaba mucho mejor. En resumen, si Pedro el Grande había tenido sus razones para acercar a Europa a la capital

del imperio de los zares, Lenin tenía las suyas para alejar la de la República de los obreros y los campesinos.

En una sesión secreta del Consejo de los Comisarios del Pueblo, Lenin propuso e hizo adoptar el traslado del Gobierno de Petrogrado a Moscú, que había de convertirse de ahora en adelante en la capital de la República de los Soviets. Los comisarios socialistas-revolucionarios de izquierda se opusieron con la mayor energía. Abandonar la ciudad que se había cubierto de gloria haciendo la revolución, la ciudad donde había nacido el poder de los Soviets, sería dar pruebas de una negra ingratitud y de una insigne cobardía. Como la capital carecía de víveres, la población deduciría que los comisarios del pueblo se iban de Petrogrado para estar mejor alimentados. Lenin los dejó hablar a gusto y ordenó a su devoto Bontch-Bruevitch que preparara la partida.

A pesar de todas las precauciones adoptadas, la noticia se extendió y provocó viva indignación en los medios obreros. Los agitadores contrarrevolucionarios aprovecharon la ocasión para soliviantar al pueblo, diciéndole que no debía permitir que Lenin y su banda huyeran, que había que retenerlos en Petrogrado como rehenes. Se amenazó con volar el tren del Gobierno. Bontch-Bruevitch informó a Lenin. Este, en un tono que no admitía más que una sola respuesta, se limitó a hacerle esta simple pregunta: «¿Nos garantiza que el viaje se hará con toda seguridad?» «Naturalmente», contestó el otro.

La salida fue fijada para el 10 de marzo. Los comisarios del pueblo y aquellos de sus colaboradores que habían de acompañarlos no fueron avisados hasta la víspera, por la noche. El tren debía partir a las diez de la noche. A las 9.30, Lenin, su mujer y su hermana María salieron del Smolny.

—Se acabó la época «Petrogrado» de nuestro Gobierno — dijo dirigiéndose a Bontch-Bruevitch, que se había metido

en su automóvil—. ¿Qué nos traerá la época «Moscú»? Nadie contestó.

Dando algunos rodeos, el automóvil enfiló hacia la estación de Nicolás. Delante de una entrada de servicio, varios hombres esperaban en medio de una oscuridad total. Alumbrando el camino con lámparas de bolsillo, condujeron a Lenin y a sus compañeros de viaje al extremo final del andén, donde estaba el tren gubernamental. Uno tras otro, como sombras, los comisarios se colocaron en el interior, buscando a tientas sus compartimientos. Una compañía de fusileros letones vigilaba en los bordes del andén, no dejando acercarse a nadie. Cuando todo el mundo quedó instalado, el tren fantasma se puso en marcha bruscamente, con todas las luces apagadas, y desapareció en la noche.

Al cabo de unos minutos, se oyó la voz de Lenin: —¿Y qué, vamos a estar mucho tiempo así, sumergidos en las tinieblas?

Bontch-Bruevitch comprobó que todas las cortinas estuvieran bajadas y encendió una lámpara de cabecera en el compartimiento de Lenin, quien sacó inmediatamente un libro y se puso a devorar las páginas. El tren corría a toda velocidad, saltando las etapas. Pero en varias ocasiones tuvo que detenerse, al quedar preso en un inextricable embotellamiento causado por innumerables convoyes sobrecargados de soldados desmovilizados. No llegaron a Moscú hasta el día siguiente a las ocho de la noche. Los miembros del Soviet de Moscú esperaban a Lenin en el andén. Pasó la noche en el Hotel Nacional. Al día siguiente, 12 de marzo, a las dos de la tarde, su automóvil cruzó el portal del Kremlin, rematado por un antiguo icono en el que ya no ardía la ritual lamparilla. Lenin parecía bastante emocionado.

—Estamos en el Kremlin —creyó necesario comprobar Bontch-Bruevitch.

—Sí —repitió Lenin pensativo—. Estamos en el Kremlin...

El águila bicéfala de los Romanov, descoronada, planeaba en lo alto de la torre. Hacía exactamente un año que la Revolución había estallado en Petrogrado<sup>29</sup>. Lenin recorrió rápidamente los locales destinados a recibir los servicios del Gobierno, echó un vistazo a la habitación que sería su despacho y se trasladó al Gran Teatro, donde el Soviet de Moscú se había reunido en sesión solemne con motivo del primer aniversario de la Revolución de febrero.

Por primera vez desde su llegada al poder, Lenin entraba en contacto personal con esta poderosa organización en la que su nombre no gozaba de una simpatía general. Una conquista más que tenía que hacer. Por lo demás, algunas reelecciones debían llevarse a cabo dentro de unos días. Ya pensaría en ello. Ante todo, había que acabar con el asunto de Brest-Litovsk.

Pero en esta ocasión no se trataba más que de una simple formalidad. El Congreso de los Soviets, cuya apertura estaba prevista para el 14, no dejaría de ratificar el tratado. Se podía estar seguro por adelantado. Al aceptarse el ultimátum alemán, los comisarios socialistas-revolucionarios habían exigido que se abriera una encuesta telegráfica entre todos los soviets locales. Les esperaba una decepción. Mientras las grandes ciudades se pronunciaron en su mayoría contra la paz, las pequeñas localidades, y en su inmensa mayoría las aldeas, les fueron desfavorables. Esto permitía prever cuál sería la decisión del Congreso. En efecto, la ratificación fue votada por 784 votos contra 261. Ciento quince delegados se abstuvieron, entre ellos Bujarin y sus amigos. Los comisarios socialistas— revolucionarios de izquierda dimitieron. Lenin vio partir sin pesar a los «picos de oro».

Por fin iba a empezar esa tregua tan ardientemente deseada. Por fin iba a poder ponerse a trabajar, a dedicarse a la edificación del Estado socialista, tarea suprema a la que no había cesado de aspirar desde el comienzo de su carrera revolucionaria. Durante las semanas que siguieron a la revolución de octubre, más que de crear se había tratado de romper, de asestar golpes a la contrarrevolución, de aplastar la resistencia de los enemigos del nuevo régimen. Se hacía una obra destructora; ahora había que empezar la obra de construcción.

Sobre todo, había que apresurarse. La tregua que la República de los Soviets había acabado por arrancar al destino a costa de tantos sacrificios y de tantas humillaciones, no podía ser de larga duración. Lenin se daba perfecta cuenta de ello. Los «bandidos del imperialismo anglo-francés» habían dado a entender con bastante claridad al Gobierno soviético que no le perdonarían su deserción. Cabía esperar de ellos una intervención militar, e incluso antes de lo que Lenin lo hubiera creído. Esto significaba una nueva guerra en perspectiva. Cualquiera que fuera la forma que cobrara esa guerra, se necesitaba un ejército. Por el momento no se contaba con ninguno. Tenía que ser creado de arriba abajo. Pero para poder hacerlo había que restablecer primero la vida económica del país. Esa era, por tanto, la tarea más urgente, la que figuraba en primer lugar. Lenin pensaba dedicarse enteramente a ella, atrayendo hacia ese objetivo a todas las fuerzas vivas del partido bolchevique y, tras ellas, a las masas trabajadoras de las ciudades y de los campos fraternalmente unidas. Pero otro enemigo, tan temible como el que acababa de ser aplastado, estaba llamando ya a la puerta «con una mano esquelética», para emplear la imagen que usó Lenin: el Hambre.

La superpoblada capital no era la única que sufría por la penuria de subsistencias. En la mayoría de los centros urbanos faltaba el pan. Había trigo, y en cantidad suficiente, pero los campesinos se negaban a venderlo a los precios fijados por el Gobierno. Se repetía, guardando las debidas proporciones, el desgraciado experimento de la tasa y del máximo intentado por la Francia revolucionaria del año H. También ahora se chocaba con la tenaz resistencia de los campesinos. Pero el proceso de la lucha revestía un aspecto diferente por haber entrado en juego un factor cuya importancia no se dejaba sentir todavía en 1793: el proletariado rural.

Según los cálculos del propio Lenin, en un total de 15 millones de familias campesinas había 10 millones de pobres, tres millones de mediana posición y sólo dos millones de ricos. Esta subdivisión había sido la característica permanente del campesinado ruso, pero nunca se había acentuado de una manera tan sorprendente. Prodigiosamente enriquecidos gracias a la guerra, los kulaks ejercían una verdadera tiranía sobre las familias pobres cuyos miembros válidos, enviados a la guerra, habían encontrado la muerte, en gran parte, en los campos de Polonia o de Galitzia. En cuanto a los de la «clase media», no temían más ambición que la de conquistarse la buena voluntad de los señores de la aldea y poder hacer negocios con el dinero que éstos se dignaban prestarles con réditos de usurero. Eso fue lo que permitió a los kulaks apoderarse de la dirección de la mayoría de los Soviets rurales. Estaban dispuestos a oponer la resistencia más enérgica, en caso necesario, a cualquier tentativa del Gobierno para meter mano en su fortuna, que consistía en inmensas reservas de trigo acaparado, ya que para ellos el dinero había perdido todo valor.

Ese era el adversario, poderoso y astuto, que Lenin tenía que atacar ahora. Sabía lo difícil que iba a ser la lucha que se veía obligado a emprender. Pero no le quedaba otro camino. La Revolución estaba encerrada de nuevo en un dilema del que no podía salir más que combatiendo: el pan o la muerte.

Se lanza una nueva fórmula: cruzada contra los kulaks. Hay que hacerles restituir, arrancarles el trigo que han acaparado. Se invita a participar en esa «gran cruzada» a todos los obreros conscientes, a todos los que marchan bajo la bandera de los Soviets. Un «dictador de abastecimientos» será designado para asumir la dirección de la cruzada. Como el comisario de Abastecimiento, Theodorovitch, carece de capacidad, Lenin lo reemplaza con el presidente del Comité de Subsistencias de la provincia de Ufa (Ural), Surupa, que había prestado un inapreciable servicio al Gobierno bolchevique durante la revolución de Octubre, dirigiendo inmediatamente hacia Petrogrado el trigo disponible en su región, lo que permitió a Lenin abastecer la capital en condiciones normales en un momento particularmente difícil.

Era efectivamente un «régimen de dictadura» (son sus propias palabras) el que pensaba implantar en materia de abastecimientos. Surupa fue encargado de trazar los grandes lineamientos del mismo en un proyecto de decreto. Al leer ese texto, Lenin no lo consideró suficientemente enérgico y adjuntó una nota con sus observaciones personales. En ella se lee:

»Hay que subrayar más enfáticamente la idea fundamental de que para luchar contra el hambre es necesario hacer una guerra de terror implacable contra la burguesía campesina y demás que acaparan el trigo. «Hay que especificar en forma precisa que todos los que tienen excedentes de trigo y no los entreguen serán declarados

enemigos del pueblo y condenados a diez años de cárcel por lo menos,<sup>30</sup> con la confiscación de todos sus bienes y su expulsión a perpetuidad de la comunidad a que pertenezcan. «Agregar que los campesinos pobres deben unirse para sostener una lucha sin cuartel contra los kulaks.»

El proyecto de decreto, reformado en el sentido indicado por Lenin, fue adoptado por el Consejo de los Comisarios del Pueblo y cobró fuerza de ley a partir del 14 de mayo.

La campaña quedaba abierta así. ¿Pero cuál iba a ser, prácticamente, el ejército con que Lenin pensaba operar? Robespierre había reclamado por mucho tiempo, y finalmente obtenido, la creación de un ejército revolucionario que, según él, debía ser empleado para defender la República contra cualquier tentativa contrarrevolucionaria en general. Sólo más tarde, cuando la crisis de las subsistencias llegó a su apogeo, se decidió enviarlo a hacer entrar en razón a los campesinos recalcitrantes. Ese ensayo terminó en un lamentable fracaso porque los elementos reclutados resultaron políticamente impreparados y absolutamente inferiores a la tarea que se les había confiado. Lenin recurrió al mismo procedimiento: hizo organizar un ejército revolucionario (no hay que confundirlo con el Ejército Rojo, entonces en gestación, que debía reemplazar al extinto ejército zarista, reducido a cero). Pero su preocupación principal fue conferir a ese ejército un carácter de clase netamente determinado<sup>31</sup>.

Para formar los núcleos básicos de sus compañías de «cruzados», pensaba utilizar esencialmente a obreros de las ciudades más afectadas por el hambre, como Moscú y Petrogrado en primer lugar. Cual nuevo San Bernardo, con el cual por lo menos tenía de común el color del cabello, empezó a visitar una tras otra las fábricas de la nueva capital de la República de los Soviets, predicando la guerra



santa contra los kulaks, especuladores y acaparadores de todo género. Su jira no dio resultados apreciables. Los obreros de Moscú, ordenados y reflexivos, no se entusiasman fácilmente. Eran de origen campesino en su mayoría y no mostraban grandes deseos de ir a sembrar el terror en el campo, donde muchos de ellos tenían familiares y amigos. Lenin se volvió entonces hacia sus fieles compañeros de lucha, los obreros de Petrogrado, que siempre habían respondido con entusiasmo a sus llamamientos. Precisamente, una delegación de las fábricas Putilov había venido a verle para llamar su atención sobre la catastrófica situación de su empresa, que no empleaba ya más que a 15.000 obreros en lugar de los 40.000 que trabajaban en el mes 'de octubre anterior. Había que esperar, de la noche a la mañana, el paro total de las fábricas, con lo cual todo el mundo quedaría en la calle. «Pues no —les había dicho Lenin—, en lugar de vegetar en Petrogrado y de matar el tiempo ante los hornos medio apagados, ¡que los metalúrgicos del barrio de Narva y los de Vyborg se alcen una vez más y marchen de nuevo al combate!» Mandó al Comité de Petrogrado un modelo de proclama para ser colocada en todas las fábricas, y que decía:

»¡Camaradas obreros! Debéis saber que la revolución está en una situación crítica. Debéis saber que sólo vosotros, y nadie más, puede salvarla. Necesitamos decenas de millares de obreros selectos, devotos del socialismo, inaccesibles a la corrupción, capaces de formar falanges de hierro para marchar contra los kulaks. Sin eso, habrá hambre, paro y muerte para la revolución. Camaradas obreros: la suerte de la revolución está en vuestras manos. El tiempo no espera.»

En un artículo publicado en *Pravda*, los adjuraba a crear «esa vanguardia cuya misión sería dirigir en todo el país la

acción del proletariado rural en la gran ofensiva lanzada contra los campesinos ricos.»

»Evidentemente —observaba Lenin— es más difícil que hacer de héroe durante varios días, sin salir de su barrio, en un levantamiento contra el cretino Romanov o el pequeño fanfarrón de Kerenski. El heroísmo del trabajo organizador, largo y perseverante, en el plano nacional, es infinitamente más penoso que el de la insurrección. Pero también es infinitamente superior.»

Mas no bastaba con organizar ese ejército de «abastecedores». Había que crear también las condiciones que le hubieran permitido cumplir últimamente esa tarea, en un país desconocido donde frecuentemente era difícil, si no imposible, orientarse y echar mano a las reservas cuidadosamente ocultas. ¿A quién podía uno dirigirse para localizar las huellas sino a los campesinos pobres, que eran los más interesados en denunciar a sus opresores kulaks? La idea de agrupar al proletariado rural en organizaciones particulares, a fin de separarlo de los elementos burgueses y pequeñoburgueses del campo, le era familiar a Lenin desde mucho antes de la revolución de Octubre. Creyó llegado el momento de realizarla concretamente bajo la forma de «comités de los pobres».

También aquí se impone un paralelo con la Revolución Francesa. Los equipos de los representantes en misión enviados a los departamentos «gangrenados» se veían obligados a recurrir a las sociedades populares locales cuyos miembros les servían de guías y de informadores en la difícil tarea que les incumbía (el caso de Carrier en Nantes es suficientemente característico a este respecto). La misión de los comités de los pobres, sin ir más lejos, revestía más o menos el mismo carácter. Fueron creados por el decreto del 11 de junio. Estaban llamados a secundar activamente a los agentes del Gobierno en su lucha contra

los kulaks y encargados también del reparto de las subsistencias y de las herramientas agrícolas entre los habitantes de la aldea. Inútil decir que los indigentes debían ser favorecidos en toda la medida de lo posible, en detrimento de los ricos e incluso de la «clase media». Lenin atribuía una importancia enorme a la creación de esos comités. Gracias a ellos, decía, la Revolución de Octubre ha penetrado efectivamente en el campo.

Todas esas medidas provocaban accesos de rabia y de furor entre los socialistas-revolucionarios de izquierda, que creían ser los defensores más idóneos de la clase campesina. Ellos no hacían distinciones entre los campesinos pobres, medianos y ricos. Para ellos, todos los que trabajaban la tierra formaban una sola y gran familia. La política seguida por Lenin, estimaban, introducía la guerra civil en el campo. Sus comités de los pobres enfrentaban a los campesinos unos contra otros. Con sus compañías de abastecedores, arrastraba a una lucha fratricida a los trabajadores de las ciudades y a los de las aldeas. Se citaban casos de bandolerismo cometidos por algunas de esas compañías. Determinados jefes se dejaban sobornar por los kulaks. Tales otros vendían por su cuenta el trigo recuperado. No siempre carecían de fundamento esas acusaciones. En las filas de los «cruzados», reclutados sin mucho discernimiento a veces, se habían colado individuos turbios, vulgares malhechores (sin contar los agentes contrarrevolucionarios), que no vieron en esa empresa más que una excelente ocasión para enriquecerse. Las órdenes draconianas de Lenin para que los saqueadores fueran fusilados en el acto y para que toda la compañía fuera responsable de las depredaciones cometidas por algunos de sus miembros, no producían gran efecto y hubo que retirar del teatro de operaciones a varias unidades «enfermas». Pero el mal era contagioso y el campo se encontró

enseguida presa de los horrores de una guerra civil en la que los kulaks no fueron los únicos en alzarse contra los «bandidos de las ciudades».

El partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda juzgó entonces que el momento era propicio para intentar un golpe de Estado. No pensaba en modo alguno atacar al propio régimen soviético, ni al partido bolchevique en su conjunto. Su finalidad era eliminar a Lenin del Gobierno, romper el tratado de Brest-Litovsk y reanudar la guerra contra los alemanes.

Hay mucha semejanza entre los socialistas-revolucionarios de izquierda y los girondinos de 1793. Lo mismo que éstos, jóvenes y combativos como ellos, en su mayoría, enamorados de la «frase revolucionaria», contaban igualmente con su Madame Roland.

Entre las figuras femeninas de la revolución de 1917 no hay otra más atractiva que la de María Spiridonova, la «Santa de la Revolución». Había sido condenada a muerte a la edad de dieciocho años por haber matado al gobernador de la provincia de Tambov, que hacía azotar a los campesinos; su pena fue conmutada por la de trabajos forzados a perpetuidad bajo la presión de la opinión pública. (Eso sucedía en 1906, cuando el Gobierno se creía obligado a tener en cuenta, en cierta medida, a la opinión.) La revolución de 1917 le devolvió la libertad. En cuanto llegó a Petrogrado se lanzó apasionadamente a la lucha y en las semanas que siguieron al golpe de Estado del 25 de octubre se convirtió en devota aliada de Lenin. Ella fue la que en la sesión nocturna del 17 de febrero convenció a sus camaradas para que aprobaran el envío del mensaje a los alemanes. Después, cuando el Congreso de los Soviets ratificó el tratado y cuando casi todos los socialistas-revolucionarios dieron la espalda a Lenin, ella no rompió con él. Spiridonova cambió radicalmente su actitud hacia él

cuando lo vio atacar a los kulaks. Empezó a combatir a Lenin con el mismo ardor que había puesto antes en defenderlo. La política criminal seguida por él debía ser impedida a toda costa: tal era la consigna lanzada por Spiridonova. Encontró eco fiel en su partido. El Congreso clandestino de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que se celebró en Moscú del 1 al 3 de julio, decidió pasar a los actos.

El 4 se abrió el de los Soviets, ante el cual se proponía Lenin presentar un informe de la actividad desarrollada por el Gobierno en su lucha contra los kulaks. De los 1.164 delegados, 673 eran bolcheviques, o sea el 65 por 100. El resto estaba formado por socialistas-revolucionarios de izquierda y simpatizantes de éstos. Desde un principio se oyó el rumor de la tormenta. Los dirigentes socialistas-revolucionarios se esforzaban por todos los medios para indisponer a sus tropas contra el Gobierno. Kamkov reprochó a Lenin, con mucha violencia, haber falseado las elecciones de los delegados para asegurarse la mayoría en el Congreso. Un representante de Ucrania, en un discurso demagógico, hizo un llamamiento a los rusos para que volvieran a empuñar las armas contra los alemanes. «Toda Ucrania se ha levantado contra el invasor —exclamó—. ¡Camaradas, acudid en su ayuda!» Sus exhortaciones tienen inmensa repercusión en los escaños de los socialistas-revolucionarios. Aplauden frenéticamente; los unos, vueltos hacia el palco diplomático, donde han tomado asiento algunos agregados de la Embajada alemana,<sup>32</sup> agitan los puños amenazadores, gritando: «¡Bandidos! ¡Miserables!» Los otros injurian a los comisarios del pueblo, a los que llaman vendidos, lacayos de Alemania, etc. Se levanta la sesión en medio de un tumulto indescriptible.

Al día siguiente, Spiridonova, presa de febril exaltación, ataca al Gobierno bolchevique en apasionada filípica que

dura no menos de dos horas. Acusa a Lenin de sacrificar a las masas campesinas en provecho de la clase obrera. «O cesa esta política —grita con la mirada perdida, a punto de caer en una crisis de histeria—, o volveré a empuñar el revólver y la bomba que sostuve antaño.» Frenéticos aplausos estallan en la sala y en las tribunas del público.

Lenin escucha imperturbable. El capitán Sadoul, que lo observa desde que comenzó la sesión, escribirá aquella misma noche a su amigo Albert Thomas: «Su extraña figura de fauno sigue tranquila y burlona. No ha cesado ni cesará de reír bajo las injurias, bajo los ataques, bajo las amenazas directas que llueven sobre él desde la tribuna y desde la sala. En esas trágicas circunstancias, cuando ese hombre sabe que lo que está en juego es toda su obra, su pensamiento, su vida, esa risa ancha, abierta, sincera, que algunos consideran fuera de lugar, me da una impresión de fuerza extraordinaria. Apenas si de vez en cuando una palabra más viva, una afrenta más punzante, logran helar por un segundo esa risa, insultante y exasperante para el adversario, apretar los labios, cerrar la mirada y endurecer la niña de los ojos, que lanza llamas agudas bajo las pupilas en tensión.»

Sí, Lenin reía. Toda su cara parecía decir: ¿cómo queréis que tome en serio a esta gente? Spiridonova era para él una criatura enferma que tenía derecho a toda clase de consideraciones, pero cuyo lugar estaba en un sanatorio. En cuanto a sus compañeros, los Kamkov, los Karelin y los Prochian, no veía en ellos más que a «unos críos que juegan a la revolución». Pero esos «pillines» podían causar una gran desgracia con sus imprudencias. Por tanto, hay que poner en guardia a la asamblea contra sus locuras. Así, pues, antes de empezar su informe sobre la situación económica del país, Lenin se dirige a «esos hombres irreflexivos que quieren arrastrarnos de nuevo a la guerra».

La República de los Soviets marcha en línea recta hacia el socialismo. Criminales y locos tratan de impedir esa marcha precipitándola a una guerra «que no puede ni desea hacer». Pero por más que se desgañiten a fuerza de vociferar injurias, el pueblo, el verdadero pueblo, no los seguirá. Por ahí se va a la calle y... ¡buen viaje!

La réplica a Lenin fue dada al día siguiente: a las tres de la tarde caía asesinado el embajador de Alemania. Inmediatamente después, el vicepresidente de la Cheka,<sup>33</sup> Alexandrovitch, un socialista-revolucionario de izquierda, secundado por el marinero Popov, comandante de la milicia de la Cheka, también socialista-revolucionario de izquierda,<sup>34</sup> hacía detener al gran jefe Dzerjinski en persona y a su ayudante, el letón Lazys. En las últimas horas del día, el comisario dimitente de Comunicaciones, Prochian, se apoderó, al frente de un pequeño grupo de conjurados, del telégrafo y dio orden de no transmitir más telegramas firmados por Lenin, Trotski<sup>35</sup> y Sverdlov. El país fue informado de que el Gobierno bolchevique acababa de ser derrocado y que el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda había tomado el poder. Popov, que disponía de 2.000 hombres, de ocho cañones y de un tanque, comenzó a preparar un ataque contra el Kremlin.

La noticia del asesinato de Mirbach llenó de asombro y de indignación a Lenin. Comprendía muy bien a dónde querían llegar los socialistas-revolucionarios y resolvió hacer todo lo necesario para que ese crimen no sirviera en Alemania de pretexto para una ruptura con la República de los Soviets. Acompañado de Chicherin y de Sverdlov, se trasladó a la Embajada para dar el pésame del Gobierno al primer consejero, el doctor Pritzler, que había escapado milagrosamente a la muerte. Al regresar al Kremlin fue cuando se enteró que Spiridonova y sus amigos habían «derribado» al Consejo de los Comisarios del Pueblo. Esa

noticia le devolvió su buen humor. Se echó a reír y consultó con sus allegados a qué manicomio habría que enviar al «nuevo gobierno». Pero no tardó en darse cuenta de que la cosa era más seria de lo que creía. Se imponían medidas radicales y urgentes.

Lenin empezó por ordenar que salieran de la sala del Congreso, sin interrumpir la sesión, todos los delegados bolcheviques, y de mantener a continuación encerrados a todos los del partido socialista-revolucionario de izquierda, incluida Spiridonova. El comandante de la división de los cazadores letones, Vazetys (un coronel del ejército zarista que se había puesto al servicio del Gobierno soviético), recibió la misión de liquidar la aventura de Popov y socios. A últimas horas de la noche, Lenin lo mandó llamar al Kremlin. En sus *Recuerdos*, publicados en 1927, Vazetys cuenta: «Me introdujeron a la sala de espera, débilmente iluminada por una pequeña lámpara eléctrica. Instantes después apareció el camarada Lenin. Se acercó a mí con pasos rápidos y me interrogó en voz baja: «¿Podemos resistir hasta la mañana, camarada?» al hacerme esta pregunta me miraba fijamente a los ojos.» El coronel se mostró vacilante. Pidió un plazo de dos horas para examinar la situación. Lenin aceptó. Quedó convenido que se volverían a ver a las dos de la mañana. «Esperé a Lenin en el mismo lugar —escribe Vazetys—. Entró por la misma puerta y se acercó a mí con el mismo paso rápido. Yo fui a su encuentro y le declaré: «Al mediodía seremos vencedores en Moscú.» Lenin tomó mi mano y la estrechó fuertemente, muy fuertemente. «Gracias, camarada —me dijo—; me ha causado usted una gran alegría.»

Vazetys cumplió su palabra. El barrio donde se habla atrincherado Popov fue rodeado y el edificio donde estaban sus tropas fue bombardeado. Popov trató de responder mandando proyectiles en dirección del Kremlin. Algunos



estuvieron a punto de dar en el blanco y estallaron en el patio adonde daban las ventanas del despacho ocupado por Lenin.

Este duelo de artillería fue, por lo demás, de corta duración. Los dos mil chekistas se formaron en columna, embistieron de frente y rompieron el cerco enemigo, tras lo cual no pensaron más que en huir precipitadamente en dirección de la carretera que conducía a Vladimir. Se les persiguió con mucha blandura y sólo trescientos fueron alcanzados y hechos prisioneros. Los demás lograron salvarse, así como sus jefes, que utilizaron su auto blindado para escapar de Moscú. Pero Spiridonova fue detenida y enviada a la cárcel. Fue juzgada meses después. El tribunal revolucionario, de reciente creación, fundado para juzgar a los enemigos de la revolución, debutó así juzgando a la revolucionaria más sincera y más pura. Spiridonova, a quien se acusó de haber conspirado contra la seguridad del Estado obrero y campesino, mostró en la audiencia una valentía y una abnegación admirables. Reivindicó con la cabeza alta toda la responsabilidad del complot. La pena capital acababa de ser restablecida para crímenes de esta índole. El tribunal, «teniendo en cuenta sus méritos ante la revolución», la condenó a un año de prisión. Dos días después, Lenin firmaba un decreto que le devolvía la libertad.

El fracaso de su tentativa insurreccional indujo a los socialistas revolucionarios de izquierda a cambiar de táctica. Volvieron a los mismos procedimientos de terrorismo individual de que hablan sido tan fervientes partidarios sus mayores. Antaño se utilizaba la bomba y el revólver contra el zar y sus ministros. Ahora se utilizarán contra Lenin y los suyos. Su organización de combate fue encargada de establecer todo un programa de atentados políticos. El nombre de Lenin encabezaba la lista, naturalmente.

No era difícil darle. En aquella época, ninguna escolta particular protegía a Lenin en sus desplazamientos. Se le veía con mucha frecuencia aparecer en las reuniones organizadas en las fábricas. Nada más fácil para el asesino que mezclarse con la multitud de obreros que acudía a su encuentro en cuanto se veía llegar su coche, y que lo acompañaba cuando se iba.

Así fue como el 30 de agosto, a la salida del mitin organizado por los obreros de la antigua fábrica Mikhelson, situada en un barrio de las afueras de Moscú, en los momentos en que Lenin se dirigía hacia su automóvil, rodeado de obreros que seguían abrumándole de preguntas, partió un disparo, luego un segundo y luego un tercero. Todo el mundo huyó, dejando solo a Lenin, quien, alcanzado por dos de las balas, había caldo al suelo. La asesina, una mujer joven, ex «presidiaria a perpetuidad», amiga de Spiridonova y que había obtenido la libertad como ésta gracias a la Revolución de 1917, hubiera podido salvarse mezclándose a la multitud de no ser por unos cuantos chiquillos que la vieron y se lanzaron a su persecución. Sólo al cabo de unos instantes aparecieron los miembros del Comité de fábrica completamente enloquecidos. Lenin yacía en tierra, quejándose quedamente. Su chófer, sin saber qué hacer, se mantenía a su lado. Lenin no quiso que lo llevaran al hospital. «No, a casa», dijo con voz débil. Las palabras salían difícilmente de su boca, pero conservaba totalmente el conocimiento. Le ayudaron a incorporarse y fue por su propio pie hasta su automóvil, subió al estribo y se sentó en el lugar de costumbre. Al llegar al Kremlin subió la escalera (el ascensor no funcionaba todavía) apoyándose en sus compañeros hasta el tercer piso, donde se hallaban sus habitaciones. Llevaba una bala en el antebrazo y otra en el cuello.

Lenin, que seguía perfectamente tranquilo, hizo al médico que lo examinaba la siguiente pregunta: «¿Para cuándo es el fin? Si es para pronto, dígallo francamente para que pueda liquidar algunos pequeños asuntos.»

Pronto se vio que su vida no estaba en peligro. Durante quince días, Lenin estuvo sin poder mover el cuello ni el brazo derecho. El 17 de septiembre, no repuesto todavía del todo, asistió a una sesión del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Pero hasta el 22 de octubre siguiente no pudo tomar la palabra en la reunión del Comité ejecutivo central.

La noticia del atentado tuvo diversas acogidas en el país. Los enemigos del bolchevismo (todavía formaban un número considerable) exultaban. Pero los círculos del partido se dieron entonces clara cuenta de lo que significaría la desaparición de Lenin. Desde que había tomado en sus manos la dirección de los asuntos del país, los bolcheviques se habían acostumbrado, y muy rápidamente, a remitir a él todas las preocupaciones, todas las dificultades, a hallar en él al árbitro supremo de todas las diferencias. «¡Ilich<sup>36</sup> sabrá sacarnos del enredo.» Tal era la opinión corriente, la convicción general. Y he aquí que, de pronto, se tuvo la súbita visión de un partido bolchevique sin Lenin, y la gente se estremeció de angustia. Se produjo entonces un desbordamiento de testimonios de afecto, de devoción. La masa de los militantes, conmovida, apretó filas unánimemente alrededor de su cabecera. También hubo conversiones. La que tuvo más repercusión fue la de Gorki. Desde la revolución de Octubre, Gorki insistía en una actitud de crítica acerba del nuevo régimen, y no dejaba de alzar su voz para protestar contra las bromas de que eran víctimas los intelectuales sospechosos de menchevismo o de cadetismo.<sup>37</sup> Jamás había querido ver a Lenin. Ahora fue a verlo.

En su Retrato de Lenin, Gorki cuenta su visita. Es una página del mayor interés. «Como respuesta a mi indignación —escribe—, Lenin dijo con el aire aburrido que se adopta para hablar de las cosas de que está uno harto: «Así es la lucha. No puede ser de otro modo. Cada quien actúa según los medios de que dispone.» «Unos instantes después vuelve a hablar, animándose cada vez más: «—Quien no está con nosotros, está en contra. Los que pretenden poder mantenerse al margen de la lucha se equivocan. Aun admitiendo que antaño eso fuera posible, hoy, en todo caso, ya no hay gente así. Ya no es posible. Nadie los necesita. Todos, hasta el último, son arrastrados por el torbellino... Usted habla de unión con los intelectuales. No estaría mal. Dígales que vengan con nosotros. Según usted, sirven muy sinceramente al ideal de la justicia. ¿Qué les impide entonces unirse a nosotros? Somos nosotros los que hemos asumido la abrumadora tarea de poner en pie a nuestro pueblo, de mostrarle el camino que conduce en línea recta hacia la dignidad humana y que permite salir de la esclavitud, de la miseria, de la humillación.

»Una pausa. Y luego, con una risita exenta de todo rencor: «—Y he ahí por qué los intelectuales me han suministrado una zurra. «No hallando nada que contestar, Gorki le deja hablar. Y Lenin agrega: «—¿Niego yo acaso que necesitamos intelectuales? Pero ya ve usted hasta qué punto nos son hostiles, hasta qué punto comprenden mal las exigencias del momento, sin ver que sin nosotros no son nadie ni lograrán jamás llegar a las masas. Y será culpa de ellos si resultan muchos tiestos rotos.»

Dicho lo cual terminó la entrevista.



# **XXVI**

## **CONTACTOS**

### **CON EL MUNDO EXTERIOR**

Esta vez Lenin se había equivocado en sus cálculos. Esperaba que los «bandidos imperialistas» dejarían que la República de los Soviets gozara en paz la tregua conseguida a costa de tantas humillaciones. Pero sucedió todo lo contrario. Apenas ratificado el tratado de Brest-Litovsk, he aquí que los japoneses ocupan Vladivostok. A principios de mayo, el partido de los socialistas-revolucionarios de derecha, a instigación de las misiones aliadas, decide el «restablecimiento del frente oriental». El plan de ataque es concebido muy juiciosamente. Los ingleses desembarcarían en Arcángel. Los agentes de las embajadas de Francia e Inglaterra instaladas en Vologda, a mitad de camino entre Arcángel y Moscú, prepararían el levantamiento en las provincias vecinas a la capital, lo cual permitiría a los «libertadores» llegar a ella sin dificultad. Por su parte, el Gobierno francés obtuvo del presidente del Comité nacional checo, Masaryk, que el ejército checoslovaco formado durante el régimen de Kerenski con prisioneros de guerra austríacos en el frente ruso y destinado a ser evacuado, vía Siberia, a América para luchar luego en el frente occidental, fuera empleado allí mismo contra los bolcheviques, quienes

de esa manera se verían obligados a luchar en dos frentes. El cuerpo checoslovaco se hallaba entonces en la región del Ural. El 26 de mayo, obedeciendo las órdenes recibidas, se amotinó con un pretexto cualquiera. Los checoslovacos llegaron a Samara en menos de quince días. La población los recibe como salvadores en todos los pueblos. En el campo, las bandas de campesinos sublevados, dirigidas por los kulaks, se unen a ellos. Los Soviets son disueltos mientras los militantes bolcheviques huyen o se esconden. Un ejército formado por voluntarios y guardias rojos sale apresuradamente de Moscú, bajo 'el mando del coronel Muraviev, un socialista— revolucionario de izquierda. El día en que Spiridonova y sus amigos dan la señal de la insurrección, hace dar media vuelta a sus tropas se pone en marcha hacia Moscú. Al día siguiente, al enterarse del fracaso del complot, se salta la tapa de los sesos, pero su desertión ha abierto el frente a los checoslovacos, que progresan con rapidez. El 22 de julio ocupan Simbirsk, la ciudad natal de Lenin. El 10 de agosto están en Kazán. Mientras tanto, los ingleses han desembarcado en Arcángel y, para cubrir las apariencias, forman un «Gobierno nacional del Norte de Rusia» compuesto de socialistas-revolucionarios de derecha. El 14 de agosto se les ve aparecer en el otro extremo del país, en Bakú, capital del petróleo, «llamados» por el Soviet local, donde la mayoría pertenece a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios.

Lenin se dirigió a Alemania para combatir a los ingleses. En una carta escrita el 20 de agosto a los obreros norteamericanos, y de la que ya hemos hablado anteriormente, quiso explicar y justificar su gestión. En febrero, cuando se trataba de contener el avance alemán, Lenin se había mostrado dispuesto a aceptar la ayuda militar de los Aliados. Ahora, la situación era exactamente la

misma. «Por más que los tiburones del imperialismo anglo-francés y norteamericano aúllen de rabia —escribe—, por más que nos calumnien, por más millones que gasten para comprar los periódicos socialistas-revolucionarios, mencheviques y otros, no vacilará un solo segundo en concertar un acuerdo análogo con las aves de rapiña del imperialismo alemán en caso de que lo exigiera la ofensiva de las tropas anglo-francesas contra Rusia.» Y agrega «Quien no admite la revolución del proletariado más que a condición de que marche fácil y regularmente, de que su camino sea ancho, libre y recto, quien no admite verse obligado de vez en cuando, al marchar hacia la victoria, a hacer los sacrificios más penosos, a marchar por los senderos más estrechos, más sinuosos, ése no es un revolucionario.»

El Gobierno alemán se negó.

De los recuerdos de Chicherin se desprende que éste no fue más que el fiel y dócil ejecutor de las voluntades de «Lenin, que dirigía personalmente toda la actividad diplomática de la República de los Soviets. Así lo hizo desde la ocupación de Vladivostok por los japoneses. «Lenin decidió entonces —cuenta Chicherin— los detalles de la respuesta, cortés y mordaz al mismo tiempo.» Su principal preocupación en aquella época, era hacer durar la tregua al mayor tiempo posible y retrasar el desarrollo de la intervención. «Durante mis reiteradas tentativas para llegar a un acuerdo —escribe también Chicherin—, Lenin, en diarias conversaciones telefónicas, me hacía las recomendaciones más precisas, mostrando una flexibilidad extraordinaria y gran habilidad para esquivar los golpes del adversario.»

El 10 de noviembre Lenin se enteró del hundimiento de la monarquía prusiana. La revolución triunfaba en Alemania. La esperanza con que vivía, que lo sostenía en los



momentos más difíciles, se realizaba. El proletariado ruso no era ya el único que combatía contra el mundo capitalista, que desde ahora iba a encontrar su encarnación en los países de la Entente. Será vencido por el esfuerzo común del proletariado ruso y alemán. Por eso Lenin decide inmediatamente proponer al pueblo alemán ayudarlo a sostener una guerra revolucionaria contra el invasor, lo mismo que los aliados se la hablan ofrecido a él la víspera de la firma del tratado de Brest-Litovsk. Chicherin fue encargado de proponer a Haase la ayuda militar rusa. Este declinó el ofrecimiento: no pensaba, igual que Lenin, por lo demás, en la época de Brest-Litovsk, más que en acabar con la guerra a toda costa. «En cuanto leí a Lenin una parte de mi conversación por hilo directo con Haase —escribe Chicherin— me dijo: «No hay nada que hacer. Cortemos los gastos.» El caso es que el «innoble tratado» fue solemnemente anulado el 13 de noviembre. El ejército rojo entró en Pskov (20 de noviembre), en Narva (28 de diciembre), en Dvinsk (6 de diciembre), en Minsk (14 de diciembre) y no hubo que pagar los 6.000 millones debidos a los alemanes.

Así terminó el año de 1918. La República de los Soviets, después de haber sobrevivido a todas las pruebas que la asaltaron, entraba en plena Europa por la brecha de la revolución alemana. En los primeros días de enero de 1919, la Unión Espartaquista tomaba el nombre de Partido Comunista Alemán. Al enterarse, Lenin experimentó gran alegría. El sueño que acariciaba desde 1914 va a poder realizarse. «La existencia de una Tercera Internacional, verdaderamente proletaria, verdaderamente internacional, verdaderamente revolucionaria y comunista, es ya un hecho», anuncia en una carta dirigida el 12 de enero a los obreros de Europa y de América.

El 24 se reúnen en su despacho los representantes de los partidos comunistas polaco, húngaro, austríaco, letón y finlandés. Están presentes también un representante de la federación balcánica de los socialdemócratas revolucionarios y otro de la Unión Americana de los Trabajadores Industriales. La conferencia elabora el texto de un llamamiento que será dirigido a las 38 organizaciones y grupos proletarios del mundo entero para invitarlos a participar en un Congreso internacional que deberá celebrarse en Moscú en los primeros días de marzo.

Ya he contado en otra parte la sesión preliminar en el curso de la cual había sido decidida, a pesar de la oposición del delegado alemán, la fundación inmediata de la Internacional Comunista.<sup>38</sup> El 2 de marzo se llevó a cabo la inauguración oficial del Congreso en una de las salas del Kremlin. Lenin, a quien se eligió presidente, dio la bienvenida a los delegados en un breve discurso. La asamblea se componía de rusos, antiguos súbditos del extinto Imperio (polacos, ucranianos, lituanos, letones, estonianos, rusos blancos, armenios, colonos alemanes del Volga, asiáticos) y de algunos europeos: alemanes, austríacos, húngaros, finlandeses, suecos, noruegos, suizos, balcánicos. El capitán Sadoul, que se había quedado en Moscú después de la partida de las misiones aliadas, representaba a Francia en espera de la llegada de Guilbeaux, retenido en Suiza. No había ingleses. El bloqueo impidió venir a los norteamericanos, pero se notó entre los asistentes a un chino y un coreano. Cincuenta y dos delegados en total.

En la sesión del 4 de marzo, Lenin leyó sus Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, redactadas especialmente para este Congreso. No aportaban nada nuevo a los que habían oído sus discursos y leído sus escritos. Pero permitían, gracias a un resumen

jugoso y de una limpia nitidez, captar la esencia del leninismo. Sentaban al mismo tiempo las bases del programa de la nueva Internacional, determinando los contornos de su línea táctica.

La burguesía, declaraba Lenin, no ha llegado al poder sino tras una larga serie de revoluciones y de guerras civiles. Negar ahora al proletariado el derecho de hacer, a su vez, su propia revolución, significa traicionar al socialismo. La historia ha demostrado que el régimen de terror y de la dictadura es aplicado en las repúblicas más democráticas en cuanto el capitalismo siente que pisa terreno falso. La guerra ha hecho que ese régimen degenera en dictadura militar. Las masas trabajadoras no tienen más que un medio de defensa: oponerle la dictadura del proletariado. El error de los socialistas unidos a la Segunda Internacional es no haber comprendido que las formas de la democracia se modifican en el curso de los siglos. Sería completamente absurdo pretender que la mayor de las revoluciones en la historia de la humanidad, «la primera que ha hecho pasar el poder de las manos de la minoría de los explotadores a las de la mayoría de los explotados», debe desenvolverse en los límites de la vieja democracia burguesa y parlamentaria, sin provocar gigantescas sacudidas, sin crear nuevas formas de democracia y condiciones particulares para su aplicación. La dictadura del proletariado es similar a cualquier otra. Como cualquier otra, es el resultado de la necesidad de aniquilar por la fuerza la resistencia de la clase que pierde su poder. La distinción fundamental entre la dictadura del proletariado y la de la burguesía consiste en que una tiene por objeto reprimir la resistencia de la gran mayoría de la población, mientras que la otra está dirigida contra una minoría insignificante de capitalistas y terratenientes. De ahí que la dictadura del proletariado deba conducir a una

transformación radical de la democracia a fin de que las masas trabajadoras puedan gozarla efectivamente. El régimen soviético, que ha cercado a las masas en toda la medida de lo posible al aparato gubernamental, que ha realizado la igualdad total de los ciudadanos, que ha soldado al ejército con el proletariado, permite ese goce en condiciones infinitamente mejores que las que ofrecen las repúblicas democráticas y burguesas más perfectas. En consecuencia, una de las tareas principales de los partidos adheridos a la Tercera Internacional será explicar a las masas la importancia y las ventajas del régimen soviético. Lenin recomienda que así se diga expresamente en la resolución que tendrá que votar el Congreso. No habiendo manifestado nadie el deseo de tomar la palabra, las tesis y las sugerencias fueron adoptadas sin debates, por unanimidad.

El Congreso se separó después de haber votado un llamamiento a los trabajadores de todos los países, que proveía al proletariado mundial de un programa de reivindicaciones concretas: no intervención de la Entente en los asuntos internos de Rusia, supresión del bloqueo, reconocimiento del Gobierno soviético, reanudación de las relaciones diplomáticas y comerciales. En su discurso de clausura, Lenin anunció: «La victoria de la revolución proletaria en el mundo entero es segura. El advenimiento de la República internacional de los Soviets está en marcha.»

Al mismo tiempo que pedía al proletariado mundial que derribara a los gobiernos burgueses, Lenin trataba de entrar en relaciones con éstos para tratar de librar a la República soviética de su implacable cerco. Esperaba poder seducir a los Aliados con ofrecimientos de ventajas comerciales y económicas. Chicherin escribe: «En la nota del 4 de febrero de 1919, redactada conforme a las indicaciones de Lenin (diez días antes se había celebrado la reunión en que se

decidió convocar el Congreso de la Tercera Internacional), aceptamos reconocer nuestras deudas y propusimos a la Entente un sistema de concesiones de nuestras riquezas naturales.»

Un diplomático norteamericano muy joven, William Bullit, vino entonces de parte del presidente Wilson para someter al Gobierno soviético un proyecto de acuerdo con todos los gobiernos que existían en aquella época en el territorio ruso. La línea del frente serviría para establecer las respectivas fronteras. Los ejércitos serían desmovilizados en una proporción igual. La Entente retiraría sus tropas y levantaría el bloqueo. Eso equivalía, teóricamente, a preconizar el desmembramiento de Rusia. Prácticamente, el poder soviético hubiera sido el único en beneficiarse, puesto que ninguno de los gobiernos antibolcheviques abandonado a sus propios medios hubiera pedido sostenerse más de un mes. Wilson, hombre de gran sinceridad y de gran ingenuidad, no se había dado cuenta. Lenin, al comprenderlo, se mostró favorable. Exigió únicamente que el tratado llevara las firmas de las potencias aliadas. Bullit regresó llevando proposiciones particulares relativas a las concesiones que el Gobierno soviético estaba dispuesto a hacer a los capitalistas norteamericanos, y cada una de cuyas palabras, asegura Chicherin, «había sido cuidadosamente sopesada por el propio Lenin».

No llegó respuesta alguna. Los jefes de la Entente debieron hacer comprender a Wilson el peligro de su proyecto. La prensa norteamericana recibió la orden de desmentir la «pretendida historia de la misión Bullit, totalmente inventada por los acosados bolcheviques».<sup>39</sup>

Pero poco después se vio aparecer en Moscú un personaje singular: el explorador norteamericano Vanderlipp, que pertenecía a una de las más ricas familias de los Estados Unidos y que se había hecho célebre en su

país por haber recorrido a caballo la Siberia, de un extremo al otro, durante veinticinco años. Los Estados Unidos se hallaban entonces en plena campaña electoral y venía de parte del candidato republicano a la presidencia, Harding, para proponer al Gobierno soviético conceder a los Estados Unidos la península de Kamtchatka, a cambio de la cual, siempre según Vanderlipp, Harding se comprometía a reconocer a los Soviets inmediatamente después de su elección.

Lenin, a quien Chicherin habla comunicado ese ofrecimiento, hizo el razonamiento siguiente: Kamtchatka forma parte de una cierta «república del lejano Oriente» que no existe más que en el papel y cuyo territorio está ocupado por los japoneses. Nada pierde la República soviética concediendo a los norteamericanos una cosa que no posee. En cuanto a tomar posesión de ella, allá se las entiendan los norteamericanos. Eso es asunto suyo. Si los japoneses se oponen y de ello resulta una guerra entre los Estados Unidos y el Japón, mejor que mejor. Y el acuerdo fue firmado.

Al terminar sus negociaciones, Vanderlipp manifestó el deseo de conocer a Lenin. Este pareció dudar un poco y le preguntó a Chicherin si convenía recibirlo. «Sí —dijo el otro—. Se iría contento.» «Pues bien, dígame que venga», asintió Lenin. Dejemos que él mismo nos cuente esta entrevista: «Llega Vanderlipp. Hablamos de todo un poco. Se pone a contarme que conoce Siberia a fondo y que es de extracción obrera, como la mayoría de los multimillonarios norteamericanos, los cuales son gente práctica que sólo aprecia lo que ve con sus propios ojos. «Yo le contesté: «Pues bien, puesto que son ustedes gente práctica, vean lo que es el sistema de los Soviets e introdúzcanlo en su país.» Me mira sorprendido y luego dice en ruso: «Quizá...»

Al despedirse, dice: «Me veré obligado a anunciar en los Estados Unidos que mister Lenin no tiene cuernos.» No lo comprendí al principio, porque de una manera general entiendo mal el inglés. Le pedí que repitiera sus palabras. Él, un viejecillo muy vivo, señaló las sienes con un dedo y dijo: «Sin cuernos. «El intérprete, que estaba presente, explicó: «Sí, es eso efectivamente. En los Estados Unidos todo el mundo afirma que usted debe tener cuernos, es decir, que está señalado por el diablo.» Nos separamos muy cordialmente. Expresé la esperanza de que no nos limitaríamos a una concesión y que se establecería entre nuestros países una colaboración económica. Me pidió mi retrato. Me negué, porque cuando se da a alguien el retrato se escribe: al camarada fulano, y no podía escribir: al camarada Vanderlipp.»

El asunto de la concesión de Kamtchatka terminó como el de la misión Bullit. Una vez elegido presidente, Harding declaró, cuando la prensa empezó a hablar de la cuestión, que nada sabía de esa historia y que no tenía relaciones de ninguna clase con los bolcheviques.

Después les llegó el turno a los ingleses. Una delegación de las Trade Union vino a Moscú para darse cuenta de visu del funcionamiento del régimen soviético. La delegación comprendía a los representantes de los diferentes partidos socialistas, desde la moderadísima Fabian Society hasta el partido laborista independiente, pasando por los «comunistas cristianos», etc...

Lenin celebró una larga entrevista con los delegados. Se lamentó de que su país, a pesar de todos los ofrecimientos de paz hechos por la República de los Soviets, siguiera haciendo la guerra contra Rusia apoyando financiera y militarmente a los grupos contrarrevolucionarios. Uno de los delegados, el sindicalista Thomas Shaw, bastante ofendido, preguntó entonces si Lenin podía presentar pruebas de lo

que decía. Este contestó agriamente que para conocer los acuerdos secretos concertados por el Gobierno inglés había que derribarlo revolucionariamente y apoderarse de todos los expedientes diplomáticos, como lo habían hecho los bolcheviques en 1917, y concluyó: «Los jefes o los representantes del proletariado inglés —parlamentarios, sindicalistas, periodistas u otros, es igual— que simulan ignorar la existencia de los acuerdos secretos concertados por Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Italia, Japón y Polonia para saquear a los demás países, y que no entablan la lucha revolucionaria a fin de denunciarlos, demuestran, una vez más, que son los fieles lacayos del capitalismo.» Otros delegados manifestaron su asombro por ver que reinaba el terror en Rusia, que ya no existían las libertades de prensa y de reunión, y que los obreros mencheviques eran perseguidos. Al escucharlos, Lenin mostró apenas su desilusión. ¡Otra vez la misma cantilena de la que estaban hartos sus oídos! Se pone a explicar a los ingleses que los verdaderos responsables son sus propios imperialistas, que hacen reinar el terror en la India, en Irlanda, en Hungría, en Finlandia, y que apoyan a los generales rusos contrarrevolucionarios; que en la Rusia soviética el terror es un medio de defensa de la clase obrera contra sus explotadores, que la libertad de prensa y de reunión en una democracia burguesa no es más que la libertad de conspirar contra la clase obrera y de corromper a la prensa y, a través de ella, a la opinión pública. «No me dio mucho gusto tener que repetir cosas dichas por mí hasta la saciedad en la prensa», escribía más tarde.

Alguien hizo una pregunta que pareció interesarle más: ¿Qué es más importante en estos momentos: la formación de un partido comunista en Inglaterra o la intervención de las masas obreras inglesas en favor de una paz con Rusia? Lenin respondió: «Es una cuestión de convicciones



personales. Los partidarios sinceros de la liberación de los trabajadores del yugo del capital no podrían en ningún caso pronunciarse contra la fundación de un partido comunista. No cabe temer el aumento del número de comunistas en Inglaterra, puesto que ni siquiera existe el más pequeño partido comunista. Pero, evidentemente, si a aquellos que siguen siendo esclavos de los prejuicios pequeñoburgueses en las cuestiones de la «democracia», del «pacifismo», etc., se les ocurre llamarse comunistas y adherirse a la Tercera Internacional, ello tendrá que perjudicar forzosamente al proletariado. Esa gente sólo sirve para redactar pequeñas y suaves «resoluciones» contra la intervención, el bloqueo, etc. En cierto modo, esas resoluciones son útiles, porque sus autores se ridiculizan de tal manera ante las masas que éstas se dan cuenta mejor de su nulidad. A cada quien lo suyo; que los comunistas trabajen a través del órgano de su partido para iluminar la conciencia revolucionaria de los obreros, y que sigan empollando resoluciones los que estuvieron en favor de la «defensa de la patria» durante la guerra imperialista, en favor de la defensa de los acuerdos secretos de los imperialistas ingleses con el zar, y los que quieren «pruebas» de la ayuda prestada por el Gobierno inglés a los guardias blancos.»

Para terminar, los delegados propusieron a Lenin redactar una carta dirigida a los obreros ingleses, y unas proposiciones a su Gobierno. Ellos se encargarían de entregar una y otra a sus destinatarios. Lenin aceptó agradecido el primer ofrecimiento. En cuanto a dirigirse al Gobierno inglés, les dijo que pensaba tratar con él a través del camarada Chicherin. «Hemos probado varias veces — agregó, no sin amargura—. Vuestro Gobierno nunca ha querido contestar.»

Entre los miembros de la delegación se encontraba un eminente sabio, socialista, pacifista y cristiano al mismo

tiempo, Bertrand Russell, quien, como tantos intelectuales de su época, se había sentido poderosamente atraído por la revolución rusa. Después de su viaje a Rusia escribió un libro: La práctica y la teoría del bolchevismo. En él da cuenta de la impresión que le produjo Lenin. Su relato, muy matizado, es infinitamente significativo. Refleja una especie de inquietud que le inspira este hombre cuya complejidad parece desconcertarle.

»Lenin es muy acogedor y simple en apariencia —escribe Russell sin la menor traza de orgullo. Viéndole, sin saber quién es, no se creería que posea un poder inmenso ni incluso que se salga para nada de lo ordinario. Jamás he visto una persona tan poco dispuesta a darse aires de importancia. Fija en uno una mirada escrutadora, guiñando un ojo, lo que parecía acentuar en un grado inquietante la fuerza de penetración del otro. Se ríe con facilidad; en un principio, su risa parece simplemente amistosa y regocijada, pero poco a poco he acabado por encontrarla un tanto irónica. Es autoritario y tranquilo y no conoce el miedo. Es un hombre extraordinariamente desinteresado, una teoría hecha hombre. Uno siente que se aferra a la concepción materialista de la historia como a la niña de sus ojos. Parece pedante por su deseo de haceros comprender su tesis, por el furor que siente contra aquellos que la comprenden mal o que no están de acuerdo con él. Saqué la impresión de que desprecia a mucha gente y de que es un aristócrata intelectual.»

Russell conservó una decepción de la entrevista particular que le concedió Lenin. «Me dio la impresión de estar demasiado enraizado en sus ideas y de ajustarse a una ortodoxia demasiado estrecha —dice en su libro—. No siento más amor por la libertad que el que sintieron los cristianos que, habiendo sufrido bajo Diocleciano, emplearon a su vez la tiranía cuando fueron ellos los amos.»

Después de Russell, le llegó el turno a Wells. El célebre escritor, que presumía de ser socialista, quiso juzgar directamente la experiencia soviética y vino a ver a Lenin para darle algunos consejos. En su opinión, el comunismo «iba demasiado de prisa» y «destruía antes de poder construir». Lenin lo escuchó cortés y pacientemente, disimulando con habilidad (ya se había acostumbrado) un discreto bostezo, y le contestó con evasivas, sin entablar la discusión, que tal vez esperaba su interlocutor. Este se mostró bastante sorprendido. «Me habían afirmado — escribió después Wells— que a Lenin le gustaba dar lecciones, pero conmigo prescindió de ellas.» Con mucha amabilidad, Lenin acompañó hasta la puerta al ilustre visitante. «¡Qué burgués! ¡Qué filisteo!», le dijo a continuación, suspirando y levantando los brazos, a Trotski, que acababa de entrar en su despacho. Tras los anglosajones, los franceses: Frossard y Marcel Cachin, que habían venido a preguntar en qué condiciones podría el partido socialista francés formar parte de la Tercera Internacional. La cosa era delicada: Lenin había conservado de sus dirigentes el peor de los recuerdos y no podía perdonarles el haber traicionado al proletariado en agosto de 1914. Según él, el partido francés no podía ser recibido mientras no eliminara a sus «malos pastores» y cambiara de piel. En aquella época, el Comité ejecutivo de la Internacional estaba constituido ya. Ante ese areópago fueron llamados a comparecer Frossard y Cachin para abogar por la causa de su partido. Lenin asistía a la reunión.

»Lenin está presente en cuanto se abre la sesión — cuenta Frossard—, simple, familiar y sonriente, y es saludado por todos con respeto. Tan pronto se sienta o más bien se tumba en su sillón como se pone de pie junto a la ventana, con las manos en los bordes del chaleco, bajito, vivo, ágil y nervioso, pero nunca deja de mirarnos a todos

con sus ojillos semicerrados, de tonos cambiantes. Consulta un expediente, toma notas, se levanta, camina un poco, se sienta, se vuelve a levantar, no puede estarse quieto.» Los debates se sostuvieron en francés. Frossard observó que Lenin hablaba «un francés fácil, pintoresco, con una voz un tanto gruesa, con un ligero ceceo». Tal como era de esperar, se mostró implacable con los «reformistas». No hay piedad para esos traidores. «Se les fusila»<sup>40</sup>, repitió en varias ocasiones. Y Frossard anotó: «Pronuncia fisille y acompaña la palabra de un pequeño gesto seco, pero sin dejar de sonreír.»

Una vez terminada la sesión, Frossard trató de sacar las conclusiones del discurso de Lenin. La tarea resultó ardua. «Difícilmente lo comprendo —confesará más tarde Frossard—, pues tiene más de hombre de acción que de orador según la regla. No hay plan aparente, sino ideas presentadas aquí y allá, revueltas en el montón, como al azar de la improvisación. Los argumentos se apretujan, se empujan y se anteponen los unos a los otros. Hay hechos, bajo una luz cruda que ilumina las ideas y sostiene los argumentos. Numerosas incidencias, que parecen digresiones y que no son más que rodeos para volver a la espina dorsal de su razonamiento. Es, en realidad, una pedagogía admirable, un arte de volver cien veces a la misma afirmación esencial para hundirla más profundamente en los espíritus. Parece una barrera que progresa lenta e irresistiblemente empujada por una mano implacable.»

Al final de esta reunión fue cuando Lenin redactó el mensaje que fue dirigido en nombre de la Tercera Internacional «a todos los miembros del partido socialista francés, a todos los proletarios conscientes de Francia». Les decía: «La Francia burguesa se ha convertido en el baluarte de la reacción mundial. El capital francés se ha encargado

de cumplir, ante los ojos del universo entero, la misión de un gendarme internacional... La revolución mundial en marcha no tiene peor enemigo que el Gobierno de los capitalistas franceses. Eso impone a los obreros franceses y a su partido un deber particularmente importante. La historia ha querido que vosotros, proletarios franceses, seáis encargados de la misión más difícil, pero también la más noble, de rechazar los ataques de la más rabiosa, de la más reaccionaria de las burguesías del mundo.»

Desgraciadamente, el estado interior del partido socialista francés no favorece, según Lenin, el cumplimiento de esa tarea. Los Albert Thomas, los Renaudel y los Jouhaux siguen cumpliendo sus funciones de lacayos del capital. «Vuestro partido —escribe Lenin— no ha anunciado todavía claramente, por boca de su mayoría centrista, a los obreros franceses que la última guerra mundial no fue más que una guerra de rapiña, realizada por bandidos y verdugos burgueses tanto del lado alemán como del lado francés. El trabajo parlamentario de vuestro grupo socialista no es revolucionario, no es proletario, no es socialista. Actúa como quiere... No sólo no prepara la revolución mundial, sino que la sabotea... Vuestros periódicos, L'Humanité y Le Populaire en primer lugar, no son publicaciones revolucionarias proletarias... Vuestra propaganda en el ejército y entre los campesinos es nula... Adoptáis frente a los sindicatos una posición equívoca.» Y ponía las condiciones en que el partido francés podría ser admitido en la Tercera Internacional. Formuladas en diez puntos, servirán de base para las «Veintiuna condiciones» elaboradas también por Lenin que la mayoría, en el Congreso socialista de Tours, aceptará con las secretas esperanzas de no verse obligada a aplicarlas en todo su rigor.



# **XXVII DEL COMUNISMO DE GUERRA A LA NUEVA POLITICA ECONOMICA**

El nacimiento de la Internacional Comunista fue el único rayo de luz que iluminó el sombrío año de 1919, que había sido para Lenin de duras pruebas y de penosas decepciones. El asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht, en enero, había puesto fin a sus esperanzas de que la revolución socialista triunfara rápidamente en Alemania. En marzo, el almirante Koltchak lanzó la gran ofensiva que lo llevó casi a orillas del Volga. En mayo se pusieron en movimiento Denikin al Sur y Yudenitch al Norte. En agosto cayó la República comunista húngara tras cuatro meses de existencia. En octubre, la situación parece catastrófica: Yudenitch está a las puertas de Petrogrado. Denikin ocupa Orel y se dispone a marchar sobre Moscú. Lenin no se desanima. En ningún momento se siente que desfallezca su energía. Recuerda las jornadas críticas de finales de octubre de 1917. Como entonces, trata por todos los medios de electrizar a las masas. Agotadas por cinco

años de guerra, en el límite de sus fuerzas, las masas responden lentamente a su llamada. Únicamente los obreros de Petrogrado siguen mostrándose llenos de ardor combativo y se declaran dispuestos no sólo a perecer hasta el último para defender su ciudad, sino a completar incluso las filas de los defensores de Moscú, cuya moral está bien baja. Lenin lo sabe y no se hace muchas ilusiones. Considera fríamente la perspectiva de abandonar la capital al enemigo y retirarse en alguna parte al fondo de los Urales, para esperar que cambie la suerte. El 14 de octubre, cuando Denikin aparece a orillas de Tula, última etapa de su marcha hacia Moscú, Lenin declara al comunista holandés Rutgers, que va a regresar a su país y cuyo tren debe partir dentro de unas horas: «Si se entera usted en el camino de que ha caído Tula, podrá usted anunciar a los camaradas del extranjero que quizá nos veamos obligados a instalarnos en los Urales.»

El 17 de octubre llegó a todo su apogeo el avance de Denikin. Un ataque fulminante de la caballería mandada por el ayudante Budenny, ascendido a general por el nuevo régimen, hundió el ala derecha del ejército blanco y cambió la situación de arriba abajo. A partir del 19, las tropas de Denikin, desmoralizadas, se baten en retirada. El ejército rojo recupera Orel. Dos días después, el 21, Yudenitch es aplastado al sur de Petrogrado. El 27 de diciembre, Koltchak es detenido por los guerrilleros y entregado al Soviet de Irkutsk.

El año 1920 comenzó bajo felices auspicios. El 3 de enero, el Ejército Rojo entra en Saritsin, el 15 se concierta un armisticio con los checoslovacos, y el 16 el Consejo Supremo de los Aliados ordena la supresión del bloqueo.

El mismo día en que Koltchak caía bajo las balas del pelotón de ejecución, Lenin escribía estas líneas destinadas a ser publicadas el día siguiente, 8 de febrero, en *Pravda*:



«Terminamos victoriosamente la sangrienta guerra que nos impusieron los explotadores. En dos años hemos aprendido a vencer y hemos vencido. Ahora va a empezar otra guerra, no sangrienta, una guerra contra el hambre, contra el frío, la enfermedad, la miseria, la desorganización, el oscurantismo... Los obreros y campesinos han sabido crearse, sin capitalistas, un Ejército Rojo y vencer a los explotadores. También sabrán crear un ejército rojo del trabajo y conquistar una nueva felicidad restaurando la agricultura y la industria.»

El 10 de febrero, un decreto ordenaba la formación de los ejércitos del trabajo compuestos de unidades que acababan de luchar contra los blancos. Pero para lanzar la ofensiva en ese nuevo frente era necesario disponer de un personal de mando. Fue entonces cuando se planteó, con todo su rigor, el problema de los «especialistas».

Se había creado un precedente con el empleo de oficiales del antiguo ejército zarista en las filas del Ejército Rojo. Al principio, Lenin se había mostrado resueltamente hostil, pero pronto tuvo que cambiar de opinión al darse cuenta de que sin ellos era imposible que esas masas caóticas de hombres armados que llenaban los cuarteles se convirtieran en un ejército coherente y capaz de hacer frente al enemigo. El 8 de marzo, en la sesión plenaria del Soviet de Moscú, lo reconoció formalmente: «Sólo gracias a los antiguos oficiales zaristas pudo conseguir el Ejército Rojo las victorias que obtuvo.»

Después de haber comprobado lo anterior, Lenin declaró: «Ahora debemos utilizar igualmente a los antiguos poseedores, que fueron nuestros enemigos. Debemos movilizar a todos aquellos que son capaces de trabajar y obligarlos a trabajar con nosotros... Hay que utilizar a todos los especialistas burgueses que han sabido acumular una

masa de conocimientos técnicos. Ahora deben pagar con su saber.»

Unos días más tarde, el 15 de mayo, en el Congreso de los trabajadores de los transportes marítimos, insistió, con más detalles, en esta cuestión. He aquí sus argumentos: «Se puede ser un revolucionario muy enérgico, un propagandista absolutamente notable y, al mismo tiempo, un administrador perfectamente nulo... El país está arruinado y hay tal miseria general que ya no se la puede soportar. Ningún heroísmo, ninguna devoción serán capaces de salvarnos si no damos de comer a los obreros. Por tanto, debéis contemplar la situación con realismo. Sacad las lecciones de vuestra propia experiencia. Pero aprended también de la burguesía. Ella sabía muy bien cómo había que hacer para mantener el dominio de clase. Ella tenía una experiencia de la que nosotros no podemos prescindir. Despreciarla sería hacer correr el mayor peligro a la revolución. «Las revoluciones anteriores fracasaban precisamente porque los obreros no habían comprendido que era imposible mantenerse en el poder sólo con la dictadura, únicamente por la violencia. Sólo puede mantenerse uno apropiándose de toda la experiencia técnica y cultural del capitalismo, poniendo a todas esas gentes a nuestro servicio... «Sabemos que las cosas no caen del cielo, sabemos que el comunismo nace del capitalismo, que sólo puede ser construido con los restos del capitalismo, restos muy malos, es cierto, pero que no tenemos más remedio que tomarlos como son.»

Se planteó otro problema no menos delicado: el de los sindicatos. Estos, que tenían más de cuatro millones de afiliados, seguían considerándose organizaciones «sin partido». Pero su órgano central, el Consejo Panruso de los Sindicatos, era comunista y recibía las orientaciones del Comité central bolchevique. Esto representaba, según

Lenin, una situación sumamente ventajosa para el partido. «Así —escribe en su folleto El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo, redactado en la primera quincena de mayo de 1920—, se ha constituido un aparato ancho y flexible al mismo tiempo que, sin llevar la etiqueta comunista, permite a nuestro partido estar estrechamente ligado a la clase obrera y ejercer efectivamente la dictadura de clase. Nos hubiera sido imposible gobernar el país, no sólo dos años, sino dos meses incluso, sin el apoyo ferviente y devoto de los sindicatos tanto en materia económica como militar.» Al hablar así, Lenin rendía vibrante homenaje a los sindicatos y se complacía en subrayar su importancia.

Trotsky, que después de haber sido descartado de las operaciones militares (se le atribulan, con razón o sin ella — no es éste el lugar de discutirlo— las derrotas del Ejército Rojo en el frente de Denikin) había recibido la tarea de reorganizar los transportes, estimaba que el país no había dejado de vivir todavía en pie de guerra, y que, por lo tanto, el trabajo debía ser dirigido militarmente en todos los terrenos. Se había creado la costumbre de usar el término comunismo de guerra en los años de 1918 a 1929 para cubrir ciertos abusos de poder de determinados dirigentes soviéticos en el ejercicio de sus funciones. Trotsky era uno de ellos. Pero, en realidad, la situación catastrófica a que había que enfrentarse justificaba medidas de incautación, de represión, etc., que en otras circunstancias no hubieran dejado de parecer abusivas. Nada ha cambiado para Trotsky. Frente a la misma inconsciencia y la misma insubordinación, no había, según él, más que seguir recurriendo a los mismos medios y dirigir con mano de hierro a los hombres y a las instituciones si se quería consolidar definitivamente el régimen soviético.

En cuanto entró en funciones se aplicaron reglas de disciplina militar a todos los servicios de transporte. El

Sindicato de los ferroviarios protestó. Trotski lo tomó a mal y decidió hacer entrar en razón a ese sindicato, a todos los sindicatos en general. «Hay que sacudirlos —declaró—, reorganizarlos, reconstruir, reeducar.» En la sesión del Comité central del 9 de noviembre, presentó un proyecto de tesis concebido con ese espíritu. Lenin se pronunció contra el «sacudimiento». El proyecto de Trotski fue rechazado y la mayoría decidió que no convenía dar a la publicidad la discusión de ese asunto. Sin embargo, quince días después el Comité levantaba la prohibición. Trotski lo aprovechó para lanzar enseguida un folleto, La misión y las tareas de los sindicatos, que repite sus ataques, acentuándolos fuertemente. Los sindicatos, dice, pretenden que su misión esencial, su razón de ser, es defender los intereses de la clase obrera. ¿Pero contra quién quieren defenderla, puesto que ya no hay burguesía y el propio Estado se ha hecho «obrero»? Su tesis encontró partidarios, pero también, por contragolpe, adversarios que, por querer asumir la defensa de los sindicatos, tendían a inflar desmesuradamente su importancia y a ponerlos por encima del Estado en la dirección efectiva de la producción industrial. Así se formó el llamado grupo de la Oposición Obrera, bajo la dirección de Chliapnikov, comisario del pueblo para el Trabajo.

Toda esta agitación disgustaba soberanamente a Lenin. Se estaba preparando precisamente para abordar la tarea principal; la conquista, o más bien la asimilación de los campesinos, de la cual dependía la existencia del Estado soviético. Y he aquí que los despropósitos de Trotski, batallador infatigable, pero sin sentido de la oportunidad, pueden colocar en contra suya a la clase obrera, ¡su único apoyo por el momento!...

En la reunión de los delegados bolcheviques al VIII Congreso de los Soviets, que se celebró el 30 de diciembre, Lenin habló extensamente, después de la clausura de las

sesiones, de lo que llamaba «el error del camarada Trotski». Lo que le reprocha no es el haber presentado «tesis erróneas» en una sesión del Comité central. Eso le ha sucedido a todos los miembros del Comité. Su culpa es haber hecho público el debate y haber provocado con ello el nacimiento de un nuevo movimiento fraccional que es sumamente perjudicial para el buen funcionamiento del organismo del partido. Evidentemente, desde un punto de vista formalista tenía derecho a hacerlo, puesto que se autorizó la discusión, pero frente a los intereses de la clase revolucionaria ha cometido un acto de división, sembrando la discordia en las filas del proletariado. «Decir que la clase obrera no necesita defensores porque somos un Estado obrero, es un error flagrante —declara Lenin—. Porque en realidad nuestro Estado no es obrero, sino obrero y campesino.

Esto crea una situación muy particular y hace que las relaciones de clase sean bastante complejas. Nuestro Estado —explica— presenta actualmente tal aspecto que todo el proletariado debe poder defenderse contra él por medio de sus organizaciones profesionales, y nosotros, como Estado, debemos utilizar esas organizaciones para obtener que los obreros, sin dejar de defenderse contra el Estado, trabajen por su defensa. Las dos acciones pueden ser coordinadas soldando nuestro trabajo con el de los sindicatos. En resumen: las tesis del camarada Trotski son algo políticamente nefasto. Estoy seguro de que el próximo Congreso de nuestro partido las condenará.» No podía ser de otra manera, puesto que Lenin lo había dicho. Pero mientras tanto, una discusión bizantina había acaparado durante cuatro meses la atención de los dirigentes del partido. Literalmente, se entretenían con minucias. Lenin observaba descorazonado esos ejercicios. En un artículo publicado por *Pravda* el 21 de enero de 1921, escribe: «Hay

que tener valor para mirar cara a cara la triste verdad: el partido está enfermo. Una fiebre maligna lo consume. Falta saber si sólo los dirigentes, los de Moscú, sobre todo, están afectados, o si el mal se ha extendido al cuerpo entero y, en este último caso, por qué medios podríamos curarlo y evitar recaídas de esa enfermedad.»

Lenin no se anduvo por las ramas para hallar el remedio que garantizaba la curación completa del «paciente». Hizo adoptar por el Congreso una resolución que prohibía cualquier iniciativa fraccional en el interior del partido «dado que la existencia de fracciones en el seno del partido o de la clase obrera en general constituye una ayuda que se da a la contrarrevolución burguesa». Se declaró que todos los grupos y fracciones quedaban disueltos y que los miembros del partido que en el futuro fueran culpables de realizar un trabajo fracciona) debían ser expulsados.

Esta resolución está llamada a ser de una gran utilidad al partido cuando haya que sostener una lucha implacable contra las fracciones y las desviaciones en sus filas.

Acabo de decir que Lenin veía en la conquista del campesinado la tarea fundamental del momento. Esto requiere algunas explicaciones complementarias. Las esperanzas que había puesto en los campesinos pobres no se realizaron en absoluto. Lenin no había tenido en cuenta suficientemente el desplazamiento del centro de gravedad que se produjo en el interior del campesinado a raíz de la entrada en vigor del decreto del 26 de octubre de 1917 sobre la entrega de la tierra a los campesinos. Desde ese momento se forma una nueva mayoría: la de los campesinos medios, que crece considerablemente englobando a una parte de los campesinos pobres convertidos en pequeños propietarios. Por otra parte, si bien los grandes kulaks yacían aplastados, los «pequeños kulaks» (pues también este medio tenía sus subdivisiones)

supieron pasar a la categoría de campesinos medios y adaptarse a la nueva situación. Los comités de los pobres, destinados a servir de punto de apoyo al régimen soviético en el campo, compuestos de indigentes económicamente inadaptables, no se habían mostrado en absoluto a la altura de su misión. Un dirigente del Soviet de Saratov que controlaba una de las más importantes regiones agrícolas de la República, Antonov Saratovski, que estuvo en Moscú unos meses después de la creación de esos comités y que los había visto actuar, celebró con Lenin a este respecto una conversación que merece ser reproducida:

LENIN.— ¿Qué piensa usted de los comités de los pobres?

ANTONOV.— En mi opinión, han desempeñado un papel de disgregadores políticos.

LENIN.— Sí, yo también lo creo. ¿Han hecho muchas tonterías entre ustedes? (Antonov cita algunos casos que él estima particularmente indignantes.)

LENIN.— ¿Así, pues, el «medio» está furioso?

ANTONOV.— Desde luego. Y sobre todo porque los comités de los pobres les han quitado todo a los kulaks y no les han dado nada.

LENIN.— Ya es hora de liquidarlos... Necesitamos al campesino medio. Para reconciliarnos con él hay que pasar por encima de los comités de los pobres que nos molestan.

Así se hizo. Por decreto del 23 de noviembre de 1918, los comités de los pobres fueron «absorbidos» por los consejos de cantón y de distrito elegidos por todos los habitantes de la aldea.

No era más que un primer paso en el camino de la «reconciliación» del campo con el Estado. Este, obligado a garantizar el abastecimiento de las ciudades, seguía saqueándolo implacablemente, pero a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de todo el terror que hacía caer sobre los campesinos poseedores del trigo, no lograba arrancar

cantidades suficientes. Finalmente, los campesinos, no queriendo trabajar con pérdida, abandonaron sus tierras, y todos los intentos hechos por el Gobierno para remediar su mala voluntad (creación de las explotaciones colectivas, de comunidades agrícolas, etc.) resultaron ineficaces.

Esto llevó a Lenin a renunciar a los «métodos de guerra» en la gran batalla por el pan que había emprendido, y no tuvo más remedio que tratar con el adversario, negociar una especie de compromiso con él. Este viraje táctico se convirtió en el punto de partida de la nueva política económica que adoptará el Gobierno de los soviets en el curso de los años venideros. Lenin expone las razones y hace comprender el espíritu de la misma en su discurso del 16 de marzo de 1921, en la penúltima sesión del X Congreso del partido bolchevique, la víspera del día que éste tomó la resolución que condenaba la agitación fraccional de Trotski y consortes.

Hay que empezar por rendirse ante la evidencia, estima Lenin: «Una revolución socialista en un país donde la inmensa mayoría de la población se compone de pequeños cultivadores— productores no es posible más que a través de la aplicación de toda una serie de medidas de transición que serían inútiles en países de capitalismo desarrollado, donde los obreros asalariados forman la mayoría de la población.» Otra comprobación: para que la revolución socialista triunfe en Rusia se necesitan dos condiciones: 1. una revolución socialista en un país avanzado; 2' un acuerdo entre el proletariado que ostenta el poder y la mayoría de la población del campo. «Sabemos —dice Stalin— que únicamente un acuerdo con los campesinos puede salvar la revolución socialista en Rusia, en espera de que estalle en otros países. No debemos ocultar que los campesinos no están contentos, que esperan que esto cambie. Ello es indudable. Manifiestan claramente su



voluntad, la voluntad de una masa inmensa de la población trabajadora. No podemos ignorarla.» El problema debe ser analizado como «políticos socialistas». Lenin: «Si algún comunista ha soñado que en tres años se puede transformar la base económica de la pequeña agricultura, es un comunista lleno de fantasía. Entre nosotros —¿por qué no decirlo?— hay muchos. Y esto no es nada particularmente enojoso. ¿Cómo se hubiera podido iniciar sin ellos la revolución en un país como el nuestro.» ¿Qué hacer, entonces? Dar satisfacción a los campesinos descontentos. ¿Qué reclaman? Según Lenin, las reivindicaciones del pequeño cultivador se resumen esencialmente en dos puntos: 1.º quiere disponer de cierta libertad en sus operaciones; 2.º quiere poder procurarse las mercancías y los artículos que necesita. No hay que tener miedo a las palabras: «La libertad de operaciones significa libertad de comercio. Y quien dice libertad de comercio dice retorno al capitalismo.» Por tanto, he aquí la cuestión: ¿Es posible ello sin asestar un golpe mortal al régimen soviético? «Sí —responde Lenin—, es posible: todo consiste en saber conservar la medida. Hemos vivido hasta ahora en condiciones creadas por una guerra tan loca, tan inaudita, que no nos quedaba más solución que proceder militarmente en el terreno económico... Es indudable que fuimos arrastrados más lejos de lo que teórica y prácticamente era necesario. Podemos, por tanto, retroceder un poco sin destruir por ello la dictadura del proletariado, que más bien quedará consolidada de esa manera. La realización es cuestión de práctica. Mi misión es demostraros que desde el punto de vista teórico nada se opone a ello.»

El primer resultado de esta «retirada económica» fue la sustitución de la requisita obligatoria de las reservas de trigo que excedían la norma fijada por el Estado por una especie

de impuesto en especie que, una vez cumplido, permitía al productor explotar libremente, como mejor conviniera a sus intereses, el producto de su trabajo.

El segundo fue la afluencia de los capitalistas extranjeros que obtuvieron del Gobierno soviético concesiones de minas, bosques y otras riquezas naturales de la República.

Si bien la primera medida había sido acogida muy favorablemente por los campesinos, que a partir de ese momento se adhirieron sin reservas, en su gran mayoría, al régimen soviético, la segunda provocó entre ellos un descontento bastante vivo. Llegaron al Kremlin declaraciones de protesta; todas decían poco más o menos lo mismo: «No vale la pena expulsar a nuestros propios capitalistas para llamar ahora a los del extranjero.» Lenin les dejaba hablar y seguía perseverando en el camino que se había trazado: atraer al capitalismo extranjero, el único que podía garantizar la recuperación económica del país. En Europa, sobre todo en Inglaterra, causó sensación este «viraje» de la política soviética. Lloyd George anunció triunfalmente que «Lenin había comprendido por fin que no se podían calentar las locomotoras con las doctrinas de Marx». La prensa se hizo eco. «La libertad de comercio —escribía el Observer— puede convertirse en la tumba del comunismo en Rusia; Lenin admite el regreso de los capitalistas y de los propietarios.» Y el Morning Post afirmaba: «El retorno de Lenin al capitalismo marcha a pasos agigantados.» Unicamente The Nation opinó en forma razonable: «El señor Lloyd George se equivoca si cree que Lenin es un oportunista como él —escribía su editorialista—. Lenin es capaz de ceder temporalmente, y está dispuesto a utilizar los medios que le parecen eficaces. Pero no renuncia un solo instante a su meta fundamental: la transformación de toda Rusia en una inmensa explotación colectiva.»



# XXVIII

## EL FIN

El 23 de abril de 1920, los bolcheviques de Moscú habían organizado una solemne reunión para festejar el quincuagésimo aniversario de Lenin. Hubo discursos, naturalmente. Tomaron la palabra Gorki, Stalin y Lunatcharski. También se vio aparecer en la tribuna a Kamenev, que, después de la «gran sacudida» de noviembre de 1917, se había mantenido discretamente a la sombra. Lenin no apareció hasta el final: no quería escuchar las alabanzas ditirámicas que se le prodigaban y se limitó a pronunciar una breve alocución.

Para conmemorar dignamente este acontecimiento, a varios establecimientos soviéticos se les ocurrió poseer un busto de Lenin. El escultor Altman, un amigo de Lunatcharski, aceptó encargarse de ese trabajo. No le faltaba más que obtener el consentimiento del modelo. Ahí radicaba la gran dificultad: Lenin jamás había aceptado posar ante un artista. Lunatcharski halló la manera de arreglar las cosas. Convenció a Lenin de que no se trataba en modo alguno de sesiones de pose; únicamente tenía que autorizar a Altman a trabajar tan sólo media hora, dos o tres veces, en su despacho, y el artista haría todo lo necesario sin que él ni siquiera se diera cuenta. Lenin acabó por aceptar.

Dos días después del «jubileo», Altman llega al Kremlin con su material y se instala en el despacho de Lenin. Son las nueve de la mañana. El maestro no ha llegado todavía. Altman mira a su alrededor. La habitación es espaciosa, de techo alto. Hay estanterías a lo largo de la pared. El sol se refleja en las bellas encuadernaciones abundantemente doradas de los 85 volúmenes de la Enciclopedia de Brockhaus y Efron. No hay cuadros, pero sí grandes mapas colgados por todas partes. Encima del diván de respaldo relleno, un retrato de Carlos Marx. Una gran mesa en mitad de la habitación y, detrás, el sillón de rejilla de Lenin. Alrededor, sillones de cuero, muy confortables, para los visitantes. Tres puertas: una, por la que Altman acaba de entrar; otra, entreabierta, permite ver la centralita telefónica y a la telefonista que manipula presurosa sus fichas. ¿Pero y la tercera?... Precisamente en ese momento se oye el ruido seco de la llave en la cerradura. La puerta se abre y aparece Lenin.

Se dirige con paso rápido hacia su mesa, lanzando un breve «buenos días, camarada» al escultor, y saca unas hojas manuscritas del cajón. Con la cabeza baja, Lenin da rienda suelta a la pluma sin ocuparse mayormente de lo que ocurre a su alrededor. En esa época escribía su libro El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo, y se habían dado órdenes de no molestarlo más que en casos verdaderamente excepcionales. Después de trabajar hasta las cuatro de la tarde, Lenin se retiró sin decir nada.

Al día siguiente la historia se repite: Lenin llena cuartilla tras cuartilla; Altman remueve su arcilla. En un momento dado —escribe éste en sus muy curiosas Notas publicadas en 1924—, Lenin miró hacia mi lado, sin levantar la cabeza, y observó que la nariz no se parecía. Le expliqué que, por el momento, no se trataba más que de un simple esbozo preparatorio, que el trabajo no hacía más que entrar en su

primera fase y que todavía no llegaba el momento de perfilar los contornos de la figura. Lenin pareció sorprendido y dijo: «Pero Lunatcharski me había afirmado que no habría más que media hora de trabajo durante dos o tres días.» Le aseguré formalmente que yo nunca había dicho nada semejante. Entonces meneó la cabeza y dijo: «Un «relato de cazador» del camarada Lunatcharski», y continuó escribiendo.»

El trabajo avanzaba lentamente. Lenin tenía la costumbre de escribir con la cabeza muy inclinada hacia abajo, a causa de lo cual no se le veía más que el cráneo. A veces, cuando hablaba por teléfono, echaba la cabeza hacia atrás y sólo se le veía la barbilla y el cuello. —Si aceptara usted posar, el trabajo iría más de prisa —le dijo Altman una vez. Lenin se negó de nuevo, diciendo que «así no saldría muy natural», pero aceptó pasear de vez en cuando por la habitación mirando de lado al escultor. Le habían dicho que Altman era un «futurista». Manifestó entonces el deseo de ver algunos ejemplares de ese arte. «Después de mirar los dibujos que le traje —cuenta el «futurista»—, Lenin dijo: «No entiendo nada. Esto es para los especialistas.»

El 1 de mayo, Altman vino a trabajar como de costumbre. Las oficinas de la secretaría estaban desiertas. Lenin también estaba ausente. Llegó, pasado el mediodía, muy animado, sonriente, con un listón rojo en el ojal. Acababa de participar en la gran emulación de trabajo celebrada en el patio del Kremlin. Dando el ejemplo a sus colaboradores, transportó algunas vigas, arrastró una carretilla y barrió un rincón. Ese ejercicio lo puso muy contento, y se mostró muy asombrado al ver a Altman trabajando en un día como ése<sup>41</sup>.

Al día siguiente volvió a su despacho, a sus cuartillas y a sus telefonazos. Una vez terminado su libro, se hizo más accesible. Las recepciones ocupaban entonces la mayor

parte de su tiempo. Altman vio desfilar sucesivamente ingleses flemáticos y escépticos, alemanes obsequiosos y acompasados, turcos que parecían contemplar a Lenin con éxtasis. Fotieva, la secretaria principal, iba y venía, sacando con notable destreza a los visitantes inoportunos. La antesala estaba llena de ellos desde las ocho de la mañana. Les hacía explicar su asunto y lo resumía a continuación en un breve informe sobre el que Lenin no tenía más que apuntar su decisión. Pero a veces no se conformaba con eso y salía a la antesala para interrogar personalmente a los visitantes. En la mayoría de los casos se trataba de quejas contra la lentitud e inercia de la máquina administrativa de los Soviets. Cosa que, invariablemente, hacía rabiar a Lenin. Inmediatamente se lanzaban llamadas telefónicas y los servicios acusados recibían severas amonestaciones. Los solicitantes escuchaban encantados y se iban contentos y deshaciéndose en cumplidos. Venían de todos los rincones de Rusia con sus hatillos, donde, entre sus ropas, guardaban religiosamente la petición destinada a ser presentada a «nuestro muy amado padre, sostenedor y protector, Vladimir Ilich Lenin.»<sup>42</sup>

Los campesinos eran recibidos con particular amabilidad. Una de las secretarias, Rudneva, cuenta: «Un día llegaron diez o quince campesinos barbudos, vestidos con sus pellizas de carnero. El camarada Lenin estaba recibiendo a alguien. Tuvieron que esperar un poco. Permanecieron de pie; turbados, moviendo los pies, pasándose la gorra de una mano a otra... Por fin se les llama. Entonces se ponen en fila: el más viejo marcha delante. Algunos se persignan. No sé cómo los recibió el camarada Lenin, pero instantes después, teniendo que entregarle una carta del camarada Trotski, vi, al entrar en su despacho, que el camarada Lenin estaba sentado en su sillón, apartado de la mesa, y riendo a

carcajadas. Los campesinos estaban sentados a su alrededor y reían con él.»

No todas las delegaciones eran recibidas de manera tan cordial. Por ejemplo, la que envió el Soviet de Petrogrado hubo de pasar un cuarto de hora bastante malo. Los representantes de la Comuna del Norte (nombre que el Soviet de la capital abandonada, presidido por Zinoviev, había adoptado después del traslado del Gobierno a Moscú) habían venido a pedir dinero. Uno de los delegados, el obrero Naumov, cuenta en sus *Recuerdos*: «Anunciamos que necesitábamos tanto (ya no recuerdo cuánto, pero era una suma muy importante). «¿Y por qué precisamente esa suma? —nos preguntó el camarada Lenin—. ¿Tenéis algún presupuesto?» Nos quedamos todos helados. No habíamos pensado en ello. Pero había que parar el golpe y le contamos un montón de cosas sobre nuestras necesidades, sobre nuestras miserias. Escuchaba sin interrumpir, mientras una sonrisa burlona, apenas perceptible, jugueteaba en sus labios.

»Perfecto, perfecto —dijo cuando nos callamos—. Pero, bueno, ¿para qué necesitáis el dinero?» Después se levanta y empieza a caminar, lanzándonos pequeños y agrios apóstrofes: «De manera que... os presentáis ante el Consejo de los Comisarios del Pueblo sin saber lo que queréis... Os llamáis Comuna del Norte... Por lo menos, debíais haber contratado un contador... No sois una Comuna del Norte, sois una comuna de ignorantes, etc.» Nos callamos y nos sigue riñendo. Y de tal manera que todos nos avergonzamos. Por fin se calló. Y luego preguntó: «Y bien, ¿qué tenéis que responder?» El camarada Lobov (uno de los delegados) dijo: «Tiene usted razón, camarada Lenin.» Entonces hizo todavía unas cuantas preguntas y finalmente autorizó los créditos.»



Lenin había reanudado en el Kremlin el tren de vida que llevaba en el Smolny. Igual que allí, sus habitaciones se hallaban en la misma ala del edificio que su despacho. Pero esta vez estaba mejor y más espaciosamente instalado. Cuatro habitaciones y una cocina. Lenin tenía su propio dormitorio y Krupskaia el suyo. Uno tercero estaba ocupado por María, su hermana menor. Había también un comedor. Pero comían generalmente en la cocina, con la criada, una vieja sirvienta que el comisario del Kremlin había puesto a la disposición de su jefe.

María se ocupaba del interior. Lenin estaba inscrito en la Cooperativa del palacio como jefe de un grupo familiar de cuatro personas (él, su mujer, su hermana y la criada) y poseía, como los suyos, una «cartilla individual de consumidor». En su calidad de presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo cobraba 500 rublos al mes, que era la tarifa asignada a todos los comisarios del pueblo y, en general, a todos los dirigentes responsables del partido. En noviembre de 1918, teniendo en cuenta la depreciación de las asignaciones soviéticas, el secretario administrativo del Consejo de Comisarios del Pueblo aumentó, por su propia autoridad, el sueldo de Lenin a 800 rublos; inmediatamente recibió, firmada por éste y por la vía oficial, una severa censura. Unos días antes, el propio Lenin había firmado un decreto fijando el sueldo del nuevo comisario de Hacienda, Gukovski, considerado como un «técnico» meritorio, en 2.000 rublos.

No tenía necesidades personales. Comía poco y no se interesaba en absoluto por lo que se servía en la mesa. Comía a las cuatro muy puntualmente, y por la noche tomaba té con pan negro y mantequilla.

A las seis, con la misma puntualidad, abría la sesión del Consejo de los Comisarios. Cinco minutos antes de la apertura, telefoneaba desde su despacho para averiguar si

todo el mundo estaba en su puesto y se encolerizaba si, como sucedía frecuentemente, le contestaban que sólo estaban presentes tres o cuatro camaradas, de los 15 de que se componía el Consejo. Una vez abierta la sesión, fulminaba con la mirada, reloj en mano, a los retrasados. Al mismo tiempo que dirigía los debates, pasaba a sus colaboradores pequeñas notas que daban la vuelta a la mesa, de mano en mano, hasta llegar a su destinatario; daba órdenes a las secretarías, leía libros, revistas y recortes de prensa sin perder jamás el hilo del discurso del orador, al que interrumpía de vez en cuando con alguna cáustica interjección. Terminada la sesión, a veces a avanzadas horas de la noche, regresaba a sus habitaciones. Un centinela se mantenía junto a la puerta de entrada. Para ese puesto de honor eran escogidos los alumnos de la nueva Escuela de Caballería, llamada del Kremlin, recientemente fundada para formar oficiales proletarios. Uno de esos futuros «comandantes rojos» (diecisiete años) cuenta: «Era cerca de la medianoche. Me hallaba en mi puesto. Veo venir al camarada Lenin de una larga sesión del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Al pasar ante mí se detiene y dice: «¿Quién es usted, camarada? Debía haberse sentado por lo menos en el reborde de la ventana. Espere, haré que le traigan una silla.» Le contesté: «Camarada Lenin, estoy de centinela, no tengo derecho a sentarme.» Se encogió de hombros y empezó a interrogarme sobre mis orígenes. Le contesté brevemente, como lo exige el reglamento. Entonces se puso a interrogarme sobre mi familia, si estaba bien, etc. Vi que ya no era una pregunta, sino que quería entablar toda una conversación, lo que está rigurosamente prohibido por el reglamento. Entonces le dije: «Camarada Lenin, estoy de guardia y me está prohibido entrar en conversación.» Me contestó: «Pero yo no soy un

militar y no conozco esa regla.» Después abrió la puerta de su apartamento y desapareció.»

También acostumbraba a veces, después de la sesión del Consejo, volver a su despacho para trabajar hasta el alba. Telefonistas que se relevaban cada cuatro horas velaban en el teléfono. Una de ellas cuenta: «Eran las dos de la mañana. Silencio de muerte. Pienso: el camarada Lenin, fatigado, descansa sin duda desde hace tiempo. De pronto suena la campanilla. Me precipito a su gabinete. Con voz tranquila, pero cansada, me dice: «Llame a un motociclista. Este paquete debe ser entregado inmediatamente en propia mano.» Instantes después llama de nuevo: «Telefonee al camarada Surupa.» Siguió trabajando toda la noche. A mí me dijo: «Camarada, puede ir a descansar.» Al día siguiente supe que el camarada Lenin no se sentía bien. Al ir a cenar a la cantina de las telefonistas le preguntamos todas si estaba enfermo. «No es el momento de estarlo», contestó.»

El domingo era para él un día de reposo completo. Generalmente se iba del Kremlin la víspera, el sábado por la noche, y se trasladaba a alguna aldea de los alrededores de Moscú. Pasaba la noche en la casa de algunos campesinos. Si hacía buen tiempo, Lenin extendía su abrigo sobre un montón de heno y dormía al aire libre. Por la mañana, al despertarse, iba a lavarse a una fuente y luego, armado de un fusil, recorría los campos y los bosques en compañía de su chófer. No pasó de ser un cazador mediocre. Pero el botín no le interesaba. Lo que le encantaba era poder saciar su sed inextinguible de movimiento. Caminar durante horas y horas, subiendo por una colina, bajando por un sendero abrupto, abriéndose paso a través de la maleza o saltando sobre los charcos, era para él traducir en ejercicios corporales los que diariamente, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, aprisionaban su cerebro.

Iba rara vez al teatro. De vez en cuando visitaba a Stanislavski, a quien estimaba mucho. Recibía poco en su casa, tan sólo a unos cuantos amigos íntimos. Se separaba cada vez más de los «políticos», prefiriendo la sociedad de los ingenieros, de los agrónomos, de los químicos. Hizo gran amistad con el «dictador de los víveres», Surupa, quien había heredado de su antigua profesión de estadístico el gusto por el trabajo metódico y ordenado, calidad que Lenin trataba en vano de descubrir entre sus otros colaboradores. Surupa era un hombre bastante culto, con inclinación por las letras y las artes. En una ocasión, aprovechando el paso por Moscú de un célebre virtuoso, organizó en su casa una pequeña velada musical a la cual fue invitado Lenin. El pianista tocó la *Appassionata*. Lenin escuchaba, hundido en su sillón, con la mirada perdida en el vacío. Diez años antes, una mujer joven, de ojos de brasa y cabellera de ébano, la había tocado para él. Inés Armand... Acababa de morir, víctima del tifus, en un balneario del Cáucaso adonde los médicos la habían enviado para restablecer su quebrantada salud.

Los golpes de la muerte y de la enfermedad llovían sin cesar sobre sus más allegados. Había muerto Sverdlov, su fiel compañero de trabajo; había muerto Elisarov, el amable gigante a quien había nombrado, por algunos meses, comisario de Transportes. Krupskaja, enferma, tuvo que abandonar sus funciones en Instrucción pública e ir a descansar al campo. Stalin se vio obligado a entrar en una clínica para someterse a una operación; su convalecencia duró varios meses. Gorki no cesaba de escupir sangre. Surupa adelgazaba a ojos vistas.

En cuanto veía signos de enfermedad en alguno de sus colaboradores, o de simple debilidad, Lenin le imponía autoritariamente un descanso y le ordenaba, en ese tono afectuosamente terco cuyo secreto sólo él poseía, que se

cuidara seriamente. «Su salud es una propiedad del Estado —decía entonces invariablemente—; usted es responsable ante él y no tiene derecho a malgastarla.» Pero cuando le hacían ver que él malgastaba imperdonablemente la suya, se enfadaba y cambiaba bruscamente de conversación.

Sin embargo, sentía dolorosamente que sus fuerzas disminuían. El verano de 1918, el «verano de la tregua», había sido para él la época de un gran agotamiento físico. Como siempre, ocultaba su mal bajo las apariencias de buen humor que gustaba de realzar no sin cierta ostentación. En julio, su risa «ancha y abierta» había causado la admiración de Sadoul, quien veía en ella la expresión de «una fuerza extraordinaria». Escuchemos, sin embargo, a Krupskaja: «El verano de 1918 fue particularmente difícil. Vladimir Ilich no escribía ya nada ni dormía por las noches. Se ha conservado una foto suya tomada en agosto... en la que parece estar saliendo de una cruel enfermedad.»

Antaño, en el curso de las luchas escisionistas de período de emigración, Krupskaja era la única que se enteraba de sus desfallecimientos. Ahora, su palidez, sus ojeras, su aspecto cansado al término de la jornada, eran visibles para aquellos de sus colaboradores que se hallaban en contacto diario con él. Al entrar en su despacho, cuando trabajaba solo, sus secretarias se quedaban frecuentemente aterradas al sorprenderlo en un estado de completa postración. El vigilante en jefe del Kremlin, que lo veía frecuentemente por el pasillo cuando volvía a sus habitaciones después de la sesión del Consejo, lo vio andar con titubeos, detenerse algunos segundos para apoyarse en un mueble y reanudar la marcha con paso inseguro. Pero, en público, lograba dominarse y dar la impresión de una potencia inquebrantable.

En la sesión del 30 de diciembre de 1920 celebrada por la fracción bolchevique del VIII Congreso de los Soviets, de

la que se ha hablado más arriba, fue cuando Lenin se confesó por primera vez públicamente enfermo. Se había convenido que hablaría al final, después del ponente y de los posibles contradictores, para sacar las conclusiones del debate entablado. Pero se sentía tan mal que tuvo que pedir ser escuchado el primero, antes incluso que el ponente. Creyó necesario excusarse ante el auditorio: «Es una desgracia, pero estoy muy enfermo. No puedo decir nada más.» Dos días después salía para Gorki.

Era una bella propiedad que, antes de la revolución de Octubre, había pertenecido a la viuda del célebre multimillonario moscovita Morozov: una soberbia villa, casi un castillo, rodeada por un gran parque. Un estanque. Un bosque cercano. La estación a cinco kilómetros: por lo tanto, calma absoluta. Lenin había estado ya aquí en septiembre de 1918 para terminar su convalecencia. Le gustó mucho. Ahora permaneció un mes y volvió a Moscú reposado. Se le vio aparecer, vigoroso y combativo, en el X Congreso del partido. Se mantuvo después sin desfallecimientos en el III Congreso de la Internacional Comunista. En noviembre tuvo que pagar el precio de ese esfuerzo. Nuevamente tuvo que interrumpir su trabajo. El 6 de diciembre escribió apresuradamente unas cuantas palabras a Máximo Gorki: «Terriblemente fatigado. Insomnios. Parto a curarme.» El 16, Molotov, nombrado recientemente secretario del Comité central, recibe una nota suya: «Favor de prolongar mi licencia de quince días de acuerdo con la decisión de los médicos.» Pero regresaría a Moscú para la sesión plenaria del Comité central y para presentar su informe al IX Congreso de los Soviets, que iba a comenzar el 23 de diciembre.

El año de 1922 comenzaba con un acontecimiento sensacional: el Gobierno soviético era invitado a participar en la Conferencia de Génova y, por iniciativa de Lloyd

George, se le comunicaba que «la participación personal del Sr. Lenin en la Conferencia facilitaría considerablemente la solución del problema del equilibrio económico de Europa». Ello sirvió de pretexto para que los periódicos franceses e ingleses lanzaran titulares escandalosos. El Times escribía sarcástico: «No creíamos que la restauración del equilibrio económico de Europa fuera una especialidad del Sr. Lenin. Recordamos, a menos que nuestra memoria nos traicione, que no hace mucho que el Gobierno de Su Majestad y muchos otros consideraban que la principal especialidad del Sr. Lenin era más bien la destrucción del equilibrio capitalista.»

Lenin se mostró encantado. Le agradaba mucho la perspectiva de ir a sentarse a la misma mesa que Lloyd George y que Poincaré y poder decirles, cara a cara, algunas duras verdades. Además, de esa confrontación con los gobiernos burgueses pensaba sacar auténticas ventajas para su país. Por tanto, hizo anunciar que, en principio, aceptaba la invitación. Pero la gran familia bolchevique de que era jefe quedó muy descontenta. En reuniones en las fábricas, en los cuarteles del nuevo Ejército Rojo, los obreros y los soldados votaban resoluciones exigiendo que el Comité ejecutivo de los Soviets se opusiera a ese viaje. El personal de los tranvías de la ciudad de Moscú declaraba en la suya: «No podemos callarnos ante la invitación hecha a nuestro querido camarada Lenin por los ministros y los reyes del capitalismo internacional. Conjuramos al Comité ejecutivo de los Soviets a decir a esos «amigos»: si tenéis tanto deseo de verle y de escuchar sus opiniones paternales, venid a nuestro país, a Moscú, donde las puertas os están abiertas. Pero no lo dejaremos ir con vosotros. No tenemos confianza en vosotros.» Los alumnos de la Escuela de Artillería declaraban: «Los consejos del camarada Lenin deben aprovechar a los obreros y no a los astutos zorros del

mundo burgués... Camaradas (del Ejecutivo de los Soviets): vuestras palabras pesan. Decidle, pues, al Viejo (Lenin) que no deje a millones de obreros sin su mirada vigilante.» El Congreso local de los Soviets de aldea de la provincia de Kiev decidió: «No dejar partir a nuestro querido camarada Lenin por dos razones: 1º, el Gobierno italiano ha dado demasiada libertad a sus fascistas, y la vida del camarada Lenin no estará segura; 2º, nuestra victoria en la Conferencia de Génova depende menos de la habilidad de los diplomáticos que de los progresos realizados en el frente económico y en las filas del Ejército Rojo. Por eso el camarada Lenin debe permanecer con nosotros, para sembrar nuestros campos, forjar nuestras herramientas y alimentar a nuestro Ejército Rojo.» El 27 de enero, cuando el Comité ejecutivo de los Soviets se reunió en sesión extraordinaria para designar la delegación que había de ir a Génova, un miembro del Comité, que acababa de regresar de una jira a través de toda una serie de aldeas, anunció que en todas partes se estaban votando resoluciones que no pedían, sino que exigían, que se prohibiera ir a Lenin. El Comité trató de zanjar la dificultad nombrando por unanimidad a Lenin presidente de la delegación y designándole un suplente, Chicherin, «para el caso de que las circunstancias imposibilitaran la salida del camarada Lenin al extranjero». En cuanto a Lenin, parecía firmemente decidido a ir. El 6 de marzo, al tomar la palabra en el Congreso de los sindicatos de la metalurgia, dijo: «Pienso poder hablar personalmente con Lloyd George en Génova... Espero que mi enfermedad, que me ha impedido desde hace algunos meses participar activamente en los asuntos políticos y que no me permite cumplir totalmente las funciones gubernamentales que me han sido confiadas, no se opondrá.»



Pero se opuso. Y muy seriamente. En la segunda quincena de marzo, los médicos juzgaron tan poco satisfactorio su estado general que le ordenaron reducir a lo más estricto su trabajo intelectual. En vísperas de la apertura del XI Congreso del partido, prevista para el 27 de marzo, Lenin, absolutamente decidido, escribía a Molotov: «Solicito no tener que asistir a la sesión plenaria del Comité central. Esa sesión y el informe al Congreso son mucho para mí: no lo soportaría. Favor de nombrar otro ponente para el Congreso. Mi informe tiene un carácter demasiado general y, por lo demás, no estoy seguro de poder hacerlo.»

Lo hizo, sin embargo. Nunca se subrayará bastante la importancia que tiene ese informe para la biografía de Lenin. Constituye su verdadero testamento, redactado en una época en la que su mente conservaba aún toda su lucidez, todo su verbo crítico. Los que le sigan no ofrecerán más que pálidos reflejos, repeticiones cada vez más vagas.

Tal como tenía costumbre de hacerlo en sus informes, Lenin no se limitó ahora tampoco a presentar el balance del año transcurrido, sino que se preocupó también por trazar el programa para el año venidero.

Se trata, en primer lugar, de calcular los resultados logrados con la nueva experiencia económica. ¿Qué se ha hecho? ¿Qué falta por hacer? «Sabíamos que habíamos emprendido una tarea increíblemente difícil y que cometeríamos muchísimas faltas. Lo principal es ver dónde y qué faltas se han cometido y rehacer una vez, dos veces, diez veces si es necesario, lo que se ha hecho.» El Estado soviético debe construir su economía en estrecho contacto con los campesinos. «Hay que demostrar al campesino que los comunistas somos capaces de ayudarle en la penosa situación en que se ha encontrado. Si no se lo demostramos nos mandará a todos los diablos. Esa es la alternativa. Eso es lo que condiciona nuestra línea de conducta para el año

que comienza. El campesino nos ha tenido confianza. Pero esa confianza no es ilimitada. Hay que apresurarse. Tal vez se esté acercando el momento en que, comercialmente hablando, seamos invitados a hacer honor a nuestra firma. ¿Sabremos hacerlo? Ahí radica el problema.»

Segundo punto: control de la competencia de las empresas del Estado y de las empresas capitalistas. «Hasta ahora hemos escrito programas y hemos hecho promesas. Ahora se trata de verificar cómo las ejecutamos. El capitalista sabía vender. Nos robaba, nos humillaba, nos apretaba el cuello, pero conocía su negocio. ¿Y vosotros, comunistas, conocéis el vuestro? Hay que comparar los resultados obtenidos por el capitalista que actúa en bandido, pero que sabe vender, y por el comunista que habla tan bien, pero que no sabe hacerlo.» Para resumir, el año transcurrido ha demostrado rotundamente que los comunistas no saben comerciar. Eso no es grave. Sí lo es, en cambio, que los comunistas consideren que aprender a hacerlo está por debajo de su dignidad. Y he aquí a Lenin haciendo hablar a un interlocutor imaginario: «¡Cómo! Yo, el comunista, el revolucionario, que he hecho la mayor revolución del mundo que contemplan, si no cuarenta pirámides,<sup>43</sup> por lo menos cuarenta países de Europa con la esperanza de ser liberados del capitalismo, debo ir a instruirme junto a un miserable hortera, un «sin partido», un «guardia blanco», tal vez!» Y Lenin le contesta: «Un 'guardia blanco', quizá, pero que sabe colocar la mercancía, mientras que tú no sabes hacerlo. Pero si tú, comunista responsable, caballero de las órdenes comunistas y soviéticas, poseedor de un centenar de títulos y grados, logras comprenderlo, entonces la meta será alcanzada.»

Tercer punto: librar al aparato gubernamental soviético del burocratismo que lo ahoga. El personal y las instituciones han crecido monstruosamente. En el otoño de

1918 se había hecho en Moscú el censo de los funcionarios soviéticos. Se había llegado, sólo en la capital, a la cifra de 231.000. Se decidió no vacilar ante ninguna medida para reducirla a menos de la mitad. A principios de 1922 se hizo un nuevo censo: esta vez fueron 243.000... En vísperas del Congreso, se había decidido revisar las comisiones del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Había 120. Sólo 16 fueron reconocidas indispensables. Pero no sólo hay demasiados funcionarios. La mayoría de ellos no ocupan los puestos convenientes. En cuanto a los responsables comunistas, el 99 por 100 de ellos, según Lenin, no saben hacer su trabajo y necesitan aprenderlo.

A fin de reducir y sanear el aparato administrativo del Estado, Lenin mandó crear un nuevo servicio llamado Inspección Obrera y Campesina, cuya misión debía consistir únicamente en vigilar el funcionamiento de la máquina burocrática y descubrir a los haraganes y a los incapaces. Stalin, que ocupaba ya el cargo de comisario de las Nacionalidades, fue colocado al frente de esa institución, la cual quedaba dotada así de un poder temible, puesto que iba a depender de ella la suerte del personal de todas las comisarías y de todos los establecimientos de la administración soviética en general. Un miembro del Comité central, Preobrajenski, quiso protestar contra ese cúmulo de funciones. Lenin lo puso ásperamente en su lugar: ¿Stalin tiene dos comisarías? ¿Y qué? ¿Quién de nosotros no ha tenido que asumir varias tareas? ¿Podría ser de otra manera, además? Necesitamos en la Comisaría de las Nacionalidades a un hombre ante el cual cualquier indígena pueda exponer detalladamente su asunto. ¿Dónde hallarlo? Creo que el propio camarada Preobrajenski no podría nombrar a otro que no fuera el camarada Stalin. Lo mismo sucede para la Inspección Obrera y Campesina. Es una empresa gigantesca. Es necesario que esté dirigida por un

hombre que tenga autoridad. De lo contrario, nos veremos ahogados en pequeñas intrigas.»<sup>44</sup> No se trata en modo alguno aquí de pronunciarse en pro o en contra de Stalin, pero uno se ve obligado a reconocer que, contrariamente a los alegatos de Trotski, cuyos escritos siguen gozando el auditorio superficial del gran público burgués, Lenin, en aquella época, estaba muy favorablemente dispuesto respecto de Stalin y se inclinaba más a favorecer el ascenso de éste que a frenarlo. Trotski afirma que Stalin fue nombrado secretario general del partido en la sesión plenaria del Comité central que siguió inmediatamente al Congreso, a proposición de Zinoviev. Es perfectamente verosímil, tanto más cuanto que Lenin (ya hemos visto más arriba por qué razón) no asistió. Pero el «presidente de la Comuna del Norte» gozaba de insuficiente consideración entre sus colegas para poder imponer por propia iniciativa una decisión de esa importancia.

No debía ser en aquel caso más que el intérprete de la voluntad de Lenin, quien pensaba poner orden en los asuntos del partido, bastante descuidados desde la muerte de Sverdlov.

Es significativo ver cómo en esa primera quincena de abril, movido por una especie de oscuro presentimiento, Lenin trata de tomar las precauciones necesarias para garantizar el funcionamiento regular de la máquina administrativa del partido y del Estado, para el caso de que él faltara. Apenas logrado el nombramiento de Stalin, Lenin se dedica a organizar su propia sustitución en la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo. El 11, redacta una instrucción— reglamento para uso de los «suplentes del presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo». Serán dos: Surupa y Rykov, quien, arrepentido de sus «desviaciones», había sabido ser muy útil por sus aptitudes

comerciales y su habilidad para discutir con los ricos comerciantes de Moscú.

Surupa presidirá las sesiones del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Al cabo de dos horas lo reemplazará Rykov. Surupa firmará los decretos y, en general, todos los actos del Consejo. Vigilará la marcha de los asuntos y el trabajo de la secretaría. Tendrá plena autoridad sobre las siguientes comisarías: Agricultura, Transportes, Justicia, Nacionalidades, Economía nacional, Interior, Comunicaciones e Instrucción pública. Rykov vigilará las finanzas, el comercio exterior e interior, el trabajo, el abastecimiento, los sindicatos, las relaciones exteriores, la guerra, la seguridad social y la sanidad pública.

Días después, el estado de salud de Lenin se agravó considerablemente. Los médicos decidieron someterlo a una operación para extraerle el proyectil que conservaba en un hombro desde agosto de 1918. Se pretendía que era una bala envenenada y que el organismo de Lenin estaba padeciendo la tardía reacción de ese veneno. La operación no dio gran resultado. Se prescribió a Lenin cesar el trabajo e ir a descansar al campo algunos meses. Partió el 21 de mayo después de haber enviado a los principales servicios gubernamentales la nota siguiente: «Personal. Confidencial. A todos los comisarios del pueblo y demás organizaciones. Teniendo que salir con licencia por varios meses, les agradecería mucho tenerme al corriente de la marcha del trabajo. Favor de enviarme breves informes una o dos veces al mes. Dirigidme igualmente el texto de los decretos publicados, así como el de los proyectos de decretos. Estableced contacto con mis secretarias. Para los asuntos corrientes y de carácter urgente, dirigíos a mi suplente, con copia para mí.» Dos días después de su llegada a Gorki, Lenin sufrió un ataque de parálisis. Perdió el uso de la pierna derecha y el brazo derecho. El profesor Averbach,

célebre oculista, fue llamado para que examinara los ojos de Lenin. Ya le había echo este mismo examen unas semanas antes, en Moscú, y no había encontrado nada de particular. «Vladimir Ilich me recibió como a un viejo amigo —contaba Averbach más tarde—. Estaba muy afable y cordial, pero se notaba que algo le atormentaba y que por todos los medios trataba de quedarse a solas conmigo. Ese momento llegó por fin. Me cogió una mano y me dijo, sumamente emocionado, estas palabras: «Me han dicho que es usted un buen hombre. Dígame, pues, la verdad. ¿Es parálisis, y va a progresar? Comprenda usted: ¿para qué serviría, quién me necesitaría, estando paralítico?» Afortunadamente entró la enfermera en ese momento y la conversación quedó interrumpida.»

A mediados de junio hubo una ligera mejoría. En julio, Lenin fue autorizado a recibir visitas, a condición de no hablar de política. Se le prohibió leer los periódicos.

A principios de octubre se sintió lo suficientemente bien para reanudar su trabajo y regresó a Moscú. Los médicos le ordenaron un severo régimen: no más de cinco horas de trabajo al día y dos días de descanso completo por semana. Pero Lenin se desentendió del régimen desde el primer día y se enfrascó de nuevo en la tarea de jefe del Estado. Los días de descanso sí eran respetados: no aparecía por su despacho, pero celebraba conferencias y recibía a sus colaboradores en su apartamento. El 31 de octubre pronunció un discurso en la sesión del Comité ejecutivo de los Soviets. Era su primera aparición en la tribuna desde su restablecimiento. Habló, muy conmovido, durante cerca de media hora. El 13 de noviembre, en el IV Congreso de la Internacional Comunista, Lenin se dejó ver de nuevo, haciendo un breve balance de cinco años de la revolución rusa y esbozando las perspectivas de la próxima revolución mundial. Su discurso, pronunciado en alemán, duró una

hora. Parecía muy fatigado y se veía que se sometía a un gran esfuerzo para llegar al final. Después tomó la palabra el 19 de noviembre, en la asamblea plenaria del Soviet de Moscú. Esa fue su última aparición en público.

El 12 de diciembre, Lenin tuvo que dejar de trabajar en su despacho. Clavado en la cama, incapaz de escribir, se puso a dictar artículos, notas, «páginas del diario», y a leer, o más bien hojear, según sus propias palabras, algunos libros.

En esa época es cuando se nota un cierto enfriamiento en las relaciones de Lenin con Stalin. Se ignora lo que ocurrió exactamente. La carta que escribió al nuevo secretario general del partido, el 15 de diciembre, sobre su posible intervención en el próximo Congreso de los Soviets, no permite descubrir el menor signo de hostilidad en Lenin. Sin embargo, diez días después redacta una nota que dice: «Stalin ha concentrado en sus manos un poder inmenso y no estoy seguro de que pueda usarlo siempre con suficiente prudencia.» Una posdata, agregada el 4 de enero siguiente, recomienda a los camaradas «reflexionar sobre los medios de desplazar a Stalin de su puesto». Pero en su artículo Sobre la reorganización de la Inspección obrera y campesina, dictado por él los días 9, 13, 19, 22 y 23 de enero, y en el que preconiza la fusión de ese organismo con la Comisión de control del partido, Lenin declara que «el comisario del pueblo para la Inspección puede y debe ser mantenido en su cargo» y que los elementos de la Comisión de control que serán introducidos en el seno de la Inspección le deben acatamiento. Lo cual quería decir que los poderes de Stalin iban a ser todavía más extensos.

Trotsky afirma que poco tiempo después, hacia mediados de febrero, Lenin le había propuesto formar «un bloque» a fin de realizar una «campaña contra el burocratismo del aparato soviético», es decir, para emprender la misma tarea

que deseaba ver realizada por Stalin... Confieso aquí mi perplejidad. Por un lado, nada me autoriza a suponer que Trotski haya inventado completamente la entrevista durante la cual Lenin le hizo esa proposición; por el otro, es absolutamente imposible creer a aquél capaz de tal duplicidad. El caso es que Trotski pretende que durante esas «semanas de lucidez», Lenin se separó resueltamente de Stalin y buscó un acercamiento con él. Los textos citados por Trotski parecen darle la razón. Pero su lectura incita a admitir que más bien fue un incidente de orden privado, y no desacuerdo político, lo que debió provocar ese brusco cambio de humor fácilmente explicable en un hombre enfermo, amargado y deprimido. En la nota citada, la misma que los adversarios de Stalin han titulado después, un tanto pomposamente, el «Testamento» de Lenin,<sup>45</sup> éste parece considerar a Stalin demasiado caprichoso, poco educado, poco paciente y poco leal. Un ex diplomático soviético, Dmitrevski, citado también por Trotski, cuenta que en una conversación telefónica con Krupskaia, Stalin le contestó de una manera tan grosera que ella, bañada en lágrimas, fue a quejarse a su marido; quien había declarado entonces que, desde aquel momento, «rompía todas sus relaciones personales con Stalin». Todo esto es difícil de verificar en el estado actual de nuestra documentación. Los historiadores soviéticos lo niegan formalmente, o bien se callan. Corresponde a los biógrafos de Stalin hacer alguna luz. Lo único que puede decirse es que un «enfado» con Stalin, si enfado hubo, no podía tener más que un carácter episódico, mientras que la última «componenda» intentada con Trotski tenía todas las posibilidades de resultar tan frágil como las anteriores. Además todo esto se desvaneció como una humareda el 9 de marzo, cuando Lenin sufrió el segundo ataque que lo abatió brutalmente, privándolo del uso de la palabra. El 15 de mayo lo llevaron en una camilla hasta el



automóvil que partía para Gorki. El personal, oculto tras las cortinas de las ventanas, miraba partir el automóvil. Lenin vivió todavía ocho meses una existencia de ruina humana y murió, víctima de un tercer ataque, al atardecer del 21 de enero de 1924.

Su cuerpo, trasladado a Moscú el 23, fue expuesto en la gran sala de la Casa de los Sindicatos. Se levantó un estrado en medio, las paredes fueron tapizadas de banderas rojas, y largos velos rojos y negros recubrieron las bellas columnas blancas. Las lámparas encendidas fueron envueltas en crespones. El féretro, descubierto, fue colocado sobre el estrado. Una guardia de honor lo rodeó. Comenzó el desfile del pueblo, que acudió en masa. En filas de cuatro, hombres, mujeres y niños entraban a la sala, daban la vuelta al féretro y se iban, con la cabeza agachada, en silencio. Los viejos se persignaban. El desfile no terminaba nunca, y de todas partes llegaban pobres y humildes que esperaban horas enteras afuera, con los pies en la nieve, su turno para entrar.

Eso duró tres días. El 26, hacia las once de la noche, se ordenó contener el río humano cuyo fin era imposible prever. A la medianoche se abren de nuevo las puertas de la gran sala. El Congreso de los Soviets, reunido desde el 18 de enero y que acaba de celebrar su sesión fúnebre, hace su entrada, precedido por el Comité central del partido. Son dos mil personas, llegadas de todos los rincones de Rusia, representantes de todas sus provincias, de todos sus pueblos grandes y pequeños. Es la República de los Soviets, entera, la que se inclina ante los restos mortales de su fundador.

El día siguiente, a las nueve, se traslada el féretro a la Plaza Roja. A las cuatro de la tarde se oyó elevarse la lenta queja de las sirenas de todas las fábricas de Moscú. Al son del cañón y de una marcha fúnebre, Lenin entraba en su

última morada, desde la cual, con la cabeza eternamente vuelta hacia el cielo, velará por el mundo nuevo creado por su voluntad.

# Notas

1. Así habían sido denominados los miembros del partido de la Voluntad del Pueblo, que treinta y siete años antes había recibido a su padre. Esa precaución no pudo cambiar el rumbo de los acontecimientos. <<

2. Versta: unidad de longitud rusa, equivalente a 1066,8 metros. ≤≤

3. Es singular y muy lamentable que esa memoria no haya sido encontrada. Por lo menos, no figura en ninguna colección de escritos de Lenin, en ninguna de las ediciones de sus Obras completas, incluida la última y reciente cuarta edición. <<

4. Mujiks: campesinos rusos que no poseían propiedades.

<<

5. Martov escribe en sus Notas: «En las postrimerías de mi último año de exilio había recibido una carta de V. I. Ulianov proponiéndome la concertación de una «triple alianza» en la que debía entrar, además de nosotros, A. N. Potresov... Adiviné que se trataba de una empresa periodística en gestación. Contesté dando mi completa adhesión.»<<



6. Firmó por primera vez un artículo con ese nombre en el número 2-3 de la revista Zaria con fecha de diciembre de 1901. Sus primeros escritos llevaron la firma K. Tulín. Después, y más particularmente para su gran obra El desarrollo del capitalismo en Rusia, publicada en 1899, había adoptado el seudónimo de V. I. Lenin. <<

7. En francés en el original ruso. <<

8. Uno de ellos contó más tarde la superchería a que se vieron obligados a recurrir para obtener ese resultado. Teniendo en cuenta la desfavorable reputación de que gozaba Lenin ante los dirigentes de la Escuela, les expresaron simplemente el deseo de escuchar al «señor Ilin, el eminente autor de El Desarrollo del capitalismo en Rusia». Los miembros del Consejo de Administración, que ignoraban totalmente que ese sabio economista, cuyos trabajos apreciaban tanto, fuera el mismo predicador convencido del marxismo revolucionario en persona, no tuvieron inconveniente alguno, y mandaron la carta de invitación. La estratagema no fue descubierta hasta la mañana del mismo día en que debía celebrarse la conferencia. Los miembros del Consejo quedaron despavoridos. Pero era demasiado tarde para suspender el acto.<<

9. Según otra versión, se suicidó. <<

10. Cf. Olminski, ¿Lenin o no Lenin? (Pr. Rev., 1931, núm. 1, pág. 149.)<<

11. Del 24 de septiembre (fecha aproximada de su regreso de vacaciones) al 1 de diciembre, Lenin publicó dos artículos en el Proletary, uno en el Socialdemócrata y otro en el Novy Den, periódico socialdemócrata que se publicaba legalmente en San Petersburgo. Dio, además, dos conferencias en París, dos en Lieja, y fue a Bruselas para asistir a la sesión del Buró Socialista Internacional que se celebró en los últimos días de octubre, y del cual había sido nombrado miembro, en lugar de Plejanov, durante el Congreso de Stuttgart. <<

12. La solicitud, firmada por V. Oulianov, y la carta de recomendación, se conservan en los archivos de la secretaría de la Biblioteca Nacional. <<

13. He utilizado los informes proporcionados por el gran Diccionario biográfico publicado por la Asociación de antiguos deportados y penados políticos, Moscú, 1931, t. V, 2.ª parte, col. 127-129. En él se rectifican los errores que se habían introducido en el artículo dedicado a Inés Armand por la Gran Enciclopedia Soviética, t. III, col. 362-363 (año de nacimiento 1875 en lugar de 1879, padre de origen inglés, etc.) Sobre el actor Stéphen se pueden hallar datos biográficos sucintos en el Dictionnaire des Comédiens français de Lyonnet, t. II, pág. 513. <<



14. Nombre que se daba a los mencheviques que se oponían a la liquidación de la organización clandestina del partido. <<

15. Esta carta, que llevaba la inscripción Para Liutekov, había sido interceptada por la policía. El funcionario encargado de identificar la correspondencia clandestina creyó ver en Liutekov al nuevo secretario de redacción de Pravda, Chernomazov, un agente provocador que no será desenmascarado hasta 1917. (Cf. Kr. Let., 1924, n.º 1, pág. 79, nota). Seguramente se equivocó. La carta está redactada en términos sumamente cordiales. Lenin llama a su corresponsal «querido amigo», lo cual no habría hecho de tratarse de un desconocido con quien no tuviera más que relaciones de trabajo. Además, hay este párrafo de carácter íntimo: «Liutek (así se llamaba el hijo pequeño de Kamenev, que había quedado con su madre en Cracovia) ha tenido la difteria. Pero ya está completamente restablecido. Pronto lo verá usted. O si no es a él, a su mamá.» Esta es una alusión evidente al proyecto de la mujer de Kamenev de reunirse con su marido en San Petersburgo. Todos esos detalles personales no tienen relación alguna con Chernomazov, que nunca había venido a Poronin y no pueden referirse más que a Kamenev. En cuanto a su nuevo seudónimo de «Liutekov» es fácil suponer que le fue sugerido por el nombre de su hijo. <<

16. Redactado conjuntamente por Lenin y Zinoviev en agosto de 1915. En el prefacio, firmado por Zinoviev, se especificaba que este folleto estaba destinado a hacer el balance de la táctica socialdemócrata «en la cuestión de la guerra».<<

17. El 8 de abril siguiente se le ocurrió redactar una carta «sobre las tareas de la organización revolucionaria y proletaria del Estado», pero después de haber escrito el comienzo renunció a seguirla y la dejó sin terminar. (Cf. sus Obras, cuarta edición, XXIII, págs. 331-333.)<<

18. Primero de mayo en el antiguo calendario ruso. <<

19. Cf. el artículo de Lenin en Pravda del 18 de mayo de 1917 (Obras, 4ª edición, tomo XXIV, págs. 394-395) y las notas tomadas por él en el curso de la reunión (Rec. Lenin, IV, págs. 300-303).<<

20. El general Knox, colaborador íntimo de sir George Buchanan, reprodujo esa nota en su libro With the Russian army, t. II (Londres, 1921).<<

21. En el registro efectuado en casa de Krupskaja después de las jornadas de julio, la Policía había encontrado una nota manuscrita de Lenin y destinada a Kamenev, en la que recomendaba a éste velar por «cierto cuaderno azul» que contenía sus notas sobre la concepción marxista del Estado, y que, tras una ligera revisión, hubiera podido ser impreso «en caso de que me escabechen», especificaba Lenin. (Cf. Rec. Lénine, IV.)<<



22. Smilga, que se encontraba entonces en Helsingfors (Cf. infra), se encargó de llevarlas a su destino. Cf. su nota en el Rec. Lenin, IV, pág. 333. <<

23. Estos datos están tomados del texto de las actas del Comité central, publicadas por las Ediciones del Estado en 1929. Ignoro por qué los redactores de la gran Historia de la guerra civil en la URSS, publicada en 1942, escriben: «El Comité central rechazó la proposición de Kamenev» (t. II, pág. 18).<<

24. Tengo a la vista particularmente el que forma parte del t. XXVI de la cuarta edición de las Obras de Lenin, publicado en noviembre de 1949. <<

25. Los autores de la citada biografía de Lenin pretenden que, a instancias de Stalin, el Comité central había llamado a Lenin al Smolny y que éste fue allí aceptando esa invitación. Ninguna referencia acompaña a esa afirmación. Por mi parte, creo que si verdaderamente el Comité central había decidido finalmente hacer venir a Lenin, hubiera pensado sin duda en poner a su disposición un vehículo cualquiera, en lugar de exponerlo al peligro de ser detenido en cualquier momento durante la agotadora y casi solitaria carrera pedestre que Lenin se vio obligado a emprender a través de las interminables avenidas de la capital. Un simple telefonazo al Comité de sección de Vyborg, que disponía ya de un número considerable de coches requisados, hubiera bastado. <<

26. Antes de salir del Palacio de Táuride, Lenin firmó esta nota: «Ordeno a los camaradas soldados y marineros que se abstengan de cualquier violencia contra los miembros contrarrevolucionarios de la Asamblea Constituyente y que los dejen salir a todos libremente del Palacio, no dejando entrar ya a nadie sin autorización especial.» Al enterarse de que el comandante de la guardia del Palacio de Táuride, Dybenko, había encargado a uno de sus ayudantes, el marinero Jelesniakov, que expulsara manu militari a los diputados que seguían reunidos, exigió la anulación inmediata de esa orden. Una vez partido Lenin, el marinero preguntó a su jefe: «¿Qué me sucederá si no cumplo la orden del camarada Lenin?» El otro responde: «Empiece por echar a los diputados. De lo demás ya hablaremos mañana.» Así se hizo. A eso de las cuatro y media de la madrugada, Jelesniakov se presentó en la tribuna presidencial y anunció a Chernov que era hora de vaciar el lugar, pues el servicio de la guardia estaba muy fatigado. Chernov discutió por pura forma unos instantes, y a las 4.40 declaró levantada la sesión. La salida de los diputados se llevó a cabo sin incidentes. <<

27. Fue calculada en 6.000 millones de marcos oro. <<

28. Asistían a la sesión como invitados. Piatakov era director del Banco del Estado; Smirnov formaba parte del Soviet de Moscú.<<

29. La fecha del 1 de marzo corresponde a la del 27 de febrero del viejo calendario ruso. <<



30. Como se sabe, la Revolución francesa trató de introducir la pena de muerte contra los acaparadores. ≤≤

31. Cosa que Robespierre, por razones que sería demasiado largo exponer aquí, no pensó obtener. <<

32. El conde de Mirbach, embajador de Alemania, se hallaba en Moscú desde el 20 de abril.<<

33. Creada por el decreto del 7 de diciembre de 1917. Esta institución es suficientemente conocida, por lo que nos parece inútil presentarla al lector. <<

34. No se ha destacado suficientemente que durante los siete primeros meses de su existencia, la Comisión extraordinaria se hallaba casi enteramente en manos de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que habían tenido buen cuidado de atribuirse los principales puestos de mando en su interior.<<

35. Después de un retiro que duró unos quince días, Trotski había vuelto a ocupar su puesto en el Gobierno en calidad de comisario de la Guerra. Lenin, que no había olvidado nada, prefirió, sin embargo, tenerlo como colaborador que como adversario.<<

36. Nombre respetuoso y familiar, al mismo tiempo, que usaban los miembros del partido para designar a su jefe. <<

37. Por ejemplo, el 20 de noviembre de 1917 podía leerse en el Novaia Jisn, bajo su firma, lo siguiente: «Lenin, Trotski y sus adeptos están intoxicados ya por el veneno corrompido del poder, como lo demuestra su vergonzosa actitud frente a la libertad de palabra, del individuo, y de ese conjunto de derechos por cuyo triunfo ha luchado la democracia.» El 23 siguiente, en el mismo periódico, hablaba de Lenin en estos términos: «Es un «jefe» y un gran señor ruso; tiene ciertos rasgos morales de esa clase destronada, y por eso se cree con derecho a hacer con el pueblo ruso un experimento cruel que está destinado de antemano al fracaso.» Cf. la colección de sus artículos traducidos al francés por A. Pierre bajo el título de: *Ecrits de révolution de Maxime Gorki* (París, 1922).<<



[38.](#) Cf. la introducción de mi Historia del partido comunista francés. [≤≤](#)

39. En el informe que rindió de su misión, leído en la sesión de la Comisión senatorial norteamericana de Relaciones Exteriores, el 12 de septiembre de 1919, Bullitt se expresó como sigue: «El prestigio adquirido por Lenin entre el pueblo ruso lo coloca en una situación de casi dictador. Ya circulan leyendas sobre él. Se le considera casi como un profeta. Sus retratos, generalmente acompañados del de Carlos Marx, se ven por todas partes. En Rusia no se oye jamás pronunciar juntos los nombres de Lenin y de Trotski como se acostumbra corrientemente en la Europa occidental. Lenin es considerado como único en su género, mientras que Trotski pertenece a un rango inferior.» (Cf. la antología La guerra civil en Siberia, publicada bajo la dirección de Alexeev, Moscú, 1927, t. IV, págs. 434-435).

<<

40. En francés, On les fusille. (N. del T.)<<

41. La meticulosa lentitud con que Altman hacía su trabajo exasperaba a Lenin. Al cabo de cinco semanas, cuando por fin terminó, juró no volver a posar jamás ante nadie. Unos tres meses después, Lenin recibe un telegrama de Kamenev, que había sido enviado a Londres para tantear el terreno con vistas a un acuerdo comercial; éste le anuncia su regreso en compañía de una escultora inglesa — la propia prima de Winston Churchill—, la cual insiste en hacer un busto de Lenin. Este se preguntó si convenía enfadarse o reír, optó por la segunda solución y declaró: «Si viene desde tan lejos, no es cosa de echarla.» No tuvo motivo de queja. Mrs. Ciare Sheridan se mostró muy expeditiva y se conformó con dos sesiones solamente, cosa que agradó mucho a Lenin. Su estancia en Rusia le sirvió para hacer unos cuantos bustos de los principales dirigentes soviéticos y para escribir, en términos muy agradables, un libro que reproduce sus entrevistas con Lenin, las cuales no carecen de sabor, y en las que pagaba el pato, naturalmente, el «primo Winston».<<

42. En su ya citado informe, Bullitt escribe: «Cuando fui a ver a Lenin al Kremlin, tuve que esperar unos instantes mientras recibía a una delegación de campesinos. Habían oído decir en su aldea que Lenin pasaba privaciones de comida, y cubrieron centenares de leguas para llevarle 800 «pouds» de trigo como un regalo de su aldea. Precisamente antes que ellos se había presentado otra delegación de campesinos que se habían enterado de que Lenin trabajaba en un despacho sin calefacción; trajeron una pequeña estufa y una provisión de leña para tres meses. De todos los jefes, Lenin es el único que recibe tales regalos. Los transmite invariablemente a la cooperativa.»<<

43. Hay que disculpar a Lenin por haber interpretado a su manera el famoso apóstrofe de Bonaparte. <<

44. Las palabras de Lenin son citadas textualmente, según el acta taquigráfica del Congreso publicada en 1922.

<<

45. Un periodista norteamericano, Max Eastman, admirador entusiasta, aunque un tanto molesto, de Trotski, consiguió, sin que se sepa cómo, una copia de ese documento y la publicó en el New York Herald, mediante una retribución más que adecuada y una parte de la cual, por lo demás, sirvió para sacar a flote a una publicación antiestalinista en Francia. Así fue como el dicho «testamento» se puso en circulación. En su libro Después de la muerte de Lenin, aparecido a principios de 1925, Eastman habla extensamente de ese documento, y siempre a favor de Trotski. Este se sintió tan molesto que creyó necesario insolidarizarse públicamente de apologista tan celoso. Hizo publicar en la revista Bolchevik una carta justificativa en la que decía, entre otras cosas: «Vladimir Ilich no ha dejado «testamento» alguno, y el propio carácter de sus relaciones con el partido excluye toda idea de «testamento». La prensa extranjera designa bajo ese nombre generalmente, deformándola hasta el punto de hacerla irreconocible, una de las cartas de Vladimir Ilich que contiene consejos de carácter organizativo. El XIII Congreso del partido la ha estudiado con la mayor atención... Todas las disertaciones sobre el pretendido escamoteo del «testamento» no son más que habladurías malévolas, contrarias a los verdaderos deseos de Vladimir Ilich y perjudiciales al interés del partido (fechado el 1.º de julio de 1925 y publicado en el núm. 16 del mismo año, págs. 67-70). Krupskaia, por su parte, había protestado en una larga carta dirigida a la redacción del Sunday Worker contra lo que llamaba «las fantasías de Max Eastman» (texto ruso, íd., págs. 71-73). En su libro sobre Stalin, Trotski evita hablar de esas dos cartas. Deutscher, el más reciente de los biógrafos de Stalin, tampoco las menciona.<<